

Nº 1 *The New York Times*

# Nelson DeMille



# La Pantera

se

Lectulandia

John Corey y su mujer, Kate Mayfield han dejado atrás su labor en las fuerzas antiterroristas de Nueva York y acaban de aterrizar en Yemen. Allí, tienen la misión de dar caza a Bulus ibn al-Darwish, más conocido como La Pantera, uno de los miembros más destacados de Al-Qaeda que ha encontrado refugio entre las tribus yemeníes y practica el terrorismo a baja escala a la espera de un gran golpe. Muy pronto, John y Kate sabrán que han escalado puestos en la lista de objetivos de primer nivel de Al-Qaeda y que sus vidas corren más peligro que nunca.

Porque más allá del peligro que supone el poder de La Pantera en tierras dominadas por el fanatismo, de la terrorífica Organización de Seguridad Política del país y de la corrupción que domina cada uno de los estamentos policiales yemeníes, John y su mujer, sobre todo, deberán jugar al escondite con los dobles agentes infiltrados en el país, con las operaciones encubiertas de la CIA y con la incertidumbre de no saber jamás, a ciencia cierta, de donde llegará la más alta traición.

**Lectulandia**

Nelson DeMille

**La pantera**

**John Corey - 6**

ePub r1.0

Titivillus 02.06.2018

Título original: *The panther*  
Nelson DeMille, 2012  
Traducción: Isabel Murillo  
Diseño de cubierta: Rudy de la Fuente

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A la memoria de Joan Dillingham  
quien supo mantener su espíritu vikingo  
a lo largo de toda su hermosa vida

## **NOTA DEL AUTOR**

Con respecto a las palabras árabes que aparecen en la novela, las transliteraciones provienen de diversas fuentes. No existe una transliteración estandarizada del árabe al inglés norteamericano, de manera que en muchos casos utilicé una transcripción fonética para facilitar las cosas al lector. Menciono esto por adelantado con la esperanza de disuadir al lector de enviarme un correo electrónico para decirme que he escrito mal una palabra en árabe. Sin embargo, si encontrara alguna palabra mal escrita en mi propio idioma, hágame saber.

# **PARTE I**

## **Marib, Yemen**

# CAPÍTULO UNO

Un hombre vestido con la túnica blanca de los beduinos, de nombre Bulus ibn al-Darwish, también conocido por su *nom de guerre* en Al Qaeda como al-Numair, o la Pantera, estaba de pie a un lado del grupo de turistas provenientes de Bélgica.

Los belgas, cuatro hombres y cinco mujeres, habían llegado en un minibús de Sana'a con el chofer yemení y con el guía de turistas de la misma nacionalidad: un hombre llamado Wasim al-Rahib. El chofer se había quedado dentro del minibús con aire acondicionado, fuera del alcance del fuerte calor del sol de agosto.

El guía, Wasim, no hablaba francés, pero su inglés era bueno, y una de las turistas, Annette, una chica de dieciséis años, hablaba también inglés y podía traducir al francés para sus compatriotas.

Wasim se dirigió a su grupo:

—Éste es el famoso templo Bar'an, también conocido como Arsh Bilqis, el trono de la reina de Saba.

Annette tradujo, el grupo asintió y empezó a tomar fotos.

Al-Numair, la Pantera, paseó los ojos por las ruinas del complejo del templo, más de cuatro mil metros cuadrados de muros de piedra arenisca, altos pilares rectangulares y patios abiertos horneándose bajo el sol del desierto. Los antropólogos norteamericanos y europeos habían invertido muchos años y mucho dinero desenterrando y restaurando estas ruinas paganas, y luego se habían marchado debido a las sospechas de las tribus y, más recientemente, a las actividades de Al Qaeda. Qué pérdida de tiempo y dinero, pensó la Pantera. Esperaba con ganas el día en que dejaran de venir turistas occidentales y el templo y las ruinas paganas que lo rodeaban pertenecieran de nuevo a las incesantes arenas del desierto.

La Pantera miró más allá del complejo del templo, a la vegetación escasa y a la ocasional palmera de dátiles. Hace mucho tiempo, lo sabía, este lugar había sido mucho más verde y más poblado. Ahora el desierto había llegado desde el este, del Hadhramawt, es decir, del Lugar donde viene la muerte.

Wasim al-Rahib miró al alto beduino barbado y se preguntó por qué se habría unido al grupo belga. Wasim había hecho un trato con el jeque de la tribu local, Musa, y le había pagado cien dólares americanos por el privilegio de visitar este sitio histórico nacional. Claro que el dinero también compraba paz: la promesa de que nadie de la tribu iba a intervenir, detener o molestar de ninguna forma al grupo de turistas. Por eso Wasim se preguntaba qué hacía aquí el beduino.

La Pantera se dio cuenta de que el guía lo observaba, y desvió la mirada hasta que aquél se volvió hacia su grupo.

No había otros turistas en el templo el día de hoy; sólo uno o dos grupos se aventuraban cada semana de la capital de Sana'a, doscientos kilómetros al oeste. La

Pantera recordaba el tiempo en que estas ruinas atraían a más occidentales, pero desafortunadamente, debido a la actividad de Al Qaeda en esta provincia de Marib, muchos turistas evitaban la zona. Sonrió.

Debido a esta misma situación, los belgas habían llegado con una escolta armada de veinte hombres del Buró Nacional de Seguridad, una policía paramilitar cuyo trabajo era proteger a los turistas en las carreteras y los sitios históricos. Los turistas pagaban por el servicio, lo cual era una buena inversión, pensó la Pantera. Pero desgraciadamente para estos occidentales, los policías también habían sido pagados para abandonarlos, lo cual estaban a punto de hacer.

Wasim continuó su presentación:

—Este templo también se conoce como el Templo de la Luna, y estaba dedicado al dios nacional del Estado sabeo, que se llamaba Almaqah.

Mientras la muchacha belga traducía, Wasim volvió de nuevo los ojos al hombre barbado en ropas de beduino, que estaba demasiado cerca de su grupo de turistas. Quería decirle algo, pero se sentía inseguro sobre él, y en vez de hacerlo se dirigió de nuevo al grupo:

—Esto sucedió mil quinientos años antes de que el Profeta Mohamed iluminara al mundo y acabara con los paganos.

La Pantera, que también hablaba inglés, asintió con aprobación al último enunciado del guía.

Observó al grupo de turistas belgas. Se trataba de parejas entradas en años que parecían conocerse mutuamente y que se veían incómodas bajo el sol ardiente. También había un hombre y una mujer de quizá poco más de veinte años, y la Pantera se fijó en que no tenían anillos de casados, a pesar de que evidentemente estaban juntos, y a veces se tomaban de la mano. El hombre y la mujer restantes eran también una pareja, y la chica que traducía parecía ser su hija o su pariente. Notó también que las mujeres se habían cubierto la cabeza con hijabs, una muestra de respeto por la tradición islámica, pero ninguna se había cubierto la cara como era debido. El guía debió haber insistido, pero a fin de cuentas era un sirviente de los infieles.

Eran todos viajeros con espíritu de aventura, pensó la Pantera. Gente curiosa, quizá próspera, disfrutando de una excursión desde Sana'a, donde, como sabía, eran huéspedes del hotel Sheraton. Sin embargo, posiblemente esta excursión era más aventurada de lo que la agencia de viajes les había dicho. Así que ahora, se imaginaba, estarían extrañando las comodidades del hotel, y el bar y su restaurante. Se preguntó si algunos de ellos estarían pensando también en su seguridad. No estaría mal que lo hicieran.

De nuevo Wasim echó una mirada furtiva al beduino, que se había acercado aún más a su pequeño grupo. Pensó que el hombre no tendría más de cuarenta años, aunque las barbas y la piel quemada por el sol lo hacían parecer más viejo. Wasim también notó que portaba una jambiyah ceremonial, la daga curvada del Yemen que usaban todos los hombres del norte del país. Su shiwal o tocado no era elegante ni

estaba bordado en costoso hilo de oro, así que no se trataba de un hombre importante, no era ni un jeque tribal ni un jefe de clan. Quizás el beduino se había acercado tan sólo para pedir limosna a los occidentales. A pesar de que Wasim le había pagado al jeque Musa para mantener a los beduinos alejados, si éste intentaba limosnear, Wasim le daría unos cuantos cientos de riales y le pediría que se fuera en paz.

Wasim se dirigió de nuevo a su grupo:

—Algunos practicantes de la fe mormona norteamericana creen que este templo es el lugar al que el profeta mormón llamado Lehi huyó de Jerusalén en el siglo seis de la era común. Fue aquí, según los eruditos mormones, que Lehi enterró al profeta Ismael. Y cuando esto estuvo hecho, Lehi construyó un gran barco para él y su familia y partió hacia América.

Annette tradujo, y uno de los belgas hizo una pregunta, que la joven tradujo al inglés para Wasim, quien sonrió y contestó:

—Así es. Como pueden ver, no hay mar aquí. Pero se cree que en la antigüedad en este lugar había mucha agua, muchos ríos quizá, debido al Gran Diluvio de Noé.

La jovencita tradujo, y los belgas asintieron.

Wasim dijo:

—Síganme, por favor —ascendió catorce escalones de piedra y se detuvo frente a seis pilares, cinco de los cuales se alzaban veinte metros de altura, mientras que el sexto estaba quebrado a la mitad. Esperó a que el grupo lo alcanzara, y continuó:

—Si miran desde aquí hacia el oeste, pueden ver las montañas donde las tribus locales creen que el Arca de Noé vino a parar.

Los turistas tomaron fotos de las montañas distantes y no se fijaron en el hombre barbado que subía por los escalones hacia ellos.

Wasim, sin embargo, sí reparó en él, y le dijo en árabe al beduino:

—Por favor, señor, éste es un grupo privado.

Al-Numair, la Pantera, respondió en árabe:

—Pero yo también deseo aprender.

Wasim, sin perder el tono respetuoso, replicó al beduino, en árabe:

—Usted no habla inglés ni francés. ¿Qué puede aprender?

La Pantera respondió en inglés:

—Soy un hombre pobre, señor, vestido con las mejores ropas de mi tribu para entretener a los turistas.

Wasim se sorprendió por su perfecto inglés, pero de inmediato replicó:

—Gracias, pero el jeque Musa me aseguró que...

—Por favor, señor —dijo el beduino en inglés—, permítame posar para las cámaras de sus amigos occidentales. Cien riales cada foto.

Annette escuchó esto y lo tradujo al francés para sus compatriotas, que parecían ansiosos por el intercambio entre los dos árabes. Escuchando de qué se trataba, todos sonrieron y estuvieron de acuerdo en que esto sería magnífico, un excelente *souvenir* fotográfico para llevar a casa.

Wasim accedió a los deseos de sus clientes y con un gesto le indicó al beduino que procediera.

Los belgas empezaron a posar junto al alto beduino barbado, primero individualmente y luego en grupos pequeños. El beduino sonrió para cada fotografía, y fue complaciente con las propuestas de los turistas para que posara en distintos sitios, con las ruinas como fondo.

Uno de los hombres más viejos le pidió que sacara la daga, pero el beduino explicó, casi disculpándose, que si la jambiyah se saca de su vaina, debe ser utilizada. Al escuchar la traducción de Annette, el viejo belga les dijo a sus compatriotas:

—Entonces no le pediremos que la desenfunde —con lo cual todos los belgas se rieron. Pero Wasim no los imitó.

Wasim miró su reloj. Aunque habían salido de Sana'a a las ocho de la mañana, el autobús no había llegado al cercano pueblo de Marib hasta después del mediodía. Los turistas habían almorzado, con demasiada lentitud a su parecer, en el restaurante para turistas del hotel Bilqis, y allí Wasim había tenido que esperar demasiado tiempo al jeque Musa, que pedía doscientos dólares, argumentando:

—Las otras tribus son problemáticas, y debo pagarles para asegurar el paso franco de vuelta a Sana'a.

Wasim había escuchado este argumento antes, pero le explicó al jeque, como siempre lo hacía:

—Los turistas ya pagaron una tarifa fija a la agencia de viajes en Sana'a, además del pago por la escolta de seguridad. No les puedo pedir más. Y no gano nada si te doy más dinero —pero, como siempre, le prometió—: La próxima vez.

El jeque y el guía de turistas de Sana'a habían acordado el pago de cien dólares, pero Wasim decidió que no habría próxima vez. El camino de Sana'a a Marib se había vuelto inseguro, y no eran sólo las tribus las que estaban inquietas, sino también este nuevo grupo, Al Qaeda, que había llegado a esa área el año pasado. Eran en su mayor parte extranjeros: sauditas, kuwaitíes, gente del vecino Omán, y también iraquíes que habían huido de los norteamericanos en sus país. Esta gente, pensó Wasim, traería muerte e infelicidad a Yemen.

De hecho, el jeque Musa le había dicho a Wasim:

—La gente de Al Qaeda se está convirtiendo en un problema. Vienen atraídos por los pozos y los ductos de petróleo de los americanos, y se juntan como lobos esperando la oportunidad de atacar.

El jeque también le había dicho a Wasim:

—A esta gente no la puedes comprar, amigo mío, y la policía no puede protegerte de ellos, pero yo sí. Trescientos dólares.

De nuevo, Wasim rechazó realizar el pago adicional, y el jeque Musa se encogió de hombros y dijo:

—Quizá la próxima vez.

—Sí, para la próxima —pero Wasim estaba seguro de que no habría una próxima

vez.

Wasim al-Rahib, que se había graduado de la universidad con un título en historia antigua, no había podido encontrar trabajo como profesor, ni ninguna otra ocupación, excepto con la compañía de turismo. Pagaban bastante bien, y los turistas occidentales eran generosos con las propinas, pero se estaba volviendo un trabajo demasiado peligroso. Y el peligro era también para los turistas, aunque la compañía evitaba mencionarlo. Todas las guías turísticas, escritas hacía años, decían: «No puede pasar por Yemen sin ver las ruinas de Marib». Pues bien, pensaba Wasim, si insistían en verlas no podrían contar con él.

Wasim observó a los turistas, hablando con el beduino mediante la traducción de la muchacha. El hombre era agradable, pero había en él algo inusual. No parecía un beduino. Estaba demasiado cómodo con los turistas, y hablaba inglés. Muy inusual, a menos que trabajara para los americanos de la planta de petróleo.

En todo caso, eran ya más de las tres de la tarde, y aún no habían visitado el Templo del Sol. Si se quedaban mucho más tiempo, harían la última hora del camino de regreso a Sana'a en la oscuridad. Y no era buena idea viajar por carretera después de oscurecer, ni siquiera con la escolta policiaca, que tampoco quería estar fuera de noche.

Wasim se dirigió en inglés a la muchacha, y luego al beduino:

—Debemos partir. Señor, le agradecemos su hospitalidad.

Pero los belgas querían una foto más, de todo el grupo con el beduino, tomada por Wasim. Así que Wasim, pensando en su propina, accedió y tomó la foto con cuatro cámaras diferentes.

Entonces Wasim le dijo a la muchacha belga:

—Creo que si le da a este caballero mil riales, estará muy satisfecho —y para asegurarse de que ella comprendiera, añadió—: eso serían aproximadamente cinco euros. Muy buena paga por un día de trabajo para un hombre como éste.

Annette recolectó el dinero y se lo entregó al beduino, y le dijo:

—Gracias, señor.

El beduino tomó el dinero y contestó:

—A ustedes —y añadió para la muchacha—; por favor, dígame a sus compatriotas que Bulus ibn al-Darwish les desea una visita feliz y segura en Yemen.

Wasim estaba mirando hacia el norte, donde el minibús se había estacionado en el camino, detrás del camión del ejército que transportaba a la escolta. El minibús seguía allí, pero el camión no. De hecho, Wasim no veía a ninguno de los miembros de la Policía Nacional de Seguridad, con su distintivo uniforme de camuflaje azul.

Wasim hizo una llamada en su celular al comandante de la policía, pero no obtuvo respuesta. Luego llamó al chofer, Isa, que además era primo de su esposa. Pero Isa tampoco contestaba su celular.

Wasim volvió a mirar al beduino, que a su vez lo estaba mirando, y comprendió lo que sucedía. Respiró hondamente para que su voz no temblara, y le dijo en árabe:

—Por favor, señor... —Wasim sacudió la cabeza y continuó—. Esto es algo muy malo.

El beduino le respondió:

—Tú, Wasim al-Rahib, eres algo malo. Eres un sirviente de los infieles, pero deberías ser un siervo de Alá.

—Soy un verdadero siervo de Alá...

—Silencio.

El beduino levantó el brazo para hacer una señal, luego lo bajó y miró a Wasim y a los belgas, pero no dijo nada.

Los cuatro hombres y las cinco mujeres miraban al guía, a la espera de que les explicara qué estaba pasando. Era claro que algo andaba mal, a pesar de que hasta hacía un momento todos estaban sonriendo y posando para las cámaras.

Wasim evitó las miradas preocupadas del grupo.

Annette se dirigió en inglés a Wasim:

—¿Hay algún problema? ¿No le pagamos suficiente?

—Al-Numair, la Pantera, le replicó:

—Tú eres lo que está mal.

—Los belgas le preguntaron a Annette qué había dicho, pero ella no respondió.

Entonces uno de los hombres del grupo gritó:

—*Regardez!* —y apuntó con el dedo.

Abajo, en el patio del templo donde habían estado hacía unos minutos, un grupo de doce hombres apareció repentinamente de los rincones oscuros de las ruinas, vestidos con túnicas beduinas y armados con rifles Kalashnikov.

Al principio, los turistas guardaron silencio, pero conforme los beduinos corrían escalones arriba, una mujer gritó.

Lo que sucedió a partir de entonces fue muy rápido. Dos de los beduinos apuntaron sus rifles a los belgas mientras que los otros les amarraban las manos por la espalda con cinta adhesiva.

Annette le gritó a Wasim:

—¿Qué está pasando? ¿Por qué hacen esto?

Wasim, cuyas muñecas también estaban amarradas, tuvo miedo de hablar al principio, pero después recuperó la voz y les dijo:

—Es un secuestro. No tengan miedo. Nos secuestran por dinero. No nos harán daño.

Mientras Wasim pronunciaba estas palabras, deseaba que fueran ciertas. Era el secuestro tribal de unos turistas occidentales. Era algo común; lo llamaban «secuestro de invitados». Pasaría una semana, quizá dos, hasta que obtuvieran el dinero. Entonces serían liberados. Estas cosas normalmente terminaban bien, según había escuchado, y rara vez lastimaban a los occidentales, y nunca los mataban, a menos que interviniera el ejército e intentara liberar a los rehenes que fueron capturados por las tribus.

Annette, aunque estaba aterrada, le dijo a sus compatriotas:

—Es un secuestro. Pedirán un rescate. Wasim dice que no hay que...

—Cállate —le dijo el alto beduino en inglés, y luego, en árabe, a Wasim—. Esto no es un secuestro.

Wasim cerró los ojos y empezó a rezar en voz alta.

Bulus ibn al-Darwish, la Pantera, desenvainó su daga curva y se colocó detrás de Wasim. Con una mano jaló la cabeza de Wasim por el pelo hacia atrás, y con la otra pasó la daga a través de su garganta; entonces empujó al hombre hacia adelante.

Wasim cayó de cara al suelo de piedra del Templo de la Luna y permaneció quieto mientras la sangre fluía rápidamente sobre las piedras calientes.

Los belgas miraban horrorizados: algunos gritaron y otros rompieron a llorar.

Los hombres armados forzaron a todos los belgas a ponerse de rodillas en el suelo, y la Pantera se acercó a Annette, dio la vuelta por detrás de ella y le dijo:

—Para que no tengas que ver morir a los demás —y con un movimiento rápido jaló su cabeza para atrás por su largo cabello y le abrió la garganta con la daga, para luego seguir con los demás.

Algunos gritaron o pidieron misericordia, y otros incluso intentaron resistirse, pero fue inútil, pues los jihadistas los sujetaron con firmeza mientras la Pantera les cortaba la garganta. Algunos aceptaron su destino en silencio. Sólo uno de ellos, una mujer mayor, rezó, y la Pantera la reservó para el final, para que pudiera terminar su plegaria. Era interesante, pensó, ver cómo moría la gente.

En menos de dos minutos todo había terminado. Los nueve infieles y Wasim, su sirviente, estaban tendidos en el suelo del templo; la sangre que les daba vida corría libremente sobre la piedra ancestral.

Bulus ibn al-Darwish, al-Numair, la Pantera, miró a los infieles mientras, uno a uno, entraron en los espasmos finales de la muerte y dejaron de moverse.

Uno de ellos, sin embargo, el padre de la muchacha, se levantó de repente, las manos todavía atadas por la espalda, y corrió escalones abajo. Pero tropezó de inmediato y cayó de cara contra las piedras; rodó por la escalera y quedó tendido en la base de los escalones.

La Pantera le dijo a los jihadistas:

—Espero que no se haya lastimado.

Los hombres rieron.

La Pantera miró su jambiyah, roja de sangre, y la guardó en su vaina.

Recogió una de las cámaras de los turistas y vio las imágenes digitales en la pequeña pantalla, que lo hicieron sonreír.

Llamó a uno de sus hombres:

—Nabeel —y le entregó la cámara para que tomara fotografías de la masacre.

La Pantera miró a los europeos muertos y dijo:

—Así que vinieron a Yemen en busca de aventura y conocimiento. Y encontraron ambas cosas. Una gran aventura final, y un conocimiento profundo de esta tierra. Han

aprendido que Yemen es el lugar adonde viene la muerte.

**PARTE II**  
**Nueva York**

## CAPÍTULO DOS

Si la tierra tuviera un ano, éste estaría en Yemen.

Y a propósito de cosas repugnantes, mi jefe, el agente especial designado Tom Walsh, me había citado en su oficina a mí, detective John Corey, a las 5:15 PM, y llevaba ya cinco minutos de retraso. Mas no era para preocuparse; mi mujer, Kate Mayfield, que también trabajaba para Walsh, habría llegado a tiempo a la reunión, y sin duda disculpado mi retraso diciendo algo como: «Hoy John amaneció de un humor pasivo-agresivo. Llegará cuando crea que ha logrado sobrellevarlo».

¡Sea! Otros cinco minutos. Cerré los archivos de la computadora y miré la granja de cubículos que constituye mi entorno. Trabajo en el vigésimosexto piso de Federal Plaza 26, un lugar de la parte baja de Manhattan, bajo la sombra de las Torres Gemelas. Bueno... ya no. Quiero decir que las torres ya no están. Pero yo sigo aquí.

Era viernes —lo que llamamos viernes federal—, lo cual significa que a las 4:30 PM todos los colegas de la guerra al terrorismo, sobre todo agentes del FBI y detectives del Departamento de Policía de Nueva York, ya se habían ido para adelantarse al tránsito vehicular en el puente y en el túnel, o bien andaban atendiendo casos especiales en diversos bares y restaurantes de los alrededores. Con un poco de suerte, pronto podría añadirme a ellos. Pero antes era preciso reunirse con Tom Walsh, quien se encarga de la Fuerza Operacional Antiterrorista de Nueva York. ¿Y para qué podría quererme ver *Mr. Walsh*?

Su correo electrónico decía: *John, Kate, en mi oficina, 5:15. Reunión privada. Asunto: Yemen.*

¿*Yemen*? Tal vez una errata. ¿*Yemex*? ¿Un tipo de explosivo nuevo? O tal vez había querido escribir «*Yes-men*». Demasiados empleados en la organización que sólo responden «*Yes*».

Walsh no acostumbraba señalar el tema de las reuniones privadas; prefería tomarlo a uno por sorpresa. Pero cuando enunciaba el tema, lo que pretendía era que uno pensara en eso, que le comiera las entrañas.

Pensándolo bien, podría concluir que Tom Walsh pretendía asignarnos a Kate y a mí al despacho de Yemen. ¿Teníamos despacho de Yemen en la organización? Quizá no quería más que le ayudáramos a encontrar dónde quedaba Yemen en el mapa.

Otra posibilidad... no, *no* iría a pedirnos ir a Yemen. No, no. Yo había estado ahí durante un mes para investigar el atentado contra el barco *USS Cole*. Fue así como descubrí que aquello era una cavidad anal.

Me levanté, me puse la chaqueta, me enderecé la corbata y me sacudí los resentimientos de los hombros —un detective bien balanceado lleva sus resentimientos en ambos lados—, hecho lo cual me encaminé a la oficina de Walsh.

Cuento en breve la historia de esta organización de élite. La Fuerza Operacional

Antiterrorista fue fundada en 1980, cuando la palabra «terrorista» no era sinónimo de terrorista islámico. La FOA en aquellos días tenía las manos ocupadas con los miembros del Ejército Republicano Irlandés, las Panteras Negras, los grupos de portorriqueños separatistas, y otros malos actores que, parafraseando a William Shakespeare, creían que Nueva York entero era un escenario: todos los malos actores querían presentarse en Broadway.

Así se fundó aquí en Nueva York la primera Fuerza Operacional Antiterrorista, compuesta por diez agentes del FBI y diez detectives de la policía de Nueva York. En la actualidad tenemos mucha más gente. Hemos añadido además algunos funcionarios de la CIA, y también de otras agencias de inteligencia e instituciones relacionadas con el cumplimiento de las leyes. El número concreto de gente está clasificado como secreto, y si alguien me pregunta cuántas personas trabajan en la Fuerza, suelo responder: «Más o menos la mitad».

El experimento de la Fuerza Operacional Antiterrorista de Nueva York resultó, y antes del 11 de septiembre de 2001 había otras treinta y cinco fuerzas de tareas antiterroristas en el país. Hoy en día, después del 11 de septiembre, hay más de cien en la nación. Un signo de los tiempos.

La teoría que sustenta estas fuerzas operacionales consiste en mezclar dentro de la misma organización a personas de diversas agencias encargadas de vigilar el cumplimiento de la ley y de recabar inteligencia, de suerte que se junten diferentes aptitudes y actitudes para formar sinergia, con la idea de que así se consigan mejores resultados. Funciona. Me explico: mi esposa es del FBI y yo de la policía de Nueva York, y nosotros nos llevamos bien y nos comunicamos sin problemas. De hecho, todos los que trabajan aquí se llevarían mejor si durmieran juntos.

La otra razón para incluir a la policía local en el grupo operacional federal era que la mayor parte de los agentes del FBI —incluida mi mujer— venían de áreas no urbanas, es decir, de los suburbios o las poblaciones marginales. En una ciudad grande como Nueva York, los policías locales son quienes conocen el territorio. He enseñado a varios agentes del FBI a leer el mapa del tren subterráneo, y les he señalado cada bar irlandés en las avenidas Segunda y Tercera.

En todo caso, yo era un agente bajo contrato, o sea, un civil. Cinco años antes aún pertenecía al Departamento de Policía de Nueva York, pero me retiré por incapacidad médica a consecuencia de haber sido acribillado tres veces en cumplimiento de mi deber, y las tres el mismo día. Quedé bien en lo físico (lo mental es otra cosa), pero tuve otros motivos para aprovechar la oferta de retiro. A partir de ahí, como muchos expolicías, encontré una nueva carrera con los federales, que tenían millonadas de dólares antiterroristas que gastar. ¿Me gustaba mi trabajo? Eso es lo que estaba a punto de averiguar.

## CAPÍTULO TRES

Mi jefe y mi esposa estaban sentados ante una mesa redonda de buen tamaño, cerca de una ventana grande que miraba al sur, con una hermosa vista de la parte baja de Manhattan que comprendía el puerto y la Estatua de la Libertad, un paisaje que ya no estaba obstruido por las torres, aunque en la ventana había una calcomanía negra de los edificios ausentes, con la leyenda: «Nunca olvides».

Nadie, ni siquiera yo mismo, comentamos sobre mi tardanza, y tomé una silla junto a la mesa.

No tenía gran simpatía por *Mr. Walsh*, pero respetaba su trabajo, y podía percibir que estaba sometido a grandes presiones. Me agradaría pensar que su trabajo resultaba más fácil gracias a mí, pero... la verdad no era así. En ocasiones había logrado cubrirle el trasero y hacerlo quedar bien. De cuando en cuando, él hacía lo mismo por mí. Para Tom era un buen intercambio. Entonces, ¿por qué querría enviarme a Yemen?

Tom me informó:

—Kate y yo aún no hemos empezado a hablar del tema de la reunión.

—Ya, ya.

Mentía.

Kate había hecho carrera en el FBI, y tal vez por eso le gustara su jefe. O a lo mejor sólo le gustaba, lo cual quizás era motivo suficiente para que a mí me desagradara.

Unas cuantas palabras sobre el agente especial a cargo Tom Walsh. Era joven para el puesto —tenía unos cuarenta y tantos años—, guapo, para quien le gusten los maniquíes de escaparate, y nunca se había casado, aunque sostenía una relación a largo plazo con una mujer igual de narcisista y absorta en sí misma. ¿Qué les parece?

En lo que se refiere a su estilo de mando, mantenía una cierta distancia con sus propios agentes del FBI, y resultaba casi condescendiente con los detectives de la policía de Nueva York que estábamos bajo sus órdenes. Exigía lealtad absoluta, pero olvidando que la esencia de la lealtad está en la reciprocidad. Tom era leal con sus superiores en Washington; todos los demás éramos sacrificables. Eso a mí no se me olvidaba cada vez que tenía que lidiar con él en directo. Como esta vez.

Los seres humanos somos muy complejos, sin embargo, y debo decir que conozco facetas mejores de Tom Walsh. Como sucedió, por ejemplo, en nuestro último caso importante, que involucró al terrorista libio Asad Khalil, apodado el León, en el que Walsh mostró un grado de valor físico a la altura de todo lo que he visto en los veinte años que llevo trabajando en la policía de Nueva York, más los cuatro en la Fuerza Operacional. De no ser por esa acción de increíble valentía, en que se jugó el pellejo para salvar miles de vidas inocentes, ya me habría puesto a

buscar otros trabajos: mi contrato expiraba al mes siguiente.

Tom entró enseguida en materia y dijo:

—Permítanme entrar en materia.

Miró un correo electrónico que tenía delante y nos informó:

—Hemos recibido de Washington dos nombramientos para ultramar.

—¿París y Roma? —inquirí.

—No —repuso—. Dos puestos en Sana'a. Es la capital de Yemen.

—Eso no lo queremos hacer —le aseguré.

—Tienen que escucharme antes de decidir.

Kate le dijo a Tom:

—Si a mi esposo no le interesa, a mí tampoco me interesa.

La verdad es que no dijo eso. En cambio, dirigiéndose a mí, sentenció:

—Vamos a oír de qué se trata.

Gracias, pareja. Kate siempre pone su carrera y su país por encima de su esposo.

Bueno, no siempre. Pero a menudo. He tomado notas sobre el asunto.

Además, mi instinto de detective me decía que Tom y Kate en realidad habían empezado ya antes de que yo llegara. Los del FBI se apoyan entre sí.

Walsh prosiguió:

—Un puesto es de agregado jurídico, y el otro es como integrante de un ERE —añadió—. Los dos en Sana'a, pero con algunas obligaciones en Adén. La embajada en Sana'a no tiene en la actualidad agregado jurídico, así que este puesto es un nombramiento nuevo, y entra en efecto a partir del mes que viene.

A continuación pasó a describir los puestos, leyendo de una hoja de papel. Dejé de prestar atención.

Un agregado jurídico es un empleado en la embajada de Estados Unidos en alguna capital extranjera o, en ciudades grandes, una oficina consular. En este caso, tendría que ser Sana'a, y tal vez Adén, que hasta donde sé son las dos únicas ciudades que hay en Yemen.

Kate es abogada, al igual que muchos agentes del FBI; mis poderes de deducción como detective me dijeron que el puesto legal sería para ella. Un ERE es un Equipo de Recolección de Evidencia, lo cual en la terminología federal significa que sus miembros son investigadores forenses en la escena del crimen, así que concluí que el otro nombramiento estaba destinado para mí.

El crimen en cuestión, con toda seguridad, habría de ser el atentado con bombas contra el USS *Cole*, un barco de guerra que fue atacado mientras cargaba combustible en el puerto de Adén. La fecha fue el 12 de octubre de 2000, y por eso yo había viajado a Yemen en agosto de 2001. La investigación de este acto terrorista continuaba, y no se detendría hasta que cada uno de los involucrados fuera puesto a disposición de la justicia.

En lo que toca a Sana'a, la capital de Yemen, en árabe significa An'o. Y de paso diré que la ciudad portuaria de Adén tampoco es ninguna delicia. Pueden creerme al

respecto.

Mr. Walsh continuó:

—Como John sabe, por su viaje anterior, el gobierno yemenita no extiende visas más que de cuarenta y cinco días a nuestro personal de los ERE, gente dedicada a investigar el atentado contra el *Cole*. Si se aplica algo de presión, es posible extenderla hasta por un año.

¿Un año? ¿Estaba bromeando? Walsh ofreció su comentario editorial sobre el tema:

—Los yemenitas cooperan, mas no cooperan *por completo*. Se encuentran en una posición estrecha entre las presiones de Washington y otras demandas, originadas tanto en el interior como el exterior de Yemen, que buscan que los norteamericanos salgan de su país.

Creyó necesario explicarse mejor:

—El gobierno de Sana'a ha entrado en una fase antinorteamericana.

—No creo que sea una fase, Tom —le informé, y sugerí enseguida otra idea—. Quizá sea mejor quedarnos en casita y atacarlos con misiles nucleares.

Tom no hizo ningún caso a mi sugerencia.

—El trabajo de Kate en la embajada está sujeto al reglamento diplomático, así que ella puede permanecer en el país por cualquier lapso de tiempo razonable.

¿Qué tal unos cinco minutos? ¿No es razonable?

—A fin de cuentas, pueden pensar en una estancia de un año —siguió Tom con su reporte preliminar, y añadió, sonriendo:

—Juntos. Eso no está tan mal.

—Es maravilloso estar juntos —acepté, con una reserva—. Pero no iremos.

—No he terminado. Permíteme.

Ésta es la parte en la que el jefe te cuenta lo que sucederá si dices que no, y Tom nos dijo:

—Respecto a la trayectoria profesional de Kate, su trabajo aquí en Nueva York está a punto de llegar a su conclusión natural. De hecho, la Fuerza Operacional de Washington desea que sea transferida. Desde el punto de vista profesional, es una buena jugada.

A Kate, que viene de un lugar llamado Minnesota, no le gustaba Nueva York al principio, pero viviendo aquí conmigo acabó por tomarle cariño. ¿Por qué mi esposa no decía eso? Tom siguió hablando:

—Si Kate acepta esta misión riesgosa en el extranjero, la Oficina de Preferencia la colocará en la parte superior de la lista de la OP —dijo, añadiendo una explicación innecesaria—: Eso significa que después de Yemen ella podrá volver a Nueva York, o a cualquier lugar que elija.

Kate asintió con la cabeza. Tom se dirigió a mí:

—Si aceptas esta misión, tu contrato, que según entiendo está por expirar, tendrá que ser renovado por el tiempo que pases en Yemen, y agregaremos dos años

adicionales.

Supuse que ésa era la zanahoria. Me parecía preferible el palo: que no me renovaran el contrato. Tom obviamente ya había pensado en eso y siguió hablando:

—O, a tu regreso de Yemen, puedes tener un puesto de fondo federal con la unidad de inteligencia del Departamento de Policía de Nueva York. Nosotros nos encargamos de eso.

Miré por la ventana. Un día horrendo de febrero. En Yemen estaría soleado. Contemplé la torre cercana de ladrillo en Police Plaza 1. Estaría bien volver a la policía, aunque fuese como empleado federal, trabajando ya no en homicidios, sino en inteligencia. De cualquier modo, estaría fuera de Federal Plaza 26, lo cual a Tom y a mí nos convendría por igual. Kate y yo podríamos lanzarnos avioncitos de papel uno al otro desde las ventanas de nuestros despachos.

Al parecer, Tom había terminado con la estrategia de la zanahoria y el palo, así que le hice la pregunta más obvia:

—¿Por qué nosotros?

Tenía la respuesta preparada.

—Porque son los más calificados —dijo, y se volvió a mí—: Tú ya has estado ahí, y el equipo de Yemen necesita alguien que tenga experiencia.

No contesté. Siguió:

—Ustedes dos trabajan bien en equipo, y la idea es que como marido y mujer se ajustarán mejor a la situación.

—Creo que no te entiendo, Tom.

—Mira, como bien sabes, en algunos países islámicos las mujeres no son del todo aceptadas. Las mujeres profesionales y las solteras han de superar muchos obstáculos. Pero Kate, como mujer casada que viaja con su marido, podrá tener mayor libertad de movimientos. Y estará más protegida.

Ni Kate ni yo respondimos a eso, pero empezaba a parecerme que eso no tenía que ver con el puesto de agregada jurídica en la embajada. De hecho, Kate le preguntó:

—Tom, ¿de qué se trata eso?

No dio una respuesta directa, sino dijo:

—Es posible que se les pida ir más allá de las descripciones oficiales de sus puestos.

Inquirí:

—¿Hay que matar a alguien?

No se rio diciendo algo como: «No seas tonto, claro que no». Más bien no dijo nada, lo cual decía mucho.

Tom se levantó y fue a una vitrina. Volvió con tres copas y una botella de *brandy* medicinal. Sirvió, chocamos las copas, dijimos «salud» y bebimos.

Se dio vuelta y se quedó mirando por la ventana un rato. Como para sí mismo, habló:

—Mataron, asesinaron a diecisiete marineros norteamericanos cuando una barca se puso junto al *Cole* en el puerto de Adén, con tripulantes suicidas que detonaron explosivos de alto poder, abriendo un hoyo en el costado de nuestro barco de guerra. Hubo treinta y nueve marineros heridos, algunos de mucha gravedad. Un buque de guerra que costó muchos millones de dólares estuvo fuera de servicio durante casi dos años.

Era verdad. Eso había sucedido tres años y medio antes, y la investigación seguía sin obtener resultados más que a medias.

Por cierto, el Equipo de Recuperación de Evidencia en Yemen había descubierto tiempo atrás toda la evidencia forense que pudo haber existido, y el lugar del crimen —el puerto de Adén— había sido dragado, y el USS *Cole*, una vez reparado, había vuelto a navegar. Así que el Equipo de Recuperación de Evidencia era sólo un nombre, una designación que nuestros renuentes aliados yemenitas podían soportar. En realidad, el ERE en Yemen interrogaba sospechosos, testigos y delatores, y participaba activamente en la cacería de quienes perpetraron el atentado. Eso fue lo que hice durante mi estancia anterior. A lo mejor eso es lo que había querido decir Tom al comentar que tendríamos que ir más allá de la descripción del puesto. O tal vez... se refería a alguna otra cosa.

Walsh se sentó, y entonces nos dijo, como en confianza:

—Hemos identificado a uno de los que dirigieron el ataque y, según informes confiables de inteligencia, dicho individuo ha regresado a Yemen. Nuestro equipo en Yemen está centrado en localizar y capturar a este hombre.

Mirándonos a Kate y a mí, añadió:

—Ustedes serían parte de esos esfuerzos.

Ninguno de los dos replicamos, así que Walsh continuó:

—La misión podría llevarlos fuera de Sana'a y de Adén, a los territorios tribales.

Pensé en lo que acababa de oír. Los territorios tribales, que los norteamericanos que están allá llaman Tierras Malas o Territorio Indio, vivían al margen de la ley, básicamente. Y se les conocía por peligrosos. Walsh añadió:

—Como sabe John, eso puede acarrear riesgos.

Ya, ya. Ahí tenía la respuesta a mi pregunta anterior. «¿Por qué nosotros?». Walsh me prefería muerto. Pero Kate le gustaba. Así que... quizá yo sería el único que tendría que aventurarme sobre un camello a buscar a este tipo en las Tierras Malas.

—No lo haces sonar muy atractivo que digamos —le comenté a Walsh.

—No quiero dorarles la píldora —repuso.

—Ya veo, y te lo agradezco. Lo que no veo es cómo podemos aprovecharlo nosotros.

—¿Por qué se trata siempre de ti?

Bueno, eso hizo que me sintiera en falta. Tom sabe cómo hacer eso. Así que dije:

—Mira, Tom, soy un patriota, un soldado en la guerra contra el terrorismo, y nunca me he echado atrás ante el peligro para cumplir mi deber...

—Ya lo sé. Ustedes dos tienen valentía y dedicación...

—Sí, sí. Pero a mí el peligro me gusta en ambiente urbano. Como aquí —le recordé—. Hemos estado ahí, durmiendo con las botas puestas y las pistolas en la mano. No pienso en mi propia seguridad. Estoy pensando en Kate.

—Yo me puedo cuidar sola, John —dijo, por supuesto, Kate.

—Lo sé —acepté.

Que vaya *ella*, entonces. Walsh nos dijo:

—A más tardar, tendrían que reportarse a la embajada de Estados Unidos en Sana'a el fin de semana después del que viene. Necesito tener su respuesta el lunes a las nueve de la mañana. Si aceptan, podré darles los detalles de la misión clasificados como secretos. Una vez que tengan esos detalles clasificados, quedan comprometidos con la misión.

—En otras palabras, no sabremos a qué diremos que sí hasta después de decir que sí.

—Correcto —nos aseguró—. Si se rehúsan, no quedará registro de esta reunión, ni habrá notas desfavorables en sus expedientes. Sus carreras seguirán su curso normal.

Estaba claro. Yo quedaría desempleado en Nueva York, y Kate se iría a Washington. Walsh prosiguió:

—Esta misión, si deciden aceptarla, asegurará sus futuros.

—¿Acortará nuestros futuros?

No me prestó atención y continuó:

—Aun cuando la misión no tenga éxito. Si sale bien, ustedes y los demás miembros del equipo que se encuentran en Yemen contarán con la gratitud del gobierno, y se les otorgarán los honores apropiados. Es todo lo que puedo decirles.

¿Qué honores? ¿Los que se rinden en el cementerio de Arlington? Pero el jefe tenía una buena noticia.

—Tan pronto como este hombre sea aprehendido, su misión en Yemen habrá concluido.

Un buen incentivo para terminar en una semana. La otra cara del asunto era que la misión también terminaría si ese tipo nos descubría antes que nosotros a él. Tom fijó los ojos en mí y me dijo:

—La misión te ofrece amplias oportunidades para aplicar tus métodos, que a veces son poco ortodoxos, por lo cual aquí no se aprecian mucho, pero allá pueden resultar muy valiosos.

¿Cómo tomar eso? ¿Un impredecible se redime en la Tierra de las Arenas? Kate tomó la palabra.

—Lo pensaremos —dijo, y enseguida preguntó—: ¿Puede aceptar sólo uno de nosotros?

Tom asintió. Bien, ya se veía venir. ¿Adónde había yo puesto mi ropa para el desierto después del último viaje a Arabia Saudita?

Tom se incorporó, y nosotros nos pusimos también de pie. Nos despidió así:

—Los veré a los dos aquí en mi oficina, el lunes a las 9 AM. Que pasen un buen fin de semana.

Nos dimos la mano, y Kate y yo nos marchamos.

Mientras volvíamos a la granja de cubículos, sugerí:

—Vamos a tomar una copa.

No me respondió de inmediato. Después de una pausa, me dijo:

—John, tenemos que hacerlo.

—Desde luego, y después iremos a cenar. ¿Adónde te gustaría ir?

—Digo que tenemos que ir a Yemen.

—¿Y por qué no al Ecco's?

—Yo iré.

—Excelente. ¿Reservo una mesa?

—Y me gustaría que vinieras conmigo.

—¡No te dejaría beber a ti solita!

—¿Me estás oyendo?

—No.

Recogimos nuestros abrigos, bajamos en el ascensor y salimos del vestíbulo de Federal Plaza 26 hacia la parte baja de Broadway.

En la calle hacía frío y soplaba el viento, pero a mí el frío me gusta. Buen clima para beber. En Yemen hacía calor y el alcohol era ilegal.

Del lado positivo, como Tom había señalado y yo había podido descubrir durante mi estancia en Yemen, quedaría libre de todo el papeleo burocrático de aquí, y de la corrección política que permeaba Federal Plaza 26. Podría ser yo mismo. Qué locura.

Además... tenía una sensación de que era preciso darle una paliza a alguien en la Tierra de las Arenas. Eso podría resultar interesante. Es decir, no que haya tenido o deseado tener licencia para matar, pero podía concebir una situación en que esto fuera lo justo y necesario. Sobre todo después del 11 de septiembre.

Había mucho en qué pensar, y yo pienso mejor cuando estoy en un bar.

Llegamos a Ecco's en la calle Chambers, y mientras nos acercábamos al bar, que estaba lleno de gente, Kate me dijo:

—Nos estamos estancando aquí. Estoy lista para cambiar. Para una aventura.

—Vayamos a un bar diferente.

—Apreciaremos más nuestra vida y nuestro trabajo después de volver.

—Ya, ya.

Pero no todos los que se iban a Yemen volvían de ahí.

## CAPÍTULO CUATRO

El Ecco's es un restaurante italiano del viejo Nueva York, aunque con precios del nuevo Nueva York.

El lugar estaba a reventar en esta fría noche de viernes a la hora de la salida del trabajo, y la mayor parte de la clientela estaba compuesta por abogados, jueces, funcionarios de policía y políticos cuyas carteras llevaban años sin ver la luz del día.

Kate y yo encontramos sitio en el bar, saludamos a unas cuantas personas que conocíamos, y pedimos lo de costumbre: para mí Dewar's con soda, y para la señora un Pinot Grigio.

—¿Hay lugares en Sana'a o en Aden donde se pueda echar un trago? —me preguntó Kate.

—Pero ¿no piensas en otra cosa, tú?

Mi ex, cuyo nombre es Robin, es abogada defensora de lo penal de altos honorarios; ella fue quien me trajo a este lugar años atrás, y todavía lo sigue frecuentando. No me importa, ella no me cae mal; lo que me disgusta es el trabajo al que dedica su vida, que consiste en defender a las basuras humanas que llevo veinte años tratando de meter en la cárcel. Eso fue una fuente de tensiones durante nuestro breve matrimonio. Ahora estoy casado con otra abogada. Como suelo decir, me gusta la intimidad con la ley.

Kate y yo chocamos copas y pronunciamos la bendición.

—Gracias a Dios que es viernes.

En el rincón había un piano, y el pianista empezaba a tocar. Le sugerí a Kate:

—Pídele que toque «Medianoche en el oasis».

Hizo rodar sus grandes ojos color azul bebé.

Una palabra sobre Kate Mayfield, también conocida como Kate Corey. Nos conocimos trabajando, cuando ambos estábamos asignados al primer caso de Asad Khalil. El FBI y el Departamento de Policía de Nueva York son especies diferentes, pero nos enamoramos y nos casamos. De eso hace ya cuatro años y sigue siendo el cielo.

Kate es un poco más joven que yo. Bueno, en realidad le llevo catorce años, pero la diferencia en edad no ha sido problemática; ella es más madura de lo que indican sus años, y parece que yo no logro acabar de crecer.

Como ya lo he dicho, ella es de Minnesota. Su padre es un agente retirado del FBI, y su madre está loca. Ambos me odian, por supuesto, pero para ser de Minnesota lo llevan bastante bien, en realidad.

Por el lado bueno de las cosas, a Kate y a mí nos han disparado juntos, lo cual es bueno para toda relación, y ella se comporta con serenidad bajo fuego. Si tuviera algún defecto, aparte de sus lealtades divididas, sería el de una falta de aprecio por

mis hábitos de trabajo o los métodos que uso en la policía de Nueva York. Además, los federales carecen casi por completo de sentido del humor, y los policías somos chistosos. Yo trato de volverme más serio mientras Kate se esfuerza por encontrarle un lado gracioso a los terroristas.

Fuera del trabajo, nos llevamos bien. Sin embargo, me preguntaba cómo nos iría en Yemen, donde estaríamos trabajando juntos 24/7. Tal vez ella aprendería a apreciar mi estilo del Viejo Oeste en un lugar en donde el hombre armado es la única ley. Más grave era la posibilidad de que nunca llegáramos a descubrir esas cosas.

Pedí que nos dieran una mesa, y me alegró saber que la espera sería de treinta minutos.

—Pónganos otra ronda. No se puede caminar con una sola pierna.

Kate me dijo:

—Si no aceptamos esta misión, podrían no renovar tu contrato, y a mí me mandarían a Washington.

—Quiere intimidarnos.

—No, no es eso.

—No respondo bien a las amenazas —le aseguré.

—No son amenazas. Se trata de transferirnos.

—Llámalo como quieras.

—¿Vivirías en Washington?

—Prefiero vivir en Yemen.

—Muy bien, entonces. En un año estaremos de vuelta en Nueva York.

—Ese año es lo que podría liquidar nuestras carreras.

No replicó a eso.

Cuando hice mi última visita a Yemen, en agosto de 2001, Kate estuvo durante ese mismo mes en Dar es Salaam, Tanzania, como agregada jurídica, investigando el atentado de 1998 contra la embajada de Estados Unidos. Ese ataque de Al Qaeda lo había planeado Osama bin Laden, un nombre que en ese tiempo era desconocido para la mayor parte del público norteamericano. Poco después de que Kate y yo volviéramos de nuestras misiones respectivas en ultramar, tanto Osama bin Laden como Al Qaeda se volvieron famosos por haber asesinado a tres mil personas.

Por cierto, nuestras misiones de ultramar habían sido una suerte de castigo —o una advertencia—, que vino por haber metido nuestras narices sin autorización en el asunto de la misteriosa explosión del vuelo 800 de TWA. Así que nos fuimos, Kate a Dar es Salaam, que no es mal lugar para estar, y yo a Yemen, que es algo así como la Siberia de la Fuerza Operacional, aunque yo sentía que hacía algo útil. Volvimos a Nueva York con unos cuantos días de diferencia, justo a tiempo para el 11 de septiembre, como ya he dicho. En aquel tiempo, Tom Walsh todavía no era el jefe, así que yo no podía alegar que él estuviese intentando nuevamente ajustar mi actitud. En tal caso, ¿qué se proponía? Kate estaba tomando las cosas en su aspecto más obvio, pero yo no. Tom no hace cosas para la gente, sino que hace cosas *a* la gente. Además,

esto venía desde niveles más altos. John Corey debe ir a Yemen. Pero ¿por qué?

Todas estas ideas corrían por mi mente mientras estaba de pie en el bar del Ecco's, observando lo mejor o lo peor de la civilización occidental, y pensando en mi carrera, mi matrimonio, mi país, mi vida y mi futuro.

Normalmente no suelo reflexionar en ninguna de esas cosas, y me ufano de tener un bajo nivel de introspección y cero conciencia de mi propia persona. Pero se me había presentado una inesperada oferta que me cambiaría la vida, y necesitaba pensar sobre mi respuesta.

—¿En qué piensas? —me preguntó Kate.

—En que hay una exposición nueva de Monet en el Metropolitan.

Puso cara de duda, y entonces me dijo:

—John, si tú no quieres ir, puedo entenderlo.

—Te doy mi palabra de que no es un lugar donde uno querría estar un año.

—Hay mucha gente nuestra ahí ahora —señaló—. Y tenemos tropas en Irak y en Afganistán; todos los días esta gente hace grandes sacrificios. No puedes elegir el lugar donde quieres hacer la guerra. Hay que ir a donde esté el enemigo.

—El enemigo está *aquí*, Kate —le recordé—. Estamos dedicados a defender los bastiones de la fortaleza de Norteamérica.

—Hemos hecho bien nuestro trabajo aquí —dijo, después de pensar un momento—. Pero lo que ahora se necesita es entrar al vientre de la bestia.

—Es el culo —corregí.

Nuestra mesa ya estaba lista, y cuando íbamos cruzando el piso del restaurante, ¿a quién me encuentro sino a mi ex, sentada con su galán nuevo? Otro. Quiero decir que esta dama ha tenido más monturas que un jinete del Poni Exprés.

Ella también me había visto, y agitaba la mano, así que nos acercamos a saludar y a que nos presentara a *Mr. Perfecto del Momento*, que parecía estar a la mitad de un proceso quirúrgico de cambio de sexo.

Kate, que se lo toma con calma, dijo hola a Robin y a su acompañante, y Robin nos preguntó:

—¿Cómo va la guerra contra el terrorismo?

—El nivel de alerta sigue en amarillo —le informé.

Robin no respondió a eso, pero dijo:

—Dios mío, a veces creo que van a hacer volar en pedazos este lugar.

Kate tenía ya lista una bonita réplica:

—¿Por qué querría nadie matar abogados, jueces o políticos?

Robin no supo cómo tomar eso, y prefirió preguntarme:

—¿Sigues viviendo en el apartamento?

El apartamento en cuestión era la exresidencia marital, un lugar muy caro en la calle 72 Este, donde vivía Robin cuando la conocí. Cuando se marchó firmó a mi favor una subrogación del contrato de alquiler a largo plazo, un gesto muy bonito que absorbió casi todo mi ingreso mensual.

—Ahí sigo —dije.

—Qué bueno. Quiero mandarles una invitación a un evento de recolección de fondos que estoy organizando. Es para la Asociación de las Artes del centro de la ciudad —explicó—. Se trata de conseguir financiamiento para encargar murales y esculturas a artistas en la parte baja de Manhattan.

Más mierda.

—Será en el Ritz-Carlton del centro. De corbata negra. El veintiséis de marzo. Vendrán como invitados míos.

Me encontré diciendo:

—Gracias, pero estaremos fuera del país.

—¿Adónde van?

—Secreto clasificado.

—Oh... vaya... buena suerte.

—Gracias.

Reanudamos el camino hacia nuestra mesa, y Kate me preguntó:

—¿Eso significa que prefieres ir conmigo a Yemen que asistir a una cena de financiamiento de las artes con tu exesposa?

—Sabes bien que yo te seguiría al mismo infierno.

—Qué bueno. Nos iremos la semana que viene.

## CAPÍTULO CINCO

El sábado Kate y yo decidimos no hablar de Yemen hasta el domingo por la noche.

La mañana del sábado, Kate fue a la oficina para concluir con sus reportes y para indicar qué casos necesitarían ser asignados a otros operadores si, en realidad, iba a Yemen.

Yo tenía una cita con un tipo llamado Nabeel, que por coincidencia era de Yemen. No conocía a Nabeel, pero había llamado a la oficina de la Fuerza Operacional Antiterrorista sin dar más que su primer nombre, y pidiendo hablar conmigo por nombre y apellido. Me había dicho que teníamos un amigo común. Dudé que eso fuese cierto, pero ésa era la manera en que conseguía la mitad de mis contactos en la comunidad musulmana: mis tarjetas de visita andaban regadas por toda la ciudad. Por lo menos en los barrios de musulmanes. La publicidad da resultados.

Mi breve conversación telefónica con Nabeel reveló que su situación legal en el país era algo precaria, y quería que le ayudara a mejorarla a cambio de información que tenía en su poder. Nabeel trabajaba en una tienda *delicatessen* de Brooklyn, lo cual me hacía tener reservas sobre la clase de información que pudiera poseer. ¿Salchichas falsas? ¿Frijoles explosivos?

Algo que poca gente sabe es la cantidad considerable de inmigrantes yemenitas que trabajan en delis en Brooklyn y Queens. ¿Por qué? Quién sabe. ¿Por qué hay tantas gasolineras que son propiedad de turcos? ¿Por qué los dueños de todos los 7-Eleven son de la India? A nadie le importa un bledo, siempre y cuando los irlandeses sigan manejando sus bares.

Le había dicho a Nabeel que nos encontraríamos en el establecimiento Ben's Kosher Deli, en la calle 38 Oeste, un lugar en el que era poco probable que nos topáramos con gente de credo islámico; no deja de ser irónico, pues la comida kosher es halal, lo que significa que está permitida para musulmanes.

Así me encontré sentado en una mesa en la Deli de Ben encarándome con Nabeel. Por fortuna, él debía regresar a su trabajo en Bay Ridge, Brooklyn, de manera que la reunión sería breve.

Por su aspecto, Nabeel tendría algo más de treinta años, aunque tal vez fuese más joven, con barba descuidada, piel oscura y los dientes manchados de verde por la khat, una hoja de efectos narcóticos que mantiene al noventa por ciento de la población masculina de Yemen en un estado perpetuo de embriaguez y felicidad. Me hubiese gustado tener algo de khat en ese momento.

Nabeel ordenó té y un bagel con queso crema. Yo pedí café.

—¿Quién te dio mi nombre? —le pregunté a Nabeel.

—Ya dije en teléfono. Un amigo —me recordó—. No puedo decir el amigo.

—¿Fue Abdul?

—¿Quién Abdul?

—¿Qué Abdul? ¿Cuál es el primero?

—¿Señor?

—Habla.

—Hay una grande plan —habló— de gentes Al Qaeda. Gentes saudí. No Yemen. Todos saudís. Plan es explosión de bomba en Nueva York.

—¿Puedes ser más específico?

Y hablar con un poco de gramática, pensé.

—¿Sí? ¿Qué más?

—¿Bomba dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes?

—Tengo todo información. Te doy. Necesita visa de trabajo.

Podría darle mi visado para Yemen. Le pregunté:

—¿Tienes identificación? ¿Pasaporte?

—No.

Nunca tienen. En realidad, no me interesaba hablar con este sujeto a menos que me mostrara su pasaporte.

—Necesito que vengas a mi oficina —le informé, sacando una de mis tarjetas—. ¿Cuál es tu apellido?

Me dio un trozo de papel en el que su nombre —Nabeel al-Samad— estaba escrito en alfabeto latino, con letras mal formadas.

—Copio del pasaporte —me comunicó, orgulloso—. Puedo hacer firma de nombre.

—Excelente —dije, al tiempo que escribía en el anverso de la tarjeta: *Nabel al-Samad para ver al Det. Corey*. Firmé, puse la fecha y le di la tarjeta—. Tendré traductor del árabe, y habrá alguien de Migración para que hables con ellos. ¿Capisce?

—¿Sí? ¿Arrestar en oficina?

—No. Puedo arrestarte aquí —repuse, pensando que sería una manera de arruinarme el día.

—Hablo primero aquí.

—Bien. Habla.

Nabeel me contó que estaba en contacto con personas que sabían más sobre el plan de la bomba, pero necesitaría tiempo —una visa de seis meses— para obtener los detalles. Sonaba falso. Pero nunca se sabe.

Por fin aceptó acudir a la oficina el lunes si le daban permiso de salir en el trabajo. La gente de esta calaña trabaja días de doce horas, seis o siete a la semana, para enviar a su mujer y a sus diez hijos cantidades que allá ascienden a una fortuna. Una deli en Brooklyn equivale a una mina de oro en Yemen. Le pregunté:

—¿De dónde eres, en Yemen?

Pronunció un nombre que sonaba como «Alí Babá».

—¿Te gusta tu pueblo?

—Sí. Muy bonito país. Gente buena.

—¿Por qué, entonces, quieres quedarte aquí?

—En Yemen no hay trabajo. Voy a casa dos meses. Tres meses. Ver a familia. Volver aquí. Volver otra vez a Yemen.

Uno del *jet set* yemenita. Arranqué una hoja de papel de mi libreta y se la pasé, junto con una pluma.

—Escribe tu información —le dije.

Desafortunadamente no sabía escribir en inglés más que su nombre, así que le aclaré:

—Escribe en árabe.

¡Tampoco! Analfabeta en dos idiomas.

—¿En portugués?

—¿Señor?

En tres idiomas. Le pregunté el nombre del lugar donde trabajaba en Brooklyn, la dirección de su domicilio y el número de su teléfono celular.

Habló mientras yo le pedía pausas para apuntar los datos en mi libreta. Le dije:

—Te quiero ver el lunes por la mañana en Federal Plaza 26, y si no vienes enviaré un auto de la policía para que te traiga. Trae tu pasaporte. Y tu visa, aunque haya expirado. A la entrada, los de seguridad tendrán tu nombre. Enséñales la tarjeta que te di. ¿Entiendes?

Asintió con la cabeza.

Marqué el número de celular que me había dictado, y el timbre sonó en su bolsillo. Confiar, pero verificar también. Puse un billete de veinte dólares en la mesa y me fui.

Kate y yo habíamos quedado de vernos en el Met para ver la tontería de la exhibición de Monet. No debí haber abierto la boca al respecto.

Tenía tiempo que matar. Cuarenta cuerdas representaban buen ejercicio, así que me eché a andar.

Iba pensando en Nabeel. Casi todos los delatores tienen, o pueden obtener, algo de información; de lo contrario, no se aproximarían para ofrecerla. Todos quieren algo a cambio. No he visto nunca a un delator del Oriente Medio que simplemente quiera cumplir con un deber cívico contraído con su país adoptivo. En el caso de Nabeel, al igual que en la mayoría, lo que quería era la ciudadanía, o la tarjeta verde de residencia como recompensa por traicionar a alguien. A veces, lo que querían era dinero. Dar dinero a delatores era fácil; una tarjeta de residencia, no tan fácil. Y seguía sin entender por qué querían vivir aquí. ¿No sería que sus bonitos países eran asquerosos?

Tengo una teoría sobre la inmigración: quédate donde naciste.

Kate y yo hicimos contacto por teléfono y nos encontramos en el Metropolitan. Comimos en el restaurante del museo y después entramos a ver la exposición de Monet. Ese pintor, ¿estaría quedándose ciego? ¿O será que ya necesito gafas?

El sábado por la noche nos reunimos con otras dos parejas en la Casa del Bistec de Michael Jordan. Es un buen lugar: colesterol y testosterona.

Ese restaurante se ubica en un entrepiso sobre el patio de la Grand Central Station, con vista al célebre reloj bajo el cual suelen citarse los novios, entre otras personas. Me puse a mirar la masa de gente que llegaba y partía por tren, una escena que no ha cambiado tanto en los últimos cien años, con la excepción de que en estos tiempos hay soldados y policías vigilando todo. Nadie parecía ponerles atención; su presencia se había vuelto parte de la normalidad. Me disgusta que sea así.

A los policías les gusta juntarse con otros policías, pero desde que me uní a la Fuerza Operacional, mi vida social se ha expandido, y aquella noche cenábamos con federales. Por fortuna, los dos hombres, Ed Burke y Tony Savino, eran, como yo, expolicías que, como todo el mundo en estos tiempos, trabajaban para la organización federal. Una de las esposas, Ann Burke, era miembro del servicio, y seguía trabajando en eso, en el Distrito 103. La otra dama, Mary Savino, era mamá y gobernante de su casa, con dos rapaces de menos de cinco años y uno más en el horno.

Mirándola, se me ocurrió una idea. Si Kate se quedara embarazada —por ejemplo, dentro de unas cuatro horas—, entonces habría que cancelar el viaje a Yemen. Por debajo de la mesa, le acaricié el muslo con la mano. Ella sonrió.

Aunque no tenemos la costumbre de hablar del trabajo, dije:

—Nos han pedido a Kate y a mí que solicitemos un puesto en Yemen.

Ed Burke, antes detective la Unidad de Inteligencia del Departamento de Policía de Nueva York, nos aconsejó:

—Basta con decir que no.

—Sé de dos tipos que estuvieron allá —interpuso Tony Savino.

—¿Y qué cuentan? —pregunté.

—No sé. Nadie ha vuelto a saber de ellos.

Nos reímos todos. El sentido del humor de los policías es un poco enfermo.

—De hecho, estuve ahí durante un mes en agosto de 2001. Qué lugar. Como para perder la cabeza.

Más risas.

—John.

—En Yemen, los hombres son tan hombres que los camellos se ponen nerviosos.

—Ya basta, por favor —insistió Kate.

Así que dejé de hablar del tema. Sin embargo, Tony dijo:

—Hablando en serio, estos dos tipos que mencioné comentaban que no había lugar seguro fuera de la embajada de Estados Unidos. En cuanto bajas del avión, ya saben quién eres, y cada paso que das es como si trajeras una diana de tiro al blanco en la espalda.

Eso ya lo sabía yo. Ahora Kate lo estaba oyendo de otra persona, pero eso no la hacía titubear. Testaruda de verdad.

—Si nosotros no vamos —dijo—, otros tendrán que ir en lugar nuestro.

Eso era duro de rebatir. Empero, mi experiencia allá me hacía ver que teníamos una presencia norteamericana muy débil en un ambiente sumamente hostil, y eso era una receta para el desastre. Se le podría preguntar al general Custer su opinión sobre el tema.

Cambiamos por completo de conversación, o eso creí hasta que Ed Burke le pidió al camarero:

—Por favor, tráigame la brocheta de pene de camello.

¡Cualquiera se siente comediante!

El domingo por la mañana nos levantamos tarde, y ofrecí preparar el desayuno.

—¿No tienes antojo de helado con pepinillos agrios?

—¿Qué dices?

—Deberías cerciorarte de no estar embarazada antes de que veamos a Walsh mañana.

—John, estoy tomando la píldora.

—Ya, ya. ¿Qué te parece un plato de huevos revueltos?

Desayunamos, leímos el *New York Times* y miramos algunos noticieros matutinos. La BBC es en verdad la mejor fuente de todas las noticias sobre el mundo que a los norteamericanos les importa una mierda saber, y para empezar nos enteramos de que en Yemen había otra guerra civil.

Según las noticias, algún jefe tribal del norte llamado Hussein al-Houthi pretendía derrocar al gobierno de Sana'a, para reinstalar en el poder al Imán y crear un Estado islámico fundamentalista. El reportero con acento británico informaba que Hussein se proponía expulsar del país a todos los infieles y extranjeros, y restaurar la ley Sharia en Yemen. No me pareció tan mala idea eso de expulsar a los extranjeros, pues podían empezar por mí. Hussein deseaba además cortarle la cabeza al presidente de Yemen, el sempiterno dictador Alí Abdullah Saleh. Hussein sonaba como uno de esos tipos que eliminan la parte mental de la palabra *fundamentalismo*.

Kate accionó el botón de silencio y me dijo:

—No sabía que hubiese una guerra allí.

—Allí siempre hay una guerra. ¿Sabías que Yemen goza de la más alta proporción entre armas y gente? Tienen que hacer *algo* con todas esas armas.

No me contestó nada, pero pude ver que empezaba a considerar de manera diferente la perspectiva de un año en ultramar.

Somos socios de un club deportivo en la calle 39 Este, y pasamos ahí unas horas para quemar grasa de la carne ingerida en el Michael Jordan's y sudar todo el vino tinto.

Kate y yo nos mantenemos en bastante buena forma, y también dedicamos tiempo a las prácticas de tiro. Si fuéramos contadores del FBI, es probable que no nos molestáramos con ninguna de estas actividades.

Después del ejercicio me pareció necesitar un trago, así que fuimos andando a

Dresner's, un *pub* del barrio donde se conoce demasiado bien mi nombre.

Nos sentamos a una mesa junto a la ventana y pedimos dos cervezas para rehidratarnos. Kate me preguntó:

—¿Quieres que hablemos de Yemen ahora?

—Creí que ya era tema resuelto —repliqué.

—Bueno, yo sigo inclinada a aceptar, pero quiero que tú vengas conmigo.

Lo que en realidad deseaba de mí era que la persuadiera de no aceptar. Mi papel —si acaso lo desempeñaba— consistía en hacer de malvado. Pero ni el papel ni el juego me interesaban.

—Si tú vas, voy yo —dije.

—Pero no quiero que hagas algo que tú no quieras hacer.

—Lo que yo quiero hacer, querida, es lo que tú quieras.

—Pues creo que deberíamos ver los pros y los contras.

No se me ocurría nada en pro, pero adoptando el espíritu de ponderar todas las cosas, sugerí:

—Quizá tus padres podrían hacernos una larga visita.

Ella reaccionó con cierta molestia.

—Si lo vas a tomar en broma, mejor aceptamos la misión sin más.

—De acuerdo.

Fin de la discusión. ¿Ya? No, para nada, no es así como funciona.

—Creo que no eres sincero —expuso.

Lo que estaba claro es que la agente Mayfield titubeaba, y me había elegido a mí para que la empujara en una u otra dirección. En ese momento y lugar pude haber aniquilado la cuestión, pero ya estaba sintiendo un poco de placer perverso en el asunto. Ella, que el viernes estaba tan decidida a irse a Yemen, empezaba a considerar la realidad.

Era raro, pero a mí se me estaban presentando razones por las que *deberíamos* ir. No eran buenas razones, pero *eran* razones al fin y al cabo. La de mayor fuerza consistía en que yo, como casi todos los maridos, a veces dejaba que mi esposa no me hiciera caso y desoyera mis consejos, lo cual me brindaba el placer de decirle: «¡Te lo dije!». Me gustaba pensar en ese momento, y nos vi en el desierto en un auto sobrecalentado —posiblemente con balas en el radiador— rodeados por beduinos tribeños con sus AK-47. Azotando mi pistola Glock para encajar el cargador, le espetaría: «¡Te lo dije!».

—¿Y por qué esa sonrisa?

—Oh, nada, pensaba... en lo bonito que es el desierto de noche. Tantas estrellas.

Vino la camarera y pedí una hamburguesa con queso y tocino, y papas fritas y otra cerveza. Kate hizo lo mismo. La vida es corta. Le informé a Kate:

—No hay mucha cerveza ni carne de puerco en Yemen.

—Si vamos, no quiero oír tus quejas durante todo el año.

—No soy de los que se quejan.

—Estarás hablando en broma, ¿verdad?

—Quejarse es algo que se hace en Nueva York. Una forma de arte.

—Es molesto.

—Conforme. En Yemen no me quejaré. Allí nada le importa a nadie un pepino, de cualquier modo. A menos que te maten. Fin de la queja —añadí.

Reprimió una sonrisa.

—De hecho, hay un teatro no comercial en Sana'a, y mantienen un espectáculo musical en cartelera llamado «Ellos y cabras» —empecé a cantar una tonada—. Tengo la cabra aquí, su nombre es al-Amir...

—Eres un idiota —me recordó.

De vuelta en nuestro costoso apartamento bebimos café y vimos algo de televisión. En el Canal de Historia daban otro documental más sobre el fin del mundo, en esta ocasión el Fin de la Cuenta de los Días, predicha en el Calendario Maya. Para ser exactos, el 21 de diciembre de 2012. Lo que no decían era la hora. Uno no quisiera irse a dormir y perderse la función.

Sentí ganas de fumar un puro, y salí al balcón, lo encendí y miré el panorama de la ciudad. Era una noche clara y fría, y la vista hacia el sur era espléndida. Desde este apartamento en el piso 34 se veía el lugar donde trabajábamos. Antes se veían también las Torres Gemelas, y cuando desaparecieron, durante varias semanas se veían las columnas de humo. Pasaron más semanas y dos rayos gemelos de luz se alzaron al cielo para simbolizar las torres. Ahora ya no había nada.

Kate se unió a mí con su abrigo puesto y trayendo el mío.

—Ponte esto.

Los hombres auténticos no se ponen el abrigo para fumarse un puro en el balcón, pero me lo puse.

Durante un rato no hablamos. Mirábamos la luna alzada sobre las luces mágicas de la isla de Manhattan. Al fin, Kate dijo:

—Voy a echar de menos Nueva York.

—Le tendrás más aprecio cuando volvamos.

—Es obvio que no es una misión extranjera de rutina —dijo—. Se trata de algo importante. Tom ha demostrado que confía en nosotros al encomendarnos que aceptemos el trabajo.

—Es halagador —admití.

—Por eso es tan difícil decir que no.

—Pensé que diríamos que sí. Pero si quieres decir que no, es muy fácil —le recordé—. Fui contratado para desempeñar trabajo antiterrorista dentro de mi país. No tengo ninguna obligación legal ni moral para ir a Yemen o a ninguna otra parte fuera de Estados Unidos. Tu situación es diferente. Y si tú decides que necesitas ir, yo iré contigo.

Ella pensó en mis palabras un momento antes de replicar.

—Gracias —me dijo—. Ésta puede ser una oportunidad para marcar la diferencia.

Atrapar definitivamente al criminal que dirigió el ataque contra el *Cole*.

—Ya, ya.

Miré el lugar donde antes estaban las torres. Tanto Kate como yo habíamos perdido varios buenos amigos ese día. Y decenas de millares de otras personas perdieron también amigos, familiares y vecinos. A todos se nos rompió el corazón. Pero después nos pusimos furiosos. Kate se quedó callada un rato, y al fin dijo:

—La verdad es que no podría ir sin ti.

—Claro que habrías podido sin mí. Pero no tendrás que hacerlo.

Entramos y me acomodé en mi sillón de cuero suave. Iba a echar de menos mi confortable La-Z-Boy.

Kate se había acurrucado en el sofá con su laptop.

—Tenías razón —me dijo—. Yemen tiene la proporción más alta del mundo de armas por persona.

—Es el regalo típico a un recién nacido.

—Además, es el país más retrógrado, aislado y pobre de todo el Oriente Medio.

—Y ésa es la opinión del Ministerio de Turismo. Espera a oír a los que critican.

—Más de cien occidentales, entre turistas, profesores y gente de negocios, han sido secuestrados en los últimos diez años con peticiones de rescate. A algunos los mataron.

No respondí.

—¿Sabías que Yemen —continuó— es la tierra ancestral de Osama bin Laden?

—Lo sabía. Es también la tierra ancestral de Nabeel al-Samad.

—¿Quién?

—El de mi cita del desayuno de hoy.

—¿Yemenita? ¿Hablaron sobre Yemen?

—Sí. Me aconsejó no beber el agua.

Volvió a su computadora y me informó:

—A Yemen también se le conoce como «la tierra que el tiempo olvidó».

—Eso suena romántico.

—En la antigüedad, fue el reino de Saba, de donde era la reina de Saba.

—¿Dónde reside ahora?

—Es personaje de la Biblia. Fue la amante del rey Salomón.

—Ya, ya. Ya que estás levantada, ¿no me traes una cerveza?

—No estoy levantada —me contestó, y siguió leyendo su pantalla en silencio durante un par de minutos—. El lugar es una mierda.

—¿Cuál fue tu primer indicio?

—Pues tú no dijiste mucho después de tu regreso.

—Es que no me gusta quejarme.

Me lancé del sillón para procurarnos dos cervezas del refrigerador.

—Ya entiendes —dije, pasándole una botella— que si le decimos a Tom que aceptamos, y él nos cuenta más del asunto, entonces ya no podemos cambiar de

opinión.

—Tom cree que esto es bueno para nosotros. Confío en su juicio.

—Yo no. Tom sólo sabe parte del asunto. No sabremos la verdad hasta después de aterrizar —añadí—. Es como pisar arena movediza.

—Pues yo sigo en lo mismo: hay que ir. Sólo has de prometer que después de llegar no me vas a decir: «Te lo dije».

—¡Pero si es la única razón que tengo para ir!

—No, querido, vamos a ir para atrapar al hombre que dispuso el asesinato de diecisiete marineros norteamericanos.

—¡Ya, ya!

Chocamos las botellas y bebimos.

## CAPÍTULO SEIS

Lunes por la mañana.

Kate y yo llegamos a Federal Plaza 26 a las 8 AM.

Los ascensores del vestíbulo estaban rodeados por paredes gruesas de plexiglás, y tenían puertas del mismo material con un tablero de acceso. Marqué nuestras claves de acceso y saludé a los tres hombres armados que desempeñaban funciones de seguridad; en realidad eran policías del FBI. Le di al mayor de ellos mi tarjeta, con la información de Nabeel que había escrito en el anverso, y le dije:

—Un caballero árabe que vendrá a verme. Se supone que se tiene que presentar por la mañana. Si llega tarde o si no trae su pasaporte, puedes darle una paliza mientras voy bajando.

A Larry le hizo gracia. Kate, que podría ser la chica modelo para el cartel de *Miss* FBI, fingió no haber oído nada. Pero mientras subíamos en el ascensor, me comentó:

—Tom tiene razón. Te moverás mejor en el extranjero.

—Aquí me muevo muy bien.

—Todos los grupos islámicos de la ciudad tienen colgada en la oficina tu foto con un letrero que dice: «Se busca».

—Sólo son bromas —la tranquilicé.

—¿Fue broma el golpe bajo que le diste a aquel diplomático iraní?

—¡Fue él quien me dio con los huevos en el puño!

En esa tesitura nos separamos y entramos cada quien a su oficina en el piso 26. Kate está en la granja de cubículos del FBI, yo del lado de los policías de Nueva York. Los del FBI tienen más sol, pero los policías estamos más cerca de los ascensores.

Llamé a la oficina de Aduanas e Inmigración, que está en el mismo edificio y suele trabajar en estrecha cooperación con nosotros. Le expliqué a una conocida mía, Betty Álvarez, sobre mi prospecto de informante y que había un problema con su visa de trabajo. Le di la información anotada en mi libreta, y ella me ofreció verificarla en su banco de datos.

—¿Tienes los datos de su pasaporte? —me preguntó.

—No, pero si él se presenta, la tendré.

—Bueno. Llámame después.

—Es un hecho —repuse, y le pregunté—: tú, ¿tienes residencia legal en este país?

—John, no jodas.

—Está bien. Gracias.

Andaba un poco frenético esa mañana, sin duda por el efecto liberador de mi próximo viaje a Siberia.

Usé el teléfono de la oficina para llamar a Alim Rasul. Alim era un policía de

Nueva York que trabajaba para la Fuerza Operacional. Nació en Irak, pero vivía en Brooklyn y se hacía llamar Al. Cuando contestó le pregunté:

—¿Andarás por acá esta mañana?

Hubo un segundo de silencio, al cabo del cual inquirió:

—¿Eres Corey?

—Sí. ¿Vas a estar por aquí?

—John, estoy sentado aquí a tu lado.

—Qué bueno. ¿Sabes hablar en árabe?

—¿Por qué me llamas por el teléfono?

—Es la línea más segura de la oficina.

—Eres un jodido imbécil.

—¿Yo? Eres tú quien sigue al teléfono.

Colgó y se asomó a mi cubículo.

—¿Qué se te ofrece?

Le expliqué sobre mi reunión con Nabeel, y le dije:

—Voy a pedirte que estés en la sala de entrevistas conmigo.

—¿Para traducir?

—No, Al. Sólo para que lo sujetes mientras yo le doy de topes.

Al tuvo la cortesía de sonreír.

—Tengo que ver a Walsh a las nueve —añadí—. Si Nabeel llega mientras estoy con El Cid, tal vez puedas tú bajar por él.

—Claro.

Además, le informé:

—Puede ser que tenga que salir de la ciudad por un tiempo. Tal vez quieras ocuparte de este tipo.

—Bueno. ¿Adónde vas? —me preguntó.

—A las Tierras de Arena.

—Ése es un término derogatorio.

—Mil disculpas. Voy al pozo de mierda que es Yemen.

—¿Cometiste algún error?

—No en los últimos tiempos —le hice saber—. Se trata de un ascenso.

Eso le pareció muy gracioso.

—¿Y Kate? —inquirió.

—Viene conmigo.

—Qué bueno. Ya sabes, en Yemen debes conseguir tu propia bebida.

—¿Ah, sí? Creía que las nenas de por allá son de lo más calientes.

—No, son los machos quienes te harán perder la cabeza.

Una vez que agotamos el repertorio de chistes e insultos culturales, le di las gracias a Al por aceptar asistir a la entrevista —lo que antes se llamaba interrogatorio— y prometí que le traería un crucifijo de Yemen.

Pasé media hora en la computadora, revisando y actualizando mis casos para

quienes habrían de darles seguimiento.

Kate se presentó ante mi escritorio y me dijo que era hora de ir a ver a Tom.

Mientras subíamos a la oficina de Tom, Kate me preguntó dentro del ascensor:

—¿Seguimos en lo mismo?

—Siempre he deseado ir a Belén.

—Hablo de Yemen, John.

—Ah, bueno... eso es otra cosa. Hemos llegado: piso 28, artículos para el hogar, supervisores, equipo de jardinería y estiércol.

Nos dirigimos a la oficina de Tom. Yo estaba a punto de llamar a la puerta y entrar, pero Kate me detuvo:

—Es la última oportunidad.

Llamé a la puerta y repuse:

—Tú tomas la decisión. Dame una sorpresa. Acuérdate del *Cole* —agregué.

Abrí la puerta y entramos.

## CAPÍTULO SIETE

Tom nos recibió levantándose de su silla.

—¿Qué tal de fin de semana? —preguntó.

—Vimos la exposición de Monet en el Metropolitan —le informé—. Y me acosté con una belleza el sábado por la noche. Y tú, ¿qué tal?

Después de tales cortesías, nos preguntó:

—¿Han tomado su decisión?

Kate, sin mirarme siquiera, le dijo a Tom:

—Aceptamos la misión.

—Bien. Tomen asiento —dijo, sonriendo.

Tom usa unos sillones agrupados en torno a una mesa de café para sus visitas importantes, o para personas a las que se va a joder con elegancia, y Kate y yo tomamos los que dan a la ventana. Tom se sentó en el sofá y habló.

—En primer lugar, quiero decir que aprecio su voluntad de aceptar esta misión de ultramar.

Y por ahí siguió hablando. Oímos un breve discurso que probablemente pronunciaba cada vez que envía a alguien a cualquier lugar de mierda.

Interrumpí su discurso de despedida y deseos de buena suerte.

—¿Nos vas a decir —pregunté— de qué se trata esto?

Fingió sorpresa ante la pregunta:

—Es lo que ya les dije el viernes —respondió, y pasó a dar más detalles—. Una de las tres mentes maestras que dirigieron el ataque al *Cole* se encuentra en Yemen. Ha sido declarado culpable en ausencia. Ustedes se integrarán al equipo que lo busca.

—¿Qué hacemos cuando lo encontremos? —inquirí.

—Lo arrestan.

—¿Y?

—Y se le extradita a Estados Unidos. O tal vez a Guantánamo.

—Ya, ya. Pero a mí me informaron cuando estaba ahí, y tú, Tom, probablemente lo sabes, que la constitución yemenita prohíbe expresamente la extradición de todo ciudadano de Yemen por el motivo que sea, incluyendo asesinato y terrorismo.

—Sí... eso es cierto. Pero hacen excepciones. Y en eso, como agregada jurídica, trabajará Kate.

—Hasta el momento no se han hecho excepciones, pero bueno —comenté, y sólo para evitar malos entendidos, añadí algo—. ¿Estás seguro de que no se espera que liquidemos a este tipo?

—Nosotros no asesinamos gente —me informé.

—No asesinamos gente —acepté—. Pero hemos usado los drones Predator con misiles Hellfire en Yemen y otros lugares para, digamos, vaporizar a unas cincuenta o

cien personas.

—Eso es diferente.

—Así lo han de haber entendido los vaporizados, sin duda.

Tom mostró signos de impaciencia conmigo. Dijo:

—Les daré a ambos un informe que supuestamente debían obtener en Yemen. Este criminal tiene pasaporte norteamericano. Argumenta tener doble nacionalidad, la de Yemen y la de Estados Unidos. Así que tenemos un caso legal favorable ante el gobierno yemenita para conseguir su extradición —explicó, y decidió agregar algo más—. Nosotros no matamos a ciudadanos norteamericanos.

—Sí que los matamos, si son combatientes enemigos. Como sabes, además, si logramos aprehenderlo y lo entregamos a las autoridades yemenitas, podríamos no volver a verlo. Capturamos a varios conspiradores del *Cole* —le recordé— y los pusieron en prisiones de Yemen, pero milagrosamente escaparon.

Tom asintió.

—No hay que cantar vísperas aún. Lo primero es lo primero. Y lo primero es capturar a este hombre.

—Está claro. En resumen, encontramos a este yemenita ciudadano de Estados Unidos, lo entregamos al gobierno de Yemen y esperamos que nos lo devuelvan.

—Es correcto.

—Al menos, ¿podemos torturarlo? ¿Nada más un poquito?

—¿Tienen alguna otra pregunta? —quiso saber Tom.

—¿Cómo se llama este sujeto? —inquirió Kate.

—Les darán su nombre cuando desembarquen. Pero su *nom de guerre* es al-Numair. Quiere decir la Pantera.

Ha de ser cosa del destino que me vea mezclado con árabes que toman apodos de los grandes felinos. El anterior era Asad: el León. Ahora me tocaba una pantera. ¡Ojalá que el siguiente se llamara Minino!

Mi impresión, a fin de cuentas, era que Tom sólo quería decirnos lo menos que pudiera. O quizá no supiera mucho más de lo que ya nos había contado.

—Para ser honesto con ustedes —dijo, de hecho—, no tengo estatus de necesidad de información, y todo lo que sé del asunto es lo que ya les he dicho. Tendrán todos los datos cuando lleguen a su destino.

Dado que Kate y yo estábamos por partir a una misión peligrosa en un país hostil, pensé que podía ser un poco irrespetuoso hacia Tom sin sufrir consecuencias graves. Apelé a su memoria:

—Nos indicaste el viernes que nos darías información clasificada como secreto, y una vez que nos la dieras quedábamos comprometidos con la misión. ¿No es así?

Asintió con la cabeza. Proseguí:

—Lo que acabamos de oír no es nada. Podríamos levantarnos, volver al trabajo y olvidarnos de Yemen.

—Supongo que sería posible. Pero eso no me gustaría. Ni tampoco les haría

felices a ustedes.

—Bien, déjame ponerlo de otra manera. En una escala de uno a diez, ¿cuán peligrosa es la misión?

Se quedó pensando antes de responder.

—Capturar a un líder de primer rango de Al Qaeda es peligroso.

—De uno a diez.

—Diez.

—¿Por qué?

—Debiera ser obvio —dijo, y pasó a explicar lo obvio—. Tendrá guardias, estará en territorio hostil, sabe que lo estamos buscando, y nuestros activos y recursos en Yemen son escasos.

—Está claro. Y no lo queremos vaporizar con un misil Hellfire. ¿Por qué no?

—Yo supongo que deseamos tenerlo vivo. Para interrogarlo.

—Entonces no lo vamos a entregar al gobierno de Yemen. Nuestra tarea es matar a sus guardaespaldas, tomarlo vivo y sacarlo a escondidas del país para someterlo a interrogatorios.

—Cuando lleguen allá tendrán toda la información. Como ya he dicho, se van a integrar a un equipo.

—¿Quiénes forman el equipo? —preguntó Kate.

—No tengo ni idea.

Kate tenía una pregunta importante.

—Si nos detiene el gobierno yemenita, ¿a quiénes recurrimos para que nos ayuden?

—A la embajada. Los dos viajarán con inmunidad diplomática, por supuesto.

Una lindura, esa inmunidad diplomática. Funciona más o menos en la mitad de las ocasiones en que nos pescan infringiendo leyes locales. Respecto a la otra mitad la embajada ni se acuerda de nuestros nombres.

Creí entender una de las razones por las que se nos había elegido a Kate y a mí para participar en una operación que, a fin de cuentas, era una misión encubierta de código negro. Consistía en las fachadas que podíamos presentar tanto Kate como yo. Según la versión oficial, la presencia de Estados Unidos en Yemen se limitaba a asistir a las fuerzas del orden yemenitas en su investigación del atentado contra el *Cole*, y nuestro personal del FBI o gente como yo entrábamos y salíamos del país en rotación regular. Las autoridades yemenitas consentían la presencia de norteamericanos operando en su suelo siempre y cuando se tratara de una cantidad moderada y sus estancias fuesen relativamente cortas.

Una mayoría de los norteamericanos que desempeñaban labores antiterroristas tenían, como Kate, puestos de agregados en la embajada, de modo que el gobierno yemenita podía declarar en público que su país no se había vuelto aliado de Estados Unidos ni le servía de base de operaciones. En realidad, si no hubiera sucedido el atentado contra el USS *Cole* en el puerto de Aden, no tendríamos en Yemen más que

unos cuantos empleados en la embajada. Pero habíamos metido ya un pie en la puerta, o mejor dicho: en este caso los yemenitas habían dejado que el camello metiera el morro bajo la tienda. Lo que no querían era tener el camello completo durmiendo ahí dentro.

Por esas razones, la CIA se consideraba indeseable, pero se podía tolerar a unos cuantos de sus funcionarios. Le pregunté a Tom:

—¿La CIA participa en esta operación?

—No dudo que se lo dirán tan pronto estén allá.

—Sin duda. Nos dijiste que este sujeto es de Al Qaeda.

—¿Eso dije? —Tom confesó—. En realidad, es el dirigente en Yemen de una organización recién formada, que se llama Al Qaeda en la Península Arábiga: AQPA.

—Gracias por compartir la información.

—No necesitan saber nada de esto por el momento —me advirtió—, y yo no les he dicho nada. Una vez que estén allá, sabrán más de lo que sé yo. Pero sí quiero contarles que a este hombre se le busca por varios crímenes, aparte del atentado al *Cole*.

—¿Qué crímenes?

—Los de costumbre. Asesinatos, secuestros, conspiraciones y cosas de esa índole. Ha matado a mucha gente —agregó—: yemenitas, europeos y saudís, antes y después del ataque al *Cole*. La mayor parte de las actividades terroristas en Yemen tienen su origen en la Pantera.

—Un mal chico —observé.

—De lo peor —asintió Tom, y añadió—: Además es un traidor a su país.

—Un tipo de mierda. ¿Hay recompensa por su cabeza? —pregunté.

—El Departamento de Justicia ha ofrecido cinco millones.

—No está mal. ¿Vivo o muerto?

—Como sea.

—¿Cuánto nos tocaría a nosotros?

—Nada. Ustedes reciben un cheque cada quincena —nos hizo recordar.

—El Departamento de Justicia —interpuse—, ¿usaría ese dinero para liberarnos en caso de que fuésemos secuestrados o encerrados en una cárcel yemenita?

—En el caso de Kate, me cercioraré de que así suceda —se sonrió—. Tú te las tendrás que arreglar como puedas.

Yo sonreí también. Tom puede hacer chistes cuando quiere, sobre todo si es a expensas mías.

—¿Me echarás de menos? —le pregunté.

—No.

Se puso de pie, y nosotros también.

—No se olviden de ir hoy mismo a la Sección Médica, y llamen a la Oficina de Viajes. He pedido al Departamento Jurídico que les asista con lo que sea necesario. Además les voy a organizar una reunión con la Oficina de Asuntos Internacionales,

para que les den un breve curso de sensibilización cultural.

Dios, eso no. Antes de mi último viaje a Yemen logré evitar esta conferencia de cuatro horas del Departamento de Estado, pero ya sabía del contenido, por lo que contaban otros que habían tenido que padecerla.

—Eso es una crueldad —dije.

—Para Kate es indispensable —me informó—, pero sé que les hará bien a ambos. Tienen hasta el jueves para ordenar sus asuntos personales. Los veré el viernes aquí, para darles los informes finales y sus contactos en Sana'a. Saldrán el viernes por la noche. ¿Preguntas?

Ni Kate ni yo teníamos ninguna, así que le dimos la mano y nos fuimos.

De camino a los ascensores, Kate me dijo:

—No puedo creer que vamos a ir a Yemen para capturar a una de las mentes maestras del atentado al *Cole*, el líder de Al Qaeda en el país.

La idea parecía excitarla, pero también se mostraba un poco aprensiva. En efecto, era una misión importante, con aspectos de progreso para nosotros en el plano profesional, y una gran victoria para nuestro equipo si lográbamos apresar al sujeto. Los otros aspectos, los descendentes, eran considerables: podían matarnos, o capturarnos. Hace tiempo que he aceptado la posibilidad de que me maten. Pero ser capturado por terroristas en un país extranjero era, como se suele decir, un destino peor que la muerte.

—¿John? ¿Te sigue pareciendo bien?

No recordaba que esto me hubiera parecido bien en ningún momento. Pero me gusta responder a un reto. Además, todavía me daba rabia que la policía y las fuerzas políticas de seguridad yemenitas nos hubieran zarandeado a mí y a los demás agentes del FBI que estábamos en Yemen. En la investigación del *Cole* estaban jugando en los dos bandos, estorbándonos para que no pudiéramos hacer nuestro trabajo al mismo tiempo que daban aviso a los malhechores. ¡Qué buenos aliados! Tipos de mierda, en realidad. Así que ésta era una oportunidad para darles en el trasero.

—¿John?

—Dice un proverbio árabe: «Es más fácil patearle los testículos a un camello que capturar a una pantera negra que te come el trasero».

—¿Te sabes muchos de éstos?

—Temo que sí.

—¿Podrías guardártelos para ti?

—Quizá suenan mejor en árabe.

—Creo que el año va a ser muy largo.

—Hay que ser optimistas. Moriremos antes.

## CAPÍTULO OCHO

Volví a mi escritorio, y Al Rasul me contó que había llamado a la planta baja, pero que Nabeel no había llegado aún.

Como todavía era temprano, no era necesario ir a buscarlo en una patrulla. Marqué su número de celular, y me contestó su correo de voz, en árabe y en inglés. Dejé un mensaje en inglés, y le pasé el teléfono a Al, que dejó el mismo mensaje en árabe, con la diferencia de que Al usó un tono muy cortante. Me explicó por qué.

—Así es como en la Tierra de las Arenas la policía habla con los ciudadanos.

—Ya, ya —repuse.

De cualquier modo, ese día la menor de mis prioridades era la del caso de Nabeel al-Samad, aunque a todo hay que darle seguimiento, por la sencilla razón de que aquello a lo que no se da seguimiento es lo que vendrá por detrás a morderte el trasero. Quienes soltaron la pelota con las pistas previas al 11 de septiembre pueden verificar que eso es cierto.

Le di un lápiz a Al y le pedí:

—¿Podrías transliterar en letras reales la palabra «pantera» en árabe?

—¿Pantera?

—Sí, hombre. Un gato grande y negro.

Tomó un pedazo de papel que había en mi escritorio.

—Hay varias posibilidades de transliteración... —dijo, y escribió *Nimr, Nimar, Numair*—. Me parece que esta última es la transliteración más usada.

Pronunció la palabra.

—Suenas acatarrado. ¿No quieres sonarte la nariz?

—¿Qué hay con eso de la pantera? —quiso saber.

—Si te lo cuento, tendría que matarte después.

—¿Algo más se te ofrece?

—Sí, sólo en caso de que se presente Nabeel —repuse—. Gracias.

Al es buen tipo, y sabe llevar bien un montón de cosas desagradables. Y también tiene capacidad de respuesta. Un árabe que trabaje en un lugar como el nuestro requiere tener sentido del humor, además de piel bastante gruesa. Yo me pregunté por qué no le pedían ir a Yemen a Al Rasul. ¿Verdad?

Leí mis correos electrónicos y tenía una nota de Tom dirigida a Kate y a mí diciendo que nos esperaban en Asuntos Jurídicos y en la Sección Médica antes del mediodía. No había visto nunca a los empleados del gobierno hacer movimientos tan rápidos. Tom de verdad quería que nos fuésemos, lo que me provocaba algunos procesos paranoicos en los que la palabra «sacrificable» aparecía a cada rato.

Betty Álvarez me enviaba un mensaje diciendo que no tenía ninguna información sobre un hombre yemenita llamado Nabeel al-Samad. Me pidió datos de su pasaporte

y su visa, si los tenía. Le di mi réplica: *Seguimos esperando que el sujeto se presente.*

Usando mi contraseña de la Fuerza Operacional obtuve acceso a los archivos internos del Sistema Automático de Casos. No tenía nombre de caso, pero al teclear «USS Cole» aparecieron centenares de documentos, aunque lo más probable es que sus contenidos me fuesen conocidos. Escribí «Pantera», lo cual no coincidió con nada, y luego «Numair» —gracias, Al—, lo cual me llevó a un archivo con el encabezado «Restringido» sobre renglones de X. Aun en los archivos restringidos es normal que pongan algunos datos, como la fecha de apertura del archivo, el nivel de clasificación y a quién se debe solicitar autorización para acceso. Al aparecer, todo eso estaba por encima de mi nivel salarial, y no tenía ante mis ojos sino «Numair» y las crucecitas. Bien, al menos eso no lo había inventado Walsh.

Envié un correo electrónico a Walsh preguntándole cómo obtener acceso al archivo Numair, sobre la base de mi reciente necesidad de información. Unos minutos después, me replicaba: *Tu necesidad de información empieza cuando desembarques en Yemen. No andes fisgoneando.* En realidad eso último no lo ponía, pero era el contenido real.

Kate estaba ya junto a mi escritorio.

—¿Adónde vamos primero? —inquirió—. ¿A Jurídicos o a la Sección Médica?

—A la Médica: necesitamos que nos examinen la cabeza.

—Eso llevaría todo el día. Primero a Jurídicos.

La Oficina de Asuntos Jurídicos del FBI en nuestro edificio normalmente se ocupa de casos, órdenes judiciales, grabaciones y cosas así, no de problemas o de las órdenes de trabajo de los empleados. Pero el nuestro era un caso especial, y necesitaba ejecutarse de la manera más expedita.

Nos pidieron firmar varios papeles, incluyendo una nueva declaración de confidencialidad, así como otra relacionada con «interrogatorios bajo coacción».

—Como hombre casado, soy un experto en sufrir interrogatorios bajo coacción —comenté mientras lo firmaba, pero nadie se rio.

Los testamentos mío y de Kate se encontraban en los archivos, y los verificamos. Enseguida nos dieron machotes de cartas poder que debíamos llenar y firmar.

—Es por si son secuestrados o desaparecen —nos explicó Jeniffer, una joven abogada que ya había conocido yo cuando hice mi primer viaje a Yemen.

—¿Les enseñamos las cartas poder a los secuestradores? —pregunté.

—No, ustedes...

Kate la interrumpió para explicarme.

—Si morimos, los albaceas de los testamentos se encargan de nuestros asuntos. Pero si estamos desaparecidos o si nos encierran ilegalmente, entonces alguien tiene que actuar en nuestros nombres, para firmar cheques, pagar cuentas y cosas así. No tiene que ser un abogado. ¿No tuviste que hacer esto la otra vez? —preguntó.

—Claro. Te nombré a ti como mi representante legal.

—Bien. Vamos a nombrarnos mutuamente. Pero... si nos toca a los dos,

necesitaremos a alguien más.

La conversación estaba poniéndose un poco pesada.

—Convendría alguien de la familia —sugirió Kate—. ¿Qué te parece mi padre?

No tenía claro si yo podía considerarme pariente suyo. ¿Qué tal si nos secuestraban a los dos, o si ambos desaparecíamos, y luego quedábamos libres y nos enterábamos de que su padre se había gastado todo nuestro dinero en su colección de recuerdos de J. Edgar Hoover?

—¿John?

—Sí, me parece bien —contesté, pensando que, de cualquier modo, a mí no me tomarían vivo.

Llenamos las formas y las firmamos los tres, Jeniffer en carácter de notaria.

Por último, Jeniffer nos entregó dos pasaportes diplomáticos negros, que habían estado guardados en una caja fuerte desde que habíamos vuelto de nuestras misiones supuestamente diplomáticas en Tanzania y Yemen.

Jeniffer nos informó además que el Departamento de Estado había llamado a la oficina consular de Yemen, y que podríamos recoger nuestras visas después de la 1:00 PM.

No son muchos los norteamericanos que viajan a Yemen, razón por la cual nuestros aliados yemenitas tendrían ya perfecto conocimiento de que John Corey y Kate Mayfield estaban por llegar a su país. Tal vez enviaran a alguien a recibirnos en el aeropuerto.

Otra duda me brotó en la cabeza, relacionada con la celeridad de todo el papeleo, y le pregunté a Jeniffer:

—¿Cuándo llamó el Departamento de Estado al consulado yemenita para pedir nuestras visas?

—El jueves —replicó.

Kate y yo nos miramos. ¿El *jueves*?

Al concluir los trámites, Jeniffer nos dijo:

—Ustedes hacen cosas emocionantes. Desearía ir yo.

Y yo desearía lo mismo, Jeniffer, pensé. Cuando íbamos por el pasillo, Kate dijo:

—¿El *jueves*?

—Lo del viernes fue una pura formalidad. Yemen es nuestro destino. Así está escrito en las arenas del tiempo.

No repuso nada. Estaba claro que no se sentía muy contenta con su amigo Tom. Qué bueno.

—Por cierto —le dije a Kate—, entré al Sistema Automático de Casos y vi que hay un archivo, que está restringido, llamado Numair, que en árabe significa «pantera».

—¿A quién le solicitamos acceso? —me preguntó.

—No daba ningún dato.

—Qué raro. Hay que preguntarle a Tom —sugirió.

—Ya lo hice. Me dijo que en Yemen nos dirán.

Tomamos el ascensor para bajar al consultorio de la enfermera, donde una joven dama llamada Annie ya nos esperaba.

Como no podíamos seguir la recomendación de espaciar las vacunas de siete en siete días, puesto que teníamos que tomar el avión dentro de cinco, la dulce Annie nos pinchó como si fuésemos muñecos de vudú.

Recibimos ocho vacunas: difteria, disentería, tifoidea, ántrax, escarlatina y tres otras enfermedades que yo nunca había oído mencionar. Mis preferidos fueron los pinchazos en las nalgas. Annie nos dio a cada uno un frasco de píldoras de malaria para empezar.

—Desde ahora deben tomar estas pastillas —dijo, y añadió—: Deben volver el viernes por la mañana para recibir sus otras vacunas.

—¿Cuántas enfermedades más puede haber?

—Una es la lepra.

Dios.

—Les he puesto un montón de vacunas, así que tal vez no se sientan bien dentro de un rato.

—¿Se puede beber alcohol?

—Claro. Pero no se alejen mucho del cuarto de baño.

Fuimos al escritorio de Kate, y desde ahí ella llamó a la Oficina de Viajes del FBI en la organización central en Washington, D. C., y les dio nuestros nombres y nuestros números de autorización para el viaje.

—A ver, un momento —respondió una *Mrs. Barret*—... Sí, aquí están. Para Sana'a.

—Ha de ser Santa Ana, California —corregí.

—No, Sana'a. En Yemen.

Kate alzó el auricular, cortando el altavoz, y dijo:

—Lista para copiar.

Escuchó a *Mrs. Barret*, tomó unas cuantas notas y le dio las gracias.

—American Airlines a Londres, British Air a El Cairo, Egypt Air a Sana'a. En primera clase.

—Increíble que no haya vuelos directos a Sana'a.

—Los hay. Desde El Cairo.

—¿Cómo se las arreglarán todos éstos que trabajan en las delis de Brooklyn para ir y venir?

—Ni idea, te aseguro. Si en realidad prefieres volar directamente, hay un avión militar que vuela dos veces por semana desde la base Dover de la Fuerza Aérea en Maryland. Un vuelo a Sana'a y otro a Adén.

Eso era interesante. Al parecer, íbamos metiendo un poco más las narices bajo la tienda.

—Si queremos ir en esos vuelos, *Mrs. Barret* lo arreglará. Los días y las horas de

salida varían.

—Sí, hay que viajar así. Puede ser interesante saber quiénes son los que vuelan a Yemen.

Además, era probable que alguno de esos vuelos sirviera para sacar en secreto de Yemen a la Pantera. Un vuelo directo de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, de Yemen a Guantánamo. Viaje directo de la mierda al infierno.

Volví a mi cubículo, donde Al me contó que Nabeel no había hecho acto de presencia. Eran las 12:15.

Al llamó al teléfono celular de Nabeel, pero sólo pudo conectar con el correo de voz, donde dejó un mensaje a todo volumen. Yo llamé a la deli, un lugar llamado George's en Bay Ridge, y me contestó alguien con acento extranjero que no pudo ayudarme. Al tomó el teléfono y habló en árabe, con entonación de enfado, sólo para descubrir que su interlocutor era mexicano. Chistoso. Qué gran país.

Al se ofreció para llevarme al George's Deli, pero yo tenía demasiado que hacer, y Brooklyn no estaba en la lista.

—Habría que encontrar a uno de los nuestros en esa zona y pedirle que verifique la deli y la dirección de la casa de Nabeel —le sugerí a Al.

—No, iré yo. Me viene bien salir de aquí. ¿Qué aspecto tiene este sujeto?

—Dientes verdes —dije, y continué con la descripción de Nabeel, agregando algo de la breve conversación sostenida con él en Ben's Deli. Pensé en algo adicional:

—Mira a ver si esa deli está bajo vigilancia por cualquier razón. Tal vez tengamos fotos.

—Yo lo hice. Nada.

—Bien. Gracias por todo, Al. Te debo este favor.

Mi siguiente paso fue acudir a una computadora separada de mi oficina, desde la que se podía entrar al internet. Eso no podemos hacerlo desde las computadoras de escritorio; de lo contrario pasaríamos el día en los videojuegos. Pedí una búsqueda en Google sobre Al Qaeda en Yemen, y obtuve varios resultados con al-Numair, la Pantera, y Wikipedia me informó de su nombre verdadero: Bulus ibn al-Darwish. No me extrañó que se lo hubiera cambiado.

Por lo visto, algo de la información que Tom consideraba clasificada no lo era. La realidad es que no hay muchas cosas que no puedan encontrarse en línea cuando uno sabe lo que busca.

Miré el artículo de Wikipedia. Bulus ibn al-Darwish, también conocido como la Pantera, había nacido en Perth Amboy, Nueva Jersey, el 8 de mayo de 1965, lo cual lo ubicaría en 39 años de edad, en caso de que llegara vivo al mes de mayo. Por lo tanto, no era naturalizado, sino nativo. Qué interesante.

Sus padres eran ambos yemenitas inmigrados a Norteamérica, pero no decía nada más respecto de ellos. ¿Estaban muertos? ¿Vivían? ¿En dónde?

El pequeño Bulus asistió a las escuelas públicas de Nueva Jersey, y en 1987 se graduó de economista en la Columbia University. ¡Un terrorista egresado de la

prestigiosa *Ivy League*! Podría haberse contratado en Wall Street: el mismo trabajo, pero pagan mejor.

Según el mismo artículo, a principios de la década de 1990, *Mr. AlDarwish* se había radicalizado, emprendiendo un viaje a Yemen. El resto era una combinación de sucesos y especulaciones sobre sus actividades en Yemen, Arabia Saudita y tal vez Irak. Se le había identificado como uno de los dirigentes del atentado contra el USS *Cole*, y también del ataque de 2002 contra el buque-tanque francés *Limburg* en el Golfo de Adén.

Este cabrón de mierda también estaba implicado en dos o tres asaltos armados contra occidentales en Sana'a, Adén y zonas aledañas, que habían arrojado varias muertes y secuestros. Asimismo, de paso, había organizado dos ataques con cohetes: uno contra la embajada de Estados Unidos en Sana'a y el otro contra el hotel Sheraton en Adén. Estos últimos atentados se habían logrado frustrar. El plan contra el Sheraton captó mi atención porque ahí había vivido yo, con otros norteamericanos, en Adén. Llamábamos Fuerte Apache al hotel.

Y para terminar algo de no poca importancia: el año anterior *Mr. AlDarwish* y sus amigos se habían visto envueltos en un intercambio de fuego en la frontera saudita, con un saldo de seis soldados saudís muertos.

O sea, un mal tipo. Tal vez temerario, tal vez loco, y sin duda furioso por alguna razón. Tal vez se habían burlado de él en la escuela.

Me parecía curioso no haber oído nunca hablar de él, pues me sabía muchos nombres de terroristas. Así que a este sujeto lo tenían sin desenvolver. ¿Por qué? Era probable que fuese un caso estrictamente de la CIA, y que no hubieran querido compartir la información con el FBI. Hasta llegado el momento. La Agencia sólo habla con uno cuando lo necesita.

A continuación busqué el sitio de la embajada de Estados Unidos en Sana'a, y la sección de Servicio al Ciudadano, donde hay lo que se llama mensajes de advertencia. Pude ver que el Departamento de Estado expresaba preocupación sobre la presencia de Al Qaeda en la Península Arábiga, y había emitido una advertencia a viajeros en Yemen respecto de «la posibilidad de ataques armados por individuos o grupos extremistas en contra de ciudadanos norteamericanos, así como instalaciones, negocios e intereses percibidos».

Supongo que la advertencia incluía a la embajada misma, para no mencionar a quienes ahí trabajaban o a los visitantes.

El sitio de la embajada me informó, además, de que «viajar por las carreteras que van de unas ciudades a otras en Yemen puede ser peligroso». ¿De verdad? «Los viajes fuera de Sana'a están restringidos». Ya, ya. Ahí se encontraban dichas carreteras. «En las áreas bajo regímenes tribales situadas al norte y el este de Sana'a, viajar es particularmente peligroso, y los secuestros son frecuentes». ¡Lo mejor era evitar el país por completo!

Se mencionaba también la guerra civil del reportaje de la BBC que Kate y yo

habíamos visto. El líder rebelde al-Houthi había logrado incrementar su control de las regiones del norte de Yemen. Leyendo esto, me preguntaba por qué querría nadie tomar el poder de un lugar tan jodido.

Recapitulé: Yemen era gobernado por un dictador corrupto, la mitad del país estaba sometida a un líder rebelde, y el resto vivía bajo el dominio de líderes guerreros tribales, con la salvedad de las zonas infiltradas por Al Qaeda. Por añadidura, el Mar Rojo y el Golfo de Adén estaban infestados de piratas. La buena noticia era que todo el mundo se drogaba hasta el turbante con khat, y dejaban que todo se les fuera a la mierda.

Leí un último artículo en el sitio de la embajada, donde se advertía: «En determinadas ocasiones, la embajada de Estados Unidos en Sana'a puede verse obligada a cerrar temporalmente sus puertas, o suspender sus servicios públicos, según requiera revisar su posición respecto a una seguridad adecuada».

Con un poco de suerte, ya habrían cerrado para cuando llegáramos allá.

De cualquier modo, podía pasarme una semana navegando por internet, consiguiendo información de fondo sobre Yemen y Al Qaeda en la Península Arábiga, y acerca de la Pantera, pero ¿para qué molestarme? El sábado o el domingo estaría ya en el vientre de la bestia.

Cerré los archivos de la computadora y volví a mi escritorio.

## CAPÍTULO NUEVE

Kate y yo decidimos comer en la Fraunces Tavern, el lugar donde Washington pronunció su discurso de despedida a sus oficiales, y donde le daría yo mi discurso de despedida a Washington.

Salimos de Federal Plaza 26 a la calle Duane, que desde el 11 de septiembre había estado cerrada a vehículos entre Broadway y Lafayette, con la teoría de impedir que alguien detonara un coche bomba bajo mi ventana.

De hecho, todo el bajo Manhattan se había vuelto zona de seguridad desde aquel día, y aunque no hubiese ya una atmósfera intrusiva, seguía siendo molesto. Lo peor es que era un continuo recordatorio de que esos malnacidos han llevado el frente de guerra a Norteamérica. Tal vez sea buen *quid pro quo* llevarles la guerra a ellos.

Llegamos a la Fraunces Tavern, que ha estado operando desde 1762, y eso es una cantidad considerable de grog.

La recepcionista nos condujo a una mesa en el comedor principal, que se encontraba repleto. La clientela se componía sobre todo de fuereños, gente que quería volver a Peoria con el cuento de haberse sentado a comer en la misma mesa en que, con su dentadura de madera, George Washington masticó una pierna de carnero.

Atendiendo las recomendaciones de Annie la enfermera, sobre el efecto de mezclar alcohol y vacunas, ordené un agua mineral con una copa de *whiskey* para ayudar a pasarla. ¿Funcionaría? Kate pidió una Coca, y examinamos los menús, que ofrecían platillos sobre todo de la tradición norteamericana.

—Creo que pediré los *yankee noodles*.

—*Dandy*.

Ordenamos. Para mí un filete en rebanadas, y una ensalada ligerita para Kate.

Esa taberna contiene otro fragmento de historia que no cuentan las guías convencionales para turistas, pero que puede encontrarse en el Sistema Automático de Casos: en enero de 1975, un grupo de separatistas portorriqueños hizo detonar ahí una bomba que mató a cuatro personas e hirió a más de cincuenta. No sé qué tipo de mensaje habían querido mandar, pero el atentado sacudió a la nación, que no estaba acostumbrada al terrorismo en su propio suelo.

Fue a consecuencia de aquel atentado, además de otras acciones de separatistas portorriqueños y de las actividades del Ejército Republicano Irlandés y las Panteras Negras, que se decidió en 1980 constituir la Fuerza Operacional Antiterrorista en Nueva York.

El enfoque se había desplazado, y la pantera que yo buscaba era un árabe. Pero él no estaba en mi ciudad, sino en algún lugar de Yemen, adonde había llegado después de salir de Nueva Jersey y la Columbia University. Encontraba eso difícil de digerir. Entendía el caso de los terroristas nacidos en el extranjero, pero no la cantidad

creciente de musulmanes que, siendo norteamericanos de nacimiento, han desertado para ir a países islámicos que nunca han visto, y toman las armas contra Estados Unidos. ¿Cómo entender eso?

—¿En qué piensas? —me preguntó Kate.

—En que este lugar fue atacado con una bomba por las FALN. Y pensaba en la Pantera. ¿Sabes que nació y se educó en Estados Unidos?

—Lo sé. Entré a internet después de ti.

—¿Cómo es que alguien que nació en situación de relativa comodidad, en una sociedad libre, que fue a las mejores universidades del país, haya podido elegir volver al país retrógrado y peligroso que abandonaron sus padres para dedicarse a actividades terroristas contra su país de nacimiento?

—Cuando descubras la respuesta, me cuentas.

—Necesitamos averiguar por qué no está funcionando esto del caldero cultural. Algo anda mal en nuestra manera de pensar... o en la de ellos.

—En las dos, quizá. Se trata de la jihad, la guerra santa —añadió—, pero eso no basta para explicarlo. Lo que da miedo es que John Corey se haya puesto a pensar en todo esto. ¿Qué pasó con aquel que decía «bombas nucleares para todos ellos»?

—Bueno... Supongo que si vamos a Yemen a encontrar a este terrorista islámico nacido en Norteamérica, me gustaría meterme un poco en su cabeza. Eso podría sernos útil —añadí.

—Sería útil, si fuese factible.

—Cuando trabajaba en Homicidios —dije, después de pensar un momento—, construíamos muchos perfiles psicológicos en casos de asesinatos, sobre todo asesinatos en serie, y era valioso. Esto es diferente. El criminal común suele ser bastante estúpido, aunque no tanto como para dejarse matar o capturar. En cambio, a éstos no les importa morir. Se hacen volar en pedazos. Operan aviones para arrojarlos contra edificios. Así se van al Paraíso. Ahí hay vino y vírgenes. Para nosotros, es al revés. Tomamos aquí el vino y las mujeres, y luego nos vamos al infierno, donde hay más de lo mismo.

—Creo que la teología no es tu fuerte.

Cuando llegaba nuestra comida sonó mi teléfono celular. Era Al, que me dijo:

—Nuestro sujeto Nabeel no ha venido a trabajar hoy, y los veinte yemenitas que viven en su domicilio dicen que no lo han visto desde el sábado. Su teléfono celular no contesta. Estoy verificando los bares de pipa, las mezquitas, otras delis, y lugares por el estilo.

—Mira en los bares de *strip-tease*.

—¿Es una orden? Nebeel trabajó en esa deli sólo una semana, y nadie sabe nada de él, su familia o sus amigos —continuó Al—. Tal vez fuera recién llegado, y se espantó tras la conversación contigo, y se largó.

—Dijo que era un trabajador regular —repliqué.

—Pues quizá trabaje en algún otro sitio. Nadie lo conoce en George's.

—Tal vez te estén mintiendo, Al.

—A *mí* no me mienten, John. Saben que si mienten, mueren.

—Ya, ya.

Creo que necesitamos más gente como Al Rasud. Yo soy demasiado complaciente con la poco cooperativa comunidad musulmana. Bueno... tal vez «complaciente» no sea la palabra adecuada.

—He solicitado poner bajo vigilancia su apartamento y su lugar de trabajo, y también rastrear su teléfono. Mientras tanto, seguiré buscando por el barrio.

—Me parece bien.

—Algo anda mal en esto.

—Puede ser —concedí.

—Te veré en el fuerte.

Corté la comunicación, y Kate me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Mi yemenita ha desaparecido.

—No te apures. Yo sé dónde hay muchos.

Después de comer, tomamos un taxi al consulado yemenita en la calle 51 Este, cerca de las Naciones Unidas.

Las oficinas de la Misión Yemenita de las Naciones Unidas no podrían ganar ningún concurso de diseño, aunque las paredes de la sección consular estaban decoradas con bonitos carteles de turismo, que exhibían escenarios espectaculares y gente feliz, ninguno con un AK-47.

Al parecer éramos los únicos clientes del día, aunque sin duda el lugar ha de estar abarrotado de gente que desea viajar a Yemen.

El recepcionista era un hombre de edad mediana, lo cual me recordó que las mujeres de Yemen no salen mucho de casa. Expliqué nuestro asunto, y el hombre tomó los pasaportes y desapareció durante unos cuantos minutos —suficientes para hacer fotocopias de ellos—, al cabo de los cuales volvió con otro hombre de mediana edad, que se presentó como Habib.

—¿Cuándo y por qué medios planean su arribo a Yemen? —me preguntó.

No era asunto suyo, y él sabía de sobra que no tenía ningún derecho a hacer esas preguntas a norteamericanos que viajaban con pasaportes diplomáticos.

—Estamos esperando nuestras órdenes de viaje —contesté.

—¿Sí? Pero han solicitado que se les extiendan sus visas a más tardar el miércoles.

—Hemos venido a recoger nuestras visas, no a responder preguntas.

Eso no le agradó, pero prefirió hacerse el sordo y se puso a hojear los pasaportes, verificando las fotos y echando vistazos a nuestras caras. A continuación inquirió de mí:

—Sus planes de llegada ¿son a Sana'a o a Adén?

—Mis planes consisten en salir de aquí en dos minutos con nuestras visas.

No hubo respuesta, pero dijo algo al recepcionista, que puso dos formas ya completadas sobre el escritorio. Les eché un vistazo. Mi visa era de cuarenta y cinco días, y la de Kate por tiempo indefinido. Las dos visas nos describían como empleados de la embajada de Estados Unidos con estatus diplomático. Los propósitos de la visita eran asuntos de gobierno. Ni una palabra sobre la cacería de panteras.

Pude darme cuenta de que, conforme a los procedimientos de seguridad, el Departamento de Estado había declarado en falso nuestro domicilio como Federal Plaza 26. Asimismo, nuestra información para contacto en Estados Unidos era la Oficina del Extranjero del Departamento de Estado en Washington. Eso estaba claro, pero falsificar información en una solicitud de visa podía provocar que la inmunidad diplomática quedase cancelada, o al menos comprometida, si uno se metía en problemas en el país de destino. Bien, para eso ya habría tiempo en su momento, en caso de que hubiera algún problema en Yemen. Dejar que se preocuparan los amigos del Departamento de Estado. Yo estaba cumpliendo una misión diplomática. ¿Verdad?

Todo lo demás parecía estar en orden. Kate y yo firmamos las visas y sus dos copias. El recepcionista estampó las formas y luego los pasaportes con sendos sellos, y Habib me comunicó:

—Ningún costo. Cortesía diplomática.

Para ir a Yemen tendrían que *pagarme*.

Salimos del consulado, paramos un taxi y volvimos a Fed 26, mi hogar lejos de mi hogar.

A las cinco habíamos puesto al día en las computadoras todos los casos pendientes, y dejado mensajes en los correos electrónicos de amigos y colegas anunciándoles nuestra salida inminente hacia Yemen. Casi todos los mensajes de respuesta eran buenos deseos; algunos sugerían que nos habíamos vuelto locos.

A su regreso, Al me reportó que no había habido suerte para localizar a Nabeel al-Samad, y que su teléfono no tenía señal, de acuerdo con la Unidad de Análisis de Comunicación. Al pensaba hacer un reporte y ver qué querían los jefes que se hiciera con el asunto. Yo le comenté que haría lo mismo.

A fin de cuentas, el caso de Nabeel al-Samad era asunto poco importante en la lista de gente que hay que localizar. Los delatores, ya sea que provengan del Medio Oriente o de cualquier parte, tienen fama de veleidosos y suelen mentir. A veces, la gente de esta calaña jugaba con dos barajas; se me ocurrió la interesante idea de que *Mr. Al-Samad* tenía otro trabajo fuera de la deli, y que solamente acudió a la cita para echarme un vistazo. Quizá me había tomado una foto.

Como Annie había predicho, Kate y yo no nos sentíamos bien. Por eso, Kate Tifoidea y John Ántrax se fueron a su casa.

De regreso en el apartamento, Kate se puso sus pijamas y se metió a internet. Yo me puse a ver televisión, surfeando de canal en canal. El Canal de Historia presentaba un programa especial sobre el perro de Adolf Hitler.

Kate me informó:

—Según el sitio del Consejo de Promoción Turística de Yemen, Yemen es, y cito: «la joya aún no descubierta de Arabia, y se sabe tan poco sobre el Yemen real, que cuando el visitante viaja por el país casi siempre hace un viaje de descubrimiento de maravillas».

—Ojo con la palabra «casi».

—«Las carreras de camellos —siguió leyendo— conforman uno de los viejos deportes predilectos de los árabes, y por supuesto también de Yemen, siendo esta nación el origen de los pueblos árabes».

—Creí que venían de Brooklyn.

—«Planear con alas delta —continuó—, como en la leyenda de Solimán y su pájaro, que cruzaron Yemen para ver a la reina de Saba, es divertido y permite descubrir el país volando sobre los mares y las montañas».

—Como los drones Predator.

—De eso creo que no dice nada.

—¿Sobre emboscadas de Al Qaeda?

—Tal vez si busco en excursiones al aire libre.

—Ya, ya. ¿Qué hay de cenar?

—Una píldora para la malaria.

Tomamos la píldora para la malaria y vimos una repetición de *I Love Lucy*. ¿No podría el mundo ser igual de sencillo?

## CAPÍTULO DIEZ

Tom Walsh, cumpliendo su promesa, nos había conseguido a Kate y a mí una cita con la Oficina de Asuntos Internacionales del Departamento de Estado para que nos dieran el cursillo de inducción cultural. Esa oficina está en el mismo edificio de Fed 26, lo cual era cómodo, pero así y todo la idea de semejante sesión me era repugnante.

El martes a las ocho de la mañana nos presentamos con *Mr.* Buckminster Harris —¿de dónde sacan los protestantes blancos anglosajones tales nombres?— en una pequeña sala de juntas sin ventanas. *Mr.* Harris pidió que lo llamáramos Buck y nos invitó a tomar asiento.

Buckminster Harris era un tipo elegante de unos sesenta años, bien vestido, y daba la impresión de haber visto mucho mundo a lo largo de una extensa y, sin duda, distinguida carrera en el Departamento de Estado. Su puesto actual bien pudiera ser el último que desempeñaría antes de retirarse a alguna residencia elegante para protestantes blancos anglosajones en el noreste, donde se dedicaría a escribir sus memorias para la Yale University Press. Por el momento, él tenía que lidiar conmigo, y yo con él.

Al parecer, en todo el mundo no había más que dos personas que viajaban a Yemen durante aquella semana —Kate y yo—, así que la clase era pequeña y el ambiente íntimo. Kate, por supuesto, tenía una libreta, así que yo no necesitaba la que se me había olvidado traer.

Había un mapa a colores de Yemen sobre la pared, y encima de la mesa materiales impresos que obsequiaba el Departamento de Estado, y que desde luego no debíamos olvidar.

*Mr.* Harris se sentó en la silla a la cabeza de la mesa y dio comienzo a la clase.

—¿Así que viajan a Yemen?

¿Por qué otra razón podríamos estar aquí?, pensé. El instructor quiso informarnos:

—Estuve ahí durante las guerras civiles.

—¿Cuántas ha habido? —inquirí.

—Varias.

—Mmm. ¿Quién ganó?

—El Norte —dijo.

—¿Eso es bueno?

—Sí. El Sur era marxista.

—¿Karl o Groucho?

Se rio suavemente y prosiguió:

—El Norte es tribal, atrasado y fundamentalista.

—Menos mal que ganaron los buenos.

Pensé que Buck me iba a sacar al pasillo para reprenderme, pero sólo se sonrió.

—Ya me habían contado cómo eres.

¿De veras?

—Tengo entendido que ya has estado en Yemen —agregó.

—Así es. Una misión corta. En 2001.

—Bien. Allá nada cambia, si no es a peor.

—Estoy deseando ver esa clase de progreso.

Volvió a sonreírse, y dijo:

—Es un país al que se puede amar y odiar al mismo tiempo.

La verdad es que es un país al que uno ama odiar. Pero era la clase de Buck, y no me iba a portar como esos estudiantes necios que han pasado un mes en algún lugar y tratan de impresionar a sus profesores con observaciones a medio cocinar.

Hablando con su acento académico de hombre educado en escuelas particulares, Buck prosiguió:

—La capital de Yemen es Sana'a. Yemen del Sur, que se llama también Adán, con A, tuvo su capital en la ciudad de Adén, con E.

Otro nombre del lugar era la Mierda, con M mayúscula.

—El país se unificó en 1990 tras otra guerra ganada por el Norte —nos hizo saber Buck—, pero sigue existiendo en el Sur un movimiento separatista, además de otro movimiento que pretende reinstalar al Imán como gobernante en Sana'a.

Kate paró de tomar notas y dijo:

—Ese movimiento lo dirige el líder guerrero Hussein al-Houthi.

Buck dio señales de contento al ver que había al menos una buena alumna en su clase, y sonrió.

—Sí, muy bien. Veo que has hecho algo de tarea.

¿A quién no le valía un carajo todo eso? Yo no iba a ir a Yemen para hacer nuevas amistades ni para sostener discusiones sobre política. Lo más probable es que fuera a joderme a algún cabrón que necesitaba que le dieran una buena paliza. Perdón, tal vez quise decir: a capturar a un presunto culpable del atentado contra el *Cole* y someterlo a la justicia norteamericana. A pesar de todo, quizá pudiese aprender en esta clase algo que resultara útil, aunque lo más probable era que no.

Buck dijo algunas cosas sobre los rebeldes de al-Houthi y los jefes tribales. Puse algo de atención. Los jefes guerreros son interesantes. A mí me gustaría ser uno.

—Hay docenas de tribus de beduinos que controlan el poder sobre sus respectivas regiones. Para complicar estas divisiones políticas y sociales, en la actualidad está Al Qaeda, que ha ido ganando en influencia en algunos pueblos y aldeas. Yemen es un Estado fallido.

Ya. Ni siquiera valía la pena destruirlo con bombas nucleares. Buck hizo un resumen de la historia de Yemen, que en lo principal era una historia de guerras civiles, revoluciones e invasiones. Hubo además un periodo bajo un régimen colonial británico en Adán, hasta la década de 1960, año en que, al finalizar otra guerra, los

británicos se fueron de ahí.

—En el Sur pueden apreciarse todavía algunos vestigios de la presencia británica, como una estatua de la reina Victoria en Adén, que por alguna razón los yemenitas han dejado en pie. A menudo los fundamentalistas le ponen un velo —añadió.

Eso lo había yo visto cuando estaba ahí. Pensé en aquel entonces que era un monumento a Elton John travestido.

—Cuando los británicos se fueron del Sur —continuó Buck—, Yemen del Sur se volvió marxista, el único país árabe del mundo que se ha hecho comunista. Verán también vestigios de presencia soviética en Adén que corresponden a ese periodo, como por ejemplo arquitectura fea, vodka en el mercado negro y un club nocturno ruso, que incluye desnudistas y prostitutas rusas.

¿Dónde quedaría ese antro?, me pregunté.

—En aquel tiempo hubo una serie de guerras entre el Norte y el Sur, que alternaban con conferencias para la reunificación. Al derrumbarse la Unión Soviética, los rusos se fueron y se consiguió la reunificación, pero los del Sur cambiaron de opinión y lanzaron una nueva guerra de secesión, que terminó por fracasar y dio lugar a la presente reunificación.

¿Quién está en primera base?

Buck siguió con sus informes.

—Durante ese periodo estuve en Sana'a y en Adén. Fueron tiempos en que se derramó mucha sangre, y las cicatrices están ahí —añadió—. Los yemenitas se han habituado a la guerra, y esto ha producido una especie de psicosis nacional y convertido a Yemen en un gran campamento armado.

Miré a Kate, quien por fin parecía irse dando cuenta de que Yemen no era precisamente la Suiza del Oriente Medio.

—Durante la primera Guerra del Golfo —dijo Buck, retomando el relato—, Yemen fue aliado de Saddam Hussein, y eso provocó el enojo de Arabia Saudita, un vecino grande y poderoso, que respondió expulsando unos cuantos cientos de miles de trabajadores huéspedes yemenitas.

Quienes ahora viven en Brooklyn, dije para mis adentros.

—En la actualidad, sauditas y yemenitas están envueltos en una disputa fronteriza —explicó Buck—. Es una larga frontera entre los dos países, que incluye el área de Ar Rub al Khali, lo que se llama la Región Vacía, una extensión de desierto calcinado y dunas que se desplazan. En esta región queda comprendida la provincia de Hadhramawt, nombre cuyo significado es «lugar de donde viene la muerte».

El consejo turístico de Yemen en verdad debería considerar un nuevo nombre para esa provincia. Digo, la Región Vacía es mal nombre, pero el lugar de donde viene la muerte no es mejor.

—¿El castigo para el perdedor de la disputa fronteriza consiste en quedarse con la región? —le pregunté a Buck.

—Hay petróleo —repuso Buck, y continuó—. Es una frontera porosa, mal

definida, y se sospecha que por ahí cruzan los de AQPA: Al Qaeda en la Península Arábiga.

Vaya. Tal vez ahí había sido donde la Pantera se había dado de balazos con los soldados saudís. Sentí alivio de no estar destinado a esa región.

—Esta breve historia nos lleva al atentado contra el *Cole* en octubre de 2000. A partir de entonces, como ustedes saben, Estados Unidos ha podido meter el pie en el territorio de Yemen, pero es un avance muy tenue, y nuestra misión en el país podría verse terminada si los yemenitas cambian de actitud o de gobierno.

Eso sería agradable. Buck sacó una daga curva de un maletín. Desenvainándola, dijo:

—Con esto podría degollarlos.

No si sacara antes mi pistola, Buck.

—Sólo si estuvieran dormidos. Esta arma se llama jambiyah, y casi todos los hombres de Yemen llevan una. Se pueden comprar en un puesto de turistas por unos tres dólares, pero las que se hacen artesanalmente alcanzan precios de varios miles de dólares. Ésta que les enseño es una antigüedad, con piedras semipreciosas y mango de cuerno de rinoceronte. Su precio es de unos cinco mil dólares. Según el último dueño, fue usada para matar a no menos de seis personas.

Añadió un consejo:

—Nunca hay que pedir a un hombre que les muestre su jambiyah. Un hombre jamás desenvaina su jambiyah si no es para usarla.

Hizo una pausa, y continuó:

—Hay una antigua canción de la épica árabe: «El terrible guerrero cabalgaba a solas —recitó, sin cantar—, su jambiyah no tenía joyas, sino muescas en la hoja».

Había oído antes las mismas palabras, en boca de un tipo llamado Gabe Haytham, un árabe-norteamericano de la Fuerza Operacional, cuando trabajó en el caso de Asad, el León.

Buck había pasado al tema de la religión: noventa y ocho por ciento de los pobladores eran musulmanes; el resto, cristianos, judíos o hinduistas.

—Antes de la creación de Israel en 1948, el gobierno de Sana'a toleraba a los judíos, que formaban parte de la heredad en los días del rey Salomón y la reina de Saba. En realidad, muchos yemenitas eran judíos antes del advenimiento del Islam.

Tal vez eso explique la presencia de tantas delis yemenitas en Brooklyn.

—La mayor parte de los judíos —nos informó— huyeron a Israel después de 1948. En teoría, la constitución yemenita protege la libertad religiosa de las minorías, pero no quedan ya iglesias ni sinagogas donde los fieles puedan asistir a sus servicios. Como en la mayoría de los países islámicos, está prohibido convertir a un musulmán a cualquier otra religión —nos advirtió—, y constituye una ofensa que suele castigarse con la muerte. No se les ocurra hacer proselitismo; eso se considera como un crimen digno de la pena capital. En cambio, pueden citar el Viejo y el Nuevo Testamento, que los musulmanes consideran libros sagrados. Pero conviene saberse

algunos pasajes del Corán.

—¿Qué coreano es ése?

—El Corán, *Mr. Corey*.

—Ya, ya.

Buck volvió a tomar la hebra:

—Los yemenitas hablan la lengua árabe y sus dialectos antiguos. El árabe yemenita se considera la forma más pura del idioma, pues por el aislamiento milenario del país ha permanecido sin cambios. Podríamos comparar al árabe yemenita con el inglés de Shakespeare, aunque el primero es mucho más antiguo.

—¿Sabes hablar árabe? —le pregunté a Buck.

Por respuesta, dijo algo en árabe. Le repliqué:

—¡Para usted es fácil decirlo!

Kate, accidentalmente, me dio una patada por debajo de la mesa.

—El sexo —dijo Buck.

Me enderecé en mi asiento.

—El sexo —repetió—. Todos sabemos o creemos saber qué actitudes asumen los musulmanes respecto del sexo, así que no quiero repetir cosas que ya hayan oído, pero conviene hacer un resumen del tema. La relación sexual fuera del matrimonio está prohibida, y el adulterio se castiga con la muerte.

—Eso. Que se jodan los abogados de divorcios. Prefieren afilar la jambiyah.

Buck sonrió e hizo un comentario:

—Eso no ha de ser un problema para un matrimonio feliz como el de ustedes.

En efecto, pero tuve que preguntar:

—¿Los hombres son castigados con pena de muerte por cometer adulterio?

—No suele suceder, pero ...

—En lo que a mí se refiere —dijo Kate—, se le aplica.

—Sólo era una pregunta —aclaré.

Buck nos dio algunos detalles.

—La homosexualidad suele ser castigada con la muerte, pero la violación queda perdonada cuando se hace un pago en dinero a la familia de la víctima. Pero si el violador alega, lo cual siempre hace, que la violación fue con consentimiento de la mujer, entonces a veces la familia de la víctima la mata, a menos que ella pueda presentar no menos de cuatro testigos que refuten al perpetrador. Lo llaman una muerte de honor.

Claro; ya sabíamos todo eso, pero siempre se lleva uno una sacudida al oírlo.

A continuación, Buck pasó al tema del matrimonio y la familia.

—La poligamia es legal bajo la ley islámica, y un hombre puede tener hasta cuatro mujeres, pero no es común en Yemen.

—¿Por qué no? —preguntó Kate.

Pensé que la respuesta sería que nadie quiere tener cuatro mujeres diciéndole a uno que saque la basura.

—Porque —dijo Buck— la mayoría de los hombres no tienen suficiente dinero para mantener a más de una esposa.

Me guardé de decirle, Buck, la mayoría de los hombres no tiene lo suficiente ni para *una* esposa.

—Casi todos los matrimonios se arreglan entre familias —dijo Buck.

—¿Tienen Match.com?

—Sí, pero todas las mujeres tienen el velo puesto en las fotos, y no ponen nada sobre sus aficiones, intereses, trabajo o educación.

¡Qué gracioso! Este Buck me estaba cayendo bien. Hasta Kate se había reído.

—Por tradición, el matrimonio ideal es entre una pareja de primos. Pues igual que en Kentucky, pensé.

—Se considera a las mujeres como subordinadas, y deben servir a sus padres, a sus maridos, a sus hermanos y aun a sus hijos de género masculino.

Parecía que podría ser un buen año.

—La constitución yemenita afirma que las mujeres tienen iguales derechos que los hombres, pero luego incorpora muchos aspectos de la ley Sharia, que niega dicha igualdad. Por ejemplo, en cuestiones legales, el testimonio de un hombre vale por el de dos mujeres.

Mi esposa la abogada inquirió:

—¿Cómo pueden decir que eso es igualdad?

—Te lo acaba de explicar Buck —indiqué—. Es aritmética simple. Uno es igual a dos.

Recibí otra patada. ¿Síndrome de pierna inquieta?

Buck nos dijo además que los yemenitas tenían la tasa más alta de nacimientos de todas las naciones árabes. Era frecuente ver familias con seis o diez hijos, así que algo harían cuando se quitaban el velo.

—Está sucediendo una explosión demográfica, y en la actualidad hay más de veinte millones de yemenitas, sobre todo jóvenes, en un país pequeño y pobre con pocos recursos naturales. Ésta es una bomba de tiempo demográfica que ha de estallar, y la mayoría de los analistas pronostican graves desórdenes sociales en unos diez años. Ya se empiezan a ver los síntomas.

Recordando a Nabeel, sugerí:

—Más delis de yemenitas en Brooklyn.

—De hecho —replicó Buck—, es muy alta la tasa de emigración a Norteamérica, a Europa Occidental y a los países de riqueza petrolera en la Península Arábiga, que funcionan como válvula de seguridad para Yemen, y son fuentes de divisas. Pero en el país quedan millones de jóvenes desempleados.

Me acordaba de que en Adén podían verse hordas de hombres jóvenes agrupados en las calles y los souks, sin hacer nada. Una receta infalible para crear problemas, y tierra fértil para los reclutadores de Al Qaeda.

Para concluir la materia, Buck pasó a hablar sobre el amor y el matrimonio. El

divorcio es fácil para los hombres, que sólo necesitan decir «me divorcio de usted» tres veces, pero casi imposible para las mujeres. Existen documentos prenupciales — contratos matrimoniales, en realidad— y pueden ser obligatorios, a menos que se tope uno con una mierda de juez, como me pasó a mí. Buck empezó a hablar sobre el atuendo:

—El noventa por ciento de la población usa la ropa tradicional árabe, que es probable que no se haya modificado mucho desde los tiempos bíblicos. Les aconsejo que se compren unos conjuntos de vestidos tradicionales y los usen.

—¿Por qué? —pregunté.

—Sólo por diversión. O pueden ponérsela cuando paseen por las calles y los souks. Yo a menudo me vestía como nativo cuando salía de la embajada —confesó.

—¿No tienes una foto que mostrarnos?

Se limitó a sonreír, y pasó a describir el atuendo del nativo yemenita. Los hombres llevaban en la cabeza algo llamado thob o shiwal, casi siempre de color blanco. En el Norte se vestían con un fouteh blanco, una bata, y en el Sur los hombres se ponían un sarong también blanco. La ropa interior era opcional.

A veces, según recordaba yo, se ponían también chamarras deportivas estilo occidental sobre sus batas, con los bolsillos repletos de khat y municiones. Todos usaban sandalias, y el país entero necesitaba un pedicure.

Dos cosas sin las que un hombre no salía de su casa eran la daga y el rifle. El derecho a portar armas en Yemen parecía más bien una obligación, y noventa por ciento de los hombres de más de catorce años de edad llevaban un arma de asalto, casi siempre un AK-47, capaz de acabar con todos sus amigos y vecinos en unos segundos de fuego automático. Sin embargo, llamaba la atención que hubiera tan poca violencia o crímenes a mano armada. Todo mundo estaba armado, así que lo pensaban dos veces antes de entrar en una tienda y decir: «Esto es un asalto». Todos los que estuvieran ahí volarían en pedazos al asaltante, ¿o no?

Los ataques armados planeados eran asunto distinto. A la mayor parte de la gente que moría violentamente, la mataban por algún motivo concreto. Casi siempre algo relacionado con la política, el honor o una disputa de negocios que no se había podido arreglar masticando khat. A los occidentales tampoco los asaltaban a punta de pistola. Si le ponían a alguien un cañón de pistola en la espalda, no le dirían: «La bolsa o la vida». En cambio, decían: «Venga conmigo». La finalidad de secuestrar occidentales no era solamente el dinero, sino una manera de poner en vergüenza al gobierno central, obteniendo favores o servicios mediante la extorsión, uno de los pasatiempos favoritos de las tribus de beduinos. Estos secuestros se describían como «secuestros de visitantes», y las víctimas solían reportar que no les habían robado nada, con la salvedad ocasional de un reloj muy admirado o una pieza de joyería, que consideraban como un regalo que debería serles ofrecido mientras esperaban que llegara el dinero del rescate. El techo y la comida no eran gratis. Además de que proporcionaban una experiencia auténtica.

Cuando fui por primera vez a Yemen, al principio me impresionaba ver a cada hombre cargar un rifle de asalto. Después de una semana, ya ni les ponía atención. En cambio, me parecía extraordinario ver a un hombre que no trajera rifle. ¿Quiénes serían esos cobardes?

De cualquier manera, Buck había agotado el tema de la ropa de los hombres, y se había puesto a hablar sobre los vestidos de las mujeres. Casi todas llevaban balto, una especie de burka, consistente en una capa cubretodo que, como el primer modelo del Ford T, podía conseguirse en cualquier color mientras ese color fuese negro.

A continuación, se puso a hablar de los velos.

—Son muy pocas las mujeres que muestran la cara en público —dijo—, y quienes así lo hacen son agredidas por los fundamentalistas.

—¿Porque son feas?

—No, *Mr. Corey*, porque se considera una falta de modestia.

—Ya, ya —admití, preguntándome para mis adentros si añadirían a mi expediente un certificado de sensibilización cultural.

—En lo que a las mujeres occidentales se refiere —prosiguió, mirando a Kate, que es de Minnesota—, no se requiere que usen el velo, pero se sentirán más cómodas en la calle si se cubren el rostro con una hijab, que es una mascada para la cabeza con la que también pueden cubrirse la cara.

—No tengo la menor intención de cubrirme la cara —anunció Kate.

Buck asintió con la cabeza, expresando solidaridad con su compatriota, pero insistió:

—Lo mejor es llevar un traje de pantalón, con manga larga, pero debe quedar suelto, no ajustado. Hemos recibido reportes de mujeres occidentales que, viajando por poblaciones rurales, han sido insultadas a gritos, incluso apedreadas por llevar lo que allá se considera un atuendo inmodesto.

En fin, ¿qué decir a algo así? Nada. Buck miró el reloj y dijo:

—Tomemos un descanso de quince minutos.

## CAPÍTULO ONCE

En el pasillo, Kate me dijo:

—Me impresionan la profundidad de tus preguntas y la astucia de tus observaciones. Y se nota que *Mr. Harris* está asombrado con tu nivel de inspiración y tu entendimiento instintivo del tema.

—Muchas gracias.

—¿Podrías hacerme el favor de callarte el hocico cuando volvamos a entrar?

—Sólo estoy tratando de hacerlo un poco más divertido.

—Éste es un asunto serio. Presta atención.

—Me divorcio de usted.

—Habla con mis abogados —dijo, mirando al reloj—. Necesito refrescarme.

Dando la vuelta, se dirigió hacia el baño de damas.

Me pareció que Kate se había molestado conmigo. En general no es lo mío estar en un aula, pero casi siempre logro escuchar al instructor. Quizá fuese culpa del tema: Yemen, el Islam y la sensibilización cultural. En el Medio Oriente, ¿cuántas personas toman clases de sensibilización cultural antes de viajar a Norteamérica? ¿Por qué somos siempre nosotros quienes tenemos que sensibilizarnos frente a otras culturas? Tiene que haber reciprocidad en estos asuntos. Sin embargo, tal vez pudiera aprender algo de utilidad como, por ejemplo, cómo jalar el shiwal de algún sujeto para ponerlo a girar como perinola.

Volví a entrar al aula, donde estaba sentado Buck revisando unas notas.

—Quiero disculparme por... no prestar suficiente atención —le dije.

—Me he estado divirtiendo con tu participación —repuso, sonriendo y alzando la cara para mirarme.

¿Ya ves, mujer? A él no le había molestado. Al contrario, estaba alegrándole la mañana.

Kate volvió a su asiento. Buck retomó el discurso en donde lo había interrumpido:

—El único requisito absoluto sobre el atuendo para estar en Yemen es la modestia. Por lo tanto, para los hombres no es aceptable usar *shorts* o camisas de manga corta. Las mujeres no deben mostrar más que sus ojos, sus manos y sus pies. Lo demás —explicó, con una sonrisa— se deja a la imaginación.

Se me quedó mirando como si esperara que yo hiciera un buen chiste, pero yo me limité a asentir con gesto estudioso.

Buck tenía buenas noticias respecto a la piel desnuda.

—Como *Mr. Corey* ha de recordar, hay unos cuantos hoteles de turistas en Adén, donde un sector de la playa está reservado para que los occidentales puedan usar trajes de baño modestos —dijo, y añadió las malas noticias—. Sin embargo, a veces

los fundamentalistas van a esas playas y causan escenas muy molestas.

Ya, ya. Me acordaba de haber jugado volibol con unos marinos en la playa, atrás del hotel Sheraton donde vivíamos en Adén, y todos llevábamos *shorts* y camisetas de manga corta, pero no había mujeres en la playa, con la excepción de algunas colegas del FBI que llevaban ropa parecida a la nuestra. Esto no nos causó problema alguno, pero fue gracias a que también había algunos marinos armados y con uniforme completo en cada uno de los extremos de la playa. En aquella ocasión, recuerdo también haberme sentido desnudo y vulnerable por no llevar la pistola en la cintura, aunque siempre teníamos las armas al alcance. Además, nos estaba prohibido nadar, pues eso nos convertiría en blancos fáciles. O sea, entre los terroristas y los fundamentalistas, la playa no resultaba muy divertida.

Buck cerró el tema de la piel desnuda y pasó al de tener huevos.

—Por ser una cultura de valores guerreros —dijo—, los yemenitas consideran que la valentía es la más exaltada virtud, por encima de la hospitalidad o la honradez.

Conforme a la experiencia mía, la honradez ocupaba un lugar muy inferior en la lista de sus virtudes, y mentir era un talento exaltado a las alturas del arte, si no es que toda una virtud. Sin embargo, los yemenitas sí eran valientes, algo que yo podía entender y respetar. Esto, de hecho, era algo que convendría recordar cuando me enfrentara a la Pantera.

—Por otra parte —Buck siguió—, la cobardía se desprecia exageradamente. Por ejemplo, no hay que expresar miedo si uno considera inquietante ver a un grupo de extraños armados en una esquina. Al mostrar temor, se provocan reacciones agresivas de tales hombres.

—Dicho de otra manera —comenté—, no les gustan los llorones.

—Así es. Hay que mirarlos a los ojos y decir: «¡As-salaam alaikum!»: la paz sea contigo. Y él contestará: «Wa alaikum as-salaam»: y sea contigo la paz.

—Entiendo. ¿Cómo se dice: «Hazme un favor, cabrón, échame a perder el día»?

Buck hizo caso omiso de mi pregunta y continuó:

—Las mujeres pueden expresar temor sin provocar el desprecio. Además, una mujer nunca ha de mirar a un hombre a los ojos cuando le habla. Las mujeres bajan la mirada y pasan al lado de un hombre rápidamente.

—¿Escuchaste eso? —le pregunté a Kate.

No contestó nada. Estaba claro que a Ms. Mayfield le estaba causando dificultades procesar todo lo que estaba oyendo. Pero una vez allá, le iría bien. Tiene facilidad para adaptarse a lo que sea.

—La hospitalidad —dijo Buck— es cuestión muy importante para los yemenitas, y hay que aceptarla cuando se la ofrecen a uno. Aun si han llamado a una puerta sólo para preguntar por una calle, el señor de la casa estará obligado siempre a ofrecerles algo de beber o de comer, y tendrán que aceptar. Cuídense de no ofender a un hombre que les ofrezca algo.

Ya, ya. Sobre todo si lleva una AK-47 y te ofrece volarte la cabeza.

—En general —nos informó Buck— las mujeres están exentas de las reglas de hospitalidad. Lean los folletos sobre el tema.

Después de darnos ese consejo, prosiguió:

—Hay una tendencia entre los yemenitas a dar un tratamiento creativo a la verdad, lo cual es una manera diplomática de decir que son mentirosos.

Recordé a las autoridades de la cárcel central donde estaban prisioneros los sospechosos del atentado contra el *Cole*. No me importaba tanto que los prisioneros mintieran, pero cuando todos, policías, carceleros y traductores mentían, hube de preguntarme si no sería aquel un país de mentirosos patológicos. Me acordaba también de algunos intercambios a gritos que se habían producido con aquellos cabrones, y hubo ocasiones en que creí que acabaríamos en una balacera.

Buck puntualizó:

—Ellos se mienten unos a otros, así que no crean que se aprovechan de ustedes por ser occidentales. En ese país, la verdad es difícil de alcanzar —agregó— para cualquiera que intente trabajar, y es básico tener en mente que no se puede confiar en nadie. Dicho lo anterior, hay que considerar que hay casos en que *sí* les dirán la verdad, cuando así convenga a los intereses de la persona con quien hablan. Por ejemplo, si alguien quiere traicionar a alguien más, les dirá dónde pueden encontrar a dicha persona. El problema consiste en que nunca se puede saber de antemano si la información es buena, o si los están conduciendo a una emboscada para secuestrarlos, o algo peor.

Eso era cierto, y ni siquiera hacía falta que nos lo dijera, pero convenía recordarlo. Además, Buck parecía estar al tanto de que en Yemen tendríamos deberes que excedían la recolección de evidencia o las labores de una agregada jurídica.

—Yemen es una tierra de desconfianza —prosiguió—, lo cual en cierto modo elimina toda ambigüedad. No confíen en nadie, y no los traicionarán ni les darán orientación falsa. Si el gobierno les asigna a un funcionario para que los asista, significa que nunca les prestará la menor ayuda. Todos los informantes mienten, incluso los profesionales que cobran sus servicios en dinero. Si un hombre ordinario les suplica que le consigan una visa de trabajo para Estados Unidos a cambio de información, significa que está vinculado o bien al gobierno, o a Al Qaeda, y lo único que busca es estar cerca de ustedes y ganarse su confianza. ¿Para qué? Se enterarán de eso por la vía difícil. ¿Preguntas?

Pensando en Nabeel, le dije a Buck:

—Es lo mismo con los sujetos del Medio Oriente con quienes hablo aquí.

—Ya veo que has entendido —dijo Buck, y siguió adelante—. Hablemos de las tribus. Agrupan a la mayoría de la población, y viven sobre todo en las tierras altas del Norte, aunque también hay tribus en el Sur. Algunas tribus son de beduinos nómadas, pero la mayor parte viven en pequeñas aldeas. Algunos tribeños han emigrado a los pueblos y a las ciudades, pero siempre mantienen su lealtad con la tribu.

Eso se parecía a la familia de Kate.

—Cada tribu la dirige un jeque o cacique, que suele ser electo, aunque a veces el cargo es hereditario. Les llamamos jefes guerreros —añadió— a estos jeques, aunque aquel término podría resultarles derogatorio. Si se encuentran con uno de ellos, lo mejor será llamarlo jeque.

Esto me daba la impresión de que Buck estaba ya dándonos el informe previo a la misión, y de que tenía yo un jeque en mi futuro.

—Las tribus —retomó Buck— desconfían del gobierno central, y desconfían unas de otras, aunque forman alianzas de conveniencia, incluso con el gobierno, pero son siempre alianzas efímeras, y no resulta fácil llevar la cuenta de quién es aliado de quién.

Eso se parecía a Federal Plaza 26.

—Las tribus se rigen por un código de honor primitivo, anterior al Islam, que en muchos aspectos es caballeroso. Si eres huésped de una tribu, bien sea por invitación, por azar o por secuestro, gozarás de la mayor hospitalidad. En ellos no hay resentimientos especiales contra Occidente, pero hoy en día están descontentos con los funcionarios norteamericanos en Yemen, a quienes perciben como sustento de un gobierno muy odiado. El amigo de mi enemigo —nos recordó— es mi enemigo. En pocas palabras, si se ven en la circunstancia de ser huéspedes de una tribu, eso no significa automáticamente que vayan a morir. Pero no intenten hacerse pasar por turistas inocentes. Digan con claridad quiénes son y asegúrense de criticar al gobierno de Sana'a.

—Eso es fácil.

—Y puede salvarte la vida.

—Qué bueno. Pero trabajaremos sobre todo en Sana'a y en Adén —le recordé—. No tenemos en nuestro itinerario territorios tribales.

No dio réplica directa a eso, pero nos advirtió:

—Les darán informes completos sobre esos asuntos cuando estén allá.

—¿Qué actitud tienen las tribus respecto de Al Qaeda? —preguntó Kate.

—Más bien en contra —repuso Buck—. Al Qaeda no se ajusta a la matriz política o social de las tribus. Tampoco se ajustaba el marxismo, desde luego. Las tribus desconfían de toda ideología extraña, así como de los habitantes de las ciudades, de los intelectuales, de los políticos y aun de los musulmanes que no son yemenitas. Prefieren que las cosas sigan como han sido durante dos mil años.

—Pero en aquel entonces eran todos judíos —le recordé.

Nuestro instructor se sonrió.

—Pero cuídate de recordárselo. Y respecto a las tribus, también es preciso no olvidar —prosiguió— que abrigan tendencias favorables a la monarquía. De hecho, han jurado lealtad a príncipes, jeques y sultanes exiliados, la mayoría de ellos residentes de Arabia Saudita. Nosotros, es decir, la Oficina de Relaciones Exteriores, estamos en contacto con muchos de estos príncipes y sultanes saudís, y por su

mediación podemos conseguir que algunos jefes tribales nos ayuden. Si a ustedes les toca penetrar en tierras tribales, es posible que se les entreguen cartas de esta aristocracia en el exilio, con solicitudes de salvoconducto o ayuda.

Al parecer, estábamos de vuelta en el tema de nuestra incursión en Territorio Indio.

—Y esas cartas —preguntó Kate—, ¿sirven de algo?

—A veces.

Y a veces no. Como por ejemplo, eh, jefe, tengo aquí una carta del sultán Salami solicitando su ayuda. ¡Ah! ¿Se trata de la tribu de al lado? ¿Y a ustedes no les gusta el sultán Salami? ¿Dice que le *qué* a su hermano? Ah, siento mucho la equivocación. ¿Cómo se llega a la tribu de al lado?

De cualquier modo, todo esto era innecesario, puesto que no íbamos a incursionar en los territorios tribales. ¿O acaso Tom le habría mencionado al instructor que quizás era a eso a lo que íbamos?

—La situación política y social de Yemen —dijo Buck— es tan compleja que cae fuera de los alcances del entendimiento: en parte feudal, en parte islámica, y en parte una dictadura moderna. Los mismos yemenitas se confunden por la mutabilidad de las alianzas y por un gobierno central que envía por igual señales contradictorias a sus aliados y a sus enemigos. El presidente, Alí Abdullah Saleh, ha dicho: «Gobernar Yemen es como bailar con serpientes». No podría describirlo mejor. Por tanto, ustedes enfrentarán una gran variedad de retos.

—Nos encantan los retos —le aseguré a Buck.

—Qué bien —repuso—. Van a ir al lugar adecuado para eso.

Pensé que con eso terminaría la clase, pero Buck prosiguió:

—El khat. Es barato y abundante. Cerca de noventa por ciento de la población masculina masca khat. Y casi ochenta por ciento de las tierras cultivadas se usa para su producción, lo cual ha sido motivo de escasez de alimentos y de agua, y de una desnutrición muy extendida, por no mencionar la influencia a que se somete la población a partir del mediodía hasta que se acuestan a dormir. En parte, la desnutrición es causada por el efecto inhibitor del apetito que tiene el khat, que además funciona como paliativo del hambre en un país con escasez de alimentos.

Ya, ya. No como la marihuana, que da ganas de comer.

—El khat es un estimulante parecido a las anfetaminas —continuó Buck— que causa excitación y euforia. El individuo bajo sus efectos se vuelve muy locuaz y puede mostrar síntomas de desequilibrio emocional.

Creo que mi novia anterior mascaba khat. Había que tener esperanzas de que ese noventa por ciento de los mscadores de khat no coincidiera con el otro noventa por ciento que portaba rifles de asalto. Viéndolo positivamente, es probable que estando bajo sus efectos no pudieran apuntar demasiado bien, ¿verdad?

Buck seguía hablando sobre el tema.

—El khat puede inducir además hiperactividad y conducta maniaca.

Tal vez Tom Walsh también fuese mascador de khat. Pero yo estaba pensando en los efectos inhibidores del apetito que causaba esa droga. ¡Qué oportunidad podría ofrecerse para ganar una fortuna en la obesa Norteamérica; podría vender un océano ambarino de khat!

—¿Las mujeres mascan khat? —preguntó Kate.

—Más o menos la mitad son mscadoras —respondió Buck—. La otra mitad son quienes trabajan.

El asunto me estaba excitando. Pierda usted quince kilos en treinta días. También sería bueno para los alcohólicos, que podrían ponerse a secar y seguir borrachos.

—Algunos dicen que el khat es un afrodisiaco ligero, o que al menos tiene efectos desinhibidores, lo que puede ayudar a explicar esa elevada tasa de nacimientos.

Triple beneficio. Pierda peso, embriéguese, haga el amor. ¿Qué podría ser mejor?

—¿*Mr. Corey*? Parece no estar poniendo atención —dijo el instructor, amenazándome en broma con su daga.

—Oh... perdón. Estaba pensando en que... ¿qué efectos nocivos tiene el khat?

—Acabo de mencionarlos: pérdida de apetito y conducta errática. Además, los dientes se tiñen de verde.

—¿Muy verdes?

—El uso a largo plazo puede provocar impotencia en los hombres.

—Hay Viagra.

—Y los síntomas de abstinencia pueden ser muy desagradables.

¿Por qué parar? De cualquier modo, todas las drogas tienen algunos efectos secundarios, y eso nunca ha frenado a la industria de la Gran Farmacia. Habría que acentuar el aspecto de supresor del apetito. Treinta días, quince kilos. Norteamérica podría volver a ser delgada.

Buck interrumpió mis ensueños, y dijo:

—No sé si probaste el khat cuando estabas allá, pero quiero advertirles que ha sido la perdición de muchos occidentales en Yemen.

—Pero si uno adelgaza, se vuelve un blanco más difícil.

Sonrió, y enseguida se puso serio.

—El khat puede ayudar a pasar un día malo en Yemen, pero no les funcionará para todo el año.

—Cosa de tomárselo un día a la vez.

Me parecía que Buck debía haber sido un buen diplomático norteamericano: hablaba árabe, andaba de bata, mascaba khat y estaba culturalmente sensibilizado.

—¿En qué trabajabas en la embajada? —le pregunté.

—Agregado cultural.

Ya, ya. También yo iba a recuperar evidencia del atentado contra el *Cole*, y Kate a extender visas. Todos mentíamos como yemenitas.

Terminamos con las charlas del khat, y Buck pasó a hablar sobre el clima: pésimo. La geografía y la topografía habían creado playas vacías, desiertos letales,

mesetas pobladas por tribus peligrosas. Los problemas de salud eran todos los conocidos por el hombre, más otros adicionales. En cuanto a las instalaciones médicas, lo mejor era evacuar a los enfermos a otro país. Las relaciones con los países vecinos —Omán y Arabia Saudita— estaban bastante maltrechas. ¿Navegar en lancha por el Golfo de Adén o el Mar Rojo? ¡Piratas! ¿La comida? Sabe bien, pero puede hacerte mal. ¿El agua local? Sabe mal y siempre hace daño. ¿Seguridad? Pocos crímenes menores, sólo secuestros y asesinatos. ¿Atracciones turísticas? Muchas y muy buenas, pero secuestraban y mataban a los visitantes. ¿Agricultura? Ochenta por ciento de cultivos de khat y veinte por ciento de campos desperdiciados en producir alimentos. ¿Manufacturas? Inciensos, perfumes y accesorios para AK-47. ¿Diversiones? El khat y los secuestros. ¿Deportes? Fútbol soccer y tiro al blanco. ¿Turismo? Un poco menos que nada. ¿Actividades de ocio? El khat. ¿Artesanías? Dagas. ¿Gobierno? Disfuncional y opresor, excepto en las regiones donde no existe.

La clase de Buck cubrió unas cuantas áreas más. La impresión básica que dejaban sus descripciones era la de un país con muchos problemas y ninguna solución.

Buck nos había dado una imagen de la tierra y su gente que no tenía mucho que ver con la página turística de internet. Sin embargo, también quedaba una idea de que el Yemen histórico había sido parte del mundo en alguna otra época, un foco de intercambio comercial entre Oriente y Occidente, un centro de enseñanza y una nación más feliz de lo que se había vuelto en los siglos veinte y veintiuno. Por desgracia, se había convertido en un infierno en la tierra. Los lugares pueden irse a la mierda, y en Yemen eso había pasado de modo radical.

Buck había concluido con su tabla de materias requeridas, y nos dijo:

—Me doy cuenta de que su misión a Yemen no es de carácter del todo diplomático, y espero que esta mañana hayan aprendido algunas cosas que les sirvan de algo, aunque en este momento no les parezca así.

Ni Kate ni yo teníamos la respuesta que pedía semejante declaración, y Buck decidió concluir con lo que parecía ser su final acostumbrado:

—Yemen es una nación muy antigua, por la que el tiempo no parece haber pasado, donde pueden percibirse vislumbres de una civilización de los tiempos bíblicos. Se cree que es el lugar de origen de los árabes, y las costumbres y los rituales que practican sus pobladores tienen raíces que se remontan a un pasado olvidado, anterior al Islam. Todo lo que sepan o crean saber sobre el Medio Oriente no es necesariamente aplicable a Yemen. Vayan con una mentalidad abierta y consideren que el tiempo que tendrán que pasar allá será una experiencia incomparable, única. Buena suerte.

Eran las once de la mañana. No había estado mal.

Nos pusimos de pie y le dimos la mano a Buck, que le dio a Kate su tarjeta, diciendo:

—Si se les ocurre cualquier pregunta, no dejen de llamarme o enviarme un correo electrónico, aun cuando ya estén allá.

A mí me dijo:

—Quiero hacerte una recomendación muy importante, detective. No subestimes a esta gente. Tal vez estén muy atrasados, pero no son estúpidos, y saben utilizar la arrogancia y el desprecio de los occidentales para tocarlos como un laúd.

—Eso ya lo he pensado.

—Qué bien. Eres inteligente. Tampoco se vayan al otro extremo —dijo, dirigiéndose a Kate, aunque hablaba para los dos—, como hacen algunos occidentales, que asumen actitudes condescendientes y tratan de excusar costumbres y prácticas del todo inaceptables. Recuerden quiénes son ustedes, por qué motivo están ahí y dónde han puesto su fe, y ellos los respetarán.

—Buen consejo —observó Kate.

—Allá no encontrarán aliados ni tampoco enemigos naturales, con la salvedad de Al Qaeda. Con todos los demás, la actitud depende de cada situación. Es preciso aprender a interpretar lo que sucede. Sobre todo, aprender a hacer buenos tratos; allá, negociar es todo. Pero nunca prometan algo que no puedan cumplir. Y no se les olvide que a los yemenitas no siempre es posible comprarlos con dinero. Como sucede con la mafia italiana, a menudo es preferible intercambiar favores. Si pueden ayudar a un grupo o a un individuo en una *vendetta* contra otro grupo o individuo, recibirán a cambio ayuda en su misión —concluyó, alzando la vista y mirándonos—. Por ejemplo, el gobierno de Sana'a nos ayuda a localizar blancos de Al Qaeda para los drones Predator y los misiles Hellfire. A cambio, el gobierno nos informa sobre los jefes tribales o políticos de oposición a quienes quieren someter al mismo tratamiento. Todo es *quid pro quo*.

Ni Kate ni yo respondimos a eso. Buck agregó:

—Eso no lo supieron por mí.

Parecíamos haber llegado al final de la charla posterior a la clase, así que le dimos las gracias, nos despedimos y Kate se acordó de tomar los materiales impresos.

## CAPÍTULO DOCE

Una vez afuera, en el pasillo, Kate hizo un comentario:

—Un hombre interesante.

—Sobre todo al final.

—¿De la CIA?

—No; es demasiado amable. Quizás del servicio de inteligencia del Departamento de Estado.

—Eso sí le queda bien.

—Ya, ya. Oye, ¿nos darán un certificado por haber pasado el curso?

—Sólo una nota en nuestro expediente para que no sea obligatorio volver a tomarlo cuando tengamos que hacer otra misión en Yemen.

Eso no me hizo nada de gracia. Entramos al ascensor y subimos al piso 26.

—A mí me parece —aventuré una opinión— que nos han dado un informe preliminar para la misión: un vislumbre de cómo encontrar y eliminar a la Pantera.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

¿Acaso encontraba yo algún problema con eso? «Eso» sería la promesa al gobierno yemenita de vaporizar a algún pobre líder tribal o a un oponente político si el gobierno nos suministraba la ubicación de objetivos relacionados con Al Qaeda, entre ellos, cabía esperar, la Pantera.

¿Cómo entrábamos en esto Kate y yo? Era posible que formásemos parte del equipo que coordinaría estas acciones con el gobierno yemenita, o que nos incluyeran entre las unidades que recogerían la basura, es decir, que irían a las montañas o al desierto donde un misil Hellfire habría convertido en hamburguesa a determinados sujetos para recoger sus dedos y entregarlos a quienes verificarían huellas dactilares, o harían un análisis de ADN, lo cual permitiría verificar que habíamos liquidado a la Pantera.

Las especulaciones eran inútiles. Lo sabríamos una vez ahí.

Bajamos del ascensor en el piso 26, y Kate me dijo:

—Creo que me siento mejor preparada para ir a ese país, pero aún no estoy segura sobre nuestro trabajo.

—La sensibilidad cultural es noventa por ciento de la labor.

Volvimos a los escritorios para trabajar un poco. Me encanta leer memorandos y marcarlos electrónicamente como leídos. Además, algunos mensajes requerían respuesta. Pensaba que nada de eso tenía ya que ver conmigo. Me iba al frente de batalla. Era libre.

Antes de darme cuenta, ya era mediodía, y daba inicio la sagrada hora del almuerzo. A menos que hubiese una emergencia nacional, todo el mundo abandonaba el edificio a mediodía. Comer el almuerzo en la oficina se consideraba poco

patriótico y sospechoso, y se arriesgaba uno a que lo interrogara la Oficina de Responsabilidad Profesional.

Tomé el abrigo y fui a buscar a Kate a su cubículo, y salimos del edificio sin otro plan que tomar el aire y aclararnos la mente.

La última ocasión en que partimos a misiones en ultramar, Kate y yo habíamos ido a tomar una copa a las Ventanas al Mundo de la Torre Norte del World Trade Center. Eso no era ya posible, así que fuimos andando al mirador del sitio del WTC.

Hacía frío, pero había docenas de personas en el mirador, sobre todo turistas, pero también algunos empleados de oficinas, albañiles y un grupo de alumnos de escuela primaria.

Era un sitio al que íbamos pocas veces, pues no era necesario, pero ese día era buena ocasión para reconectar con el lugar, y recordar, como Buck nos había aconsejado, quiénes éramos, por qué estábamos ahí y en qué creíamos.

De ahí fuimos andando al Battery Park, donde compramos un café y un hot dog en un puesto ambulante, y nos sentamos en una banca, mirando el puerto.

Hubo una época en que todos los que viajaban a Nueva York —turistas, inmigrantes y norteamericanos que volvían a su país— tenían que pasar junto a la Estatua de la Libertad. Pero noventa por ciento de los viajeros actuales llega a los aeropuertos y se pierde esa hermosa visión. Casi todos los que llegaban a la ciudad —inmigrantes, turistas, personas con visas de trabajo o de estudiante y gente de negocios— estaban en la ciudad por razones legítimas. Los demás, los de motivos ilegítimos, como los cabrones que derribaron las torres, se habían convertido en el problema que me tocaba ayudar a resolver.

Sin embargo, iba a viajar a uno de los campos de cultivo de esa enfermedad, con la finalidad de localizar a un hijo de puta enfermo. Un cabrón que había ayudado a matar a diecisiete soldados norteamericanos, además de otras personas inocentes. Tom Walsh insistía en que no era cuestión de venganza, sino de justicia. Yo insisto en que vea la realidad.

—¿Nada que comentar sobre las cosas que nos dijo Buck? —me preguntó Kate.

—No sobre lo que nos dijo. Más bien sobre lo que no nos dijo.

—¿O sea?

—¿Por qué nosotros?

—Estoy segura de que eso no lo sabe. Podrías seguir preguntando toda la semana y no te darán la respuesta. La respuesta está en Yemen.

—Ya, ya —repuse, aunque creía saber la respuesta.

## CAPÍTULO TRECE

El martes por la noche, un grupo de nuestros amigos civiles organizó una cena de despedida en lo que fue durante la prohibición un sótano clandestino del Club 21. Celebramos el final de aquella era en Norteamérica y bebimos lo suficiente para soportar un año de prohibición en Yemen.

Invité a todos a que nos visitaran en Yemen, y les prometí que sería un viaje emocionante, incluyendo la escenificación de una guerra civil, pero tuve que confesar que la guerra sería de verdad.

El miércoles y el jueves los dedicamos a ordenar nuestros asuntos personales, incluido el método habitual para recibir el correo, que en nuestro caso sería enviado a una dirección del Departamento de Estado en Washington, de donde nos lo harían llegar por valija diplomática a la embajada de Estados Unidos en Sana'a. No podíamos quedarnos sin recibir a tiempo esos catálogos de lencería de Victoria's Secret.

Las órdenes de viaje advertían no llevar ropa ni accesorios para más de dos semanas de estancia; en cambio, podíamos encargar a la oficina de viajes y reubicaciones del Departamento de Estado hasta cincuenta kilos cada uno de equipaje personal, que el gobierno se encargaría de hacer llegar a una dirección en Yemen que todavía no conocíamos. Me pregunté si mi sillón La-Z-Boy cabría en el contenedor.

Le avisamos a nuestro excelente portero, Alfred, que dejara pasar a los de la empresa de equipajes, así como encargar que alguien cuidara el apartamento. Le di una buena propina y le prometí que le traería una jambiyah de recuerdo cuando volviéramos a casa.

Vimos también al abogado, a quien le dimos una carta poder para los asuntos legales que la requiriesen, entre ellos la posibilidad de enviar de regreso nuestros restos mortales, pero sólo en caso de que estuviéramos muertos. Nos preguntó si teníamos algún director de funeraria de preferencia.

—Funeraria Walsh —dije, y le di la dirección particular de Tom.

Kate quería comprarse ropas modestas y apropiadas para ponerse tanto en la embajada como en las calles de Sana'a o de Adén.

—El niqab negro es apropiado de día y de noche —le sugerí—, y también para la playa... Puedes comprarte unos velos de colores para usar como accesorios.

Kate se las había arreglado para conseguir lugar en un vuelo militar directo a Sana'a que salía de la base de Dover de la Fuerza Aérea, pero luego habíamos recibido un correo electrónico del Departamento de Defensa diciendo que el vuelo estaba lleno. Supongo que un C-17 podría ir lleno, pero la pregunta era: ¿lleno de qué? ¿Equipo militar? ¿Tropas? ¿Misiles Hellfire? ¿O quizá gente con quien no debíamos hablar? El mismo mensaje nos notificaba además que teníamos

autorización para tomar un vuelo comercial, cosa que ya sabíamos.

El jueves por la noche, varios de los colegas de la Fuerza de Tareas —del FBI y del Departamento de Policía de Nueva York— nos organizaron una reunión en un *pub* del barrio llamado Walker's, situado en North Moore, a unas cuadras de la oficina. Los supervisores —incluyendo a Tom Walsh— llegaron temprano, antes de que la reunión pudiera desbocarse y el dueño se viera obligado a llamar a la policía, que en su mayoría ya estaba ahí.

El FBI y la policía de Nueva York no suelen reunirse socialmente, pero era una fiesta de despedida para dos de sus colegas de gran popularidad, ella del FBI y él policía.

Había unos cuantos amigos policías que habían estado en Yemen con el Equipo de Recuperación de Evidencia, y una agente del FBI que había pasado medio año allá. Todos tenían consejos útiles, como, por ejemplo, dormir con la pistola, nunca viajar a solas y no mascar khat. La amiga del FBI, sin embargo, le dijo a Kate:

—Sin alcohol, la única manera de que sobreviva tu matrimonio con este tipo será mascando khat.

Ahí estaba Al Rasul, por supuesto, y se puso tras la barra para hacer una imitación muy graciosa de un cantinero yemenita que dice a sus clientes que es noche de damas y las mujeres pueden beber a mitad de precio, pero no se admiten mujeres, y el alcohol está prohibido. Al también acusaba a los cristianos de haber convertido su agua en vino.

—Nada todavía de Nabeel —me dijo Al más tarde.

El viernes a las 10 AM, después de recibir las últimas vacunas en la enfermería, estábamos sentados en la oficina de *Mr. Walsh*.

Tom nos preguntó cómo había estado la reunión, disculpándose por no haberse quedado más tiempo.

—La fiesta se acabó en cuanto te fuiste —le aseguré.

Estábamos de nuevo en la sección preferente de su despacho, y Tom había tenido la amabilidad de ofrecernos café, que me hacía mucha falta.

En realidad, Tom Walsh no era mala persona. Mejor dicho, sí que lo era, pero no muy diferente de cualquiera de los jefes que he tenido que soportar en la Policía de Nueva York. Eso es algo que ha de ir con el puesto, o que les llega con la ambición.

No obstante, en el pasado Tom ya me había engañado un poco, mintiendo sobre todo por omisión, y luego diciéndome, una vez que yo había descubierto la verdad, que no había sido necesario que yo supiera aquello que él no me había contado. En mis tiempos de policía, los jefes le decían a uno todo lo que sabían, porque era preciso saber todo respecto de un caso criminal. Pero el juego aquí era diferente. Mucha información clasificada, protocolos de seguridad y mentiras descaradas. En algunos casos, todo eso era necesario; pero en el resto, que era la mayoría, no. La situación mejoró después de que perdimos tres mil personas el 11 de septiembre, pero no es fácil descartar viejas costumbres.

Todo eso tenía yo en la mente al escuchar el informe final preparatorio de Tom Walsh. En lo fundamental, no tenía nada nuevo que añadir, pero algo nos contó.

—Éstos son sus documentos de viaje, que incluyen los boletos de avión. También incluyen la información de contacto cuando desembarquen en el aeropuerto de Sana'a. La Oficina de Viajes hizo lo que pudo —continuó—, pero tienen llegada a Sana'a a las dos y media de la mañana del domingo. Habrá alguien para recibirlos, claro, pero en caso de que eso no suceda, aquí tienen las instrucciones sobre qué hacer.

—¿Tomar el siguiente vuelo de regreso? —pregunté, con cara de esperanza.

—No.

—¿Por qué razón podrían no recibirnos? —preguntó Kate.

—Algo podría salir mal.

—A ver —dije—: si cuatro sujetos con batas blancas nos piden subir a una camioneta negra, ¿hay que decir que no?

—Definitivamente tienen que decir que no —repuso, añadiendo algo para animarnos—. No hemos perdido nunca a nadie en el aeropuerto.

—¿No ha habido casos de pequeñas demoras? —inquirí.

—Una que otra vez —admitió—. Pero ustedes viajan con pasaportes diplomáticos, y eso significa que no es preciso que respondan a ninguna pregunta, salvo sobre su domicilio, que será la embajada de Estados Unidos. Exijan hacer una llamada a la embajada. El funcionario de guardia nocturna ha sido alertado sobre su llegada.

—Y, si no contesta, ¿te podemos llamar a ti?

—No —replicó Tom—. Alguien los recibirá antes de pasar por el control de pasaportes. No tendrán que pasar aduana, pero si alguien pide que abran su equipaje, entonces ábranlo. Y asegúrense de que en sus maletas no haya nada ofensivo, comprometedor ni de contrabando.

—¿Cómo jabón?

—Como armas, alcohol o cierto tipo de revistas. O cualquier producto hecho en Israel.

—Entonces, ¿no podemos llevar subametralladoras Uzi?

—En el sobre hay una lista —nos informó—. Suponiendo que todo salga bien en el aeropuerto, habrá un convoy de tres automóviles para conducirlos a la embajada.

—Nuestras armas —consulté—, ¿las metemos en la bolsa diplomática?

—No. Dejarán aquí sus armas de mano. Cuando suban a su vehículo en Sana'a se les entregarán armas que tendrán autorización de llevar consigo todo el tiempo.

—¿Quién es nuestro contacto en el aeropuerto? —preguntó Kate.

—Se llama Paul Brenner. En el sobre hay una foto de él. Según tengo entendido, trabajaba en la División de Investigaciones Criminales del Ejército. Hoy está asignado al servicio diplomático de seguridad.

—¿Sabe él para qué estaremos en Yemen? —preguntó Kate.

—No lo sé —dijo Tom, poniéndose de pie—. Quiero agradecerles de nuevo que hayan aceptado tomar parte en esta misión. Y les deseo la mejor de las suertes a ambos.

Mirándome, habló:

—John, sé que tienes ciertas reservas sobre este asunto, pero estoy seguro de que tu entusiasmo crecerá cuando sepas lo importante que es la misión para nuestro país.

—Eso ya lo estoy sintiendo, Tom.

—Excelente. Tú —prosiguió, dirigiéndose a Kate— encontrarás más dificultades por ser mujer, además de formar parte de un equipo que tendrá que mantener a John bajo control.

A los dos les dio risa esto último. ¡Qué chistosos!

Tom me dio un fuerte apretón de mano, y a Kate un abrazo, lo cual en el ámbito de un edificio federal es casi acoso sexual. Prometimos permanecer en contacto por correo electrónico y mandarnos tarjetas de felicitación en las fiestas.

Después de salir al pasillo, Kate me dijo:

—No puedo creer que esta noche nos vamos a Yemen por un año entero.

—¿Desenchufaste el tostador?

—Bueno... quizá no dure un año completo.

—Probablemente no.

—¿No te parece emocionante? —me preguntó.

—No dejo de pellizcarme para verificar que no se trata de un sueño.

Se quedó callada de camino a los ascensores, y se volvió a mí.

—Me siento más tranquila de pensar que estaremos juntos —dijo—, y podremos cuidarnos uno al otro.

—Ya, ya.

Me acordé de un viejo proverbio árabe, que dice: «Cuando andas por un campo minado, asegúrate de que tus esposas caminen quince metros delante de ti y tu camello». Desde luego, no podía decir eso. Quizá: «Si yo tuviera otras tres esposas, entonces tendríamos un equipo de cinco personas para cuidarnos entre todos». Tampoco dije eso. Lo que dije fue:

—Nosotros siempre nos cuidamos uno al otro.

Me dio un beso mientras llegaba el ascensor, y nos tomamos de la mano todo el camino de descenso.

## CAPÍTULO CATORCE

Al Rasud había dicho que quería verme antes de que me fuera, así que entré a su cubículo y me ofreció ir a tomar un café en la sala de descanso.

Nos sentamos a una mesa con nuestros cafés, y le dije a Al:

—Logramos persuadir a Tom de que te mande con nosotros a Yemen.

—Sabes, nunca he ido a ningún país musulmán.

—Se te olvida Brooklyn.

Volvió a sonreír.

—No creo que me fuese agradable —dijo—. Sé que a mi esposa no le gustaría.

—¿Es musulmana?

—Sí, pero nacida aquí. Se pone furiosa cuando ve a las mujeres recién inmigradas tapadas con sus velos.

Eso me hizo recordar la pregunta que no cesaba de darme lata, así que se la hice.

—Tal vez tú me puedes explicar por qué algunos musulmanes nacidos en Estados Unidos se han ido a las Tierras de Arena para hacernos la guerra del lado de los malos.

—La respuesta breve es la jihad —replicó Al Rasul—. La respuesta larga tiene que ver con Dios, la historia, la ley Sharia y una gran cantidad de odio. El secreto reside en que odian a Occidente apenas un poco más de lo que odian a sus propios gobiernos corruptos, y algo más de lo que se aborrecen a sí mismos.

Me puse a pensar en eso, y creí entenderlo, aunque no contestaba la pregunta sobre cómo eso se traducía a una jihad cada vez más grande. Al tenía parte de la respuesta.

—El Islam empezó con una conquista militar, conversiones forzosas, fundamentalismo religioso y un Estado teocrático intolerante. Luego vino un periodo de ilustración. Pero lo que estamos viendo es un regreso a los días de antaño. Las épocas de las tinieblas.

—Pero no te olvides de las setenta y dos vírgenes en el Paraíso.

Eso lo hizo sonreír, pero enseguida se puso serio.

—Los fundamentalistas toman eso en sentido literal. Si matas a infieles inocentes, no vas a dar al infierno que mereces, sino al Paraíso. Su meta en la tierra —agregó— es la ley Sharia y el dominio mundial. Su meta espiritual es ascender al Paraíso. No sirve de nada tratar de hallarle sentido a eso. No vayas a creer que lo que nuestros radicales nativos necesitan es una buena dosis de civilización occidental y unas cuantas cervezas. Ya han probado todo eso, aquí y en Europa, y lo han rechazado.

—Tú no lo rechazas.

—Porque soy un mal musulmán. Al menos según ellos. Y por eso soy un hombre marcado.

—Ya, ya. Siéntate un poco más lejos de mí.

Miré los carteles del Departamento de Justicia con fotografías de criminales buscados. Sobre todo sujetos con barbas y ojos oscuros, de mirada insensible. Casi todos los letreros decían: *Se busca por asesinato*, aunque en algunos se ponía: *Sospechoso de asesinato*, y otros: *Conspiración para cometer asesinatos*. Antes, el homicidio era a lo que yo me dedicaba, pero esto no se trataba de homicidios. Era otra cosa, pero tampoco una guerra; era una enfermedad, y era el mal.

Felizmente, muchos carteles tenían una gran X roja encima, con anotaciones. *Muerto, Capturado, Convicto*.

No había ningún cartel para la búsqueda de Bulus ibn al-Darwish, también conocido como la Pantera, y me puse a pensar por qué. Tal vez el motivo era el mismo por el cual la página de al-Numair en el Sistema Automático de Casos estaba en blanco: la Pantera había pasado de ser alguien a quien buscaba el Departamento de Justicia a ser alguien en la lista de ejecuciones extrajudiciales de la CIA.

De cualquier modo, bajo la suposición de que Al Rasud no fuera de Al Qaeda, le confié:

—Voy a Yemen para buscar a un sujeto de Al Qaeda que nació en Estados Unidos.

—Ya lo sé. La Pantera. Al-Numair.

—¿Cómo lo sabes?

—Tendría que matarte si te lo digo.

—Ya, ya. ¿Algún consejo?

—Sí. Que te cuides el trasero.

—¿Eso es todo? ¿La sabiduría de Oriente no da para más?

—Ésa es toda la sabiduría del Oriente allá de donde vengo yo, del lado oriente del Flatbush de Brooklyn, y también del lado oriente del bajo Manhattan, de donde tú vienes. Pero aquí tienes algo que considerar: este cabrón no es un pobre palurdo del desierto rural, como era tu otro gato grande, el León. Tal vez puedas o no entrar en la mentalidad de la Pantera, pero como es un tipo multicultural, él ya se ha metido en la tuya.

—Ya, ya. Lo sé.

—Bueno. Así que no intentes adivinar lo que haría por su condición de árabe. Mejor adivina cuáles son sus conflictos. Su fuerza como árabe occidentalizado también es su mayor debilidad. A veces la cabeza le sintoniza con el Canal Uno, y a veces con el Canal Dos, y en ocasiones con ambos canales a la vez, y es entonces cuando su señal se llena de estática. Habla de que no tiene ninguna simpatía, ni tampoco admiración, por Occidente, y que lo occidental no cabe en su corazón ni en su alma. Pero donde sí cabe es en su cabeza, y si fuera honesto consigo mismo, entendería que sus sentimientos de odio son también manifestación de respeto. No te molestas en odiar algo que consideras despreciable.

—Ya, ya —dije, pensando en las razones por las cuales Al Rasud sabía todas

estas cosas—. ¿Cómo podré encontrar a este sujeto?

—Sabes perfectamente que es él quien te encontrará a ti.

Mucho me temía que esa iba a ser su contestación. Al prosiguió:

—Cerciórate de que todo el mundo sepa que lo andas buscando. Le darán la noticia, suponiendo que aún no se la hayan dado. Recuerda que has adquirido algo de reputación después de tu historia con el León. Asad Khalil no era de Al Qaeda, pero como sabes, estuvo trabajando con Al Qaeda en su última misión en este país. Era un guerrero respetado, y como tú enviaste a Khalil al Paraíso, tu nombre no es desconocido para Al Qaeda. De hecho, a Al Qaeda le agradecería verte en Yemen, para tener oportunidad de emparejar el marcador.

Eso ya lo había pensado yo. De hecho, no dejaba de pensar en ello, pero esos pensamientos estaban archivados con etiqueta de negación. Y el bueno de Al los había puesto sobre el tapete. Además, me parece que a Tom Walsh se le había olvidado mencionar que en realidad me enviaban a Yemen como ofrenda de carne roja para la Pantera. A eso me refiero cuando digo ciertas cosas sobre Tom.

—¿Te han pedido que me pases estos informes? —le pregunté a Al.

—Oficialmente, no. Y no fue Tom Walsh —me comunicó en tono confidencial—. Yo trabajo en el mismo caso, pero desde el otro extremo, en Nueva Jersey, con Mamá y Papá Pantera. Están limpios. Buenos ciudadanos. Se sienten devastados. Pero no quieren entregar a su hijo... Así y todo, puede que consigamos algunos indicios con ellos.

—Dime lo que averigües.

—Por supuesto. Bulus ibn al-Darwish está en la lista para capturar vivo o muerto de la CIA, y sus padres han interpuesto una demanda en un juzgado federal para sacar a su hijo de esta lista. Según su razonamiento, su hijo es ciudadano norteamericano, y por lo tanto no puede ser asesinado por el gobierno de Estados Unidos.

—Está bien, pero ¿no les ha explicado nadie que su hijo ha matado a ciudadanos norteamericanos? Por ejemplo, a diecisiete marineros de Estados Unidos.

—Por esa misma razón es posible que logren lo que se proponen. Los padres presentan el argumento legal de que lo que hizo su hijo no constituye un acto de terrorismo, sino un acto de guerra —me explicó—. Esa teoría legal se apoya en algunas decisiones judiciales tomadas en el pasado en juzgados norteamericanos y en cortes internacionales. Si el ataque a un blanco militar norteamericano, en contraste con un ataque contra civiles, se dictamina como acto de guerra, entonces la Pantera no ha cometido ningún crimen, y no puede ser sometido a juicio. Tendría que ser detenido como prisionero de guerra, y bajo la Convención de Ginebra no está obligado a dar más información que su nombre, su rango y su número de servicio.

Eso era asqueroso. No sólo no se le podía matar, sino tampoco torturar.

—A mí me suena a que mamá y papá están jugando con los dos equipos —dije—. Primero, su hijo es ciudadano norteamericano con derechos constitucionales. Enseguida, es un soldado de un ejército extranjero y queda bajo la protección de la

Convención de Ginebra.

—Así es, van a lo que funcione.

—La verdad —opiné— es que es un traidor a su país, y esa ofensa se castiga con la horca.

Al aceptó mi punto de vista, pero me recordó:

—Pero no ejecutamos extrajudicialmente a los traidores. Los llevamos a juicio. A fin de cuentas, mamá y papá podrían hacer que su nene quedara fuera de esa lista de la CIA.

No di réplica, pero me puse a pensar de nuevo cuál sería el objetivo de la misión. Es mucho más fácil romperle la cabeza a alguien que capturarlo y llevarlo a territorio de Estados Unidos. Por lo tanto, alguien —por ejemplo, la CIA— tal vez había decidido que era preciso matar rápidamente a Bulus ibn al-Darwish, antes de que algún juez federal lo sacara de la lista de ejecuciones sumarias. Si Bulus ibn al-Darwish estaba muerto, la demanda judicial se volvía irrelevante. Qué guerra más rara. Con jueces, demandas, y todo lo demás.

Al agregó una advertencia:

—Nada de esto lo has oído de mí —dijo, levantándose y tendiéndome la mano—. Que tengas suerte.

—Gracias. Nos vemos el año que viene.

—A lo mejor antes.

Localicé a Kate, que andaba paseando por ahí para despedirse de sus colegas, pero aborrezco los adioses largos y repetitivos, y logré que saliéramos del edificio en unos cuantos minutos.

Dimos principio a la caminata de nueve kilómetros hasta el apartamento —la idea de ir andando había sido de Kate, no mía— y fuimos disfrutando de las vistas y los sonidos de Nueva York, mi ciudad natal. Quizás era la última vez que hacíamos el recorrido, pero con un poco de suerte, volveríamos.

Pensé en contarle a Kate de mi charla con Al Rasul, y cómo acababa de descubrir la verdadera razón por la que me enviaban a Yemen. *Carnada*. Pero ¿necesitaba ella saber eso? De hecho, sí era necesario que se enterase. Pero ella deseaba pensar que su amiguito Tom la había elegido para la misión porque éramos lo mejor de lo mejor. Y sí, éramos eso. De manera que Tom no había mentado más que a medias. Tom sabía también que yo no iría solo, así que les dijo a los jefes de Washington que era necesario incluir a Kate, pues ella quería ir conmigo. Además, Kate había trabajado a mi lado en el caso de Asad Khalil, así que hasta donde Washington tenía conocimiento, ella también estaba en el menú de la Pantera.

Un hombre cuerdo rechazaría tal plan, una vez enterado de las cartas tapadas. Pero ¿qué diferencia había? Si Tom nos hubiese dicho que íbamos en calidad de cebo, ¿acaso nos habríamos negado? Y si se me ocurría confrontar a Tom con estas verdades, respondería lo de siempre: «Yo no sabía eso. Nadie me lo dijo. ¿Dónde te enteraste?».

En todo caso, al fin sabía lo que pasaba entre bastidores. En realidad, siempre lo he sabido.

Dedicamos la última tarde a estar en el apartamento, disponiendo algunos detalles y llamando a la familia. Los padres de Kate vivían en Minnesota, como ya he dicho, y los míos se habían ido a Florida después de jubilarse. Gracias a Dios, no nos visitarían en Yemen. Ya era un lugar bastante malo sin la contribución de su presencia.

Yo había persuadido a mis padres de que Yemen era la Suiza del Oriente Medio, así que no se preocuparon demasiado, aunque mi madre me aconsejó que no estuviera demasiado al sol:

—Ya lo sabes, John, tú te quemas mucho cuando tomas el sol.

Los padres de Kate estaban bastante mejor enterados de la situación, y expresaron una combinación de orgullo y ansiedad por su niñita. Y un consejo para mí:

—Cuida a nuestra hija.

¿Y a mí quién me cuidaría? Tal vez se habían puesto de acuerdo con Tom.

Sin embargo, tiene su gracia que una vez que todo se ha dicho y hecho, lo último que hace uno es llamar a papá y a mamá. Me pregunté si la Pantera llamaría alguna vez a sus padres.

A las 5:00 PM telefoneamos a Alfred, el portero del edificio, y le dijimos que necesitábamos un porteador de equipaje y un taxi para ir al aeropuerto JFK.

Mientras el porteador colocaba las maletas en el taxi, Alfred, que sabía cómo nos ganábamos la vida y sospechaba que nos mandaban a algún punto de las Tierras de Arena, nos dijo:

—Gracias por servir al país.

Kate y yo le dimos la mano y nos metimos al taxi. Vi a Kate enjugarse una lágrima.

La tomé de la mano.

Al fin, pensé, me iba a meter en la boca de la fiera armado con la verdad según me la había revelado Al Rasul. La verdad siempre es buena, menos cuando es mala.

Se me había ocurrido otra verdad: existía una razón adicional por la que nos encomendaban esta misión en Yemen, y tenía que ver también con el pasado pero no con el León sino con algo sucedido años atrás, que implicaba a Kate y a la CIA.

Dejé esa verdad en la parte de atrás de la mente, pero no demasiado atrás. Las respuestas a las preguntas por qué yo, por qué Kate y por qué Yemen nos aguardaban en Yemen.

**PARTE III**  
**Marib, Yemen**

## CAPÍTULO QUINCE

Bulus ibn al Darwish, al-Numair, la Pantera, que vestía la túnica blanca y el shiwal de los beduinos, estaba de pie frente a sus guerreros reunidos; cuarenta y dos jihadistas, armados con rifles de asalto AK-47 y lanzagranadas portátiles.

Era pasada la medianoche, pero alcanzaba a ver a sus hombres sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, a la luz brillante de una media luna creciente, y alcanzaba a ver, también, el paisaje desolado de roca y suelo arenoso que se extendía hacia el horizonte estrellado.

La Pantera se dirigió a sus hombres en una voz fuerte y clara:

—¡Esta noche, lograrán una gran victoria para el Islam!

Los hombres gritaron su asentimiento y alzaron las armas al aire.

—¡Darán muerte a los infieles y lavarán la tierra sagrada del Islam con su sangre!

Otra vez los vítores.

La Pantera miró a sus soldados. Eran en su mayoría nuevos reclutas, entrenados con prisa en el campamento de la montaña. Pero contaba también con cuatro jihadistas de Afganistán y dos oficiales del derrotado ejército de Irak.

Los iraquíes se habían enfrentado en batalla contra los soldados norteamericanos y, a la derrota, habían huido de su patria, y estaban en Yemen para vengar esa humillación. Lo que les faltaba de inspiración para la guerra santa lo compensaban de sobra con odio.

Uno de ellos, Behaddin Zuhair, que había sido capitán de la guardia de élite de Irak, conduciría el ataque sobre las instalaciones norteamericanas de la compañía Hunt Oil. El otro, Sayid al-Rashid, sería el segundo de mando.

La Pantera tenía mucha fe en estos soldados experimentados, y sabía que le darían confianza y coraje a los nuevos reclutas. Con estos dos oficiales iraquíes, y con los cuatro jihadistas afganos endurecidos en el frente, la Pantera no veía razón alguna para tener que conducir personalmente el ataque a la planta norteamericana.

La Pantera se dirigió a sus hombres:

—Recuerden que las fuerzas de seguridad de esta planta extranjera son todos mercenarios, hombres que no tienen ninguna lealtad a los norteamericanos, sino a sus dólares. Se rendirán y rogarán por sus vidas, o se echarán a correr, o morirán en sus manos.

La Pantera sabía, al igual que sus oficiales y sus soldados, que los norteamericanos también habían contratado cien hombres del Buró de Seguridad Nacional Yemenita para prestar servicios adicionales y proteger las instalaciones de la planta petrolera: las unidades habitacionales, oficinas, camiones, maquinaria, tuberías y equipo de bombeo. Este centenar de policías paramilitares estaban bien pagados por los norteamericanos, pero mal entrenados por el gobierno de Sana'a, pobremente

equipados, y les faltaba motivación. Y, como recordaba la Pantera de sus tratos con ellos en las ruinas de Bilqis, no era difícil intimidarlos, y más fácil aún era comprarlos.

Continuó:

—El campamento de la policía está fuera del perímetro de la planta de petróleo, del lado norte, y ustedes atacarán desde el Sur. La policía no disparará contra ustedes —les aseguró—. Ustedes no los provocarán —y añadió con una sonrisa—; estarán durmiendo como corderitos y no escucharán nada.

Los hombres rieron, pero Bulus ibn al-Darwish podía detectar que la risa era forzada, nerviosa.

Antes de la batalla, sabía, los hombres sentían miedo. Era comprensible. Pero la fe superaba al miedo, y el liderazgo, la falta de experiencia. Y ésa era su labor: fomentar la fe y mostrar su liderazgo.

Se dirigió de nuevo a sus guerreros:

—Les han mostrado los planos de la defensa de esta colonia norteamericana en territorio del Islam. Ustedes saben que la posición es débil, y conocen los secretos de la defensa. Los mercenarios que defienden el lugar para los norteamericanos son infieles sin corazón ni alma. Y los trabajadores yemeníes que están con ellos se han vendido al enemigo y no merecen a Dios. ¡Son borregos que irán al matadero esta noche!

Los hombres se levantaron y gritaron con entusiasmo salvaje.

El capitán Behaddin Zuhair, a un lado del grupo, observó a sus hombres y luego a su jefe, Bulus ibn al-Darwish, quien se hacía llamar la Pantera, aunque algunos lo llamaban al-Amriki, el americano, lo cual al-Darwish no apreciaba.

Behaddin pensaba que al-Darwish tenía mucha presencia y hablaba bien. La Pantera se había vuelto una leyenda desde que planeó con éxito el ataque al buque norteamericano *Cole* en el puerto de Adén, así que los hombres lo escuchaban, confiaban en él y le tenían reverencia. Al-Darwish, pensó Zuhair, era una gran inspiración para los soldados; era astuto en sus planes y quizás era un gran pensador. Pero no era un gran estratega militar. De hecho, no sabía nada de guerra. Si se quería hablar con la verdad, este ataque a una planta fortificada, ejecutado con tropas apenas entrenadas, tenía todas las características de un desastre. Pero no había quien le dijera eso a Bulus ibn al-Darwish.

Los hombres seguían vitoreando, y la Pantera les indicó que se sentaran de nuevo.

Dejó que el silencio se asentara sobre el desierto y contempló la noche llena de estrellas. Un viento tenue y caliente venía del norte, de Ar Rub al Khali, el territorio vacío, el desierto donde el sol ardía sobre las dunas cambiantes y donde ni siquiera los escorpiones sobrevivían.

Fue aquí donde Dios puso el petróleo, y aquí donde los norteamericanos vinieron a sacarlo de la tierra del Islam.

La Pantera se sintió movido a decir:

—Aquí es donde los norteamericanos y sus sirvientes pagados morirán. Y las dunas avanzarán hacia el sur y cubrirán sus huesos y todo rastro de ellos, y no quedará evidencia de que alguna vez estuvieron aquí y ensuciaron el suelo sagrado del Yemen y el Islam.

Los hombres alzaron sus voces en asentimiento.

La Pantera gritó:

—¡La victoria es suya!

Los hombres contestaron:

—¡Victoria!

—¡No merecen compasión!

—¡No habrá compasión!

—¡Matarán a los infieles y a sus sirvientes! ¡No quedará uno vivo!

Los guerreros gritaron y continuaron gritando.

El capitán Zuhair unió su voz a los vítores, al igual que su teniente, Sayid al-Rashid, pero ambos intercambiaron miradas. Estos soldados habían estado en batalla contra los norteamericanos, contra los kurdos y los iraníes, y contra los rebeldes iraquíes que peleaban contra el gran líder Saddam Hussein; estos hombres sabían qué era la victoria y la derrota; conocían el miedo, la cobardía, el coraje y la muerte. La Pantera no sabía nada de esto.

Zuhair miró a sus hombres. Eran demasiado jóvenes, no en años, sino en el corazón y en la cabeza. Demasiado idealistas y estudiosos de la religión que estaban acostumbrados a la comodidad. Demasiados saudís que sólo habían visto la guerra en la televisión.

Bueno, pensó Zuhair, lo que les faltaba de rigor quizá lo compensarían con fe y entusiasmo.

Zuhair miró de nuevo a Bulus ibn al-Darwish. El Amriki también tendría los mismos pensamientos y las mismas dudas. Lo cual quizás explicaba por qué no dirigía el ataque él mismo esta noche.

La Pantera arengaba al grupo:

—Están reunidos esta noche aquí, provenientes de las muchas naciones del Islam, para lanzarse a la jihad. Esta noche será la primera victoria, y le seguirán muchas otras, hasta que los norteamericanos hayan sido expulsados del Yemen. Y entonces regresaremos a Sana'a y aniquilaremos al gobierno corrupto que invitó a los norteamericanos a la tierra sagrada de Yemen.

La Pantera alzó la voz y dijo:

—¡Colgaremos a los ministros y a los generales de los postes en las calles de Sana'a, y celebraremos la victoria en el palacio del títere que se dice presidente, Alí Abdullah Saleh!

Los hombres se levantaron y corearon:

—¡Muerte a Saleh!

La Pantera sonrió y levantó los brazos, pero sus pensamientos estaban en otra

parte. Él no dirigiría el ataque personalmente, y algunos de los jihadistas se preguntarían por qué no iba con ellos. De hecho, el capitán Zuhair había tocado el tema.

Bulus ibn al-Darwish no le temía a la muerte, pero sí temía ser capturado, especialmente por los norteamericanos, sus antiguos compatriotas. Tenía miedo de ir a prisión, de la tortura y de la humillación de que su familia en Estados Unidos, su padre, su madre, su hermana, lo vieran encerrado como un animal en una jaula.

La muerte era preferible por mucho, y morir en la jihad aseguraría su ascenso inmediato al Paraíso. Pero la muerte en batalla no estaba garantizada.

Si lo tomaban prisionero, todo el movimiento jihadista en Yemen se vería afectado, si no es que se desintegraba del todo. Por esa razón, y porque era la voluntad de Dios que permaneciera vivo y libre para luchar esta cruzada, no podía acompañarlos esta noche.

Pero sí planeaba estar con ellos para celebrar la victoria, y para presenciar la ejecución de los sobrevivientes.

Pidió silencio con un gesto, y habló de nuevo:

—Estaré con ustedes a la hora de la victoria —sacó de su funda su jambiyah, todavía ensangrentada por la masacre de los turistas belgas, y la alzó en alto—. Estaré con ustedes para abrir las gargantas de todos los que caigan en nuestras manos. ¡Sin compasión! ¡Sin prisioneros!

Los hombres corearon sus palabras.

El capitán Zahir inclinó la cabeza hacia el teniente al-Rashid y susurró:

—Parece que sí sabe cortar gargantas.

Al Rashid asintió.

Bulus ibn al-Darwish se volvió en dirección de la Kabba en la Meca, levantó los brazos, y exclamó:

—¡Dios es grande! ¡Oremos!

No era hora de la salat de la madrugada, pero la dua, la plegaria para momentos de crisis o peligro, podía decirse en cualquier momento, así que Bulus ibn al-Darwish se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y la cara hacia la Meca, al igual que sus hombres, y recitó del Corán: «Cuando el cielo se hienda y las estrellas se dispersen y los mares desborden sus límites, cuando las sepulturas se vuelvan al revés, sabrá cada quien lo que hizo y lo que dejó de hacer».

A continuación la Pantera dijo:

—Que cada hombre pida en silencio a Dios la fuerza, el coraje y la victoria en la batalla.

De nuevo el desierto quedó callado, excepto por el viento que llegaba desde el territorio vacío.

Bulus ibn al-Darwish rezó en silencio, pidiendo a Dios que diera valor a sus hombres. Pidió por sí mismo también, y añadió:

—Permíteme cortar gargantas norteamericanas esta noche.

Pero como le sucedía a menudo cuando pedía la muerte de sus antiguos compatriotas, como le había sucedido antes del ataque al *Cole*, otros pensamientos irrumpieron en su cabeza y en sus plegarias; recuerdos de su infancia y sus años de estudiante en Estados Unidos. Pensamientos sobre su familia y su antiguo hogar.

Eran pensamientos preocupados, memorias confusas que pesaban sobre su alma y la oprimían.

No había sido feliz en Estados Unidos, pero era feliz ahora en la tierra de sus ancestros. Yemen era una tierra antigua que una vez había sido pura también. Él la purificaría de nuevo.

Volvió la vista hacia el cielo maravilloso del desierto, un cielo que no había cambiado desde los tiempos de sus antepasados, desde el día de la creación. Y prometió: «La tierra de Yemen será tan pura como el cielo que la cubre».

Y Dios le habló:

«Tú, Bulus ibn al-Darwish, serás el salvador de Yemen y del Islam».

Sintió una mano ligera que tocaba su hombro y vio al Capitán Zuhair, quien le habló por lo bajo:

—Si tiene un momento, señor, antes de que conduzca los hombres a batalla...

La Pantera se levantó y siguió al capitán Zuhair a una choza de adobe. Dentro del pequeño refugio, iluminado por una sola vela, estaba el teniente al-Rashid.

El capitán Zuhair comenzó:

—Tengo confianza en una victoria total esta noche, señor —hizo una pausa y continuó—. Pero debo reportarle que acabo de recibir, por teléfono celular, cierta información sobre nuestro amigo dentro de la planta norteamericana.

Zuhair prosiguió:

—Este hombre reporta que los norteamericanos y sus fuerzas de seguridad, que son quizás unos treinta, más sus trabajadores, se han armado y se preparan para un ataque.

La Pantera permaneció de pie en la oscuridad y no contestó. ¿Sería cierto? ¿O sería que el capitán Zuhair perdía coraje?

El capitán sugirió:

—Quizás podríamos posponer el ataque para otra noche. Quizás esperar una semana. Los hombres pueden entrenar más. Además, señor, deberíamos considerar añadir más guerreros a nuestras fuerzas.

De nuevo la Pantera guardó silencio, pero luego dijo:

—Atacaremos esta noche. Y no podemos añadir un solo hombre —le recordó a Zuhair—. Cuarenta hombres se encaminan en este momento a atacar el hotel Sheraton para matar a los soldados norteamericanos que viven allí y a sus espías. Otros cuarenta van camino a Sana'a para atacar la embajada. Y éstos son todos los hombres del campamento.

—Es verdad, señor. Pero quizá no deberíamos dividir nuestras fuerzas. Quizá deberíamos concentrarlas en la planta de petróleo para asegurar una victoria rápida y

completa.

La Pantera ya había hablado de este tema con el capitán Zuhair, y ahora éste lo traía de nuevo a cuento, en la víspera de la batalla.

La Pantera, con impaciencia y autoridad, dijo:

—Yo tomé la decisión de atacar en tres frentes. Esto dejará al gobierno temeroso y confundido. No sabrán dónde ni cuándo esperar otro ataque. Se quedarán paralizados por la indecisión, y reñirán con los norteamericanos, que siempre esperan una reacción que demuestre fuerza y decisión.

El capitán Zuhair no tenía una réplica.

La Pantera le recordó:

—Ya te había dicho todo esto —añadió—. Los americanos son arrogantes, y el gobierno es cobarde. Lo notarás cuando estos ataques se lleven a cabo con éxito.

—Sí, señor.

—Si hubieras estado aquí para el ataque al *Cole*, entenderías lo que voy a hacer y lo que te digo.

Como todo mal general, pensó Zuhair, éste recuerda sus victorias y olvida sus derrotas. Pero sólo dijo:

—Sí, señor.

La Pantera se volvió hacia el teniente Sayid al-Rashid y le ordenó:

—Habla. ¿Qué tienes que decir?

Sayid al-Rashid guardó silencio, pero después respiró profundamente y dijo:

—Las preocupaciones del capitán Zuhair son comprensibles, pero también entiendo lo que usted dice, y es cierto.

La Pantera asintió.

Al-Rashid continuó con cautela:

—Nosotros, señor, somos simples soldados, y pensamos en cuestiones tácticas. Pero usted, señor, conoce la estrategia. Y es una estrategia excelente. Meterle miedo al gobierno y causar desacuerdos en el gobierno...

—Y entre el gobierno y los norteamericanos.

—Sí, señor. Y nuestra victoria esta noche será mayor gracias a su liderazgo y a su planeación.

La Pantera asintió brevemente y luego dijo:

—Si no hay más que tratar les sugiero que hablen con los hombres uno a uno para asegurarse de que entienden el plan de ataque. No dirán nada de lo que acabamos de hablar —añadió.

Les recordó:

—Son seis kilómetros a la planta de petróleo, y si salen ahora, estarán allí en menos de dos horas —y ordenó—: el ataque debe haber terminado dos horas antes del amanecer para que podamos retirarnos al campamento cobijados por la oscuridad.

Ambos hombres respondieron:

—Sí, señor —el capitán Zuhair añadió—: Nabeel quiere hablar con usted.

—¿Ahora mismo?

—Dice que es importante.

—Bueno. Dile que pase —y luego—: tú te quedas.

El teniente al-Rashid se agachó para salir de la choza y regresó un momento después con Nabeel al-Samad, uno de los jóvenes asistentes de la Pantera.

La Pantera observó a su asistente en la débil luz de la vela. Nabeel, como él, había vivido en Estados Unidos, aunque sólo por asuntos de negocios: de los negocios de Al Qaeda. También para llevar mensajes verbales a la familia de Bulus ibn al-Darwish, y para traerle las palabras de su padre, su madre y su hermana. Nabeel ya le había dado los mensajes recientes hacía tres días. ¿Qué querría ahora?

—¿Qué pasa, Nabeel? —preguntó la Pantera.

Nabeel al-Samad saludó correctamente y luego dijo:

—Señor, acabo de recibir noticias de nuestro amigo en El Rahaba.

—¿Sí? ¿Y qué dice nuestro amigo del aeropuerto?

—Un vuelo de Egipto arribará en Sana'a a las dos cuarenta y cinco de la mañana. La lista de pasajeros menciona a dos norteamericanos de Nueva York que viajan con pasaportes diplomáticos —reportó Nabeel—. Supimos de estas personas hace unas dos semanas, cuando el Departamento de Estado solicitó visados en su nombre.

—¿Y...?

—Uno de estos norteamericanos es un hombre llamado John Corey, y la otra es una mujer, su esposa, de nombre Katherine Mayfield.

—¿Son diplomáticos?

—No, señor. Ambos son del FBI.

La Pantera asintió:

—Continúa.

—Nuestro amigo en la oficina consular de Nueva York me informó cuando estuve en la ciudad que estos agentes habían ido a recoger sus visas, y me dio copias de los pasaportes visados. Ambos agentes listaron su dirección como el edificio del gobierno en el que trabajan. Averiguamos después que los dos trabajan en lo que se llama la Fuerza Operacional Antiterrorista —detalló Nabeel.

De nuevo, la Pantera asintió y con un gesto le indicó a Nabeel que prosiguiera, cosa que éste hizo.

—Este grupo, como usted seguramente sabe, es una agencia de seguridad para el interior de Estados Unidos, pero sus agentes a veces viajan a varios lugares del mundo...

—Ya lo sé, Nabeel. Están aquí.

—Sí, señor —continuó Nabeel—; el agente Corey, de hecho, estuvo en Adén hace aproximadamente tres años. Es su segunda visita.

La Pantera guardó silencio un rato, y luego preguntó:

—¿Y en qué se distinguen este hombre y su esposa de los demás agentes norteamericanos que vienen aquí?

Nabeel informó a la Pantera:

—Ambos agentes aparecen específicamente en la lista del Consejo Supremo.

—¿Sí? ¿Por qué razón?

—El hombre, señor, es el agente norteamericano que mató a Asad Khalil, el León, en Nueva York.

La Pantera asintió. Por supuesto que recordaba eso. ¿Hacía un año? Quizá menos.

—Asad Khalil había ido a Nueva York con la misión de matar a este hombre, Corey, y a su esposa, Mayfield.

—Sí, lo recuerdo.

Pero aquello no había salido bien. Khalil era libio, y había estado en Estados Unidos en una misión anterior para vengar los bombardeos de los norteamericanos en su país. Se había desquitado, pero no como él quería. Así que regresó, y en esa ocasión lo mataron.

Nunca había sido parte de Al Qaeda, pero colaboraba con la organización. Así que el Consejo Supremo quería vengar su muerte y había pedido que asesinaran a Corey, que había matado al gran jihadista Asad Khalil, el León.

—¿Por qué crees que este hombre viene otra vez a Yemen? —preguntó la Pantera.

—Quizá, señor, para matarlo a usted —respondió Nabeel.

Eso no sorprendía a Bulus ibn al-Darwish. Los norteamericanos tenían un odio especial contra los musulmanes que habían nacido en su país u obtenido la ciudadanía y que luego se enlistaban en la jihad.

Los norteamericanos, la Pantera había aprendido en su estancia de más de veinte años, eran tan arrogantes que pensaban que cualquiera que vivía entre ellos llegaba a adorarlos y adorar su corrupto y libertino país. Y si no los adorabas, te odiaban por tu falta de apreciación de lo que ellos consideraban maravilloso. Verdadera arrogancia y vanidad. *El orgullo precede a la destrucción*, como está escrito en el libro hebreo de Proverbios.

Y, por supuesto, los norteamericanos estaban en Yemen para vengar la muerte de diecisiete marineros del *Cole*. Y Bulus ibn al-Darwish sabía por sus padres y por otras fuentes que su nombre se encontraba en la lista de eliminación de la CIA. Y esta lista, según la costumbre, o quizá la ley, había sido aprobada por el presidente de Estados Unidos. Qué interesante. También era interesante que este hombre, Corey, quien quizás estaba aquí para matarlo, estaba a su vez en la lista del Consejo Supremo de Al Qaeda de personas a quienes había que asesinar, junto con su esposa. De forma que el cazador y su presa estaban ambos señalados para morir. La pregunta era: ¿quién es el cazador y quién la presa? Por ahora, la respuesta es que ambos eran ambas cosas.

Sabía que su madre y su padre habían contratado a un abogado norteamericano para lograr que la CIA sacara su nombre de tal listado. El nombre de Corey sólo quedaría fuera de la lista de Al Qaeda cuando él, Bulus ibn al-Darwish, lo matara.

La Pantera pensó en todo esto. Para él era un honor que su nombre apareciera en la lista de los norteamericanos. Pero sus padres, y probablemente también su hermana, que era estadounidense, preferían verlo pudrirse en prisión. No podían comprenderlo porque habían pasado demasiado tiempo en Estados Unidos. No entendían el privilegio de los mártires, y quizás habían ya dejado de creer que la muerte en guerra santa les gana el ascenso inmediato al Paraíso a los mártires. Sus padres, pensó, algún día irían al infierno.

—¿Señor?

La Pantera regresó a las tribulaciones del presente y dijo:

—Si este hombre y su mujer están en Yemen para matarme, resultará muy conveniente para que yo los mate a ellos.

Nabeel asintió, pero no dijo nada.

Era posible, pensó la Pantera, que los norteamericanos no estuvieran en Yemen específicamente para matarlo, pero en todo caso Corey había matado al León, y por esa razón el Consejo Supremo le había dado la sentencia de muerte. Así que si él, Bulus ibn al-Darwish, podía matar a este agente norteamericano, obtendría honores especiales en el Consejo Supremo.

Le dijo a Nabeel:

—Mátalos a los dos.

Nabeel asintió y preguntó:

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En el momento que puedas, donde sea —continuó—: En Sana'a. O en Adén, si deciden ir —pensó un momento y añadió—: o en Marib, si vienen aquí a buscarme. Toma los hombres que necesites y mata a ambos a la primera oportunidad.

—Me encargaré de que así suceda, señor.

La Pantera estaba a punto de despedir a Nabeel, cuando éste dijo:

—Tuve la oportunidad de conocer al hombre personalmente.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Cómo?

—En Nueva York, señor. Apenas la semana pasada.

Nabeel había estado esperando esta oportunidad para impresionar a su jefe con su conocimiento del enemigo y demostrar su utilidad en Estados Unidos. Nabeel disfrutaba sus viajes a Nueva York, y quería que continuaran. Explicó:

—Después de recibir del consulado su nombre y su dirección, llamé al teléfono que aparecía en la solicitud de visa y pedí hablar con John Corey, con el pretexto de que tenía información importante sobre actividades terroristas.

—Bueno, eso no es un pretexto, es verdad.

Al ver que la Pantera sonreía, Nabeel y los dos iraquíes rieron.

—Corey tomó la llamada y le expliqué que había obtenido su nombre de alguien que no deseaba identificarse. Hablamos un poco y acordamos una cita —continuó Nabeel.

—¿En su oficina? —preguntó la Pantera.

—No, señor. Ése no es el protocolo para el primer encuentro —Nabeel había ensayado en inglés lo siguiente, pensando que podía ser gracioso—: El agente Corey y yo nos reunimos en una *delicatessen* judía.

La Pantera sonrió de nuevo, pero los iraquíes no hablaban inglés y no entendieron.

Nabeel, envalentonado por la sonrisa de su jefe, continuó en inglés:

—Ben's Jewish Deli, en la calle Treinta y Ocho Oeste. ¿Conoce el lugar? —preguntó.

—Oeste Treinta y Ocho —dijo en inglés la Pantera. Ya no parecía divertido, y continuó abruptamente, en árabe—: Cuéntame sobre este tipo.

Nabeel no quería decir que la reunión había sido muy breve, ni que su escaso inglés había sido un obstáculo, así que aventuró:

—Era arrogante.

—Todos son arrogantes.

—Éste más —Nabeel repasó en la memoria el corto encuentro con el agente norteamericano y añadió—: Era tosco, y su forma de conducirse mostraba poco respeto por mí y por la gente de nuestra fe que vive en su país —Nabeel no estaba seguro de que eso fuera completamente cierto o exacto, pero era lo que su jefe quería escuchar.

La Pantera asintió y repitió:

—Arrogante.

Nabeel continuó:

—Parecía ansioso por terminar. Fue el sábado pasado, y los agentes no quieren trabajar los sábados y los domingos. Así que acordé verlo en su oficina en el edificio del gobierno el lunes por la mañana —Nabeel tampoco mencionó que se iba a requerir de un traductor del árabe para la segunda reunión.

—¿Y acudiste a la cita? —preguntó la Pantera.

—No, señor. Eso sería peligroso.

—Pues quizás es a ti a quien viene a buscar a Yemen, Nabeel, y a ti a quien quiere matar —bromeó la Pantera.

—No, señor. Es a usted. Pero yo lo mataré primero.

—Así será. A su mujer también. ¿Eso es todo? —preguntó.

Nabeel contestó:

—Sí señor, es todo. Pero quiero entregarle esto —llevó la mano a su fouteh, y los oficiales iraquíes se despabilaron.

Nabeel sacó una pequeña tarjeta blanca y se la entregó respetuosamente a la Pantera, al tiempo que decía:

—Ésta es la tarjeta de visita del agente John Corey. Me la dio para presentarla en el edificio gubernamental cuando fuera a reunirme con él.

La Pantera tomó la tarjeta y la sostuvo cerca de la llama de la vela. Decía:

John Corey  
N.Y.P.D./FBI  
Fuerza Operativa Antiterrorista  
26 Federal Plaza  
New York, N.Y. 10278

Había un teléfono de contacto, pero no un celular.

La tarjeta tenía dos sellos, uno del Buró Federal de Investigación y otro del Departamento de Policía de Nueva York.

Bulus ibn al-Darwish miró la tarjeta por más tiempo del que le tomó leerla, luego le dio la vuelta y leyó: *Nabeel al-Samad para ver al Det. Corey.*

Nabeel sabía que algunos de los hombres que trabajaban para Al Qaeda en Estados Unidos a veces exageraban sus avances y logros, así que la tarjeta resultaba una buena prueba de su trabajo y, especialmente, de su honestidad.

La Pantera le devolvió la tarjeta a Nabeel, quien replicó:

—Es para usted, señor. Yo no la necesito ya.

—Yo tampoco. Y tampoco la necesitaré su dueño, después de que lo mates, así que consérvala, Nabeel, para recordarte lo que debes hacer.

—Sí, señor —dijo Nabeel, y tomó la tarjeta. Estaba a punto de salir cuando la Pantera lo detuvo.

—Tendrás una buena recompensa, Nabeel, si puedes capturar a este hombre en vez de matarlo. Captúralo y traémelo. A su esposa también.

—Sí, señor.

—Pero no permitas que la idea de la recompensa te ciegue a la idea de matarlos, si es la única forma.

Nabeel prometió:

—Este hombre y su esposa serán capturados y traídos ante usted, y si eso no es posible, los mataremos —y extendió la promesa—: no regresarán a Estados Unidos.

—Tú tampoco, si logran escapar.

—Entendido, señor.

Nabeel se dirigió de nuevo hacia la puerta, pero la Pantera lo retuvo otra vez.

—Espera —y a los oficiales iraquíes—: Comiencen los preparativos para la marcha.

Ambos saludaron y salieron de la choza rápidamente.

Bulus ibn al-Darwish, a solas con Nabeel al-Samad, recientemente retornado de Estados Unidos, le preguntó:

—Entonces, ¿te pareció que estaban bien?

Nabeel sabía a quiénes se refería, y contestó:

—Como le dije, señor, estaban bien, y le mandan saludos y bendiciones —pero como su jefe parecía querer escuchar más, añadió—: su padre prospera en sus negocios, y su madre se ha vuelto más devota en su fe.

La Pantera asintió y preguntó:

—¿Y Hana?

—Ella también se ha acercado a la fe. Y parece satisfecha en su trabajo en el negocio de su padre.

Nada de esto era cierto, por supuesto, al menos no en lo que concernía a la madre y a la hermana. Era verdad que el padre prosperaba, pero había envejecido mucho en los tres años desde que Nabeel empezó a visitarlos después del ataque del *Cole*. La madre también parecía triste y reservada. Hana, sin embargo, estaba más enojada que triste, y le había dicho a Nabeel: «Mi hermano ya no existe para mí». Pero Nabeel jamás le diría eso a su jefe.

Los padres de al-Darwish le habían dado fotografías y cartas para su hijo a Nabeel, pero no podía quedarse con este tipo de evidencia en su persona, y había quemado todo a la primera oportunidad tras la reunión, que siempre se llevaba a cabo en un lugar público en Manhattan o Brooklyn: un parque o un museo, o a veces un centro comercial. Estaba seguro de que las autoridades no sabían nada de él, aunque por supuesto tenían ubicada a la familia al-Darwish. A veces vigilaban su casa, o la mezquita a la que asistían, o el negocio del padre. Pero la familia no estaba bajo vigilancia constante, y a menudo viajaban a la ciudad para ir de compras o a pasear. Además, pensaba Nabeel, después de tantos años, tenían un sentido especial para saber cuándo los vigilaban.

De todas formas era peligroso verlos, y Nabeel se congratulaba de no tener que hacerlo más que una o dos veces al año. Pero también era un buen trabajo, pues le daba un estatus especial con su jefe.

—No me dijiste si mi hermana seguía comprometida.

—Lo está, señor.

—¿Y ya han puesto fecha para la boda?

—Aún no, señor. Pero pronto lo harán.

O quizá no. En realidad, Nabeel no había preguntado a la familia al respecto, y Hana no le había dicho nada sobre el tema.

Nabeel siempre se encontraba en una posición difícil en estas ocasiones, en Nueva York y en Yemen. Necesitaba ser cuidadoso. Mentir no estaba bien, pero a veces era necesario. Y la verdad a veces no era buena.

La Pantera permaneció en silencio, pensando. No quería preguntarle a Nabeel algo que ya le había respondido tres días antes, ni parecer demasiado preocupado por este tema. Así que no dijo nada más.

Sabía que volvería a ver a su madre, a su padre y a su hermana, y que eso sucedería en Yemen. Ese momento llegaría después de su victoria absoluta. Los vería en Sana'a, en el Palacio del Presidente. El día en que se convirtiera en líder supremo de Yemen. Ese día su familia estaría a su lado para compartir su triunfo. No volverían jamás a Estados Unidos.

La Pantera miró a Nabeel y concluyó:

—Eso es todo.

Nabeel se inclinó con reverencia y salió de la choza.

La Pantera permaneció de pie en la luz temblorosa de la vela, luego la apagó y salió a la noche.

Zuhair y al-Rashid estaban preparando a los soldados para la marcha, y la Pantera los convocó con un movimiento.

Se dirigió a sus dos comandantes:

—Bueno, ya han escuchado a Nabeel. Los norteamericanos están enviando más agentes, y pronto mandarían más, a menos que matemos a los que ya están aquí. Mayor razón para atacar la embajada y el Sheraton —añadió.

El capitán Zuhair pensaba que lo contrario era más probable; cada ataque a los norteamericanos en Yemen aumentaba su número en el país. Los jihadistas, en su opinión, deberían atacar al ejército yemení y a las fuerzas de seguridad, pero Bulus ibn al-Darwish, el Amriki, sentía un odio tenaz contra sus antiguos compatriotas. Sin embargo, el capitán se limitó a asentir:

—Sí, señor.

La Pantera se dirigió a ambos oficiales:

—Vamos a iniciar la marcha.

Los tres hombres se acercaron a los guerreros, y el capitán Zuhair anunció:

—¡Llegó la hora!

Los hombres vitorearon.

La Pantera también se dirigió a sus jihadistas una última vez:

—¡Nos veremos de nuevo, en el infierno de la planta petrolera, entre los cadáveres de los norteamericanos, o nos veremos en el Paraíso!

Los hombres dejaron salir un largo grito:

—¡A la victoria!

El capitán Zuhair y el teniente al-Rashid rindieron honores a su líder, quien los bendijo y bendijo a los jihadistas. Los oficiales tomaron cargo de sus hombres e iniciaron la marcha hacia la planta norteamericana de petróleo.

La Pantera los vio desaparecer en la oscuridad, se dio la vuelta y se dirigió andando hacia los cinco vehículos que aguardaban, llenos de su escolta personal. Se retiraría de este lugar e iría a esperar el resultado del ataque en un campamento beduino cercano. Sabía que era necesario estar en continuo movimiento, no permanecer mucho tiempo en un solo lugar y refugiarse en una cueva en algún lugar techado, fuera del alcance del ojo vigía de los aviones norteamericanos Predator. Por esta razón vestía la túnica blanca y llevaba la barba larga de los beduinos.

Echó una mirada al cielo del desierto. Se veía ciertamente igual a como era en el principio de los tiempos, pero ahora había algo nuevo allá arriba, algo que ya había matado a demasiados de sus compañeros jihadistas. Y era a él a quien buscaban. Al parecer, los norteamericanos habían enviado a un hombre, y quizá también a una mujer, a encontrarlo. Vaya, pensó. No lo encontrarían los Predator, y no lo encontraría

Corey. No podía matar a los aviones no tripulados, pero podía matar al hombre. Y matar a su esposa. Y a cualquier norteamericano que viniera a la tierra sagrada de Yemen para encontrarlo.

Podría ser que los norteamericanos dominaran el aire, pero él, Bulus ibn al-Darwish, dominaba la tierra.

**PARTE IV**  
**Sana'a, Yemen**

## CAPÍTULO DIECISÉIS

A las 2:35 de la mañana, el vuelo de Egyptair comenzó su descenso al Aeropuerto Internacional de Sana'a. El aeropuerto tenía nombre: El Rahaba, que de acuerdo con mi diccionario árabe significaba «Quiero ensalada de fruta». No. Tenía que haber un error.

De cualquier modo, habían pasado ya casi tres horas desde el despegue en El Cairo, y en esa escala el vuelo se había llenado de pronto, sobre todo con hombres jóvenes que probablemente eran trabajadores huéspedes yemenitas, que llevaban un poco de dinero a casa para que sus familias tuviesen algo de comer. Era un país triste.

Kate y yo nos hallábamos sentados en primera clase, y los otros pasajeros de primera llevaban ropa de estilo occidental, pero su aspecto era del Medio Oriente; tal vez fuesen hombres de negocios egipcios o funcionarios yemenitas. Algunos de ellos viajaban con sus esposas, que vestían atuendos tradicionales. La mayor parte de las damas se habían quitado el velo mientras el avión iba en el aire, pero como el aparato había iniciado el descenso, todas habían colocado sus mascaradas y velos en posición totalmente vertical.

Hay que decir que Kate lucía unos pantalones azules sueltos y una blusa que hacía juego, de manga larga y con cuello alto. Buck habría dado su aprobación, aunque llevaba la cabeza sin cubrir; sus cabellos rubios y su bonita cara quedaban del todo expuestos a las miradas de todos los hombres. También debe hacerse constar que se había puesto poco maquillaje.

Por lo que a mi persona se refiere, mi atuendo era el habitual: pantalones *beige*, una chaqueta azul marino y una camisa azul de marca Christian Dior. Christian: ¿les suena?

Mientras descendía el enorme Airbus, me incliné para asomarme por la ventanilla. Era una noche clara y pude discernir unos cerros en la distancia. Bajo el avión se extendían paisajes áridos bañados en la luz azul de la luna. A media distancia pude ver algunas luces dispersas que habrían de pertenecer a la ciudad de Sana'a.

Al traspasar los límites del aeropuerto distinguí la sección militar: dos *jets* de caza con insignias de Yemen y unos cuantos helicópteros cuyas identidades no adiviné, así como un gigantesco avión de carga C-17 de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. La avanzada del imperio.

Tocamos tierra y el avión rodó sobre la pista hasta hacer alto. A continuación, avanzó hasta una posición a unos cien metros de la terminal, donde se detuvo y apagó los motores. Kate dijo:

- No vamos a desembarcar directamente en la terminal.
- ¡A caminar!

—Supongo que hablas en broma, y no le veo la gracia.

Era claro que Kate sufría un poco de ansiedad, por no mencionar su cansancio e irritabilidad después de treinta horas de viaje.

—El país en su totalidad —le dije a Kate— es una broma. Aprende a reírte, si no quieres volverte loca.

No me respondió.

Todos los pasajeros ya estaban de pie, así que me levanté, me acerqué a la puerta de salida, y a través de la abertura miré la terminal, que seguía tal como la recordaba desde mi última visita: un edificio bajo, no mayor que un centro comercial, mal iluminado por tres faroles. Vislumbré las luces de la escalerilla móvil, seguida por un autobús, que se dirigía hacia la sección de primera clase, lo cual me tranquilizó respecto de la posibilidad de que los aldeanos de la parte de atrás se subieran a mi autobús.

Volví a mi asiento, y Kate y yo juntamos nuestras cosas y avanzamos por el pasillo.

La escalerilla hizo contacto sin golpear el avión, se abrió la puerta y aspiré el aire fresco de la mañana que entraba a la cabina. Yemen.

Bajamos la escalerilla y cruzamos la superficie asfaltada para subir al autobús. Los otros pasajeros de primera clase se habían sentado ya, pero Kate y yo permanecimos de pie en la parte de atrás. Kate era la única mujer sin velo, y los hombres, que no le habían puesto mayor atención a bordo del aeroplano, habían fijado los ojos sobre ella, y las mujeres hicieron lo mismo. La atmósfera se sentía como si todos hubiesen estado en una playa nudista, y luego de vestirse y subir al autobús se dieran cuenta de que una de las mujeres aún seguía desnuda.

Hay en el aeropuerto de Sana'a dos puertas; nos detuvimos en la número dos. Dejamos que todos salieran antes y los seguimos. Hasta ahí, todo parecía ir bien.

Dentro de la terminal, los pasajeros avanzaban hacia los puestos de control de pasaportes. A esa hora de la mañana sólo funcionaban dos, y el puesto señalado como VIP, diplomáticos y miembros de la tripulación estaba cerrado. No había nadie en el entorno con características físicas parecidas a las nuestras.

—Quizá tenemos que pasar por migración —dijo Kate.

—Se supone que nos vienen a recoger aquí.

Esperamos. Empezaron a llegar los buses con los aldeanos de la clase turista, y las filas de pasaportes se hicieron más largas. Dos soldados yemenitas con rifles AK-47 nos estaban observando.

—Hay que llamar a la embajada —sugirió Kate.

—Los teléfonos públicos están al otro lado de los puestos de control, y no me voy a formar en la fila de los aldeanos.

—Pero no podemos quedarnos parados aquí.

—De acuerdo, vamos a colarnos entonces.

Me aproximé al puesto de control y me puse el primero en la fila, seguido por

Kate. Nadie interpuso objeciones, y recordé que los yemenitas, pese a sus defectos, solían mostrar mucha cortesía y tolerancia a los occidentales, a quienes consideraban arrogantes y groseros.

Kate y yo nos presentamos ante el empleado de migración y le enseñamos nuestros pasaportes diplomáticos. Miró las visas primero, luego nuestras caras y las fotos de los pasaportes. Por último fijó la mirada en Kate. Todas las mujeres formadas en la fila llevaban velo, así que el fulano de los pasaportes debía ser bueno para reconocer ojos, ¿verdad?

Selló las visas, e hizo ademán de que pasáramos. Algo me hizo mirar hacia atrás —sería el instinto— y lo vi hablando por teléfono.

Antes de alcanzar la puerta doble señalada como salida, un sujeto alto, con barba de dos días y traje arrugado sin corbata, se nos acercó y dijo, sin identificarse:

—Vengan por aquí —y nos señaló un corredor lateral.

—Estamos esperando a alguien de la embajada de Estados Unidos —le dije.

Expresó que entendía, y dijo en tono de impaciencia:

—Sí, sí. El hombre de la embajada es por aquí. Tenemos que examinar sus visas.

Eso me sonaba falso, y no quería abandonar el área pública, aunque daba un poco lo mismo el lugar donde te trataran de arrestar. Pero si permanecíamos allí, podríamos ver a nuestro contacto de la embajada.

—Como usted ha de saber —le indiqué—, viajamos con pasaportes diplomáticos, y nuestras instrucciones nos ordenan esperar aquí, y no podemos movernos de este lugar. Traiga aquí al hombre de la embajada.

Expresó considerable molestia al oírme. A esas alturas, era obligatorio que se identificara y nos pidiera los pasaportes.

—Esperen —nos ordenó, y se fue andando por el corredor.

Los dos soldados con AK-47 se acercaron para hacernos compañía. Los otros pasajeros yemenitas nos lanzaban miradas furtivas al pasar hacia la aduana. Le dije a Kate:

—¿Ya ves lo que pasa por habernos saltado la fila?

—John, ¿qué sucede?

—No lo sé —admití, pensando en que no deseaba quedarme ahí para averiguarlo. Eché un vistazo a las puertas dobles de salida que conducían a los equipajes y la aduana, y me volví a Kate—. Vamos.

—Pero dijo que esperásemos...

—Camina como egipcia —la interrumpí, tomándola del brazo y llevándola hacia la puerta doble.

Llegamos a tres metros de la puerta cuando sonó un grito, y de pronto los dos soldados se nos adelantaron. Nos enfrentamos a los cañones de dos AK-47. Nuestro amigo yemenita había reaparecido, gritando:

—¡Dije que esperar aquí!

—Dijo también que el hombre de la embajada estaba con usted.

—Sí. Aquí está ahora.

—*Mr. y Mrs. Corey*, supongo.

Giré sobre mis talones y vi a un hombre vestido con *jeans* y rompevientos. Era el tipo de la foto: Paul Brenner.

—Disculpen por no haberlos recibido —nos dijo a Kate y a mí—. Estaba hablando con este caballero sobre sus visas.

—Pero en el consulado yemenita de Nueva York —protesté— me aseguraron que no habría cargo alguno por las visas.

Sonriendo, extendió la mano a Kate, y le dijo:

—Paul Brenner. Es un placer conocerla, *Mrs. Corey*. Bienvenida al Paraíso. Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Sí... gracias.

A continuación me dio la mano a mí.

—Su fama lo precede —me dijo.

—Por lo visto —comenté—. Y este payaso, ¿quién es?

Brenner presentó al «payaso» como el coronel Hakim de la Organización de Seguridad Política, o sea, la policía secreta yemenita. El coronel Hakim no nos ofreció la mano, y le dijo a Brenner:

—Necesito hablar ahora mismo en privado con sus colegas.

—Ya le dije, coronel: eso no puede ser —replicó Brenner.

—¿Me está diciendo a mí que no?

—Lo que le estoy diciendo es que, o bien nos arresta a los tres, o bien nos deja ir.

El coronel Hakim se puso a considerar su decisión.

—Usted puede estar presente —le ofreció a Brenner.

—Ésa no es una de las opciones.

Me tocaba a mí en ese punto expresarme como macho alfa, y le dije al coronel Hakim, indicando a los soldados:

—Diga a esos hombres que bajen sus rifles.

Titubeó un momento, y soltó un ladrido en árabe. Los soldados bajaron las armas.

—Hay un problema con su visa y con la de su esposa. Una discrepancia de domicilio. Así que es posible que les pida que se vayan de Yemen.

¿Quién dijo que no existía la Divina Providencia?

—Pero esa decisión no le corresponde tomarla a usted, coronel —le indicó Brenner a Hakim.

Calla, calla, dije para mis adentros, claro que sí le corresponde.

El coronel Hakim se quedó en silencio.

Brenner continuó:

—La embajada presentará mañana una protesta formal ante el ministro de relaciones exteriores. Buenas noches, coronel.

El coronel no respondió. De repente Brenner le tendió la mano, y después de titubear, Hakim se la estrechó.

—Somos aliados en la guerra contra Al Qaeda. Así que basta de jugar sucio. As-salaam alaikum —añadió.

El coronel Hakim aprovechó la oportunidad de conservar su dignidad ante los soldados.

—Wa alaikum as-salaam —replicó.

Yo quise decirle algo de despedida al coronel Hakim:

—Si alguna vez va usted a Nueva York, no deje de avisarme.

De ahí pasamos al segundo círculo del infierno, el área de equipaje y revisión aduanal.

—¿Qué fue lo que pasó? —le pregunté a Brenner mientras íbamos andando.

—Nada más un gesto del gobierno yemenita para reafirmar su autoridad —repuso, añadiendo—: Crean que controlan el país.

—¿Y no es cierto? —inquirió Kate.

—Nadie controla el país —explicó Brenner—. Es por eso que estamos aquí.

Ya, ya. La naturaleza no tolera el vacío. Viéndolo con ánimo más positivo, podría decir que habíamos ido a prestar ayuda.

—La verdad es que las visas dan como domicilio Federal Plaza 26 —le conté a Brenner.

—A esos payasos no les incumbe la dirección de su casa.

—Ya lo veo. En la práctica, nos pasamos la vida en la oficina, de cualquier modo.

Brenner se abrió paso en el laberinto de gente y los carritos de equipaje, diciendo algo en árabe, tal vez: «Disculpen, somos norteamericanos y necesitamos salir de este hoyo de mierda cuanto antes. Gracias, qué amables». Logró hablar con un porteador, que asintió con la cabeza.

La banda de equipaje no daba señal de vida.

—Esto puede tardar un poco —comentó—. A veces, la banda no funciona, y los empleados van trayendo las maletas como pueden. Un pandemónium divertido de presenciar.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunté a *Mr.* Brenner.

—Demasiado.

—Yo también.

Sonrió. *Mr.* Paul Brenner aparentaba unos cincuenta años. Era alto, pero un par de centímetros menos que yo. Apuesto, de complexión fuerte, pelo negro y piel tostada. Bajo su rompevientos llevaba una camiseta con un letrero que luego pude leer: «Prisionero federal». ¡Qué chistoso! Menos chistoso era el cuello de un chaleco de kevlar que podía verse sobre la camiseta. También se notaba un bulto bajo la tela, a la altura de la cadera derecha.

—Tenemos un convoy de tres autos para ir a la embajada.

—¿Armas? —pedí.

—¿Cómo? ¿También quieren armas?

Paul Brenner daba signos de tener sentido del humor. Conozco a alguien que

también tiene ingenio y sarcasmo, pero no por eso nos íbamos a hacer amigos: no hay lugar más que para uno en la cima. No creía que *Mr. Brenner* fuera a formar parte del equipo al que nos asignarían, pero para cerciorarme le pregunté:

—¿Vamos a trabajar juntos?

—Estoy en el Servicio Diplomático de Seguridad. Trabajo para el Departamento de Estado en la seguridad del personal de las embajadas norteamericanas y los visitantes autorizados.

No había respondido a mi pregunta, pero lo dejé pasar, y dije en cambio:

—Suenan interesantes.

Abundó sobre el tema.

—Estaba en el Ejército, como investigador de homicidios. Igual que usted, *Mr. Corey*. Yo era oficial en jefe. Usted, un detective de segundo grado en el Departamento de Policía de Nueva York. Ahora los dos somos civiles, desarrollando nuevas carreras.

—Ya, ya. Sólo que yo no estoy exactamente desarrollando mi nueva carrera.

—Me doy cuenta.

—Ésta es la única carrera que tengo —comentó *Kate*.

*Brenner* la miró sonriendo.

—Lo que tiene es mucha valentía, al venir aquí —dijo.

Ella no replicó, pero para que las cosas quedaran claras, me sentí obligado a hablar.

—Fue idea de ella —le indiqué a *Brenner*.

—Es una misión difícil, pero saldrán adelante —opinó—. Y cuando vuelvan, podrán tener las condiciones de trabajo que pidan.

—Tenemos la esperanza de que después de aquí nos manden a Afganistán —repliqué.

Eso lo hizo reír.

—¿Así que usted estuvo por aquí en agosto de 2001? —me preguntó.

—Sí. Cuarenta días en total. Casi todo en Adén.

—Ya veo. Bueno, desde ese tiempo las cosas se han calentado un poco —explicó—. Al Qaeda está aquí.

—Aquí estaban también cuando yo vine —le informé—. El atentado al *Cole* lo perpetraron ellos.

—Es cierto. Bien, pues ahora andan por todas partes. Si ya era un lugar de riesgo, se ha vuelto más peligroso, aunque parezca increíble.

El típico discurso del veterano para asustar a los bichoños.

—En mis días en Adén —dije—, para salir a comprar el periódico teníamos que echar granadas.

Volvió a reír, y dijo:

—En la embajada de Sana'a disparamos tantos cargadores que tenemos que andar por un mar de casquillos percutidos que llega a las rodillas.

—Por favor —dijo Kate.

Es cosa de hombres, amorcito, dije para mis adentros.

Nos quedamos charlando mientras esperábamos el equipaje, y Brenner le dijo a Kate:

—Por favor, considere lo que voy a decir como una observación puramente profesional. Usted es muy atractiva, y tiene un rostro que, una vez que se ha visto, no es fácil de olvidar.

—Eso nunca ha sido una desventaja para mí —respondió Kate, sonriendo con amabilidad.

—Permítame sugerirle algo —solicitó *Mr. Brenner*—. Debería llevar siempre una pañoleta de buen tamaño, suficiente para cubrirse la cabeza o el rostro. Las mujeres occidentales que residen aquí han encontrado que eso es una manera aceptable de lidiar con el tema del velo.

—Gracias —replicó Kate, con un poco de frialdad.

La banda móvil se estremeció, y los equipajes comenzaron a aparecer saliendo de un hoyo en la pared.

Nunca había visto tal cantidad de cosas en la banda del equipaje: cajas de cartón o de madera, formas raras envueltas en plástico, y algunas de las peores maletas que había visto desde que nos visitó mi tía Agnes de Buffalo.

—Ojalá hayan sobrevivido los pollos que trajimos —dije.

Los yemenitas atacaban la banda móvil como pirañas despojando un cadáver.

Nuestras maletas de primera clase salieron entre las últimas, y Brenner nos preguntó:

—¿Eso es todo lo que han traído?

—El resto del equipaje de mi mujer viene en un barco carguero de gran tamaño que ha zarpado de Nueva York —le informé, haciendo sonreír a Kate, a quien le gustan los chistes sexistas.

El porteador había puesto en su carrito nuestras maletas y el equipaje de mano, y nos dirigimos hacia la zona de revisión aduanal, pero Brenner nos desvió directamente hacia la salida. Un guardia aduanal en uniforme corrió hacia Brenner, pero éste le tendió su pasaporte, del que sobresalía un documento oficial llamado billete de mil riales —aproximadamente cinco dólares—, y el guardia se lo apropió mientras nos indicaba que podíamos pasar.

—En términos de seguridad y revisión —comentó Brenner—, éste es uno de los peores aeropuertos del mundo. No manejan listas de sospechosos, así que la gente de Al Qaeda y otros malos actores pueden ir y venir a su antojo. Además, desde aquí se podría enviar por paquetería una bomba dirigida a alguien en Norteamérica.

—¡Vaya! —exclamé, dirigiéndome a Kate—. ¡Debíamos haber puesto el domicilio particular de Tom Walsh!

Salimos al área general del aeropuerto, desastrada y con poca luz, tal como yo la recordaba. Las pocas tiendas que había estaban cerradas, al igual que la única agencia

de renta de automóviles y el mostrador de la aerolínea yemenita. Vi una señal de buen tamaño que decía, en árabe y en inglés: se prohíbe mascar khat. No estoy inventando. Pero para fumar, al parecer, había tolerancia, pues uno de los soldados tenía en la boca una colilla encendida.

Atravesamos las puertas de acceso al aeropuerto y salimos a la acera, donde había tres autos Toyota Land Cruiser con cristales oscuros. De pie, al lado de cada todo-terreno, había dos hombres con carabinas M4, que sin duda pertenecían también al Servicio Diplomático de Seguridad, muy atentos a todo lo que pasaba a su alrededor, sobre todo los seis soldados yemenitas con sus AK-47. ¿Por qué a todos les daban armas menos a mí?

—Iremos en la del medio —indicó Brenner.

Al acercarnos Kate y yo al vehículo que estaba entre los otros, dos de los hombres del SDS abrieron las portezuelas de atrás y nos trepamos adentro. Brenner se sentó al lado del chofer, mientras los otros guardias agarraban nuestras maletas y se subían al auto delantero y al de la retaguardia.

—Yalla nimshee —le dijo Brenner al conductor, que era yemenita. Según mis recuerdos, quería decir: «Vámonos», y, en efecto, nos fuimos.

—Estos vehículos están totalmente blindados —nos informó Brenner—, y el vidrio es resistente a las balas. Resistente, pero igual hay que agacharse cuando disparen. Atrás hay dos chamarras antimetralla. Sugiero que se las pongan.

Giré y me hice de las dos chamarras, que eran para uso militar, fabricadas para impedir el paso de todo, desde una bala hasta fuego antiaéreo. Ayudé a Kate a ponerse una y yo me puse la otra.

Todo esto resultaba exagerado, pero así había sido recibido la vez anterior, y se consideraba como procedimiento operativo estándar. También podía considerarse una manera como la embajada se cubría la espalda en caso de que algo saliera mal.

Salimos del Aeropuerto Internacional de Sana'a en menos tiempo del que se tarda en decir «Aeropuerto Internacional de Sana'a», y el convoy avanzó por la carretera de cuatro carriles que, sorprendentemente, era de lo más presentable. Era el mismo camino por el que había arribado a Yemen la otra vez, y todo me producía una sensación de *déja vu*, menos el encuentro con el coronel Hakim. Más pertinente resultaba pensar que todo lo sucedido era una buena introducción a Yemen para Kate, que sin duda estaría pensando: «Debí hacerle caso a mi marido».

—La mitad de la diversión consiste en llegar —bromeó Brenner, interrumpiendo mis pensamientos.

No, la mitad de la diversión era que yo dijera los chistes, no él. En fin, competir con otro gracioso era un problema insignificante. Le pregunté a Brenner:

—¿Cuánto tiempo más seguirá usted aquí?

—El mismo que ustedes —contestó—. Todos nos iremos juntos.

Bueno, por lo menos ya iba encontrando piezas de quiénes más estaban en el equipo Pantera.

—Habría que terminar en treinta días —sugerí.

—Pues ahora que ustedes dos han llegado —replicó— es muy posible que así sea.

Todavía yo no le había dado a Kate la buena noticia de que habíamos venido como cebo para la Pantera, así que no podía captar ciertos matices de la situación. Por lo tanto, dijo:

—Eso es muy halagador, *Mr.* Brenner.

—Por favor, llámame Paul —repuso él.

Y a mí que me llamen carne roja.

## CAPÍTULO DIECISIETE

No había mucho tránsito a esa hora —ya eran las 3:55 AM— y avanzábamos con facilidad a unos 120 kilómetros por hora. El conductor yemenita bostezó ruidosamente. Quizá se le había bajado el efecto del khat.

—Éste es Mohammed —nos dijo Brenner—. Le pagamos un dólar la hora por conducir. Dos dólares si no se duerme.

Mohammed se rio, de manera que comprendía el inglés. O tal vez había oído tantas veces el mismo chiste que ya sabía cuándo reírse.

—¿Por qué un conductor yemenita? —inquirí.

—El gobierno yemenita insiste en que, para mejorar la seguridad del convoy, haya al menos un chofer yemenita —explicó Brenner—. En parte es para que tengamos alguien que hable árabe con los idiotas de los retenes, o pedir el auxilio de la policía o el ejército si nos vemos involucrados en alguna situación difícil.

—Eso suena casi plausible —comenté.

—Sí, pero no es sino un pretexto —opinó Brenner—. En realidad, no sabemos para quién trabaja Mohammed. ¿No es así, Mohammed?

—Señor, sólo soy un simple chofer —replicó el aludido.

—Ya, ya. Y yo soy el agregado cultural.

—Así es, señor.

Concluido el intercambio anterior, Brenner se dirigió a nosotros una vez más.

—El único incidente que hemos sufrido sucedió a esta hora.

—Gracias por compartir ese dato —dijo Kate.

—¿Y nuestras pistolas? —solicité.

—Sí, claro. Quieren sus pistolas —dijo, y nos alcanzó una bolsa de lona negra—. Usarán Colt .45 automáticas M1911, modelo A1.

Abrí la bolsa y vi las dos armas de uso militar, una docena de cargadores, dos cajas de municiones, dos fundas para el cinturón y un equipo de limpieza.

—¿Conocen estas pistolas? —inquirió Brenner.

—Estoy calificada para usarla —replicó Kate.

Y tanto, pensé. Muy calificada. De hecho, en una ocasión se había cargado a alguien con una Colt .45 automática.

—A mí me han disparado con esta pistola —le aseguré a Brenner.

—Qué bien. Ahora Kate te enseñará cómo devolver el disparo.

Qué tipo más chistoso.

Verifiqué que las dos pistolas tuviesen cargadores llenos en sus sitios, y balas en la cámara, y que los seguros estuvieran puestos. Puse las pistolas en la bolsa, que dejé abierta entre los dos.

—¿Nos darán rifles automáticos? —le pregunté a Brenner.

—Si necesitan salir de Sana'a o de Adén.

—Ya veo. ¿Cómo va la guerra civil por estos rumbos?

—No lo sé —respondió, y se dirigió a Mohammed—. ¿Cómo va la guerra civil?

—Oh, no lo sé, señor. No sé más que lo que dicen los periódicos.

—El gobierno trata de restarle importancia —nos contó Brenner—, y al parecer los combates se limitan a las regiones al norte de aquí, pero tampoco me extrañaría amanecer un día y encontrar que hay tropas rebeldes en torno a la embajada.

—Pues igual pueden estar ahí cuando lleguemos —observé.

—Creo que si ése fuera el caso, alguien de la embajada me habría llamado.

No hablamos mucho el resto del camino hacia la ciudad, ya que Mohammed estaba oyendo todo lo que decíamos, pero Brenner estuvo enviando mensajes desde su teléfono celular.

—Estoy haciendo mi reporte —nos aclaró.

—Escribe bien mi nombre.

Miró un mensaje de texto y nos dijo:

—Pararemos en la embajada antes de ir a su apartamento.

No le pedí detalles. De hecho, de poco se podía hablar mientras Mohammed estuviese escuchando, y bien pudiera ser que cualquier cosa dicha por Brenner fuera falsa, para el consumo de Mohammed.

En el camino había podido observar cinco retenes militares, aunque ninguno nos había marcado el alto. No me sorprendería que hubieran reportado nuestra posición.

Tanto el vehículo que viajaba adelante como el de atrás se mantenían a un intervalo de unos quince metros, y de cuando en cuando Brenner hablaba con los conductores norteamericanos usando su radio de mano.

Mohammed anunció que necesitaba hacer una llamada por su teléfono celular. «Un requisito de seguridad», le explicó a Brenner. Yo no sabía si éste dominaba el árabe lo suficiente para permitir que el chofer llamara a sus amiguitos para decir algo como: «Eh, Abdul, ¿dónde se supone que era la emboscada? ¿Me pasé de largo?».

—La —le dijo Brenner a Mohammed, que significa no. El chofer se encogió de hombros.

Se terminó la carretera buena y entramos a una zona desagradable de barrios pobres sin señales. No había muchos vehículos ni personas en las calles oscuras, de tierra, lo cual las convertía en sitios ideales para enterrar una bomba.

Brenner cedió a sus impulsos de buen guía y anfitrión:

—Estamos cerca del centro de Sana'a, la vieja ciudad amurallada, que es uno de los lugares que se consideran patrimonio de la humanidad, con edificios aún en pie construidos hace más de mil años —nos informó—. Sin embargo, la ciudad se extiende por fuera de la muralla, y la población alcanza casi los dos millones de habitantes, la mayoría de los cuales viven en zonas miserables como ésta, sin drenajes ni agua corriente.

Supuse que el todoterreno no era a prueba de gases, pues se notaba un aroma de

intensidad suficiente para penetrar la carrocería a prueba de balas. La buena noticia era que cualquiera podía tirarse un pedo sin que nadie se diese cuenta.

—Si tenemos tiempo mañana —ofreció Brenner— les mostraré la parte vieja de Sana'a.

—Eso sería de lo más agradable —dijo Kate.

Durante mi viaje anterior no había tenido oportunidad de ver Sana'a, y no me importaba si de nuevo no veía la ciudad, así que no apoyé a Kate. Pero no dudé que Mohammed ya había tomado nota de esa información, y tal vez ésa era la razón por la que Brenner había hablado así. Es necesario anunciar al cebo.

Dimos varias vueltas que no tenían otro propósito, según yo, que el de variar la ruta hacia la embajada. De hecho, Brenner lo confirmó.

—Nunca tomamos el mismo camino dos veces. Y, si nos disparan, mi primera bala entra en la cabeza de Mohammed —profirió Brenner—. ¿No es así, Mohammed?

Mohammed no dio réplica. Eché un vistazo a Kate y me di cuenta de que estaba tolerando muy bien todo lo que sucedía. Estaba claro que no era el momento de pronunciar la frase: «Te lo dije». Ya vendría la ocasión adecuada.

Habíamos alcanzado la parte oriental de la ciudad, los suburbios sobre las colinas, que eran los barrios de mejor calidad.

—En cinco minutos estaremos en la embajada —anunció Brenner—, a menos que nos tiendan una emboscada. En tal caso, hay que añadir otros diez minutos.

A Mohammed eso le parecía gracioso. Se me ocurrió que todos estaban locos aquí. A lo mejor había venido al lugar correcto, después de todo.

Nos aproximábamos a los muros iluminados del local de la embajada de Estados Unidos. Podían distinguirse varios soldados yemenitas sentados en las barricadas de concreto o relajándose en sillas blancas de plástico.

—Esos sujetos —comentó Brenner— forman parte de una unidad de élite denominada Compañía de Dormilones, parte de la Brigada Perezosa.

—¿Es su día de descanso? —inquirí.

—Todos los días son su día de descanso.

El primer vehículo se detuvo, y uno de los soldados se puso de pie y se acercó pausadamente al conductor.

Los muros de la embajada tenían una altura de unos cinco metros, con la salvedad del área junto a las puertas, donde una sección ornamentada ascendía a diez. En un bajorrelieve sobre la entrada se podía apreciar el escudo de Estados Unidos. Una imagen reconfortante.

—Si el lugar es atacado —nos hizo saber Brenner—, tengo plena confianza en que estos soldados yemenitas darían sus vidas para proteger la embajada norteamericana.

—Ya se les ve medio muertos.

Brenner se rio. Las puertas eléctricas se descorrieron y aparecieron dos marinos

de Estados Unidos con rifles M-16, vestidos con accesorios antibalas y uniformes de batalla, y el primer vehículo ingresó al terreno de la embajada, cuya primera sección es lo que se llama una poterna: un lugar rodeado de muros con otra puerta de acero que se abría al cerrarse la primera.

Nuestro auto era el siguiente, y al pasar a dos marinos más, éstos se pusieron firmes y saludaron. Kate lucía más tranquila. Ella y yo nos quitamos las chamarras antimetralla y las dejamos en la parte de atrás.

Pasamos el segundo emplazamiento de seguridad, desde donde se veía el edificio principal de la embajada —la cancillería— a unos cincuenta metros al final de un camino ancho.

La cancillería era de construcción reciente, y conforme al espíritu de sensibilización cultural, parecía un palacio de sultán de algún parque temático. Arcos grandes, fachada de piedra y muchos detalles laboriosos.

El terreno de la embajada, hasta donde yo recordaba, era de unas tres hectáreas, todas amuralladas. En el lugar había varios edificios auxiliares, entre ellos la residencia del embajador, barracas para la guardia de marinos, residencias para los empleados de la embajada que vivían dentro, y otras estructuras donde se albergaba todo aquello que pudiera resultar necesario si de pronto se cortara el acceso al mundo exterior, incluyendo un generador eléctrico y un tanque de agua. En términos de entretenimiento, había una pequeña sala de cine, una alberca y dos canchas de tenis que además servían de helipuerto. Además, se podía beber alcohol.

La primera vez que puse los ojos sobre este lugar, recuerdo haber pensado: «No está mal, si tienes que vivir y trabajar aquí». Sin embargo, mi memoria también sabía de varios ataques de cohetes contra la embajada planeados por terroristas, y recién me había enterado de que la Pantera en persona era su principal instigador. Ninguna misión en el Oriente Medio es perfecta. En realidad, ninguna misión lo es.

—No veo los casquillos —le comenté a Brenner.

—Es porque los cohetes que nos lanzan los hacen polvo.

Kate se estaba riendo. Al parecer, encontraba gracioso a este hombre. Pero si yo hubiera hecho esa broma, ella habría vuelto los ojos al cielo. ¿Qué pasa con las esposas?

Nos detuvimos frente a las puertas grandes de la cancillería palaciega. Brenner abrió su portezuela.

—Pueden dejar el equipaje en el auto —dijo.

—Llévate las pistolas, deja los pastelillos.

Kate bajó del coche con la bolsa de las pistolas, que enseguida me entregó para que la cargara yo, y seguimos a Brenner, que subía los escalones de un pórtico bajo un arco. Los tres autos todoterreno se alejaron, y pude ver que el equipaje se había depositado en la acera.

—Esta noche la pasarán aquí —nos informó Brenner—. Sólo por si el coronel Hakim estuviese al acecho. Más tarde, se irán al hotel Sheraton.

—¿Por qué no a nuestro apartamento? —inquirió Kate.

—No hay apartamento —aclaró Brenner—. Tal vez no se queden mucho tiempo en la ciudad.

—¿Por qué no? —insistió Kate.

—Tenemos que hablar de muchas cosas.

Ya, ya. Entre ellas, por ejemplo, ¿queremos ser cebo de pantera? ¿O preferimos volver a casa?

Kate y yo seguimos a Brenner, y pasamos al lado de un marino, que se cuadró para saludar. El antiguo oficial militar investigador de homicidios le devolvió el saludo.

El enorme vestíbulo lucía no menos impresionante que hace dos años y medio, lo cual era prueba fehaciente de que se gastaba correctamente el dinero de nuestros impuestos.

En la pared estaba desplegada una gran bandera norteamericana, y también fotografías de la cadena de mando, que empezaban con el presidente y llegaban hasta el embajador del momento, Edmund James Hull, que en su foto sonreía como si le acabaran de informar que podía marcharse de este infierno. En realidad, conforme al sitio web de la embajada, su misión diplomática había concluido. ¡Ya quisiera yo esa suerte!

Mientras atravesábamos el vestíbulo desierto, Brenner nos contó:

—Para su información, es probable que Mohammed trabaje para la Organización de Seguridad Política, la OSP del coronel Hakim. O tal vez para otra oficina, llamada de Seguridad Nacional, que se formó en 2002, después de que John estuviera aquí, para vigilar las principales carreteras, proteger a los turistas en sitios históricos y cuidar las instalaciones petroleras y a sus trabajadores extranjeros en Yemen. La descripción suena bien, pero en realidad son sólo una sucursal de la OSP.

—Tal vez Mohammed no sea su verdadero nombre —especulé.

—La Organización de Seguridad Política y la Oficina de Seguridad Nacional —continuó Brenner con su informe— han sido infiltradas por Al Qaeda desde otros países árabes. El gobierno yemenita sabe todo eso, y no le preocupa. Con estos aliados, ¿para qué queremos enemigos?

Soltar las bombas nucleares contra todos ellos, pensé.

Brenner hizo una pausa, y a continuación dijo:

—Sé que están cansados, pero antes de mostrarles su cuarto, pensé que podríamos tomar una copa. Además, quiero que conozcan a alguien.

—Una copa antes de dormir suena bien —acepté, sin sentirme demasiado seguro de querer conocer a alguien.

Brenner tomó su teléfono celular y envió un mensaje.

—Aquí en la embajada —nos aclaró— puedo usar mi teléfono celular normal, porque tenemos estación y antena seguras en el tejado de la embajada para hacer llamadas. Pero una vez afuera, es necesario usar teléfonos satelitales, que les daré

después.

—Igual que la vez pasada —repuse.

—Claro. Se me olvida que ya estuviste aquí.

—A mí, no.

Mientras esperábamos en el vestíbulo a esa persona, Kate le preguntó a Brenner:

—¿Mi oficina está aquí en el edificio de la cancillería?

—Sí —repuso Brenner—. Casi todas las oficinas están en los pisos segundo y tercero. La oficina del agregado jurídico en Yemen acaba de ser autorizada por un acuerdo estratégico, pero oficialmente no se abrirá hasta dentro de una o dos semanas.

—No serás la primera empleada de gobierno sin nada que hacer —le dije a Kate.

Hablando a Kate, Brenner prosiguió:

—Tu jefe será un hombre que se llama Howard Fensterman, quien llegó hace unos cuantos días. Él es el agregado jurídico en jefe, y tú serás su asistente. *Mr. Fensterman* es, como tú, del FBI.

Ya, ya. Todo el mundo tiene dos sombreros, pero uno se queda en el clóset.

—Tal vez hayan oído o leído que el embajador, Edmund James Hull, acaba de abandonar Yemen, y no hay planes de su regreso.

—Así es.

La versión oficial de su partida hablaba de motivos personales, lo cual puede significar cualquier cosa, desde una diarrea hasta que su esposa se hubiera largado de este hoyo de mierda.

Cuando se encomienda a alguien una pequeña misión diplomática en un país insignificante y atrasado, uno suele conocer a los mandos superiores, que siempre están deseando hablar con cualquiera que venga de Estados Unidos. Aun yo. La otra vez, había conocido a la embajadora anterior, su excelencia Barbara Bodine, que estaba en Yemen cuando el *Cole* fue atacado. Había hablado con ella en dos ocasiones, ahí mismo en la embajada, y en otra más, cuando visitó a los investigadores del caso *Cole* en el hotel Sheraton, y jugó volibol con nosotros en la playa, en *shorts* y camiseta. Una mujer atractiva, y no mala persona, pero terminé por compartir la opinión de algunos, entre ellos varios del FBI, en el sentido de que no había logrado... digamos, manejar bien la crisis del *Cole*. También ella debía de haber llegado a la misma conclusión cuando se fue en agosto de 2001, más o menos al mismo tiempo que yo. En este lugar, la haces o te deshaces.

—No sé —admitió Brenner— para cuándo llegará un nuevo embajador. Hablando con sinceridad, las cosas van mejor para el resto de nosotros cuando el embajador está de vacaciones o se marcha. Tenemos objetivos diferentes.

Ya, ya. La función de los diplomáticos es hacer que las cosas sean agradables. No es igual a la nuestra.

Se me formaba la impresión de que el trabajo de Paul Brenner se extendía más allá de recibir gente en el aeropuerto. Sin duda pertenecía al Servicio Diplomático de

Seguridad, pero, como ya he dicho, todo el mundo en ese lugar tenía otro trabajo aparte del puesto oficial. El segundo trabajo de Brenner, para el cual me sentía seguro de que se había propuesto como voluntario, era la cacería de panteras. Lo que fuese, con tal de salir de la embajada. La cuestión era si podría yo trabajar con dicho sujeto. ¿Acaso tenía otra opción?

Brenner recibió un mensaje.

—Vengan por aquí —nos indicó.

Lo seguimos a través de un conjunto de puertas de vidrio que, según mis recuerdos, conducían a una pequeña terraza techada junto a un jardín.

—Podemos sentarnos aquí —sugirió Brenner—. La noche está agradable.

Eran las cinco de la mañana, más o menos, así que el momento no era nada agradable, pero estaba dispuesto a sentarme donde fuese, con tal de que me dieran esa copa.

En la terraza se veían unos muebles de mimbre, y en una silla había un hombre de espaldas a nosotros. Al acercarnos, se levantó, se dio la vuelta y dijo:

—Bienvenidos.

Estaba oscuro, pero reconocí enseguida esa voz con timbre de colegio particular. Nada menos que *Mr. Buckminster Harris*.

## CAPÍTULO DIECIOCHO

—¡Bucky! —exclamamos Kate y yo, emocionados, abrazando a Buck, y hablando al mismo tiempo. Lo que yo dije, de hecho, fue:

—¿Qué diablos haces aquí?

—Pensé que podía continuar con mi clase —dijo, sonriendo.

—Pero ¿no habíamos terminado? —objeté.

—*Mr. Corey*, uno nunca termina de aprender.

Tomó a Kate de la mano y le dijo:

—Bienvenida. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Bastante bueno, hasta que nos topamos con el coronel Hakim —replicó Kate.

—Ah, sí —reconoció Buck—. El coronel Hakim es como el excremento de cabra: está en todas partes.

¡Vaya! Otro gracioso. Buck vestía una de esas chaquetas blancas de lino que se ven en las películas coloniales inglesas de la década de 1930, y de repente sentí un antojo de comer Kentucky Fried Chicken.

—¿Tomaste el C-17 directo a Sana'a? —le pregunté.

Me respondió, con lujos de retórica:

—Ése mismo: fue un vuelo espantoso. Muy incómodo, y todas las comidas venían en cajas. Y cero alcohol. ¿Acaso nos hemos vuelto musulmanes? Hicieron bien en tomar la ruta lenta.

—Bueno —repose—. Cuando llegue la hora tomaremos la vía rápida para salir de aquí.

—Eso harán.

Me vino a la mente la imagen de restos humanos dentro de una caja en la parte posterior del C-17. Hay que tener cuidado con lo que uno desea. Buck quiso seguir examinando el tema del coronel Hakim, y nos dijo a Kate y a mí:

—Paul me envió un mensaje de texto sobre su demora en el aeropuerto, pero no es razón para preocuparse. Presentaremos una protesta formal.

—Qué bueno —comenté, aunque en realidad me importaba un pepino—. Gracias, para mí un escocés con soda. Creí que nunca iban a ofrecernos algo.

Buck nos invitó a sentarnos y se puso a jugar al anfitrión en un bar con ruedecitas.

—Y a la señora Corey, ¿qué le sirvo?

—Agua para mí, gracias.

Brenner quiso agua, también. Poco hombre.

Buck tenía un vaso con lo que se veía como un *gin and tonic* con lima, pero sin la sombrillita de papel. Las sillas quedaron dispuestas en torno a una mesa de coctel, iluminada con unas cuantas velas. Buck alzó su vaso.

—Por el éxito de la misión —dijo, y todos chocamos vasos.

—Una misión en que yo estaré con ustedes —nos informó Buck—, y también Paul.

*Mr. Buckminster Harris* no tenía aspecto de matón, pero yo sabía que uno se lleva sorpresas. Tal como ya había sospechado, *Mr. Brenner* era parte del equipo.

—Puedo hablar árabe con soltura —explicó Buck—, y tendrán necesidad de eso. Paul habla un poco, pero no le alcanza para sostener conversaciones; apenas para dar órdenes del tipo: «Quítate de mi camino, hijo de cabra».

Tanto Brenner como Harris se rieron, como si ya hubiesen compartido la broma antes. Era obvio que ya se conocían, y que Buck trabajaba aquí, o tal vez viajaba de continuo entre Yemen y Washington, D. C., o Nueva York. Había logrado engañarme en Fed 26, y yo tenía la seguridad de que no sería ésta la última vez que me viera engañado en aquel lugar, pero no iba a tomarlo ya con la misma serenidad.

—Hay en el equipo —siguió Buck— una quinta persona, pero no está aquí esta noche.

—¿Dónde está, quién es y cuándo se nos unirá? —profirió Kate. Buck se le quedó mirando un momento, y luego contestó:

—En este momento no puedo responder tus preguntas.

—Quizá puedas decirnos ahora quién es el jefe —le dije a Buck.

—Yo —aclaró Buck.

—Y ¿puedo preguntar para quién trabajas?

—Para el gobierno de Estados Unidos, *Mr. Corey*, igual que tú.

Nunca falta alguien de la CIA en las misiones de atrapar o aniquilar a alguien en el extranjero, pero ya desde Nueva York me parecía que Buck no tenía la pinta ni el comportamiento de cualquier elemento de la CIA con quien yo hubiese tenido el placer de trabajar o tener cualquier trato, incluyendo al difunto *Mr. Ted Nash*. Ya hablaré de *Mr. Nash* más adelante. De cualquier modo, para salir de dudas, le pregunté a Buck:

—¿Eres de la Compañía?

—No.

Miré a Brenner, que negó con la cabeza. Bueno, yo no era de la CIA, y no creía que tampoco Kate lo fuese, así que, si todo el mundo decía la verdad, entonces se trataba del quinto participante en el equipo.

Quería saber en qué manos iba a poner mi vida, así que le pregunté a Buck:

—¿IDE?

Asintió. La sección de Inteligencia del Departamento de Estado era una suerte de juego de caballeros, así que eso le quedaba bien. Volví los ojos a Brenner, quien me informó:

—Como ya he dicho, pertenezco al Servicio Diplomático de Seguridad. Pero este trabajo me pareció interesante, así que me propuse como voluntario.

Buck se inclinó para acercarse a los demás, y en voz baja musitó:

—Es agradable el fresco de la mañana, pero para hablar con mayor libertad

necesitamos pasar al interior.

¡Vaya! Los muros de la embajada bien podían tener escuchas electrónicas, aunque no lo consideraba muy probable en Yemen. A lo que voy es que no estábamos en la guerra fría, ni los árabes eran los rusos, ni la policía secreta yemenita era la KGB, pero igual se precisaba obedecer los procedimientos de seguridad, y nunca caer en el error común de subestimar a nuestros contrincantes.

Buck se dirigió ostensiblemente a nosotros, pero en realidad hablaba para cualquier oreja.

—Tenemos varias pistas excelentes respecto de la ubicación de seis de los conspiradores del ataque al *Cole* —nos comunicó, guiñando el ojo—. Tenemos fuentes confiables dentro de la Organización de Seguridad Política. Ese coronel Hakim que acaban de conocer en el aeropuerto en realidad está en nuestra nómina.

Todos sonreímos al oír eso. Y si los de la policía secreta estaban escuchando, al pobre coronel Hakim le pondrían electrodos en los huevos antes de que pasara una hora. ¡Ahí tienes tu merecido, coronel!

Ya entrado en gastos, Buck no podía parar.

—También hemos logrado instalar sistemas de escucha dentro del cuartel general de esa organización.

Suficiente, Buck, no había que abusar de la credulidad.

Era claro que el juego le divertía, y nadie esperaba que Buck Harris fuera semejante delicia como engañador, todo un artista de la estafa. Al considerar la edad de Buck, mi instinto me indicaba que el señor académico intelectual de los servicios de inteligencia del Departamento de Estado se había desempeñado como guerrero de la guerra fría; quizá la nueva guerra contra el terrorismo era sólo una manera de ocupar su mente y su tiempo hasta finalizar su carrera. O, como en mi caso, el de Brenner y los de miles de hombres y mujeres después del 11 de septiembre, estaba jubilado y se le había vuelto a requerir bajo contrato para llenar las filas en la nueva guerra.

—¿En qué piensas, *Mr. Corey*? —me preguntó Buck.

—En ti —repuse—. ¿Sabes hablar ruso?

Dijo algo en ruso.

—Impresionante —elogié, aunque no había entendido nada.

—Así es —aceptó—. Cuando en el Yemen de Sur los rusos eran la potencia extranjera, pasé muchos años ahí, observando sus movimientos.

—Ah, entonces seguro que bebiste vodka muchas veces en el burdel de las rusas.

—Es un centro nocturno —corrigió, sonriendo—. No eres tan simple ni tan poco sofisticado como finges ser. En realidad, eres muy brillante y perceptivo.

—Qué perceptivo de tu parte.

—Pero alguien estúpido podría pensar que tú eres de su misma clase, y entonces bajará la guardia y acabará diciendo cosas que debía callar.

—Hay todavía —confesé— más de cien prisioneros tras las rejas que cometieron

ese error. Y varios perdieron la vida por la misma razón.

Eso último era para el consumo de *Mr. Brenner*.

—No lo dudo —comentó Buck—. Cuando se presentó la idea de solicitarte venir a Yemen, había quienes pensaban que quizá no fueras la persona correcta para la misión. Me encargaron, en consecuencia, que evaluara tu aptitud en términos de lo que tendremos que hacer, y por eso nuestra sesión en Nueva York tenía un doble objetivo.

—No me di cuenta de que me estabas entrevistando para decidir si me daban el trabajo —admití.

Buck volvió a sonreír y regresó al tema.

—Di todas las seguridades a los jefes en Washington que conducen la misión de que no solamente posees aptitudes para llevar a cabo las operaciones previstas, sino que no cabía la menor duda de que tu presencia en el equipo haría una contribución muy valiosa, y por mi parte me entusiasmaba el proyecto de trabajar contigo.

—Gracias, señor. Quedo eternamente agradecido por la oportunidad que me brindan.

Creo que Buck estaba harto de sonreír cada vez que yo mostraba mi ingenio, pues me conminó:

—Pues demuéstreme que tuve razón. A partir de ahora, nuestras vidas dependen de los demás del equipo.

—Ya lo creo —asentí.

Y, a propósito, ¿cuándo iban a decirme la *verdadera* razón por la que estaba ahí? ¿No era mi cualidad mayor para esa misión el hecho de que la Pantera quería morderme el trasero?

—Tú —dijo Buck volviéndose a Kate— eres profesional del FBI, y tendrías que haber venido si te lo ordenaran, pero hasta donde entiendo estás aquí por tu propia voluntad, y no hay nada más valioso que el entusiasmo y el buen ánimo.

Ya, ya. Eso vale para las porristas, pero la ocasión era algo más complicada y peligrosa que limitarse a gritar: «¡Vamos, equipo!».

Claro que Buck lo sabía, y para demostrarlo añadió:

—Tu hoja de servicios es de lo más elocuente, e incluye un desempeño espléndido en el caso de la bomba en la embajada en Dar es Salaam, y sé además que has demostrado un alto grado de valentía y compostura en tus acciones bajo fuego, en situaciones de gran desventaja.

Hay que darle crédito a Kate, que se quedó callada, sin siquiera mencionar al sujeto que había eliminado con su Colt .45. Pero seguro que Buck ya sabía de eso.

A continuación, desplazó hacia mí su atención.

—Eres un hombre muy afortunado.

¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué me encontraba ahí?

—A propósito —sonrió nuevamente, con expresión conspiradora—, me pusiste a pensar en los posibles usos medicinales del khat. A lo mejor podremos explorar ese

tema cuando hayamos terminado con nuestros asuntos pendientes.

Brenner se rio. Buck le habría compartido algo de mi despliegue de ingenio en el aula.

—*Mr. Corey*, agregaste sabor a mi clase —me elogió Buck.

—Tu clase, Buck —repuse—, fue como la tortura del agua, pero sin agua.

Todos nos reímos mucho de eso.

Buck miró a Kate y le hizo una observación.

—Tu elección de vestido es adecuada, pero hace falta que uses una pañoleta para cubrirte la cabeza.

Y ahí mismo tenía una. Le ofreció a Kate un paquete envoltorio de papel, y ella lo abrió para revelar una larga pañoleta negra.

—Oh —dijo Kate—, es muy hermosa. Muchas gracias.

—Se llama hijab —agregó Buck—. Está hecha de pelo de camello muy fino, y viene de una tienda aquí en Sana'a que se llama «La Esperanza Está en sus Manos». Se trata de una cooperativa no comercial, que vende artesanía producida por mujeres de todo el país, y el producto de la venta se entrega a las mujeres artesanas para ayudarles a mejorar sus vidas y las vidas de sus hijos.

—Eso está muy bien —aprobó Kate.

—Allí van a comprar siempre que pueden casi todas las embajadas, los expatriados y los turistas —explicó Buck—. Buena calidad, buenos precios y buenas acciones.

¡Vaya! Quise saber algo:

—Y a mí, ¿no me compraste nada?

—Nada. Pero te daré el nombre de la mejor tienda de jambiyahs de Sana'a.

—Gracias. La mía la dejé en casa.

Kate se estaba envolviendo la cabeza en el pañuelo, y Buck se inclinó sobre ella para enseñarle cómo ponérsela dejando una parte larga como cola.

—Para cubrirte la cara —le instruyó— debes sostener la pañoleta siempre con la mano izquierda.

—¿Es esa la costumbre? —quiso aclarar ella.

—No. Es para que tengas la mano derecha libre si tienes que sacar la pistola.

¿Hablabas en broma? No.

—Sana'a es en realidad un lugar bastante seguro —nos tranquilizó Buck—, en comparación con el resto del país. Hay poco crimen en la ciudad y son raros los ataques dirigidos contra occidentales. Sin embargo, suceden casos, y hemos logrado descubrir varias tramas dirigidas a atentar en contra de las embajadas norteamericana y británica, así que hay que mantenerse alerta mientras estén aquí.

—Y, ¿cuánto tiempo pasaremos aquí? —quiso averiguar.

—No lo sé con seguridad.

—Sé que están exhaustos —intervino Brenner—, pero nos gustaría terminar la conversación adentro.

Seguía siendo mi turno de cargar la bolsa de las pistolas, y de ese modo volvimos a entrar al vestíbulo y ahí nos metimos al ascensor, para subir al lugar donde, según sabía yo, se ubicaban las instalaciones para información de alta sensibilidad.

En tales instalaciones, pensé con bastante certidumbre, Buck mencionaría el detalle, hasta entonces omitido, de que Kate y yo no habíamos venido aquí para encontrar a la Pantera, sino para que la Pantera nos encontrara a nosotros.

## CAPÍTULO DIECINUEVE

La instalación para información de alta sensibilidad estaba en el tercero y último piso, en una habitación sin ventanas, a prueba de sonido, forrada de plomo o kriptonita, o algo parecido, resistente a los dispositivos direccionales de escucha y a otros medios electrónicos de espionaje.

La mitad de la habitación, que era grande y tenía poca iluminación, contenía equipos de comunicación y criptología, mientras que la otra mitad, tras una partición de vidrio grueso, estaba ocupada por una mesa redonda y varios escritorios de trabajo.

Una mujer joven estaba ahí, atendiendo al equipo electrónico, y al entrar nosotros se puso de pie y saludó a Buck y a Brenner, nos dijo hola a Kate y a mí, y a continuación cerró la puerta de vidrio que la separaba de nosotros.

En el hotel Sheraton de Adén teníamos una habitación parecida, pero aquélla se había improvisado mediante una tienda forrada de plomo. El mundo de los espías había hecho grandes progresos desde los días en que leer el correo ajeno se consideraba una falta de educación, o se veía como malos modales el que se escuchara a través del ojo de la cerradura, o desde fuera de una casa. Hoy, aun un país de porquería como era Yemen tenían acceso a toda la gama comercial de aparatos de escucha y equipos decodificadores, y el mundo de la comunicación segura se había vuelto un juego. Los norteamericanos teníamos los mejores equipos, pero nunca se podía saber si alguien había logrado fabricar algo más eficiente.

—Aquí podemos hablar con libertad —Buck interrumpió mis pensamientos.

Ya, ya. Excepto, por supuesto, que cada palabra que dijéramos sería grabada.

Brenner habló por el intercomunicador e hizo contacto con los yemenitas en la cocina, y dio su orden en árabe.

Buck entró en el ajo.

—Hay algo sobre esta misión que no se les ha dicho —nos informó.

Permanecí callado.

—O quizá sí les dijeron algo.

De nuevo, guardé silencio. Buck estaba pescando, para descubrir si sabíamos algo. Por mi parte, prefería esperar a ver si en realidad nos iba a decir para qué habíamos ido a Yemen.

Buck miró un momento a Brenner, antes de dirigirse a Kate y a mí.

—Bueno, pues —nos comunicó—. Voy a darles la información completa.

Titubeó un poco antes de continuar.

—Una de las razones por la que fueron seleccionados para la misión es que la CIA tiene conocimiento, o por lo menos la creencia, de que Bulus ibn al-Darwish, la Pantera, querría hacer de ustedes un objetivo de ataque si supiera que han venido a

Yemen.

—En realidad —intervine—, ésa es la *única* razón por la que hemos sido elegidos —le dije a Kate—. La Pantera quiere vengarse por lo del León.

Para asegurarme de que ella me entendía, añadí:

—Somos el cebo para la Pantera.

Kate me miró, y luego a Buck, y por último a Brenner.

—Ya veo —dijo.

—Qué bien —interpuse—. Es eso lo que hace de nosotros los más calificados para la misión. Tal como Tom nos dijo.

Pensó un momento en eso, y enseguida, en lugar de decir: «¡Qué hijo de puta!», me preguntó:

—¿Piensas que Tom ya lo sabía?

Jesusito de mi vida, Kate, tu amiguito es un cabrón mentiroso, pensé. Pero dije:

—Oh... Habría que pensar un poco...

Buck interrumpió mi sarcasmo y exclamó:

—Ninguno de nosotros tiene idea de si lo sabía o no, eso no es pertinente.

No estaba de acuerdo con eso, y lo manifesté a Buck y a Brenner.

—No habría estado mal que Tom Walsh o alguna otra persona nos hubiese puesto al tanto del asunto en Nueva York, para permitirnos tomar una decisión con pleno conocimiento sobre nuestra disposición a actuar como carnada para un terrorista homicida. ¿No les parece?

—Conforme —aceptó Buck—. Pero aquí están ya, y ya saben ahora *por qué* han venido, así que sólo resta que decidan si quieren permanecer aquí, o si prefieren subirse a ese avión de la Fuerza Aérea y volver a casa.

Para ayudarnos a decidir, Brenner intervino con un señalamiento:

—¿Acaso importa tanto quién es el cazador y quién la presa? No afecta mucho la cuestión táctica.

La verdad es que importa mucho para quien está haciendo de presa. Pero pude entender a lo que quería llegar él.

—Correcto. Pero aquí se trata de la veracidad en el momento de proponer un trabajo. No hemos empezado bien.

—No te he mentado nunca —replicó Brenner—, y nunca lo haré.

Nos miramos a los ojos. Mi instinto me empujaba a creerle.

Observé a Kate, pues sabía que estaba enfadada por ser la última en saberlo. En lo que a mí se refiere, ya estaba acostumbrado a que me mintieran los federales, pero a Kate todavía le dolía toda esa mierda de informar sólo lo estrictamente necesario. Se volvió a mí.

—Al parecer, tú ya sabías de todo esto, y sin embargo no me dijiste nada —me acusó.

Yo ya la veía venir, así que repuse:

—Quise que lo oyeras aquí. Y que no viniera de mí.

Asintió, pero ya no me dijo nada.

—Si quieren —intervino Buck— podemos dejarlos solos para que hablen del asunto.

—Todo lo que se dice aquí —le recordé— queda grabado. Mejor que lo oigan en vivo y no se vean obligados a recurrir a la cinta.

—Por favor —intervino Brenner, con impaciencia—, limítense a darnos su decisión. En su corazón ya saben lo que quieren hacer. Basta con que nos lo comuniquen.

No se veía como una decisión difícil. ¿Nos quedaríamos en este peligrosísimo hoyo de mierda para que nos colgaran de un gancho de carnicería y así atraer a la Pantera? ¿O nos íbamos a casa para cenar en un buen restaurante?

También había consideraciones profesionales que eran importantes, sobre todo para Kate; a mí ese tema me preocupaba menos.

El criterio final en verdad se refería a las víctimas del caso *Cole*, a la guerra contra el terrorismo, al cabrón llamado la Pantera, y tal vez a un pequeño desquite por el 11 de septiembre. Cuando se trata sólo de uno mismo, hay que hacer lo que venga mejor. Pero cuando el asunto rebasa lo individual, es necesario decidir por lo correcto, no por lo mejor.

Yo ya sabía a qué había ido, así que dije:

—Cuentan conmigo.

—Conmigo también —dijo Kate, sin titubear.

—Muy bien —aprobó Buck—. No lo lamentarán... En fin, siempre podría suceder lo contrario, pero con suerte y buen trabajo en equipo, será la Pantera quien lamente la decisión que ustedes acaban de tomar, y no solamente sus propios errores.

—Como les dije antes —agregó Brenner—, ahora que están aquí tenemos una buena oportunidad de concluir el caso con rapidez y éxito. Y podré largarme de este lugar.

Y se sonrió. Para no ser menos, Buck habló:

—Yo vengo de Yale, la generación del 65, y en esos días, antes de que Vietnam se pusiera feo y perdiéramos la confianza en nosotros mismos, creíamos en el lema de la escuela: «Por Dios, por el país y por Yale». Bueno, a Yale esto no le concierne, y no sé si a Dios tampoco, pero esto es algo que hacemos por el país. No es para el gobierno, sino para la gente, y por las víctimas inocentes del terrorismo. No existe ninguna otra razón para estar aquí.

Era indiscutible. El sueldo está bien, pero no es suficiente para jugarse la vida. De cuando en cuando es necesario darle de comer al ego, pero el mío ya estaba repleto. La aventura y el peligro eran interesantes, pero eso me tocaba todos los días. ¿Cómo motivar, entonces, a gente como yo? Buck quizá tenía la respuesta, y era algo sencillo, aunque se hable poco de ello: el patriotismo. Pero hay algo más, que no suele mencionarse en la sociedad norteamericana de buenas costumbres, y quise decírselo a Buck:

—No olvides la revancha.

Asintió.

—Con los soviéticos, nunca pensé en la revancha —dijo—. Pero estos días es algo en lo que pienso a menudo.

—La revancha es buena —apoyó Brenner.

—Yo me quedo con lo de Dios y el país —anunció Kate.

El intercomunicador zumbó.

—El desayuno está listo —nos comunicó Brenner—. Podemos revisar el plan después.

Era un alivio saber que había un plan. No estaba seguro de que me fuera a gustar, pero esa clase de planes no suelen ser del gusto de la carnada.

## CAPÍTULO VEINTE

El personal yemenita no tenía acceso al área de información altamente sensible, así que Brenner tuvo que salir para recibir al que venía de la cocina.

Aproveché la oportunidad para preguntarle a Buck:

—¿En qué sentido está *él* calificado para la misión?

—Paul es un veterano de la guerra de Vietnam —me explicó Buck—, en la que participó en dos ocasiones, la primera como soldado combatiente de infantería; la segunda como policía militar. Fue condecorado por valentía, y tiene un título de licenciatura en justicia criminal. También estuvo en el Vietnam de la posguerra, en una misión clandestina. Pero esto último no se debe mencionar.

—Y todas esas cosas, ¿por qué lo califican para esta misión?

Buck hizo un ademán de impaciencia.

—Entiende el trabajo policiaco, igual que tú, y lo que queremos hacer aquí es, en esencia, capturar a un fugitivo de la justicia. Además, Paul ha estado bajo fuego, así que sabe cómo responder en caso de que eso suceda aquí.

—Está bien —acepté.

En lo fundamental, Paul Brenner no tenía más aptitudes para una operación oscura que yo, pero no eran malas aptitudes. Y yo tenía una ventaja especial sobre él: llevaba un blanco de tiro en la espalda. ¿Quién diablos habría armado todo el asunto?

—Creo —propuso Kate— que tenemos un buen equipo.

—De eso estoy seguro —respondió Buck—. Y una vez que hayamos aprehendido a este sospechoso, entonces tú, como agente del FBI que tiene poderes para acciones de arresto, y como agregada jurídica, podrás arrestarlo formalmente en nombre del pueblo y el gobierno de Estados Unidos.

—Tengo muchas ganas de que llegue ese momento —dijo Kate.

También yo las tenía. Llegados allí, podría meterle un balazo en la cabeza y ahorrar problemas a mucha gente.

Brenner había vuelto empujando un carrito en el que había té, café y panecillos recién horneados.

Nos servimos de todo, y Buck nos informó:

—Yemen es donde se origina el café mocca.

Volviéndose a mí, inquirió:

—¿Qué te parece?

—Es probable que la semana pasada estuviera bueno.

Nos habíamos sentado de nuevo, y Buck se puso a hablar del trabajo.

—Voy a describir algo de lo que tenemos pensado, pero el quinto miembro del equipo es quien tiene los detalles del plan.

¡Vaya! Si era un plan de la CIA —y sin duda lo era—, entonces lo más probable

es que fuera excesivo en términos de planeación, pensamiento y complicación. Pero yo quería mantener una mente abierta. Sólo me preocupaba que el plan dependiera demasiado de las actuaciones de *Mr.* y *Mrs.* Corey como carne roja.

—Primeramente —expuso Buck—, tenemos la certeza de que Bulus ibn al-Darwish está en algún lugar de Yemen. Por eso estamos aquí. Lo que no sabemos es si él está enterado de la presencia en el país de John Corey y Kate Mayfield, famosos por el caso del León. Tampoco podemos estar seguros de que la Pantera atentaría contra sus vidas si se enterase de que ustedes están aquí. Sin embargo, basándonos en la información de la CIA, aceptaremos esas suposiciones.

—En lo que se refiere a que la Pantera sepa que ustedes están en Yemen —intervino Brenner—, los nombres de todos los norteamericanos que llegan al país por cualquiera de los puertos de entrada son mercancía vendible, y la demanda es mayor para estadounidenses que viajan con pasaporte diplomático. Desde luego, esos nombres van a dar al gobierno, y a la policía local, y a la Organización de Seguridad Política. Ya expliqué que la OSP ha sido infiltrada por miembros y simpatizantes de Al Qaeda. Por eso, la cuestión de que Al Qaeda sepa que ustedes ya están aquí no es problema.

A mí sí me sonaba como un problema. Sin embargo, así estaba diseñado a propósito.

—Suponemos y esperamos —prosiguió Buck, volviendo a la jugada— que los operadores de AQPA, o sea, Al Qaeda en la Península Arábiga, sean lo bastante competentes para identificar a los recién llegados John Corey y Kate Mayfield como personas a quienes les gustaría matar.

—Eso espero, por Dios.

Esta vez hasta Kate se rio. Como ya he dicho, es mejor reírse. A Kate se le había ocurrido una buena pregunta:

—¿No han pensado que la gente de Al Qaeda puede sospechar que estamos tendiendo una trampa para atraer a la Pantera?

—Los dos tienen una buena pantalla y razones plausibles para estar en el país —nos recordó Buck—. John ha vuelto para continuar con las investigaciones del caso *Cole*. Kate ha sido asignada a la nueva oficina de Asuntos Jurídicos. No tiene nada de extraño asignar a marido y mujer al mismo destino en el exterior, cuando es posible. Esperemos que Al Qaeda no recele y acepte esa explicación.

—Es demasiado simple —opinó Kate, que no estaba convencida. Buck se puso filosófico, o quizá metafórico, y se lanzó a una exposición.

—¿Sabe acaso la pantera o el león que la carne es una trampa? —preguntó retóricamente, y se respondió él mismo—. A un nivel instintivo, tiene que saberlo. ¿Han visto esos documentales en que un felino grande se acerca a un cebo vivo, a una cabra o a un cordero amarrados? No se abalanza sobre su presa. Se acerca con precaución, acechando. Pero lo que importa es que a fin de cuentas se lanza sobre el cebo. Una y otra vez. ¿Por qué? Porque tiene hambre, y porque está muy arriba en la

cadena alimenticia, porque es fuerte y porque tiene confianza en sí mismo.

Buck hizo ahí una pausa.

—Y para entonces, ha caído en la trampa —sentenció—. O está muerto.

—¿Qué pasa con la cabra? —inquirí.

—¿A quién le importa? —repuso Buck—. Se puede sacrificar a una cabra. Pero no a la gente. Ustedes siempre estarán cubiertos. Lo más importante es que los dos son muy capaces de pensar y defenderse. Eso no pueden hacerlo las cabras ni los corderos.

—¿Estamos a tiempo para tomar ese vuelo de regreso? —pregunté, mirando el reloj.

Buck lo tomó a broma, sonrió y no dijo nada. Brenner se dirigió a Kate y a mí.

—Tienen libertad para modificar cualquiera de los planes definitivos si les parecen demasiado riesgosos.

Eso no había ni qué decirlo. Además, tenía la idea de que a la CIA le parecería aceptable que la Pantera se comiese a la cabra si a fin de cuentas lograban atraparlo. ¿Paranoico? Quizá. Pero ya nos habían mentido, y las mentiras y las cucarachas tienen algo en común. Cuando descubres una, significa que hay más.

—En Yemen, Al Qaeda tiene, como nosotros, una cantidad limitada de gente —siguió Buck—, unos cuatrocientos o quinientos miembros dispuestos a todo. Pero cuentan con miles de simpatizantes y partidarios activos, algunos dentro de la OSP y también en el ejército, en la policía y probablemente en el gobierno.

—Nosotros —quise saber—, ¿cuántos simpatizantes y partidarios tenemos en Yemen?

—Dos —repuso Buck—. La señora que maneja la tienda de artesanías y el hombre que me corta el pelo, aunque no estoy del todo seguro sobre este último.

Buen chiste, Buck.

—Como ya les conté en Nueva York —continuó Buck—, entre la población en general no hay actitudes de animosidad contra los occidentales o los norteamericanos. Pero no esperemos ningún auxilio de parte del ciudadano promedio, a menos que sea un judío o un cristiano. También es posible alquilar a corto plazo algunas tribus, con fecha de expiración desconocida.

Brenner abundó:

—Los jeques y otros líderes tribales casi siempre son clientes del gobierno saudí, y todos nuestros convenios y nuestros pagos con las tribus deben pasar por la familia real saudí. Los saudís son aliados nuestros, y han sido útiles, excepto cuando no lo son.

—Como dije en Nueva York —nos recordó Buck—, respondiendo a una pregunta de Kate, a las tribus no les agrada Al Qaeda, y ése es un sentimiento correspondido. Sin embargo, algunas tribus han aceptado ocasionalmente dinero, o favores, de Al Qaeda, de modo que no podemos confiar siempre en ellas.

—Esto suena a que las tribus forman parte del plan —observé.

—Tienen que formar parte —aseveró Buck—. Controlan la mayor parte del territorio.

—¿Eso significa que iremos a los territorios tribales? —inquirió Kate.

—Tal es el plan —aceptó Brenner—. Las fuerzas de seguridad del gobierno tienen poder en las ciudades y los pueblos, y no queremos que interfieran en nuestras actividades, ni es deseable enzarzarnos en una balacera con Al Qaeda dentro de una situación urbana complicada. En los territorios no urbanos tenemos la ventaja del apoyo de las tribus, o al menos su neutralidad. Tenemos también una ventaja importante. Los drones Predator armados con misiles Hellfire.

Ya, ya. Siempre había pensado que íbamos a actuar en Territorio Indio, pero pregunté:

—¿Cómo sabemos que la Pantera va a querer enfrentarnos en esas condiciones?

—Eso no lo sabemos —contestó Brenner—, pero si es cierto que anda tras ustedes, acudirá a donde estén.

—Estamos en Sana'a —le recordé.

—Ya comenté que no nos quedaremos en Sana'a —aclaró Brenner—. En uno o dos días tomaremos la carretera a Adén, y con un poco de suerte habrá problemas en el camino.

A mi modo de ver, la idea de buena suerte que tenía Paul Brenner no era igual a la mía.

—No sé con seguridad —intervino Buck— si la Pantera personalmente dirigiría un ataque frontal contra nuestro convoy, pero es posible que lo intente. También es posible que capturemos a alguien que sepa dónde está.

Ya, ya. Tú pones el agua, yo el trazo<sup>[1]</sup>.

—Tampoco sabemos —continuó Buck— si lo que la Pantera quiere es matarlos o capturarlos. Matar es más fácil, pero capturar a ambos será un gran golpe para Al Qaeda y la Pantera. Una enorme humillación para Estados Unidos.

—Para no mencionar lo inconveniente que resultaría para Kate y para mí —observé—. Se ve que han pensado en lo que podría suceder, pero no he oído un plan de operaciones basado en información concreta.

—Como he dicho —repitió Buck—, el quinto miembro del equipo nos la dará.

—Está bien.

—Según tengo entendido —añadió Buck—, tu carácter, *Mr. Corey*, no se orienta hacia la planeación. Se dice que lo tuyo es disparar desde la cintura y hacer planes sobre la marcha. Así que no debiera preocuparte demasiado el tema de los planes detallados. La verdad es que ésa fue una de las razones por las que se te invitó a participar en esto.

—Ya veo —respondí, pensando que otra de las razones era la misma por la que siempre invitan al pavo a las cenas de acción de gracias.

Quise añadir algo más:

—Soy flexible.

Para variar, Kate estuvo de acuerdo con su marido.

—John tiene gran talento para entender una situación y cambiar de táctica en un instante. Sólo que a veces las reglas son flexibles para él.

¡Ésa es mi chica!

Brenner y Buck habían tomado nota de eso sin decir nada. Brenner retomó la palabra:

—No queremos dirigir esta operación desde la embajada, porque eso crearía problemas. La base de operaciones estará en Adén. Desde ahí iremos adonde pensemos que tenemos que ir. Además, en Adén Al Qaeda tiene muchos ojos y oídos —me advirtió, mirándome—. Tú has de acordarte de eso, y las cosas apenas han cambiado. A lo que voy es a esto: en cuanto nos registremos en el Sheraton de Adén, la Pantera lo sabrá. Asimismo, se supone que la investigación sobre el *Cole* debería llevarte a Adén.

—Entendido.

Dedicamos diez minutos a aclarar los detalles del plan, y a pesar de la falta de sueño, me sentía muy despierto. Quizás era el efecto del café mocca. O sería el tema. Hablar de la guerra es como hacer la guerra, algo que provoca que cuerpo y mente se concentren como en ninguna otra situación, con la posible excepción del sexo.

Se me ocurrió que tanto Buck como Brenner, gracias a la CIA, debían saber algo que yo ignoraba; por ejemplo, información concreta interceptada a una radio, o a un teléfono satelital, o sacada de algún delator o de algún detenido que hubiese sido vigorosamente interrogado, y que en realidad los de Al Qaeda ya sabían que Kate y yo estábamos en Yemen, y que por lo tanto la Pantera atacaría.

También se me ocurrió que la solicitud de nuestras visas hecha por el Departamento de Estado —aun antes de que nosotros supiéramos del viaje a Yemen — era el gatillo que había disparado ya varias acciones de Al Qaeda, mucho antes de que aterrizáramos en el aeropuerto de Sana'a. En todo caso, no se consideraba necesario por el momento compartir con el señor y la señora Corey la información obtenida por la CIA. Además de que la información que poseyera la Pantera sería compartida con nosotros en el lugar y la hora elegidos por él.

Buck y Brenner habían llegado al final de la sesión.

—Han de estar agotados —dijo Buck, sonriendo—, y les agradezco su atención. Espero que haya resultado más interesante que la clase que les di en Nueva York.

Le confirmé que ése era mi parecer, salvo en lo que respecta a la información sobre el khat.

—Hay algo que me inquieta —advertí, antes de retirarnos a nuestros aposentos—, y es Bulus ibn al-Darwish. No nos hemos enfocado sobre él, y trato de pensar por qué un musulmán nacido en Norteamérica abandona su patria. A lo que voy es a que en el mundo casi todos los desertores se fugan a Norteamérica, ¿verdad? ¿Cuáles son los motivos de este sujeto? ¿Qué problema tiene?

—No sé —admitió Brenner—, y tampoco me importa saberlo. Cuando lo

metamos a una sala de interrogatorios, podrás preguntarle.

—Llegados a ese punto, habrá dejado de importarme —repuse—. Pero si supiéramos *ahora* por qué razón se ha vuelto contra su propio país, y lográramos meternos un poco en su cabeza, eso nos ayudaría a predecir sus acciones, y sabríamos algo sobre sus puntos fuertes y débiles.

—De hecho —nos informó Buck—, la CIA ha construido su perfil psicológico que examinaremos a la brevedad. Eso nos puede resultar útil.

—¡Qué bueno! —exclamé, pensando que se necesita un loco para conocer a otro loco. No que yo diga que los de la CIA estén locos. ¿O sí?

—¿Estás al tanto de que sus padres —me preguntó Buck— han interpuesto una demanda en un juzgado federal para que su hijo sea eliminado de la lista de ejecuciones de la CIA?

—Sí.

—Ésa es una de las razones por las que es necesario hacer todo lo posible por atraparlo vivo —dijo Mr. Brenner.

En realidad, pensé, era una buena razón para aniquilarlo con rapidez, antes de que interviniese algún juez federal.

Miré a Brenner, que me señaló el techo para recordarme que la conversación estaba siendo grabada. Enseguida se pasó el dedo por el cuello con un movimiento de degollar.

Las grandes inteligencias piensan de manera similar. Me empezaba a caer bien este tipo.

## CAPÍTULO VEINTIUNO

Brenner nos explicó que la casa de huéspedes de la embajada estaba llena pero que podríamos pescar unas horas de sueño en el edificio de la cancillería antes de ir al Sheraton, y nos condujo a una recámara situada en el segundo piso, donde ya habían puesto nuestras maletas.

—Nos vimos en la necesidad de convertir varias de las oficinas de la cancillería en dormitorios —expuso—. Si el nivel de amenaza sube, se requiere que los empleados de la embajada que tienen viviendas fuera del terreno del edificio se muden adentro, así que andamos apretados por ahora, mientras pasan las tormentas.

—¿Por eso está llena la casa para huéspedes? —adiviné.

—En efecto.

Siendo así las cosas, era mejor irse de Sana'a. Lo malo consistía en que iríamos a Adén.

La verdad es que la habitación estaba dotada de suficiente confort para cualquier empleado de la embajada obligado a refugiarse deihadistas psicóticos. Dos estrellas.

—El baño está al final del pasillo —indicó Brenner.

Corrijo: una estrella.

—Hoy por la tarde se registrarán en el Sheraton de Sana'a —nos contó Brenner—. Es un lugar muy bien vigilado, y estarán mucho más cómodos que aquí.

—Además —completé—, a ustedes les conviene ponernos ahí para ver si captamos la atención de la persona que andamos buscando.

—Correcto —aceptó, y siguió informándonos—. Más tarde les daré sus teléfonos satelitales, pero entre tanto pueden utilizar libremente el teléfono de la habitación. Les advierto que se graban todas las conversaciones telefónicas, por razones de seguridad, y que la OSP también las graba, con otra finalidad. Y, antes de que me hagan la siguiente pregunta, contesto: en su habitación no hay bichos electrónicos de espionaje; sólo bichos de verdad.

Sonrió. Le creí, porque si Kate y yo descubriéramos algún dispositivo de escucha en nuestra recámara, ahí mismo terminaría nuestra estancia en Yemen.

—¿Tú vives en la embajada? —preguntó Kate.

—No. Vivo en un apartamento cerca de aquí.

—Y, ¿te quedas ahí aunque aumente el nivel de alerta?

—Prefiero jugármela con terroristas —confesó, sonriendo— que vivir con gente del Departamento de Estado.

Igual que yo.

—¿Vives tú solo? —interrogó Kate.

Brenner la miró un instante, y replicó:

—Solo.

—Perdón. No es mi intención hacer preguntas personales.

—Las siguientes semanas o meses —la tranquilizó— vamos a enterarnos de muchas cosas sobre cada uno de nosotros. En Estados Unidos tengo a alguien.

Enseguida cambió de tema, y dijo:

—Si les parece bien, nos vemos en el vestíbulo, digamos que a las once AM. ¿De acuerdo?

Kate y yo estábamos de acuerdo.

—Hay un servicio religioso ecuménico a las once en el salón —nos informó—, en caso de que quieran asistir.

Kate dijo que eso le parecía bien, mientras yo trataba de pensar en alguna razón por la que a mí no.

—Pueden decidirse cuando hayan despertado —nos recomendó Brenner—. Bajen con sus maletas, y nos iremos al Sheraton, y si tienen ganas podemos dar un paseo por la ciudad.

Sonrió, agregando:

—Con un poco de suerte, alguien intentará matarnos o secuestrarnos.

Sobre todo, pensé, si Mohammed ya fue con el chisme. Tal vez no fuera tan mala idea decidirse por ir a la iglesia.

—Sana'a es una ciudad bastante segura —nos volvió a decir—. Pero habrá que traer armas.

Ni para qué decirlo. Brenner añadió un consejo más:

—Si suena la sirena de alarma, bajen de inmediato al sótano.

—¿Hay cata de vinos?

Le pareció muy gracioso. Creo que le iba sacando una pequeña ventaja.

—Allá abajo hay una habitación protegida. A prueba de explosivos. Usen las escaleras, no los ascensores, y acudan de inmediato, tal como estén. Sólo traigan sus pistolas.

Nos dio instrucciones —seguir a todos los demás— sobre cómo encontrar la habitación protegida, nos deseó que durmiéramos bien y se fue.

Una vez solos ella y yo, Kate me habló:

—No sabía qué esperar aquí, pero te aseguro que esto, no.

—¿O sea?

—No sé... Supongo que no entendí la situación en términos de seguridad.

—Claro que ya lo sabías.

—Quizá... También creí que viviríamos en un apartamento, y que yo iba a tener mis horas de oficina...

—En realidad —le recordé— no has venido como agregada jurídica.

Asintió, y dijo:

—Qué sorpresa encontrarnos a Buck aquí, y qué sorpresa enterarme de que somos el cebo de la Pantera.

—¿De verdad?

—Quizá no tanto —admitió—. ¿Cómo lo supiste?

Estaba casi del todo seguro de que la habitación no tenía escuchas electrónicas, pero no quise decir «Al Rasul».

—Lo deduje solo —mentí, aunque en parte era la verdad—. Y tú también.

Volvió a asentir en silencio. Enseguida quiso saber algo.

—¿Qué opinión tienes de Paul?

—Creo que es el principio de una bella amistad.

—A mí me cae bien, y me inspira confianza.

—Vamos a ver qué tal se portan él y Buck con el tipo de la CIA. Ahí puede cambiar el juego.

—Tus experiencias previas con la Agencia —me aconsejó Kate— no debieran crearte prejuicios.

—En absoluto. Tengo una mentalidad abierta a los milagros.

Saqué las dos Colt .45 de la bolsa.

—¿Cuál quieres? —le pregunté a Kate.

—Son iguales, John.

—Iguales no, tienen números de serie diferentes.

No contestó, así que tiré las pistolas a la cama.

Kate paseó la mirada por el cuarto y finalmente la puso en la ventana. El cielo iba clareando.

—Veo la ciudad desde aquí —dijo ella—. Estamos en una loma.

—¡Vaya!

En las lomas de los alrededores había sujetos con morteros y lanzacohetes que podían hacer blanco en un enorme terreno como el de la embajada con los ojos cerrados.

Como si me estuviera leyendo la mente, Kate inquirió:

—Si oigo la sirena, ¿quieres que te despierte o prefieres que te deje dormir?

¿Acaso se necesitaba un gracioso más?

—Las explosiones me despertarán —contesté.

Fui hacia el teléfono en la mesita de noche y alcé el auricular.

—¿A quién llamas? —preguntó Kate.

—A Tom.

—Son más de las once de la noche allá —me señaló, mirando su reloj.

—El FBI nunca duerme.

Marqué cero y me contestó el operador de la embajada. Le di el número del teléfono celular de Walsh, y me dijo:

—No es una línea segura.

—Ya, ya.

El operador marcó, y me contestó el correo de voz de Tom Walsh.

—Tom, habla John. Pensé que estarías despierto esperando mi llamada. Bien, tal vez ya te contaron que hemos llegado. ¿Qué crees que hemos descubierto? No puedo

decírtelo, porque no estoy en una línea segura, pero ya sabes a qué me refiero. Alimento para gatos, Tom. Esto es emocionante, y te quiero dar las gracias por esta gran oportunidad.

Sentí un impulso de desordenarle la cabeza, y agregué:

—Estamos pensando en tomar el próximo vuelo para ir a darte las gracias en persona. No le des a nadie nuestros cubículos.

Colgué.

—¿Crees que eso era necesario? —me confrontó Kate.

—Tom dijo que deseaba noticias nuestras.

—Ya no tenemos ningún asunto con Tom —me recordó—, y viceversa.

—Pero ésta fue una llamada personal.

Ahí dejó Kate el tema. Empezó a desnudarse, y yo seguí su ejemplo. En la habitación no parecía haber ningún clóset, así que dejamos la ropa sobre un sillón y yo puse una pistola en cada mesilla de noche.

Agotada, Kate se dejó caer en la cama, desnuda.

—¡Tenemos que quemar esta ropa! —exclamó—. Y además necesito una ducha.

—Al final del pasillo —le recordé—. Pero si suena la alarma, tendrás que ir tal como estés a la habitación protegida.

—Eso sería divertido —opinó, sonriendo.

—¿Está dura la cama? —le pregunté.

—No.

—Pues yo sí tengo una cosa que se ha puesto muy dura.

—Oh, cielos... ¿Cómo puedes pensar en sexo en un momento como éste?

—Qué pregunta más bobá viniendo de una dama desnuda.

Volvió a sonreír y me hizo un ademán de subir a bordo.

## CAPÍTULO VEINTIDÓS

Con la mejor ropa de domingo, Kate y yo bajamos al vestíbulo llevando nuestras maletas, Kate con un traje-pantalón color canela, y yo con pantalones de kaki limpios, chaqueta negra y otra camisa de Dior. ¡Avante, Christian!

De calzado, ambos llevábamos zapatos negros para correr: signo de la guerrilla urbana. En plan de accesorios, nos habíamos adornado con nuestras Colt .45: Kate se había puesto la suya bajo su amplia chaqueta, y la mía iba discretamente guardada en la funda del cinturón. Kate llevaba además su pañoleta negra sobre los hombros. Mi vestuario quedaría completo en cuanto me comprara una jambiya.

En el vestíbulo ya nos esperaba Paul Brenner, vestido con su rompevientos azul, unos pantalones negros y una camisa deportiva, y con él había otro hombre, un sujeto que aparentaba poco más de cuarenta años, con bigote y traje oscuro, quien pensé que podría ser nuestro elemento de la CIA. Pero Brenner me aclaró:

—Les presento a Howard Fensterman, el nuevo agregado jurídico.

Kate y yo le dimos la mano a *Mr.* Fensterman, que le dijo a Kate:

—Qué gusto trabajar con usted.

—Es emocionante abrir la nueva oficina —replicó Kate.

Así que a lo mejor Kate iba a ser la nueva asistente jurídica, y yo me iría a Adén para integrarme a la investigación del *Cole*. Genial: eso era mejor que funcionar de cebo de pantera.

Sin embargo, *Mr.* Fensterman nos sacó de dudas.

—Yo le proveeré toda la asistencia jurídica y legal que necesite para su misión en Yemen. Estoy a sus órdenes si necesita llamarme cuando se haya ido de Sana'a, ya sea si necesita aclaraciones sobre procedimientos legales o cualquier pregunta.

—Muchas gracias —dijo Kate.

¡Vaya! ¿Acaso tenía George Patton un abogado entre sus subordinados? Por favor, licenciado, ¿puede ya el Tercer Ejército cruzar el Rin? ¿O seguimos al pendiente de una opinión jurídica?

*Mr.* Fensterman, que había pedido que lo tratáramos sin formalidades y lo llamásemos Howard, continuó:

—Me encuentro trabajando de cerca con los departamentos de Estado y de Justicia respecto de los procedimientos de extradición, y sigo los pasos de la demanda interpuesta por los padres del acusado en tribunales.

Quise intervenir:

—Abrigo la esperanza de que puedas cubrirnos el trasero si tenemos la mala fortuna de que el acusado encuentre un fin imprevisto en el trámite de arrestarlo.

—Eso habrá de ser atendido en caso de que suceda y en su momento —repuso Fensterman—; resulta un poco complicado, ya saben, se trata de un ciudadano

norteamericano, que tiene derechos constitucionales.

—Indudable —asentí, sabiendo que llevaba en la cintura el remedio para todos esos problemáticos derechos.

—Voy a asistir a los servicios religiosos en el salón —nos comunicó Howard—. ¿Gustan acompañarme?

—No, gracias —repliqué—. Estamos armados y somos paganos.

—Eso no importa —nos tranquilizó Howard—. Yo soy judío.

¿¡Vaya!?

—El viernes por la noche —nos relató Howard— fui a una de las mezquitas que permiten la entrada a los no creyentes. El sábado asistí a los servicios rituales en casa de un judío yemenita. Así que hoy resolví asistir a un ritual cristiano aquí en la embajada.

—¿Eres persona espiritual? —le pregunté, mientras pensaba: ¿o quizá confusa? ¿O nada más quieres cubrir todas las bases?

Respondió:

—Las tres religiones tienen mucho en común. Además, he de confesar que me aburro.

Siempre está el khat para esos casos.

Howard, en realidad, deseaba ir acompañado, y además quería enseñarle a Kate la oficina al concluir los servicios religiosos. Ella prefirió no desilusionar a su nuevo jefe, y Brenner no tenía demasiada prisa en llevarnos al hotel, así que Kate, yo y Brenner acompañamos a Howard al salón.

Era un cuarto muy grande, donde habría unas cincuenta personas: empleados de la embajada y sus cónyuges, y diez marinos en uniforme. Todos se encontraban sentados en sillones o sillas plegadizas, e iban bien vestidos. Los contribuyentes fiscales de Norteamérica habían aportado las flores que adornaban el salón.

El predicador, o lo que fuese, estaba de pie frente a un atril, vestido con un traje azul celestial. Saludó a la congregación al tiempo que se presentaba como Ed Peters y añadió:

—Es siempre un placer ver caras nuevas, y qué alegría ver aquí a *Mr.* Brenner.

Mientras buscábamos dónde sentarnos, vi a Buck arrellanado cómodamente en un sillón, aún vestido con la chaqueta blanca. Encontré una silla plegadiza en la parte de atrás, en la cual había un programa en fotocopia que sólo tenía ¡a Dios gracias! cuatro páginas.

*Mr.* Peters dio comienzo al evento:

—Doy la bienvenida a todos los que no se despertaron a tiempo para asistir a los servicios de la embajada británica.

Se oyeron algunas risas.

Se me ocurrió la idea de que tal vez la mitad de los que estábamos ahí jamás íbamos a la iglesia en nuestro propio país, pero al estar en tierras raras le brotaba a uno la religión. Pudiera originarse también en el puro deseo de acentuar la diferencia

entre nosotros y la gente que vivía más allá de los muros de la embajada. Nada mal para mis poderes de análisis profundo.

A continuación, *Mr. Peters* nos pidió ponernos de pie y cantar el himno «Rock of Ages», cuya letra estaba impresa en el programa. Había un piano de media cola en el salón, y una dama con vestido estampado de flores andaba haciendo cosquillas a sus teclas.

Desde donde yo estaba, veía a Kate parada junto a una ventana, y lucía angelical, cantando ahí en la luz del sol con un resplandor poscoito.

Buck cantaba sin leer el programa, mientras Howard ejecutaba el himno a plena voz, como si se tratase de una audición para coro de iglesia. Brenner estaba a dos sillas de distancia de mi lugar y movía los labios como si estuviera leyendo un cartel de optometría. En cuanto a mí, me limité a tararear la melodía.

Por fin, acabamos de cantar, y entonces *Mr. Peters* leyó un texto del Antiguo Testamento, el primer libro de los Reyes: *Cuando la reina de Saba supo de la fama de Salomón ... acudió a él ... para ponerlo a prueba con las preguntas más difíciles. Y mi parte favorita: El rey Salomón amó a muchas mujeres extrañas. Y del Nuevo Testamento, Mateo: Se oirán noticias de guerras y rumores de guerras.*

Cantamos otros dos himnos y recitamos dos oraciones. A continuación, *Mr. Peters* pronunció una prédica o un sermón sobre los sacrificios que todos estábamos haciendo al servicio del pueblo norteamericano y sobre los tiempos difíciles en que nos tocaba vivir.

También nos insistió en que viésemos esto como una experiencia de crecimiento y de aprendizaje, y profetizó que cuando en un día futuro volviéramos la mirada a nuestro tiempo de servicio en Yemen, podríamos apreciar los días vividos en semejante lugar de mierda. Pero usó otras palabras.

*Mr. Peters* habló un poco sobre la necesidad de hacer contacto con el pueblo yemenita, y también del tema de que éramos visitantes y debíamos mostrar tolerancia hacia el país anfitrión, aun si estaba jodido más allá de toda comprensión. O frases equivalentes.

Conforme a mi programa, no había la Santa Comunión, así que habríamos terminado tan pronto como ese sujeto acabara de hablar. ¿Acaso no suena la sirena?

En cambio, *Mr. Peters* nos pidió un minuto de oración en silencio por el personal militar y civil que estaba de servicio en Irak, Afganistán y otras partes del mundo, incluyendo el infierno local. Amén a todo eso.

Después del minuto de silencio, *Mr. Peters* nos invitó a todos a que lo acompañáramos al vestíbulo para compartir bocadillos y refrescos. Y concluyó:

—Vayan en paz.

No era a eso a lo que yo había venido, pero me hacía falta una taza de café, así que Kate y yo, junto con Brenner y Howard Fensterman, fuimos al vestíbulo y nos integramos a los que estaban ahí.

A un lado del vestíbulo se ubicaba una cafetería para el personal, que ofrecía lo

que aparentaba ser una buena imitación de galletas y pasteles norteamericanos. Tenían incluso bagels, lo cual me hizo echar de menos mi casa.

Se apreciaba que la congregación de los fieles de la Primera y Única Iglesia de Jesucristo en Sana'a estaba formada por buenas personas. Entre ellos, además de los empleados de la embajada y unos cuantos cónyuges, se contaban algunos expatriados y otros que buscaban a Dios, o un pedacito de Norteamérica, o que nada más querían estar en compañía. Lo más probable era que en todos alentaran los tres motivos.

Pude notar que no había niños: signo seguro de que residíamos en un sitio peligroso.

La vida en el servicio exterior era distinta a cualquier otra experiencia en el extranjero, con la salvedad posible de los militares o los misioneros. ¿Cómo llega la gente a eso? Enseguida pensé en Paul Brenner y en el servicio diplomático de seguridad. Tal vez ése era el trabajo que debería solicitar si conseguíamos pescar a nuestro hombre. Unos años en París, Londres o Roma. Kate podría ir de agregada jurídica. Algo a considerar, sin duda.

Charlé un poco con varios marinos, todos ellos muy profesionales, que se dirigían a mí diciéndome «Señor» y expresaban mucho entusiasmo por la misión que desempeñaban. Me aseguraban que, en caso de que se produjera un ataque a la embajada, los veinte marinos y los diez oficiales del servicio diplomático de seguridad eran capaces de resistir hasta que llegara el ejército yemenita.

—Y entonces tendríamos más enemigos a quien disparar —explicó uno de ellos—: el ejército yemenita.

Todos se rieron. Todos se volvían locos en el país.

Me aproximé a Buck, que se hallaba en su elemento, socializando con sus hermanos y sus hermanas del Servicio Exterior, la mayoría de quienes, creía yo con seguridad, tenían mucho en común en el pasado, y también nombres chistosos como el suyo, como por ejemplo Livingston, Kelvin y Winthrop, y los apodos correspondientes: Livie, Kel y Winnie. Cosas así no pueden inventarse.

En voz baja, me dijo Buck:

—Esta mañana temprano se produjo un ataque de Al Qaeda, cerca de Marib.

Yo no estaba muy seguro sobre la ubicación de Marib, pero deseaba que no quedara demasiado cerca del vestíbulo de la embajada.

—El ataque —prosiguió Buck— se efectuó contra una instalación petrolera que en parte es propiedad de Hunt Oil, una empresa norteamericana. Las fuerzas de seguridad mataron a seis de los atacantes y capturaron a un herido, que dijo pertenecer a Al Qaeda.

Después de un momento, añadió:

—La Compañía está interrogándolo respecto de nuestro hombre.

¿Qué compañía?, me pregunté: ¿la petrolera? No, la CIA.

—¿Dónde queda Marib? —pregunté.

—Unos doscientos kilómetros al este de aquí. Esto pudiera ser un signo de que Al

Qaeda ha iniciado una campaña de ataques en contra de intereses norteamericanos y occidentales en Yemen —elucubró—. Y los ataques de Al Qaeda raras veces se dan aislados.

—Ya veo.

—Los rebeldes de al-Houthi tendieron una emboscada a un convoy militar al norte de la ciudad.

—¿Hay buenas noticias esta mañana?

—Hay una. En mi vuelo también venía una carga completa de Boodles y vermut seco. Esta noche, martinis.

A mí que me sirvan uno doble, sin vermut.

Por fin conseguí mi café y un bagel con queso crema. Me puse a comer y *Mr. Peters* se me acercó.

—Bienvenido a Sana'a —me dijo.

—Gracias. Buen servicio, padre.

La brevedad, una virtud.

—Soy laico. Predicador ecuménico —me informó.

—Lo mismo que yo.

Le hizo gracia. Continuó:

—Entre semana, me desempeño como jefe del SDS aquí.

—¿Ah, sí? ¿Cómo consigue uno ingresar al SDS?

—Hay que solicitarlo. Tenemos escasez de personal en todo el Medio Oriente. Nadie quiere el trabajo. Todos piden puestos en París, Londres o Roma.

—Cobardes.

—Paul es mi segundo mando —me informó—. Un buen hombre.

—Ya, ya.

—No será fácil sin él.

—¿Adónde va?

—Con ustedes. Cuando acabe, regresará a Estados Unidos.

No dije nada, pues ignoraba si *Peters* estaba al tanto de la misión.

*Mr. Peters* expresó un deseo de presentarme a alguien y me llevó hacia un hombretón que lucía como un campeón de halterofilia vestido de primera comunión.

—Le presento a John Zamoiski, del SDS. Tal vez se acuerde de que ya lo conoció en el aeropuerto.

—Ya, ya. Uno de los que iban en el auto de adelante.

Nos dimos la mano. Me dio un apretón como si mi mano fuese la última cerveza fría del infierno.

—Dime Zamo —dijo John Zamoiski.

—Claro. Llámame John.

Luego podríamos canjear nombres.

*Mr. Peters* me comunicó:

—Zamo irá con ustedes en el camino a Adén.

—Qué bien.

—Y si tienen que ir a las Malas Tierras, él los acompañará.

—¡Mientras más, mejor!

—Zamo —siguió *Mr. Peters*— sirvió como tirador del Ejército en Afganistán.

Observé a Zamo. Conservaba el corte de pelo militar; un tirador no puede arriesgar que el pelo se inmiscuya en la mira telescópica. Apenas movía el rostro. No podía tener más de treinta años; noté que sus ojos oscuros no parpadeaban. Por lo visto, era hombre de pocas palabras, pero dejaba que *Mr. Peters* hablara por él.

—Además, Zamo es experto en artes marciales.

—¿Artes marciales? ¿Dibujas soldaditos?

Su boca se curvó en forma de sonrisa. Le había caído bien. ¡Buen chico, Zamo!  
¡Sentado!

Brenner nos alcanzó y sugirió que nos pusiéramos en movimiento. Se dirigió a Zamo.

—Tú nos acompañarás al Sheraton.

Zamo terminó de beber la taza de café y asintió.

Supuse que Zamo sería el tirador del equipo. Convenía tener en el equipo un experto en matar. Y uno que iba a la iglesia, encima.

Al pensar en las horas transcurridas desde nuestro aterrizaje me quedaba la misma sensación que tuve la vez anterior que había estado ahí: la de haber pasado al otro lado del espejo, donde todos llevaban tanto tiempo de estar locos que sólo se entendían entre ellos, pero no con cualquiera que acabara de llegar del planeta Tierra.

A fin de cuentas, Brenner y yo dimos con Kate, que estaba en el grupo de Howard, y le dije:

—Es hora de irnos.

Howard nos recordó:

—Quería enseñarle a Kate su oficina.

—Mañana será mejor día —sugirió Brenner.

No estaba yo muy seguro de cómo operaban las jerarquías en ese lugar pero, en condiciones así, la gente de seguridad tiene bastante peso.

—Muy bien. Te veré a las nueve —aceptó Howard, pero añadió—: Tengo que darte copia de la orden de arresto para el acusado.

—¿No podrías darme a mí una orden de ejecución de la CIA? —sugerí.

Howard no me contestó.

Kate y yo fuimos por el equipaje y nos reunimos con Brenner frente al edificio, donde nos esperaba un solo Land Cruiser. Era un día brillante y soleado, pero empezaba a hacer calor.

—¡Qué bonito día! —exclamó Kate—. ¿No te parece mejor que Nueva York en febrero?

—No.

Zamo colocó las maletas en la parte de atrás y se puso al volante. Brenner se

sentó adelante, y Kate y yo en la parte de atrás.

—¿Dónde está Mohammed? —inquirí.

—Tenía que ir a probarse su cinturón suicida —replicó Brenner.

¡Qué chistoso! Yo sentía que me iba adaptando al ambiente.

Nos fuimos, y se me ocurrió comentar que íbamos sin vehículos en la retaguardia y al frente.

—El recorrido es de poco más de quinientos metros —explicó Brenner—, y no queremos llamar demasiado la atención en la calle o en el hotel.

Ya, ya. Sólo un Land Cruiser blindado, dos agentes de seguridad armados y dos pasajeros con pistolas. Nadie se daría cuenta.

Llegamos al portón exterior, que se deslizó para abrirnos paso, y salimos a la calle. Ahí seguían los soldados yemenitas, en plena forma, sentados aquí y allá.

Brenner y Zamo habían puesto las pistolas en sus regazos, así que Kate y yo hicimos lo mismo. Enfrente de la embajada advertí otro edificio amurallado con guardias, que según recordaba por mi viaje anterior, se llamaba por alguna razón Ciudad del Turista, aunque no era más que un conjunto residencial de apartamentos y tiendas para occidentales residentes o de paso en la ciudad, algunos de ellos adscritos a diversas embajadas. También vivían en la Ciudad del Turista trabajadores de organizaciones de asistencia y algunos pobres cabrones a quienes habían transferido a Yemen por motivos de negocios, casi siempre relacionados con el petróleo. Era probable que, de habernos quedado en Sana'a, Kate y yo viviéramos en uno de esos apartamentos.

Según mis recuerdos, no se permitía a los yemenitas entrar a la Ciudad del Turista, a menos que fuesen sirvientes de confianza. Había rumores de que algunos de esos sirvientes pertenecían a Al Qaeda, lo cual era de esperarse. En mi opinión, era el lugar más inseguro de Sana'a, blanco probable de un ataque terrorista.

Lo mejor de la Ciudad del Turista era el Club de Rusia, cuyos propietarios y operadores eran dos caballeros provenientes de Moscú que se habían echado encima la misión personal de importar a Yemen alcohol, drogas y prostitutas a fin de extender los beneficios de la civilización occidental a esta nación ignorante. El Club de Rusia tenía sucursal en Adén, de la cual ya nos había hablado Buck en su clase. En mi viaje anterior a Yemen me habían invitado en varias ocasiones a ambos clubes, pero había declinado. De veras.

Dimos vuelta a la derecha por una calle estrecha, sombreada por árboles.

—Si bajo la ventanilla —propuse—, ¿creen que alguien nos aviente una granada?

—Es lo más probable —repuso Brenner—. En ese caso, la agarras y se la regresas.

Todos nos reímos con eso.

Prometía ser una misión muy divertida.

## CAPÍTULO VEINTITRÉS

Brenner nos entregó una bolsa de nylon.

—Dos teléfonos satelitales con sus cargadores, y dos radios de mano —especificó—. Los teléfonos vienen programados con los números de marcado rápido que van a necesitar. Los aparatos de radio tienen un selector que abarca veinte frecuencias, pero no usamos más que dos: zona uno y zona dos. En la bolsa encontrarán además una lista de claves para las llamadas por radio. Los radios cubren poca distancia; en lo fundamental, de uno a otro punto, porque no hay antenas ni estaciones repetidoras.

—¿Está programado el número del miembro ausente del equipo? —pregunté.

—Todavía no. En riesgo de muerte o captura inminentes, los teléfonos y los aparatos de radio deben ser destruidos —nos instruyó—. Una bala es suficiente.

Si me quedara una sola bala, no la usaría para dispararle a mi teléfono.

Brenner tenía más información que pasarnos.

—Nuestra señal de radio se llama Escoba de Limpieza. El nombre tiene un significado que se relaciona con el USS *Cole* —explicó—. Al regresar a puerto después de una misión, los barcos de guerra a menudo ataban una escoba, que mandaba el mensaje: «Escoba de Limpieza». En otras palabras, «les dimos a los cabrones». El nombre de la operación que vamos a llevar a cabo es también «Escoba de Limpieza».

Toda operación necesita un nombre en clave, que no proporcione al enemigo ninguna información. Escoba de Limpieza era buen nombre. Vengar el ataque al *Cole*.

Paul Brenner, el hombre de las muchas bolsas, nos pasó otra más, grande y de color azul, y dijo:

—Dos chalecos de Kevlar. Creo que las tallas son las correctas.

—¿Hay todavía más bolsas? —inquirí.

—Pues pensaba darles una bolsa de galletitas, pero ahora ya no.

Kate se rio.

Seguimos avanzando mientras Brenner hablaba.

—En este barrio es donde viven los empleados de las embajadas británica y norteamericana que no quieren estar en terrenos de la embajada, ni en la Ciudad de los Turistas.

—¿Es aquí donde tú vives? —inquirió Kate.

—No, vivo cerca del zoco de khat. No es lejos de aquí.

Kate procesó esa información durante unos segundos.

—¿El zoco de khat? —repitió.

—El mayor mercado de drogas del mundo al aire libre —abundó Brenner—. Venden otras cosas: pollos, vacas, leña y armas de fuego.

—Así —especulé— puedes drogarte, matar de un balazo a una vaca y cocinarla, todo en el mismo lugar.

—Eso hago casi todos los sábados por la noche.

Entramos en un área de recepción circular para los coches y nos dirigimos hacia el Sheraton, que tenía como fachada una parodia de palacio del Medio Oriente, un poco como el edificio principal de la embajada.

En mi estancia anterior en Sana'a, que según yo sería la última, había pasado un par de noches en ese Sheraton.

Zamo permaneció en el auto, mientras Bremmer, Kate y yo nos bajábamos para acercarnos al portal, donde se encontraban con sus AK-47 dos hombres con ropa de camuflaje azul y boinas del mismo color.

—Son gente de la oficina nacional de seguridad —comentó Brenner, y añadió—: Por la noche podrían ser Al Qaeda.

—¿Hay que darles propina?

Ingresamos al vestíbulo, con clima artificial, y Kate y yo nos acercamos al mostrador de recepción, mientras Brenner se quedaba cerca de la entrada. El recepcionista nos dijo:

—Bienvenidos, señor y dama.

—Gracias, hombre.

Le dimos nuestros pasaportes, consultó su computadora y nos anunció:

—Su cuarto con vistas bonitas de la montaña. Ven amanecer en la ventana.

—Qué bien —dije, pensando que podríamos ver los destellos de los morteros antes de que los proyectiles impactaran en el edificio.

—Estancia con nosotros de cuatro días —añadió el recepcionista.

Eso me tomó por sorpresa.

El costo del hotel estaba pagado de antemano, pero el empleado no sabía quién había hecho el depósito. Tampoco lo sabía yo. En mi negocio hay un viejo proverbio: «No importa averiguar quién disparó la bala: es más importante saber quién pagó por ella».

Si tuviese que hacer una conjetura, diría que era la Agencia, apodada la Compañía, quien había pagado por el hotel, no la embajada ni el FBI. Lo cual me conducía a la Regla Áurea: el que tiene la materia áurea es quien dicta las reglas.

Mientras el empleado iba fotocopiando nuestros pasaportes y nuestras visas, nos informó sobre las instalaciones del hotel: gimnasio, cajas de seguridad por si queríamos guardar las armas, servicios médicos por si nos herían, alberca, canchas de tenis, salón con bar, y cosas por el estilo.

—¿Se puede mascar khat junto a la alberca? —pregunté.

—Sí, pero favor de no escupir.

Me pareció razonable.

Brenner se aproximó y dijo:

—Pueden quedarse aquí o, como les mencionaba hace un rato, dar un paseo por la

Ciudad Vieja.

—Gracias, hombre, pero...

—Me encantaría ver la Ciudad Vieja —interrumpió Kate.

—Estupendo. Nos vemos entonces aquí en el vestíbulo. ¿Les parece bien en media hora?

¿Qué tal nunca?, pensé. ¿No te parece mejor?

—Nos vemos entonces —acordó Kate.

—Pistolas y Kevlar —sugirió Brenner—. Y, Kate, tu pañoleta, y si tienes cámara, tráela también.

Seguimos al botones hacia los ascensores, donde estaba un tipo de la ONS con su AK-47 sentado en una silla de plástico blanca, contemplándose el ombligo. Subimos al quinto piso del edificio, que tenía seis, lo cual ponía todo un piso entre nosotros y lo que descendiera.

La habitación era agradable. Lo de la vista a la montaña era cierto, y el cuarto contaba con un minibar, y aun baño propio. Tres estrellas. Serían cuatro, si el vidrio de la ventana fuera a prueba de balas.

Le di dos dólares de propina al botones, y Kate y yo nos pusimos a desempacar.

—Es posible que nos veamos envueltos en un conflicto con Al Qaeda, y no con la Pantera. Esto no es como lo del León, que tenía el proyecto personal de matarnos.

—Supongo —repuso ella— que, como mencionaron Buck y Paul, la CIA sabe algo que nosotros ignoramos.

—Eso siempre —acepté.

Ya estando allí, me sentía con ganas de hacer mi trabajo. Sin embargo, algo me molestaba, que ya se me había ocurrido en Nueva York, y tenía que ver con la CIA. Eran tortuosos, no jugaban en equipo; preferían funcionar con agenda propia. Y ésas más bien eran sus virtudes.

Lo más grave era que tenían memoria larga y les gustaba desquitarse. El lema oficial de la Compañía era: «Sabrás la verdad, y la verdad te hará libre». Su postulado no oficial, también de origen bíblico, era: «Ojo por ojo, diente por diente». Estoy de acuerdo con eso, siempre y cuando no se trate ni de mi diente ni de mi ojo.

Y se valía preguntar: ¿por qué querría la CIA desquitarse con Kate o conmigo? Bueno, pues hubo una vez en que Kate y yo, sin darnos cuenta, habíamos echado a perder un plan importante de la CIA —la Operación Fuego Salvaje—, que de haber tenido éxito habría convertido a Sana'a y a otras ciudades islámicas en cenizas nucleares. Era un plan inteligente, diabólico, ilegal y muy peligroso para la vida humana en la Tierra. Por lo demás, era un buen plan. Aunque en realidad, no lo era.

Pero ¿qué importaba lo que yo pensara? Como ya dije, Kate y yo nos vimos atrapados en medio de todo, mirando el cañón de una Glock que sostenía el ya mencionado *Mr. Ted Nash*, funcionario de la CIA, y creo que también, en algún tiempo pasado, amante de Kate, lo cual pudo ser o no pertinente a lo que enseguida sucedió. A fin de cuentas, Kate fue medio segundo más rápida que Ted, y Ted fue

quien murió. Defensa propia. Excepto por los siguientes siete disparos. Pero la policía y el FBI la eximieron de este exceso en práctica de tiro. En cambio, la CIA no compartía ese criterio, y no habían quedado contentos.

No me preocupaba demasiado que Kate o yo estuviésemos en alguna lista de ejecuciones extrajudiciales de la CIA; desde luego, pensaba en el tema, aunque había pasado un año y medio desde aquel incidente, que oficialmente se había cerrado, y se le había notificado a la CIA que no lo tomara en consideración. Pero hay un solo camino para que lo eliminen a uno de una lista de ejecuciones de la CIA.

De regreso en Estados Unidos, era poco posible que Kate o yo sufriéramos algún accidente imprevisto. Pero en el extranjero, y sobre todo en sitios donde la CIA se regía por leyes propias, era muy posible que John Corey y Kate Mayfield fueran víctimas de uno de esos accidentes desafortunados. Eso si antes no se encargaba de nosotros la Pantera. El resultado óptimo para la Agencia sería la Pantera muerta, John muerto y Kate muerta, con todas esas muertes ocultas por las nieblas de la guerra.

¡Qué locura!, lo sé. No debiera ni siquiera *pensar* así. Claro que estábamos involucrados en un operativo de la CIA, y sí, en efecto, la Agencia deseaba que Kate y yo estuviéramos en Yemen, pero no para arreglar viejas cuentas, no. Deseaban tenernos en Yemen para atraer a la Pantera a una trampa, no para hacernos caer a nosotros en una, ¿verdad?

De cualquier modo, creí que todavía no era conveniente compartir tales ideas con Kate. Mejor esperar a conocer al agente de la CIA y ver si podía olfatear algo que no me oliera bien.

—¿En qué piensas? —me preguntó Kate.

«En que la CIA quiere matarnos». No, claro que no dije eso. Mis palabras fueron las siguientes:

—La CIA ha sido reprendida por no haber podido predecir, sospechar ni advertir sobre el ataque al USS *Cole*. Fue una falla grave de inteligencia.

—Hay muchas responsabilidades sueltas —repuso Kate—. Inteligencia Naval, inteligencia de la Defensa, y de la misma Marina por no haber implantado mejores procedimientos de seguridad al ingresar a un puerto hostil.

—Ya, ya. Pero es la CIA a la que siempre le caen las culpas. Creo que, más que motivados, están ansiosos por poder desquitarse. No olvidan nunca —añadí— un fracaso, sobre todo si su fracaso causa muertes de norteamericanos.

¡Qué manera de sembrar ideas en su cabeza!

Se quedó pensando un momento antes de hablar.

—En el FBI es lo mismo. ¿A qué quieres llegar con eso? —inquirió.

—No lo sé. Sólo ideas.

Nos pusimos los chalecos, metimos algunas cosas en la caja fuerte de la habitación y dedicamos los siguientes quince minutos a familiarizarnos con los teléfonos satelitales y las radios de mano.

El problema que presentaba el uso de teléfonos satelitales era la necesidad de

tener un pedazo de cielo abierto, y no topar con obstrucciones para la antena, así que esos teléfonos funcionaban poco en un bosque, y nada bajo techo. Eso, aunado a las limitaciones de línea de visión de las radios de mano, podría crear situaciones interesantes si la mierda estallaba.

Como Brenner había precisado, los teléfonos tenían una docena de números de marcado rápido, todos identificados mediante iniciales, en caso de que los teléfonos cayeran en malas manos. Revisé el directorio: B. H.: Buck Harris; J. C.: Jesucristo o John Corey; K. C.: Kate Corey; P. B.: Paul Brenner; y M. D., que tal vez era el McDonald's más cercano, o un título de doctor en medicina. En mi viaje anterior, solíamos tener con nosotros un médico cada vez que salíamos al camino. No era mala idea.

El número de la embajada estaba incluido entre las llamadas rápidas, más otros seis grupos de iniciales, entre ellos H. F., que debía ser Howard Fensterman. Siempre conviene tener un abogado entre las llamadas rápidas cuando uno anda por ahí tratando de darle a alguien en la cabeza.

Fingí hacer una llamada.

—¡Hola, Howard! —exclamé—. Mira, esos cabrones nos están disparando con subametralladoras. ¿Podemos devolver el fuego? ¿Qué? ¿Hay que hablar con Washington antes, y enseguida nos hablas? Bueno. Me quedo en la línea esperando.

Kate se rio y me conminó:

—No seas malo con Howard.

No pude reconocer nombres de las demás iniciales, pero serían las de nuestros conductores y pasajeros del SDS. Según Brenner, ninguno de ellos era el elemento de la CIA, que por lo visto deseaba permanecer en el anonimato hasta que decidiera quitarse el velo. A los de la Agencia les encantan el secreto y el drama.

Investigué a continuación nuestra lista de claves para llamadas por radio. En la Frecuencia Uno estaban casi todas las mismas personas del marcado rápido de los teléfonos satelitales. Buck era Escoba de Limpieza Uno, Brenner Escoba de Limpieza Dos, yo Tres, Kate Cuatro, y así sucesivamente.

La segunda frecuencia de radio era para el uso por y para Mando y Control: la embajada de Estados Unidos en Sana'a y el hotel Sheraton en Adén, es decir, los jefes. Sin embargo, como Brenner nos había señalado, las distancias de transmisión y recepción eran cortas, así que en cuanto saliéramos de Sana'a quedábamos sin contacto por radio con la embajada, y lo mismo respecto al Sheraton de Adén. Esto podía ser útil, porque impedía que se metieran los altos jefes. Pero también era una desventaja si necesitábamos pedir ayuda.

Kate se puso a enseñarme cómo desarmar y limpiar la Colt .45, y me dio algunos consejos sobre la manera de apuntar y disparar.

Sin duda, la pistola le traía malos recuerdos de la ocasión en que llenó de plomo a Ted. De hecho, mientras bajábamos por el ascensor, me dijo:

—No hemos vuelto a trabajar con la CIA desde aquella ocasión.

—Ya, ya. ¿Por qué lo comentas?

No contestó enseguida.

—Es que acabo de tener una idea algo perturbadora.

—Guárdala bien, porque es importante.

Asintió.

## CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nos reunimos con Brenner en el vestíbulo y salimos hacia el Land Cruiser, donde Zamo seguía sentado al volante. Expresé mi deseo de ir adelante, por lo que Kate y Brenner se pusieron atrás y nos fuimos.

Brenner anunció:

—No estaremos mucho tiempo en Sana'a, pero no está de más que tengan una idea general de la ciudad, en caso de que algo suceda y tengamos que estarnos aquí más días.

—Aparte de que deseamos averiguar —le orienté— si alguien intenta matarnos.

—Es verdad, eso también —asintió—. Conviene dar publicidad a la presencia de ustedes en Sana'a.

—¿Por qué no ponemos un anuncio espectacular en la calle?

Zamo se rio.

—Además —proseguí—, por algo le dijiste a Mohammed que hoy estaríamos visitando la ciudad.

—Correcto.

¡Vaya!, dime entonces qué listo soy. Pero como no me decía nada, continué:

—La reservación en el hotel es por cuatro días.

—Casi siempre eso significa uno o dos días —me aclaró—. No regalamos información a los yemenitas.

—Ya, ya —admití, pensando que a mí tampoco me daban mucha.

Íbamos bajando del cerro hacia la Ciudad Vieja.

—Sana'a —anunció Brenner— fue fundada por Sem, hijo de Noé, cuando bajaron las aguas después del diluvio.

Tal vez en aquel tiempo quedaba frente a la playa.

—Se pretende que Sana'a es la ciudad habitada más antigua del mundo —continuó Brenner.

—Eso es extraordinario —dijo Kate, sentada junto al guía.

—¿Qué haremos para el almuerzo? —inquirí.

—Comeremos en la Ciudad Vieja —replicó Brenner.

Indicó otro conjunto amurallado de edificios a la izquierda.

—Ahí tienen a la nueva embajada británica —nos anunció—. Si se encuentran en algún apuro y no pueden llegar a la embajada norteamericana, o si nuestra embajada está siendo atacada, los británicos los dejarán entrar.

—¿Qué pasa si también ellos están bajo ataque?

—Entonces se aplica el plan B.

—Ya, ya —repuse. El plan B consistía en botar todo y decirle adiós al propio culo.

—Enseguida, a la derecha —retomó nuestro guía Brenner—, se aprecia el hotel Mövenpick, donde también ustedes tienen reservaciones. Para confundir al enemigo. No tanto como me confundía a mí.

—Esos montes al oriente de aquí —nos hizo saber Brenner—, los mismos que se ven desde su cuarto, son sitios adecuados para lanzar ataques con cohetes o morteros contra las embajadas del Reino Unido y Estados Unidos, o contra la Ciudad del Turista y los hoteles.

—Eso decía en el folleto promocional del hotel.

Zamo volvió a reírse. Me caía bien Zamo. Brenner volvió a hablar.

—El año pasado se frustraron unos seis intentos de ataques de Al Qaeda, incluyendo una emboscada para asesinar a las puertas de la embajada al embajador británico durante la salida de su convoy, y otro para introducir un camión cargado de explosivos por las puertas de la embajada de Estados Unidos.

—¿No dijiste que el barrio era tranquilo?

—Creo que dije que estaba muy bien vigilado.

—Ya entiendo.

Una vez tuve un agente de bienes raíces que hablaba como él.

—A medida que se mueve uno hacia el oriente, hacia Marib, se entra en territorio tribal, y en la zona bajo el control de Al Qaeda —nos informó, y apuntó a una señal de carretera—. El camino a la ciudad de Marib se ha vuelto muy peligroso, y la provincia de Marib parece haberse convertido en el centro de actividad de Al Qaeda en Yemen.

—¿Supiste del ataque de Al Qaeda en Marib en contra de las instalaciones de Hunt Oil? —le pregunté a Brenner.

—Supe.

Le dije a Kate:

—En la mañana lo mencionó Buck.

Brenner no tenía nada que decir sobre el tema, y continuamos en silencio. Me pregunté si iríamos a Marib. De hecho, lo más probable era que fuésemos.

Brenner seguía dándonos orientación sobre el país.

—Cuando se viaja al sur, hacia Adén, cosa que haremos en unos días, se pasa por territorios tribales. Después, al ir hacia el Golfo de Adén, se ingresa de nuevo en zonas de Al Qaeda, y también en el territorio de los grupos separatistas de Yemen de Sur que insisten en la secesión de Yemen. Al oeste, hacia el Mar Rojo, se encuentran también operadores de Al Qaeda, que tienen alianzas con los piratas somalíes.

Para resumir: al norte los rebeldes de al-Houthi; Al Qaeda al sur y al este; Al Qaeda más piratas al oeste; rebeldes separatistas al sur, y en medio de todo guerreros tribales. No dejaban mucho sitio para acampar, hacer excursiones ni paseos en barca.

—El gobierno —preguntó Kate—, ¿qué es lo que controla?

—Sobre todo las carreteras principales y los pueblos —respondió Brenner—, aunque eso es cambiante, y es necesario verificar la situación con los militares, que

responden con mentiras.

—Entonces —insistió Kate—, ¿para qué verificar?

—Protocolo.

Zamo se detuvo en una amplia vuelta del camino, y Brenner nos sugirió salir y contemplar la ciudad.

Salimos del auto y nos acercamos a un mirador, aunque Zamo se quedó cerca del todoterreno.

Aprovechamos la oportunidad para hacer una prueba de comunicaciones con nuestros teléfonos satelitales y radios de mano. Más vale checar los equipos que entrega el gobierno.

La vieja ciudad amurallada de Sana'a quedaba a menos de un kilómetro al oeste, y las partes más recientes de la ciudad se extendían por una llanura alta hasta los pies de las colinas y las montañas de los alrededores.

—La Vieja Ciudad de Sana'a —relató Brenner— es famosa por sus casas en forma de torre, que pueden ver sobre los muros, y llegan a los diez pisos de altura. Hay miles de ellas, algunas construidas en el siglo once. Y se dice que son los primeros rascacielos de la historia mundial.

Kate tomó algunas fotos desde el mirador, y a continuación quiso que Brenner y yo posáramos, y lo hicimos sin pasar el brazo por los hombros del otro. Enseguida Kate me dio la cámara, y tomé una foto de ella y Brenner, y ellos sí salieron abrazaditos.

Concluido el operativo fotográfico, Brenner retomó su narrativa.

—Hasta los inicios de la década de los sesenta, el área dentro de la muralla comprendía la totalidad de la ciudad de Sana'a, con una población de unos sesenta mil habitantes. Ahora hay cerca de dos millones. Las capas freáticas han descendido —agregó—, la alimentación ya es un problema. Sana'a se ha vuelto inestable en lo político y en lo social. La ciudad está llena de tropas y fuerzas de seguridad para mantener a la población en línea.

—Quieren más khat.

—El khat —replicó *Mr. Brenner*— no es la solución. Es parte del problema.

A mi parecer, era un poco las dos cosas, pero no quería armar un debate con mi guía de turistas. Se me ocurrió una pregunta:

—¿Al Qaeda usa khat?

—Buena pregunta. La respuesta es no. La mayoría de los miembros de Al Qaeda en Yemen no son yemenitas, y a los demás se les prohíbe usar la droga. Así que la gente de Al Qaeda se pasa el día en estado de sobriedad, mientras que la gente aquí está drogada a partir de la hora de comer. Por eso —añadió—, creo que Al Qaeda va a triunfar aquí. A menos que logremos marcarles el alto.

Ya, ya, pensé. Igual que en Vietnam, Paul. Y, a fin de cuentas, ¿cómo te fue allá? Pero *Mr. Brenner* se había vuelto a poner su gorrita de guía:

—Mirando hacia el oeste, más allá de las torres, se ven los barrios que fueron los

sectores judío y turco de la ciudad. Los turcos se fueron hace mucho, los judíos se han ido casi todos, y los pocos cristianos que hay viven ahora aquí, donde es más seguro.

—¿No dijiste que seguro no, sino bien vigilado?

—Es verdad. En 1948 —continuó Brenner—, en una de las guerras civiles, las tribus del norte pusieron sitio a la ciudad amurallada y la invadieron. Durante varios días saquearon, destruyeron y quemaron todo lo que pudieron, y la Ciudad Vieja sigue mostrando aquellos daños. Fue entonces que el nuevo Estado de Israel armó una operación a la que llamaron Alfombra Mágica y sacaron por vía aérea a unos cincuenta mil judíos yemenitas, a quienes llevaron a Israel.

—Fascinante —dijo Kate.

¿Y el almuerzo? ¡Yo ya tenía hambre!

—Sana'a tiene una larga historia de conquistas y saqueos por parte de extranjeros, pero las amenazas más importantes siempre provienen de las tribus, que consideran a la ciudad como su alcancía, un lugar lleno de oro, especias, arte y otras cosas de las que ellos carecen. La población de Sana'a todavía tiene miedo de las tribus, que volvieron a sitiarla en 1968; ésa fue la última vez. En la actualidad, están los guerreros tribales del al-Houthi, que han llegado a sólo sesenta kilómetros de la ciudad.

—Todo esto suena casi medieval —comentó Kate.

A mí me sonaba a diversión. Yo quería ser jefe guerrero. Brenner cambió de tema.

—Ahí abajo pueden ver el Hospital ath-Thawra, que significa Hospital de la Revolución, y al otro lado de la ciudad está el Hospital de Kuwait. Conviene saber dónde están los hospitales, en caso de que no puedan llegar a la embajada si están enfermos, heridos o recuperándose de una lesión de bala.

—¿Aceptarán la cobertura de mi seguro?

—Eso no, pero aceptarán tu reloj.

Buen chiste. Brenner siguió dando información.

—También hay varios curanderos tradicionales y remedios populares —dijo, sonriendo—. Por ejemplo, si te da malaria, puedes vendérsela a las hormigas.

—¿Perdón?

—Te acuestas sobre un hormiguero y proclamas tu voluntad de venderles tu malaria.

Me pareció que no había oído bien, pero inquirí:

—¿Por qué iban las hormigas a querer comprar mi malaria?

—No lo sé —confesó Brenner—, pero ha habido reportes de gente que se cura. Tal vez esté relacionado con el veneno de las hormigas.

—¿A quién puedo venderle mis hemorroides?

A un culo. No dijo eso, pero no dudé de que lo *pensara*.

Brenner nos indicó otros sitios típicos, entre ellos el zoco de khat cerca de donde él vivía, y un lugar llamado la Fortaleza Ghumdan, adosada a las murallas orientales

de la ciudad.

—Ahí se asentaba el famoso Palacio Ghumdan, que fue construido hace casi dos mil años. Se cuenta que tenía veinte pisos, y que el techo era de un alabastro tan fino y transparente que se podía ver volar a los pájaros a través de él.

—¿Cómo quitaban los excrementos de pájaro del alabastro? —preguntó Kate. No es cierto, fui yo. Lo que ella sí dijo fue:

—John, por favor.

Ella siempre dice eso. Mientras tanto, llevábamos en el mirador ya mucho tiempo, a siete metros del vehículo blindado, y habían pasado a nuestro lado, disminuyendo la velocidad, no menos de doce autos. Zamo estaba de pie, detrás del Land Cruiser mirando el camino, con una carabina M4 a un lado.

Brenner, sin hacer caso de mis consideraciones, continuó:

—El Palacio Ghumdan fue destruido en el siglo siete por los ejércitos islámicos que invadieron toda la Península Arábiga. Con las piedras del palacio demolido construyeron la Gran Mezquita, que pueden ver allá. La Catedral de Qalis fue destruida también, junto con las sinagogas —añadió—. Eso fue la llegada del Islam.

Ya, ya. Y como decía Al Rasul, éramos testigos de un retorno al pasado sangriento y oscuro.

—En el sitio donde había estado el palacio —continuó Brenner— los turcos construyeron la Fortaleza de Ghumdan en tiempos del imperio otomano, y en la actualidad funciona como barracas militares para soldados yemenitas y también como cárcel para presos políticos.

Después de una pausa, añadió:

—Más tarde, tenemos una cita para hablar con un prisionero.

—¿Te refieres al sujeto de Al Qaeda que fue capturado en el ataque a Hunt Oil?

—Correcto.

—Muy bien.

A mí me gusta interrogar prisioneros hambrientos después de comer yo en abundancia.

Volvimos al todoterreno y bajamos hacia la ciudad por una carretera sinuosa. Kate, que iba sentada al lado de Brenner, le dijo:

—Gracias por esa lección de historia tan interesante.

—Es un lugar fascinante —repuso Brenner—. Te atrae a medida que lo conoces.

A mí no, Paul, dije para mis adentros.

Como era domingo, y había estado pensando en Noé, Sem, Sana'a y cosas parecidas, quise plantear algo:

—Después de que Dios mandó el diluvio para limpiar el mundo de pecadores y malvados, ¿no creen que estará enojado de que las gentes que volvieron a poblar la Tierra han vuelto a hacerlo todo mal?

Nadie quiso replicar a mi profunda cuestión, ni tampoco se molestaron en defender a los habitantes del mundo. Amén.



## CAPÍTULO VEINTICINCO

Bajamos al llano, entrando en un barrio feo de edificios modernos de concreto que se erguían entre las montañas y la muralla oriente de la Ciudad Vieja.

Brenner apuntó hacia el camino.

—Ahí es donde vivo —dijo, señalando una estructura de tres pisos de losas de concreto, que parecía haber conocido días mejores—. Un edificio construido a fines de los años sesenta, cuando la ciudad empezaba a derramarse fuera de la muralla. Tiene agua caliente y una población de bichos no demasiado imposible de controlar. Para los yemenitas, el alquiler es de diez dólares al mes, pero a mí me cobran cuarenta.

—¿Incluido el estacionamiento? —inquirí.

—Incluido. Puedo meter la moto al vestíbulo.

Así que *Mr. Macho* andaba en motocicleta. Congruente.

—Es la mejor manera de moverse en la ciudad —añadió—, y puedo andar en moto por sitios donde los coches de asesinos no pueden entrar. Si me doy prisa, tardo cinco minutos en llegar a la embajada.

Pensé que *Mr. Brenner* quería exhibirse ante *Mrs. Corey*. Los hombres son todos iguales.

Por fin Zamo se detuvo al lado de un muro de concreto, y Brenner propuso:

—Atravesaremos a pie el zoco de khat y entraremos por ahí a la Ciudad Vieja.

Agregó, dirigiéndose a Zamo:

—Te llamaré cada media hora, o tú me llamas a mí.

Dejamos a Zamo en el Land Cruiser con su aire acondicionado, y caminamos hacia una puerta en el muro de concreto donde un tipo estaba sentado, con su AK-47 en brazos.

—Este zoco es más bien nuevo —nos contó Brenner—. Creo que fue construido en los años setenta, afuera de los muros de la Ciudad Vieja, pero conservando la mentalidad de amurallar todo, así que, como ven, este zoco tiene muros.

Eso me parecía muy bien. Los muros son buenos; los fosos también. Para que no entre la gentuza. En particular, gentuza armada.

—Será mejor que te cubras la cara con tu pañuelo —le sugirió Brenner a Kate.

Katé se tapó la cara, y no resistí hacerle un ofrecimiento:

—¿Te gustaría fumar un cigarrillo?

Farfulló algo a través de la pañoleta, que sonaba como «nah meh jodaz». ¿Estaría hablando en árabe?

Cruzamos la entrada al zoco de khat, una suerte de mercado de plaza, repleto de puestos improvisados en un espacio abierto central, rodeado por edificaciones permanentes a lo largo de los muros.

Había una multitud ahí dentro, con muchos hombres ataviados de bata blanca que llevaban jambiyas, entremezclados con burros, vacas y camellos. Varias de las vacas habían sido destazadas, y sus piezas, llenas de moscas, colgaban de travesaños. ¿Ya mencioné que el piso estaba cubierto de estiércol?

—Este lugar —nos advirtió Brenner— es bastante seguro, pero no hay que separarnos.

Éramos los únicos occidentales en el zoco, con la salvedad de algunos jóvenes en *jeans* y camiseta que estaban tomando fotos de unos montones de hojas verdes que seguramente no serían espinacas. Aquello era el paraíso de los drogadictos. Sentí el impulso repentino de hacer un arresto.

Tampoco había más mujeres que Kate. Nadie parecía prestarnos mucha atención, aunque mirando sobre el hombro logré sorprender gente que nos observaba.

Brenner se detuvo ante un puesto de khat y habló en árabe con el propietario, quien lucía muy orondo con el oficio que había escogido.

—Hay varias docenas de variedades de khat —nos contó Brenner—. Este caballero asegura que tiene el mejor khat de todo Yemen, cultivado en Wadi Dhahri y cortado cada día, para que esté fresco. Según dice, es el proveedor del presidente.

—¿George Bush masca khat?

Eso hizo que se rieran.

Dimos una vuelta por el zoco, cuidándonos de no pisar las tortas de las vacas ni las bombas de los burros. Brenner se puso a sacar fotos con la cámara de Kate, y por diez centavos consiguió que un muchacho nos tomara una buena foto a los tres de pie frente a una montaña de hierba que nos llegaba a los hombros. ¡Había que enviarles a los padres de Kate una copia cuanto antes, junto con una bolsita llena de khat, y una nota: *Mascando khat con Kate. Abrazos, John!*

Después de admirar los corrales de las vacas y las pilas de leña, entramos al departamento de artículos deportivos, donde tenían a lo largo de la pared mesas con rifles automáticos de asalto.

—Algunos de estos AK-47 son imitaciones baratas —explicó Brenner—; otros, un poco mejores, vienen de la China comunista, pero hay unos auténticos, hechos en la madre Rusia. Ésos cuestan unos quinientos dólares, que es lo que gana en un año un trabajador.

Pero qué gran inversión para el futuro, pensé.

—Tengo uno en mi apartamento —añadió Brenner—. Es buena arma.

Tomó un AK-47 y se le quedó mirando un buen rato.

—Un arma muy buena —dijo, como hablando para sí mismo.

Lo sería, sin duda, pensé, y le traía recuerdos a Paul Brenner de otro infierno.

Volvió a poner el rifle en la mesa, y el propietario habló en inglés.

—Para ustedes, quinientos. Y pongo cien cargas gratis.

—Añada también una vaca —le dije—, y es trato hecho.

Salimos de la sección de artículos deportivos y nos dirigimos hacia un portón que

daba a la muralla de la Ciudad Vieja. Brenner accionó el marcador rápido de su teléfono satelital y dijo:

—Salimos del zoco de khat y entramos a la Ciudad Vieja.

Oyó un momento, y entonces agregó:

—Bueno. A las cuatro y media en la mezquita de al-Mahdi.

Cortó la comunicación y nos comunicó:

—La cita en la cárcel de Ghumdan es a las 5:00 PM. Nos veremos con Zamo al otro lado de la mezquita, al otro lado de la Ciudad Vieja, y de ahí iremos en el auto a Ghumdan. Kate tendrá que permanecer en el vehículo.

Las chicas se pierden todas las diversiones en este lugar.

Cruzamos una abertura en el muro, y literalmente entramos al pasado. Enormes torres con fachadas ornamentadas tapaban el sol, que no podía llegar hasta las callejuelas estrechas, donde cesó el ruido de motores de combustión interna y fue sustituido por el murmullo de la gente y de los carros tirados por animales.

—Es la ciudad amurallada más grande y prístina del Medio Oriente, con una superficie de más de un kilómetro cuadrado —expuso Brenner—. Los antiguos barrios turco y judío al lado oeste de la ciudad cubrían otro kilómetro cuadrado. La ciudad se queda dividida en dos mitades al este y el oeste por el Wadi as Sa'ila. Cuando el wadi está seco, como ahora, se usa para el tránsito vehicular.

—¿Cómo pintarán la raya blanca cuando está mojado? —me pregunté.

Sonrió por cortesía, antes de continuar.

—La mezquita Mahdi queda cerca del wadi. Si acaso nos separamos, ése es el punto de reunión.

—Sea. En la Mahdi junto al wadi —dije, sintiendo que había recuperado el apetito después del zoco de la mierda—. ¿Dónde es el almuerzo?

—Un poco más allá, en una torre convertida en hostel.

Seguimos andando por un laberinto de callejones estrechos y torcidos, algunos de los cuales remataban en zocos llenos de gente, animales y motonetas.

Se apreciaban los daños y la destrucción causados por la invasión de las tribus en 1968, y Brenner comentó:

—Las tribus podrían volver. O quizá en esta ocasión sean los de Al Qaeda. Y eso podría suceder pronto.

Ya, ya. Pero antes, a comer.

Me sentía seguro de que nadie nos andaba siguiendo, y el lugar no parecía peligroso, pero era un alivio llevar el arma y el chaleco.

Indicando las torres, Brenner dijo:

—Los primeros pisos, como pueden ver, tienen construcción de piedra, y los superiores de adobe. La planta baja se usa para los animales y para recolectar los excrementos humanos de los pisos de arriba.

—Suena igualito que Federal Plaza 26.

—Cada vivienda de la torre —continuó Brenner— tiene un conducto para verter

los excrementos, y otro para subir el agua del pozo. Eso presenta algunos problemas en términos de salubridad.

—¿Tú crees? —le pregunté a Brenner—. Nuestro restaurante, ¿está en la planta baja con los animales y el excremento?

—No. Dos pisos arriba. Ese lugar se llama diwan, y es donde se recibe a los invitados.

Donde nadie se dará cuenta si te echas un pedo, pensé.

—Sobre el diwan están los pisos donde viven familias extendidas, que comparten la misma cocina. El piso de arriba —concluyó— se llama mafraj, que en sentido literal quiere decir cuarto con vista, una especie de *penthouse*, el lugar de honor donde los hombres se reúnen para mascar khat y mirar el crepúsculo.

Siempre he querido un cuarto así. Amigos, subamos al mafraj para mirar el sol y ponernos hasta el gorro. Enseguida podemos saltar en *bungee* por el conducto del excremento.

Kate tenía el aspecto de estar abrumada por la experiencia, y tomó muchas fotos, y le hizo a Brenner muchas preguntas, y él se sentía feliz de compartir con ella su sabiduría o de inventarse las respuestas. Si fuese pavo real, en aquel momento tendría todas las plumas de la cola abiertas como abanico.

Seguimos nuestro camino sin percibir muchas señales de estar en el siglo veintiuno. En algunas de las calles había occidentales andando por ahí, de modo que no éramos la única atracción. Pero había unos niños latosos que nos seguían pidiendo «baksheesh, baksheesh», que según mi experiencia en Adén significaba «dame limosna», o bien «dame dinero para dejar de joder». Brenner nos aconsejó no hacerles caso, pero Kate quería jugar a hablar con ellos y tomarles fotos, que costaban cinco centavos.

—Si los niños de pronto desaparecen —dijo también Brenner—, puede indicar que estamos en problemas.

Entendido. «Eh, Abdul, ¿no quieres que te lleve en hombros?».

Como detective, sentía que algo faltaba en ese lugar, y pude saber qué: mujeres. Había visto mayor abundancia de ratas muertas en la calle. Le pregunté a Brenner sobre el tema.

—Las mujeres hacen sus mandados por la mañana, casi siempre acompañadas por un hombre. Después, se quedan dentro de sus casas para cocinar, hacer la limpieza y cuidar a los niños.

—Suena muy oprimiente —dijo la agente especial del FBI Kate Mayfield.

Brenner tenía que hacer un chiste:

—Pero el jueves es la noche de la burqa mojada en el wadi. Hay que traer tu propia ropa.

Muy gracioso. Kate no se rio, así que yo tampoco. Había que tener cuidado con ciertos temas, aun estando en el Medio Oriente.

El domingo no era día de guardar en la ciudad. Todos los que tenían trabajo

estaban en sus ocupaciones. Lo que se notaba, como ya pude observar la vez anterior en Adén, eran los cientos, o aun miles de jóvenes en las calles y los zocos, que por lo que se veía no tenían empleo y no hacían sino matar el tiempo. Sus futuros no podían seguir más que uno de tres caminos: el robo, la emigración o Al Qaeda. O quizá llegaría un momento en que se rebelaran contra el gobierno, con la esperanza de que cualquier tipo de poder que surgiera en su lugar sería mejor para ellos que su forma de vida actual. En verdad eso era una bomba de tiempo demográfica destinada a explotar.

—Aquí es el restaurante —anunció Brenner.

—Esto ha sido fascinante —comentó Kate.

—Si mañana no tenemos que ir a Adén —ofreció Brenner—, puedo enseñarles el resto de la ciudad.

Yo estaba pensando que ya habíamos abusado de la buena suerte. Pero nuestro amigo era un tipo que había escogido volver a Vietnam por segunda vez. En fin, uno tiene que morir en algún sitio.

## CAPÍTULO VEINTISÉIS

El nombre del restaurante era «Sana'a Antigua», no menos adecuado que el de la casa-torre-hostal donde se ubicaba, que era el mismo.

Confiado en que Brenner ya había comido ahí y no se había muerto de *E. coli* ni de un balazo, lo seguimos a través de un arco abierto para entrar a un salón amplio, de techo alto, donde la única iluminación eran los rayos del sol que entraban por ventanas estrechas abiertas en los muros de piedra. Sentí alivio al ver que el lugar estaba limpio de animales vivos y excrementos, aunque en la atmósfera permanecía un matiz de aroma de todo aquello.

Subimos por una escalera de caracol al nivel del diwan, donde encontramos a un hombre con bata blanca sentado en una mesa sobre la cual había un montón de rifles de asalto. Al parecer, había que dejar ahí las armas. El hombre sonrió, y decidiendo que seríamos angloparlantes, nos dijo:

—Bienvenidos. ¿Comida o un cuarto?

—El restaurante, por favor —replicó Brenner.

El recepcionista y *maître* de armamento se levantó, tomó tres menús y lo seguimos, cruzando uno de esos arcos como de escenografía de Casablanca que tienen cuentas colgantes, para llegar a un comedor grande, iluminado por el sol, que ocupaba toda la planta de la torre. Nos condujo a una mesa baja y redonda, con butacas sin respaldo cerca de una ventana abierta, y dijo:

—Se ve bonito.

Al no saber si se refería a la vista o a mí o a Paul —Kate iba cubierta por el velo, así que no podía ser ella—, le contesté con mis mejores modales:

—Gracias. La camisa es Christian Dior.

—¿Sí?

Nos sentamos con las piernas cruzadas en esos espantosos cojines rellenos, y eché un vistazo en torno mío. Era un lugar agradable, con ventiladores de techo, lámparas de aceite en las mesas y alfombras en el suelo, algo a medio camino entre la fonda de Rick y el tugurio de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones.

—¿Vienes aquí a menudo? —le pregunté a Brenner.

—De vez en cuando —aclaró—. No es buena idea que un occidental se vuelva cliente regular de ningún establecimiento en Sana'a.

—Ya, ya —repose, pensando que tal vez el Club de Rusia podría ser la excepción.

Por la ventana se podían apreciar los patios interiores de varias torres de viviendas. En ellos había una profusión de huertas, cabras y pollos. No había columpios ni toboganes, pero algunos niños descalzos se divertían persiguiendo a las gallinas. Una mujer totalmente cubierta con balto y velo negros lavaba ropa en una tina de cobre. Era extraño, pero esa imagen, menos las cabras, me recordaba la

vivienda pobre donde yo me crie. Era una escena tan pacífica y ordinaria que resultaba difícil creer que el resto del país iba en picada hacia la violencia y el caos.

—Ésta es nuestra salida de emergencia si es necesario —indicó Brenner.

—Ya veo.

Se trataba de una caída de más de seis metros a una pila de estiércol. ¿Cómo redactaría eso en mi reporte?, pensé.

Había en la atmósfera un olor raro a humo y, cuando hice un comentario, Brenner me informó:

—Es incienso balsámico.

—¿Y qué cosa es esa?

—Es una resina de goma aromática, que se usa en perfumes e inciensos.

—¿Sí? ¿Qué te parece goma de mascar de khat balsámico?

—Basta —interrumpió Kate.

—Los yemenitas creen —siguió educándonos Brenner— que fue un sabio yemenita quien llevó la ofrenda de incienso al Niño Jesús.

Mejor que un pastel de frutas, ¿verdad?

El lugar estaba ocupado a medias aquel domingo por la tarde, y casi todos los comensales eran occidentales jóvenes, hombres y mujeres, aunque también había sujetos de aspecto extraño, con dagas y batas blancas, barbas oscuras y ojos negros, que nos echaban miradas. No había damas yemenitas entre la clientela.

Kate aún tenía la cara cubierta por su velo, lo cual limitaba sus posibilidades de elegir del menú, pero Brenner le informó:

—Aquí está bien que te descubras la cara, aunque te recomiendo que te dejes la pañoleta sobre el pelo.

Kate hizo lo que le decía.

—¡Se me había olvidado lo bella que eres! —exclamé.

Brenner tenía más consejos.

—Será mejor que John o yo ordenemos por ti al mesero. Un hombre no puede recibir órdenes de una mujer —nos explicó, aunque no había necesidad.

—Es increíble —dijo Kate.

Brenner tenía razón: este lugar podía acabar gustándole a uno. Pero quise mostrar mi sensibilidad respecto de los temas femeninos.

—Inaudito —apoyé.

Brenner también estaba de acuerdo. Abundó:

—Los trabajadores temporales que vuelven de Europa y Norteamérica han conocido el siglo veintiuno, y hay cierta sutil influencia de lo que han visto en Occidente.

Pensé en Nabeel, y también en la Pantera, y me pregunté si sería eso cierto. Si acaso habían sido influidos por Occidente, no había sido en una dirección positiva. A fin de cuentas, si soplaban vientos de cambio sobre el Islam, soplaban hacia atrás. Eran felices en sus miserias y rigideces, y habría que dejarlos en paz, con la

excepción de algunos cabrones a los que se tenía que matar, porque nos querían joder. Como Osama bin Laden. Y la Pantera.

Un mesero con traje temático se nos acercó, y Brenner sugirió que tomáramos la bebida de frutas local, o el chai, un té con especias. Kate le dijo a Brenner «chai» y Brenner lo repitió al mesero y pidió otro para él. El menú estaba en árabe y en mal inglés, y vi que había cerveza sin alcohol, que tal vez habría fermentado en la botella. Le hablé a Kate:

—Por favor, dile a Paul que le diga al mesero que quiero una cerveza.

¿Me salió bien?

Nos pusimos a hablar de temas convencionales.

—¿De dónde eres? —le preguntó Kate a Brenner.

—El sur de Boston.

—¿No lo echas de menos?

—No voy mucho por ahí. En la actualidad vivo en Virginia, en Falls Church. Ahí se ubican los mandos centrales de la División de Investigaciones Criminales, que fue mi última estación obligatoria antes de salir del Ejército.

Por lo visto, Kate quería saber más cosas de Paul Brenner, y tras insistir un poco, él le contó toda su historia. Reclutado por el ejército a los dieciocho años de edad, soldado de infantería en Vietnam, se había decidido por hacer carrera militar. Se matriculó en la escuela de policía militar, hizo un segundo servicio en Vietnam como policía militar, y posteriormente fue transferido a la División de Investigaciones Criminales, con la cual había participado en diversos puestos del Ejército por todo el mundo. Al parecer, había formado parte de una unidad especial de la DIC dedicada a casos de alta notoriedad y sensibilidad, y el último fue el asesinato de una capitana, que además era hija de un general del Ejército condecorado en muchas ocasiones por la primera Guerra del Golfo.

Me acordaba vagamente del caso, pues había salido en las noticias como un año después de concluida la Guerra del Golfo. Tuve la idea de que ese caso había ayudado a que el oficial de arrestos Paul Brenner obtuviera su retiro prematuro.

Brenner no mencionó su misión secreta en el Vietnam de la posguerra, bien fuese por modestia o porque no tenía aún autorización de hablar sobre el asunto. Dicha misión, sin embargo, ha de haber redimido su reputación o algo así, y un equivalente de Tom Walsh en el Ejército le había ofrecido escoger adónde quería ser transferido, y Brenner había elegido el Servicio Diplomático de Seguridad. Viajes y diversiones. La verdad es que Brenner nos dijo que había estado con el SDS en Londres y luego en Atenas. Me pregunté qué habría hecho mal para que luego lo mandaran a Yemen.

Brenner había concluido su historia censurada, y pude notar que todo en ella era profesional, sin detalles personales ni menciones de matrimonios, divorcios, hijos, ni de la dama que lo esperaba en Estados Unidos.

Kate no lo presionó para que hablara de esos temas, y yo desde luego tampoco. Todo lo que me hacía falta saber de *Mr.* Paul Brenner se reducía a si podía confiar en

él, y si tenía los huevos en su lugar. En ambas categorías le daba nota aprobatoria, por el momento. También parecía inteligente, lo cual era bueno, pero yo todavía no sabía si tendría buen juicio profesional o no, y ése era el aspecto crucial. De cuando en cuando, yo mismo he sido culpable de hacer muy malos juicios profesionales, pero siempre compenso ese defecto corriendo riesgos irracionales. Ésa es también la opinión de mi mujer. Suponía que Brenner se me parecía en esos aspectos, que son signo del macho alfa. La mayoría de nosotros los alfa estamos muertos, en la cárcel o permanentemente incapacitados, pero otros hemos tenido mejor suerte. Yo he tenido suerte. Y soy listo.

En fin, yo pensaba que me iba ser posible trabajar con este individuo, y no creía que él fuese a provocar mi muerte. Para eso me bastaba yo solito, gracias.

Kate daba señas de que Paul Brenner le había hecho buena impresión, aunque sin analizar las razones. Intuición femenina.

Llegaron nuestros cocteles, y el mesero nos preguntó si ya habíamos elegido qué queríamos comer. No lo habíamos hecho, pero un vistazo al menú me informó que toda elección se limitaba a los animales que se podían ver desde la ventana. Kate le solicitó a Brenner:

—¿Por qué no ordenas tú por nosotros?

Brenner tenía que pedir la orden de Kate de cualquier manera, así que acepté, pero con una advertencia:

—Órganos no.

Brenner ordenó en árabe, y enseguida nos preguntó:

—¿Desean cubiertos? ¿O prefieren usar los dedos?

Como todavía no nos conocíamos íntimamente, decidimos pedir cubiertos, y en cuanto se fue el mesero quise aprovechar la oportunidad para hablar con Brenner sin la presencia de Buck.

—¿Por qué es necesario que haya alguien de la CIA en nuestro equipo? —le pregunté.

—El proyecto partió de ellos. Además, tienen toda la información que vamos a necesitar.

—El tipo de la CIA podría darnos la información y quedarse en Adén.

—¿Por qué no quieres que un funcionario de la CIA participe en el equipo? —inquirió Brenner.

La respuesta era que la CIA quería matarnos a mí y a mi esposa. Sólo que eso, dicho en voz alta, sonaba a tontería, de modo que repliqué:

—Suelen complicarlo todo. Y no juegan en equipo.

—Tampoco tú juegas en equipo, según se dice.

—Cuando estoy en un equipo, juego con ellos.

—Eso es cierto —intervino Kate—. Lo que pasa es que a veces John dicta sus propias reglas.

Estaban a la vista las razones por las que amo a mi mujer.

Brenner guardó silencio unos instantes antes de hablar.

—Para responder mejor a tu pregunta —dijo—, tengo entendido que los drones Predator con cámaras de vigilancia forman un elemento importante de la operación. No sé si estén al tanto de que en Yemen la CIA tiene control exclusivo de los Predator. Por eso necesitaremos a uno de sus funcionarios cuando vayamos a las Tierras Malas: para controlar los drones en misiones de observación aérea. Podemos utilizar videos en tiempo real transmitidos directamente a un monitor en tierra.

—Y entonces el Predator lanza un misil contra el objetivo —propuse.

Hizo otra pausa antes de replicar.

—Supongo que ésa será una de las opciones. Han sido un arma importante, aquí y en Afganistán. Mediante esos drones hemos matado a docenas de líderes de Al Qaeda.

—Ya, ya.

Salían de su cueva o su choza para orinar, y un segundo después se encontraban en el Paraíso, agarrándose el pito.

—¿Qué actitud hay respecto de capturar vivo al acusado?

—No sé —repuso Brenner, encogiéndose de hombros—. No estoy seguro de cuál será el objetivo final.

—Ya somos tres que no saben.

—Según veo el asunto —prosiguió—, Washington quiere capturar vivo a este sujeto, pero lo más fácil sería matarlo. Si se presenta la oportunidad de arrestarlo, eso trataremos de hacer. Pero si resulta imposible, o demasiado peligroso, entonces fijamos sus coordenadas y llamamos a los drones y a los Hellfire.

Asentí, añadiendo:

—Y entonces guardamos en bolsas de plástico algunos pedazos con fines de identificación.

—Correcto. Tenemos sus huellas dactilares en el archivo, y también puede obtenerse el ADN de su familia.

—Tal vez no sea necesaria mi orden de aprehensión —comentó Kate.

—Te necesitaremos a ti y a tu orden de arresto —le aseguró Brenner—, en caso de que se presente la oportunidad de aprehender al acusado.

Kate asintió sin demasiada convicción. En realidad, Kate y su orden de aprehensión eran una tapadera de lo que seguramente sería el asesinato de un ciudadano norteamericano. Yo no encontraba el menor problema en dicha situación, y me parecía adecuado que tuviéramos la tapadera legal en caso de que nos viéramos atacados por la demanda interpuesta por el señor y la señora al-Darwish. O alguna otra bobada jurídica. Qué guerra más jodida.

Kate tenía otra duda.

—Si logramos aprehender al acusado, ¿lo entregaremos a las autoridades yemenitas para pedir su extradición, o intentaremos sacarlo del país? En otras palabras, ¿extradición o traslado?

Brenner volvió a encogerse de hombros.

—Todo esto queda por encima de mis niveles de salario.

—¿Por qué —quise averiguar— se ha involucrado la sección de Inteligencia del Departamento de Estado?

—En primer lugar —me explicó Brenner—, hay que tener presente que Buck Harris es un diplomático con acreditación oficial, agregado a la misión de asistencia económica, lo cual lo obliga a recorrer el país. No te preocupes de la IDE. En segundo lugar, necesitamos un componente diplomático en la operación. Es deseable que se involucre el Departamento de Estado.

—Ya veo.

Eso significaba que si salían mal las cosas, y también si todo salía bien, el Departamento de Estado podía desempeñarse en aquello que hace bien: ofrecer disculpas por violar la soberanía del país y ofrecerles unos cuantos millones de dólares para compensarlos. Para eso sirve la diplomacia.

—Con Buck tenemos ventajas sumamente valiosas —me recordó Brenner—. Conoce el país, a la gente, habla el idioma.

—Sí, queremos mucho a Buck. Pero sabe algo que no quiere compartir.

—Hay que dar un paso a la vez —propuso Brenner— y ver qué tal van las cosas. El elemento de la Agencia podrá aclarar algunas cuestiones.

Me dio la impresión de que Paul Brenner no tenía experiencia de trabajar con la CIA.

Llegó la comida, servida al modo casero, en cazuelas grandes. En torno a nosotros, todo el mundo comía metiendo los dedos en las cazuelas. En cambio, nosotros teníamos platos, cucharones y cubiertos. La comida sabía bien, aunque no se adivinaba lo que era. ¿Había tomado mi antibiótico en la mañana?

—Cuéntame —le pedí a Brenner— sobre el herido de Al Qaeda al que vamos a ver en la cárcel.

—Nos concedieron la entrevista —relató Brenner— porque dijimos a la OSP que tenemos indicios de que el ataque ha sido planeado por los perpetradores del atentado contra el *Cole*. Por tanto, *Mr. John Corey*, del equipo de recolección de evidencia del FBI, desea hablar con el prisionero. Tenemos un acuerdo con el gobierno yemenita, sobre la base de entregas de efectivo y otras valiosas consideraciones, que los obliga a cooperar en todo lo que se relacione con la investigación del caso *Cole*.

Para concluir, puntualizó:

—No tengo la menor idea si el prisionero sabe algo sobre el *Cole* o la Pantera, pero les aseguro que le vamos a preguntar.

—¿Podemos torturarlo?

—Sin duda ya lo han hecho. Pero la OSP se centra en el ataque contra las instalaciones petroleras, no en la Pantera.

—Ya, ya. Pero cuando le preguntemos nosotros sobre la Pantera, los tipos de la OSP sabrán en qué nos enfocamos.

—Eso no será un problema —explicó—. Si suponemos que Al Qaeda tiene espías dentro de la cárcel, es una manera de enviar un mensaje a la Pantera de que John Corey está en Yemen y lo anda buscando. De eso se trata.

—Ya, ya —admití—. ¿Por qué se me olvida que soy carnada?

—No digas carnada —me corrigió Brenner—. Es una palabra demasiado negativa. Prefiero considerarte como un señuelo.

¿Era un chiste? Tal vez no.

—¿Estará el coronel Hakim en la cárcel? —inquirió Kate.

—Es probable —repuso Brenner—. Por lo que sabemos, él está asignado por la OSP para vigilar la embajada de Estados Unidos.

—¿De qué lado está? —pregunté.

—La CIA cree que es leal al gobierno yemenita —respondió Brenner—, pero ¿qué significa eso? No que sea pronorteamericano, ni que esté en contra de Al Qaeda. Como casi todo el mundo, es leal ante todo a sí mismo, y enseguida a su credo, o viceversa. El siguiente nivel de lealtad atañe a su tribu ancestral, su clan y su familia; de manera más vaga, una cierta lealtad al concepto de ser yemenita. Y su nivel más bajo de lealtad es para el gobierno.

Se veía por qué el país no funcionaba.

—La cuestión es —le planteé a Brenner— si el coronel Hakim tiene vínculos con Al Qaeda.

—Es posible que tenga contactos —expuso Brenner—. Casi todos los funcionarios de alto nivel los tienen. Pero en este país eso no lo convierte en un traidor. Más bien es signo de inteligencia. Las personas que tienen dinero o poder dividen sus apuestas hasta ver quiénes salen ganadores. Los norteamericanos estamos invirtiendo en un mal gobierno, pero no tenemos ninguna otra jugada.

—A mi manera de ver —sugerí—, lo mejor sería romper las cabezas que haya que romper para vengarnos del *Cole*, y largarnos de aquí antes de que nos enredemos en profundidad.

Brenner se quedó pensando unos segundos.

—Me recuerda un poco a Vietnam —dijo al fin—. Un gobierno corrupto, tramposo, que Estados Unidos apoyó por necesidad, en guerra contra un enemigo fuerte, decidido, capaz de aterrorizar a la población, a la que le resulta indiferente quién sea el ganador siempre y cuando la deje vivir en paz... Hasta las tribus montañosas de aquí me recuerdan a las de allá, que odiaban y peleaban contra el gobierno y contra el Vietcong. Nosotros, en medio de todo el lío. Seguimos haciendo las mismas cosas, esperando resultados diferentes.

Nadie podría rebatir eso.

—Es la misma situación en Irak y en Afganistán —opinó Kate.

La mente de Brenner volvía de las selvas del sureste asiático a las arenas del Oriente Medio, y me dijo:

—Tengo entendido que ya has interrogado en Adén a algunos de los acusados de

participar en el atentado contra el *Cole*.

—Así es. Pero con pocos resultados —relaté—. Todos jugaban a mentir a los norteamericanos: la policía, los de la OSP, los prisioneros, y hasta los traductores. Cuando salíamos de los interrogatorios, es seguro que se juntaban todos a mascar khat y reírse. ¡Cabrones!

—El gobierno yemenita está preocupado ahora —me aseguró Brenner—, y cooperan más.

—¿Como el coronel Hakim en el aeropuerto?

Brenner no replicó a eso, sino que me hizo una pregunta:

—Cuando interrogabas a los acusados en Adén, ¿mencionaron los nombres de Bulus ibn al-Darwish o de la Pantera?

—No. Creo que ni el FBI ni la CIA sabían nada de él, en aquel entonces.

Pensé unos segundos y añadí:

—Había un rumor, sin embargo, de que un musulmán nacido en Estados Unidos estaba involucrado.

—Según sabemos, fue idea de la Pantera atacar un barco de guerra norteamericano que paraba a cargar combustible en el puerto de Adén —dijo Brenner, asintiendo—. Ese atentado fue diferente de casi todos los ataques de Al Qaeda en Europa o el Medio Oriente, que se dirigen contra objetivos débiles. Dio un golpe contra los militares de Estados Unidos, muy audaz, con alto riesgo de fracasar. Lograron inutilizar un buque de guerra estadounidense, fabricado con la más avanzada tecnología, matando a diecisiete marineros norteamericanos.

Era cierto. Pero la Pantera hizo un cálculo erróneo. Gracias a su atentado, Estados Unidos estaba en Yemen, presionando a Al Qaeda en la Península Arábiga.

—Como pasó después del 11 de septiembre, Al Qaeda sufrió consecuencias inesperadas.

—Conforme. Eso es lo que tenemos que enseñarles. Que deben pagar el precio.

—Eso ya lo saben —intervino Kate—. Pero no paran de aumentar sus ataques. En realidad, hoy en día son más fuertes en Yemen de lo que eran antes del atentado contra el *Cole*.

—En parte, eso se debe a un gobierno que no funciona —repuso Brenner.

—¿El nuestro o el de ellos? —pregunté.

Pedimos la cuenta, que nos dieron en un trozo de papel; ocho millones de riales o algo por el estilo, el equivalente de tres dólares, incluyendo las bebidas, y Brenner nos convidó. Se podía vivir en Yemen como un sultán.

Se me ocurrió pedir una bolsa para el perrito, pero eso se prestaba a un malentendido, y el mesero podría llenarme la bolsa con carne de perro.

—Antes de irnos, ¿nadie necesita pasar al excrementorio? —pregunté.

A la salida, le dije al recepcionista:

—Todo estuvo buenísimo. Mañana volveremos a comer aquí. A la una en punto. John Corey —«Díganselo a la Pantera», pensé.

—Bueno. Mañana.

—¿No es mía una de esas armas?

—No. Usted no trajo rifle.

—Ya, ya. Debo haberlo olvidado en mi burro.

—¡John!

—Ciao.

Kate se cubrió el rostro con su pañoleta, Brenner hizo contacto con Zamo y salimos a la calle asoleada, donde hacía más calor.

Sin hacer ningún comentario, revisamos la calle llena de gente y a continuación cruzamos al otro lado y observamos la puerta del restaurante.

Siempre se necesita cumplir con los procedimientos de seguridad, aun cuando las cosas parezcan estar libres de riesgo. La verdad es que cuando manifiestamente no hay peligro alguno es imperioso mantener los ojos bien abiertos, sin olvidar que el cazador también puede ser la presa.

## CAPÍTULO VEINTISIETE

Brenner sabía moverse por las estrechas y enredadas calles de la Ciudad Vieja, y nos sugirió asomarnos al local de «La Esperanza Está en sus Manos» antes de acudir adonde nos esperaba Zamo.

Me considero bastante hábil para detectar a cualquiera que intente seguirme, pero allí la mitad de los hombres se parecían demasiado entre sí, con las mismas batas blancas, turbantes y barbas negras. Nosotros tres, en cambio, teníamos el problema opuesto: no había muchos occidentales en Sana'a, y destacábamos como cerdos en una mezquita.

Llegamos a La Esperanza y cruzamos la puerta. Había clientes, todos occidentales: hombres y mujeres con mochilas a la espalda, un grupo europeo que viajaba en *tour*, y algunas señoras que podrían ser de agencias de ayuda o de embajadas de países occidentales.

—Aquí no necesitas usar la pañoleta —le dijo Brenner a Kate.

—Te puedes tapar los ojos con ella mientras haces tus compras —le propuse.

—Sigue y te la aprieto en el cuello.

Kate se descubrió, revelándose como la más hermosa de las mujeres que estaban en la tienda, con la posible excepción de una chica de poco más de veinte años, con su mochila en la espalda, que tenía acento australiano y largos y rojos cabellos. Pero me aparto de mi relato.

Mientras Kate curioseaba por la tienda y Brenner cuidaba la puerta, entablé conversación con un hombre joven, un norteamericano llamado Matt Longo, de Nueva York. El joven *Mr. Longo* vivía en Sana'a en una torre de viviendas, pero no la misma en que habíamos comido. Se había graduado en Yale en estudios del Medio Oriente, sabía hablar árabe, y su viaje a Yemen obedecía a un deseo de aprender las formas más puras y antiguas de la lengua que se hablaba en la Tierra que el Tiempo Olvidó. Llevaba un mes en el país, y le faltaba un mes más.

—¿No han tratado de secuestrarte? —le pregunté.

Le pareció muy gracioso, y me respondió:

—No. Es gente de verdad buena.

—Ya, ya. Pero el Departamento de Estado se la pasa emitiendo avisos a los viajeros sobre que la gente de aquí que no es tan buena.

—Exageran —opinó, encogiéndose de hombros—. He viajado por todo el Medio Oriente sin tener problemas.

—Qué bueno. Pero hay que andar con cuidado.

—Comprendo —confesó—. Soy mitad judío, así que entiendo a qué se refiere.

—No lo andes diciendo por ahí.

—Claro. ¿Ya visitó el barrio judío? —inquirió.

—Lo tengo en la lista.

—Vale la pena verlo. Sigue casi del todo despoblado. Casas con la estrella de David donde nadie ha vivido desde hace cincuenta o sesenta años. Se siente uno muy raro. ¿Por qué no las han demolido los yemenitas? ¿O no se han mudado a vivir en ellas? Parece que estuvieran esperando el regreso de los judíos.

—Ésa puede ser una larga espera.

—Sí. Pero nunca se sabe.

—A lo mejor tras el siguiente diluvio.

—La semana que viene —me dijo— iré a Marib con algunas personas. Hay ruinas preislámicas allí. Templos a los dioses del sol y la luna. El Palacio de la Reina de Saba. ¡Hay que ver un lugar así!

—Convendría informarse antes de la situación de seguridad.

—Ya lo sé —me informó—. Aquí hay una suerte de policía que se llama Oficina Nacional de Seguridad que protege a los turistas. Nos van a proporcionar como veinte sujetos armados, que van incluidos en los doscientos dólares que cuesta el viaje y también el transporte.

—Lo barato puede salir caro —le advertí, decidiendo darle algo de inteligencia reciente—. Anoche se produjo un ataque en esa zona, contra instalaciones petroleras norteamericanas. Se sospecha de Al Qaeda.

*Mr. Longo*, que tendría unos veintitantos años de edad y por lo tanto se creía inmortal, no se mostró preocupado.

—¿Por qué está usted en el país? —me preguntó.

—Un error, creí que el agente de viajes decía «Bremen».

Se rio y me dijo:

—Verá que le saca jugo al viaje.

—Eso pienso hacer. ¿Viajas solo?

—En unos días viene mi novia.

Le di un consejo:

—Registren sus nombres y su domicilio local en el consulado de la embajada.

—Bueno.

—¿Sabes dónde está la embajada de Estados Unidos?

—No.

—Infórmate.

—Bueno.

—¿Sueno como si fuera tu padre?

—Un poco.

Le conté dónde me podía encontrar y agregué:

—Si todavía sigo aquí cuando llegue tu novia, vengan al hotel. Mi esposa y yo los invitamos a cenar y a unos tragos de verdad.

—Gracias —repuso—. Si quieren venir al viaje a Marib, quedan lugares. Como veinte dólares por cabeza.

Más o menos lo que paga Al Qaeda por una cabeza.

Tomé nota de su número de teléfono satelital, le expresé mis deseos de buena suerte y alcancé a Kate, que estaba en el departamento de velos y baltos.

Me puse a pensar en que Sana'a era una ciudad de serenidad engañosa; el peligro no llegaba a tanto como para no salir a la calle, pero tampoco las calles eran tan seguras como para que un occidental anduviera solo paseando por ahí. Era una cuestión relativa: dependía de quién eras y cuál era la situación en un momento determinado. Para nosotros —personal de la embajada norteamericana—, Sana'a era siempre una aventura. Para Matt Longo, sólo una escala de un largo viaje.

Las damas yemenitas que atendían la tienda eran amables, hablaban inglés y parecían pertenecer a la clase educada. Una de ellas, Anisa, insistió en que subiéramos al piso de arriba, donde varias mujeres yemenitas —sobre todo viudas y señoras divorciadas, nos informó Anisa— cortaban telas y cosían ropa a mano o en viejas máquinas de coser de pedal.

Era raro que en Yemen las mujeres trabajasen fuera del hogar, pero por lo visto se les toleraba dado que el trabajo tenía finalidad caritativa. Brenner nos lo hizo saber:

—El Corán exhorta a los musulmanes a ser caritativos y prestar ayuda a los pobres.

—¿Qué coreano es ése?

—El *Corán*.

—Ya, ya.

¿Cuántas veces más podría usar ese chiste?

A fin de cuentas, Kate auxilió a los pobres al ritmo de tres bolsas repletas de vestidos, lo cual me recordó que su ropa se había quedado en Nueva York, a la espera de un domicilio en Yemen donde se la pudieran enviar. Compró también un balto negro, que, como había sugerido Buck, sería una prenda de lo más apropiada cuando fuera necesario pasar inadvertida. No vendían vestidos, o como se llamen, para hombres, así que me libré de ese trance. Las cosas de Kate ascendían a unos veinte dólares; no podía quejarme. Me sentí movido a donar otros veinte a las caridades de la tienda, como expresión de gratitud, en parte por los precios de maquila del tercer mundo.

Salimos de La Esperanza, y Kate cubrió su linda cara con la pañoleta. Cruzamos la calle hacia el zoco de las jambiyas, una plaza pequeña que tenía el aspecto de haber existido desde el año del diluvio, literalmente.

Brenner me condujo hacia una tienda pequeña, que Buck había recomendado, y el propietario, el señor Hassan, manifestó que se acordaba de Brenner. Quizá Buck y Brenner sacaran una comisión de ventas; no me sorprendería. Ni tampoco que el señor Hassan fuera a telefonar a alguien justo después de salir nosotros.

Brenner me impartió con alegría su cultura de las dagas curvas, y en quince minutos me vi convertido en el orgulloso propietario de una jambiya de perfil malvado, con mango de cuerno de carnero. Cien dólares era el precio, rebajado del

original de trescientos para nosotros por ser norteamericanos. O tal vez subido del original de veinte porque éramos norteamericanos. Regatear con un árabe en un zoco no figura entre mis talentos, así que le di sus cien dólares al señor Hassan, que añadió un cinturón de cuero hecho a mano y una funda con remate de plata.

Le pregunté al señor Hassan, un viejo mustio con una larga barba blanca:

—¿Ha matado a alguien esta jambiya?

Entendía suficiente inglés para sonreír, y poseía suficiente honestidad para contestar:

—No. Para usted la primera matada.

Se me presentó de repente, en mi fantasía, la imagen de estar en la oficina de Tom Walsh, diciéndole: «Te traje algo de Yemen. Cierra los ojos».

Una vez completada la transacción, salimos de la tienda de cuchillos, y yo llevaba puesto el cinturón con la daga en su funda, que, para quien concierna tal información, no se lleva a un costado, sino delante, con la punta de la curva a la derecha. O, si uno es gay, a la izquierda. Esto último lo he inventado yo.

—¡Ese cuchillo costó cinco veces más que toda la ropa que compré yo! —exclamó Kate.

—Los juguetes de los niños son más caros —le recordé.

Fue una desilusión que no nos diera tiempo de visitar el mercado de burros, que quedaba cerca de ahí, pero así nos quedaba esa atracción para algún otro día. Nos movimos en dirección al oeste hasta llegar al amplio wadi que separa la Ciudad Vieja en lados este y oeste, como la Quinta Avenida en Manhattan. Ahí se acaba la comparación. El wadi estaba seco, como nos había contado Brenner, con una parte del lecho fluvial pavimentada, y repleto de tráfico. Lo cruzamos por el único puente visible y dimos la vuelta al sur, hacia la mezquita de al-Mahdi.

Si Al Qaeda nos estuviera acechando, ahí tendrían la última oportunidad de hacer algo antes de que nos metiéramos al vehículo blindado; a mí me hubiese gustado una oportunidad temprana de estrenar mi pistola. Lo único que me preocupaba de verdad era la posibilidad de que alguien deseoso de entrar al Paraíso antes de la hora de la cena se nos viniera encima con un auto repleto de explosivos o con un cinturón suicida. Yo y mis compañeros podíamos lidiar con cualquier otra cosa.

Brenner se comunicó con Zamo por radio, y permanecimos en contacto hasta tenerlo a la vista.

Zamo se nos emparejó mientras andábamos, y trepamos a la Land Cruiser de un salto, yo junto al conductor. Nos encaminamos al sur sobre el lecho del wadi.

—¿Pasó algo interesante? —inquirió Brenner a Zamo.

—No —repuso Zamo—. Sólo un sujeto que me dio una caja de mangos. La puse atrás.

—¿No oyes un tictac entre los mangos?

Se rieron. Me pareció evidente que esos dos habían desarrollado un don para el humorismo en la línea de fuego. Así conseguían mantener la cordura. A menos que

ese límite hubiera dejado de existir para ellos.

## CAPÍTULO VEINTIOCHO

Mientras íbamos a la Fortaleza Ghumdan saqué mi jambiya para enseñársela a Zamo, que le echó un vistazo y dijo, por cortesía:

—Qué bonita. Pero nadie se te debe acercar lo suficiente como para que debas echar mano a un cuchillo.

—Conforme —repuse, aunque me acordaba de mi último encuentro con el León—. Pero puede suceder.

—Sí, pero sólo si tú quieres que suceda.

—Ya, ya —admití, queriendo cambiar el tema—. Y tú, ¿a cuántos has matado?

—Confirmados, once —respondió, tan tranquilo—, posibles dos, uno que fallé. Por alguna razón, aquel cabrón se agachó.

Se rio, y añadió:

—A lo mejor vio una monedita en el suelo.

—Sería su día de suerte —comenté y quise volver a variar de conversación—. Para divertirte, ¿qué haces aquí?

—Lo que estoy haciendo ahora.

En menos de cinco minutos estábamos ya junto a los muros de la Fortaleza Ghumdan, un edificio imponente de ladrillos oscuros que dominaba el paisaje. Brenner habló:

—Los turcos construyeron esto en el siglo diecinueve, sobre las ruinas del antiguo Palacio de Ghumdan, como ya les conté. La ocupación turca fue brutal. Se decía que de los yemenitas que ingresaron a la Fortaleza Ghumdan no se volvió a saber nada.

Ya, ya. Casi todas las viejas ciudades tienen un lugar así, una fortaleza-prisión legendaria, cuyo nombre basta para infundir miedo a los habitantes, sobre todo a los niños. «Amir, recoge tu cuarto o te encerrarán en la Fortaleza Ghumdan». En el mundo civilizado, los lugares de semejante índole suelen convertirse en museos y atracciones turísticas, como la Torre de Londres. Aquí, el edificio seguía en funciones, pero bajo nueva gerencia.

Al llegar a los portones de la fortaleza, di un consejo:

—Pónganse el velo quienes lo necesiten.

Brenner bajó su ventanilla y dijo algo en árabe a uno de los soldados, en lo que pude oír que mencionaba los nombres Brenner y Corey. O sea, nosotros. El soldado clavó los ojos en Kate.

—Esperen —dijo, y volvió a entrar en la caseta de vigilancia.

—¿Ya has estado aquí antes? —le pregunté a Brenner.

—En una ocasión. Un idiota de Washington en visita oficial a la embajada —relató— se puso a hablar con una mujer yemenita en la calle. Ella era de clase alta, no llevaba velo y sonreía demasiado. Los encarcelaron a los dos.

—Culpa de ella —señalé—. Si hubiera tenido puesto el velo, nada de eso habría pasado: ni la conversación ni las sonrisas.

Brenner no comentó nada al respecto, pero finalizó:

—De cualquier modo, lo saqué de aquí y lo metimos en un avión de regreso a casa.

—Y ¿qué pasó con ella? —preguntó Kate tras su pañoleta.

—No sé —repuso Brenner—. Es probable que la hayan dejado ir con unos bofetones y una advertencia.

Desde luego, no era nada fácil ligarse mujeres en ese país.

Un funcionario se acercó al vehículo y, con tono amable, nos indicó:

—Por favor, estacionen el coche cerca del astabandera y esperen a una persona. La dama no debe salir del coche.

Brenner dijo algo en árabe, incluyendo «As-salaam alaikum», y nos pusimos en movimiento.

El centro de la fortaleza era un espacio abierto de tierra y grava, quizás utilizado en el pasado como lugar para desfiles y pasar revista, y que ahora servía para depositar equipo militar. En unas sillas blancas de plástico se sentaban unos cuantos soldados, mascando algo. ¿Qué sería?

Brenner nos indicó algunos viejos tanques y unidades de artillería tipo howitzer de fabricación soviética, junto a unidades norteamericanas más nuevas, como tanques Humvee y camiones.

—Les estamos proporcionando todo el equipo que no tenemos comprometido en Irak o en Afganistán. Pero no queremos darles demasiado, porque podrían convertirse en un país de Al Qaeda en uno o dos años. La mitad de estos armamentos está en lugares como éste, esperando reparación o refacciones, y no cuentan con mecánicos calificados, ni con un sistema de inventario de refacciones, lo cual tampoco necesitan porque se las roban casi todas. El equipo que sí funciona lo usan contra las tribus, en lugar de contra Al Qaeda.

¿A quién le importaba? A mí no, desde luego. Mi tarea consistía en tronar a un individuo y largarme de allí. Brenner llevaba demasiado tiempo en ese país.

—El gobierno yemenita —prosiguió— rechaza a los asesores militares norteamericanos que podrían ayudar a resolver problemas de capacitación y logística, pero pide a Estados Unidos dinero y equipos, que luego maneja sin la menor responsabilidad.

Igual que en Federal Plaza 26.

—Es como en Vietnam —explicó Brenner, que tenía una visión del mundo muy influida por esa óptica—. Aliados incompetentes, de voluntad débil, que luchan contra un enemigo movido por impulsos superiores a poner a salvo el propio trasero. Pero no sería difícil darle la vuelta con unas cuantas unidades de las Fuerzas Especiales, tal vez un batallón de Rangers y un equipo de asesores militares.

—Eso es lo mismo que decía el Pentágono de Vietnam —le recordé.

—Sí... pero... —empezó a responder, antes de interrumpirse para dar instrucciones a Zamo—. Estaciónate aquí.

Zamo se detuvo en un lugar cerca del asta, entre dos camiones hechos en Estados Unidos.

—Veamos —dijo Brenner—, Kate y Zamo se quedan dentro del vehículo, y John y yo salimos para esperar a una persona. Si para el miércoles no hemos vuelto, llamen a la embajada.

Entre algunas risas, Zamo comentó:

—Entrar aquí es fácil; salir no tanto.

Eso no nos pareció tan chistoso. Brenner le dijo a Zamo:

—Telefonea un reporte de situación.

Miré a Kate.

—¿Vas a estar bien? —le pregunté.

—Perfectamente. Tengo a Zamo y una Colt .45.

—No te descubras la cara —le aconsejó Brenner.

Para contribuir al espíritu intercultural, me dejé puesta la jambiya. Brenner y yo salimos del auto y nos alejamos de los vehículos estacionados, para resultar más visibles a la persona, quienquiera que fuese. La verdad es que yo creía saber con certeza quién iba a recibirnos.

Miré las edificaciones de piedra y ladrillo en torno a nosotros. Algunas viejas fortalezas son románticas; otras resultan siniestras y deprimentes. Esta construcción podría ganar el primer premio para la más horrible prisión de la arquitectura turca.

—El papel que desempeñas aquí —me recordó Brenner— es de conducir un interrogatorio como parte del Equipo de Recolección de Evidencia del FBI que investiga el atentado contra el *Cole*. Pero, si no te importa, me gustaría interrogar también yo al prisionero.

—De acuerdo. Empieza tú, y luego te enseñaré cómo hacerlo.

Lo tomó bastante bien, pero quiso recordarme:

—No olvides que he sido investigador criminal.

—Ya, ya. Pero si aquí las cosas son como en la Prisión Central de Adén, no hay que esperar demasiado.

Se acercó un Humvee por el patio polvoriento y se detuvo a unos metros de nosotros. Se abrió la puerta trasera y el coronel Hakim, de la Organización de Seguridad Política, descendió. Se había puesto de uniforme para la ocasión, pero ni siquiera así mejoraba su aspecto.

Eché un vistazo a mi jambiya y sonrió, tal vez con sarcasmo. Hizo ademán de que subiéramos al vehículo. Subí adelante, junto al conductor, que olía como si pasara el tiempo en el corral de ganado, y Brenner le hizo compañía al coronel Hakim en el asiento de atrás.

Brenner, atendiendo al protocolo, le dijo a Hakim:

—Gracias, coronel, por recibirnos.

—No estoy de acuerdo con esto —replicó el coronel Hakim—, pero obedezco órdenes.

¡Qué hombre más fino! Daban ganas de decirle: «Mira, cretino, yo ayudé a pagar este Humvee en que vas sentado».

—Tenemos un enemigo común —le recordó Brenner al coronel—. Estados Unidos está en este país para ofrecer ayuda.

No hubo respuesta.

Para confirmar lo que Buck había dicho sobre la CIA, le pregunté al señor Feliz:

—¿Han venido otros norteamericanos para hablar con el prisionero?

No dijo nada por un momento, y enseguida preguntó a su vez:

—¿Es que usted no lo sabe?

—Acabo de llegar.

—¿Ah, sí? Pregúntele a sus amigos.

¡Qué mierda de tipo!

Nos detuvimos en una construcción de cuatro pisos todavía más opresiva. Aun sin mirar los barrotes en las ventanas, se adivinaba que era una cárcel.

He visto demasiadas cárceles en mi vida. Y demasiados prisioneros. Cada visita a una prisión me quitaba algo, pero me dejaba con otra cosa.

—Tienen media hora —anunció el coronel Hakim—. Nada más.

Era indudable que el deseo del coronel Hakim para una siguiente ocasión consistía en obsequiarnos una estancia de más de media hora. Por ejemplo, de unos veinte años. Entre tanto, sólo estábamos de visita.

## CAPÍTULO VEINTINUEVE

Ingresamos a la prisión por una puerta de hierro oxidado que daba a un vestíbulo de piedra oscura, donde un guardia se puso firme y presentó armas.

Seguimos al coronel Hakim por un corredor silencioso entre paredes de mampostería podrida. El edificio debía tener problemas de humedad.

Repasé en mi cabeza mis experiencias en la prisión central de Adén, construida por los británicos cuando controlaban el Yemen del Sur. Ese lugar también era feo y deprimente, pero parecía un *spa* de salud comparado con lo que estaba viendo.

El coronel Hakim nos condujo por otro corredor en que había puertas de madera cerradas. Ya no era el momento de echarse para atrás, pero cuando pasamos por una escalera estrecha que subía al piso siguiente, se oyó el alarido de un hombre, y luego otra voz que gritaba algo. Enseguida, otro aullido. Qué bueno, al menos alguien trabajaba.

El coronel Hakim abrió una puerta, y entramos tras él a un cuarto donde había dos hombres sentados en sillas de plástico junto a una mesa pequeña. A lo largo de una de las paredes se extendía una fila de archiveros, y en el muro más distante se abría una ventana enrejada sin vidrio, que permitía acceso de luz y de cualquier cosa que quisiera entrar volando. Un ventilador de pie revolvía el aire sucio.

Otra de las paredes ostentaba un retrato grande del presidente vitalicio de Yemen, Alí Abdullah Saleh, un émulo de Saddam Hussein con todo y bigote, que intentaba desesperadamente no ser arrastrado al mismo final que su ídolo iraquí.

Y en otro muro había signos y carteles en árabe. Supuse que no contendrían los derechos de los acusados, aunque tal vez en alguno hubiese un letrero que dijera: los empleados deben lavarse las manos después de golpear a los prisioneros.

Los dos hombres se habían puesto de pie, y ninguno tenía aspecto de prisionero. De hecho, Hakim los presentó como el traductor y el médico.

—Prisionero no habla inglés, y enfermo.

El intérprete, un hombre joven con atuendo occidental, dijo que lo podíamos llamar Sammy. El doctor, un viejo caballero que llevaba un traje raído sin corbata, dijo ser el doctor Fahd. Brenner se presentó usando su antiguo rango militar, así que yo quise presentarme como el *commander* Corey. ¿Por qué no?

El intérprete nos invitó a sentarnos, pero Hakim permaneció de pie. El Dr. Fahd se sentó, encendió un cigarro y se puso a leer un periódico. Sammy tenía frente a él un expediente y comenzó a pasar sus hojas. Nos informó a Brenner y a mí:

—El nombre del prisionero es Rahim ibn Hayyam...

—¿Pueden darme una copia del expediente?

Hakim, parado junto a la ventana, le espetó:

—¿Sabe leer árabe usted, *Mr.* Brenner?

—No, pero lo mandaré traducir —contestó Brenner, con demasiada cortesía a mi modo de ver.

—Ese expediente es secreto y no puede salir de esta habitación —le informó Hakim.

Saqué la pluma y el cuaderno de detective sin el cual nunca salgo de casa, y le pedí a Sammy:

—¿Puede deletrearme el nombre?

—No, nada de notas —interpuso Hakim—. Sólo escuchar. Brenner me dijo:

—Haremos una solicitud mediante canales oficiales.

—El prisionero —prosiguió Sammy— dice que tiene veintidós años de edad, y que es ciudadano saudí por nacimiento. Entregó su pasaporte a Al Qaeda, así que sólo tenemos su palabra. Viene de una buena familia de clase media alta que vive en Medina. Cursó dos años de universidad en Riyadh. Afirma además que es un buen musulmán, que responde a las llamadas a la oración durante el día, y ha realizado su Haji.

Supongo que eso era bueno. Sammy habló un poco más sobre las bases religiosas del prisionero, que era musulmán sunita, su devoción a las enseñanzas del Corán y cosas por el estilo.

¿De qué me serviría a mí saber todo eso? Supuse que en estas culturas esos asuntos se consideraban importantes. ¿Por qué? Ni idea. Quizá si uno era buen musulmán le daban mejor comida, o menos patadas en los huevos. Mientras tanto, el reloj seguía su marcha. Brenner tuvo el mérito de pedir:

—¿Podemos pasar a la otra información?

Sammy echó un vistazo a Hakim. Ya había perdido todo el tiempo permisible, y Hakim inclinó la cabeza como forma de asentimiento.

Sammy pasó otra hoja del expediente, y reanudó:

—El prisionero dice que fue reclutado por Al Qaeda en Medina hace cuatro meses. No conoce los apellidos de sus reclutadores, sólo sus nombres. Ha dicho que todos ellos eran saudís. Poco después viajó a Sana'a en la aerolínea Yemenia con su propio pasaporte y visa de turista. En el aeropuerto fue recibido por dos hombres armados que lo llevaron a una casa en un desierto, un lugar desconocido para él. Se quedó cinco días en esa casa, con otros dos reclutas de Arabia Saudita, y durante ese tiempo se dedicaron a la oración y el ayuno.

¡Vaya! ¡Había que ver cómo se divertían! No me extrañaba que todos quisieran ingresar a Al Qaeda. Viajes, aventuras, nuevas amistades, ayunos, oraciones, heridas de bala y torturas en la cárcel. ¿Dónde me apunto? Carajo, ¿en qué pensaban estas gentes? Ésa era la cuestión.

—Al amanecer del quinto día —leyó Sammy— el prisionero y los otros dos hombres fueron puestos en un Toyota Hilux y conducidos por un chofer hacia el este, por el camino a Marib. Los detuvieron en tres retenes militares, pero como declararon ser turistas saudís, con pasaportes, estudiantes que iban de camino a visitar las ruinas

de Marib, les permitieron pasar. El conductor, un yemenita, dijo a los soldados que estaba contratado como guía.

Dejó de leer para informarnos:

—En esa provincia existen templos antiguos de la época de Saba, y ahí se encuentra el sitio en que el arca de Noé quedó en reposo, así que tiene interés para los judíos, los cristianos y los musulmanes.

Ya, ya. Y para las petrolíferas norteamericanas, así como para Al Qaeda. Ahí en Marib pasaban muchas cosas. Matt Longo tenía razón: era un lugar que no podría dejar de ver.

—Hicieron un viaje de cinco horas por la carretera de Marib —Sammy había retomado la lectura—, y media hora más subiendo unas montañas. El prisionero afirma que no puede indicar los lugares por donde viajaron en las montañas, ni tampoco el punto de destino, pues les pidieron a los tres que se vendaran los ojos. Con sus dos compatriotas —prosiguió Sammy—, el prisionero se encontró en un campo en la montaña, que describe como primitivo. Casas de adobe, cuevas y algunas tiendas tradicionales. Tal vez antes fuera un campamento beduino, convertido en campo de entrenamiento de Al Qaeda, con unos cien reclutas de varios países, incluyendo Omán, Irak, Egipto y Kuwait. Además estaban ahí diez o doce hombres más que se desempeñaban como oficiales, instructores militares y guías espirituales.

¿Guías espirituales? Quizás eso es lo que yo necesitaba en lugar de supervisores. Faltaba el elemento espiritual en la Fuerza Operativa Antiterrorista. ¿Cómo ser cruzados de la causa si no teníamos guías espirituales? La impresión que se formaba en mí sobre los jihadistas islámicos, incluidos los de Al Qaeda, era de gente con mentalidad medieval y armas del siglo veintiuno. Y eso, pensaba yo, hacía que esta guerra fuese diferente de otras. Eché de menos a los comunistas ateos.

Sammy pasó a otra página y leyó:

—El adiestramiento en aquel campo duró tres meses. Prácticas de rifle, con explosivos, lectura de mapas y equipos de comunicación. El prisionero describió un entrenamiento de mucha dificultad, que los dejaba agotados. Les daban alimentos de mala calidad.

¡Más y más divertido! Empero, había que darles algún crédito a esos cabrones. Tengo un sobrino adolescente que se niega a limpiar su habitación, pero Al Qaeda consigue que esos chicos, casi todos de clase media, abandonen sus aires acondicionados, televisores, baños con agua corriente, y se vayan a vivir en condiciones miserables, en casas de adobe, a comer cabras y a aprender a hacer la guerra. Algo semejante a los Peace Corps, pero con armas. Y además había que considerar a la Pantera, el nativo de Perth Amboy, Nueva Jersey. ¿Qué diablos pasaba?

—El prisionero declara que en el campamento había una persona encargada de funciones médicas, pero sin los conocimientos ni suministros necesarios. Dice que uno de los reclutas murió de unas fiebres, y otro de heridas recibidas al caerse de un

camino en la montaña. En el campamento sufrieron muchas enfermedades.

Ya, ya. No tenían una enfermera que les pinchara el culo antes de ir a Yemen. La información se resumía en que la presencia de Al Qaeda en Yemen estaba en la primera o segunda etapa de desarrollo. Habían entrado al país, organizaban campamentos, y ya tenían reclutas e instructores, pero aún no lograban suficiente fuerza para movimientos dirigidos a derrocar al gobierno. Al mismo tiempo, Al Qaeda se afianzaba y aumentaba su prestigio mediante ataques en contra de individuos e intereses extranjeros —turistas, embajadas y negocios—, sin confrontarse con los militares yemenitas, lo cual provocaría que el ejército, a pesar de su pereza e incompetencia, los persiguiera. Y habían llevado a cabo el atentado contra el USS *Cole*, el primer ataque de Al Qaeda en Yemen, con el que habían logrado su mayor éxito de manera muy espectacular, llamando la atención de todo el mundo.

—Al concluir el adiestramiento —siguió Sammy—, el prisionero junto con otros cuarenta individuos fueron transportados en vehículos a una región al norte del pueblo de Marib. En ese lugar vivían en cabañas vacías de pastores de borregos. Fue allí donde se planeó el ataque a las instalaciones petroleras norteamericanas, situadas en las inmediaciones.

Sammy alzó la mirada y nos contó:

—En ese punto hubo que interrumpir el interrogatorio por la razón de que el prisionero se indispuso y fue necesario llevarlo al hospital.

Ya, ya. Hay un equilibrio delicado entre un interrogatorio vigoroso y mandar al prisionero al hospital. O a la morgue.

Sin embargo, Sammy tenía noticias tranquilizadoras.

—El prisionero ya se encuentra mejor, y podrán hablar con él. Se trata de un joven desorientado —opinó el traductor—, que está asustado y llora por sus padres y por la buena vida que disfrutaba en Arabia Saudita.

¡A poco! Este jovenzuelo enfrentaba una sentencia de diez a veinte años en una cárcel yemenita, que equivalían a una pena de muerte. A menos que Al Qaeda lo liberase. O que Al Qaeda tomara el poder local. Entonces sería un héroe. Mientras llegaba ese momento, tenía que sobrevivir, y la mejor manera de hacerlo consistía en hablar. Parecía estar dispuesto a ello, si esos imbéciles no lo mataban antes. Brenner tenía una pregunta para Sammy:

—¿Dijo el prisionero quiénes eran sus jefes?

—Como ya informé, sólo conoce los nombres, no los apellidos, de sus compañeros —replicó Sammy.

Sea, pero ¿acaso no podía dar una descripción de los líderes? ¿Su nacionalidad? ¿Cosas como si a alguno de ellos se le notaba acento de Nueva Jersey, o llevaba una camiseta con un letrero de Jersey Shore? Si me dejaran a solas con el prisionero un par de horas, le exprimiría cada gota. Pero los interrogadores eran como los que había conocido antes en Adén: unos sádicos ineptos. Todo lo que querían obtener era una lista de nombres y una confesión completa. En cambio, yo deseaba averiguar qué

comía para el desayuno el prisionero, y cuál era su programa favorito de televisión, y a partir de ahí preguntarle todo.

—¿Qué dijo el prisionero sobre la relación entre su campamento y las tribus de la región? —preguntó Brenner.

—No ha dicho nada de eso —respondió Sammy.

—¿Por qué no se le interrogó al respecto? —insistió Brenner—. ¿Cómo puede existir un campamento así sin la licencia de los jefes de las tribus?

—Quizá llegaron a un entendimiento con ellos —especuló Sammy, encogiéndose de hombros—. O el campamento era demasiado fuerte para la tribu de ese territorio. O también...

—Mr. Brenner —interrumpió Hakim—, no interrogue al traductor. Él se limita a hablar de lo que el prisionero ha dicho.

Eso era verdad. Pero como a Sammy le gustaba conversar y cooperar con los estadounidenses, le pregunté:

—¿Quiso cooperar el prisionero con los otros norteamericanos que vinieron esta mañana?

—Sí —repuso Sammy—, pero como el prisionero estaba enfermo, en el hospital, no pudieron hablar mucho tiempo con él.

Le pregunté enseguida al coronel Hakim:

—¿Estuvo usted presente esta mañana cuando vinieron los agentes de la CIA?

—Pregúnteles a ellos, no a mí. Ya es tiempo de ir a ver al prisionero —espetó Hakim, dando signos de impaciencia.

El Dr. Fahd tomó su maletín, y todos nos pusimos de pie y seguimos a Hakim, que salió de la habitación y tomó el corredor.

No había ninguna certeza de que eso que hacíamos nos pudiera aproximar a la Pantera, pero al menos era interesante. Una pequeño vislumbre del *modus operandi* de Al Qaeda, aunque no de lo que traían dentro de la cabeza sus dirigentes. Lo más probable era que eso nunca lo llegara yo a averiguar; vivíamos en planetas diferentes. Pero creí entender un poquito a Rahim ibn Hayyam, aunque no lo conocía aún. Un joven asustado, con ganas de hablar. Aunque pensara no saber nada sobre cuestiones más amplias, sin duda sabía más de lo que creía.

Con un poco de suerte, Rahim conocía a la Pantera, y con otro poco, la Pantera seguía en las montañas de Marib. Y si se quedaba allí, pronto tendría a John Corey yendo tras su culo.

## CAPÍTULO TREINTA

Llegamos a una puerta de hierro, junto a la cual un guardia tomaba la siesta del khat en una silla blanca de plástico. Hakim le dio una patada en la pierna, y el hombre se levantó apresuradamente para abrir la puerta.

Hakim entró el primero, y tras él Sammy, el Dr. Fahd, Brenner y yo.

La celda, que debía ser una sala de interrogatorio, tenía unos tres metros de lado. La luz entraba por una ventana alta, con reja, complementada por una sola bombilla eléctrica colgada del techo. Las paredes eran de ladrillo encalado, con interesantes manchas rojizas en el perímetro, que incluían huellas de manos.

En el suelo, sobre un colchón inmundo, yacía un hombre joven con barba hirsuta, que llevaba pijamas blancos y sucios de prisionero, con manchas de sangre en la pierna izquierda, pues la herida sangraba a través de sus vendas. Noté que el ojo derecho se le había cerrado por la hinchazón. Tenía partido el labio inferior, y se le había torcido la nariz ganchuda. Vi además que tenía brazos y piernas encadenados, y que las cadenas de la pierna estaban enganchadas al suelo.

—Las cadenas son para impedir que se haga daño —explicó Hakim a sus visitantes norteamericanos.

Ya, ya. Ahí no le faltaba gente que se encargara de hacer eso por él.

Hakim ladró varias palabras al prisionero, que se incorporó poco a poco y se recargó en la pared.

—Como se puede ver —siguió explicando Hakim—, este hombre fue herido cuando se resistió al ser capturado por las fuerzas de seguridad en las instalaciones petroleras norteamericanas.

Ya había oído yo las mismas mentiras en la prisión de Adén. No dejaba de tener cierto interés el que los yemenitas mintieran a los norteamericanos respecto del hecho de que golpeaban a los prisioneros. A pesar de los chistes que hago, no soy ningún admirador de la tortura. Es un procedimiento sucio, riesgoso, poco productivo y, además, está mal. Lo que se le quiere sacar al prisionero es lo que tiene en la cabeza, así que es necesario torturarlo el cerebro, no el cuerpo. Se tarda más tiempo, pero se consiguen mejores resultados.

El Dr. Fahd acercó una silla al prisionero, para examinar sus signos vitales.

En la habitación había otras cuatro sillas de plástico, y el coronel Hakim nos invitó a mí, a Brenner y a Sammy a sentarnos frente al prisionero. Hakim agarró una silla y la puso contra la pared, entre nosotros y el prisionero, y se sentó en ella.

Al acostumbrarse mis ojos a la penumbra, vi cerca del prisionero una botella vacía de agua y un bote lleno de lo que por el olor y el aspecto eran sus orines. En el suelo había colillas viejas de cigarros, y algo que podría ser el residuo de hojas de khat bien masticadas. La habitación apestaba a cien años de miseria.

El Dr. Fahd examinó con una lamparita los ojos del prisionero y le tomó la temperatura. Enseguida le auscultó el corazón y los pulmones y por último registró su presión sanguínea.

El buen doctor se levantó y anunció:

—El prisionero está bien.

La verdad es que el prisionero lucía como si hubiera boxeado diez *rounds* con Mike Tyson. Pero tal vez sus signos vitales fuesen buenos.

El Dr. Fahd se sentó en un rincón y encendió un cigarro. Por lo visto los doctores podían fumar en ese lugar.

El coronel Hakim habló al prisionero, al parecer sobre sus visitantes. Capté la palabra «Amrika».

El prisionero cerró el ojo bueno y asintió con la cabeza.

—Pueden empezar —nos dijo Hakim.

Incliné la cabeza hacia Brenner, que miró a Rahim ibn Hayyam y le preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Sammy tradujo, Rahim replicó, y Sammy, olvidando o quizá ignorando que Brenner sabía algo de árabe, nos dijo:

—Se encuentra bien.

—No se encuentra bien —corrigió Brenner—. Y ha dicho que necesita agua y comida.

Sammy miró al coronel Hakim, y éste se dirigió a Brenner:

—Ya que habla tan bien el árabe, le diré al traductor que puede irse.

—Hablo suficiente árabe —repuso Brenner— para descubrir falsedad en la traducción.

Hakim hizo caso omiso de las palabras de Brenner, y en cambio me preguntó a mí:

—Y usted, *Mr. Corey*, ¿habla el árabe?

—Mejor de lo que usted habla el inglés.

A Hakim eso le desagradó, pero le dijo algo al guardia, que se marchó. A continuación, le dijo a Brenner:

—Puede continuar.

Una vez aclarado el punto de que no les sería posible engañarnos del todo, Brenner, corriendo contra el reloj, entró en materia.

—¿Cómo se llama tu comandante?

Sammy preguntó, Rahim explicó y Sammy tradujo.

—Como ya ha declarado, sólo sabe sus nombres, no sus apellidos.

—Sea. ¿Qué nombre tiene su comandante?

Sammy transmitió la pregunta, y Rahim respondió:

—Sayid.

El prisionero agregó algo más, y Sammy nos contó:

—Era uno de los que murieron en el ataque.

Bueno. Un callejón sin salida, ése.

—¿De qué nacionalidad era Sayid? —interrogó Brenner.

Iraquí, fue la respuesta.

El guardia volvió con una botella de agua y la arrojó sobre el colchón. Rahim la abrió y se la bebió toda de un largo trago.

Brenner hizo unas pocas preguntas más sobre los compañeros de armas de Rahim. En resumen, la unidad de combate del tamaño de un pelotón estaba compuesta por hombres que en realidad no sabían los nombres completos de los demás, lo cual era una medida eficaz de seguridad en caso de que alguno de ellos, como Rahim, cayera prisionero. Sin embargo, conocían sus nacionalidades, y en algunos casos los pueblos de origen, y Brenner sacó en claro que más o menos la mitad de ellos eran saudís — nuestros buenos aliados—, y otros venían de Kuwait, el país que liberamos en la primera Guerra del Golfo. Algunos reclutas venían de Omán, un país vecino a Yemen, y otros de Egipto. Había sólo cinco yemenitas, tal vez mascadores de khat en recuperación. La mayoría de los guías espirituales provenían de Arabia Saudita, mientras que casi todos los instructores militares y los comandantes eran iraquís, exoficiales del desaparecido ejército iraquí, que habían conseguido empleo con el grupo llamado Al Qaeda en Mesopotamia. ¡Vaya! Si lo que uno sabe hacer es matar, hay que vender ese talento donde sea.

El exsoldado Brenner llevó adelante su interrogatorio sobre líneas de inteligencia militar: la estructura de mando, los equipamientos, la moral de los combatientes y cosas por el estilo, y obtuvo información interesante para el agregado militar de la embajada. Pero eso no nos aproximaba a la Pantera.

En verdad, como sabíamos Brenner y yo, el interrogatorio presentaba problemas. No sólo nos habían concedido muy poco tiempo, sino que el coronel Hakim de la Organización de Seguridad Política estaba escuchando cada palabra, de modo que se iba a enterar de lo que buscábamos averiguar. Y de paso podría apreciar qué sabíamos y qué ignorábamos.

Si se tratara de verdaderos aliados, nada de eso sería tan significativo. Pero no lo eran. De hecho, ¿cómo saber si el coronel Hakim, o su intérprete o aun el doctor no tenían parientes que eran miembros de Al Qaeda? Me acordaba de haber tenido la misma clase de problemas en los interrogatorios de Adén.

Tomando todo eso en cuenta, Brenner y yo debíamos andar como equilibristas. Sería difícil tener otra oportunidad de entrevistarnos con ese prisionero, y precisábamos aprovechar al máximo la ocasión sin dar demasiada información a nuestros aliados. O enemigos. Por otra parte, queríamos que Al Qaeda se enterase de una cosa: que John Corey buscaba a la Pantera de Perth Amboy.

Brenner se puso su gorra de policía.

—Di a Rahim —le comunicó a Sammy— que si nos sigue diciendo la verdad, los norteamericanos lo asistiremos para que pueda volver con su familia.

Sammy miró a Hakim, que dio su asentimiento, y enseguida tradujo las dudosas

aseveraciones de Brenner. Dudosas porque Rahim era un jihadista de Al Qaeda capturado en un ataque contra una planta petrolera de propiedad norteamericana, así que resultaba más fácil que las autoridades yemenitas lo repatriaran, no las norteamericanas; si Rahim alguna vez pisaba suelo norteamericano, sería en un sitio llamado Guantánamo. Sin embargo, la oferta debe haberle parecido sincera al desesperado Rahim, que asintió vigorosamente.

Brenner le preguntó:

—¿Alguno de los comandantes o compañeros tuyos vivió antes en Norteamérica?

Sammy trasladó la pregunta. Rahim titubeó un poco antes de contestar.

—Dice —relató Sammy— que uno de sus compañeros, Anwar el egipcio, vivió un tiempo en Estados Unidos. Oyó que hablaban de que uno de los comandantes de alto nivel había residido en Norteamérica.

Brenner tuvo la astucia de no hacer de inmediato una pregunta sobre lo mismo y cambió de tema.

—¿Recibieron asistencia o información de alguna de las tribus de la región de Marib? —le preguntó.

Rahim oyó la pregunta, y respondió algo que Sammy tradujo así:

—Dice que un jeque de la tribu Yafi, un jefe local, recibe dinero de Al Qaeda a cambio de derecho de paso por su territorio y por usar el campamento beduino.

Resultaba interesante que Al Qaeda lograra negociar con el jefe local. Aceptando toda diferencia cultural, el dinero es el dinero.

—¿Qué más les daba el jeque? —interrogó Brenner.

Sammy le preguntó a Rahim, y tradujo la respuesta:

—Dice que el jeque les daba comida, guías e información sobre la seguridad de la instalación petrolera de Estados Unidos. También dice que les aseguraron a él y a sus compañeros que con esa información el ataque tendría éxito.

Rahim añadió algo, lo cual es siempre buena señal. Sammy nos dio la traducción:

—Dice que las fuerzas de seguridad de la empresa petrolera los estaban esperando, y piensa que un traidor los delató a los norteamericanos o a los vigilantes yemenitas.

¡Vaya!, bienvenido a Yemen, Rahim. En este país eso no se llama traición, sino comercio normal. Era probable que el jeque local se dedicara a jugar con los dos lados del asunto.

—¿Cómo se llama el jeque? —preguntó Brenner.

Sammy preguntó, pero Rahim arguyó que no lo sabía.

Brenner se volvió a mí.

—Lo yafi son una tribu grande de los alrededores de Marib —me explicó Brenner—, pero como todas las tribus, se han dividido en muchos clanes que a veces toman nombres de sus jeques ancestrales. Si tuviésemos el nombre del jeque, podríamos identificar a la tribu local y tal vez determinar la ubicación del campamento de Al Qaeda.

A continuación le habló a Hakim.

—Convendría que esto se investigara.

—No me diga qué es lo que debo hacer —le cortó Hakim.

¡Vaya! ¿Aliado o cabrón?

Brenner debía pensar que cabrón, porque enseguida me dijo:

—A los de la OSP no les gusta abandonar la seguridad de las ciudades.

Pensé que a Hakim se le iba a tronar un fusible, pero logró controlarse.

—Cinco minutos y ya. El prisionero está enfermo y necesita descansar —dijo en tono oficial.

—Pero el doctor ha dicho que está bien —indiqué.

—Cinco minutos.

Brenner me ofreció:

—Tu turno.

Sea. Como ya he dicho, a mí me gusta ablandar al prisionero con preguntas personales, hablando de temas como deportes, pero me separaba un abismo cultural. Además, me quedaban unos cuatro minutos. Así que me lancé directamente sobre la enchilada haciendo una pregunta capciosa:

—¿Cuándo viste por última vez a Bulus ibn al-Darwish, al-Numair?

Los ojos hinchados de Rahim se desorbitaron aun antes de oír la traducción.

Sammy tradujo, y pude observar que a Rahim le costaba trabajo articular su respuesta. Finalmente, respondió.

El coronel Hakim puso cara de piedra mientras oía hablar a Rahim, y Brenner asentía como si entendiese cada palabra, o al menos la mitad de las palabras. Por fin Sammy tradujo:

—Dice que... al-Numair, la Pantera, se presentó ante ellos la noche del ataque. Anoche. Al-Numair pronunció un discurso a los combatientes y les aseguró que saldrían victoriosos. Oraron juntos. Luego al-Numair se marchó en un vehículo.

Intercambié miradas con Brenner. Enseguida hice una pregunta obligada de policía:

—¿Qué clase de vehículo? ¿De qué color?

Sammy hizo la traducción, y nos dio la respuesta:

—Dice que parecía un Toyota Hilux. Blanco.

—Es un todo-terreno muy común en Yemen. El noventa por ciento de los vehículos en el país son blancos.

—Me he dado cuenta.

Según aquello, la Pantera andaba moviéndose en un vehículo de uso común, lo cual no me sorprendía. En cambio, sí era una sorpresa que tuviese salvoconducto en los territorios tribales.

—¿Cuántos vehículos iban con él? —inquirí.

La respuesta era cinco, y Sammy dijo que eran todoterrenos de color blanco, aunque Rahim no estaba seguro de marcas o modelos.

Hice otra pregunta obligada de policía:

—¿Cómo iba vestido al-Numair?

Respondió que llevaba la indumentaria tradicional de Yemen: fouteh blanco y shiwal en la cabeza. Nada de camisetas de Jersey Shore. Al parecer, la Pantera volvía a sus raíces.

Toqué mi daga y pregunté:

—¿Jambiya?

Sammy no tuvo que traducir. Rahim asintió y dijo:

—Jambiya.

—¿Pelo en la cara?

Sí. Barbas negras y largas.

—¿Qué aspecto general tenía? —pregunté—. ¿Enfermo? ¿Sano? ¿Gordo, flaco?

Sammy preguntó, y me dijo:

—Rahim piensa que tenía aspecto saludable. Pero muy delgado.

—¿Sabe Rahim que Bulus ibn al-Darwish es ciudadano norteamericano?

Sammy dio señas de que la pregunta lo tomaba por sorpresa, aunque a Rahim no.

Sammy tradujo:

—Dice que había oído hablar de eso. Pero no sabía si era cierto.

En un interrogatorio normal era el momento de mencionar una gran recompensa y preguntar: «¿Dónde está escondido?». Pero tenía la seguridad de que Rahim no lo sabría, aunque se le ofrecieran cinco millones de dólares. Y si acaso lo sabía, y nos lo decía, no seríamos los norteamericanos los primeros en llegar ahí. Sin duda, sería alguien que le diría a la Pantera que pusiera pies en polvorosa. O si el ejército yemenita intentaba llegar, no se sentirían obligados a pedirnos ayuda, y quedarían a merced de su ya demostrada incompetencia propia. La Pantera se escaparía. De modo que en lugar de «¿dónde está escondido?», pregunté:

—¿Dónde y cuándo será el siguiente ataque?

Sammy tradujo y Rahim contestó:

—En el campamento se hablaba —tradujo Sammy— de ataques contra el oleoducto entre Marib y As-Salif, ataques contra ingenieros petroleros, trabajadores de organizaciones de auxilio y turistas occidentales. Y se hablaba también de atacar la embajada de Estados Unidos.

Ninguna noticia candente en eso. Era dudoso que un jihadista de bajo nivel supiera nada sobre lugares o fechas concretas de esos ataques. Pensé en el joven *Mr. Longo* y su excursión proyectada para ver los templos de Marib. Tal vez le iría mejor abriendo la página en internet del Consejo de Turismo de Yemen para hacer clic en Marib y conformarse con eso.

Dado que la Pantera había empezado en grande sus actividades en Yemen con el atentado contra el *Cole* en el puerto de Adén, y tomando en cuenta que los criminales a veces regresan al lugar del crimen, hice otra pregunta capciosa:

—¿Qué objetivo tiene al-Numair en Adén?

Rahim había entendido mi pregunta antes de que se la tradujera Sammy, y contestó en árabe. Oí la palabra «Sheraton», que no era la que yo hubiese deseado oír.

—El hotel Sheraton —confirmó Sammy—. Dice que se hablaba de que en ese hotel hay muchos soldados y policías norteamericanos... infieles en la tierra sagrada del Islam... Dice que los compañeros que no participaron en el ataque contra la planta petrolera norteamericana están ahora viajando a Adén. Pero no sabe nada más sobre el tema.

—Esa información podría ser interesante —le comenté a Brenner— para cualquiera que haya hecho planes de registrarse en el Sheraton de Adén.

Brenner no respondió.

—Se ha terminado el tiempo —dijo el coronel Hakim.

No le hice caso, y le hablé directamente a Rahim.

—Gracias por tu cooperación. Si sigues cooperando con los norteamericanos, haremos todo lo posible para ayudarte a volver a tu casa.

Sammy no tradujo. Hakim se puso de pie.

—¡Se acabó!

Como ya sospechaba yo, Rahim, al igual que la mayoría de los saudís educados, sabía un poco de inglés, y era probable que fuese aficionado a películas o series de contrabando en DVD, tal vez *The Sopranos* o *Sex and the City*.

—Señor, por favor, ayuda —rogó—. Yo ayudo a ustedes.

Miré a Rahim, recargado en la pared, que fijaba los ojos en los míos. Si era liberado, me pregunté: ¿se iría a su casa para reanudar su vida o se volvería a unir a los combatientes? Un veinticinco por ciento de los jihadistas liberados en Guantánamo habían vuelto a aparecer en los campos de batalla de Afganistán. Y otros habían sido arrestados de nuevo por actividades terroristas en Arabia Saudita, Irak y Europa. No sabía qué haría Rahim, pero la experiencia me ha enseñado que todos los prisioneros lamentan sus actos. Una vez libres, sin embargo, sólo se arrepienten de haber sido atrapados.

Quizá Rahim fuese diferente. Aunque lo fuera, no se había unido a Al Qaeda para promover la paz mundial. Y no se había aproximado a la planta petrolera norteamericana para pedir trabajo; acudió sabiendo que iba a matar gente. Y si sus jihadistas hubiesen dominado las instalaciones, habrían matado a todos: civiles norteamericanos y europeos, personal de seguridad, trabajadores yemenitas y cualquiera que viviera o trabajara ahí. No fue eso lo que pasó, pero pudo suceder. Y ahora Rahim se lamentaba.

—Ayuda, por favor. Yo ayudo.

Me di la vuelta y me fui.

## CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Después de respirar el aire limpio fuera de la prisión, Brenner le dijo al coronel Hakim:

—Gracias por su tiempo y su ayuda.

Hakim no quiso decirle nada a Brenner. En cambio, me habló:

—Su visa y la de su esposa tienen problemas sin resolver.

—¡Cómo lo siento! A lo mejor necesitábamos visa de turista, como todos esos tipos de Al Qaeda que llegan al aeropuerto de Sana'a.

El coronel Hakim no encontró modo de replicar, pero nos advirtió a ambos:

—Tengan mucho cuidado aquí.

Si Ghumdan tuviese pista sonora, era el momento de oír un profético acorde de órgano.

—Podemos volver al auto, ya sabemos el camino. No necesita acompañarnos —le dijo Brenner a Hakim.

A continuación, Brenner hizo algo amable, y saludó militarmente, lo cual hizo que el coronel Hakim devolviera el saludo. Los militares hacen eso, aunque se odien. Unidos por las armas.

Mientras nos aproximábamos al Land Cruiser, Brenner me dijo:

—No deberías encabronar al coronel.

—¿Yo? ¿Qué me dices de ti?

—Tiene algo de poder, y es posible que lo necesitemos llegado el momento.

—Él y su gobierno nos necesitan más de lo que nosotros los necesitamos a ellos.

—Es verdad. Pero no lo entienden.

—Acabarán por entender.

Era grato estar afuera de la cárcel. El lugar estaba podrido, igual que las personas que andaban por ahí. En realidad, el país entero estaba podrido.

—¿Qué te pareció todo? —me preguntó Brenner.

—Permíteme que hable antes con mi consejero espiritual, y te llamo enseguida. Pero puedo decirte que aprendí algunas cosas sobre Al Qaeda en la Península Arábiga.

—Así es. Los yemenitas no saben en qué se están metiendo. O no parecen entender que tienen muy poco tiempo para exterminar a Al Qaeda antes de que éstos monten su juego.

—Pues si los yemenitas no saben lo que se les viene encima —señalé—, la culpa es de ellos y de nadie más.

—Tienes razón. Pero el ejército y el gobierno yemenitas viven preocupados por sus problemas con las tribus y las presiones de los separatistas de Yemen del Sur. Piensan que Al Qaeda es una obsesión de los norteamericanos.

—Lo es, en efecto. Y tenemos razón sobrada.

—De acuerdo. Fue buena tu pregunta sobre Adén.

¡Vaya! Todas mis preguntas habían sido buenas, pero repliqué:

—Me extraña que no hayan atacado aún el Sheraton de Adén. Además de la embajada, es ahí donde se encuentra el mayor número de norteamericanos reunidos en un solo lugar —expuse—. Y la seguridad deja bastante que desear.

—He estado ahí —asintió.

—También yo, y es ahí donde vamos a encontrarnos en breve.

Avanzamos por un montón de edificios decrepitos que podrían ser barracas. Flotaba un olorcillo a comida, y al final de las barracas pude ver el minarete de una pequeña mezquita. Había soldados pasando el rato, fumando y mascando lo que fuese que mascaban, que no nos quitaban el ojo de encima. La vida del cuartel no será muy buena, pero sin duda los efectivos del ejército yemenita la hallaban preferible a salir a montar operaciones contra enemigos duros y motivados. Lo mismo podía decirse de la Policía de Seguridad Nacional, que no había movido un dedo durante el ataque contra la planta de Hunt Oil.

—¿Piensas que la Pantera se habrá quedado en la región de Marib? —inquirió Brenner.

—Creo que se ha encontrado con un jeque tribal que le ofrece base segura. Un refugio.

—Por lo que parece, así es. Pero Marib se podría volver incómodo para él después del ataque.

Hice un ademán hacia las intrépidas tropas sentadas a nuestro alrededor, y le pregunté:

—¿Tú crees?

—Bueno, tal vez no.

Brenner cambió de tema.

—Los de la OSP ya sabían desde hace tiempo que estamos buscando a la Pantera. Ahora saben que un tipo que se llama John Corey se ha unido a la cacería. Suponiendo que la información llegue a los oídos de Al Qaeda —me recordó Brenner—, lo que esperamos es que el nombre John Corey signifique algo para la Pantera.

Ya, ya. Algo así como «Eh, ¿no es ése el mismo John Corey que mató a Asad Khalil? ¡Hay que matar a John Corey!». Dije, como había dicho antes:

—¡Dios, eso espero!

Al atravesar el patio de maniobras vi que el Land Cruiser seguía donde lo habíamos dejado. Creí ver la cabeza de Kate a través de la ventanilla. En verdad, no pensaba que pudiera haber ningún problema, pero en Yemen todo era posible.

—¿Qué pasa con ese jeque tribal que ayudó a Al Qaeda? —inquirí a Brenner.

—No lo sé. Pero esas cosas pasan. Ya sea por dinero, o porque el jeque tiene ganas de picarle los ojos al gobierno. La semana que viene, ese mismo jeque podría ayudarnos.

—Tal vez ya nos ha ayudado sin saberlo.

—Tal vez —aceptó Brenner—: Rahim cree que alguien los traicionó. Pero fue su primera introducción al campo de batalla, y lo que le pareció una emboscada pudo ser sólo los mercenarios de Hunt haciendo el trabajo por el que les pagan. El agregado militar y la CIA están conduciendo un análisis del ataque.

—Qué ganas tengo de leerlo. La CIA pasó por aquí antes de nosotros.

—Es cierto. Ellos consideran las cuestiones de mayor importancia. Nosotros buscamos a la Pantera.

—Eso es lo más importante.

—Buena observación.

Retomé la cuestión del jefe tribal con una nueva pregunta.

—Si vamos a las Tierras Malas, ¿se supone que hemos de confiar en los jeques de las Arabias?

—Cumplen con su palabra —me aseguró Brenner—, hasta que alguien mejora la oferta.

—Esa lealtad no tiene precio.

—Los Montagnards, que son las tribus de las montañas —objetó Brenner—, permanecieron leales a los norteamericanos hasta el final.

—A ver si así aprenden.

—Bueno, proyectamos mucho poder. Nadie quiere apostar por un perdedor. Ahora mismo, en Yemen, nadie puede decir que tiene el poder, ni nadie sabe quién va a ganar. Si Al Qaeda logra crear la impresión de que van ganando, entonces reclutarán grandes cantidades de combatientes entre la juventud yemenita. Llegada esa instancia, tendremos un problema y, o bien cortamos y nos largamos de aquí, o bien nos metemos en una tercera guerra por tierra.

—Sale más barato echar bombas nucleares.

No hizo caso de mi sugerencia.

—Ganaremos algo de tiempo —prosiguió— si logramos matar o capturar a Bulus ibn al-Darwish. Es él quien genera el principal impulso para reclutar, adiestrar y motivar a este pequeño pero creciente movimiento. Por lo que se percibe, tiene acceso a capital, y para los jidahistas es un héroe, gracias al atentado contra el *Cole*. Si lo pescamos, habremos dado un buen golpe estratégico y psicológico a Al Qaeda en Yemen y en todo el mundo.

—En efecto. No olvides que la Pantera es norteamericano. Es posible que piense con más claridad y lógica que los demás jidahistas trastornados.

—Puede ser.

Estábamos cerca ya del Land Cruiser, y distinguí con certeza la figura de Kate en el asiento de atrás. A veces se me olvida cuánto quiero a mi mujer, y tal vez no siempre lo expreso de palabra o de otro modo, pero cuando una situación se vuelve peligrosa, me doy cuenta de que podría perderla. He tratado de imaginarme cómo sería la vida sin ella, viviendo yo solo en Nueva York en un enorme apartamento de

la zona elegante del lado este, rodeado de bares y restaurantes de moda, repletos de mujeres libres... ¿Voy bien?

—¿Se podría tener una entrevista con Rahim —quise saber— a solas, con un intérprete de la embajada?

—Imposible.

—Ya, ya —admití.

Lo mismo me había pasado al interrogar a los acusados del *Cole* en Adén. La OSP estaba representada por un gorila de doscientos cincuenta kilos.

—¿Y otra entrevista con chaperón? —insistí.

—Haremos una solicitud. Para decirte la verdad, la CIA tiene prioridad respecto de Rahim. Tú tienes el pretexto del Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI.

—Ya veo. ¿Iremos a Marib?

—Quizá. Pero antes a Adén, para establecer el puesto de mando en el Sheraton.

—¿Cuándo?

—Podría ser mañana.

Llegamos al Land Cruiser, y como yo quería ir con Kate, Brenner se tuvo que sentar adelante. Zamo encendió el todoterreno y nos pusimos en marcha.

Kate se descubrió el rostro y quiso saber:

—¿Qué tal estuvo?

—Ni mal ni bien —repliqué—. Hakim estaba en la celda, nos dieron solamente media hora, y además el prisionero no se sentía del todo bien.

—Te pondremos al tanto cuando veamos a Buck —intervino Brenner.

Zamo se encaminaba hacia las atalayas de la salida, y navegamos hacia la ciudad atravesando las puertas abiertas.

—Los dejaremos en el Sheraton. Zamo los recogerá a las siete. Es noche de martinis en la embajada —nos informó.

Por supuesto, Kate preguntó:

—¿Cómo me visto?

—La gente va algo formal —replicó Brenner.

—Ponte el balto nuevo —sugerí.

—¿Por qué no te lo pones tú? —reviró ella.

Todos nos reímos con eso. ¡Cómo nos divertíamos!

—El vestuario obligatorio incluye armas. Los chalecos son opcionales —nos recordó Brenner.

El auto se paró frente al Sheraton, y Zamo extrajo de la parte de atrás las compras de Kate. No vi los mangos explosivos.

Brenner tenía otro recordatorio.

—Es posible que mañana salgamos para Adén, así que prepárense para empacar.

Él y Zamo se fueron en el coche mientras entrábamos al vestíbulo, pasando junto a los guardias de la Oficina de Seguridad Nacional.

Me detuve en la oficina de recepción para saber si había mensajes para nosotros,

y el recepcionista me entregó un sobre, que abrí de camino al ascensor.

Era un fax de Tom Walsh, que no lo había enviado desde la oficina, por supuesto, sino desde un Kinko's cerca de Plaza Federal 26. Leí en voz alta:

—«Queridos John y Kate. Gracias por la llamada. Espero que disfruten de las vistas y del clima. Hoy está nevando aquí. ¡Qué suerte tienen de estar en Yemen! Que tengan una bonita estancia. Los veré pronto». Cabrón —comenté.

—Tú empezaste —me advirtió Kate.

Había una posdata, y la leí:

—«Ya sabías de qué se trataba esto antes de subir al avión».

Doble cabrón. Pero era la verdad. Y sin embargo, había subido. ¿Qué estaría yo pensando? No mucho.

El guardia de la OSN del ascensor no pidió ver nuestra llave ni nada, y subimos a nuestro cuarto.

Tardamos un poco en el baño, y eran las siete pasadas cuando nos acabamos de vestir.

Yo me puse una corbata y un saco, y Kate un bonito vestido negro. Guardó su pistola en la bolsa, y yo tenía la mía en la funda. Me convenció de no llevar la jambiya, y ni ella ni yo quisimos ponernos los chalecos de kevlar. Sin embargo, Kate se tuvo que cubrir la cara para cruzar el vestíbulo.

En el vestíbulo noté una buena cantidad de hombres de aspecto árabe, todos con gafas oscuras y vestidos con atuendo occidental, agrupados en torno al bar. Los placeres culpables no son los mismos al variar de país o de gente. Aquí, las hojas narcóticas estaban libres de culpa, pero no un martini.

—Salen sin sus esposas —observó Kate.

—No saben divertirse.

Zamo nos esperaba junto al Land Cruiser, y nos subimos. Me quise sentar adelante.

—Al parecer —nos dijo Zamo—, tenemos salida a Adén mañana.

—¿Ya repararon la carretera? —pregunté.

—No. Pero hemos mejorado los escudos y la potencia balística —respondió, riendo.

Me gusta actuar de comparsa para un payaso que hace chistes enfermos.

Mientras avanzábamos por la calle camino a la embajada, le conté a Zamo:

—El prisionero con quien hablamos hoy dice que Al Qaeda planea un ataque contra el Sheraton en Adén.

Antes de que él lo hiciera, me apresuré a añadir:

—Pero no hay de qué preocuparse. Lo más seguro es que no lleguemos vivos a Adén.

Zamo se rio y confesó:

—Me caes bien.

—Necesito una copa —dijo Kate.



## CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Los cocteles se servían en el atrio-vestíbulo de la embajada. Era sólo una reunión de empleados, no una recepción de la embajada de las que se hacían en el salón, un sitio más formal.

La razón no explicitada de ofrecer alcohol gratis era que el nuevo embajador aún no había llegado, y había que aprovechar la última oportunidad de ponerse hasta el gorro antes de su arribo.

Si se necesitara otra razón por la que los contribuyentes fiscales nos invitaran a una copa, era una fiesta de bienvenida para los dos nuevos agregados jurídicos, el agente especial del FBI Howard Fensterman y la agente especial del FBI Kate Mayfield, también conocida como *Mrs. Corey*. Supongo que también para mí, aunque yo no formaba parte del personal de la embajada y me iría enseguida.

El personal de la embajada de Estados Unidos en Sana'a no debía estar sometido a muchas demandas sociales; tampoco tenían cosas interesantes que hacer en Yemen durante el fin de semana, así que era seguro que la mayor parte de ellos estaban en esa velada.

El tamaño del personal de una embajada de Estados Unidos es información clasificada, pero diré que teníamos a tres personas atendiendo el bar, y a seis meseros yemenitas con charolas de entremeses. ¡Ojalá que los marinos o los del Servicio Diplomático de Seguridad hubieran constatado que ninguno de ellos se había puesto un cinturón suicida!

Ninguno de los marinos estaba entre los invitados, con la excepción de los dos oficiales, un capitán y un teniente joven que me contó que había estado de servicio en Afganistán. Le pregunté:

—¿Qué prefieres, estar aquí o en Afganistán?

—Afganistán —respondió sin titubear—. Allá sabes que te encuentras en una zona de combate, y todo el mundo está al tanto de eso. Aquí, la gente, es decir, los civiles, fingen que no hay guerra, y eso es peligroso.

—Tienes mucha razón.

Ese modo de pensar imperaba también en el palacio presidencial y en los ministerios del gobierno, salvo en algunas ocasiones en que la realidad invadía los profundos búnkers donde se rechaza a la realidad.

Miré en torno mío a los empleados de la embajada, todos bien vestidos, dando sorbitos a sus copas y charlando. La escena podría estar ocurriendo en cualquier lugar civilizado del mundo, incluyendo Nueva York. Pero afuera, al otro lado de esos muros con guardias, nos rodeaba otro mundo que nada tenía en común con éste. Bueno, si uno desea ser algo más optimista, compartíamos la condición humana, el amor por los niños y la familia, el deseo de paz, prosperidad, salud y bienestar, y la fe

en un bondadoso ser superior que nos ama, excepto cuando se enfada y envía plagas y diluvios para mandar todo al carajo.

Kate andaba en circulación, conociendo a sus nuevos compañeros de trabajo, quienes en realidad ya no la volverían a ver. Yo platiqué con personas que me daban la bienvenida a Yemen. Todo el mundo estaba enterado de que me iba a Adén para integrarme al Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI, y de que mi estancia en Sana'a sería breve. Era curioso que nadie quisiera saber nada sobre las pesquisas del caso *Cole*. Los diplomáticos tienden a distanciarse de los hombres y las mujeres que usan la embajada como tapadera de otras actividades profesionales.

Uno de esos casos de otra índole de trabajo era el agregado militar, o sea, un oficial de inteligencia militar, que se presentó como coronel Drew Kent, del Ejército de Estados Unidos, un hombre alto, de edad madura, en muftí. Su trabajo le parecía muy desafiante pero encontraba motivos de satisfacción. Unos minutos después, modificó eso un poco:

—El ejército yemenita es un chiste de los peores. Los renuentes liderados por los incompetentes. Mal pagados, mal adiestrados, con equipo deficiente, y desmotivados.

—Pero, dígame, ¿son buenos?

Eso lo hizo reír, y me ofreció un consejo:

—Si necesita usted depender de ellos para su trabajo, sea cual fuere, o para proteger su seguridad, debe cuidarse las espaldas, dormir con las botas puestas y la pistola a mano. Lo mejor es permanecer despierto.

—¿Qué opinión le merece la Oficina de Seguridad Nacional? —le pregunté.

—¿Se refiere a esos payasos de azul? A medias entre policías y guardias para la protección de turistas, todos son muy corruptos. Los políticos los usan, y de ellos abusan para promover sus propios intereses. Si uno necesita recurrir a su organización, hay que pagarles bien, un anticipo del cincuenta por ciento y el resto si uno vuelve con vida.

Ojalá Matt Longo supiera esas cosas, pensé.

—¿Qué consideran ellos una buena paga?

—Unos dos dólares al día por cada hombre. Pero si tienen que disparar sus rifles, hay un cargo extra.

—Muy razonable.

—Los payasos de azul escenificaron su propia desaparición cuando debían proteger a un grupo de turistas belgas en agosto pasado. En las ruinas de Marib.

—¿De veras? ¿Qué pasó con los turistas?

—También desaparecieron. Puede ser que los hayan secuestrado, pero no se ha tenido ninguna noticia.

—Ojalá estén vivos.

—No lo parece. El guía y el conductor, ambos yemenitas, fueron degollados.

¡Ay! No recordaba haber tenido noticia de eso, pero las malas noticias sobre Yemen no se consideraban importantes en Estados Unidos, a menos que tuvieran que

ver con norteamericanos. Me había llevado una sorpresa al enterarme de que en los últimos diez años la cifra de occidentales secuestrados era de más de cien casos. De cuando en cuando se sabía de turistas muertos, a menudo como víctimas del fuego cruzado entre las fuerzas yemenitas de seguridad y los secuestradores tribales. Sin embargo, lo que relataba el coronel Kent no mostraba características de secuestro tribal.

—¿No sería eso un ataque de Al Qaeda? —le pregunté.

—Tal es el consenso. Pero el gobierno yemenita trata de restar importancia a esos incidentes. Les gusta que haya turismo —me informó—. Sigue habiendo *tours* organizados para visitar las ruinas de Marib.

—¿Cuántos de esos visitantes vuelven?

Por asociación con la idea de que Marib era un lugar lleno de emociones, el coronel Kent me dijo:

—Anoche se produjo un ataque de Al Qaeda en las instalaciones de Hunt Oil al norte de Marib.

—Supe.

—¿Ah, sí? Hunt contrata sus propias fuerzas de seguridad, compuesta sobre todo de mercenarios europeos y norteamericanos. Lo desafortunado es que la OSN insiste en formar parte del plan de protección, naturalmente a cambio de dinero. Pero, como le decía, no se puede confiar en ellos, así que en el momento en que el excremento comienza a volar no sabe uno si la OSN te está cubriendo la espalda, o si han huido, o incluso si se han unido a los atacantes. Desde el punto de vista táctico, es una maldición de pesadilla.

—Ya, ya. Pero se pudo repeler a los atacantes de Al Qaeda.

—Hubo suerte. Es posible que la gente de Hunt haya estado sobre aviso. En este país la información es más barata que un barril de petróleo. Es posible también —añadió— que los atacantes de Al Qaeda fuesen ineptos.

Pensando en Rahim, estaba de acuerdo con el coronel. Pero también sabía con certeza que los guerreros de Al Qaeda harían progresos. El coronel Kent quiso añadir algo más:

—Capturaron a uno de la banda de Al Qaeda en el ataque.

No dije nada, de modo que me preguntó:

—¿Ya lo sabía usted?

—Usted tiene conocimiento de que yo ya lo sabía, y no puedo decir nada más sobre el asunto.

Aceptó mis palabras, y me aconsejó:

—La Agencia siempre sabe más de lo que dice saber. Si usted es del FBI, como creo, obtendrá más ayuda de mi oficina —Inteligencia Militar— que de esos compañeros de armas nuestros.

—De acuerdo.

—Y tome usted en cuenta que el Departamento de Estado consiente demasiado a

la CIA. Deberían trabajar más con Inteligencia Militar —opinó.

¿Quién está en primera? Como el coronel Kent era un hombre lleno de opiniones, le pregunté:

—¿Qué opina usted de la Organización de Seguridad Política?

—Como todas las fuerzas internas de seguridad política —replicó—, sus agentes pueden ser malvados. En casi todos los países del Medio Oriente, se les llama el Mukhabarat, y así se les llamaba antes aquí también. Pero el nombre tiene demasiadas asociaciones negativas, como la antigua KGB o la Gestapo, así que lo cambiaron. Pero es la misma pandilla de matones. Como en cualquier dictadura, la gente les teme, y creen que están metidos en todo. La verdad es que no es así, pero se encargan de promover el miedo y la desconfianza. Es mejor alejarse de ellos. No reportan a ningún nivel más que al presidente y a su círculo inmediato.

¿Contratarían personal? ¿O prefería yo en verdad ser un jefe guerrero?

—¿Conoce usted al coronel Hakim?

—Ya lo creo. Un matón de lo más feo. Pero no es estúpido.

—¿De qué lado está?

—Está de su propio lado. Lo que busca es conservar su puesto y su alto estatus sin importar quién gane. Un día mata a un prisionero de Al Qaeda; al día siguiente, deja que otro escape. Tiene el mismo comportamiento con los rebeldes de las tribus. Uno de estos días recibirá un tiro en la cabeza de uno u otro bando.

A mí no me molestaría ocuparme de hacerlo.

—Y aquí —inquirí—, ¿quién va a ganar? ¿El gobierno, los rebeldes de al-Houthi, los separatistas de Yemen del Sur o Al Qaeda?

—Bueno... a fin de cuentas, aquí siempre ganan las tribus, si logran ponerse de acuerdo en nombrar un cabecilla. Pudiera ser al-Houthi. Existe otro, un jeque beduino de Marib que podría unir a las tribus. Si no sucede eso, habría que apostar por Al Qaeda.

—¿Por qué?

—Porque se han organizado, son disciplinados y creen que el futuro les pertenece.

—¡Pero son el pasado!

—Ése es el futuro.

—Ya, ya.

Bajó la voz para decirme algo más.

—Si usted ha venido para encontrar a la Pantera, le deseo buena suerte. Pero permítame decir que a largo plazo, lo mejor podría ser que Al Qaeda triunfara en Yemen.

—¿Por qué?

—Este régimen está quebrado —me explicó—. Son como muertos vivientes. Si gana Al Qaeda, controlarán Sana'a, y eso a los saudís les resultará intolerable. Entonces los saudís, con ayuda militar norteamericana, harán que las tribus se unan

para expulsar a Al Qaeda de Yemen. Los saudís ya lograron anteriormente unir a las tribus, cuando no simpatizaron con el gobierno de Sana'a, y en otra ocasión, cuando los comunistas se apoderaron de Adén. Antes de que eso suceda, Al Qaeda tendría que entrar en escena y ocupar el palacio presidencial. En otras palabras, la manera más rápida de ganar esta guerra consiste en perderla.

Quizá necesitaba otro martini para seguir su razonamiento. Pero creí entender lo que pensaba.

—Así que —propuse— tendríamos una verdadera guerra por tierra con Al Qaeda en cuanto tomen este país.

—Eso es. Lo mismo que pasó con los talibanes en Afganistán. Los de Al Qaeda deberían pensar más cuidadosamente lo que desean.

Lo mismo que nosotros, pensé.

—¿A qué nivel llega usted? —me preguntó el coronel Kent.

—Un metro ochenta y cinco centímetros.

Sonrió con buenos modales al oír ese viejo chiste, y me dijo:

—Le voy a contar un secreto a voces. Nuestro objetivo aquí consiste en forzar al gobierno yemenita a firmar un tratado que nos otorgue por noventa y nueve años el control de una enorme cantidad de terrenos en la costa al lado de Adén. Es preciso lograr eso antes de que el gobierno se desmorone. Necesitamos construir una base de operaciones por tierra, mar y aire, y un sitio de reabastecimiento. Un Gibraltar norteamericano. Desde ahí, tendremos el control del Mar Rojo y del Golfo de Adén, y podremos ejercerlo con un gobierno amigo que más adelante ayudaremos a instalar en el poder, como hicieron los británicos hace doscientos años, cuando se apoderaron de Adén. Así podremos montar operaciones en contra de Al Qaeda en la Península Arábiga y el Cuerno de África, liquidando de paso a los piratas somalíes que están ligados con Al Qaeda. Así tendríamos un lugar, además de Guantánamo, para almacenar e interrogar combatientes enemigos más cerca de los campos de batalla.

Sus ojos asumieron un brillo de ensoñación, y exclamó:

—¡Sería dulce!

—Muy bonito —acepté.

Las grandes estrategias y la geopolítica siempre me resultan un dolor de cabeza, pero por cortesía quise decir algo.

—Me gusta que el uso de suelo sirva muchos fines.

Quizá era ahí donde podría instalar mi *spa* de khat.

—Y mientras estamos en ello —prosiguió el coronel Kent—, podríamos decir a los saudís que se jodan, y cerrar las bases de Arabia Saudita antes de que ellos nos pidan salir. ¿Comprende usted?

—Suenan como todo un plan.

—Falta lo mejor. La mayor empresa constructora en estas partes del mundo se llama Construcciones Bin Laden, propiedad de la familia de ese cabrón. Así que les daremos contratos para que se encarguen de algunas construcciones. ¿Capta usted la

ironía?

—Ya lo creo. Pero ojo con los presupuestos.

—De acuerdo —asintió, mirándome—. Nada de esto lo ha oído de mí.

—De acuerdo —repetí, y como necesitaba otro trago, me disculpé para acercarme al bar.

En el camino me topé con el jefe de Brenner, el ocasional reverendo Ed Peters, que me pregunto cómo había pasado el día. Le dije que me había desilusionado no poder visitar el mercado de los burros.

Me explicó que no era un mercado interesante. A continuación me preguntó:

—¿Y qué tanto le contaba el coronel Kent?

¡Vaya! El coronel Kent me recordaba un poco al general de Dr. Strangelove, pero no creí adecuado compartir esa idea con Ed Peters. No tenía la menor idea de cómo se manejaban las relaciones interpersonales en la embajada, ni de quién pensaba qué del prójimo, ni de las luchas internas por determinados puestos. Como ya he dicho, me parecía que todos estaban algo locos, y mi meta a corto plazo consistía en salir de la embajada, encontrar a la Pantera, romperle la cabeza y volver a casa. Hasta la idea de ver a Tom Walsh me resultaba atrayente.

—El coronel me dio informes sobre el ejército yemenita.

—Es cosa de risa.

—En efecto. Necesitamos aliados un poco más serios.

—No los encontraremos en esta parte del mundo —dijo Peters, antes de reasumir su estilo diplomático—. La ironía es que los yemenitas son buenas personas, y podrían formar buenos aliados si logran quitar al gobierno. O si nosotros lo derrocáramos.

—Hay que esperar que el pueblo sea capaz de elegir a un gobierno mejor en las siguientes votaciones.

—Este país tiene tres mil años de existir. Nunca han tenido elecciones.

De pronto, cambió de tema.

—Para mañana usaremos un convoy de cinco vehículos. Debería ser adecuado.

—No dudo que podríamos llegar usando sólo tres.

—Cinco es mejor.

¡Vaya! ¿Y por qué no veinte?

—¿Por qué no vamos en avión? —pregunté.

—No confiamos en los de Yemenia. Carecemos de nuestros propios recursos aéreos aquí. Sería lo deseable, pero estos idiotas no nos permiten traer helicópteros.

—Y ¿qué tal los recursos aéreos del Espía? —pregunté refiriéndome a los aparatos de la CIA.

—No sé si se han solicitado —replicó.

—¿Y el C-17?

—Preferimos tener uno siempre en el aeropuerto de Sana'a en caso de que tengamos que evacuar a toda la embajada.

—Bien pensado.

—Cuando llega un C-17, el otro hace el vuelo de regreso a Estados Unidos. El que acaba de llegar se queda a la espera de que venga otro.

—Entendido. ¿Y si fletáramos un avión para que nos lleve a Adén? —propuse.

—A veces es lo que hacemos. Pero no en esta ocasión.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

Pues yo sí que lo sabía. Íbamos a Adén por tierra porque alguien quería observar si Al Qaeda picaba con la carnada. Eso me recordó, aunque no me era necesario, que los combatientes de Al Qaeda iban en camino a Adén. Le hice una pregunta a Peters:

—¿Cómo evacuarían al personal norteamericano del Sheraton de Adén?

—Por barco.

—¿Qué barco? ¿Y cómo subimos a bordo?

—Yo recomiendo nadar de dorso.

Me daba la impresión de que era un chiste que Peters ya había usado antes, pero tenía gracia, así que concedí una risita. Pero no era para tomarlo a risa.

—Mi contraparte en Adén —dijo, cambiando a una expresión seria—, Doug Reynolds, les dará la información. ¿Qué plan de evacuación tenían cuando estuviste en Adén?

—Creo que nadar de pecho.

Me estaba preguntando si convendría mencionar que habíamos descubierto un peligro inminente de ataque contra el Sheraton de Adén cuando Howard Fensterman se aproximó, y Ed Peters se excusó. Por lo visto, existía una regla no escrita que mandaba conversar en compartimentos, de modo que, como en una obra de Shakespeare, los actores entraban, decían sus parlamentos y hacían mutis para dejar lugar a nuevos actores, que sin saber lo que acababa de decir el anterior, provocaban malentendidos o dificultades que a su vez causaban que mataran a alguien. Eso es lo que sucede cuando la gente no se comunica. ¿Verdad?

—Kate y tú —me dijo Howard— fueron a Sana'a hoy con Paul.

—Así es.

—Me hubiese gustado ir con ustedes.

—Pensamos que estabas en la embajada italiana oyendo la misa.

Se sonrió, pero no le hizo gracia.

—Tengo sus números de teléfono satelital, y estaremos en contacto mientras andan fuera —me comunicó.

—¿Por qué no vienes a Adén con nosotros?

—Iría, pero tengo que montar y echar a andar la oficina. Anoche se produjo un ataque contra una planta petrolera norteamericana en un lugar que se llama Marib.

—Eso he oído.

—Uno de los atacantes ha sido capturado. Estoy consiguiendo un permiso del Ministerio de Justicia para entrevistarme con él.

¡Vaya! ¿Qué hacer? ¿Le diría que ya estuve ahí, ya lo hice? Era el experto legal del FBI, el supuesto jefe de Kate, pero nadie le había informado de nuestra visita a Ghumdan. ¿Quién diablos estaba a cargo de esto? ¿Qué pasaba entre bambalinas? Se me apareció la imagen de Buck con los hilos en la mano, manejando el teatro de marionetas.

—Tendrías que hablar de eso con Buck Harris —le dije a Howard.

—¿Con él? ¿Por qué?

—¿Por qué no?

—¿Qué clase de trabajo desempeña aquí?

—No lo sé. ¿Oficial de protocolo?

Howard cambió de tema.

—Le dije a Kate que necesitará verme mañana a primera hora. Tengo la orden de aprehensión, una copia de la acusación e instrucciones para efectuar un arresto legal de un acusado en un país extranjero que afirma tener doble nacionalidad. Hay que leerle los derechos del prisionero conforme al texto Miranda, pero antes es necesario verificar que comprenda inglés.

—¿Cuándo puedo patearle los huevos?

Prefirió hacer caso omiso, y prosiguió:

—Tengo también toda la documentación en árabe: la orden de aprehensión, la acusación y el texto de Miranda, que deberá firmar.

—Howard, tienes que estar bromeando.

—No, para nada. Es preciso efectuar el arresto conforme a la ley y con toda propiedad, para que resulte válido en un tribunal de Estados Unidos.

¡Vaya! Si acaso me quedaran dudas sobre romperle la cabeza a la Pantera, Howard las había disipado.

—Dale a Kate toda la información.

—Eso haré. Pero se requiere que tú, el oficial de arresto, lo entiendas.

—De acuerdo.

—Sólo intento evitar que cometas un error —insistió— que podría poner en riesgo un proceso penal federal, lo cual nos crearía problemas a todos.

—Gracias.

—Para eso estoy aquí.

—Ya, ya.

La verdad es que Howard me simpatizaba. Tras unos meses en el país, perdería su idealismo y sus escrúpulos legales, y se pondría a ayudar a torturar acusados con los de la OSP en la Prisión Ghumdan. Bueno, eso era un poco exagerado. Pero, como todos los que llevamos demasiado tiempo en la primera línea de fuego, y vivimos los acontecimientos del 11 de septiembre, Howard Fensterman se volvería más semejante a las personas que combatíamos. De eso no me quedaba la menor duda.

Buck se nos unió, y Howard, en lugar de preguntarle sobre el terrorista capturado —perdón, el acusado—, inquirió:

—¿A qué hora saldrán mañana?

—Antes de las 8:00 AM. La distancia por carretera a Adén es de unos cuatrocientos kilómetros, y puede llevarnos entre cuatro y seis horas. Necesitamos llegar a tiempo para que el convoy pueda regresar a Sana'a no mucho después del anochecer. Preferimos que los agentes del SDS no pasen la noche en Adén, porque son recursos que se necesitan aquí.

Pensé que serían más necesarios en el Sheraton de Adén. Pero no lo dije. En cambio, insistí:

—Ven con nosotros. Si nos ponen una emboscada, puedes asesorarnos sobre cómo devolver el fuego legalmente.

Aun Howard se rio de eso.

—Tenemos sitio —dijo Buck a Howard—, y siempre podemos usar un arma más. Nos reuniremos en el estacionamiento de la cancillería a las siete.

Howard se dio por enterado e hizo mutis por la izquierda.

—¿Le diste un mal rato? —me preguntó Buck.

—¿Yo? No.

—Está haciendo su trabajo —afirmó Buck—. Por desgracia, su trabajo vuelve más difícil el nuestro.

—Para mí, no.

Buck decidió cambiar de tema.

—Me dice Paul que sacaron información de Ghumdan.

—Así es. Nos enteramos de que nuestros aliados son unos cabrones.

—¿Hay algo nuevo, que no supiéramos?

—Tal vez. Howard no sabía que habíamos estado en la Prisión Ghumdan —le informé.

—¿No? ¿Se lo dijiste tú?

—No, le dije nada más que hablara contigo.

—Hablaré con él. No sabemos bien cómo encaja en esto el agregado jurídico.

—Cuéntame cuando lo sepas.

—Lo haré. ¿De qué hablabas con el coronel Kent?

—Del ejército yemenita.

Dejó pasar eso y me hizo otra pregunta:

—¿Qué averiguaron en Ghumdan?

Nunca me gustó que mis jefes de la policía de Nueva York quisieran que yo les rindiera un informe sin estar presente mi pareja. Se presta a malentendidos. Así que repliqué:

—Me parece que Paul tenía la idea de que lo viéramos entre los cuatro.

—Claro. Y ¿qué te pareció Ghumdan?

—Le falta para ser un modelo de institución carcelaria.

—Eso pienso yo también.

—¿Estuviste ahí por la mañana? —inquirí.

—No, pero en el pasado sí, varias veces.

—¿Cuándo podremos ver el informe de la CIA sobre el interrogatorio del prisionero?

—Después de que lo haya visto el jefe de estación.

Nadie me había presentado al jefe de estación de la CIA en Yemen, así que interrogué:

—¿Quién es?

—No es necesario que lo sepas. Tampoco es necesario que él te conozca.

—¿Cuántas manos hay en el juego?

—Varias. Pero la mano principal es la nuestra. Sabes hacer buenas preguntas.

No era eso lo que en realidad quería decirme, pero repuse de cualquier modo:

—Gracias.

—Paul comentó que el coronel Hakim estuvo tan encantador como siempre.

—Se dedicó a obstruir la justicia norteamericana.

—Ése es su trabajo.

—Es un hecho —le conté— que si tuviéramos dos o tres horas a solas con el prisionero, con un intérprete de la embajada, sabríamos muchas cosas sobre Al Qaeda en Yemen que ahora desconocemos.

—Si la situación fuera la opuesta, o sea, si tuvieras tú un prisionero en la ciudad de Nueva York, detective Corey, ¿permitirías que un policía o un funcionario de inteligencia extranjeros lo interrogasen a solas?

Hablaba como un auténtico diplomático. Pero no era una pregunta retórica, por lo que respondí:

—Lo que planteas presupone una especie de igualdad, pero eso no existe. Estamos aquí para rescatar el trasero de un gobierno débil y corrupto. Lo menos que pueden hacer es no estorbar nuestro trabajo.

Buck asintió.

—A veces así lo hacen —me informó—. Pero como decimos en el mundo de la diplomacia, es *quid pro quo*. Les damos algo, y ellos nos devuelven algo. Creo que es nuestro turno de darles algo. Aparte del dinero.

—¿Algo como qué?

—Mira, como te dije en Nueva York, ellos desean que los ayudemos a... neutralizar algunos líderes tribales en particular, que son agresivos y peligrosos.

—¿Y?

—Nosotros nos resistimos a ayudarles.

—¿Por qué?

—Nos interesa conservar la buena voluntad de las tribus.

—Ah, no sabía que gozábamos de esa buena voluntad.

—Contamos con ella, pero de manera indirecta. Te expliqué también que, desde una perspectiva histórica y cultural, las tribus están más cerca de la monarquía de Arabia Saudita que del gobierno republicano de Sana'a. Y los saudís son aliados

nuestros que funcionan como vínculo con las tribus.

—Por tanto, no nos conviene vaporizar jeques tribales con misiles Hellfire porque se encabronarían los saudís.

—Así es. Pero podríamos... neutralizar algunos jeques y líderes como un intercambio con el gobierno de Sana'a, que entonces nos ayudaría a localizar y eliminar líderes de Al Qaeda.

—Ya, ya. Pero eso es algo que debieran hacer sin el intercambio. A ellos les conviene.

—Eso es lo que tratamos de que entiendan, y lo saben bien, sólo que aprovechan nuestra fijación con Al Qaeda para obligarnos a usar drones Predator y misiles Hellfire contra los jefes tribales y contra los líderes separatistas de Yemen del Sur.

—Ya veo. Vueltas y más vueltas.

—Todo son vueltas. Es un acto de equilibrio inestable —explicó—, y todo viene a dar al *quid pro quo*.

—Entiendo.

Atendió mi queja:

—En lo que respecta a los interrogatorios de prisioneros, la OSP no quiere que consigamos información gratis. Lo que quieren es venderla. Por lo tanto, si nos dan algo de información válida sobre la Pantera, por ejemplo, esperan en reciprocidad una cubeta de las tripas de lo que fue un molesto líder tribal.

Me dio una sorpresa la crudeza de la imagen, pero ya sabía yo que Buck Harris era sólo diplomático en un diez por ciento, y el otro noventa por ciento estaba compuesto por un funcionario de inteligencia. En los buenos tiempos de la Guerra Fría, Buck y sus colegas acudían a fiestas y reuniones en las que con sus cocteles en la mano discutían sobre la aniquilación nuclear de cientos de millones de personas. Con el tiempo, la medida potencial de la cuenta de cadáveres había pasado a medirse en unidades de cubetas de tripas. Eso se llama progreso.

Pensando en asuntos de importancia más inmediata, le dije a Buck:

—Supongo que Paul ya te dijo que el prisionero habló de unos cuarenta jihadistas en camino a Adén cuyo objetivo es un ataque contra el Sheraton.

—Sí, Paul lo mencionó, y hemos avisado a nuestra gente allí.

—Qué bueno. Sobre todo si consideras que mañana seremos parte de nuestra gente allí. Tal vez el ejército yemenita podría interceptarlos.

—El ejército yemenita no ha tenido suerte al interceptar combatientes de Al Qaeda cuando bajan de las montañas. Creemos que los miembros de Al Qaeda viajan en grupos pequeños, o como individuos, vestidos de civil; es posible que recurran al transporte público. Autobuses, aviones, vehículos alquilados —añadió—. En Yemen, a los hombres con AK-47 no se les detiene e interroga por portar las armas. Eso sería como detener en Londres a hombres con paraguas.

El ingenio de Buck delataba que andaba por el tercer martini. Sonreí. Él miró el reloj y me comunicó:

—Hemos quedado en reunirnos arriba con Paul a las ocho. Ya es hora.

—Voy por Kate.

—Creo que ella ya está ahí.

—Muy bien, entonces.

Dejamos las copas, nos dirigimos al ascensor, subimos al tercer piso y entramos en la sala de comunicación segura.

¡Qué fiesta más interesante!

## CAPÍTULO TREINTA Y TRES

*Mrs. Corey* y *Mr. Brenner* estaban sentados a la mesa, conversando, mientras dos elementos de comunicaciones manipulaban controles electrónicos del otro lado del muro de vidrio. Sin duda, había mucho tráfico en ese momento entre ellos y Washington.

Nos sentamos, y Brenner nos dijo:

—Las grabadoras están apagadas.

¡Vaya! Ahora jamás sabré de qué estaban hablando *Kate* y *Paul*. Pensándolo bien, no lo sabría de todas formas.

—¿Así que pasaron un buen día en Sana'a? —preguntó Buck.

—¿Cómo pasar un mal día en Sana'a? —repliqué.

Buck sonrió y nos urgió a contarle sobre nuestro paseo.

Le contamos, y Buck nos escuchó sin comentar, excepto para preguntar qué tal había estado la comida en Sana'a Antigua, y para asegurarse de que Brenner me había conseguido la mejor jambiya al mejor precio. También le preguntó a *Kate* si había tenido éxito en «La Esperanza Está en sus Manos».

Ése era el estilo de Buck, por supuesto: hacer a un lado los temas de vida o muerte y preguntarnos sobre la comida y las compras. Es buena técnica de interrogatorio, pero resultaba molesta como método para obtener reportes de colegas.

Buck siguió adelante y nos preguntó:

—¿Están seguros de que no los siguieron?

Yo ya había dicho que no, así que le reclamé, un poco mosqueado:

—Buck, soy policía. ¡Por supuesto que sé si alguien me está siguiendo!

—Pero esto no es Nueva York —apuntó Buck.

—Los cabrones son iguales en todas partes.

—Bueno, estoy seguro de que alguien, en algún lado, los vio hoy e hizo una llamada, que es de hecho lo que queremos —apuntó—, pero es afortunado que no se hayan decidido a actuar con la información recibida en un momento en que se encontraban expuestos. Quizás debieron haber llevado refuerzos del Servicio Diplomático de Seguridad —añadió, mirando a Brenner.

—Juzgué que había suficiente seguridad para ir sin respaldo —contestó Brenner, algo molesto.

No era así. No se trataba de seguridad. Los refuerzos se notan fácilmente y ahuyentan a los malos, y eso no era lo que *Paul Brenner* o *John Corey* querían lograr.

—Claro. Bien está lo que bien acaba. Ah, y por cierto, *Mr. Corey*, muy generoso de tu parte donar veinte dólares extra para la tienda. Nos gusta apoyarla.

¿Acaso había yo mencionado eso? No, estaba seguro de que no. Así que seguramente uno de los turistas occidentales era un espía de Buck, o más

probablemente había llamado a la tienda y platicado en árabe con la dueña. En todo caso, en el mundo de los espías todo es ilusión y nada es lo que parece ser. El viejo Buck había jugado este juego más tiempo que nadie en la habitación, y quería que lo supiéramos.

Una vez establecido eso, Buck se dirigió a Brenner y a mí:

—Cuéntanos a Kate y a mí lo que pasó en Ghumdan.

Así que le contamos. Como policías experimentados, nos sincronizamos enseguida y les dimos un reporte claro, conciso y exacto sobre nuestra visita a Ghumdan.

Buck escuchó con atención, al igual que Kate, y ninguno de los dos nos interrumpió.

Cuando terminamos, Buck permaneció en silencio por un rato.

—Parecen haber obtenido más información de la que normalmente conseguimos en estos interrogatorios —dijo, y agregó, volviéndose a mí—. Supongo que tu experiencia en Adén te resultó de utilidad.

—Sólo en lo que se refiere a qué esperar. El prisionero cooperó más que nuestro aliado, el coronel Hakim —le informé.

—Le pediré a Howard que haga una solicitud formal al Ministerio de Justicia para obtener una transcripción del interrogatorio que llevó a cabo la OSP —anunció Buck—; no nos la concederán, pero así tendremos algo nuevo de qué quejarnos.

—¿Coopera mejor la OSP con la CIA? —le pregunté a Buck.

Me miró y respondió:

—Buena pregunta. La respuesta corta es que sí —sonrió—: son aves del mismo plumaje. Sin sugerir que la OSP y la CIA tengan nada en común —añadió rápidamente.

¡Vaya! Pensé que acababa de decir que eran «aves del mismo plumaje».

Buck nos informó:

—Tienen su propia forma de entenderse. *Quid pro quo*, sobre todo.

Eso daba un poco de miedo.

Kate, que era la única persona presente que se había acostado con un agente de la CIA al que tiempo después había matado de un disparo, dijo:

—Asumo que el quinto miembro de nuestro grupo podrá llenar algunos de los huecos en la información.

Buck replicó:

—Eso es lo que esperamos.

Ya, ya. La CIA nos informaría con mucho gusto. Por desgracia, con mentiras.

Mr. Brenner no tenía comentarios al respecto, así que condujo la conversación de vuelta al tema al recordarnos:

—La Pantera podría saber por sus hombres que uno de ellos fue hecho prisionero, pero igual piensa que Rahim ha muerto. Así que no sabemos que a Bulus ibn al-Darwish le preocupe que el prisionero revele su escondite. Espero que el prisionero

no haya sido mencionado en el boletín de prensa del gobierno.

Buck nos tranquilizó:

—El gobierno de Sana'a no es tan estúpido. De hecho, son bastante hábiles, lo cual explica por qué no están todos colgando del pescuezo. Así que reportarán el ataque, pero dirán que hubo cuatro muertos. O veinte. O el número que mejor les parezca. No se mencionará ningún prisionero.

Bueno. Pero les recordé a todos:

—Alguien de Ghumdan podría informar a Al Qaeda que hay un prisionero parlanchín que dice que vio a la Pantera en Marib.

Buck nos recordó de nuevo:

—Eso es muy posible, pero esperemos que la Pantera no salga huyendo. Si hay un informante de Al Qaeda en Ghumdan, también mencionará el nombre de John Corey.

Exacto. Por eso yo había visitado Ghumdan.

Buck le preguntó a Kate:

—¿Preguntas para John o Paul?

—¿Es posible que el prisionero hubiera estado actuando, que lo que decía no fuera toda la verdad?

De veras no me gustó que mi esposa me interrogara, pero era una buena pregunta, y le contesté:

—Es posible. Pero el prisionero parecía genuinamente sincero.

Miré a Brenner, que me secundó y añadió:

—El tipo tenía miedo, dolor y desesperación.

Kate le preguntó a Brenner:

—¿Qué actitud mantuvo el coronel Hakim durante la entrevista?

—No estaba contento —respondió Brenner—. Sólo quería que nos largáramos, por lo cual infiero que las respuestas del prisionero no constituyen actuación ni desinformación.

Kate y Buck asintieron. Exploramos el tema un rato más, y al cabo de unos diez minutos Buck dijo:

—Tal parece que la oportunidad es nuestra. A menos que recibamos nueva información contradictoria, creo que nuestra primera excursión desde Adén será a Marib.

¡Era obvio! Continuó:

—Si la Pantera no está allí, al menos podremos ver las magníficas ruinas preislámicas.

¿A quién le importa un cuerno las ruinas? ¿Quieres ver ruinas? Ve a Newark. Les indiqué:

—Realmente no sabemos si la Pantera sigue allí, pero si nos quedamos a esperarlo, estoy seguro de que se enterará. Además, ahora sabemos que la Pantera tiene apoyo en Marib, incluyendo un jefe tribal, así que aun cuando se haya

desplazado debido al ataque, regresará a enfrentarnos en su propio territorio.

—Precisamente —dijo Buck—, y podemos ver las ruinas mientras lo esperamos.

—Ahí lo tienes.

—Ahora sabemos dónde colocar la trampa y la carnada.

¿Carnada? ¿Qué pasó con eso de señuelo?

—Y no descarten que nos encontremos en Marib al coronel Hakim, si él ha seguido la misma línea de pensamiento.

¡Vaya! ¡Una muchedumbre! Se podría espantar la Pantera. Pero yo apostaba a que tener a John Corey en su territorio le resultaría irresistible.

A continuación, Buck abordó el tema de la posibilidad de un ataque de Al Qaeda al hotel Sheraton de Adén y nos tranquilizó:

—El equipo SWAT del FBI, los de seguridad diplomática y los marines en el Sheraton están en alerta roja, lo mismo que el personal estadounidense del hotel. Además, hemos notificado al nivel más alto del gobierno al respecto de este posible ataque, de forma que no les queda otra que incrementar la vigilancia alrededor del hotel.

Yo, por supuesto, comenté:

—Ah, con eso dormiremos tranquilos.

—Nunca dormiremos tan bien como el ejército yemenita —observó Brenner.

Qué chistoso. Pero no era chistoso.

—La última vez que atacaron el Sheraton en Adén —dijo Buck— fue antes de que llegaran allí los norteamericanos. Durante una de las guerras civiles en la década de los ochenta. Un grupo de rebeldes disparó con morteros al hotel. En aquel entonces, los comunistas dominaban el sur de Yemen y permitían el consumo de alcohol, y eso es lo mejor que puedo decir de ellos. El caso es que éste era un grupo fundamentalista, ofendido por el bar del hotel.

—Cuando estuve en el Sheraton —recordé nostálgicamente—, inventábamos nombres graciosos para los cocteles —no resistí la tentación de nombrar algunos—: Mojito Bum. Martini al Mortero. Mi favorito era el Cosmopolitano en Aeroplano.

Nadie le encontró la gracia. Vaya, me imagino que era cosa de estar allí en el momento.

Kate le preguntó a Buck:

—¿Hay algún otro lugar donde nos podamos quedar en Adén?

—No. El gobierno yemenita nos ha dado dos pisos del Sheraton, y ésa será nuestra base de operaciones en Adén. Yo no me preocuparía demasiado —añadió—, a menos que vean que los huéspedes árabes empiezan a abandonar en masa el hotel.

¿Gracioso? Quizás.

Kate preguntó si había algún plan de evacuación.

Ya, ya, nadando de dorso.

—Se lo preguntaremos a Doug Reynolds, que es la contraparte en el SDS de Ed Peters en Adén.

A continuación, Buck nos dijo:

—Tema final. El viaje por carretera a Adén. No hemos notificado a las autoridades yemenitas de nuestro movimiento, así que en teoría Al Qaeda no se enterará por ese medio de que saldremos por la mañana rumbo a Adén. En este caso, no estamos anunciando el viaje por adelantado a fin de hacer contacto con Al Qaeda, pero tan pronto como hayamos salido del complejo empezarán a sonar los celulares por todo Sana'a, y a lo largo de nuestra ruta, así que a partir de ese momento nuestros movimientos serán conocidos.

Brenner exployó el pensamiento de Buck:

—Mientras más tiempo estemos en carretera, será mayor la probabilidad de que Al Qaeda intente tendernos una emboscada o una bomba en el camino. Será obvio que nos dirigimos a Adén. Pero si mantenemos una buena velocidad y si variamos la ruta, seguramente nos mantendremos delante de cualquier cosa que intenten planear.

Buck reiteró:

—No es que queramos meternos en un pleito con ellos, pero puede suceder, y estaremos preparados. Es posible que capturemos o aniquilemos algún elemento clave de Al Qaeda.

Eso me sonaba demasiado optimista, pero aprovechando que íbamos a Adén por carretera, podíamos matar a unos cuantos malos en el camino.

Buck tenía buenas noticias.

—Puede ser que estemos locos, pero no somos idiotas. Así que hemos coordinado que dos drones Predator vigilen nuestro paso. Tienen cámaras infrarrojas —nos informó a Kate y a mí— que pueden ver a través de las nubes, si es necesario, y sus lentes de alta resolución son capaces de distinguir a un hombre armado con un rifle desde una altura de siete mil metros. Así que sabremos de cualquier emboscada mucho antes de llegar a ella.

¡Vaya! Ésas sí que eran buenas noticias. Las malas, claro, eran que los drones no sabrían nada de cincuenta jihadistas sentados dentro de una choza de adobe, o de una bomba al lado del camino.

—Y ¿qué haremos si recibimos una alerta de nuestros vigilantes en el cielo? —pregunté.

Brenner, veterano de combates, contestó:

—Yo tomaré la decisión sobre cómo responderemos a una alerta de emboscada.

—Vaya, cuando decidas, me llamas —sugerí.

Kate hizo una buena pregunta:

—¿Y los misiles Hellfire?

Buck contestó:

—No podemos usar misiles Hellfire sin la autorización explícita del gobierno yemenita.

Kate, la abogada, preguntó:

—¿Ni siquiera como un medio puramente defensivo, para salvar vidas?

—Desafortunadamente no —nos informó Buck—. Toma mucho tiempo obtener esta autorización del gobierno yemenita, de forma que no podemos contar con los misiles Hellfire en una situación que se desarrolla con rapidez.

Pensé en todo eso y dije:

—Supongo que los drones estarán cargados con misiles Hellfire, y que de hecho los tendremos que usar si nos estamos defendiendo de ráfagas de AK-47.

Buck no respondió directamente, pero dijo:

—Pedir permiso es invitar una negativa. Haremos lo que tengamos que hacer y ofreceremos disculpas después.

—Exacto. Y les daremos otro millón a los yemenitas.

—O dos —sonrió—; en Yemen hay que pagar para jugar.

Ya, ya. Incluso las guerras siguen ciertas reglas, pero las reglas en Yemen no estaban a nuestro favor. Lo bueno era que rompíamos las reglas. Lo mejor consistía en que el castigo era una pequeña multa: dos millones. Caray, ¿por qué no les dábamos diez millones y los tapizábamos de bombas? O sólo una bomba nuclear, mejor aún. Por ésa les enviaríamos el cheque por correo.

Este viaje a Adén no tenía que ver con trasladarse de un punto A a otro punto B; se trataba de buscar tiburones, a ver si Al Qaeda picaba el anzuelo.

Buck nos anunció:

—Eso es todo lo que tengo que decir. Si nadie más tiene preguntas, podemos cerrar esta reunión.

¡Maravilloso!

Pero Buck dijo:

—Permítanme que los invite a todos a cenar al Mövenpick. Tienen un nuevo chef francés.

—Nos encantaría, pero... —comencé a decir.

—Eso suena muy bien —me interrumpió Kate.

—Después, si tienen ganas, podemos ir al Club Rusia.

Le recordé a todos:

—Tenemos que madrugar.

—Podemos dormir en el camino a Adén —sonrió—. Las bombas nos despertarán a tiempo para la emboscada.

Me sentía como el tipo que piensa que se ha inscrito a un escuadrón experto sólo para descubrir que todos son kamikazes. Digo, una cosa es la valentía y otra la psicosis de guerra. Le dije a Buck:

—Llevas demasiado tiempo aquí.

—Ya lo sé. Pero todos nos iremos a casa. De una forma u otra —añadió.

## CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

En ese tenor abandonamos el edificio de la embajada y nos apretamos dentro del Land Cruiser blindado. Zamo se puso al volante, Buck subió a su lado y efectuamos un breve recorrido hasta parar frente al hotel Mövenpick.

El hotel era bonito, y me dio gusto que tuviéramos reservación allí, aunque nos quedáramos en otro sitio.

No tengo la menor devoción por la cocina europea, pues con la excepción de las papas a la francesa prefiero cosas como salchichas envueltas en queso fundido, pero aquel restaurante era bueno de verdad. Si uno dejaba flotar la mente, se encontraba en cualquier lugar del mundo menos en ése. No me cabía duda de que el nuevo chef francés compartía el mismo sentimiento.

Fue una cena agradable, y con la voluntad de irnos conociendo mejor unos a otros, cada uno fue contando sus historias.

Buck Harris estaba casado, y su esposa vivía en Silver Springs, Maryland, fuera del D. C. de la capital. Daba la impresión de que en su familia el dinero no faltaba; no tenía que ajustarse a su salario en el Departamento de Estado para comprarse jambiyas de cinco mil dólares. La Guerra Fría había sido posiblemente para Buck un pasatiempo de caballero bien nacido, algo con lo cual mantenerse ocupado. Entonces, ¿qué era esto de la guerra contra el terrorismo? Tal vez lo mismo, pero con el incentivo adicional de la venganza, como él mismo había dicho. Uno podía imaginarse a Buck en actitudes amistosas con sus antiguos enemigos soviéticos, pero resultaba inconcebible que llegara un día en que él, o cualquiera de nosotros, nos tomáramos una copa con antiguos jihadistas. Una de las razones de eso es que ellos no beben. El meollo de la cuestión es que esta guerra no tiene fin, y no habrá ni perdón ni olvido.

Buck tenía dos hijos adultos, una mujer y un hombre, y nos contó que no compartían su ideología ni su entusiasmo por joderse a los enemigos de Norteamérica.

—Ellos creen que deberíamos esforzarnos por entender al Islam —nos contó—. Si hubieran tenido la misma edad durante la Guerra Fría, me dirían que debería intentar entender al comunismo. Les aseguro que entiendo ambas cosas.

Ya, ya. Qué ingrato era que los hijos de uno lo considerasen parte del problema. Pero Buck asumía una actitud filosófica.

—Lo único que importa es saber que uno ha vivido su vida haciendo lo que uno cree que está bien, no sólo para sí mismo, sino para el país, para la civilización, y para mis hijos, y para los hijos de mis hijos.

—No necesitas justificar tu vida ni tu trabajo ante nadie —le aseguró Kate.

—En este oficio, sin embargo —advirtió Buck, asintiendo—, uno se ve obligado

a veces a transigir en sus creencias en aras de un bien mayor: la seguridad nacional, la estrategia global y cosas por el estilo. En la Guerra Fría hubo unas cuantas ocasiones en que me vi forzado a traicionar o abandonar a un aliado, como parte de un plan complicado.

Nadie ofreció comentario a eso, pero no dejé de preguntarme si no estaría insinuándonos que el pasado pudiera convertirse, en este caso, en el prólogo del futuro. Ojalá no fuera así.

Kate habló un poco, contando de su origen: su maravilloso padre del FBI, ya retirado, y la loca de su madre, obsesionada por las armas, aunque Kate no se refirió al tema sino para contar cómo había crecido rodeada de armas, aprendiendo a disparar y a cazar desde la infancia.

Era una entrada excelente para proseguir su narrativa hasta el punto en que mataba a Ted Nash, pero evadió esos caminos. Bien podía ahorrarse ese relato para cuando nos presentaran al compañero de la CIA, pensando que siempre resultaría más interesante para alguien que perteneciera a la Agencia. Yo estaba seguro de que en la CIA todos ya conocían esa historia.

Aproveché la ocasión de formar lazos afectivos para contar historias graciosas de policías, que fueron recibidas con risas. Pero para aclarar que en la policía de Nueva York no todo era juego y diversión, conté cómo me habían disparado mientras trabajaba, las peripecias de mi retiro por razones de salud, y mi áspera transición del Departamento de Policía de Nueva York a la Fuerza Operativa Antiterrorista. Finalicé con mi primer caso, en el que conocí a Kate Mayfield, el amor de mi vida.

Paul Brenner había llevado por lo visto una vida interesante en el ámbito militar, llena de aventuras, pero como la mayoría de los veteranos de combate no quería destacar sus experiencias de la guerra, y de nuevo no mencionó su misión clandestina en el Vietnam de la posguerra. Lo que sí aclaró fue que había pasado por un matrimonio efímero durante la guerra, aunque omitió hablar de su pareja del momento en Estados Unidos, lo cual me pareció era de esperarse; no era hombre que gustara de hablar sobre su vida privada. Además —¿cómo explicarlo?— se había enamorado de Kate Mayfield. A mí no me afectaba eso; Tom Walsh sufría del mismo mal. Pero no era mi problema.

El caso es que las cuatro quintas partes de la Brigada A lograron conocerse mutuamente, lo cual podría tener efectos favorables o nocivos cuando llegara la ocasión de trabajar juntos. Con suerte, volveríamos a casa con historias que contar. Mejor dicho, siendo la profesión lo que es, historias que callar. Sugerí una reunión:

—Nos encontraremos a las siete bajo el reloj de la Grand Central Station, igual que en las películas, y de ahí nos vamos a cenar a la Casa del Bistec de Michael Jordan.

Todos estuvieron de acuerdo en ese final feliz, y acordamos citarnos así en una fecha que el destino señalaría. Me pregunté quiénes acudiríamos. Tal vez nadie.

Buck pagó la cena, como había prometido: sesenta dólares, incluyendo los tragos

y la propina. Equivalía a un mes de sueldo de un trabajador yemenita, o a cuatro copas en un bar de Nueva York. Tal vez debería comprarme una casa de jubilado en Yemen.

Nos pareció que a continuación ir al Club de Rusia era una excelente idea, lo cual demuestra cómo la intoxicación alcohólica nubla el juicio.

Zamo nos transportó unos cientos de metros hasta la Ciudad de los Turistas. La media docena de guardias que vigilaban la entrada tenían aspecto centroeuropeo y proyectaban una imagen amenazante de duros, con sus chamarras antimetralla y AK-47. Reconocieron al Land Cruiser de la embajada de Estados Unidos, y seguramente a Zamo también, y nos dejaron pasar sin detenernos.

—Parece que te conocen —le comenté a Brenner, que no me respondió.

La Ciudad de los Turistas era una colección de edificios de losas de concreto de cinco y seis pisos de altura, como esos conjuntos de viviendas urbanas para los pobres. Pero en Sana'a representaban viviendas de lujo. Sobre todo: había vigilancia. Seguridad no, pero vigilancia sí.

Entendí las razones por las que Paul Brenner no quería vivir ahí. Además de la atmósfera un tanto deprimente, también equivalía a admitir que uno no se encontraba seguro en el exterior. Un hombre macho jamás admitirá algo así. Prefiere morir. Y a menudo muere, en efecto.

Había algunos edificios más bajos, entre ellos unos cuantos comercios, y en uno de los edificios estaba el Club de Rusia. Zamo se estacionó cerca de la entrada.

La puerta la guardaban otros dos sujetos armados, que con la mayor confianza reconocieron a *Mr.* Buckminster Harris, saludándolo en ruso. Buck replicó con lo que ha de haber sido un chiste, pues los dos rompieron a reír a carcajadas.

¡Qué ironía!, pensé, que habiendo dedicado Buck Harris la mayor parte de su vida a intentar joderse a los rusos, se pusiera a intercambiar chanzas con ellos en Yemen, el mismo escenario donde, en los años de la Guerra Fría, se había dedicado a espiar al ya difunto Imperio del Mal. Si uno vive lo suficiente, verá cosas que jamás habría imaginado posibles.

Entramos al Club de Rusia. El capitán de meseros se me acercó gritando: «¡Iván, eres tú! ¡Excelente! ¡Tatiana esta noche está aquí, va a delirar de la alegría!».

Es broma, es broma.

La verdad era que el capitán de meseros, Sergei de nombre, conocía a Buck, mas no a Paul Brenner, por lo cual me sentí decepcionado. Me habría venido bien descubrir que *Mr.* Moda dejaba allí su sueldo cada mes, con bebidas y putas. También a Kate eso le habría parecido interesante.

El aspecto del lugar era un poco sórdido, congruente con su naturaleza. A la derecha, una barra larga, rematada por un escenario en alto. Del otro lado se abría una pista de baile con suelo de cerámica, rodeada de mesas, la mitad de ellas vacías. El DJ tocaba una música horrenda, *rock* pesado de los años setenta, y en la pista bailaban unas cuantas parejas con movimientos evocadores de accesos convulsivos.

A lo largo de la barra se encontraban grupos nutridos de hombres con ropa informal y mujeres con casi nada de ropa. Se podían contemplar en ellas relieves y profundidades que ni en el Cañón del Colorado. Los hombres tenían aspecto occidental —europeos y norteamericanos— y la mayoría de las damas eran del tipo ruso o de la Europa Oriental, aunque había algunas damitas negras que, según me informaron en otra ocasión, eran originarias de Djibouti, Etiopía, Somalia y Eritrea, lugares no tan lejanos de donde estábamos, al otro lado del Mar Rojo y sus aguas infestadas de piratas. En las mesas ocupadas también había mujeres de tipo occidental, acompañadas por sus amigos o sus maridos. Vi a dos hombres y dos mujeres de la embajada, pero no nos hicimos gestos de reconocimiento.

En cuanto a clientes yemenitas en el Club de Rusia, no se veía ninguno, ni tampoco empleados. Ciertamente la promesa más atractiva del club consistía en no tener que posar la mirada sobre ningún yemenita, a menos que uno permaneciera hasta la hora de cerrar y los observara fregando el piso bajo la mirada vigilante de los rusos y sus armas.

—¿Ya habías venido aquí? —me preguntó Kate, interrumpiendo el fluir de mis pensamientos.

—Uno de sus cocteles lleva mi nombre.

Sergei nos acompañó a una mesa, aunque a mí me parecía más atrayente la barra.

Buck ordenó una botella de Stolichnaya en hielo, un platón de cítricos y zakuskie, que significa canapés.

Los pasos de mi caso anterior, el del León, me habían conducido a un club nocturno ruso situado en Brighton Beach, Brooklyn, una zona que muchos rusos norteamericanos han convertido en su patria chica. Aquel club, que se nombraba Svetlana, era mucho más opulento que éste, y la clientela estaba compuesta sobre todo por inmigrantes de la Madre Rusia vibrando de nostalgia. En comparación, este lugar llamado el Club de Rusia, sin más, era el Pueblo de los Malditos en el País de los Extraviados.

El vodka no tardó en aparecer y brindamos:

—¡Na Zdorov'e!

Kate se veía muy a gusto entre los hombres cachondos y las putas, y no tenía más queja que el volumen exagerado de la pésima música.

*Mr.* Brenner la invitó a bailar, desde luego, y ella aceptó. Fue avanzando con paso tambaleante sobre el piso resbaloso, con Brenner llevándola del brazo.

—¡Qué mujer más deliciosa! —exclamó Buck.

—En verdad que sí —acepté, pensando en que cuando bebía unas copas era todavía más deliciosa. Empero, si la sugerencia de ir a semejante club hubiese venido de mí, tal vez mi mujer no habría parecido igual de deliciosa.

Kate se resbalaba en el piso de mosaicos, pero Brenner la sostuvo. Entonces ella se descalzó los pies y se pusieron a bailar al ritmo de una horrorosa música disco.

Una dama atractiva, con atuendo muy breve, se nos acercó con una bandeja sujeta

al cuello mediante una correa, que contenía una selección de puros y cigarrillos a escoger entre dos enormes tetas.

Buck encontró tres puros cubanos escondidos en el humectivo derecho de la dama, y le dio un billete de veinte dólares que incluía impuesto, propina y encender el puro.

—Muchas semanas sin venir por acá —le dijo la dama a Buck, hablando con fuerte acento ruso.

Buck le contestó en ruso, y la dama se rio, acariciando los escasos y rubios cabellos de su cabeza. Por lo visto, Buck no había parado de joder lo que venía de Rusia. La dama giró hacia mí los ojos.

—¿Recién llegado a Sana'a?

—¡Me siento como si hubiera pasado aquí toda mi vida!

—¿Sí? ¿Esposa, novia? ¿Usted o de él? —siguió inquiriendo.

—Es mi esposa, pero la novia de él.

Le pareció muy graciosa la respuesta. Se despidió:

—Quizá lo vea de nuevo.

—Mañana por la noche.

Buck y yo, observadores de la comedia humana, nos dedicamos a fumar puros cubanos y beber vodka ruso mientras oíamos música disco norteamericana.

Yo pensaba que al pasar suficiente tiempo en Yemen —por ejemplo, más de un mes—, era inevitable caer en un fatalismo profundo, que a su vez provocaba comportamientos extraños y riesgosos. No es que los pusiera yo en tela de juicio, no, sino que me daba cuenta de que las personas en quienes debía confiar y con quienes colaboraría estaban un poco fuera de quicio.

El DJ pasó a música norteamericana de grandes bandas, y el salón se llenó de las notas de una versión instrumental de «I'm in the mood for love», mientras que la *chanteuse* rusa del escenario se esforzaba por cantar la letra:

—¡Aminda muuud forlof, zimpli bicos yur nirmiii!

Brenner y Kate comenzaban a conocerse mejor.

Para seguir con el tema del fatalismo, me imaginé que, desde los albores de la historia hasta la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Fría y la guerra contra el terrorismo, toda misión peligrosa se había iniciado con una parranda alcohólica. O debió de haberse iniciado así: ¡comamos, bebamos, y gocemos, que mañana moriremos! Nada como la proximidad de la muerte para que las cosas se acomoden en la debida perspectiva.

—Fue buena idea venir —le comenté a Buck.

—El ritual previo a la batalla —señaló—. La guerra es el mejor pretexto para cualquier tipo de conducta.

Eso estaba a la vista.

La música cambió a la «Serenata a la luz de la luna», y Kate, en obediencia a la etiqueta de no bailar más de una canción lenta con el mismo hombre, se acercó a la

mesa, tomó a Buck de la mano y se lo llevó a la pista de baile, dejándonos a mí y a *Mr. Brenner* como pareja de baile, si tal fuese el gusto. Pero antes de que yo pudiera invitarlo, Brenner se había sentado, exclamando:

—¡Ah! ¡Puros!

Se ocupó de llenar su vaso de vodka y llamar a la dama de los cigarros, que enseguida acudió para cortarle la punta al habano y encenderlo. No teníamos nada que decirnos uno al otro, pero él comentó:

—Buen cigarro.

Pensé que *Mr. Brenner* se volvía menos gracioso y que su conversación iba perdiendo interés a medida que aumentaba su distracción en torno a *Ms. Mayfield*. Pude adjudicar eso a los efectos de un exceso de alcohol y de haber vivido demasiado tiempo en la tierra de las pocas oportunidades de ligar. No que fuera necesario emborracharse o estar muy cachondo para encontrar atractiva a *Kate Mayfield*.

Me puse a observar cómo *Buck* y *Kate* compartían la pista de baile con hombres europeos y norteamericanos y con prostitutas de Europa Oriental y África. ¡Qué maravilloso que tan diversas culturas se llevaran así de bien! Mejor aún sería si lográramos añadir a los árabes con sus indumentarias de batas y velos, todos alcoholizados bailando los pasitos del *Bristol Stomp*.

Unas cuantas damas se nos acercaron ofreciéndose para un baile o para sentarse a la mesa, cosas que tanto *Mr. Brenner* como yo declinamos con los mejores modales. Con ánimo de hacer plática, le dije a Brenner:

—Un día de éstos va a caer aquí un cohete atravesando el techo.

—Han puesto costales de arena sobre planchas de acero sobre el tejado —me informo.

—¡Vaya! ¡Deberían poner eso en el menú!

La «Serenata a la luz de la luna» concluyó, y me llegó el turno de bailar con mi esposa. El DJ seguía en el género de las grandes bandas, y el aire lleno de humo vibró con las notas de trombones y saxofones en la melodía de *Tommy Dorsey*: «Nunca volveré a sonreír».

*Kate* bailó conmigo, pero me cuidé de dar demasiadas vueltas, porque podía ver que el salón ya daba vueltas en su cabeza.

Ella no tenía mucho que decir, así que la llevé de regreso a la mesa.

Pasaba de la medianoche, y el Club de Rusia estaba en plena ebullición. *Buck* sugirió coñac, lo que me pareció mala idea.

—Yo estoy lista para volver a casa —dijo *Kate*.

Yo también, pensé. Vámonos al aeropuerto.

*Brenner* pagó la cuenta: unos cuarenta dólares, que cubrió con dinero norteamericano.

*Sergei* nos acompañó a la salida, y nos advirtió:

—Mañana tenemos función de la danza del vientre. Vengan ustedes.

*Buck* le aseguró que ahí nos vería. Salimos, y *Zamo* acercó el auto a la puerta.

Acomodé a Kate en el asiento de adelante y los niños nos subimos atrás.

Al pasar por el portón de la Ciudad de los Turistas, Zamo sugirió que tuviésemos a mano las pistolas; buena idea, si se consideraba que estábamos tan borrachos que nos llevaría cinco minutos encontrarlas.

Zamo sugirió además dejarnos primero a Kate y a mí en el Sheraton, y después regresar a la embajada. Su última sugerencia fue que Brenner se quedara a dormir en la embajada, pues Zamo no tenía la menor intención de llevarlo hasta su casa después de la medianoche.

¡Una noche más en la ciudad loca y salvaje de Sana'a!

Kate y yo nos bajamos en el Sheraton. Zamo nos avisó que estaría a recogernos a las 6:45. Buck nos aconsejó no cerrar la cuenta en el hotel ni avisar que nos íbamos, y Brenner nos ordenó llevar puestos los chalecos de kevlar.

—Buenas noches y buena suerte —les dije a todos.

Metí la pistola al cinturón y conduje a Kate por el vestíbulo, que se encontraba desierto y silencioso, aunque desde el área de cocteles llegaban lejanos trozos de música.

Fuimos hacia los ascensores, que supuestamente vigilaba el personal de seguridad, pero la silla estaba vacía. Empuñamos las pistolas mientras subíamos a nuestro piso, y una vez ahí le indiqué a Kate que vigilara el pasillo mientras yo examinaba la habitación.

Como no había terroristas debajo de la cama ni en el clóset, le hice señas a Kate de que se acercara, y con ella dentro le puse cerrojo a la puerta. Las cortinas estaban abiertas, y las cerré.

Kate, que no se encontraba en buena forma, se desplomó en la cama.

Eché una mirada en torno a la habitación, a ver si algo estaba fuera de lugar, como por ejemplo una pantera negra de peluche sobre la almohada. Pero todo era kosher —por no decir halal— así que me senté en el sillón.

Tomando todo en cuenta, no había sido un mal día en la Tierra que el Tiempo Olvidó. Habíamos aprendido mucho, y podíamos aprovechar esos conocimientos: era posible que a esas alturas la Pantera estuviese al tanto de que John Corey, el mismo que había matado al León, había llegado a Yemen para matarlo a él. En este país, no hay lugar para ti y para mí, pedazo de cabrón.

Mis compañeros de equipo eran más que competentes, y sentía que podía confiar en Brenner dentro de lo profesional. Su conducta respecto de Kate era otro tema. Buck también se mostraba como alguien digno de confianza, aunque había confesado experiencias de arrojar a sus amigos bajo las ruedas; claro que sólo lo había hecho por razones patrióticas.

La persona de la CIA seguía sin darse a conocer, pero ya no por mucho tiempo. Eso podría afectar el equilibrio del equipo.

Kate no había perdido su entusiasmo, y aprendía con gran rapidez. Sinceramente me alegraba tenerla conmigo y anticipaba con placer el momento de exclamar: «¡Te

lo dije, debíamos haber permanecido en casa!».

Para el día siguiente estaba el traslado a Adén, que yo había efectuado en viaje redondo unos años antes. En esta ocasión, no sería un viaje redondo. El viaje sin regreso nos llevaría a Adén, luego a Marib. Esa última etapa podría ser sin regreso también. Pero siendo optimistas, se podía afirmar que en Marib haríamos la última escala antes de volver a casa. Y la última escala de la vida de la Pantera.

**PARTE V**  
**La pista de la muerte, Yemen**

## CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

A las 7:00 AM, todos los que iríamos a Adén estábamos reunidos con armas y equipajes en un pequeño estacionamiento al lado del edificio de la cancillería.

Era una linda mañana, con tiempo seco y despejado, conveniente para la operación de los drones Predator.

En torno a los cinco Land Cruiser negros conté a unas quince personas, todos hombres, menos Kate y otra mujer que llevaba pantalones *beige* y camiseta blanca. Según Buck, era nuestra doctora, Clare Nolan. Se veía muy joven, por lo cual inquirí a Buck:

—¿Tiene edad suficiente para usar alcohol en los hisopos?

—Es muy competente —me aseguró Buck—. Trabajó durante seis meses en un hospital de los barrios bravos de una ciudad. Heridas de bala y demás.

—¿Sabe cómo atender una cruda resaca?

—Luces muy bien, chico —repuso, y en ese instante sonó su teléfono satelital, por lo cual se disculpó alejándose para tomar su llamada en privado.

En realidad no me encontraba mal, teniendo en cuenta que había tomado varias copas de vino en la cena, después de los martinis y antes de la botella de vodka.

Kate era otra que lucía muy bien, pero a lo mejor era efecto del maquillaje. Yo abrigaba la esperanza de que no se le olvidara que me había reservado el último baile.

Sobre aquel asunto, *Mrs. Corey* y *Mr. Brenner* no parecían tener mucho que decirse esa mañana. Ah, sí; tengo mis propias experiencias al respecto.

Para tomar la autopista de la muerte Kate y yo habíamos seleccionado botas de desierto y *jeans*, y ella, bajo un suéter negro, tenía el chaleco de kevlar. Sobre mi propio chaleco me puse una camisa kaki, la misma que había usado en el viaje anterior a Yemen: mi camisa de la buena suerte. Como nos internaríamos en Territorio Indio, las .45 estaban a la vista, enganchadas a nuestros cinturones.

Para los del SDS, el uniforme del día constaba de pantalones de carga y chamarras de campaña, sin mangas, sobre camisetas negras, y eso es lo que *Mr. Brenner* llevaba puesto, además del corazón inflamado.

Howard Fensterman se hizo presente, vestido para una gran aventura, con camisa militar y la pistola Glock colgando un poco debajo de la cintura. Todos los agentes especiales del FBI reciben adiestramiento para el uso de diversas armas, aunque hay algunos más calificados que otros. En todo caso, ya antes me había llevado algunas sorpresas al observar quiénes eran pistoleros expertos. Todo está en la mente.

Además, Howard llevaba consigo el arma más letal de los abogados: su carpeta. Dicha carpeta, nos informó a Kate y a mí, contenía todos los documentos necesarios para efectuar el arresto legítimo de un tal Bulus ibn al-Darwish, alias al-Numair, la Pantera.

Mr. Fensterman especificó:

—Tengo copias de todo, para ti y para Buck.

Me aburría seguir dando lata a Howard, así que repuse:

—Muchas gracias.

—También tengo copias de las huellas dactilares del acusado, y tres fotografías suyas a color, de hace unos doce años, además de su última licencia de conducir y la foto del pasaporte de Estados Unidos.

—Bien —acepté, pensando que si seguía pareciéndose a su foto de pasaporte, era hombre muerto.

Según mis previsiones, estos materiales nos los iban a dar en Adén, pero convenía tenerlos antes, por si nos topábamos con el acusado en el camino.

—En las fotos —indicó Mr. Fensterman— la cara está rasurada, y sabemos por diversas fuentes que se ha dejado la barba.

Eso lo había dicho Rahim en Ghumdan.

—Varios gobiernos extranjeros —prosiguió— lo buscan por ser responsable de ataques contra sus ciudadanos.

—En efecto. Los saudís lo culpan de haber matado a varios guardias fronterizos.

—Correcto. Y los belgas por sospecha de secuestro y asesinato.

Yo me había enterado de eso gracias al coronel Kent, pero no se lo había mencionado a Kate.

—¿Qué secuestro y asesinato? —le preguntó a su jefe.

—El pasado agosto —repuso Howard— desaparecieron nueve turistas belgas en las ruinas próximas a Marib.

—Algo recuerdo haber leído en el *Times* sobre eso —dijo Kate.

Tal vez lo había leído en el *Post*, pero siempre se refería al *Times*. Yo suelo hacer lo opuesto.

—Las apariencias sugerían un secuestro tribal —continuó Howard—, pero no hubo petición de rescate, y en las ruinas se encontró sangre. El guía y el conductor, ambos yemenitas, fueron hallados... muertos. Por degüello.

Eso no auguraba nada bueno para aquellos turistas.

—¿Por qué cree el gobierno belga que fue la Pantera? —pregunté.

—Los belgas arrestaron en Bruselas a un sospechoso de Al Qaeda —fue la respuesta de Howard—, en un caso distinto, y al parecer la información salió a la luz durante los interrogatorios.

Ya, ya. Es así como se consigue la mitad de la información: los malos sujetos saben muchas cosas malas.

Howard retomó el discurso:

—Por lo tanto, además de los yemenitas, otros gobiernos, incluyendo a los saudís, desearán que se les notifique el arresto, si acaso logramos efectuarlo, y podrán solicitar su extradición. Por esta razón es preciso fortalecer la presentación del caso sobre el atentado contra el *Cole*.

—Ya veo.

Lo que también veía yo era que los saudíes presentarían problemas en el caso de que lográramos pescar a la Pantera y nos viésemos obligados a cruzar la frontera saudí llevándolo con nosotros. En consecuencia, seguro que no meteríamos a la Pantera a Arabia Saudita, ni pensaríamos entregarlo a los yemenitas. Me surgió la idea de que en este asunto pasaban más cosas de lo que yo sabía. ¡Qué escándalo!

En conclusión: un tiro en la cabeza resuelve todas las solicitudes de extradición, disputas jurisdiccionales y tonterías de demandas.

—Permaneceré con ustedes en Adén —nos advirtió Howard.

¡Mierda!

—Excelente —comenté, sin poder resistir ponerlo al día—: según informes de inteligencia, es posible que el Sheraton de Adén sea objetivo de un ataque de Al Qaeda.

—¿De veras?

—Con un poco de suerte habrán atacado antes de llegar nosotros, y el bar quedará intacto.

Kate le propuso a Howard:

—Podrías volver a Sana'a hoy mismo.

Howard lo pensó: ¿volver a tomar la autopista de la muerte esa misma tarde para volver a Sana'a, o permanecer en la zona cero y pasar la noche en Adén? En el mismo caso, mi decisión sería entrar a la cafetería ahí donde estábamos y comerme un panecillo.

—No —contestó, sin embargo—. Me quedo en Adén hasta que vuelva a salir un convoy hacia el norte. Prefiero seguir esto de cerca.

—Lo que tú digas.

Zamo se aproximó y nos pidió que lo acompañáramos a su Land Cruiser para impartirnos un curso relámpago sobre la carabina M4.

Nos dio un arma a cada uno, diciendo:

—Es el modelo A1, una versión más corta y ligera del rifle de asalto militar M16, que seguro conocen bien.

Sopesé la carabina en las manos. Me hacía sentir bien. Era *malvada*.

—Tiene visor telescópico —prosiguió Zamo, entusiasmado por poder hablar de su tema predilecto—, y este modelo dispara en modo totalmente automático. Usa el cartucho estándar de 5.56 mm y tiene un cargador con treinta rondas. El ciclo de fuego va de setecientos a novecientos disparos por minuto.

—¿Qué alcance efectivo? —preguntó Kate.

—A trescientos metros se hace blanco con precisión —explicó—. El cañón corto reduce el alcance efectivo, pero les daré visores de día y de noche.

—¿Trajiste tu rifle de francotirador? —inquirí.

—¿Acaso el papa sale sin su cruz? —reviró Zamo, y continuó con su exposición—. Esta arma está hecha para usarse como defensiva a corto alcance, y como

ofensiva a medio alcance. Si nos vemos en una situación donde los malos nos atacan desde lejos con AK-47, hay que compensar con fuego de supresión totalmente automático, para que no puedan asomar la cabeza. Lo que le falta al M4 en alcance, lo compensa con creces por el ritmo del ciclo de fuego.

Howard tenía una pregunta sensata:

—¿No se traba si se calienta?

—Sí, en teoría —replicó Zamo—, pero nadie ha reportado ese problema en situación de combate.

Tal vez porque se habían muerto.

—Por su tamaño —siguió Zamo— es muy portátil, y fácil de esconder. En lugares estrechos, como vehículos o cuevas, permite entrar y salir sin dificultades.

¿Cuevas? ¿Había yo oído bien?

—Por su tamaño y peso, y porque recula menos —continuó Zamo, mirando a Kate—, es muy favorecida por las damas.

—¿No le quebrará las uñas? —le pregunté a Zamo.

Zamo se rio, y volvió a reírse cuando Kate replicó:

—Jódete.

¡Qué divertido! Zamo seguía describiendo la M4 con más palabras de las que le había oído pronunciar durante todo el día anterior. En general, la M4 era un arma excelente. Me parecía más deseable no tener que usarla, pero llegado el caso, disfrutaría de sus virtudes.

Con respecto a eso, Zamo tenía una proposición:

—Es una pena que no tengamos ocasión de probarlas, pero mañana podemos salir a las Tierras Malas y quemar cartuchos. Podríamos encontrar blancos vivos.

—Eso podemos encontrar hoy mismo en el camino —le recordé.

—Cierto. ¿Alguna pregunta?

—Sólo una: ¿dónde se le aprieta para disparar? —inquirió Howard, haciéndose el gracioso.

Una vez terminada la lección sobre las fuerzas mortíferas, Howard, Kate y yo nos echamos al hombro las carabinas M4. Zamo nos entregó a cada quien un saco negro repleto de cargadores y visores telescópicos. Pronunció:

—Buena suerte y buena cacería.

*Mr. Brenner*, que actuaba como director de la caravana, había reunido a los conductores del SDS y les leía una hoja de papel que describía la ruta a seguir y el orden de marcha. Me pregunté si se daría el azar de que *Mr. Brenner* y *Mrs. Corey* viajaran en el mismo vehículo. ¿Haría él algo tan obvio, tan estúpido? ¿Por qué no? En sus zapatos, yo lo haría.

Ed Peters emergió del edificio de la cancillería, aunque yo no pensaba que viajaría con nosotros a Adén. Tal vez venía a bendecir a la caravana.

Kate y yo nos encontrábamos con Buck. Peters se aproximó hablándole a Buck.

—No me quedan más que dos vehículos plenamente blindados, y habrá que ir a

recoger al embajador nuevo la semana que viene, así que no caigan en ninguna emboscada.

—Pueden traerte cinco unidades nuevas en un C-17 —lo tranquilizó Buck.

—Sí, pero eso puede tardar más de una semana. Odio los viajes a Adén —agregó, dirigiéndose a mí.

—Pero usted no va a ir —observé.

—Mis vehículos van.

—¡Cómo lo siento! ¿No hay un autobús que me lleve?

¡La preocupación de *Mr. Peters* se limitaba a sus vehículos! Y, por supuesto, a sus agentes del SDS. En lo que a los pasajeros se refería, sólo eran la causa de sus preocupaciones. Un tema de mayor pertinencia era la ausencia de helicópteros norteamericanos en esas regiones peligrosas e inaccesibles. La falta de ese medio de transporte nos obligaba a cruzar en automóvil el Territorio Indio, y no teníamos más movilidad que Al Qaeda con sus Toyotas.

Por el lado favorable, contábamos con la vigilancia de los drones —tal vez incluso con misiles Hellfire—, pero yo no sabía si Peters estaría enterado de eso, o de que transportábamos a sus hombres y sus vehículos buscando entrar en conflicto con Al Qaeda.

Peters se preocupó de andar causando ansiedad a los bisoños y se dirigió a Kate y a mí:

—Nunca hemos sido atacados en la carretera de Sana'a a Adén.

—El mayor peligro —coincidió Buck— reside en los camioneros yemenitas.

Kate cuestionó a Buck y a Peters:

—¿No se supone que la policía de Seguridad Nacional es la que se encarga de vigilar las carreteras?

—En ocasiones los mismos policías son el problema —replicó Peters.

Ya, ya. En Yemen hasta los buenos eran malos. ¡Qué lugar de mierda! ¿No lo había dicho antes?

A fin de cuentas, no había más que tres resultados posibles del viaje: una agradable excursión por el campo, una confrontación victoriosa con el enemigo o los titulares del periódico al día siguiente: *Convoy norteamericano aniquilado en Yemen: trece muertos*.

La reacción del público sería de la mayor confusión: ¿Yemen? ¿Dónde queda eso?

Buena pregunta.

## CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Buck recibió otra llamada por el teléfono satelital y se alejó para poder hablar. Tal vez fuese su mujer desde Maryland, que deseaba hacerle unas preguntas sobre los cargos en su tarjeta Amex a cuenta del Club de Rusia.

Poco después ya estaba de vuelta, y charlamos un poco sin que él mencionara su llamada.

Brenner se nos aproximó para ponernos al tanto de los planes.

—Estaremos listos para salir en cinco minutos. ¿Ya saben cómo se usa la M4? — me preguntó a mí, después de mirar un momento a *Mrs. Corey*.

—Sabemos.

Brenner a continuación llamó la atención de todos:

—¡Por favor, escuchen esto!

A medida que nos agrupábamos alrededor de él empezó a hablar.

—En primer lugar quiero presentarles a la Dra. Nolan. Algunos de ustedes ya la conocen.

La joven doctora alzó una mano y la agitó. No era nada fea, si a uno le agrada el aspecto de alguien como, por ejemplo, *Scarlett Johansson*. Pero me salgo de mi narración. ¿Qué estaba yo diciendo? Ya, ya: que se veía muy competente.

—La Dra. Nolan cuenta con equipo para tratar el mareo del viaje y heridas de bala de menos de nueve milímetros.

Eso provocó muchas risas. Aun Howard se rio mientras volvía rápidamente al edificio de la embajada. Es broma, es broma.

—Doy consulta a domicilio —dijo la Dra. Nolan.

Enseguida Brenner hizo otra presentación:

—Nuestros muy importantes pasajeros, *Mr. John Corey*, del Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI, y *Ms. Kate Mayfield*, la nueva agregada jurídica.

Alcé una mano diciendo:

—John aquí. Ella es Kate.

Eso fue respondido con unas cuantas risas. ¡Vaya! Éramos el motivo de un viaje riesgoso a Adén, y me pareció correcto que nos consideraran gente tonta y bondadosa.

Brenner presentó asimismo a *Howard Fensterman*, y entonces anunció:

—Éste será el orden de marcha.

Se puso a leer de su papel, nombró a los cinco conductores del SDS y designó sus vehículos.

—Yo viajaré en el primer auto.

Como dicen los militares, en la punta, que en teoría es el lugar más peligroso de cualquier convoy, así que si *Mr. Punta* pensaba que *Kate* iría a su lado, yo corregiría

tal idea.

Brenner prosiguió con las asignaciones:

—*Mr. Harris* viajará junto al conductor en el segundo vehículo.

Buck alzó una mano para informar a todos:

—Soy el segundo en la línea de mando, si se da el caso de que *Mr. Brenner* no pueda desempeñar sus funciones.

Ya, ya. Un caso de muerte. Sin hacer pausa, Brenner anunció:

—*Mr. Corey* viajará en el tercer vehículo.

El automóvil de en medio suele ser el más seguro en todo convoy, que a veces se reserva para el comandante. *Mr. Brenner* me asignaba el lugar de honor. ¿Por qué? ¿Acaso le caía simpático? No; la razón es que yo era la cabra que se necesitaba llevar viva y segura a la trampa.

El siguiente anuncio de Brenner fue:

—En el vehículo de en medio irá también la *Dra. Nolan*.

¿Qué *tal*? La verdad es que el procedimiento normal mandaba que el médico viajara en medio, así que todo estaba claro, nada que ver con mis plegarias. Pero ¿en qué auto iba *Kate*?

Mi duda fue aclarada por Brenner.

—*Ms. Mayfield* viajará en el cuarto vehículo.

Me sentí en verdad decepcionado de que *Kate* no estuviera en el mismo coche que *Clare* y yo.

—También en el vehículo cuatro irá el otro agregado jurídico, *Mr. Fensterman*.

¡Pobre *Kate*! Es broma. *Howard* me caía bien de verdad. Pero si me viera obligado a pasar cinco o seis horas con él en un auto, sólo saldría vivo uno de nosotros.

Como si me leyera la mente, *Howard* habló:

—*Kate* y yo estaremos a su disposición por el teléfono satelital si tienen alguna duda de tipo legal sobre cómo devolver el fuego del enemigo.

Eso hizo que todos nos riésemos de buena gana, reconociendo que teníamos que lidiar con todas esas locuras. Hasta *Howard* se reía de sí mismo, acercándose un poco más a la realidad.

—El último vehículo es la unidad de seguridad realzada.

Nombró a dos agentes del SDS, uno de los cuales era *Zamo*, que viajarían con el conductor, también del SDS. Para los recién llegados ofreció una explicación.

—Este vehículo cuenta con armamentos especializados y aparatos de seguridad. Es nuestro bondmóvil —bromeó—. Este bondmóvil podrá cambiar posiciones, alejarse de la retaguardia o avanzar como explorador.

Todo eso sonaba igual a la seguridad estándar para un convoy, tal vez con algunas variaciones basadas en experiencias del pasado. A fin de cuentas, teníamos a *Paul Brenner* como responsable de cinco vehículos muy costosos, una gran cantidad de equipos de comunicación y armamentos de alto precio, además de documentos

delicados y trece vidas de norteamericanos.

Para una responsabilidad así no valía ningún adiestramiento. Esa capacidad venía de nacimiento, no podía aprenderse.

No sabía con certeza si a Paul Brenner le gustaba esto que hacía, pero era evidente que se hallaba a sus anchas. En Estados Unidos estaría buscando empleo, y en Londres, París o Roma no sería sino otro engrane en el gran mecanismo de la embajada. Aquí, él era uno de los mecanismos. Tuve la sensación de que él permanecería en Yemen, aunque aún no lo supiera.

Brenner pasó al tema siguiente.

—Comunicación. Las radios de mano funcionarán cuando estemos en la línea de visión, pero tengan en cuenta las curvas en zonas de montañas, así como las cuestas. Si es necesario, podemos retransmitir mensajes de radio. Por favor, minimicen la charla en la radio, por razones de seguridad y de táctica. Yo iniciaré casi todas las llamadas. Cada vehículo está equipado con un enchufe para la antena satelital. Cuando quieran hacer una llamada, que no se les olvide conectar su teléfono a la antena.

Eso provocó risas; y era obvio que algún bobo había olvidado hacer eso en más de una ocasión. Toda esa gente tenía historias en común, en las que Kate y yo no éramos sino un nuevo capítulo. Había que abrigar la esperanza de que no fuese el último. Otro aspecto evidente era que los agentes del SDS simpatizaban con su jefe, y eso hablaba bien de Paul Brenner. En realidad a mí también me simpatizaba. Tenía buen gusto para las mujeres.

—En cuanto a otro tipo de necesidades, específicamente las fisiológicas, es posible que no podamos detenernos. En cada vehículo hay botellas para hombre y para mujer. Si no saben cuál usar, llámenme.

Muchas risas, aunque ya le habían oído antes el mismo chiste.

—En los vehículos también hay bolsas de papel con almuerzos, preparados por la cafetería. La Dra. Nolan —añadió— puede atender casos de intoxicación.

¡Qué cantidad de buen material de comedia había en Yemen! ¡Un chiste por minuto! No podía esperar a volver a Nueva York y ensayar algo de esto con el público del Ecco's: «Un camello entra en un bar de Sana'a, y el cantinero le dice: Eh, ¿por qué esa cara tan larga?».

—Los Land Cruiser del convoy son vehículos totalmente blindados —retornó Brenner a sus explicaciones—. Por esa razón llevan mucho peso, y será necesario hacer un alto para cargar combustible.

Miró el papel que tenía en la mano antes de continuar.

—La ruta. Tomaremos el camino principal a Yarim. Desde ahí decidiremos si seguimos la carretera a Ta'iz, o si tomamos la nueva carretera a Adén. Eso dependerá de la situación de seguridad. Permaneceré en contacto por teléfono satelital con la embajada, y también con el Sheraton de Adén, de manera que tendremos información a lo largo del camino. Nos han prometido vigilancia aérea con drones Predator, pero

no puedo garantizarles que dicha promesa se haga efectiva o se extienda al camino completo.

Me daba cuenta de que Brenner no mencionaba que esos Predator de vigilancia podrían ir armados con misiles Hellfire, ni que los utilizarían en caso de necesitarse. A fin de cuentas, ningún comandante promete más de lo que puede cumplir. El personal conoce los riesgos y siente aprecio por la honestidad. La demagogia no forma parte de los informes al inicio de cualquier misión.

Para concluir, Brenner comunicó a todos:

—Las autoridades yemenitas no han sido advertidas de nuestros movimientos, pero como suele suceder, nos toparemos con la policía de la Oficina de Seguridad Nacional en el camino, así como con retenes locales de la policía y el ejército. Si se nos pide detenernos, *Mr. Harris* lidiará de modo diplomático con la situación.

Buck dijo algo en árabe, que tradujo a continuación:

—¡Fuera de mi camino, hijos idiotas de camellos enfermos!

Eso nos hizo reír de buena gana. Por lo visto, ninguno de nosotros tenía en alta consideración al país en que estábamos ni a sus ciudadanos. Las razones eran obvias, pero la arrogancia norteamericana producía un exceso de confianza, y eso podía hacernos cometer errores.

—Hay que llevar puestas las chamarras antimetralla, aunque ya tengan los chalecos de kevlar. Mantendremos velocidad máxima, que será fijada por mí. Los intervalos entre vehículos serán determinados por la velocidad o por las condiciones del territorio.

Hizo una pausa antes de abordar los temas difíciles.

—Conforme al adiestramiento que hemos recibido, no abriremos ni devolveremos fuego si nos disparan; confiamos en el blindaje, y avanzaremos para atravesar cualquier emboscada, aunque revienten las llantas que supuestamente son resistentes a ponchaduras. Si uno de los vehículos quedara fuera de operación al detonarse algún explosivo, tomaremos posiciones defensivas, y devolveremos fuego cuando nos disparen. Si nos ataca un vehículo en movimiento en la carretera, habrá llegado el momento de bajar la ventanilla y mandarlo a la mierda.

Eso fue recibido con una ovación. Incluso Howard emitió gritos de entusiasmo. Comenzaba a preocuparme por él.

Observé al veterano de combate Paul Brenner. Como ya he dicho, se notaba que estaba en su elemento, preparando psicológicamente a la tropa mediante expresiones de confianza profesional y agresividad personal. Era un líder competente, un hombre digno de confianza en toda situación, a menos que uno anduviera acompañado de su esposa. Nadie es perfecto. Yo abrigaba esperanzas de que se mantuviera más atento a la misión que a la soledad de su pene.

Eché un vistazo a Kate mientras Brenner hablaba. Percibí que *Mr. Macho* la tenía un tanto impresionada. En sus ojos había esa mirada de admiración que suele reservar para mí y para Bon Jovi.

Brenner cerró sus admoniciones:

—No hay razones para esperar problemas en el camino, pero si acaso los encontramos, contamos con equipo de sobra y recursos suficientes para enfrentar lo que sea. Deseo que tengamos un viaje seguro y un paseo agradable por el campo.

Todos aplaudimos. ¡Bravo! ¡Más, más! Bueno, tal vez ya era la hora de partir.

Ed Peters, el predicador eventual, exclamó:

—¡Buen viaje! ¡Regresen seguros!

Y aunque no lo dijo, pensé que añadía mentalmente: «Traigan enteros los Land Cruiser».

—¡A sus vehículos! ¡Hora de partir!

Todos juntaron sus cosas y fueron a sus vehículos asignados. Naturalmente, yo acompañé a Kate al Vehículo Cuatro. Howard, agarrando su M4, ya se había sentado junto al conductor y hablaba con él. Coloqué el equipaje de Kate al lado del de Howard en el compartimento trasero. Cerré la portezuela y me dirigí a Kate.

—Suena como una ruta de reparto de leche.

Kate no respondió a eso, pero tenía un consejo que darme.

—Pórtate bien.

Asumí esa expresión confusa que me sale muy bien.

—Pero ¿qué me dices?

—Tú irás sentado al frente.

—Claro. Junto al conductor.

—Dame un beso.

Nos abrazamos y nos besamos.

—Te veré en la estación de gasolina.

O antes, pensé. Metí mi equipaje en la parte posterior del vehículo de en medio, donde estaban los aparatos de resucitación y oxígeno de la Dra. Nolan. Me acomodé en el asiento de adelante y saludé al conductor, cuyo nombre era Mike Cassidy.

La Dra. Nolan, con la chamarra antimetralla puesta, ya se había sentado atrás, con su enorme maleta de médico. Me di vuelta y la saludé.

—Hola, doctora.

—Dime Clare —dijo mi Scarlett.

Se encendieron los grandes motores de los cinco automóviles, nos abrochamos los cinturones y nos pusimos en marcha.

Las dos puertas de la escotilla estaban abiertas. El convoy salió del conjunto de la embajada norteamericana e ingresó al territorio de Yemen.

## CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Al otro lado del camino se alzaba la Ciudad de los Turistas, escenario de la aventura rusa de la noche previa. Pensando en eso, tuve la certidumbre de que Buck había percibido el interés de *Mr. Brenner* por *Mrs. Corey*. ¿Qué le aconsejaría el viejo diplomático a su amigo? Sin dudar, pensaba que la recomendación de Buck tendría que ser apagar la lumbre. La misión es lo primero.

—¿John?

Giré sobre mi asiento.

—Sí, Clare, dime.

—¿Has ido por carretera a Adén?

—La verdad es que sí. Hace unos dos años. ¿Y tú? —reviré.

—Es mi primera vez —me contó—. Llegué apenas hace tres semanas. ¿Cuánto tiempo estarán aquí tu esposa y tú?

¿Quién? Ah, sí, mi esposa. Le di réplica:

—Espero que no sea mucho. ¿Y tú?

—Firmé contrato por un año —me contó—. El Departamento de Estado me está ayudando a pagar mis deudas de estudiante.

—Ya, ya. Lo mismo que yo.

¡La hacía reír! Enseguida le pregunté:

—¿Qué te parece Yemen?

—Horrible.

—Dale tiempo.

Mike Cassidy, nuestro conductor del SDS, disipó toda expectativa:

—No mejora con el tiempo.

Seguimos hacia el sur, pasando frente a la embajada británica y el hotel Mövenpick, y tomamos la carretera a Marib, un camino poco frecuentado, en que no era difícil distinguir si alguien nos seguía. A continuación tomamos el retorno para volver a la carretera principal, de nuevo hacia el sur.

El bondmóvil se reportó por radio:

—Estamos solos.

Había algo de tráfico de ida y vuelta: camiones de carga, autobuses y autos todoterreno, además de motocicletas y motonetas. Convenía que hubiese tráfico. No porque eso disimulara la presencia de una caravana de cinco Land Cruiser negros en la tierra de los pequeños autos blancos. Llamábamos la atención, y tenía que ser obvio para el más bruto de los yemenitas que no éramos un grupo de turistas. Lo más probable, pensé, era que todo el mundo en Sana'a conociera estos todoterreno, y no pasaría mucho tiempo antes de que Abdul llamara por teléfono al primo Abdullah que tenía contacto con Al Qaeda. ¡Teléfonos celulares! ¡Todos tenían el suyo, aun en

Yemen!

Pasamos por las barriadas miserables de las afueras de Sana'a, y el tráfico se redujo.

Mike Cassidy anunció a sus pasajeros:

—Me quedan tres semanas más aquí.

—¿Adónde irás?

—A casa. Daytona Beach, en Florida. De ahí a Madrid, donde me espera un puesto excelente.

—Te lo has ganado —le aseguré—. ¿Exmilitar?

—Sí. Hice seis años en el ejército. Una parte fue en Afganistán, con la Décima División de Montaña, y la otra en Irak, con la Primera de Caballería.

—Gracias por servir —dijo Clare.

—Seguiré en el servicio —dijo Mike—. Pero con mejor salario.

Me puse a pensar en Mike Cassidy, en John Zamoski alias Zamo y en los otros agentes del SDS, incluido Paul Brenner. Habíamos organizado un inmenso y costoso aparato de seguridad e inteligencia, del cual formaba parte yo, para combatir en una guerra miserable. Una guerra capaz de asumir una potencia mortífera, como nos habían enseñado las experiencias del 11 de septiembre o del atentado contra el *Cole*. Y si se introducían a la ecuación armamentos nucleares, químicos o biológicos, esa guerra se transformaba en una pesadilla. En la vida cotidiana de Estados Unidos después del 11 de septiembre a nadie le importaba un pepino nada de eso, pero lo sucedido esa fecha volvería a suceder, y ya no tendríamos el pretexto de que nos sorprendieran desprevenidos o mal preparados. Mientras llegaba esa prueba, seguíamos pistas, vigilábamos embajadas, perseguíamos sombras y, de cuando en cuando, lográbamos romperle el alma a alguno de los cabrones mayores, lo cual aumentaba un poquito la seguridad de la patria. A eso había venido yo.

—¿Por cuánto tiempo firmaste? —me preguntó Mike.

—Tengo una visa de cuarenta y cinco días con el ERE, que puede ser prorrogada.

—Habría que pensar eso de las prórrogas.

—Ya, ya. Pero mi mujer tiene contrato de un año en la embajada.

—Eso puede ser duro.

—Así es.

Sobre todo si al expirar mi visa me enviaban a casa, y Kate permanecía en la embajada con Paul Brenner. Decididamente había que liquidar a esa Pantera.

—¿Hay nuevas pistas sobre el ataque contra el *Cole*? —preguntó Mike.

—Me lo dirán en Adén.

—¿Investigas el atentado contra el *Cole*? —inquirió Clare.

—Sí.

—Eso fue espantoso.

—Ya lo creo.

Había sido un asesinato.

Nos fuimos conociendo en el camino. La Dra. Clare Nolan venía de un sitio llamado Iowa, y ésta era la primera vez que salía de Norteamérica, si exceptuamos la semana que había pasado en Washington, D. C., antes de viajar al Medio Oriente.

—Nuestros hombres en Adén son de veras buenos —me dijo Mike—. Te gustará trabajar con ese equipo.

No era con ellos con quienes trabajaría, pero dije:

—Sí, creo que estaré contento.

Hizo una rápida descripción de sus compañeros agentes del SDS en Adén, que eran sólo seis. Igual que en mi viaje anterior, en el Sheraton había un equipo SWAT del FBI con diez elementos, y también un médico del FBI. Mike me contó que el Equipo de Recuperación de Evidencia tenía cinco integrantes en aquel momento, pero esa cantidad era variable. Había además un equipo fast de los marinos compuesto por veinte hombres venidos de Dubai, para proteger el hotel. Así que poco más o menos contábamos con unos cuarenta norteamericanos en el Sheraton, aproximadamente la misma cifra de mi anterior estancia ahí. Suficientes para llevar a cabo el trabajo, pero quizá no seríamos bastantes para defender el Fuerte Apache si nos atacaban los indios, y esto último constituía una posibilidad real.

En el Sheraton residían asimismo funcionarios de la CIA y de Inteligencia Militar, pero no contaban como cuerpos calientes. Mientras estuve ahí conté a tres elementos de cada organización, pero se mantenían aparte. Ni siquiera querían jugar al volibol con los demás.

—Alguien me contó —comentó Clare— que el Sheraton no estaba mal. Alberca, gimnasio, playa.

—Y bar —le aseguré—. ¿Te vas a quedar?

—Me quedo.

Ah.

—No lo sabía.

—Si necesitas ingresar a las Tierras Malas, puede que te acompañe —me informó.

—¿Estás segura de querer hacer eso?

—No. Pero si me necesitas, iré.

No se me ocurría por qué podría yo requerir servicios médicos en el Territorio Indio. Bueno... pensándolo detenidamente imaginaba una situación con gente disparándonos sus rifles automáticos.

—No me desagradaría conocer los alrededores —añadió Clare.

—No verás más de lo que ves aquí —le advirtió Mike.

Clare no respondió.

Abrí el sobre de papel manila que me había entregado Howard y extraje las fotos de Bulus ibn al-Darwish.

La primera, en blanco y negro, era de un joven vestido con toga y birrete. Un letrero rezaba: *Bulus ibn al-Darwish, graduación en la Universidad de Columbia,*

1987.

El joven Bulus no era feo, si se aceptaban tipos exóticos, con una nariz ganchuda, ojos oscuros y pómulos altos. El pelo largo estaba peinado hacia atrás, y me llevé una sorpresa al observar que sus labios delgados sonreían. Se sentía feliz de haberse graduado. ¡La vida por delante!

Las dos imágenes siguientes eran ampliaciones a color, con los letreros: *Foto de licencia de conducir, 1982*, y *Foto de pasaporte, 1990*. En la foto del pasaporte seguía con el rostro afeitado, pero su aspecto era distinto. Se mostraba serio; tal vez sus pensamientos se dirigían ya al país de sus ancestros. En aquella época, tendría ya la cabeza repleta de ideas radicales, sacadas con toda probabilidad de internet, y tal vez de algunos guías espirituales domésticos, cuyas interpretaciones del Islam diferían de la versión adoptada por la mayoría de los musulmanes. Estos sujetos acechaban a jovenzuelos como Bulus ibn al-Darwish.

Las últimas tres fotos eran instantáneas a color. En una de ellas se apreciaba una gran mansión victoriana al fondo. El pie de foto rezaba así: *Casa familiar de Perth Amboy, mayo de 1991. Última foto que se conoce*.

Bulus se veía mayor de los veintiséis años, la edad que tenía al hacerse la foto. Sin interpretar exageradamente la imagen —aunque era importante saber que un año después se iría a Yemen—, me daba la impresión de un hombre joven que está por cortar los lazos familiares del hogar paterno; uno que había visto su futuro y ansiaba dejar su marca en el mundo.

¿Quién habría sacado la foto?, me pregunté. Era probable que mamá. Tomada en mayo; quizá la foto del cumpleaños. ¿Sabrían ya papá y mamá que el polluelo se encontraba a punto de abandonar el nido y volar hacia el Oriente? Seguro que sí.

Me pregunté también si Bulus tendría novia. ¿Hacía el amor? ¿Tenía sólo amistad con musulmanes? ¿O salía también con cristianos y judíos? ¿Veía comedias norteamericanas en la televisión? Tal vez hubiera hecho cosas así en la universidad o un poco después. Pero en algún punto de su senda el joven Bulus se había ido desplazando hacia un universo alterno. Y se encontraba ahora en el Medio Oriente, matando gente: a marineros norteamericanos, a europeos, a correligionarios saudís y a sus compatriotas.

¿Qué le había pasado? Tal vez nunca podría yo saberlo. Era posible que ni siquiera él mismo lo supiera. Pero en algún momento había llegado a una encrucijada en el camino y equivocado la ruta. Mi propio camino llevaba como destino la colisión con él. Si lograra un momento a solas, me gustaría preguntarle sobre esas cosas. Pero era más probable que nunca llegara ese momento: llegaría una muerte rápida, ya fuera la mía o la suya.

—¿Ése es el cabrón? —preguntó Mike.

Le mostré la foto del cumpleaños y comentó:

—Parece normal.

Ya, ya. Hay monstruos que parecen normales. Clare se inclinó para mirar,

inquiriendo:

—¿Quién es ése?

—Éste —reliqué— es Bulus ibn al-Darwish. Un asesino de masas.

Hubo una pausa de varios segundos antes de que me volviese a preguntar:

—¿Tú has venido para atraparlo?

—A eso vine.

—Buena suerte.

Eché una última mirada al sujeto y volví a guardar las fotos en su sobre.

Si él sabía que yo estaba en el país, quizá también tendría mi foto.

## CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Brenner nos mantenía a buena marcha. A menudo rebasábamos vehículos más lentos, lo cual siempre resulta interesante en un camino de dos carriles con camiones cargueros en dirección opuesta.

Después de un encuentro particularmente cercano, Mike comentó:

—Estos todoterreno no responden bien al acelerador.

—Vas muy bien —lo tranquilicé y me volví hacia Clare—. Además de tu maletín de médico, ¿llevas algo más?

—¿Quieres decir si llevo un arma?

—Sí, eso.

—No... Bueno, sí. Está en el maletín.

—¿Qué es?

—Una pistola.

—Ya, ya. ¿Me la enseñas?

Abrió el maletín y extrajo una Glock de 9 mm sin funda.

Me desabroché el cinturón de seguridad, metí el cuerpo entre los asientos y tomé la pistola que tenía en las manos. La revisé: el cargador completo, la cámara vacía. Le di una breve lección sobre cómo meter munición en la cámara, y le recordé que la Glock no tenía seguro.

—Paul Brenner me enseñó lo mismo —me dijo.

—Qué bueno. ¿Te enseñó también cómo apuntar y tirar?

—Agarrarla con las dos manos, extender los brazos, mirar a lo largo del cañón y apretar el gatillo.

—Pues eso es todo, más o menos —reconocí—. Hay que apuntar hacia el centro de la masa del objetivo. El corazón queda a la derecha.

—A la izquierda.

—Su izquierda es tu derecha, doctora.

Ella asintió.

Giré de nuevo y volví a ajustarme el cinturón de seguridad.

El tráfico se había vuelto más escaso, y la velocidad del convoy aumentaba. En Yemen el invierno es la estación seca, y la altiplanicie y sus cerros tenían color marrón. Vi campos de surcos con lo que asemejaba cereal recién plantado, con algunos árboles frutales dispersos. Pero sobre todo se veían cultivos de la cosecha que tenía mejor venta: arbustos de khat, con sus hojas de verde oscuro y lindas flores blancas. Las cabras parecían apreciar el khat. ¡Felices cabras!

Mencioné el tema de la agricultura del khat a mis compañeros de viaje, y la Dra. Nolan nos presentó un análisis desde el punto de vista médico del *Catha edulis*, o sea, el khat. No hizo ningún juicio moral, pero como doctora su opinión era que bajo su

influencia uno no debería operar ningún tipo de maquinaria. Ni tampoco disparar una subametralladora, pensé.

De cuando en cuando las radios hacían ruidos de estática y transmitían mensajes de reportes de situación, todos negativos, por parte del líder o del vehículo de retaguardia. En efecto, el viaje tenía el aspecto de no ser más peligroso que el reparto de la leche, pero eso podía cambiar en una fracción de segundo.

Observé que cuando no había tráfico en sentido contrario, Brenner desplazaba el convoy al carril izquierdo. O bien practicaba cómo conducir en el Reino Unido, o bien trataba de alejarse de explosivos colocados en la carretera siempre que era posible. Bien pensado.

Cuando íbamos a unos setenta y cinco kilómetros al sur de Sana'a, Mike señaló un oleoducto, contándonos que venía desde Marib y llegaba hasta el puerto de As-Salif en el Mar Rojo. También nos informó:

—Las tribus que habitan al este de aquí suelen volar el oleoducto una vez al mes.

—¿Por diversión?

—Por diversión y por ganancias. Obligan al gobierno y a la empresa petrolera norteamericana a pagarles protección.

—Pero si les pagan protección es para que no vuelen el oleoducto —indiqué.

—Claro, pero estamos en Yemen.

Claro, claro. Caso resuelto.

La radio habló:

—Ma'bar, dos K.

Mike y los demás conductores se dieron por enterados, y el convoy aminoró velocidad.

—Un pueblo pequeño —nos comentó Mike.

Me iba acordando poco a poco del camino, en el que casi no había poblados. Ma'bar, a uno noventa kilómetros de Sana'a, era el primero de ellos.

Uno de mis recuerdos sobre el viaje entre Sana'a y Adén era que dos años y medio antes el camino no se consideraba demasiado riesgoso. Es decir, no era totalmente seguro, pero tampoco constituía un callejón de emboscadas. Sin embargo, las cosas habían cambiado, como nos había explicado Buck en Nueva York, y como lo advertía el sitio web de la embajada.

El convoy avanzaba despacio. Mike nos avisó:

—Habrá un punto de revisión.

Entramos al pueblecito de Ma'bar, del cual tenía algo en la memoria: un conjunto de edificios de adobe de no más de dos pisos, cabras, niños y pollos.

En efecto, al centro del pueblo nos detuvimos en un retén militar. Vi que Buck descendía del segundo vehículo y se acercaba a los soldados. Le dio la mano al jefe, dijo algo que hizo reír a los soldados, y a continuación encaró directamente al líder, al estilo árabe, y sostuvo una grave conversación con él. Y mientras estaba en ello, le pasó su compensación monetaria, que puso a todo el mundo feliz.

Buck volvió al Land Cruiser. ¡Qué fácil!

Mientras pasábamos por el punto de revisión, los soldados yemenitas miraron las ventanillas oscuras de los autos, y aunque no nos podían ver, Mike les mostró el dedo, diciendo:

—Ellos son quienes deberían pagarnos.

Se oyó la voz de Brenner por la radio:

—Dhamar, treinta K. Habrá otro retén.

Antes de que pasaran veinte minutos habíamos llegado al pueblo de Dhamar, más grande que el anterior. Recordaba que en los años ochenta un terremoto había destruido el pueblo, y la mitad seguía en ruinas. En este país no hay pausas.

—¿Qué pasó aquí? —exclamó Clare.

—No fue una batalla —le aseguré—. Cada dos años los residentes destruyen el pueblo con percutores de demolición. Es el festival de al-Carajo.

Atrás, silencio. Pero Mike se rio. Después de un momento, Clare musitó:

—Creo que va a ser un día muy largo.

Lo mismo que dice mi esposa. Todos los días.

En el centro del pueblo nos volvieron a detener, y Buck volvió a bajar del auto. Brenner descendió del suyo, y entre ambos hablaron con los soldados.

—Están hablando de las condiciones de seguridad en la carretera —nos indicó Mike.

—¿Por qué confiamos en la información que dan esos payasos?

—No confiamos, pero si uno habla con todos, como lo hace Brenner, puede tantear la situación. Por ejemplo, si están mintiendo.

—Ya veo.

Otra cuestión a considerar, desde luego, era lo que hubieran detectado los drones de vigilancia, y cómo interpretar las imágenes de video que transmitía alguna estación de control en tierra. O sea: en un país donde todo mundo carga un AK-47, ¿cómo puede determinar un analista quién representa un peligro? ¿Correcto?

Miré hacia atrás, y vi que Zamo y otro agente de la SDS habían bajado las ventanillas del bondmóvil, y nos cubrían la retaguardia con sus M4.

Buck y Brenner se dirigían ya hacia sus respectivos todoterreno. La radio crujía y la voz de Brenner anunció:

—Continuamos por la carretera principal a Yarim.

Y proseguimos el camino, cruzando las ruinas del pueblo de Dhamar.

De Dhamar a Yarim la pendiente ascendía, y me di cuenta de que la altiplanicie se elevaba. En la guantera del coche había un mapa, y me puse a mirarlo.

—Al llegar a Yarim —dijo Mike—, podemos tomar la carretera nueva que va a Adén, o quedarnos en la misma en que venimos, el viejo camino de las caravanas que pasa por Ta'iz antes de llegar a Adén.

No estaba yo muy seguro de querer compartir el camino con los camellos. Pregunté:

—¿En qué difieren?

—La carretera nueva es buena, y tiene más tráfico —replicó Mike—, pero hay más montañas. Es más apropiada para emboscadas y explosiones improvisadas.

—Ya veo. ¿Y el camino de camellos?

—Menos frecuentado —repuso—. Por tanto, es más fácil evitar camiones suicidas. Además, va sobre un territorio de colinas bajas, menos unos noventa kilómetros donde hay montañas.

—¿Cuál de los dos caminos es el más seguro? —preguntó Clare.

La respuesta evidente era «ninguno», pero Mike le contestó:

—Depende.

Por fin llegamos al pequeño y decrepito pueblo de Yarim, que, según nos contó Mike, era un sitio de baños con manantiales calientes y antiguas casas de baños turcos. Igual a Saratoga Springs, sólo que Yarim era horrible. ¡Vaya, ni siquiera para lavarse los calcetines!

De nuevo nos detuvimos en el retén militar, y Buck y Brenner bajaron para hablar con los soldados.

—Por cualquier camino que tomemos —dijo Mike— los militares se reportarán por radio con sus mandos, y esos mensajes pueden ser interceptados por gente enemiga. Ambas carreteras cruzan territorios en los que Al Qaeda tiene presencia. Ese tipo de territorio comienza aquí, en Yarim.

—Pues deberían poner una señal que diga: «Precaución Al Qaeda próximos 100 kilómetros».

La verdad es que era una perspectiva muy ingrata.

Observé a Buck y a Brenner hablando con los soldados, y me imaginé la conversación:

—Eh, amigos, ¿qué camino nos conviene tomar para no caer en emboscadas ni volar en pedazos por bombas en la carretera?

Y los soldados replicarían, entre risas:

—Tomen la autopista rápida a Long Island.

Buck y Brenner retornaron a los autos y se introdujeron en ellos. Las radios sonaron.

—Nos encaminamos a la carretera nueva, pero daremos la vuelta rodeando este retén para tomar el viejo camino a Ta'iz.

Todos nos dimos por enterados y salimos del punto de inspección. Buck volvió a la radio con una buena noticia.

—Los Predator reportan que no hay actividades sospechosas en la carretera a Ta'iz.

Eso era porque los malos aún no sabían qué carretera pensábamos tomar. Mike debió pensar lo mismo, porque dijo:

—Hay mil ojos y quinientos teléfonos celulares en cualquiera de las dos rutas. Así que da lo mismo seguir uno u otro camino.

—Ya, ya.

—Sólo es menester movernos rápido y tratar de ir por delante de cualquier asunto que hayan armado los de Al Qaeda —agregó.

—Da miedo —confesó Clare.

¿Acaso apenas se daba cuenta? El caso es que hicimos el truco de «vamos por aquí», para cambiar de opinión y volver al camino descartado en apariencia, y antes de que transcurrieran diez minutos estábamos al sur de Yarim, en el camino de las caravanas a Ta'iz.

—Creo que es una medida inteligente —comentó Mike.

Eso dependía de que quisiéramos o no hacer contacto con Al Qaeda.

—¿Estamos realmente en el territorio de Al Qaeda? —preguntó Clare.

—Conforme al mapa de la CIA llamado Áreas de Influencia, sí —explicó Mike—. Pero no se debe hacer demasiado caso de los mapas. A la CIA le gusta exagerar los peligros. Así aseguran la profesión.

Exagerar los peligros se llama también protegerse el culo. Por ejemplo: «Eh, nosotros siempre *dijimos* que esos caminos eran peligrosos. Qué pena lo que sucedió con aquel convoy».

## CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

El camino sobre la antigua ruta de las caravanas no estaba mal y, como el tráfico era ligero, avanzábamos a buen paso, a unos 120 kilómetros por hora, y antes de que pasara media hora vislumbré montañas en el horizonte.

Al pasar sobre una colina, vi que se encendían las luces de freno de los dos vehículos delanteros. Más adelante aparecieron sobre la carretera cinco camiones militares que viajaban en convoy. Tomé de la consola los binoculares y los enfoqué sobre ellos. En cada camión de cama abierta habría unos veinte hombres, ataviados con las boinas y los uniformes de combate azules de la policía de Seguridad Nacional.

La radio crepitó, y oímos a Brenner.

—Rebasaremos uno a la vez.

Los conductores se dieron por enterados, y el vehículo líder donde iba Brenner se desplazó al carril opuesto y aceleró. De pronto, el último camión de la policía se puso frente a él, y el Land Cruiser se vio obligado a frenar, disminuir la velocidad y volver al carril derecho.

—¡Qué cabrones! —dijo Mike.

—¿Qué está pasando? —inquirió Clare.

—Seguramente pretenden pararnos y sacarnos dinero —replicó Mike—. Los militares tienen al menos algo de disciplina, pero los policías son bandidos en uniforme.

El convoy policiaco aminoró la marcha, y uno de sus camiones ocupó el carril opuesto. En esa formación se detuvieron todos los camiones. Camino bloqueado.

Los cinco Land Cruiser pararon, pero dejando intervalos de unos diez metros entre coche y coche. Estábamos en un tramo de carretera solitario; los únicos vehículos visibles eran ellos y nosotros.

Brenner giró instrucciones por radio.

—Todos permanezcan en sus vehículos, pero prepárense para dar muestras de fuerza.

Brenner y Buck habían salido desarmados de sus autos. Se quedaron de pie donde pudiéramos verlos y esperaron. Brenner llevaba su radio de mano y Buck hablaba en el teléfono satelital, probablemente con la embajada. O quizá con una estación terrestre de los drones Predator. Bien. Por lo menos, eso parecía.

—Esos payasos pretenden que Brenner camine a donde están parados ellos —nos comunicó Mike—. Eso no va a pasar.

—¿Debo asustarme? —preguntó Clare.

—Es mejor que te encabrones —repuso Mike.

Estábamos en un enfrentamiento pasivo que podría durar un rato. No sabía yo lo

que mandaba el protocolo, pero entendía el funcionamiento de los egos masculinos.

Los policías bajaban los batientes de los camiones y comenzaban a saltar al suelo, con sus AK-47. Sus trajes de camuflaje estaban cubiertos de polvo, y vi que la mayoría se había puesto pañoletas para cubrirse narices y boca, lo cual en efecto les daba pinta de bandidos. No hacían ningún intento de acercarse a los Land Cruiser, sino que se limitaron al área de sus camiones. Algunos aprovechaban la ocasión para echar una meada.

Vi que Brenner alzaba su radio y oímos su voz.

—Quietos y alertas todos.

Buck se había puesto a conversar con varios de los policías de la Seguridad Nacional, y lo más probable era que les sugiriese hablar con sus mandos superiores, aunque no parecía estar teniendo mucho efecto.

Entre mis abundantes virtudes no figura la paciencia, y ya iba siendo hora de que Buck y Brenner entendieran que yo no había venido a pasear. Por lo tanto abrí la portezuela y bajé, con la M4 suspendida del hombro.

—Brenner se va a enfurecer —advirtió Mike.

—Ten cuidado —me dijo Clare.

Pasé junto a los dos Land Cruiser que viajaban delante de nosotros. Brenner me vio y me ordenó:

—Vuelve a tu vehículo.

No le contesté. Tomé a Buck del brazo y le dije:

—Vamos a buscar al jefe.

Buck se resistió un instante, pero decidió acompañarme, y avanzamos por la carretera entre la multitud de policías. Brenner se quedó atrás, colocándose de manera que estuviéramos en la misma línea de visión para mantener contacto por radio.

Le dije a Buck:

—Entérate de qué quieren estos idiotas y sigamos en camino.

—Todo lo que quieren es mostrarnos quién manda aquí, y unos cientos de dólares.

—Pues se quedarán con las ganas de las dos cosas.

Antes de llegar al primer camión del convoy, un policía alto con insignias llamativas en el uniforme se nos acercó y dijo algo en árabe.

Buck le contestó también en árabe, y el sujeto no se sorprendió de que le hablara en su propio idioma. Le habrían avisado por radio. Él y Buck se pusieron a discutir acaloradamente.

—¿Qué dice este payaso? —interrumpí.

—Es el capitán Dammaj, de la Oficina de Seguridad Nacional, y quiere saber quiénes somos y adónde vamos.

—Sabe de sobra quiénes somos y adónde vamos. Dile que se vaya a la mierda.

Buck dijo algo en árabe, aunque no creí que tradujera mi invitación. El policía repuso algo.

—Dice que han cerrado la carretera por razones de seguridad —tradujo Buck—, y que debemos volver a Yarim para tomar la autopista nueva.

—¿Ah, sí? ¡Qué buena oportunidad para que le digas: «¡Fuera de mi camino, estúpido hijo de camellos enfermos!».

Buck le dijo algo sin pronunciar la palabra árabe «gamal», que yo conocía. Después de escuchar la respuesta, me la transmitió.

—Está dispuesto a proveernos seguridad entre las montañas hasta Ta'iz. Pide quinientos dólares.

—Nosotros les proveeremos seguridad a ellos, y les cuesta seiscientos dólares.

—John...

El sujeto dio algo en árabe, y Buck me lo transmitió.

—Tiene la impresión de que estás enojado, y piensa que lo estás insultando.

—¿Yo?

Le sonreí al capitán Dammaj y en mi tono más amable añadí:

—Te doy dos minutos para quitarte del camino.

Buck, tan diplomático como siempre, sonrió también y le habló al capitán Dammaj. Dialogaron un poco, tal vez negociando.

El caso es que me encontraba muy alterado, quizá sin razón, y bien pudiera ser que al dar rienda suelta a mi agresividad estuviese empeorando un simple inconveniente hasta crear una mala situación. Pero recordé lo que Buck nos había dicho en Nueva York: los yemenitas no tenían respeto por quienes evitaban las confrontaciones. Aquí no cabían los mariquitas. No hacía sino seguir las recomendaciones de Buck, aunque éste no me daba muestras de aprobación.

Oí una voz en mi radio de mano. Lo tomé y me lo puse en la oreja. Buck hizo lo mismo. Era Brenner, que me daba órdenes.

—¿Qué es lo que está pasando? John, quiero que vuelvas a tu puesto.

Fue Buck quien replicó:

—El oficial a mando dice que el camino está cerrado por causas de seguridad. Estoy negociando.

—John, deja esto en manos de Buck.

—Negativo. Cambio y fuera.

Kate había salido de su todoterreno y se había puesto a discutir con su amiguito Paul sobre alguna cuestión, tal vez recordándole: «Ya te dije que John no juega en equipo». O quizá pensara que yo quería mostrarle que era más macho que Brenner. Eso no tenía nada que ver con la realidad. Bueno... tal vez un poquito.

Buck y el capitán Mierda intercambiaron unas frases más.

—Acepta cuatrocientos dólares —me comunicó Buck.

—Nos quiere robar. Sabemos que la tarifa es de dos dólares por hombre.

Buck daba algunas señales de exasperación, y me dijo en tono cortante:

—John, por favor tranquilízate. Estos gastos están contemplados en el presupuesto. No es tu dinero. Estás creando dificultades innecesarias.

—No se trata de dinero, Buck, sino de quién tiene más huevos. Tú me dijiste que con esta gente había que ser agresivos —le recordé.

—No. Lo que dije es que si expresas miedo, estás provocando una agresión.

—Ah, ¿te entendí mal? Lo siento mucho. Estamos jugando, ¿verdad? —le expliqué a Buck—. Al policía bueno y el policía malo. Yo soy el malo. Habla bonito con este cabrón, y dile que soy el jefe, un intolerante de mala leche, y que no le doy más de cien dólares.

Buck forzó una sonrisa venciendo su frustración y dijo algo al capitán Comosellame. Mientras le hablaba, le urgí:

—Dile a este payaso que el gobierno yemenita debería besarnos el culo por estar en este país.

Buck interrumpió su conversación con el capitán para decirme:

—John, cállate.

—Bueno. Creo que no sirvo para la diplomacia.

Por fin, Buck se volvió a mí y me dijo:

—Doscientos. No quiere bajar más. En Yemen —me recordó— todo gira en torno a la negociación. Este hombre necesita ahora poner a salvo su dignidad. No estamos negociando desde la fuerza, y no quiero regresar a Yarim, así que le doy doscientos dólares y nos pondremos en camino.

—Hasta que nos vuelvan a asaltar.

Buck le dijo algo al capitán Dammaj, y éste le respondió:

—Nos dará —me dijo Buck—... digamos en lenguaje diplomático: un *laissez-passer*. Un salvoconducto a Adén por escrito.

Eso me sonaba falso, pero Buck ya daba signos de tensión. Los policías habían terminado de orinar en público y ya estaban impacientes. Además, Brenner estaba del todo furioso, y Kate algo preocupada. O enfadada conmigo. Además, no tenía puesto el velo, y los payasos la estaban mirando. Por lo tanto...

—Está bien —le dije a Buck.

Buck le dijo algo al capitán Dammaj, que asintió y me sonrió.

—¿Debo abrazarlo? —le pregunté a Buck.

—Sólo dale la mano.

Tendí la mano al capitán Dammaj, me la estrechó y sonreí, diciéndole:

—Eres un bandido.

Él se sonrió a su vez y dijo algo que Buck tradujo:

—Usted es hombre valiente, de trato duro.

¡Quién sabe qué habría dicho en realidad Dammaj! Tal vez: «Eres un desgraciado cabrón, come caca de cabra». Buck se concentraba en calmar las cosas. Tomó la radio y habló al grupo:

—Nos pondremos en camino en unos minutos.

El capitán Dammaj se acercó a uno de los camiones, quizá para escribir el salvoconducto o lo que fuera.

—Esto pude haberlo resuelto sin tu ayuda.

—Fue más divertido a mi manera.

El capitán Dammaj volvió con un papel. Él y Buck intercambiaron billetes y salvoconducto. Mientras Buck lo leía, no me pude reprimir:

—¿Firmó Alí Babá y los Cuarenta Ladrones?

El capitán Dammaj se sonrió y me dijo en inglés:

—Usted es menos chistoso de lo que se cree.

¡Vaya! Buck casi dejó caer el salvoconducto. El capitán Dammaj nos dijo, a ambos:

—Tengan mucho cuidado en el camino. Y disfruten su estancia en el Sheraton.

—Y usted tenga un bonito día —le dije.

Antes de girar sobre sus talones, se despidió de mí:

—¡Jódete!

Buck se me quedó mirando, sin encontrar palabras.

—¿Crees que sea verdad que esté comprometida la seguridad en este camino? —le pregunté a Buck mientras volvíamos a los coches.

—Pronto lo sabremos —repuso Buck.

Llegamos al primero de los Land Cruiser, donde se encontraban Brenner y Kate. Brenner, demostrando mucho autocontrol, me comentó:

—Aprecio tu espíritu de iniciativa, pero el trabajo de Buck consiste en arreglar situaciones como ésta.

No le respondí y seguí andando. Kate me alcanzó y me dijo:

—Oye, ¿qué te pasa?

La pregunta me pareció retórica, así que no creí necesario contestar. En cambio, le dije:

—Te dijeron que permanecieras en tu vehículo. Sigue tus órdenes.

—¿Yo? ¿Qué me dices de ti?

—Yo no acepto órdenes de Paul Brenner.

No respondió a eso, y se conformó con decir, sin dejar de andar:

—Te veré más tarde.

Entré al Land Cruiser que me correspondía, y Mike quiso saber:

—¿Cuánto?

—Doscientos.

—Es el precio, más o menos.

—¿Todo bien? —preguntó Clare.

—Listos para seguir.

El camión de la policía que bloqueaba el carril izquierdo se hizo a un lado. El vehículo líder de Brenner arrancó y el convoy lo siguió para rebasar a los camiones detenidos.

Por el retrovisor comprobé que los camiones de los policías daban vuelta en U. Nos dejaban solos.

Unos cuantos minutos después la marcha volvía a la normalidad. Los policías ya no se veían.

Unos veinte minutos más adelante, iniciamos el ascenso de una pendiente inclinada. El camino se hizo más estrecho, volviéndose un paso de montaña.

Brenner habló por la radio.

—Nueve nueve —dijo, aclarando que era para todo el personal del convoy—, aquí las cosas pueden ponerse interesantes. Más distancia entre los vehículos, pero sin perder de vista al que va delante de cada uno. Manténgase alerta.

¡Ni qué decirlo, Paul! Pero no me sentía preocupado. Teníamos el salvoconducto del capitán Dammaj.

Por el camino de la montaña no venía nada de tráfico en dirección opuesta.

—No es buena señal —me informó Mike.

—Ya, ya.

—¿Dijeron algo los policías sobre la situación de seguridad? —me preguntó Mike.

—El jefe dijo algo sobre haber cerrado el camino por causas de seguridad.

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—Sólo fue un argumento de ventas. Quería que le diéramos quinientos dólares por escoltarnos.

Mike no dijo nada por unos momentos.

—Quizá decía la verdad —suspiró, al fin.

—Veremos.

—Sí... De cualquier modo es inútil confiar en los policías para que den protección, aun si les pagas.

—Es cierto —concurrí. Pensé en aquellos turistas belgas en Marib. No les habían dado gran cosa por su dinero.

—A lo mejor convendría regresar —opinó Clare.

—Eso lo decidirá el jefe —repuso Mike—, y creo que ya ha tomado su decisión.

Así era. Paul Brenner no se volvería atrás. En realidad nos habíamos metido en una situación de lo más delicada. Pero al parecer tal era el objetivo.

—Bueno —dijo Mike—. Tenemos la carretera toda para nosotros.

—Eso espero.

La carretera bordeaba un pueblo encaramado en una colina, y Mike nos contó:

—Ése es Ibb. Último pueblo que veremos en las montañas. Aquí casi no hay presencia del gobierno.

—Qué bien. Seguramente ya andamos escasos de dinero para sobornarlos, así que eso no nos viene mal.

—Aquí mandan las tribus, pero no se lanzarían contra este convoy. El recién llegado al barrio —me recordó— es Al Qaeda.

Ya, ya. Y ellos no querían dinero. Querían cortar cabezas.



## CAPÍTULO CUARENTA

Montañas resacas y rebaños de cabras mordisqueando vegetación color tierra. Alcanzaba a distinguir chozas de adobe en las pendientes y en las praderas alpinas. Era evidente que estaban habitadas, pero no había visto a nadie en un buen rato. ¿Sería hora del khat?

Los picos de las montañas se habían escondido tras una capa de nubes blancas, pero eso no debería estorbar a las cámaras infrarrojas del Predator.

Aunque la carretera angosta estaba pavimentada, el polvo que se levantaba por momentos ocultaba a los dos Land Crusier que iban delante de nosotros. Conducíamos pegados al lado izquierdo para evitar una bomba colocada del lado derecho. Claro que nada les impedía colocarlas a ambos lados.

Manteníamos una velocidad de unos cien kilómetros por hora, lo cual era rápido para las condiciones del camino.

Las radios se habían quedado en silencio, lo mismo que mis compañeros.

Por fin, Mike dijo:

—En unos treinta minutos estaremos descendiendo hacia la meseta.

Podía adivinar por la voz de Mike que sufría de una especie de fobia a las montañas, probablemente por buenas razones.

Yo recorría el terreno con los binoculares de vez en cuando, pero no había detectado nada sospechoso. No que supiera cómo se veía algo sospechoso por estos rumbos. Pero seguro que si se presentaba, lo reconocería.

Le pregunté a Clare:

—¿Cómo estás?

No hubo respuesta.

Me volví y me di cuenta de que ella dormía. Me imagino que era la mejor forma de sobrellevar un recorrido terrorífico a través de territorio enemigo. Le dije a Mike:

—Tú también deberías intentar dormir un poco.

Pensé que eso era gracioso, pero no le dio risa. Ojalá no estuviera en regresión a Afganistán.

La radio crepitó y la voz de Brenner nos llegó, fresca y tranquila:

—El Predator reporta una emboscada por delante.

Eso capturó mi atención.

—¡Mierda! —dijo Mike.

Clare, de pronto despierta, preguntó:

—¿Qué dijo?

—Agáchate por debajo de las ventanas. Ahora. ¡Rápido! —exclamé.

Clare se desabrochó el cinturón y se tiró en el asiento.

Brenner dijo:

—Mantengan máxima velocidad.

Enfoqué mis binoculares en el camino delante de nosotros, y a unas trescientas yardas frente al vehículo de Brenner vi tres cosas: una choza de adobe pegada al lado derecho del camino; luego, cincuenta yardas más adelante, un Toyota todoterreno blanco sobre la estrecha cuneta de la carretera, con el cofre del motor abierto, y, finalmente, en una curva del camino, una carreta tirada por un burro y su conductor, avanzando en dirección a nosotros.

—Allí está la emboscada, quizá con bombas camineras... Échate por debajo de las ventanas —concluyó Mike, dirigiéndose a mí.

Yo seguí observando con los binoculares.

El vehículo de punta de Brenner estaba literalmente a unos segundos de la choza de adobe cuando vi que se encendían las luces de sus frenos y daba un viraje violento a la izquierda, en ruta para estrellarse contra la carreta y el burro. De repente vi un hilo de humo que aparecía en el cielo, y un segundo después la choza explotó, y enseguida volvió a explotar en una erupción secundaria cuya ola expansiva sacudió el Toyota.

Clare pegó un grito.

¡Santa cachimba!

Otros dos hilos de humo aparecieron en el cielo, y en rápida sucesión el Toyota y la carreta se desintegraron en explosiones ensordecedoras.

Caían restos del cielo, la hierba seca estaba en llamas y una columna de humo negro se alzaba de lo que quedaba del Toyota.

El vehículo de Brenner golpeó un trozo de burro mientras cruzaba el área devastada, seguido por el de Buck y luego el nuestro. Algo golpeó nuestro parabrisas y dejó una estela roja y viscosa en el vidrio.

¡*Mamma mia!*

Miré en el espejo lateral y vi el vehículo de Kate emergiendo de la nube de humo y del área bombardeada, seguido por el bondmóvil.

Entonces algo más golpeó a nuestro coche, y me tomó unos segundos caer en cuenta de que estábamos bajo fuego.

Mike pisó el acelerador a fondo y la camioneta se deslizó en dos llantas por la S de la curva antes de que nos dieran de nuevo. Un ruido fuerte llenó la cabina y al volverme vi una depresión en el vidrio de atrás, donde nos habían dado. También alcancé a ver el fuego verde de los disparos provenientes de las colinas a nuestro alrededor, rociando el camino por delante.

Moría de ganas de abrir la ventana y devolverles los tiros, pero Brenner me dijo que no lo hiciera, y quizá no era mala idea, con tantas balas en nuestra dirección. Pero cuando volví a mirar por el vidrio trasero, vi a alguien (¿Zamo, quizás?) ataviado con una chamarra antibalas y un casco kevlar, asomado por la ventanilla trasera en el lado del conductor del bondmóvil, devolviendo el fuego estilo gángster. El otro elemento del SDS estaba haciendo lo mismo desde la ventana del copiloto, y el bondmóvil

atraía ahora la mayor parte de los tiros.

Nuestro Land Cruiser recibió otro disparo, y Clare chilló:

—¡Paren!

—¡Miren! —gritó Mike.

Me volví, y en la carretera frente a nosotros vi otro SUV Toyota que se dirigía a toda velocidad hacia nuestro primer vehículo, cerrando rápidamente la distancia que los separaba. ¿Sería otro malo? No lo sabré nunca, pues un hilo blanco surgió repentinamente del cielo azul y el Toyota explotó en una bola de llamas, seguida por una explosión fuerte.

El vehículo de Brenner y el de Buck giraron bruscamente para evitar la explosión y siguieron de frente; para cuando nosotros alcanzamos el sitio, empezaban a caer fragmentos de chatarra en llamas del cielo, y algo rebotó en el cofre. Mike estaba temporalmente cegado por las enormes volutas de humo negro y estuvimos a punto de salirnos de la carretera, pero dio un golpe de volante justo a tiempo para evitar el viaje improvisado a la barranca.

Me desabroché el cinturón de seguridad y miré hacia atrás. El vehículo de Kate estaba justo detrás de nosotros, seguido por el bondmóvil, que ganaba distancia rápidamente. Al parecer habíamos librado la zona de mayor peligro, y no veía más trazas rojas que nos siguieran. Respiré hondo y miré hacia abajo. Clare, ahora en el suelo, estaba cubierta por la enorme maleta de equipo médico.

—Está bien. Ya pasó —le dije.

No respondió. Me incliné para levantar la maleta. Me miraba desde el suelo sin decir nada.

—¿Estás bien?

Asintió. Me volví otra vez hacia delante y Mike dijo:

—¡Tres malditas semanas!

—Ya, ya.

De hecho, el tiempo es relativo. La emboscada pareció durar eternamente, pero probablemente no habían pasado más de dos minutos desde que el primer misil Hellfire explotara.

Mike había encendido los limpiaparabrisas, que embarraban de rojo el vidrio.

Los radios de mano crepitaron y se escuchó la voz de Brenner, que seguía fresca y calmada:

—Reporte. Vehículo Uno, okey.

Buck dijo:

—Vehículo Dos... bien —sonaba sorprendido.

Mike estaba aferrado al volante, así que yo transmití:

—Vehículo Tres, bien.

Esperé a que el Vehículo Cuatro se reportara, y empezaba a preocuparme cuando se escuchó la voz de Kate, casi de buen humor, diciendo:

—Cuatro, bien.

El bondmóvil se reportó:

—Último, okey, pero Z tiene una herida superficial.

—Un cliente para ti —le dije a Clare.

Las montañas retrocedían ahora a la derecha y a la izquierda, y el terreno se volvía más plano a ambos lados de la carretera. Brenner aceleró y parecía que volábamos sobre el asfalto resquebrajado. A Mike le había vuelto el color a la cara, pero los nudillos de sus manos seguían blancos.

Brenner transmitió:

—Los Predator no reportan nada por delante.

Todo mundo confirmó la recepción de las buenas noticias.

Mike encontró su voz y dijo:

—Los Predator normalmente van en parejas. Si dispararon dos misiles cada uno, eso indica que ya no tenemos más Hellfire.

—Es verdad, pero eso no lo saben los malos.

—No, ni quieren enterarse.

Eso espero.

Clare estaba todavía agachada en el asiento trasero, con el radio en la mano.

—Vehículo Cinco, aquí la médico. ¿Cómo está Z?

Z en persona respondió:

—No te necesito.

Luego el otro agente SDS transmitió:

—La bala pasó por su cerebro. No hay daños.

Todos estábamos ebrios de adrenalina, felices de estar vivos y encantados de bromear sobre la muerte.

Alguien más transmitió:

—Me siento mal por el burro.

Y otro elemento añadió:

—Agregados jurídicos, permiso para responder al fuego enemigo.

Howard replicó:

—Momento, estoy verificando.

—Basta de charla —espetó Brenner.

Así que proseguimos el camino con los radios en silencio.

Claré confesó:

—Nunca he estado tan asustada en mi vida.

—Bienvenida al club —comentó Mike.

Enfoqué los binoculares en el todoterreno de Buck, luego en el de Brenner. Alcanzaba a ver el metal desnudo en los lugares donde habían sido tocados. Además, el parabrisas trasero de Brenner estaba estrellado. Me preguntaba qué diría el nuevo embajador cuando lo recogieran en el aeropuerto de Sana'a en uno de estos vehículos.

La carretera se había vuelto recta, y definitivamente íbamos en descenso. Se veían

cada vez más chozas de adobe, ganado y gente, además de algunas motonetas levantando polvo en los caminos de la montaña.

Incrementamos la velocidad, y al llegar a la cima de la colina vi el territorio llano que se extendía en la distancia.

Los nudillos de Mike habían vuelto a ser rosas.

Mike tenía su teléfono satelital conectado al enchufe de la antena; presioné el botón de llamada rápida del SDS en el Vehículo Cuatro. Contestó el conductor:

—Steve.

—¿Esta despierta Ms. Mayfield?

—Sí... un momento.

La voz de Kate sonó en la línea:

—¿Quién habla?

—Sólo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien. ¿Qué tal tú?

—Bien. ¿Cómo está Howard? —pregunté.

—Bien también... un poco preocupado de que hubiera civiles inocentes allá atrás.

—El único inocente era el burro, y por cierto, te *dije* que este lugar era peligroso —añadí. ¡*Al fin* podía decírselo!

Kate replicó:

—Puede ser que por una vez tengas razón.

—Hasta luego.

Colgué y Mike me dijo:

—Como solíamos decir en Irak y Afganistán, no podemos distinguir a los jihadistas de los civiles inocentes, así que hay que matar a todos y dejar que san Pedro los identifique.

—Son musulmanes —apunté.

—Correcto. Así que a los musulmanes inocentes les tocan setenta y dos vírgenes, y los jihadistas pueden hacerse puñetas toda la eternidad.

Qué teología más interesante. Pero lo notable era que Mike Cassidy, que parecía un tipo cualquiera de Daytona Beach, se había vuelto algo despiadado, endurecido quizá por años de esta clase de cosas. Bueno... quizá lo mismo nos pasaba a todos, gradualmente, y no lo notábamos.

Ahora estábamos en el altiplano, y había granjas, gente y vehículos alrededor. Diría que estábamos de vuelta en la civilización, pero eso sería abusar del término.

El radio crepitó y Brenner dijo:

—Reporten estatus de combustible.

Mike miró la pantalla:

—Tenemos noventa y seis kilómetros antes de agotarlo.

Todos reportaron más o menos lo mismo, y Brenner concluyó:

—Cargamos en Ta'iz. Los detalles a continuación.

—Ta'iz es una población grande, de quizás unos trescientos mil habitantes, y hay

docenas de gasolineras, pero a veces no tienen gasolina —nos informó Mike.

¡Vaya, pensé que aquí tenían petróleo! ¡Lo único que no se agotaba jamás en este lugar eran las municiones!

El radio se encendió y escuchamos a Brenner:

—No estamos fuera de peligro aún, así que manténganse en alerta —añadió—, felicidades a todos por su actuación hace un momento. Buen trabajo.

Gracias, Paul. Los conductores de verdad lo habían hecho muy bien, Zamo y el otro del SDS, literalmente arriesgando el pescuezo para devolver el fuego al enemigo, pero el resto de nosotros habíamos tenido que contentarnos con mantener los esfínteres apretados y las vejigas llenas.

La mejor actuación se la llevaban los pilotos en tierra de los aviones Predator, y si un día me los topaba, les daría un beso en cada mejilla. Pero no me los iba a topar jamás. Ni siquiera sabía en qué continente se encontraban.

Congratulé a Mike por sus maniobras al volante.

—Gracias —me dijo.

Clare me secundó al respecto y añadió:

—Pensé que estábamos muertos.

—Estuvo un poco cerca —admitió Mike.

Clare nos ofreció el almuerzo en bolsas de papel, pero lo único que quisimos fue agua.

Continuamos rumbo a Ta'iz, Adén, y luego, tal vez, Marib. La Pantera, al parecer, nos había encontrado. Ahora teníamos que encontrarlo a él. Y matarlo, antes de que nos matara. Así de sencillo. Me gusta lo sencillo.

## CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

No era deseable entrar a Ta'iz con los vehículos llenos de agujeros, nos explicó Mike, y además la ciudad era un hervidero de simpatizantes de Al Qaeda y otros opositores del gobierno. Asimismo, los comunistas todavía tenían fuerza en la región.

¡Vaya! Sonaba como el San Francisco de Yemen.

Las buenas noticias eran que los Predator habían localizado una gasolinera abierta a las afueras de la ciudad. Los Predator son mejores que un GPS, y además echan misiles.

En el radio, la voz de Brenner ordenó:

—Vehículos Uno y Cinco, llenen sus tanques. Los demás, a sus posiciones.

Mike se estacionó a un lado de la carretera, sin apagar el motor, al igual que el todoterreno de Kate y el de Buck, mientras que los vehículos de punta y retaguardia se acercaban a las dos estaciones despachadoras.

Brenner bajó del coche blandiendo su M4 y se dirigió al otro vehículo para revisar a Zamo.

Buck, también armado, descendió del suyo, y Clare declaró:

—Voy a ver al herido —y salió con su botiquín en la mano.

Yo también bajé, con mi M4, y avancé barriendo con la mirada nuestros alrededores. La gasolinera tenía equipo moderno, pero el área de estacionamiento tenía piso de terracería, y el edificio era una pequeña choza de concreto. De allí emergieron seis yemenitas en harapientas túnicas blancas, todos caminando con el tradicional bastón de esta tierra, alias AK-47. No había visto tantas armas en una gasolinera desde mi último viaje en coche a través de Alabama.

Dos de los yemenitas atendían las bombas de gasolina (nada de autoservicio) y los otros cuatro eran curiosos. Estaban admirando los agujeros de nuestros vehículos, y Buck platicaba con ellos. No tenía idea de qué decían, pero esperaba que les contara que nos habíamos disparado unos a otros para matar el aburrimiento. Seguro que se lo creerían.

Clare había abordado el vehículo de Zamo, y Brenner tenía la cabeza metida por la ventana. Me hizo lugar y asomé mi cabeza también. Zamo estaba en el asiento de atrás y Clare retiraba una venda elástica ensangrentada de su antebrazo izquierdo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Me sentiría mejor si dejaran de preguntarme.

Clare retiró la venda y nos tranquilizó:

—No es grave.

—Ya lo sé —dijo Zamo.

—La voy a limpiar y a cubrir, y quizás en el hotel te suture —le tendió un frasco de tabletas de antibiótico a Zamo y preguntó—: ¿Quieres un analgésico?

—No.

—¿Está en forma para combate? —preguntó Brenner.

Zamo fue quien contestó:

—Positivo.

Todo parecía bajo control aquí, así que me dirigí hacia el edificio para buscar los baños y quizás comprar unos Slim Jims y un Dr. Pepper. Pero no había nada en la choza excepto unas sillas de plástico y una alfombra para rezar. ¿Hacia dónde queda la Meca?

Buck me siguió e indicó:

—Los baños están en la parte de atrás.

Pasamos por un portal abierto y encontramos una especie de trinchera. Con una mano en la nariz y la otra en la bragueta hicimos lo que había que hacer. Al poco nos alcanzaron, por turnos, los del SDS, luego Brenner y Kate, que preguntó:

—¿Quién dejó la tapa del asiento levantado?

Montamos guardia de espaldas a Kate mientras usaba la trinchera unisex. Seguro que esta experiencia nos iba a ayudar a entendernos mejor como equipo. Y habría más de lo mismo esperándonos en territorio enemigo.

Puesto que los principales del equipo estábamos allí, aprovechamos la oportunidad para una breve reunión antes de reemprender el camino.

Buck nos informó:

—Reporté el incidente a la embajada por teléfono satelital, y ellos pasaron mi reporte a Washington. El Departamento de Estado notificará al gobierno yemenita —añadió— pero no vamos a admitir el uso no autorizado de misiles Hellfire.

—No creo que sea posible causar ese tipo de daños con un rifle, Buck —le hice notar.

Fue Brenner quien respondió:

—El fuego de un arma pequeña puede detonar bombas camineras y tanques de gasolina. Los forenses yemenitas no tienen el grado de sofisticación para determinar si la causa fue otra.

¡Vaya!

—Puede ser que Howard quiera reportar los hechos tal como sucedieron —Kate ofreció a continuación.

—Dile que necesito hablar con él un momento.

Kate asintió y salió.

Buck nos explicó a Brenner y a mí: es importante que no haya contradicciones en el reporte de lo sucedido.

—Claro, sobre todo si contamos la verdad —añadí yo.

Buck continuó explicando:

—Todos fuimos víctimas de un presunto ataque de Al Qaeda. No queremos que nos vean como agresores o provocadores. Hay ciertos grupos en Estados Unidos que no están de acuerdo con nuestro programa de asesinatos con Hellfire. Este incidente,

si se hiciera público, podría interpretarse erróneamente como ofensivo en vez de defensivo.

Exacto. No queremos que los grupos de derechos humanos en Estados Unidos se inquieten con nuestro programa de eliminación a control remoto.

—Es importante que ninguno de nosotros cuatro sea declarado *persona non grata* y tenga que salir del país —añadió Buck.

—Si no fuera por los misiles Hellfire, seríamos personas *non vivas*.

Buck ignoró mi aportación y continuó:

—Este ataque, junto con el ataque a la planta Hunt Oil, provocará que Washington reevalúe la misión militar en Yemen —añadió—, como pasó con el del *Cole*.

Vaya. Así que, en pocas palabras, a veces necesitas un ataque para que las cosas empiecen a favorecerte. El Álamo, el *Maine*, Pearl Harbor, el Golfo de Tonkin, el USS *Cole*, etcétera. A veces el ataque es una sorpresa sin provocación; otras, es distinto.

Howard apareció en el portal de la choza, dio con la trinchera y la usó. Luego me dijo:

—No sé cómo agradecerte que me hayas invitado a venir.

—No te preocupes, ya pensaré en algo.

Pero a Buck ya se le había ocurrido algo, y le dijo a Howard:

—Éste es un asunto de seguridad nacional, Howard, de la más alta importancia diplomática. Por favor no menciones nada a nadie que pudiera poner esta misión en riesgo.

O si no, te matamos.

Howard, para practicar eso de no decir nada a nadie, asintió y se fue.

Todos nos congregamos frente a la estación. Los Land Cruiser estaban llenos, los parabrisas limpios. Abordamos nuestros vehículos. Caballeros, enciendan sus motores. Y partimos, con dirección sureste, hacia Adén.

Brenner transmitió:

—Los Predator siguen en sus puestos hasta que llegemos a nuestro destino; dos Predator armados con misiles Hellfire están en ruta —terminó.

Qué maravilla. ¿Y qué habíamos aprendido de nuestro paseo por el campo? Pues que Al Qaeda sabía de nuestro viaje a Adén, pero eso era casi seguro desde el principio. También aprendimos que Al Qaeda estaba dispuesta y capacitada para atacar un convoy norteamericano armado. Estaban progresando. Lo que Al Qaeda no sabía, o no esperaba, eran los misiles Hellfire, pero eso se debía a que los imbéciles del gobierno yemenita generalmente no daban permiso de usarlos. Pero nosotros resolvimos ese asunto al no esperar semejante permiso. Eso era un juego nuevo.

Lo que nosotros no sabíamos era si Al Qaeda estaba al tanto de que John Corey era parte del convoy. Pero podemos asumir que sí lo sabían. De hecho, Al Qaeda sabía que John Corey y Kate Mansfield estarían en Yemen antes de que nosotros

mismos supiéramos que vendríamos. Lo que no sabíamos era si la Pantera se encontraba ahora mismo en el Paraíso, o en Marib, o en otro lado. Pero dondequiera que estuviese, estaría de mal humor.

Qué bueno. Yo también estaba de mal humor.

## CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

El convoy continuó hacia Adén.

Mike nos informó a Clare y a mí:

—Conforme avanzamos hacia el sur, encontraremos menos presencia de Al Qaeda.

—Qué bien.

—Pero todavía son fuertes en Adén.

—Qué mal.

—Además, cuando pasemos a lo que solía ser Yemen del Sur, encontraremos rebeldes secesionistas.

Clare le preguntó a Mike:

—¿Hay alguna parte del país que sea... no sé, segura?

—Ni un centímetro cuadrado.

Estás segura conmigo, preciosa, musité para mis adentros.

—Por lo menos podemos sentirnos seguros en el hotel —concluyó Clare.

¡Ejem!, acerca de ese hotel, Clare...

Íbamos en descenso de la meseta central, acercándonos a la planicie costera de acuerdo con lo planeado, a pesar del tráfico usual en la carretera Ta'iz-Adén.

—Cien kilómetros para llegar a Adén —anunció Mike.

La voz de Brenner nos llegó en la radio:

—Nuevos Predator con misiles en sus puestos. No hay actividades sospechosas por delante. Pero manténganse alerta, podemos encontrar coches bomba.

Vaya, la diversión no acaba nunca.

Mike nos informó:

—Los Predator pueden volar por veinticuatro horas sin cargar combustible.

Correcto. Y el piloto estaba en tierra, y podía pasarle los controles a alguien más cada pocas horas. Los aviones Predator con misiles Hellfire eran un arma increíble. Seguramente ésta sería la forma en que daríamos con la Pantera, si es que no lo habíamos vaporizado allá atrás. La tecnología militar norteamericana es una maravilla, mientras no te encuentres en el lado receptor.

—¿Dónde estacionan los Predator? ¿Y dónde están las bases de control en tierra? —le pregunté a Mike.

—Nadie sabe. Pero yo diría que en Omán o Arabia Saudita. O quizás en Djibouti, al otro lado del estrecho.

—¿Así que no están aquí?

—¿En este maldito lugar? No.

—Vaya.

Ya era casi la una de la tarde, y avanzábamos con buen tiempo, si consideramos

que habíamos tomado una antigua ruta de caravanas, aunque no había visto un solo camello. La emboscada no nos había retrasado; si acaso, nos había hecho avanzar más rápido. Nada como unos disparos para mover el trasero.

Llegamos a la intersección de la nueva carretera de Sana'a, y continuamos con dirección al sur, rumbo a Adén. Era una buena carretera, y si la hubiésemos tomado, me pregunto si habríamos tenido las mismas experiencias emocionantes que encontramos en la ruta de las caravanas. Estaba casi seguro de que había sido el piloto del Predator quien había sugerido que tomáramos esa ruta. A fin de cuentas, la CIA, que tenía el control operacional de los Predator, obtuvo lo que quería: una demostración de nuestra superioridad, chicos malos muertos y un incidente.

Le pregunté a Mike:

—¿Tendrán tiempo de regresar a Sana'a antes de que oscurezca?

—Tal vez... ya veremos lo que Brenner quiere que hagamos.

Aproveché el pie que me daba para hurgar:

—Parece un buen tipo.

Mike replicó:

—Sí, es un buen tipo —silencio—. Pero a veces abusa de su buena suerte.

Lo cual quiere decir que abusa de la suerte de todos. Quizá no tuviera razones para vivir. O quizás acababa de encontrar una. Le dije a Mike:

—Me contó que tenía una novia en Estados Unidos.

—Sí, vino aquí una vez —respondió—. Guapísima.

—¿Así que no tiene un romance en la embajada?

Mike se percató de que estaba hablando demasiado de su jefe, y replicó:

—No que yo sepa. No hay mucho de dónde escoger.

—¿Escuché correctamente? —Clare metió su cuchara.

Eso nos hizo reír a los tres.

Clare añadió:

—A mí me parece guapo. Pero es un poco viejo para mí.

¿Viejo? No tenía ni cinco años más que yo. Estoy acabado. Ojalá me hubiera muerto en la emboscada.

Ahora estábamos en la planicie costera, y en la carretera delante de nosotros vi un letrero, cosa que no había visto en los últimos cuatrocientos kilómetros. Enfoque mis binoculares: decía algo en árabe, pero debajo decía GOBERNATURA DE ADÁN, con A.

Mike explicó:

—Estamos cruzando al otrora Yemen del Sur, también conocido como Adán. Es casi como otro país, en ciertas cosas.

De hecho, lo había sido. Pero añadí:

—Parece la misma porquería desde aquí.

—La actitud es diferente. Un poco más moderno, quizá por la influencia británica, y luego soviética, además de todos los barcos que llegan del resto del

mundo al puerto de Adén.

—Claro. Como el *Cole*.

Mike replicó:

—Al Qaeda es un recién llegado a Adén. Yemen del Sur está en retroceso.

De hecho, todo el Oriente Medio parecía estar en retroceso.

Media hora después estábamos en las afueras de Adén. Miré hacia el sureste, adonde sabía que estaba el Sheraton, y no vi una columna de humo, lo cual era una buena señal.

El Sheraton se encuentra fuera de la ciudad, en una península que sale al Golfo de Adén. El paisaje fue formado por un volcán que todos esperábamos siguiera extinguido, y hay colinas altas y formaciones rocosas que dominan las playas, lo cual es muy bonito, pero no muy apropiado para cuestiones de seguridad.

Había una construcción más adelante, y un enorme letrero en inglés anunciaba: BIN LADEN CONSTRUCTION COMPANY, lo cual me recordaba lo que el coronel Kent había dicho en Sana'a. Estaba seguro de que todos los miembros de esa familia basados en Yemen eran buenos ciudadanos, pero ver el letrero era sorprendente, como si fueras a Alemania y encontraras la agencia de Volkswagen ADOLF HITLER. ¿O no? Yo les recomendaría cambiar el nombre de su empresa.

Pasamos el aeropuerto y empezamos a ascender a las tierras altas sobre la playa.

Ya se alcanzaba a ver el Sheraton, un edificio moderno de seis pisos, color blanco, esperándonos pacíficamente bajo el sol. Detrás del hotel había un tramo de arena blanca y palmeras, y las aguas tranquilas del Golfo de Adén. ¿El Paraíso? No.

—Se ve bonito —dijo Clare.

Se veía como un tiro al blanco.

Mike me preguntó:

—¿Recuerdos?

—Muchos.

Descendimos por un camino estrecho en las faldas de las colinas, y justo frente a nosotros estaba el hotel Sheraton. Brenner habló por el radio:

—Nueve, nueve. Hemos llegado. Buen trabajo, compañeros.

Mike y los demás tocaron sus bocinas al detenerse a la entrada del hotel.

Estaba de regreso.

**PARTE VI**  
**Marib, Yemen**

## CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Bulus ibn al-Darwish, la Pantera, que vestía la túnica blanca y el shiwal de los beduinos, estaba sentado en el suelo de tierra de la choza de adobe de un pastor de cabras, situada en una estrecha cañada en las tierras altas al suroeste del poblado de Marib. El sol estaba bajo en el cielo sobre las montañas y la choza estaba en la sombra, aunque por el portal entraba un haz de luz.

Sentados a lo largo de las paredes de la choza estaban los diez hombres que formaban el consejo más cercano de la Pantera, así como su ayudante más antiguo, Altair. Éste era un hombre mayor, originario de la provincia de Ta'iz, de donde provenía la familia al-Darwish. De hecho, Altair era un pariente lejano, y el viejo había conocido al abuelo y al padre de Bulus, cuando este último era joven, antes de emigrar a Norteamérica.

No muy lejos se encontraba el campamento de sus jihadistas, pero no podía convocar la reunión allí debido a los aviones Predator norteamericanos. Era posible que los drones hubieran encontrado el campamento, aunque desde el cielo parecía un pueblo beduino de tiendas y chozas de adobe. De hecho, antes era un pueblo beduino, pero ya no, gracias al jeque Musa, quien había entregado la aldea a los jihadistas de Al Qaeda, a cambio de cierta cantidad. La Pantera no sabía si los norteamericanos sospechaban del campamento, pero en todo caso había convocado a la reunión aquí, en la cañada, que tampoco estaba lejos de su maghara, su cueva, donde vivía solo, con excepción de una mujer, y cuya ubicación era un secreto que sólo conocían sus más allegados, entre ellos Altair.

La Pantera se dirigió a sus consejeros con estas palabras:

—Dios nos ha puesto a prueba.

Los hombres asintieron.

La Pantera acababa de recibir las noticias de que la emboscada al convoy norteamericano había fracasado debido a los misiles de los Predator, y que muchos de sus jihadistas estaban muertos o heridos.

—Los norteamericanos operan con libertad en la tierra sagrada del Yemen. Y lo hacen con las bendiciones del gobierno en Sana'a, de esos corruptos sirvientes de los norteamericanos que han vendido su alma al dólar.

Algunos de los hombres asintieron, pero no todos.

La Pantera continuó:

—Vengaremos estas muertes.

De nuevo, hubo pocas señales de asentimiento entre sus diez consejeros.

Bulus ibn al-Darwish sabía que algunos de estos hombres se habían opuesto al ataque a la planta de petróleo de Hunt Oil. Y por esa razón no los había consultado para planear la emboscada al convoy de la embajada norteamericana. Ésta era la

primera noticia que tenían al respecto, y eso no les gustaba.

Había sufrido dos derrotas consecutivas a manos de los norteamericanos en los últimos días, y tenía que culpar a alguien de ello. También necesitaba una victoria.

Le recordó a sus consejeros:

—Cuarenta de nuestros jihadistas están en este momento camino a Adén. Van a atacar el hotel Sheraton y matar a todos los norteamericanos, a los espías y a los soldados que usan el hotel como su base en nuestra tierra sagrada, además de los que llegaron de Sana'a en el convoy de la embajada. Todos morirán en unos cuantos días.

Unos pocos asintieron, pero la Pantera notaba que otros dudaban de él; dudaban de que contara todavía con la bendición de Dios.

Continuó:

—Y cuarenta jihadistas han llegado a Sana'a y montarán un ataque a la embajada norteamericana.

Uno de sus consejeros de mayor rango, Jawad, le recordó:

—Este consejo debe aprobar el ataque a la embajada y, además, debe contar con la aprobación del Consejo Supremo.

La Pantera no respondió.

Jawad también le recordó a su jefe:

—Si el ataque a la embajada tiene éxito y nuestros jihadistas entran en el complejo y matan a los norteamericanos, que son quizá cien, entre los que viven y trabajan allí, este acto tendrá consecuencias que van más allá de estas fronteras —Jawad se dirigió también a los demás—. Temo una invasión de soldados norteamericanos a nuestro país si los ataques al hotel en Adén y a la embajada salen bien, o incluso si salen mal. Creo que recuerdan lo que pasó tras el ataque al acorazado norteamericano.

—Sí, Jawad, lo recuerdo —dijo la Pantera, dirigiéndose a Jawad y al resto—; tanto hombres como dinero fluyeron a nosotros en abundancia.

—Los norteamericanos también llegaron en abundancia.

La Pantera nuevamente se abstuvo de responder.

Otro hombre del consejo habló:

—No estamos listos aún para atacar. Necesitamos reunir nuestras fuerzas. Necesitamos un año más, quizá.

La Pantera replicó:

—Mientras más ataquemos, más hombres y más dinero llegarán a nosotros.

Altair, sentado a la derecha de la Pantera, observó a los consejeros en la penumbra; podía ver sus dudas. Pensó en su joven amigo, Bulus. Seguía deslumbrado por su brillante y osado ataque al buque norteamericano *Cole*. Pero eso había sido hacía más de tres años, y desde entonces Bulus ibn al-Darwish sólo había logrado pequeñas victorias contra el gobierno de Sana'a, y ninguna contra los norteamericanos. El consejo estaba dispuesto a esperar, pero al parecer la Pantera no.

Altair sabía también que el asesinato de los nueve belgas y los dos yemenitas en

las ruinas de Bilqis no había sido celebrado por todos los jihadistas o simpatizantes de la causa. Era verdad que el Consejo Supremo de Al Qaeda había autorizado el ataque, pero la gente de la provincia de Marib, entre ellos las tribus beduinas, no estaban conformes con la matanza de turistas; algunos lo veían como un acto de cobardía, y muchos sufrían consecuencias económicas, pues los turistas habían dejado de visitar las ruinas.

Altair también sabía que si los ataques al Sheraton y a la embajada no resultaban en una victoria, el liderazgo de su joven amigo estaría en juego. También, posiblemente, su vida.

La Pantera seguía exhortando al grupo, pero Altair pensó que no decía mucho. ¿Qué más se podía decir? Lo pasado, sus dos derrotas, hablaban por sí mismas. Si los jihadistas tenían éxito en sus ataques en Adén y Sana'a, esos actos también serían elocuentes.

En cualquier caso, Altair no creía en la estrategia de la Pantera de atacar a los norteamericanos. Los jihadistas deberían estar atacando a las fuerzas del gobierno. Si al-Darwish deseaba vivir algún día en el palacio presidencial, como decía, entonces tenía que derrotar al aborrecido gobierno, y no a los norteamericanos, cuya presencia era escasa.

Sabía también que a menos que el gobierno de Sana'a fuera derrocado, los corruptos gobernantes cederían a las presiones norteamericanas y permitirían la construcción de una base militar en Adén, como la habían tenido los ingleses y luego los rusos. Y si eso sucedía, el pueblo de Yemen tendría que soportar a los norteamericanos por mucho, mucho tiempo. Pero al-Darwish era incapaz de ver más allá del futuro inmediato. Un pequeño número de norteamericanos lo cegaba de ira, y no le permitía ver a quienes esperaban una excusa para hacer lo que habían hecho en Irak y Afganistán. Eso sería un desastre para Yemen.

Altair se inclinó hacia al-Darwish y le susurró:

—Hay mucho que hacer.

La Pantera hizo una pausa en su discurso a los consejeros, y luego les dijo:

—Nos reuniremos nuevamente dentro de una semana, después de nuestras victorias en Adén y Sana'a.

La Pantera se levantó y sus consejeros hicieron lo mismo. Los consejeros salieron de la choza en silencio, pero sólo unos cuantos se despidieron con las debidas expresiones de respeto.

La Pantera y Altair estaban solos, de pie en la choza.

—Quizá deberías reconsiderar estos ataques —dijo Altair.

La Pantera respondió con una pregunta:

—¿Cómo puedes vivir como musulmán y como yemenita mientras los norteamericanos ensucian nuestra tierra sagrada?

Altair contestó:

—Están aquí por invitación del gobierno. Destruye al gobierno y los

norteamericanos se irán —aconsejó Altair.

—No se marcharán a menos que los matemos aquí.

Altair ya había tenido esta discusión con al-Darwish, y había concluido que su joven amigo estaba más interesado en matar a sus antiguos compatriotas que en una estrategia inteligente para liberar al país de su gobierno corrupto.

Altair no quería discutir con la Pantera, y si los ataques en Adén y Sana'a fracasaban, no habría necesidad de hacerlo. Pero le aconsejó:

—El odio nos ciega a la verdad.

La Pantera no replicó.

El joven ayudante de la Pantera, Nabeel al-Samad, estaba de pie a una distancia respetable del portal de la choza, y Altair le indicó con un gesto que entrara. Nabeel pasó al interior rápidamente y los saludó de manera tradicional, besando las manos de ambos.

La Pantera se quedó de pie y se dirigió a Nabeel:

—Habla. Dime y dile aquí a Altair qué sucedió con la emboscada y con tu misión en Sana'a para matar a los norteamericanos.

—Sí, señor.

Nabeel no tenía ganas de dar su reporte, pero si hablaba directamente y con la verdad le iría mejor. Cuando comenzó a describir la emboscada, la Pantera lo interrumpió:

—Cuéntanos primero sobre tu misión fallida en Sana'a.

Nabeel se pasó la lengua por los labios resecaos y continuó:

—Sí, señor, sí, señor...

Nabeel narró su viaje en coche a Sana'a después de que la Pantera le diera la orden de matar a los dos norteamericanos que habían aterrizado en el aeropuerto. Altair lo interrumpió:

—No estaba al tanto de esa misión. ¿Quiénes son estos norteamericanos?

Fue la Pantera quien explicó a Altair que John Corey y su esposa estaban en la lista de eliminación del Consejo Supremo de Al Qaeda. La Pantera también explicó que los norteamericanos estaban señalados para morir debido a que Corey había matado a Asad Khalil, el León.

Altair asintió, y le pidió a Nabeel:

—Continúa.

Nabeel estaba sorprendido de que la Pantera no hubiese consultado a su más experimentado y confiable consejero respecto de este asunto, pero entendía sus razones: Altair no quería provocar a los norteamericanos, pues pensaba, quizá correctamente, que aquéllos buscaban una excusa para mandar más fuerzas a Yemen, tal como sucedió después del ataque al *Cole*. La Pantera, sin embargo, quería matar más norteamericanos.

Nabeel continuó:

—Nuestros amigos en el aeropuerto me informaron que Corey y su esposa habían

partido de allí en un convoy de tres coches blindados que los llevaron a la embajada norteamericana, donde pasaron el resto de la noche.

Nabeel continuó su reporte, narrando cómo los vigilantes de la embajada y sus amigos en el Sheraton habían confirmado que dos americanos habían salido rumbo al hotel por la mañana en un solo auto blindado, que se habían registrado allí y permanecido en sus habitaciones.

—Organicé que nuestros vigilantes en Sana'a los tuvieran en constante observación y convoqué a otros cuatro jihadistas para que junto conmigo aprovecharan la primera oportunidad para eliminar a los norteamericanos.

—Al parecer esa oportunidad no se presentó nunca —comentó la Pantera.

Nabeel respiró profundamente y replicó:

—En Sana'a es difícil...

—Continúa.

—Sí, señor.

Nabeel relató lo que había escuchado de los vigilantes.

—Los dos norteamericanos salieron más tarde con otros dos de sus compatriotas de seguridad de la embajada, en un Land Cruiser blindado, y se adentraron en la ciudad.

Nabeel le contó entonces a la Pantera sobre los movimientos de los cuatro norteamericanos en Sana'a, en el zoco de khat, en la Ciudad Vieja, en el restaurante Sana'a Antigua, en la tienda llamada «La Esperanza Está en sus Manos», el zoco de jambiyas y el trayecto a la fortaleza de Ghumdan.

La Pantera sabía ya por sus propias fuentes en la prisión de Ghumdan que Corey y el hombre de seguridad llamado Brenner habían entrado a la prisión y hablado con Rahim ibn Hayyam, su jihadista, que había sido apresado en las instalaciones de la planta de Hunt Oil. Esto era problemático, pues si Rahim ibn Hayyam había dado información a los norteamericanos o a la Organización de Seguridad Política, entonces quizás habría revelado que la Pantera se encontraba en la provincia de Marib la noche del ataque. Si ése era el caso, entonces él, la Pantera, podía esperar más aviones Predator y quizá más actividad del gobierno, o incluso norteamericanos que vinieran aquí a buscarlo.

Altair entendía esto también y le dijo a al-Darwish:

—Quizá deberías irte de Marib antes de que las fuerzas del gobierno o los norteamericanos con sus drones vengan a buscarte.

La Pantera pensaba que Altair no debía haber dicho eso con Nabeel presente. En todo caso, replicó:

—Es aceptable que un hombre como yo se esconda, pero no que huya. Me quedaré aquí —prometió.

—Como desees —respondió Altair.

Altair pensaba que sería sensato si Bulus ibn al-Darwish se alejara de esta provincia, pero al-Darwish no era sensato. En su juventud había adquirido la

arrogancia de los norteamericanos a quienes tanto odiaba.

Altair también comprendía que si el prisionero Rahim ibn Hayyam había revelado la ubicación de la Pantera, también podría haber descubierto los planes para atacar el hotel Sheraton en Adén, si estaba al tanto. Y era posible que tuviera esta información, de oídas en el campamento. Bulus sabía eso, y sin embargo no había informado al consejo, ni había detenido el plan para atacar el hotel. En verdad este plan podía acabar de forma desastrosa si los norteamericanos estaban avisados.

Altair se apartó con al-Darwish para preguntarle al respecto.

La Pantera respondió:

—Incluso si Hayyam hablara bajo tortura, no sabría nada sobre el ataque que planeamos en Adén.

—Los soldados hablan entre sí en el campamento, amigo mío —lo reconvino Altair.

—Tenemos muchos vigías en el hotel en Adén, y no han reportado un incremento en las medidas de seguridad. No han despachado fuerzas del ejército al hotel —repuso la Pantera.

Altair pensó sobre esto y luego dijo:

—Puede ser que los norteamericanos hayan decidido no pedir fuerzas adicionales —le explicó a al-Darwish—; puede ser que esperen el ataque, incluso puede ser que lo deseen. Tal como hicieron en las instalaciones de Hunt Oil, y como pudo haber sucedido también en la emboscada.

La Pantera no dijo nada.

Altair insistió:

—¿Es que no lo ves? Así es como conducen la guerra. Tú puedes creer que los sorprendes, pero el sorprendido eres tú, Bulus.

—Eso no es cierto —replicó la Pantera—. Ya lo verás.

Altair observó a Bulus ibn al-Darwish. Era claro que este hombre no tenía la sabiduría ni la paciencia de sus ancestros. En Yemen, la guerra es algo lento, una lucha inacabable contra los invasores y contra quien sea que ocupe el palacio en Sana'a. Pero al-Darwish, al-Amriki, no entendía cómo se hacía la guerra en Yemen. Y Altair no iba a decírselo de nuevo. Lo descubriría por sí mismo y se convertiría bien en un gran líder de su gente, o bien en un hombre muerto.

Además, Altair sabía que este hombre era peligroso. Mataba a quienes estaban en desacuerdo con él y a quienes le hacían ver sus errores. Altair no le tenía miedo, pero tal vez se equivocaba.

Altair se volvió a Nabeel para preguntarle sobre lo que había contado, y Nabeel insistió en que sus vigilantes habían tenido a los norteamericanos en observación constante, y que se mantenían en contacto por celular con los amigos que estaban apostados afuera de la embajada y en el Sheraton. Incluso el propietario del restaurante Sana'a Antigua había llamado al teléfono designado para reportar la presencia de los norteamericanos.

La Pantera asintió aprobatoriamente. Había trabajado mucho para coordinar una red de amigos en cada población de Yemen. Esos amigos, que requerían sólo unos cuantos riales por su esfuerzo, eran cientos, y la mayoría, pensaba, no sabía ni le importaba a quién estaban enviando sus reportes cuando marcaban el número asignado. Algunos se habrían sorprendido de saber que era Al Qaeda quien pagaba por la información sobre los movimientos de norteamericanos, ingleses y otros occidentales, pero la mayoría sabía de quién venía el dinero. Había tan pocos occidentales en este pequeño país que no se necesitaban más que algunos cientos de amigos para mantenerlos vigilados. La Pantera pensaba que su grupo de informantes era incluso más grande que el de la OSP, que en cualquier caso estaba más interesada en los oponentes políticos yemenitas que en los occidentales.

Además, la Pantera sabía que el número de occidentales que venían a Yemen por turismo, negocios y causas humanitarias era cada año menor, conforme la situación de seguridad empeoraba. Y ése había sido el objetivo de su ataque a los turistas belgas. Pronto, pensaba, no habría más occidentales que el personal de las embajadas y los espías y militares en Adén.

Nabeel estaba hablando ahora de la fiesta en la embajada el domingo por la noche. Dos de los yemenitas que trabajaban en la cocina eran amigos. Nabeel continuó:

—Entonces, cuatro norteamericanos salieron con uno de los hombres de seguridad, que condujo un coche blindado al hotel Mövenpick, donde los cuatro cenaron —informó Nabeel—. Dos de nuestros vigilantes entraron al hotel y confirmaron que Corey y su esposa eran dos de las personas sentadas a la mesa. El tercero era el de seguridad, Brenner, y el otro un diplomático, Harris.

La Pantera asintió de nuevo. Éste hubiera sido un buen lugar para que Nabeel y sus jihadistas visitaran y mataran a los cuatro norteamericanos, mientras estaban cenando y bebiendo alcohol en el restaurante. El Mövenpick contratava a la Policía de Seguridad Nacional y también tenía seguridad privada, pero eso no era de importancia. Lo que sí era de importancia era el dinero que el Mövendick y otros hoteles occidentales pagaban a Al Qaeda a cambio de tener paz. Pero si la Pantera hubiese sabido que los cuatro norteamericanos estaban en el hotel, si Nabeel le hubiera llamado, él habría ordenado que atacaran en este caso.

Nabeel continuó:

—Luego los norteamericanos fueron en su vehículo al Club Rusia. Allí —le recordó a su jefe— cuentan con muy buena seguridad, y no tenemos amigos en el interior.

La Pantera respondió:

—Pronto, cuando nuestros jihadistas entren en Sana'a, no quedará nadie vivo en ese sucio lugar.

—Sí, señor.

Nabeel concluyó su reporte, y tomando todo en cuenta, le pareció que habían

hecho un buen trabajo averiguando dónde estaban los norteamericanos día y noche.

La Pantera, sin embargo, dijo:

—Pues estuvo muy bien que vigilaran cada movimiento de los norteamericanos, pero creo que tu misión era matarlos.

Nabeel explicó:

—Como usted sabe, señor, estos son hombres bien entrenados, y toman sus precauciones.

Nabeel le recordó a la Pantera sobre los vehículos blindados, las armas, los chalecos antibalas y la posibilidad de que otros elementos de seguridad estuvieran vigilando a sus compañeros. Nabeel añadió:

—Y, por supuesto, señor, la OSP los vigila también.

La Pantera miró largamente a Nabeel, y luego le preguntó:

—¿Tuviste miedo, Nabeel?

—No, no, señor —se apresuró a responder Nabeel—. Estábamos esperando el momento en que tuviéramos la seguridad de que los norteamericanos no escaparían de nuestras balas, cuando pudiéramos dispararles en la cabeza, por ejemplo...

—Pero ese momento no llegó nunca.

—No ese día, señor. Pero al día siguiente, nuestro plan era...

—¿O estabas esperando la oportunidad de matar solamente a los de seguridad, para luego secuestrar a Corey y a su esposa y cobrar tu recompensa?

Nabeel titubeó y luego replicó:

—No, señor. No era posible secuestrarlos en Sana'a, con la policía, la OSP...

—¡Suficiente! —dijo con dureza la Pantera—. Así que al día siguiente tus afortunados norteamericanos nuevamente escaparon de la muerte. ¿Correcto?

Nabeel inhaló nuevamente y respondió:

—Salieron del hotel Sheraton en un vehículo blindado temprano por la mañana, rumbo a la embajada norteamericana. Un tiempo después nuestros vigías reportaron un convoy de cinco vehículos que salían del complejo. Los coches tienen ventanas negras —les recordó Nabeel— de forma que ni los vigilantes ni un soldado que es amigo nuestro pudieron decir con certeza si Corey y su esposa estaban en alguno de los vehículos, pero...

—Pero tú asumiste que sí estaban.

—Sí, señor. Corey y su esposa llegaron a la embajada de madrugada, y quizá media hora más tarde el convoy salió de allí, así que...

—Comprendo, Nabeel. Fue en este momento cuando decidiste emboscar el convoy.

Nabeel no había tomado tal decisión. De hecho, había llamado a la Pantera, quien estuvo de acuerdo en que Corey y su esposa seguramente iban en el convoy, y que era necesario planear una emboscada. Pero eso no era lo que la Pantera deseaba que dijera en presencia de Altair.

Altair preguntó a Nabeel:

—¿Quieres decir que tomaste bajo tu responsabilidad autorizar un ataque contra un convoy de la embajada norteamericana?

Nabeel agachó la cabeza y respondió a la pregunta de Altair:

—Intenté, señor, comunicarme con al-Numair, tres veces, en el teléfono celular y el satelital.

—Debiste intentar llamar a alguien cercano a mí —dijo la Pantera.

—Sí, señor —admitió Nabeel.

Sabía que si la emboscada hubiera salido bien, esta conversación no tendría lugar de esta forma. Recordó algo del libro hebreo del Levítico: «*Que busque un chivo expiatorio en el desierto*».

La Pantera se dirigió a Nabeel:

—Ahora dinos lo que sabes sobre la emboscada.

—Sí, señor.

Nabeel no podía asumir la culpa del fracaso de la emboscada, pues la culpa la tenía Faris, el líder local de Al Qaeda que la había organizado, pero se daba cuenta de que al admitir que él la había ordenado quizá se había condenado a muerte.

—¿Nabeel? Habla.

—Sí, señor —Nabeel se enderezó y se dirigió a la Pantera y a Altair:

—Cuando recibí noticias de que el convoy dejaba la embajada, me comuniqué inmediatamente con nuestros líderes en las provincias por las que pasaría su ruta probable.

De hecho, había sido la Pantera quien le ordenó hacer esto, y le pareció buena estrategia. Nabeel prosiguió:

—La ruta, como de costumbre, era con dirección al sur, hacia Adén, que es adonde los norteamericanos viajan en convoy.

—Eso estuvo bien, Nabeel —dijo la Pantera—, yo lo hubiera aprobado, si me hubieras llamado.

—Sí, señor. Muchos amigos —continuó— nos notificaron del progreso del convoy, y en unas cuantas horas Faris había reunido a los guerreros necesarios para una emboscada en las colinas al sur de Ibb.

—Excelente —dijo la Pantera—. ¿Entonces el convoy fue destruido? ¿Los norteamericanos están muertos?

Nabeel ya había atestiguado antes esta forma inusual de expresarse de su jefe cuando su interlocutor le era desagradable. Se preguntaba si Bulus ibn al-Darwish había aprendido a hablar así en Estados Unidos.

—¿Nabeel? ¿No hablo con suficiente claridad para ti?

Nabeel respiró profundamente y respondió:

—Señor, le pido perdón por mi tardanza en responder...

Altair interrumpió:

—Continúa, Nabeel. ¿Qué pasó con esta emboscada?

Nabeel retomó el hilo:

—Faris me dijo que la emboscada estaba bien planeada, con veinte guerreros, una bomba en un coche, una bomba en una carreta y un carretero que estaba dispuesto a convertirse en mártir, pero...

—Suficiente —la Pantera ya había escuchado que los drones norteamericanos habían detectado la emboscada y lanzado misiles Hellfire a los jihadistas, así que le espetó a Nabeel—, ya he oído suficiente de tu boca.

—Sí, señor.

—Quiero ver a Faris. Debe viajar a Marib y esperar instrucciones.

—Sí, señor.

—O quizá debería llamar a alguien más para que le dé el mensaje, y no depender de tu problemático celular.

Nabeel no respondió.

—Pareces asustado, Nabeel. ¿De qué tienes miedo? —inquirió la Pantera.

Nuevamente Nabeel bajó la cabeza y respondió:

—Mi propia insuficiencia me asusta, señor —respondió, mirando de frente a la Pantera antes de hablar de nuevo—. He fracasado en una gran causa.

—Estoy de acuerdo contigo, Nabeel —dijo la Pantera—. Estoy de acuerdo en que fracasaste en matar a los dos norteamericanos, como te lo había pedido, y en que la emboscada que ordenaste fue un desastre. ¿Cuál crees que debería ser tu castigo?

—Lo que usted ordene, señor.

—¿Incluso la muerte?

—Si a usted le place, señor.

La Pantera desenvainó su jambiya y colocó su bien afilada punta contra la garganta de Nabeel.

Nabeel sintió que su cuerpo y sus piernas temblaban, y que perdía control de su vejiga.

—Esto es innecesario, Bulus —dijo Altair.

Quizá, pensó Nabeel con esperanza, el viejo sospechara que la Pantera mentía y que no había sido él quien ordenó la emboscada. Altair conocía a Bulus ibn al-Darwish bien, quizás demasiado bien. Nabeel se puso a rezar para que Altair le salvara la vida.

La Pantera apretó con más fuerza el filo de la daga contra la yugular de Nabeel, pero no deslizó la hoja.

—Mírame, Nabeel. Mira mis ojos.

Nabeel miró los ojos de la Pantera y vio odio, pero no contra él, pensó. Era el odio que estaba siempre allí cuando hablaba de los norteamericanos.

La Pantera le dijo a Nabeel:

—Así que los norteamericanos están ahora en el Sheraton, en Adén, Nabeel, tal vez nadando en la piscina. O quizá bebiendo alcohol en el bar. ¿Cuántos jihadistas muertos hay en el camino gracias a tu estúpida decisión de atacar el convoy? ¿Cuántos, Nabeel?

Nabeel tragó saliva y sintió la hoja calando más hondo en su cuello.

—Diez, señor...

—Creo que son más.

Altair habló:

—Bulus, hemos estado aquí demasiado tiempo. Si te preocupan los misiles y los drones, necesitamos irnos antes de que lleguen de visita —le recordó.

—Sí, pero antes debo cortar una garganta.

—Mas no la de este hombre. Hay otra que te espera.

La Pantera no le respondió a Altair, sino que se dirigió a Nabeel:

—Quizá tu garganta puede esperar otra ocasión.

Nabeel sintió que lo inundaba una ola de alivio, cerró los ojos, que se le habían llenado de lágrimas, y asintió.

Sin quitar la hoja curva de su arma del cuello de Nabeel, la Pantera continuó:

—Irás a Sana'a a toda velocidad, y cuando llegues allí, abordarás un avión a Adén. Tomarás una habitación en el Sheraton y llevarás a cabo las órdenes que te haga llegar.

—Eso haré, señor —respondió Nabeel, a pesar de que sabía que se trataría de una misión suicida.

—Y si no lo haces, o si te vas de Yemen por miedo, te aseguro que daré contigo, y si no te encuentro, encontraré a tu familia. ¿Entiendes?

—Sí, señor. Yo mataré...

La Pantera deslizó la hoja del cuchillo por el costado izquierdo de su cuello, calando la carne.

Nabeel dejó escapar un grito agudo de sorpresa y se llevó la mano derecha al cuello. La sangre corrió entre sus dedos mientras tentaba la herida para asegurarse de que no era mortal.

La Pantera guardó la jambiya sangrienta en su funda y le dijo a Nabeel:

—Acompáñame afuera. Quiero que veas que sé cómo cortar una garganta.

La Pantera y Altair salieron de la choza. Nabeel titubeó y luego, con la mano apretada contra el cuello herido, los siguió.

Afuera, sentados en las piedras de una barranca estrecha, los sobrevivientes del fallido ataque a la planta de Hunt Oil esperaban. De rodillas en el suelo, de frente a ellos, se encontraba su comandante, el capitán Behaddin Zuhair. Tenía las muñecas atadas por detrás de la espalda, y su cabeza estaba inclinada, de forma que no tenía que mirar a sus hombres a la cara. Los hombres conversaban mientras esperaban a la Pantera.

Los hombres se quedaron en silencio cuando su jefe y el viejo, Altair, salieron de la choza.

La Pantera caminó directamente hacia el capitán Zuhair, pero cuando habló lo hizo dirigiéndose a sus jihadistas y a sus consejeros, y no al hombre atado.

—Este hombre, Behaddin Zuhair, mostró cobardía y estupidez al conducir a sus

valientes hombres hacia la planta petrolera norteamericana. Ignoró las instrucciones del consejo y de su propio teniente, Sayid al-Rashid, quien murió como un héroe mientras el capitán se escondía tras unas rocas. Cuando Zuhair tenía que haber llevado el ataque a una victoria total, se escondió, y luego huyó como una mujer mientras los norteamericanos y sus mercenarios disparaban contra sus hombres.

Los jihadistas y el consejo esperaban en silencio.

La Pantera continuó:

—Comparto la culpa por esta derrota, porque no supe ver que Zuhair no era un verdadero líder de hombres.

El consejo permaneció en silencio, pero uno de los ayudantes personales de la Pantera gritó:

—¡No, no! ¡Zuhair tiene la culpa!

Otros lo secundaron:

—Zuhair hablaba como un valiente, pero escondía su cobardía.

La Pantera hizo un gesto para pedir silencio. No pasó por alto que nadie en el consejo había levantado la voz en su favor, tal como se esperaba cuando un líder admitía públicamente un error o una mala decisión. Altair también lo había notado.

Pero también notó que los jihadistas que estaban con Zuhair en el ataque no dijeron nada en su defensa. Permanecieron sentados, evitando la mirada de su capitán y de la Pantera.

La Pantera sabía que debía poner fin a la escena rápidamente, así que se acercó a Zuhair y gritó:

—Confiesa tu cobardía y tu ineptitud, y te prometo una muerte rápida y piadosa.

Zuhair volvió la cabeza hacia la Pantera y habló en voz alta y clara.

—No tengo nada que confesar. Hice mi deber en el campo de batalla...

—¡Silencio! ¡Te he pedido tu confesión, no tus excusas!

—No son excusas —el capitán Zuhair enfrentó a sus hombres, y aún atado de manos, les rogó que lo defendieran—. ¡Digan lo que saben! ¡Lo que vieron! ¡Hablen con la verdad sobre mis actos!

—¡Silencio!

De pronto, Zuhair se puso de pie y gritó:

—¿Acaso no los conduje bien? ¿No he cumplido con mi deber?

Miró a los hombres que le habían confiado sus vidas, los hombres que a su vez habían titubeado bajo el fuego feroz de los norteamericanos. ¿No recordaban acaso que los había exhortado adelante con palabras de ánimo y consuelo cuando estaban tendidos en el suelo, paralizados por el miedo?

Pero nadie habló por él.

—No temo la muerte en batalla, pero no merezco esta muerte. No merezco que mi reputación y mi honor...

Se oyó un disparo, y Zuhair cayó de bruces al suelo.

Todos miraron al viejo Altair, que había disparado su pistola.

Luego miraron al capitán Zuhair, que seguía con vida. Los que estaban más cerca vieron que había recibido el disparo en la nalga izquierda, donde la sangre brotaba tiñendo de rojo su fouteh blanca.

La Pantera miró a Altair, que estaba ahora de pie cerca de él. Altair le susurró:

—Lo dejaste hablar demasiado, Bulus. Ahora termina las cosas a tu modo.

La Pantera asintió y le ordenó a dos jihadistas que levantaran a Zuhair para colocarlo de rodillas.

La Pantera desenfundó su jambiya y se colocó detrás de Zuhair, a quien dos hombres sostenían.

—Tú has escogido esta muerte —le dijo.

Zuhair hizo acopio de todas sus fuerzas para gritar:

—¡Arderás en el infierno!

La Pantera había oído demasiado de la boca de Zuhair, así que en vez de cortar su cuello donde encontraría la yugular y las arterías, hundió la jambiya en su laringe.

—Así Satán no tendrá que escucharte.

Los dos hombres lo sostuvieron de rodillas mientras Zuhair se atragantaba y escupía la sangre que manaba de la herida.

Pasaron algunos minutos, y Zuhair continuó ahogándose en su propia sangre.

La Pantera aprovechó la oportunidad para burlarse de Zuhair:

—Fuiste demasiado cobarde, incluso para confesar tu cobardía. Un hombre de honor, un soldado, habría aceptado su falta y obtenido una muerte rápida. Pero tú preferiste deshonorarte con mentiras, tú...

Sonó otro disparo, y la frente de Zuhair explotó, salpicando hueso, sesos y sangre.

Altair guardó su pistola y se dirigió a los jihadistas:

—Entiérrenlo sin tardanza, y con la suficiente profundidad para que no lo saquen los animales.

A Bulus ibn al-Darwish le dijo calladamente:

—No se espera de ti que tengas compasión, pero sí respeto, Bulus. Somos gente civilizada.

**PARTE VII**  
**Adén, Yemen**

## CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

El termómetro exterior del Land Cruiser daba una lectura de treinta y nueve grados, así que no fue demasiada sorpresa sentirme en un horno al abrir la portezuela.

Clare y yo dejamos las chamarras antimetralla en el auto todoterreno. Le dije a ella que se adelantara al hotel.

Tomé los binoculares y examiné las colinas que se elevaban sobre el hotel. En mi viaje anterior no había visto ningún operativo de seguridad del ejército yemenita en esos cerros, y por lo visto las cosas seguían igual.

El perímetro de seguridad consistía de una docena de soldados yemenitas que se veían junto al camino de entrada, con los culos bien acomodados en sus sillas de plástico, bajo sus sombrillas, hablando por sus teléfonos celulares. Varias hieleras completaban este cuadro de vigilancia intensiva. ¿No les había avisado nadie a esos sujetos que Al Qaeda venía en camino?

Según recordaba, una tienda de lona blanca se erigía en un risco que corría hacia la playa por el lado sur del hotel, que los yemenitas describían como puesto de observación del ejército. Sin embargo, nuestro personal de comunicaciones lo identificaba como una instalación de escucha de la OSP, colocada ahí para interceptar nuestros mensajes satelitales y de radio. Ésa era una de las razones por las cuales se había forrado de plomo la tienda del cuarto piso. Otra de ellas era Al Qaeda, que contaba también con capacidades para interceptar comunicaciones.

Enfoqué los binoculares sobre la Roca del Elefante, en el lado norte del hotel. Sobre la roca, igual que antes, había un camión carguero del ejército yemenita. Sobre la cama del camión se perfilaba una ametralladora calibre .50, operada por cuatro cabrones yemenitas que gustaban de mantener el arma apuntada hacia el hotel, en lugar de las colinas de los alrededores. Es probable que eso les hiciera gracia. Nosotros no le veíamos el chiste.

La Oficina de Seguridad Nacional, encargada de vigilar los hoteles, todavía no existía cuando viajé a Yemen la vez anterior. Me alegré de no ver sus uniformes azules de camuflaje por ninguna parte, aunque ya había formado una relación especial con el capitán Dammaj.

En cuanto a nuestra propia seguridad, teníamos a los marinos y al equipo SWAT del FBI. Recordaba que, además, cuatro tiradores expertos de los marinos estaban siempre en el tejado, así como cuatro o cinco más con rifles M-16, que patrullaban la playa. Por la noche, esos números se duplicaban.

Desplacé la atención hacia el convoy. Todos estábamos ya fuera de los Land Cruiser —los trece viajeros—, y uno de los agentes del SDS supervisaba el transporte de maletas y equipos hacia el vestíbulo del hotel, mientras que los otros se mantenían vigilantes afuera.

Unos cuantos huéspedes árabes con aspecto de saudís ricos, en vestuario completo de bata y tocado en la cabeza, salieron por las puertas del hotel y se pusieron a hablar con el portero sobre los vehículos con huellas de disparos.

No es frecuente que los grupos de militares y paramilitares se queden en un hotel donde también hay huéspedes civiles. Pero era Yemen, y a esos huéspedes no les molestaba tanto nuestra presencia como a nosotros nos incomodaba la de ellos. En cierta forma, nos protegíamos mutuamente, pues Al Qaeda no destruiría un hotel lleno de sus correligionarios. ¿Verdad? Me acordé de que Buck nos había dicho que no nos preocupásemos a menos que los árabes se marcharan de pronto.

Según mis recuerdos, la franquicia de este Sheraton era propiedad de algún príncipe saudí, aunque no sabía si eso influía a favor o en contra de que Al Qaeda arrojara bombas contra el hotel. Sin duda, eso dependería de a quién le pagaba el príncipe, o a quién habría ofendido.

Una vez que todo el equipaje fue movido me colgué del hombro la M4 y entré al fresco del vestíbulo.

Unos cuantos agentes, entre ellos Mike y Zamo, le echaban el ojo al carrito de las maletas, mientras Brenner en el área de recepción nos registraba sin mostrar pasaportes ni dar nombres, cosas que no eran de la incumbencia del hotel. Los norteamericanos se habían posesionado de los pisos tres y cuatro, para siempre. El príncipe saudí tenía una gran fuente de dinero en el hotel, cortesía de los contribuyentes fiscales de Estados Unidos.

En el viaje anterior acababan de remodelar el vestíbulo, y no había quedado mal: mucha caoba labrada y muebles de mimbre, un estilo que podría denominarse británico-colonial-tropical, similar a algunos hoteles en que había estado en el Caribe. Hasta ahí llegaba el parecido.

Se notaba la ubicua foto de Alí Abdullah Saleh, el presidente vitalicio —hasta que alguien lo matara—, colgada de un muro. El gran hermano Alí te vigila.

Por ahí andaban también algunos huéspedes occidentales, seguramente europeos ignorantes de la situación, que aprovechaban las tarifas bajas en invierno. Los turistas norteamericanos tenían la gran ventaja de no haber oído hablar nunca de Yemen ni de Adén, y lo mismo les pasaba a sus agentes de viajes. Si algunos lo sabían, preferían no ir a lugares donde los norteamericanos no eran bienvenidos, o sea, la mayor parte del mundo. En cambio, los europeos creían que se les recibía bien en todas partes, lo cual no era sino otra manera de ser ignorantes o arrogantes.

El vestíbulo también estaba ocupado por dos soldados yemenitas con sus AK-47, y dos marinos de Estados Unidos con M-16. ¿En qué estarían pensando esos turistas europeos ahí? Bonitas playas, precios bajos, pero ¿y toda esa gente con rifles de asalto? A lo mejor se figuraban que estábamos rodando una película.

Un comité de bienvenida de nuestros colegas hizo su aparición. Buck hablaba con tres hombres y una mujer en la zona de sillones del vestíbulo. Parecía conocerlos de antes, y ninguno de ellos tenía aspecto de ser la persona de la CIA. Me sentí

persuadido de que se mostraría en forma más dramática, tal vez, por ejemplo, bajando en un ala delta sobre la playa. O a lo mejor prefería algo más clandestino, como una palmera en maceta del vestíbulo que de pronto empezara a susurrar: «Psst, Corey. Aquí. La palmera. Pero no me mire. Sólo oiga».

Mi esposa, que había ido a refrescarse, se me acercó y dijo:

—No está mal este lugar. ¿Te la pasaste bien la vez anterior, cuando estuviste aquí?

Esa pregunta llevaba más peligro en ella que un marinero con licencia para ir al puerto, y repliqué:

—Querida, sin ti no puedo pasarla bien.

Su reacción mostraba escepticismo ante mi sinceridad. Cambió de tema:

—¿Qué tal reaccionó la Dra. Nolan al ataque?

No era eso lo que realmente quería saber, pero de cualquier modo contesté:

—Quedó un poco sacudida.

—¿Lograste hacer que se calmara?

—No pude; quería llegar antes que ella a los tranquilizantes.

Kate logró reprimir una sonrisa. Enseguida me informó oficialmente:

—Sigo molesta contigo por lo del retén policiaco.

—Trata de superarlo —le aconsejé—. La vida es corta.

Su expresión se suavizó.

—Eres valiente, John —me dijo—, pero también impetuoso y arrogante.

—Gracias, querida. El bar de este hotel no está mal. Te invito un trago.

—Paul ha dicho que se suspende el consumo de alcohol hasta nueva orden.

—¿Ah, sí? Entonces te invito una cerveza.

Howard, que regresaba también de lavarse la cara, se nos acercó y entró en la conversación.

—No está mal este lugar. Pero ¿la seguridad?

—No hay tal —declaré—. Tal vez convenga volver a Sana'a.

—Creo que para un día he tenido suficiente carretera.

—Pero te vas a perder la emboscada de regreso.

¡Se reía! Howard ya se había vuelto un veterano de combate y la muerte le daba risa.

—Vivo en Long Island —nos informó—. Me encanta la playa, y soy nadador de competencia.

—¡Qué bien! Los tiburones adoran a los nadadores de competencias.

Clare se nos había unido.

—Tu marido es muy valiente —le dijo a Kate, quien respondió: «Es mi héroe»; bueno, en realidad... no dijo nada.

—Nunca en mi vida había tenido tanto miedo —prosiguió Clare—. Pero John, y también Mike, estaban del todo tranquilos, y John se aseguró de que me pusiera debajo de las ventanillas.

Yo añadí: «Además, la cubrí con mi propio cuerpo». No es cierto, no dije eso. No soy *tan* valiente.

Kate no ofreció ningún comentario.

Brenner había terminado los trámites de recepción y se nos acercó para entregarnos las llaves tarjeta en sobres que tenían escritos los números de habitación. Había tenido la consideración de asignarme el mismo cuarto que el de mi esposa. A lo mejor ya había superado su obsesión por Kate.

—Vamos a presentarnos con los colegas de Adén —sugirió Brenner.

—¿Dónde está nuestro hombre de la Compañía? —inquirí.

—No lo sé.

¡Vaya! Conjeturé que nuestro compañero de equipo ausente se hallaría en el cuarto de comunicaciones, hablando con su jefe de estación en Sana'a para preguntarle si había reportes de inteligencia donde se verificara que los Hellfire habían vaporizado a la Pantera. ¡Qué bien estaría eso! O ¿acaso deseaba romperle la cabeza yo mismo, en persona? Había pasado mucho tiempo desde que alguien de la Fuerza Operativa de Nueva York liquidara a uno de los malos; pensaba que el último en hacerlo había sido yo: al León. Me enviaban a Adén para un bis. Aunque otra razón de que estuviésemos ahí podría consistir en que querían que Kate se cargara a algún agente de la CIA.

En todo caso, yo traía una buena racha matando felinos grandes, y abrigaba la esperanza de alargar esa serie de triunfos.

## CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Nos desplazamos hacia el lugar donde las cuatro personas del comité de bienvenida platicaban con Buck, y éste hizo los honores.

—Todos ustedes conocen ya a Paul Brenner. Ella es la agente especial del FBI Kate Mayfield, la nueva agregada jurídica en Sana'a, recién llegada de la foat de Nueva York. Éste es el marido de Kate, también conocido como el detective John Corey, del Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI, quien también está con la foat de Nueva York. Como ya les conté, John estuvo antes aquí, y echaba de menos el puerto de Adén.

Se rieron todos menos yo.

Buck presentó también a la Dra. Clare Nolan y al agente del FBI Howard Fensterman, el flamante agregado jurídico, añadiendo:

—Howard se propuso como voluntario para venir a este paseo.

¿Oí que alguien decía «menudo imbécil»?

Nos dimos todos la mano, y cada uno de los cuatro dijo su nombre.

La dama era Betsy Collins, agente especial supervisora y líder del Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI, que constaba de cinco elementos. Parecía agradable y sincera en su bienvenida. Suponiendo que mi fama me hubiese precedido, era probable que se sintiera aliviada al contarle Buck que no necesitaba trabajar conmigo en su equipo.

La contrapartida de Brenner en el Servicio Diplomático de Seguridad en Adén era Doug Reynolds, con el puesto de oficial regional de seguridad. Tenía aspecto de haber sido militar.

Aproveché la ocasión para felicitar a su departamento.

—Los del SDS hicieron un trabajo magnífico en el camino hacia aquí.

Asintió, y como era natural comentó:

—Para eso cobran sus sueldos.

El segundo hombre era Lyle Manning, agente especial supervisor del equipo SWAT del FBI, compuesto por diez hombres. Era joven, en gran forma física; al igual que la mayoría de los agentes especiales del FBI, él dudaba de que un expolicía pudiera estar a su propio nivel. Con Kate y Howard, en cambio, se sentía más a gusto, pues pertenecían a su club. El club de los Fatuos Brutos Infumables. Es broma, es broma.

El tercero de los hombres se identificaba a primera vista: llevaba camuflajes de desierto, una gorra de marino con la insignia del mapamundi y el ancla, barras de capitán en el cuello y una etiqueta que rezaba: «McAndrews». Nos recomendó:

—Por favor, llámenme Mac.

Todos colocamos los sillones de mimbre para sentarnos y colocamos los rifles

bien ordenaditos, apoyándolos a lo largo de la mesa de coctel. Un mesero revoloteaba en torno nuestro, dejando menús en la mesa.

—Bienvenidos, nuevos señores y señoras, huéspedes de honor del Sheraton de Adén. Mi nombre es Masud. Por favor, manténganme al tanto de sus deseos.

Agua para mí, y un escocés para mi rifle.

Todos ordenamos refrescos y Masud se alejó flotando hacia el área de descanso del vestíbulo.

El capitán McAndrews se dirigió al contingente de Sana'a.

—Conque tuvieron un poco de emoción en el camino.

—Cinco horas de aburrimiento —replicó Brenner— y dos minutos de terror absoluto. Los Predator realizaron un trabajo espléndido. La seguridad en las carreteras va en picada.

El hombre del SDS, Doug Reynolds, le informó a Brenner:

—He hablado con Ed Peters, y aceptó que tus hombres pasen la noche aquí. No le gusta, pero lo acepta. Mientras tanto solicité por los canales oficiales que el ejército yemenita los escolte de regreso a Sana'a.

—En condiciones normales —repuso Brenner— no pediría apoyo, pero tomaré lo que nos den, excepto una escolta de la policía de Seguridad Nacional, gratis o pagada. Si se ofrecen, la respuesta es que no.

—Sobre todo si el capitán Dammaj está a cargo.

Tanto Buck como Brenner se rieron. *¿Se dan cuenta?* ¡No se habían enfadado conmigo!

—Y ¿quién es ese capitán Dammaj? —inquirió Doug.

—Un oficial de la OSN que conocimos en el camino —aclaró Buck—. Comunicué el asunto vía teléfono satelital. John lo mandó a la mierda.

Buck se disculpó con las tres damas por mis groserías, y agregó:

—Por desgracia, no sabíamos que el capitán Dammaj hablaba inglés.

Todos se rieron de buena gana.

—Este país es casi disfuncional —comentó Buck a los colegas, por si acaso no se habían enterado.

—Lo de disfuncional sería un mejoramiento —dijo Betsy Collins.

He dicho ya que nuestras relaciones con los aliados yemenitas no eran buenas. Eso lo supe desde mi anterior viaje. Los norteamericanos considerábamos que los yemenitas eran corruptos, mentirosos e ineptos, y los yemenitas estaban al tanto de esas opiniones. Yo no tenía ni idea de lo que ellos pensarían sobre nosotros, pero era fácil adivinarlo.

Lo peor era que en ese país teníamos fuerzas tan escasas en número que apenas podíamos llevar nuestra misión a cabo, sin poder protegernos más de lo indispensable de nuestros enemigos, por no decir de nuestros aliados yemenitas.

Llegaron los refrescos, y Doug propuso un brindis.

—Sean bienvenidos los recién llegados, y que su misión se lleve a cabo con éxito.

Sea lo que sea dicha misión.

Nos reímos un poco, en tono de conspiradores. La denegación plausible es importante en las tareas de Operaciones Negras.

Yo pensaba que tendríamos poco que ver con la gente de Adén una vez que iniciáramos la búsqueda de la Pantera; como en casi todas las Operaciones Negras, quedaríamos a merced de nuestros propios recursos. Por otra parte, aunque era posible que no volviéramos a verlos, ellos podrían vernos a nosotros en caso de que les asignaran las tareas de identificación y recuperación de cadáveres. Pero era aconsejable llevar los pensamientos por caminos más felices.

—¿Cómo sigue tu paciente? —le preguntó Doug a Clare.

—Va bien —repuso Clare—. Sólo hay que ver si la herida requiere suturas. Él necesita mantenerla limpia.

—Aquí las infecciones están a la orden del día —nos refirió el capitán Mac—. Este lugar es un caldo de cultivo.

Una letrina, diría yo.

Lyle Manning, el jefe del equipo SWAT del FBI, quiso cambiar de conversación.

—Hay algo de preocupación por los reportes de amenazas de Al Qaeda contra estas instalaciones —dijo.

En realidad, no se trataba de instalaciones, sino de un hotel con ventanales de vidrio plano.

—Paul y yo nos enteramos de eso —reporté— interrogando a un prisionero de Al Qaeda en Ghumdan que nos pareció digno de crédito.

Mi amiguito Paul concurrió en esto y añadió:

—Al Qaeda ha perdido el elemento sorpresa. No me cabe duda de que podremos lidiar con cualquier intentona que hagan.

—Si creemos el reporte de que sólo son unos cuarenta combatientes enemigos —opinó el capitán Mac— no representarán ningún problema. Será más bien una oportunidad.

Algo debía andar mal conmigo, ya que no podía ver como oportunidades los ataques de Al Qaeda. ¿Qué me pasaba?

Eché un vistazo a Clare. La expresión en su rostro delataba sus pensamientos. *¿Este hotel es objetivo de Al Qaeda? ¿Cómo fue que nunca me llegó ese memorándum?*

La consideración pertinente era que Howard, abogado y empleado del Departamento de Justicia, además de ser un hombre honrado, no precisaba enterarse de asuntos de los que no necesitaba saber nada. Aún no llegábamos a ese punto, pero sería inevitable, por lo cual les sugerí:

—Si *Mr.* Fensterman y la *Dra.* Nolan, y todos los demás están de acuerdo, creo que a Howard y a Clare les apetecería darse una vueltecita y explorar el hotel y la playa.

No podía ser más amable mi manera de decirlo, ¿verdad?

Howard y Clare entendieron el mensaje, se levantaron y, ofreciendo una disculpa, se fueron.

Dirigiéndose al comité de bienvenida, Brenner pidió información.

—Los yemenitas, ¿qué ofrecen o prometen en términos de seguridad extra?

—Para ser honestos —replicó Manning— no les hemos solicitado nada.

Pensé que no había oído bien. Lyle se le quedó mirando a Buck, que procedió a contarnos.

—Fui yo quien sugirió que no pidiéramos a los yemenitas que se presentaran con un gran aparato de fuerza.

Pero ¿en qué andaría pensando Buck? Le recordé:

—En la embajada dijiste que ibas a notificar a los niveles más altos del gobierno yemenita que requeríamos medidas de seguridad adicionales aquí.

—En efecto, eso dije. Pero si solicitamos ayuda adicional al gobierno yemenita, entonces Al Qaeda sabrá que estamos al tanto de que ellos planean un ataque contra el Sheraton —explicó Buck—. De suceder así, entonces pensarán que la misma fuente, o sea, el prisionero en Ghumdan, pudo haber delatado el último lugar en que sabemos se localiza la Pantera.

Nadie tenía comentarios al respecto. Me quedó la sensación de que el contingente de Adén estaba conforme con las astucias del estratega de la Guerra Fría, aunque los ponía al centro del objetivo del ataque enemigo.

Me resultaba más interesante observar que a Buck se le había conferido el poder de tomar decisiones de vida y muerte. Por lo tanto, Buck era persona importante.

El capitán Mac expuso sus opiniones.

—Mientras menos elementos aparezcan del ejército yemenita, mejor para mí —nos confesó, sonriendo—. Nuestros primeros objetivos de fuego son la ametralladora yemenita de calibre .50, y la tienda de comunicaciones que tienen montada.

No deberíamos olvidar a los sujetos bajo las sombrillas, pensé.

Para no dar indicios a Al Qaeda, nadie sugería que evacuáramos del hotel a los huéspedes europeos o árabes. Supuse que tal actitud equivalía a decir «que se jodan». Las tarifas de descuento en temporada alta tienen sus desventajas. El que no sepa por qué hacen descuentos, que vea cómo resuelve su problema. En efecto, nos habíamos vuelto un poco insensibles, en los casos en que no se trataba de salvar vidas norteamericanas. Todos los demás eran sacrificables. De esa manera, los aliados europeos y árabes tendrían una apreciación más profunda del enemigo al que se enfrentaba Estados Unidos. Si querían sólo mirar desde la orilla, adelante, pero en la orilla también mataban.

Lyle Manning deseaba hacernos saber algo.

—A partir de hoy y hasta nueva orden, todo el equipo SWAT estará alerta a lo largo de la noche.

—Contamos también con los hombres del SDS de Sana'a —agregó Doug Reynolds.

—Sólo por esta noche, Doug —advirtió Brenner—. Se ha detectado de buena fuente que hay una amenaza sobre la embajada, y necesitan volver.

Lo más seguro en Yemen, pensé, pudiera ser irse a nadar en el golfo entre los tiburones.

Pensaba, además, que cualquier ataque contra los norteamericanos desataría una respuesta como la del *Cole*. A las dos semanas de aquel atentado, ya había, entre militares, agentes de inteligencia y antiterroristas, casi doscientos norteamericanos en el hotel y en los buques anclados en el puerto. Los yemenitas nos habían forzado a reducir esa presencia, pero en Washington había gente deseosa de aumentarla. Todo lo que hacía falta era una excusa. Y unos cuantos norteamericanos muertos.

Kate, que hasta ese momento había permanecido en silencio, participó:

—Comprendo las razones tras la decisión de no elevar la seguridad aquí. Pero no quiero arriesgar a que... haya víctimas en el equipo. Necesitamos salir de este lugar lo antes posible y viajar adonde pensamos que podemos hacer contacto con el acusado.

—Entendemos eso. Esperamos salir de aquí y dejar de darles lata —explicó Buck a sus colegas— tan pronto obtengamos ciertos informes de inteligencia.

La última cosa mencionada por Buck sugería el tema del miembro ausente del equipo, pero, no sabiendo si la gente de Adén estaba al tanto de su participación, no dije nada al respecto. Eso dependía de Buck, y él no había dicho nada sobre la CIA.

Sin embargo, quise enterarme de los planes de evacuación, aunque sospeché que ya conocía la respuesta. De cualquier modo, le dije a Doug Reynolds:

—Ed Peters nos dijo que tú nos darías los planes de evacuación.

—Ed le dice a todos los que vienen que me pregunten eso —nos confió—. Se llama Plan Álamo. ¿Hay más preguntas?

Supuse que eso resultaba bastante elocuente. Betsy Collins fue más específica:

—Si tenemos un aviso anticipado de buenas fuentes, y se puede ir al aeropuerto, contamos con recursos aéreos con capacidad de evacuarnos de aquí. O, si hay acceso al puerto, podemos encontrarnos con uno de nuestros buques, o tomar el mando de algún otro.

—Yo creo que, en efecto, tenemos un aviso anticipado sobre un ataque que se prepara —indiqué.

¿Acaso se les había olvidado?

El capitán Mac hizo caso omiso de mi sarcasmo, y en cambio nos advirtió:

—Lo peor que podríamos hacer sería destruir todo el equipo que tenemos aquí y evacuar, para entonces enterarnos de que no había tal ataque inminente. Eso nos haría quedar en ridículo.

Quedar en ridículo me parecía preferible a quedar muertos. Pero para jugar en equipo acepté:

—Suena bien.

—Cuando estuviste antes aquí, John —me preguntó Betsy Collins—, ¿cuál era el

plan de evacuación?

—Nadar de dorso.

Muchas risas; los otros locos me habían aceptado. Sin embargo, quise saber algo más:

—¿Qué se hace respecto de los huéspedes civiles del hotel? ¿Y los empleados?

Hubo un silencio largo. Al fin replicó el capitán Mac:

—Esa pregunta se la tendrías que hacer a Al Qaeda.

Ya, ya.

Buck pasó a comunicarnos las buenas noticias.

—Contamos con dos Predator en la estación veinte-cuatro-siete, haciendo un reconocimiento del área.

—¿Con Hellfire? —pregunté.

Buck asintió. ¡Qué bien! Yo acababa de volverme un gran admirador de los misiles Hellfire.

Hablamos también de la investigación sobre el atentado al *Cole* —se progresaba poco— y sobre los nuevos acontecimientos en Adén y sus alrededores. Lo más preocupante consistía en que Al Qaeda se estaba volviendo más fuerte políticamente en la región de Adén, aunque sin llegar a presentar una amenaza desde el punto de vista militar, a pesar de los cuarenta jihadistas que se encaminaban desde Marib al Sheraton. Tanto la CIA como el departamento de inteligencia de la Defensa vigilaban de cerca esa situación y mantenían a todos bien informados. ¡Qué alegría oír eso!

Al parecer, se nos agotaban los temas de conversación.

—Pues los dejamos que vuelvan a sus tareas —dijo Buck—, y si no tienen otros planes nos volvemos a ver esta noche en el bar del vestíbulo.

—Tenemos un calendario social repleto de compromisos —dijo Betsy Collins—, pero si no estamos dándonos de tiros con los de Al Qaeda, ahí nos vemos.

¡Qué graciosa!

Nos pusimos de pie y fijamos la hora de los cocteles a las 7:00 PM. Por lo menos, habíamos logrado decidir algo importante en nuestra reunión.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Buck, Brenner, Kate y yo volvimos al lugar donde había quedado el equipaje, que seguía bajo la mirada vigilante de Mike y Zamo.

—Todos ustedes pasarán aquí la noche. Estamos en alerta total. Guarden los vehículos y váyanse a dormir —dijo Brenner a Mike, antes de dirigirse a Zamo—. En cuanto a ti, puedes volver a Sana'a con el convoy. Pediremos al equipo SWAT que nos proporcione otro francotirador.

—Yo me quedo aquí —replicó Zamo, como era de esperarse.

—Bueno. Pero que te examine cuanto antes la Dra. Nolan.

En los pisos de los norteamericanos no se permitía la presencia de botones, razón por la cual agarramos nuestras maletas y nos fuimos a los ascensores.

—Todo mundo tiene un rato libre hasta las siete —nos dijo Buck—. En una hora yo estaré en la alberca.

En diez minutos yo estaría haciendo el amor con mi mujer. Cuando me disparan, me pongo caliente.

Pero Kate le dijo a Buck:

—Allá nos vemos.

A un lado de los ascensores, frente a un escritorio, un marino se encontraba sentado. Junto a él se veía un rifle M-16 y una radio de mano. Se puso de pie y fue presentado como el primer cabo Brad Schiller, que pidió ver nuestros pasaportes y documentos. Schiller verificó los nombres contra una lista y a continuación nos entregó una tarjeta de identidad de plástico blanco y rojo, sujeta por una cadenita, en la que se leía: «Embajada de Estados Unidos-Sana'a, Yemen». Del otro lado de la tarjeta había un tiro al blanco. Es broma, es broma.

—Doy aviso a los de arriba —anunció el cabo Schiller—. Bienvenidos al Paraíso. Todo el mundo era comediante.

Subimos al tercer nivel, que conforme a mi memoria estaba asignado al Equipo de Recuperación de Evidencia del FBI, el equipo SWAT del FBI, el Servicio Diplomático de Seguridad, el doctor del FBI y huéspedes de paso, casi todos de la embajada, aunque en ocasiones poco frecuentes podía haber alguien de Washington. Ese piso también contenía un salón común, en el que nos sentábamos a beber, jugar a las cartas e intercambiar quejas.

En el cuarto piso residían veinte marinos, dos en cada habitación, y ahí se ubicaban nuestras oficinas, el equipo y los almacenes. En un extremo del pasillo de ese nivel residían los colegas de la CIA y de la Agencia de Inteligencia Militar, que en general no tenían contactos fuera de sus propios grupos, lo cual hacía que todos estuviésemos más contentos. Ese piso contenía también el cuarto de comunicaciones que la CIA había forrado de plomo, en una habitación libre de muebles.

Ambos pisos constituían la avanzada norteamericana en Adén. La nariz del camello se había metido bajo la tienda. Pero si gente de la calaña del coronel Kent lograba salirse con la suya, no tardaríamos en construir un Guantánamo árabe en la costa. Pongan una llamada a la empresa constructora Bin Laden.

En el tercer piso se detuvo el ascensor.

—Yo estoy en el piso cuatro —dijo Buck—. Nos vemos en la alberca.

Al salir Kate, Brenner y yo nos topamos con otro marino, de pie junto a un escritorio sobre el que descansaban su M-16 y su radio. Nos presentamos al cabo primero Wayne Peeples, que nos orientó hacia el lado derecho. Al andar volví a verificar mi número de cuarto para confirmar que Kate y Paul no compartían habitación.

El cuarto de Paul quedaba junto al nuestro. Nos dijimos: «Al rato nos vemos» y entramos a las habitaciones.

Nuestras ventanas daban al Golfo de Adén, igual que las de la vez anterior. ¿No andarían por el piso mis calcetines?

—Es agradable —dijo Kate.

—Lo mejor de lo mejor para los Cruzados de Cristo.

Echamos las maletas y las armas sobre una de las dos camas tamaño *king size*. Le sugerí a Kate que nos acostáramos en la otra.

Ella opinó que era una magnífica idea.

Después, contemplamos los azules turquesa del agua desde el balcón. Era la misma vista que había mirado durante los cuarenta días de mi estancia en aquel hotel, y me traía recuerdos.

La forma de esa bahía, cuyo nombre era Bahía Dorada Mohur, constaba de dos riscos de piedra volcánica desnuda que se iban hundiendo en el agua.

Kate advirtió la tienda solitaria de color blanco sobre el risco del sur.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Ésa es la tienda de la que hablaba el capitán Mac —le expliqué—. Es un puesto de observación del ejército yemenita, o un sistema para interceptar comunicaciones y escuchar llamadas. En todo caso, los que están ahí dentro bajo la tienda no hacen nada por ayudarnos.

Kate asintió y desvió la mirada hacia la Roca del Elefante, que de verdad se veía como réplica exacta de la cabeza de un elefante, con todo y una larga trompa que formaba un arco de piedra hasta las rocas del suelo.

—Ésa es la Roca del Elefante —aseveré, a riesgo de repetir una obviedad.

—¿Por qué le dirán así?

Sus ojos se enfocaron sobre la camioneta pick-up estacionada en los lomos del elefante, con la ametralladora calibre .50 apuntando a nosotros.

—¿Qué es eso?

—La seguridad que nos otorga el ejército yemenita.

—¿Por qué apuntan el arma al hotel?

—Nos quieren enviar un mensaje sutilmente.

No hizo comentario a esas palabras y bajó la mirada a la terraza de piedra donde solíamos preparar y comer barbacoa por la noche e imaginar que estábamos en Hawai esperando a las danzantes del hula.

Al otro lado de la terraza, en la alberca, una docena de turistas estaban sentados o nadando, y al otro lado de la alberca se veía una playa de arenas blancas en la que seguía montada la red del volibol, aunque de momento nadie jugaba.

En la playa tampoco nadie se asoleaba ni nadaba en el mar. Vi a cuatro marinos con equipo completo en cada extremo de la playa.

El hotel había plantado pequeñas palmeras por todas partes, pero aun ellas apenas lograban sobrevivir bajo el calor extremo de la región.

—Ahora sí me hago una idea del lugar donde estuviste —dijo Kate.

—Ya, ya.

No había tomado en aquel entonces muchas fotos, y las que saqué pretendían mostrar el puerto de Adén como la asquerosa letrina que en verdad era: edificios dilapidados, niños miserables descalzos, mujeres con baltos negros y hombres armados. No abrigaba el menor deseo de que nadie creyera que había disfrutado del lugar.

—Mis cuarenta días en Dar es Salaam no fueron nada placenteros, pero no era Yemen.

—Hay un solo Yemen —le aseguré.

Hablé señalando hacia la Roca del Elefante.

—Del otro lado de esa península está el puerto de Adén, donde estaba anclado el *Cole* el 12 de octubre de 2000.

Kate asintió.

Diecisiete norteamericanos muertos; treinta y nueve heridos, algunos incapacitados para el resto de sus vidas. Aquel barco suicida nunca debió acercarse a ningún buque de guerra de Estados Unidos.

¿Qué hemos aprendido del atentado contra el *Cole*, del 11 de septiembre y de todos los demás ataques terroristas antes y después? Dos cosas que, con el paso de los años, se nos habían ido olvidando: hay que matarlos antes de que lo maten a uno, y si lo matan a uno, hay que cazarlos y aplicar una justicia mortal. A eso había ido yo.

## CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Kate deseaba ir a la alberca y yo, como buen marido que soy, dije que le haría compañía. Clare también estaba en la alberca, pero eso no influyó para nada en mi decisión.

Las habitaciones se consideraban seguras. Conforme al reglamento, guardamos los papeles en la caja fuerte, pero dejamos los rifles en el cuarto. Necesitábamos llevar con nosotros los teléfonos satelitales, las radios de mano y las pistolas, que metimos en los bolsillos de las batas de baño. Después de bajar en el ascensor al vestíbulo, salimos a la alberca.

Buck y Brenner también estaban allí, lo mismo que Howard, y todos salieron del agua, siguiendo a Clare.

Debo mencionar que el atuendo de baño para los caballeros eran pantalones cortos y una camiseta. Para las mujeres eran *shorts* largos y una camiseta larga y suelta. Eso era lo más arriesgado que uno podía ponerse en cualquier hotel o playa de Yemen. Si acaso alguien tenía expectativas de ver a Clare en bikini, se habría llevado una desilusión.

Sin embargo, Clare lucía muy bien con la camiseta mojada. La verdad es que...

—John.

—¿Sí, querida?

—Nos vamos a sentar ahí.

—Ya, ya.

Todos nos sentamos en torno a una mesa redonda bajo una sombrilla y ordenamos una jarra de té helado. No soplaban ninguna brisa desde el golfo, y hacía *calor*.

Unos cuantos turistas occidentales nadaban en el agua o se recostaban en los divanes. No había ninguno de los huéspedes del Medio Oriente en la alberca, y no habría nunca. No es que me muriera de ganas de ver a Abdul o Afiya en *shorts* y camiseta, pero sería saludable que les diera un poco de sol en la piel —vitamina D— y les convendría aprender a nadar. ¿O seré otra vez un insensible cultural?

Charlamos un poco mientras bebíamos el té helado, una de las peores bebidas jamás inventadas.

Buck, que dirigía la conversación, nos contó:

—La leyenda local afirma que las tumbas de Caín y Abel se ubican en esta ciudad, dentro del barrio de Ma'alla.

Uno de mis sargentos de Homicidios de Nueva York, el más viejo, aseveraba haber trabajado en aquel caso.

—Los yemenitas creen, además —prosiguió informándonos Buck—, que éste es el puerto desde donde se hizo a la mar el arca de Noé.

¡Qué suerte para la vida en la tierra que los atacantes suicidas no abrieran un hoyo

en el costado del arca!

Para concluir, Buck opinó:

—A los yemenitas les gusta apropiarse de historias del Nuevo y el Viejo Testamentos para situarlas en su país. También los mormones norteamericanos hacen especulaciones sobre sus orígenes en estas tierras.

¿Sí? ¿Por qué *allí*? Quizá porque lo más auténtico de Yemen consistía en que era la tierra de las mentiras y las medias verdades, como estábamos descubriendo.

—Nunca pensé que llegaría a decir algo así —confesó Buck—, pero esta ciudad estaba mucho mejor bajo el régimen comunista. Era un gobierno secular, que mantenía a raya a los fundamentalistas, con la ayuda de los rusos. Ahora que Yemen del Sur está dominado por el norte, ha retrocedido a posiciones fundamentalistas.

Hablando de cosas importantes, Clare se había puesto la bata de baño. Eso no tiene nada que ver con el resto de mi historia. ¿Por qué lo habré mencionado?

—Yo estuve aquí en enero de 1986 —relató Buck—, cuando la guerra civil de treinta días devastó a Adén. Mataron gente por millares, y yo estuve a poco de agregarme a esa cuenta.

En sus ojos apareció una expresión de nostalgia evocadora.

—La guerra de 1994 trajo una devastación aún más terrible. La ciudad fue sitiada durante dos meses. Como los sitiadores destruyeron las instalaciones para bombear agua, la gente se moría de sed.

—¿Permaneciste en la ciudad? —preguntó Kate.

—Así fue, y enviaba reportes por radio al Departamento de Estado... Tenía guardadas, previniendo la situación, reservas de cerveza Seera para varios meses —nos confesó Buck—. La cervecería Seera fue creada por los ingleses y surtía de cerveza a todo el país. Cuando los yemenitas del norte invadieron la ciudad, volaron la cervecería, los muy cabrones.

Nos reímos un poco, aunque tales historias sugerían lo que había sucedido en la ciudad en el pasado reciente. Sugerían asimismo lo que Buck Harris había experimentado en Yemen con el paso de los años. No me cabía la menor duda de que era un hombre de gran dedicación profesional. Lo que resultaba más preocupante era su profesión. Tengo reservas sobre los funcionarios de inteligencia, bajo las siglas que operen. Realizan un trabajo necesario, y siento respeto por lo que hacen, pero si uno no se cuenta como parte del grupo, puede acabar en la lista de los sacrificables, como el mismo Buck había confesado *in vino veritas*.

En relación con tal asunto, yo seguía esperando la aparición del sujeto de la CIA. Mi instinto me decía que era inminente.

Estábamos en un calor de horno, así que nos quitamos las batas y nos metimos al agua tibia de la alberca.

Yo suponía que todos teníamos pistolas y cargadores extras en las batas. Los empleados del hotel lo sabían y no se acercaban a nuestras cosas. Además, tal como recordaba por mi estancia anterior, había un francotirador de los marinos en el tejado,

vigilando la alberca y la playa. Todos los hoteles deberían contar con un francotirador en el techo. Eso ayuda a la relajación.

Después de una media hora de retozar en el agua, sugerí un juego de volibol de playa.

—Cuando estuve aquí la otra vez —admití—, me volví muy bueno en este juego.

Nos llevamos las batas a la playa, las colgamos del poste de la red y formamos equipos: Buck, Clare y yo contra Brenner, Kate y Howard.

Jugamos un partido de cinco juegos, y al parecer yo era el único que sabía jugar. Mi equipo barrió los tres primeros juegos, y yo fui el mayor anotador, claro. No en balde había jugado a esa bobada durante cuarenta días. Por eso lo había sugerido.

Pude observar que Brenner era un jugador competitivo y mal perdedor. Igual que yo: por eso participo en juegos donde puedo ganar.

Buck nos sugirió dar un paseo por la playa. Pedimos a uno de los marinos que nos cuidara las espaldas, las batas y las pistolas, y nos acercamos al agua. Como ya he dicho, estar desnudo en una playa yemenita significa que uno no trae las armas puestas.

—Quiero nadar —anunció Howard—. ¿Quién quiere venir conmigo?

Me era imposible resistir hacer un chiste viejo:

—¿Ya saben por qué los tiburones no se comen a los abogados? Por cortesía profesional.

Pese a la antigüedad del chiste, los hizo reírse. La proximidad inmediata del abogado y los tiburones resultaba graciosa.

Brenner, por supuesto, aceptó el desafío, y yo también, pero Kate dijo:

—John, no quiero que te metas al mar. Ni tú ni nadie más.

—Es muy peligroso —declaró Buck.

Bueno, no se necesitaba más estímulo. Howard, Brenner y yo corrimos hacia el agua y nos zambullimos. El golfo estaba en calma, el agua salada facilitaba flotar y la marea bajaba, así que era fácil nadar, aun con el peso de los pantalones cortos y las camisetas empapadas.

A unos cien metros de la playa vi de pronto dos aletas dorsales de color gris. ¡Santa cacarrucha!

—A lo mejor son delfines —manifestó Howard con incierta esperanza.

—Cuéntales el chiste del abogado, y cuando se rían podemos ver si tienen los dientes afilados.

Giramos para ir hacia la orilla, donde estaban Buck, Kate y Clare con el agua a la cintura, contemplándonos romper todos los récords de velocidad de nado.

—¿Tiburones? —preguntó Buck.

—No les pregunté qué eran —repuse.

Todos salimos hacia la playa. Kate estaba enfadada:

—¡No hemos venido desde tan lejos, sobreviviendo a una emboscada, para que tú vayas y te coman los tiburones!

—Sí, querida.

Era probable que Brenner repensara su enamoramiento de Kate. La regla que yo sigo es que cuando uno quiere ser amante de una mujer casada, hay que observar primero cómo trata a su marido.

Entre todos decidimos que la alberca era más segura. Antes de empezar a regresar andando por la playa, noté que Buck observaba a un sujeto a unos diez metros, junto al borde del agua, que fumaba un cigarro y miraba el mar.

Tuve la impresión de que Buck lo conocía, y que ya sabía que iba a aparecer ahí.

—Es mejor que ustedes se adelanten —dijo Buck a Clare y Howard—. Los alcanzaremos al rato.

Por fin íbamos a conocer al último miembro del equipo.

## CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

El hombre lanzó la colilla del cigarro al agua y se puso a andar hacia nosotros.

Parecía tener algo más de treinta años, de altura mediana, y era muy esbelto, aunque daba la impresión de haber sido más gordo en otro tiempo. Iba descalzo, con pantalones blancos de algodón y una camisa desabotonada con estampa tropical de flores verdes.

Tenía el pelo largo y lacio. El sol saudita le había tostado la piel hasta dejársela casi negra, pero en cambio su pelo estaba desteñido y era casi blanco. Las cejas también se las había blanqueado el sol. Cuando se nos acercó, vi que tenía los ojos de un azul raro, casi artificial.

A primera vista se le clasificaría como un vago de playa o un aficionado a surfear. Si se le miraba con más atención, se descubriría un hombre que llevaba demasiado tiempo en esas latitudes; un occidental que no se había adaptado a los nativos, sino a alguna otra realidad.

Buck salió a su encuentro y se dieron la mano. Oí que el hombre le hablaba.

—Qué gusto verte de nuevo —le dijo, con una voz igual de plana que su aspecto, aunque lograba forzar una sonrisa.

Brenner, Kate y yo alcanzamos a Buck, que nos presentó a Chet Morgan. Él, por supuesto, ya sabía quiénes éramos, y por nuestra parte nos dábamos cuenta de quién era a fin de cuentas el hombre de la CIA, aunque Buck no mencionase la filiación de *Mr. Morgan*.

Le dio primero la mano a Kate.

—Qué bien que hayas podido venir —le dijo. Enseguida pasó a Brenner—: Buen trabajo en la carretera —lo felicitó.

—Gracias por los Hellfire —repuso Brenner.

No reaccionó a la gratitud de Paul. Al darle yo la mano, me dijo:

—Gracias por venir aquí.

¡Qué extraño! Y quiero asentar aquí que al darme la mano, más que estrechármela me la jalaba. Piel fría. Quizás era un muerto.

Chet, que así quería que se le llamara, nos sugirió andar por la playa. Nos echamos a andar en la dirección de la Roca del Elefante.

Chet no había dicho nada sobre hablar al andar, así que anduvimos en silencio, como un grupo de viejos camaradas disfrutando de la tarde en la playa. Le eché un vistazo a Buck, quien se mostraba sumiso, cosa rara en él.

Chet encendió otro cigarro.

A mí no me importaba un pito si este tipo no volvía a abrir la boca, pero Brenner rompió el silencio con la pregunta más convencional:

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde el *Cole* —replicó Chet.

Por lo tanto, unos tres años y medio. Eso explicaba que fuese un bicho raro, aunque Buck llevaba mucho más tiempo en Yemen, y era hombre normal. Tal vez después de pasar yo varios meses en Yemen, Chet me parecería normal también.

Por ser policía me es fácil percibir a alguien bajo los efectos de una sustancia controlada; se me ocurrió la idea de que Chet se encontraba bajo la influencia de algo, tal vez khat. Era posible, por ende, que la Brigada A contara con un drogadicto a bordo. ¡Genial! Eso me quitaba un peso de encima.

Brenner, con todo y ser él mismo hombre de pocas palabras, se encontraba incómodo junto a un hombre de ninguna palabra. Lanzó una pregunta a Chet:

—¿Hay probabilidades de que nuestro objetivo haya sido muerto en acción durante la emboscada?

Chet chupó su cigarro y dijo:

—No lo creo. Los rumores lo sitúan en Marib.

Supuse que iríamos a Marib para acabar con los rumores.

—¿Creen tú o tu gente que el ataque contra el convoy afecta las posibilidades de la misión?

—No he escuchado nada al respecto —replicó Chet—. Pero es buena pregunta. Creo que conviene que nos movamos lo antes posible, antes de que a alguien en Washington se le ocurra preguntar lo mismo.

Ya, ya. Lo de siempre, el choque sempiterno entre los halcones de la guerra y las palomas de la paz: los que tienen huevos contra los que no los tienen, igual que en los tiempos de la Guerra Fría. El Pentágono, el Departamento de Estado, las organizaciones de inteligencia y la Casa Blanca tenían cada uno su propia y diferente agenda. Los únicos que tenían clara su agenda eran los terroristas.

—Pero —objetó Kate— ¿por qué podría objetar nadie en Washington capturar a la Pantera?

—Porque se presentan cuestiones legales —respondió Chet—, y también diplomáticas.

Ya, ya. Los yemenitas tenían la absurda noción de que ejercían soberanía sobre su suelo. Además, la demanda del papá y la mamá. Era posible que nos expulsaran de Yemen por usar cohetes Hellfire. Le pregunté a Chet:

—¿Con qué rapidez crees que haya que movernos?

—Tal vez esta noche. Este lugar pudiera no ser seguro —añadió.

¿Cuándo era seguro este lugar?

Seguimos andando por la playa, pasando junto a la patrulla de marinos, y llegamos al lado de la Roca del Elefante, que se alzaba sobre el golfo.

Una media docena de lanchas de pescadores flotaban ancladas o amarradas en aguas poco profundas. Chet se metió al mar acercándose a una de ellas. Supuse que tendríamos que seguirlo.

Se trepó a un bote de madera de unos siete metros de largo, con motor fuera de

borda. Buck lo siguió. Kate, Brenner y yo acabamos por hacer lo mismo, después de intercambiar una mirada entre nosotros.

Chet soltó las amarras, metió la llave de encendido, abrió el paso de gasolina y tiró de la cuerda de arranque. El motor se prendió y nos pusimos en camino. Pero ¿en camino hacia dónde?

El único asiento en esa lancha abierta estaba junto al motor, y ahí se sentaba Chet, que llevaba el timón. Los demás nos acomodamos sobre cubetas de plástico boca abajo. El bote apestaba a pescado y teníamos que meter los pies descalzos en unos diez centímetros de agua sucia.

No quería quejarme, pero el sol me quemaba la piel, y pude ver que Buck, Kate y Brenner iban tomando tonos de langosta. Otra preocupación más inmediata consistía en que habíamos dejado nuestras pistolas y equipos de comunicación en la playa.

Concluí que Chet Morgan estaba loco. ¡Y nosotros lo seguíamos! Eso no significaba que también estuviéramos locos, sólo que éramos estúpidos.

Algunas rocas sobresalían del agua. En una de ellas estaba parada una gaviota grande, blanca y negra. Cuando estábamos a unos quince metros de la roca, Chet metió la mano bajo la camisa, se sacó de la rabadilla una Glock calibre .40, apuntó al pájaro y le disparó una ronda. Kate, que no había visto a Chet sacar la pistola, se sobresaltó, y los demás quedamos atónitos. Chet se enfureció porque no le había dado a la gaviota, que se fue volando.

—Para acertar siempre —dije, con la idea de hacerlo sentirse mejor—, hay que disparar primero y decir que el blanco era adonde pegó la bala.

Chet no me hizo caso. En cambio, nos informó:

—Ésa era una gaviota de las que llaman bobo enmascarado. No es especie en peligro de extinción.

—Ni lo será nunca si le disparan como tú.

Pensé que a lo mejor Chet me dispararía a mí, pero se rio; una risa de verdad, que casi me hizo creer que no estaba loco. Comentó:

—A una gaviota de ojo blanco no le dispararía nunca. Ésas sí que están en peligro de extinción. Y traen buena suerte.

Lo que digas, Chet. Mejor guarda la pistola, pensaba yo.

Pero no la guardó, sino que la depositó en el banco, a un lado. Por lo menos, uno de nosotros estaba armado. El problema consistía en que el de la pistola era el loco.

Chet miró a la Roca del Elefante y seguí sus ojos. Los tipos del ejército yemenita en la camioneta habían girado su pesada ametralladora en nuestra dirección. Uno de ellos nos miraba con sus binoculares.

El comentario de Chet fue:

—Se ponen inquietos cuando oyen disparos.

Igual que yo, dije para mis adentros.

—Si nos da tiempo, los llevaré a pescar tiburones. Casi todas las veces que salgo de pesca he tenido buena suerte —ofreció, y luego sonrió a Brenner y a mí—. Los

tiburones estuvieron a punto de tener suerte con ustedes dos.

Soltó una carcajada.

Ahí nos hallábamos, en una lancha pequeña con un psicópata armado. ¿Qué hacía yo para merecer situaciones como ésa? Debería revisar mi contrato.

Miré a Brenner, de quien yo sabía que pensaba lo mismo que yo estaba pensando. Kate también se mostraba un poco insegura respecto de *Mr. Morgan*, pero el historial de ella demostraba tendencias a dar el beneficio de la duda a los locos de la CIA. Hasta un cierto punto. Llegada al punto, los mataba. Bueno... por el momento llevaba sólo uno.

Buck tenía una sonrisa boba en la cara. Su tolerancia sería más generosa ante conductas irregulares cuando se tratase de sus colegas y sus pares. En parte por el acento de colegio particular, sentía que Buck y Chet habían ido a las mismas escuelas y venían del mismo estrato social. Chet sería el hermanito travieso de la fraternidad, siempre metido en casos de doble secreto, al que todos amarían, siempre y cuando no matara a nadie. Con la vida y los años, sin embargo, las cosas ya no eran iguales, y lo que antes fue estrambótico y divertido se había vuelto otra cosa.

Además, éstos de la CIA gustaban de cultivar comportamientos excéntricos, que luego incorporaban a las leyendas que iban creando sobre sí mismos. Querían que sus colegas relataran historias donde ellos fueran los protagonistas, narraciones sobre sus originales fogonazos.

El ya mentado amiguito de Kate, Ted Nash, era paradigma de todo eso. Pero ya había muerto, y no es correcto vituperar a los difuntos, aunque hayan sido unos cabrones. Otra cosa me mereció consideración: ¿habría conocido Chet Morgan a Ted Nash? Era probable. Pero la ocasión no se prestaba para indagarlo.

De cualquier manera, Chet Morgan había puesto en escena su entrada a la función; en el mundo del teatro dicen que si aparece una pistola en el primer acto, entonces es menester que sea disparada antes de que caiga el telón.

Rodeamos la península, y desde ahí Chet enfiló hacia el centro del embarcadero del puerto de Adén. Yo sabía adónde nos llevaba.

Navegamos de cara al sol poniente durante unos diez minutos, después de lo cual Chet apagó el motor y, sin echar el ancla, lo dejó a la deriva.

—Aquí —anunció Chet— es donde estuvo anclado el *Cole*.

Le informé:

—He estado en este lugar.

Movió la cabeza, asintiendo. Casi todos los participantes en el caso *Cole* habíamos sido llevados al lugar donde diecisiete marineros norteamericanos habían sido asesinados.

Chet encendió otro cigarro y fijó la mirada en el azul del agua.

—El buque *USS Cole* —relató—, un destructor de la Marina bajo el mando del comandante Kirk Lippold, ingresó al puerto de Adén con el fin de abastecerse de combustible, una operación de rutina. El buque echó amarras a las nueve y media de

la mañana, y a las diez y media se inició el abastecimiento de combustible.

Todos sabíamos eso, pero había que empezar por el principio.

—Como a las once y veinte —prosiguió Chet—, una pequeña lancha, similar a ésta, se aproximó a babor del destructor. Uno o dos minutos después, esa lancha explotó, haciendo un hoyo de trece por trece metros en el casco del buque acorazado. Se ha calculado que se usaron entre doscientos y trescientos cincuenta kilogramos de TNT y RDX. ¿Dónde diablos consiguieron semejante cantidad de explosivos de alto grado?

La pregunta era retórica. En estos días se conseguían casi en cualquier lugar. La cuestión en realidad se centraba en dos sujetos de Al Qaeda que habían despertado esa mañana sabiendo que morirían en pocas horas. Cargar la lancha con los mismos explosivos que poco después los matarían fue trabajo pesado. Lo siguiente fue conducir a pleno sol la lancha al centro del embarcadero. Yo los visualizaba: ambos mirando las gaviotas que volaban arriba; trataba de imaginarme lo que se habían dicho o lo que estarían pensando en los minutos finales de sus vidas.

—Un acto de guerra asimétrico —declaró Chet—. Una lancha pequeña, igual a ésta, comprada por unos cientos de dólares; a bordo, dos sujetos que ciertamente no necesitaron adiestramiento militar lograron inhabilitar un buque de guerra de seis mil ochocientas toneladas, que costó mil millones de dólares, dotado con la tecnología más avanzada, construido para vencer a cualquier barco de guerra enemigo. Cualquiera, sí, menos al bote que los atacó.

Arrojó la colilla al mar.

—¡Una sorpresa del carajo! —exclamó Chet—. ¡Un ridículo del carajo!

Una verdad del carajo, dije para mis adentros.

—Pero ¿cómo pudieron lograr lo que hicieron? —preguntó Chet y se apresuró a responder él mismo—: La causa hay que buscarla en la nueva redacción de las reglas de batalla de la Marina, llevada a cabo por algún comité salido de las entrañas del Pentágono, compuesto por geniecitos políticamente correctos, de éstos que no tienen huevos.

Otra verdad. Lo peor era que la tripulación y el comandante del *Cole* habían obedecido esas reglas de batalla. Yo jamás habría podido hacer eso. Pero no soy militar.

Chet reanudó su historia.

—Por siglos, los reglamentos navales respecto de rechazar a un buque que se aproximara exigían primero identificarse por señales o de viva voz. Si el buque seguía acercándose, se daba la alarma para ocupar puestos de combate y se disparaba un cañonazo que pasara junto al puente de mando. Si el avance persistía, se abría fuego a discreción hasta hacerlo añicos. El *Cole* no hizo ninguna de esas cosas, aun cuando se consideraba que Adén era un puerto hostil. Permitieron que una nave no identificada se colocara junto a su casco y detonara una potente bomba. ¿La razón? Fue por esto: las leyes reconocidas de navegación marítima fueron alteradas por

considerarse políticamente incorrectas.

Pensé en que la única buena noticia al respecto consistía en que la Marina revisó sus nuevas reglas de combate después de sufrir diecisiete bajas en el ataque al *Cole*, así como el resto de nosotros reevaluamos las reglas de la guerra después del 11 de septiembre. En cuanto al pobre comandante Lippold, quedó del todo exonerado de culpa —no había hecho sino obedecer un reglamento estúpido—, pero oficiosamente su carrera concluyó ahí: no se le concedió el ascenso y se retiró. Apuesto que él daría lo que fuese por volver a vivir esos diez minutos y tomar otras decisiones.

Chet reanudó su narrativa:

—No es que nuestros enemigos fueran las lámparas más brillantes de la habitación, pero sólo tuvieron que acertar una vez. Nosotros, en cambio, estamos obligados a acertar cada vez.

Chet encendió otro cigarro y miró hacia Adén.

—¿Ven ustedes aquel edificio marrón de apartamentos en el cerro? La mañana del atentado había ahí cinco operadores de Al Qaeda. Su tarea consistía en subir a la torre del reloj del al-Tawahi y registrar la explosión en video.

Miré la torre: un edificio victoriano construido por los ingleses hacía más de cien años. Yo me había encaramado a la torre; desde ahí se veía el puerto. Pero los sujetos con la cámara de video nunca contemplaron esa vista.

—Por desgracia —agregó Chet—, esos idiotas se quedaron dormidos en el apartamento y se perdieron el espectáculo. Unos absolutos idiotas. Pero hasta los idiotas tienen suerte de cuando en cuando. En mi anterior viaje, yo también había estado en aquel apartamento, que ya había sido sellado como de acceso restringido. Tal vez seguía siendo área restringida. No era fácil creer que los cinco jihadistas estaban durmiendo al llegar el gran momento. ¡Jodidos del todo! Era seguro que dormían la mona después de una gran sesión de mascar khat. Sin embargo, como acababa de decir Chet, hasta los pendejos tienen suerte a veces, y a los dos sujetos del bote la suerte los había favorecido mucho —si puede considerarse un favor de la suerte hacerse volar en pedazos—, con un poco de ayuda del Pentágono.

La deriva nos arrastraba hacia afuera del puerto. Soplaban una brisa desde la tierra que también contribuía a empujarnos hacia el golfo abierto. En torno nuestro flotaban varias docenas de botes de pesca. Era probable que los pescadores, al igual que casi todos los hombres de Yemen, trajeran consigo sus AK-47. No es que eso me preocupara, pero no me gusta correr riesgos innecesarios. A Chet esto no parecía preocuparle; quizá tuviera algún apoyo ahí sobre el mar. O, de lo contrario, estaba loco, tal como sospechaba yo. Además, era arrogante.

—El lugar del casco donde los jihadistas detonaron sus cargas explosivas correspondía a la galera donde los miembros de la tripulación se estaban formando para recibir su almuerzo. Por esa razón hubo diecisiete muertos y treinta y nueve heridos.

Hizo una pausa en actitud pensativa antes de observar:

—Por lo visto, los de Al Qaeda sabían no sólo dónde se ubicaba la galera, sino también a qué hora se servía el primer turno del almuerzo.

Me puse a pensar en eso. Una aglomeración de cien o más tripulantes dentro de la galera, esperando el almuerzo. Al otro lado del casco acorazado, mientras tanto, flotaba una lancha cargada con trescientos cincuenta kilos de explosivos. La cuestión era si Al Qaeda o la Pantera estaban en posesión de esos datos sobre el lugar y la hora para ejecutar la explosión. O si, como tantos otros de sus éxitos, había sido pura suerte a ciegas.

Chet llegaba al final de su informe.

—La tripulación luchó por parar la entrada de agua, y antes de caer la noche el daño estaba controlado. Los buzos inspeccionaron la quilla y no encontraron daños, así que el barco de mil millones de dólares podía ser reparado. Por no tener base militar en esta parte del mundo, el *Cole* estuvo abandonado a su suerte por un tiempo. Una fragata de la Armada Real, el HMS *Marlborough*, acudió a máxima velocidad para ofrecer auxilios médicos, entre otros. Once de los marineros con heridas más graves fueron evacuados por ambulancia aérea hasta el Hospital Francés de Djibouti para ser intervenidos de emergencia, antes de que se los llevaran a un hospital militar de Estados Unidos en Landstuhl, Alemania. Por fortuna, no murió ninguno de los treinta y nueve heridos, aunque varios de ellos quedaron incapacitados de por vida.

Ninguno de nosotros supo qué decir. En ese instante, Chet nos sorprendió a todos:

—Recemos una plegaria silenciosa por los muertos y los heridos —pidió, inclinando la cabeza.

Los demás seguimos su ejemplo y oramos en silencio.

Yo no sirvo para esas cosas, pero rogué que los dos jihadistas suicidas estuviesen ardiendo en el infierno, con el pito desintegrado y sin vino ni sexo en el Paraíso, amén.

—Amén —dijo Chet a su vez. Encendió el motor y nos enfilamos de regreso.

Me quedé mirando a Chet Morgan, cuyos vidriosos ojos azules miraban al espacio. O bien este hombre era de verdad bueno en su oficio, o estaba loco de verdad. En cualquiera de los casos, uno precisaba no perderlo de vista ni un momento.

## CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Chet abrió el acelerador y avanzamos a toda velocidad hacia la Roca del Elefante, contorneando la península.

Cerca de la lancha y por todas partes flotaban aletas dorsales. De haber estado solos Kate y yo con Chet y su Glock tal vez me hubiese preocupado un poquito. Pero me serenaba pensando en que ella y yo habíamos venido para ser cebo de pantera, no carnada de tiburón.

Para seguir hablando a su audiencia cautiva, Chet dijo:

—Se acordarán de que no estuvimos seguros de la responsabilidad de Al Qaeda por el ataque al *Cole*. Eso pasó antes del 11 de septiembre, y Al Qaeda no era sino uno de los muchos grupos terroristas que daban problemas por aquel entonces.

Ya, ya. Al Qaeda nunca se adjudicó la responsabilidad por el atentado. En el mundo árabe, sin embargo, lo que se decía en la calle era que Al Qaeda estaba tras el ataque contra el *Cole*. El poder de reclutamiento de Al Qaeda había aumentado a partir de ese punto y vuelto a incrementarse después del 11 de septiembre.

—En agosto de 2001 —precisó Chet—, justo antes del 11 de septiembre, más o menos en los días en que *Mr. Corey* andaba por acá, logramos identificar a Bulus ibn al-Darwish, al-Numair, la Pantera, como uno de los tres responsables del atentado. A partir de ese hallazgo, empezó a tener sentido la indagatoria. ¿Quién sino un norteamericano pudo haber concebido esto, para luego organizarlo y ejecutarlo con tal perfección? ¡La mayoría de los jihadistas son demasiado estúpidos para siquiera *pensar* en algo así, y su ineptitud les impide llevarlo a cabo!

En parte, yo estaba de acuerdo con eso, pero comenté:

—Algunos altos mandos son listos y sofisticados.

—Es cierto —replicó Chet—, pero tras un ataque como éste se aprecia una mente educada en Occidente. No es alguien como Bin Laden, con su mentalidad provinciana de fundamentalista desorientado, un filósofo de dos centavos al que se le va la cabeza a las nubes, cuando no la tiene metida en el culo.

Ese punto de vista sonaba interesante, y tal vez fuese verídico. Al menos, era lo que pensaba la CIA.

—No, esto fue obra de alguien que nos conocía —argumentó Chet—. Alguien que incluso estaba al tanto de esa idiotez de las reglas de batalla marítima, alguien que pudo tener informes sobre la estructura del *Cole*, sobre la fecha y la hora en que el buque echaría anclas en el puerto de Adén, la hora de abastecimiento de combustible y de los turnos del almuerzo. Alguien, además, que entendía el impacto psicológico de un ataque sobre un barco de guerra norteamericano con un gran número de bajas de marineros. Este cabrón, Bulus ibn al-Darwish, abriga un odio enorme a Estados Unidos. El atentado expresa su aborrecimiento: una humillante

patada en los huevos.

Nada que argumentar a eso. Podría añadirse que Chet Morgan abrigaba un odio enorme, también. Supongo que todos compartíamos un sentimiento de odio, sólo que Chet por lo visto se lo tomaba más personalmente que los demás. O sea: se supone que no debemos entrar al juego del odio, pues se nubla el juicio y se yerra en la ejecución. Es preciso mantener la frialdad. Casi toda la gente que se dedica al oficio tiene tanta frialdad que es ya de sangre fría.

Chet llevaba mucho tiempo allí, sin embargo. Debía sentirse frustrado, bajo presión para obtener resultados. Además, tenía más información que nosotros sobre la Pantera, incluido un perfil psicológico de ese cabrón. En algunas investigaciones que se prolongan a lo largo de mucho tiempo, el oficial a cargo del caso desarrolla una obsesión respecto del fugitivo; comienza a considerarlo causa de todos sus problemas. Es algo complejo, y yo he estado bajo su influencia. Otra cosa me llamaba la atención: Chet, que se presentó al principio como un hombre agotado, se animaba de pronto, como si hubieran encendido un interruptor. A lo mejor era el khat haciendo efecto. O el odio.

—Ese atentado —sentenció Chet— todavía no ha sido totalmente vengado. Pero lo será. Esos cabrones, incluyendo a *Mr. al-Darwish*, aprenderán que deben pagar el precio.

—Eso ya lo saben —le aseguró Kate—, y están a punto de pagarlo.

—Y nosotros a punto de hacerles seguir pagando.

Chet era hombre vengativo, buen rasgo de carácter en lo que a los terroristas concerniera, pero tal vez menos bueno respecto de la historia de *Ms. Mayfield* rompiéndole la cabeza a un colega de Chet. Pero eso era tema aparte, no para incluirlo en el orden del día.

No sentía certidumbre de haber logrado percibir del todo a ese sujeto, pero con seguridad Buck sabía todo sobre él, aunque Buck no siempre compartía sus conocimientos.

Según acababa de decir, Chet había estado allí desde el ataque contra el *Cole*, aunque yo no me acordaba de él. No obstante, los espías entraban y salían, volando a Sana'a, Djibouti, Omán, Qatar, Bahrain y Arabia Saudita. Aunque estuvieran en el Sheraton de Adén eran casi invisibles. Una mística que les venía con el oficio.

Ha de ser un trabajo de mucha soledad. Yo solía comparar a los agentes de la CIA con vampiros que se juntan sólo con otros vampiros y no tienen amigos humanos. Eso ya no me parece correcto. Tal vez les tenga envidia a los de la CIA.

Chet quería seguir contando su historia del incidente del *Cole*.

—Los primeros agentes del FBI que enviaron a Yemen en respuesta al atentado se encontraron en un ambiente de lo más hostil. Fueron recibidos en el aeropuerto de Adén por soldados que les apuntaban con sus AK-47 en cuanto bajaron del avión.

Hizo una breve pausa y nos confesó:

—Yo acompañé al FBI ese día, y les aseguro que creí que íbamos a darnos de

tiros ahí mismo en la pista de aterrizaje. ¡Cabrones de mierda!

¡Vaya! Otro norteamericano feo a quien no le gustaban los yemenitas. ¿Cómo ganar la guerra al terrorismo si no éramos capaces de conquistar el corazón, la mente y la confianza de nuestros aliados islámicos? ¿Verdad? O sea, eran en verdad unos cabrones de mierda, pero eran *nuestros* cabrones de mierda.

Además, no me cabía la menor duda de que Chet se había atemorizado mucho cuando un montón de tipos del ejército yemenita lo habían asediado, amenazándolo con armas de altísimo poder. Cuando uno se ha dejado atemorizar por algo o alguien, pasado el trance aparece una rabia enorme. Uno necesita redimir su masculinidad: hay que matar. Pasa lo mismo en las calles malas de Nueva York. Tal vez eso fuera un factor para él.

—Los oradores del parlamento yemenita —retomó Buck su relato— convocaban a la jihad contra Norteamérica, como si nosotros fuésemos los criminales, y esto se transmitía en vivo por radio y televisión todos los días. La mayor parte de los estadounidenses que residían en Yemen, turistas, trabajadores petroleros y gente de negocios, se marcharon rápidamente del país.

Hizo una breve pausa, que Buck aprovechó para informarnos:

—La embajada fue puesta en clausura, y todo el personal que no era indispensable fue enviado a Omán o Riyadh.

Chet expresó asentimiento y volvió a su historia.

—El gobierno yemenita nos enviaba mensajes contradictorios. Autorizaba la entrada de nuestro personal, pero nos amenazaba en cuanto pisábamos tierra.

—Había confusión y pánico —explicó Buck— dentro del gobierno.

¿Cuál? ¿El nuestro o el de ellos?

Chet pasó a contar otra historia de terror, una que ya había oído yo en el viaje anterior.

—Le dieron al equipo de investigación de Estados Unidos dos pisos del Sheraton, pero una noche el hotel se vio rodeado por varios centenares de hombres ataviados en ropaje tradicional, aunque venían en *jeeps* militares y cargaban armas militares, por lo cual supimos enseguida que se trataba de soldados yemenitas, y quizás hombres de la OSP, todos bajo disfraz.

Se quedó un momento en silencio, sin duda recordando aquella noche.

—Organizamos posiciones de defensa en el tejado y en la planta baja, y no permitimos salir del hotel a los huéspedes árabes —añadió—. Quedaban unos cuantos turistas occidentales en el hotel, y como les daba miedo irse les entregamos armas de mano para que se defendieran, llegado el caso. Pensábamos que esa noche nos moriríamos... El oficial a mando de los marinos dio una sola orden: *Llévense a todos los que puedan*.

Ya, ya. Nada de rendirse. Nada de rehenes norteamericanos. Y cuando yo había residido en el Sheraton, la orden seguía vigente: llegado el caso, *llévense a todos los que puedan*.

Nadie dijo una palabra por un rato, mientras la lancha se aproximaba a la playa del Sheraton. Yo miraba a Kate, quien se estaba formando una nueva idea de la situación que debía encarar, y a lo mejor también sentiría más apreciación hacia su marido, que se había pasado un mes en un lugar tan peligroso. No todo fue jugar al volibol en la playa, querida mía.

Para Buck y Brenner las historias de Chet no eran nada nuevo, pero sin duda tenían el efecto de reforzar su resolución para llevar la empresa a cabo y salir de ahí como quien lleva el diablo. En toda misión de peligro llega un momento en que uno se da cuenta de haber usado ya la dosis de suerte. Buck, Brenner y Chet habían sobrepasado ese punto, pero por fin tenían un objetivo a la vista, a unos cientos de kilómetros de allí, en Marib.

—Al amanecer —volvió a sonar la voz de Chet— habían desaparecido todos los cabrones que rodeaban el edificio. Recibimos órdenes de abandonar el hotel, y nos transportaron por lancha a navíos de Estados Unidos anclados en el puerto. Dos días después, el gobierno yemenita declaró que se podía volver al Sheraton en condiciones de seguridad, por lo cual tomamos helicópteros de la Marina que nos llevarían a la playa. Cuando íbamos de camino, los helicópteros detectaron por radar lanzadores SA-7 de misiles de tierra a aire; en esas circunstancias, los pilotos descendieron al nivel del mar, y desembarcamos metiéndonos al agua, listos para abrirnos paso a disparos.

Miró el agua y la playa a la que nos aproximábamos como si le trajeran recuerdos, y continuó:

—Sin embargo, ya no había fuerzas hostiles en la playa. Pienso que tal vez los militares yemenitas creyeron que al detectar los misiles por radar los helicópteros se darían vuelta. Cuando persistimos en avanzar se largaron de ahí. Fue de esa manera que recuperamos esos dos pisos de mierda del Sheraton, y desde entonces no nos hemos movido del lugar.

Ya, ya. *Mr.* Chet Morgan, hijo privilegiado de una superpotencia, había tenido mucho tiempo desde entonces para pensar en la pésima acogida que le había brindado Yemen. Él venía a ayudar —no en realidad, pero oficialmente sí—, y los yemenitas le habían dado un trato de mierda y habían amenazado con matarlo. Él no se iría del país hasta emparejar el marcador. Por supuesto, como ya había enloquecido ni siquiera la terapia del M-16 le devolvería la felicidad, pero de algo le serviría.

Chet dio remate a su informe de contexto.

—Esas semanas después del atentado contra el *Cole* transcurrieron en una atmósfera surrealista... Era una comedia de pastelazos, con el gobierno y los militares yemenitas corriendo de un lado a otro, diciendo «Welcome Americans» y «Yankee go home», como los payasos que son en verdad. Un país del todo disfuncional.

Como recién había declarado Betsy Collins, disfuncional sería una mejoría.

Estábamos a unos cien metros de la playa, y Chet le bajó al acelerador y fue

sorteando algunos bancos de arena hasta volver al lugar cercano a la Roca del Elefante.

Había muchas gaviotas en las rocas, pero esta vez Chet las dejó en paz. Les enseñó, en cambio, el dedo a los sujetos del ejército yemenita que manejaban la ametralladora. Chet necesitaba unas clases de manejo de ira.

Al maniobrar el bote, rememoró:

—En los viejos tiempos de diplomacia de fragatas, si uno de estos paisuchos de mierda atacaba a ciudadanos occidentales, se reunía una flota naval que bombardeaba el puerto hasta dejarlo en escombros. En la actualidad... ¡bueno!, los más primitivos cabrones del mundo se están saliendo demasiado con la suya. Pero llegará el día de ajustarles las cuentas.

Hizo otra de sus pausas meditativas antes de continuar.

—De hecho, desde el 11 de septiembre, cada día que pasa se ajustan cuentas. Y en lo que se refiere a *Mr. Bulus ibn al-Darwish*, traidor a su patria y asesino en masa, su día está por llegar.

Eso esperaba yo. De algo no me cabía la menor duda: llegaría el día del ajuste de cuentas en Yemen, pero no estaba del todo seguro de a quién se le ajustarían.

## CAPÍTULO CINCUENTA

Llegó la hora, y Kate y yo nos unimos a los colegas en el bar del hotel. Chet Morgan no hizo acto de presencia, pero nos conminó a reunirnos con él en la ISIS a las 10:00 PM, para revisar el plan de operaciones.

Después de dejarnos en el agua a más de un metro de profundidad, Chet se había quedado en su lancha. De ahí volvimos a la alberca del hotel, donde Howard y Clare cuidaban nuestras cosas y se dedicaban, por lo visto, a conocerse un poco mejor.

Tanto Howard como Clare exhibieron suficiente discreción al no preguntar nada sobre el nuevo amigo de la playa, pero Clare expresó que se había preocupado al ver que tardábamos tanto en regresar. ¡Me tenía cariño del bueno!

Después, Kate y yo fuimos a la habitación con la finalidad de darnos una ducha y vestirnos para cenar y para emprender un viaje a Marib más tarde, según había sugerido Chet. Una vez que las cosas empiezan a rodar se mueven con creciente rapidez, y era preciso mantenernos un paso por delante de los terroristas y dos pasos por delante de Washington.

Kate y yo hablamos un poco sobre *Mr. Chet Morgan*, funcionario de la Agencia Central de Inteligencia. Le confié mis sospechas en torno a los hábitos masticadores de Chet. Lo pensó un poco, pero expresó incertidumbre, de modo que no insistí.

No quise compartir con Kate mis opiniones sobre Chet respecto de su locura o sus motivaciones. Lo que sí dije fue:

—Es hombre intenso, me parece. Cuando no se ausenta.

—Lo que pasa —replicó Kate— es que tienes prejuicios respecto de la Agencia.

¿Quién, yo?

El caso es que Kate se reservaba el dictamen sobre Chet. Por desgracia, necesitábamos tomar rápidamente la decisión de ir con semejante desequilibrado a buscar a la Pantera en Marib.

También quise abordar con delicadeza el asunto de su complicada relación con Ted Nash.

—Hay que preguntarle a Chet si conoció a Ted, y qué emociones se asocian a tu encuentro final con aquel difunto.

Durante unos momentos Kate no dijo nada. Al fin habló:

—Yo me encargo de hacer eso.

En realidad, yo ya me había decidido a abordar el asunto, pero sólo asentí:

—Está bien.

Llegamos al bar, a echar un trago con nuestros colegas, incluyendo a los hombres del SDS de Sana'a y a casi todos los del equipo de Adén, con la excepción de los veinte marinos, que estaban de guardia.

Desafortunadamente, por causa de la alerta y del posible viaje a Marib, el menú

seguía sin incluir alcohol. El barman mezclaba bebidas de frutas en una licuadora. Pedí un licuado de mango. Estaba asqueroso.

En cambio, la conversación se puso buena, hablando de hogar, familia y muchas otras cosas excepto la guerra al terrorismo. Nadie aludió a los cuarenta combatientes de Al Qaeda que se encaminaban a Adén. Advertí, empero, que todos llevábamos armas en la cintura, además de rifles automáticos, y teníamos puestos chalecos de kevlar, lo cual no forma parte de los operativos para reuniones en un bar. El barman, los meseros y algunos clientes civiles se habían dado cuenta, y se les notaba un poco ansiosos. Me pregunté si alguno de ellos traería puesto un cinturón suicida. Tal vez aquel saudí gordo con bata, que estaba sentado en una mesita bebiendo escocés. Esto era mucho más emocionante que el Ecco's.

A las 8:00 PM, el capitán Mac consideró que confiábamos demasiado en la fortuna y que la seguridad era un asunto serio. Pidió a todo el personal norteamericano que abandonase el bar y volviera a sus habitaciones o a sus puestos de trabajo.

No obstante, varios teníamos compromiso para cenar. Nos dirigimos al patio trasero, donde el fogón estaba encendido.

Nos acomodamos en torno a una mesa redonda: yo, Kate, Buck, Brenner, Betsy Collins, Doug Reynolds, Lyle Manning y el capitán Mac.

Seguía haciendo calor, pero el cielo estaba despejado, habían salido las estrellas y al oriente se asomaba una media luna. Sobre el mar flotaban las luces de barcos cargueros y buque-tanques de petróleo. En la alberca retozaban varios turistas occidentales, pero los más tontos se habían ido a pasear por la playa, como si llevaran camisetas con la leyenda impresa: «Secuéstrame». El lugar era un encabezado del periódico esperando su momento.

La barbacoa estaba muy buena, tal como la recordaba de mi otra visita, pero me abstuve de probar los kebabs de carne de cabra. Bebimos cerveza sin alcohol y charlamos sobre las delicias de vivir nuestros sueños trabajando para el gobierno: viajes al extranjero, buena paga, jefes llenos de aprecio en Washington y la oportunidad de mejorar el mundo matando a algunos cabrones que, en todo caso, lo estaban pidiendo a gritos.

Nos pusimos a comentar los procedimientos de seguridad. Doug Reynolds nos dijo que había enviado un mensaje a Washington con el pedido de un barco en el puerto, así como un avión chárter sin identificaciones —o sea, de la CIA— en el aeropuerto de Adén, para una posible emergencia que requiriera evacuación. Hasta el momento no había recibido respuesta. Se me ocurrió que en Washington quizás esperaban a tener un pretexto para que desembarcaran mil marinos en la playa.

El capitán Mac, que prefería pelear a huir, exclamó:

—¡Pero si no estoy aquí cómo podré matarlos!

Ya, ya, que se quedara él. ¡Qué huevos, sin embargo!

—Puede ser que nos vayamos esta misma noche —anunció Buck.

Por supuesto, nadie preguntó adónde iríamos, pero todos nos desearon buena suerte.

—Y buena suerte aquí también —les deseé—. Si tienen que dejar sus habitaciones bajo fuego enemigo, no paguen la cuenta.

—No necesitamos suerte —dijo el capitán Mac— teniendo veinte marinos.

Nadie preguntó tampoco qué vía de transporte usaríamos para ir a nuestro destino encubierto. Betsy Collins opinó:

—Es peligroso viajar de noche.

—Volaremos —le informó Buck.

¿De veras? ¿Cómo se había enterado de eso?

Se asumía que participábamos en una operación de la CIA, por lo cual no hubo más preguntas ni consejos. Pero tuve la impresión de que el equipo de Adén podría responder con sinceridad si se le presentaba una pregunta directa. Por lo tanto, hice una pregunta directa:

—¿Qué opinión les merece Chet Morgan?

Silencio.

¡Vaya! Era toda una respuesta a la pregunta.

—Quiero declarar que lleva demasiado tiempo al sol —dije.

Buck se interpuso:

—John, no es necesario...

Proseguí.

—Podríamos ir a Marib esta noche con él, supongo que en avión, y me preocupa ver a *Mr.* Morgan con síntomas de fatiga y tensión, derivadas de una estancia muy larga en este país.

Nadie objetó mi aseveración, pero quedaban obligados a reportarla en el caso de que algunos de nosotros no volvieran vivos de Marib.

Cena y conversación llegaron a su fin. Buck lo anunció:

—Si nos disculpan, tenemos una reunión en la ISIS.

Buck se puso de pie, y todos nos despedimos dándonos la mano y deseándonos suerte.

Lyle Manning, que no me había mostrado ninguna señal de aprecio, me dio una sorpresa:

—Creo que has evaluado bien la situación.

¡En ocasiones como aquélla, hubiera preferido estar equivocado!

Entramos al vestíbulo del hotel. Kate, Brenner, Buck y yo subimos en ascensor al cuarto piso. Mientras lo hacíamos, Buck me advirtió:

—Tienen permiso de salir en cualquier momento, pero no de hablar sobre la operación con ninguna persona, en ninguna ocasión.

—El tema, Buck, era Chet Morgan.

—Conozco a Chet desde hace tres años. Es un buen hombre —afirmó Buck.

—Ya, ya. Se notó por todo lo que dijeron de él.

Kate interrumpió:

—John, discutamos esto después de la reunión con él.

—Lo que a mí me interesa más que Chet Morgan —intervino Brenner— es el plan.

Ahí precisamente erraba Paul. Los mejores planes de los hombres y los ratones a menudo se echan a perder no por culpa de los planes, sino de los ratones y los hombres. Y Chet no parecía ser digno de confianza. ¡Pero había que jugar en equipo!

—De acuerdo, pues —dije.

Salimos del ascensor, saludamos al marino de guardia y avanzamos por el corredor hacia la Instalación Seccional de Información Secreta.

Los últimos acontecimientos significaban que la Pantera era sólo uno de mis problemas. El otro estaba en los miembros de mi propio equipo. Quedaba la esperanza de que el plan no sufriera la misma locura de Chet.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Buck usó una llave que tenía para abrir la puerta cerrada. Entramos.

El espacio de esa habitación de hotel, desprovista de su mobiliario, estaba ocupado casi del todo por una tienda negra, y había que agacharse para entrar, alzando un colgajo de lona. Por dentro, la tienda de la ISIS era un lugar de unos cinco por siete metros, repleto de instrumentos electrónicos, escritorios y archiveros, iluminado a media luz por unas cuantas lámparas de mesa y el resplandor de las pantallas de los monitores.

Un joven con *shorts* y camiseta estaba sentado operando un aparato de radio de onda corta, con los audífonos puestos. Nos vio ingresar y dijo:

—Chet está en el balcón.

¡Vaya! ¡Igual se le ocurría saltar! Era más probable que estuviera fumando, una forma más lenta de suicidio.

Salimos de la tienda y, dándole la vuelta, salimos al balcón. Ahí estaba Chet, como yo había previsto, con una colilla en la boca, contemplando el mar a la luz de la luna. Seguía vestido con el conjunto ridículo de pantalones blancos y camisa hawaiana, y los pies descalzos. ¡Era hora de pedir licencia y volver a casita, Chet!

Sin volverse hacia nosotros, nos habló:

—Los romanos se referían a Yemen con el nombre Arabia Felix, la Arabia feliz. Nadie ha vuelto a llamar así al país.

Ya, ya. Se le llamaba, en cambio, el Hoyo de la Mierda.

—Si Afganistán es el cementerio de los imperios, Yemen es el matadero de las ambiciones imperiales.

¡Dios me libre de un loco con educación en universidades privadas!

Chet nos informó:

—Alejandro Magno estableció una colonia de griegos en Socotra, una isla no lejos de la costa de Adén, pero no duró mucho tiempo. Los romanos invadieron Yemen desde el norte y llegaron hasta Marib antes de que sus ejércitos desistieran, diezmados por las batallas, la fatiga y las enfermedades.

¿Marib? ¿Acaso no era ahí a donde nos dirigíamos? Que no se nos olvidara llevar antibióticos.

—Yemen ha visto pasar una sucesión de conquistadores: egipcios, persas, romanos, etíopes, turcos, británicos y los recién desaparecidos soviéticos. Nadie de ellos logró jamás controlar la totalidad de Yemen; ni siquiera los yemenitas. Nadie querría verse involucrado en una guerra terrestre aquí. Por esa razón, nuestras intervenciones quirúrgicas necesitan llevarse a cabo con éxito.

—Bombas termonucleares —sugerí.

—No tengo el menor problema con eso —confesó Chet.

Después de todo, no podía estar loco, porque estábamos de acuerdo, y yo no estoy loco, ¿verdad?

Chet tiró la colilla a un balde de agua que estaba ahí con ese fin —quizá también como escupidera de khat— y se dio vuelta para encararnos.

En la penumbra no era fácil percibir si había estado mascando khat, o en qué ciclo de subida o bajada del viaje se hallaba. Mi conjetura fue que estaba llegando a la cima de la montaña rusa, a unos siete metros de la cumbre. De bajada la cosa podría ponerse fea.

—Perdón por no haberlos acompañado a cenar —se disculpó, y puso los ojos en mí—. Tengo entendido que la conversación de sobremesa estuvo interesante.

En primer lugar, nadie lo había invitado a cenar. En segundo, alguien le habría contado de mis dudas sobre su salud mental. Sin embargo, no creí posible que Betsy, Doug, Lyle ni el capitán Mac hubiesen llamado a Chet Morgan. Buck no había tenido la menor ocasión de hablar con Chet. Era factible que Chet supusiera, por experiencias previas, que alguien inevitablemente diría que estaba loco, y que ese alguien sería yo. Buena deducción, Chet. O bien... usaba un dispositivo direccional de escucha con el que había oído la conversación del patio. Eso en verdad no estaba nada bien. Pero por algo se les llama espías.

Chet entró bajo la tienda y lo seguimos. En un rincón había una mesita de mapas, y Chet nos invitó a sentarnos a un lado.

Cuando mis ojos se ajustaron a la semioscuridad, vi que en la pared estaba pegada la foto oficial del presidente Alí Abdullah Saleh, pero con el letrero: *La cara del culo de Arabia*. ¡Qué gracioso!

Advertí que también había unas cuantas hachas para cortar acero, cajas para quemar documentos y trizadores de papel, equipos indispensables en una instalación secreta situada en territorio hostil. Visualicé a Chet, ebrio de khat, dando hachazos a las computadoras mientras alguien le gritaba: «Dije que venían *turistas* por el pasillo, no terroristas».

El joven de la radio no podía oírnos con los audífonos puestos, y Chet nos aseguró:

—Para la presente discusión de planes no se activará ninguna grabación. La operación Escoba de Limpieza está bajo máximo sigilo, por supuesto. Todo lo que oigan o suceda aquí no puede ser nunca divulgado ni revelado.

Ya, ya. Como los juramentos de las fiestas de soltero en Las Vegas. Lo que me molestaba siempre era que los de la CIA pensaban que era preciso volver a juramentar el secreto. Como si ellos fueran los únicos que entendían el significado de callarse la boca.

De esto, lo que se destila finalmente es que a los de la CIA no les agradan las operaciones conjuntas; creen que equivalen a cuidar bebés. Sin embargo, cuando las cosas salían mal, aprovechaban para echar la culpa al otro.

Quise proponer claridades cuanto antes.

—¿Quién lleva el mando de la operación? —le pregunté a Chet.

—Buck es el líder del equipo —repuso.

—Me refiero al que manda desde Washington. Tú, ¿a quién reportas?

—Es mejor que no lo sepas.

¿Para qué preguntar, entonces? Sin embargo, quedaba claro que la operación estaba conducida por la CIA, dirigida desde el más alto nivel. Si fuera del FBI, nos harían a todos llevar rompevientos azules con grandes letras blancas anunciando: «FBI». Les gusta la publicidad. Pero no a los de la CIA.

—¿En qué consiste tu participación en el equipo? —le pregunté a Chet.

—Tengo control operativo de los Predator —nos recordó.

—Ya, ya. ¿Vamos a vaporizar a este sujeto?

—La función primordial de los Predator consiste en la observación aérea —volvió a recordarnos.

¡Y yo que pensaba que Predator significaba «depredador»! En tal caso, esos drones debieran llamarse Palomas con buena visión.

—Habla del objetivo de la misión más adelante —propuso Chet.

La metodología normal, en cambio, consistía en describir primero el objetivo y a partir de ahí delinear el plan. Pero las Operaciones Negras eran diferentes, sobre todo porque el objetivo solía ser un acto ilegal, como matar a alguien. Por lo tanto, no se mencionaba específicamente. Quedaba sobreentendido.

Chet dio principio.

—Lo primero es que nuestras fuentes de inteligencia, humanas y electrónicas, sitúan a la Pantera en las inmediaciones de Marib.

Brenner le informó:

—Eso fue lo que averiguamos John y yo cuando interrogamos al prisionero en Ghumdan.

—Correcto.

Yo añadí:

—Tus colegas de Sana'a ya lo habían interrogado. O tú mismo.

No hubo réplica.

—¿No tienes transcripción de ese interrogatorio? —insistí.

—Todavía no. Problemas de traducción. ¿Me permites continuar?

—¡Claro!

—En segundo lugar —prosiguió—, quiero advertirles que saldremos de aquí hacia la medianoche en vuelo a Marib. Es posible que no regresemos.

—¿Puedes volver a decir eso con más claridad? —inquirió Brenner.

Chet sonrió y explicó:

—Si la misión tiene éxito no volveremos a Adén. Hay que empacar lo indispensable y dejar todo lo demás en sus habitaciones. Más adelante se les enviarán sus pertenencias.

¿Ah, sí? ¿A quiénes? ¿A la familia del muerto?

—¿Y si la misión no tiene éxito? —preguntó Brenner.

—En tal circunstancia, es posible que tengamos que volver a Adén —dijo—. A menos que estemos muertos.

¡Quedaba entendido! Pero quise enterar de algo a Chet:

—Para tu conocimiento, antes de ir a ninguna parte, Kate y yo necesitamos estar al tanto del plan de operaciones y aprobarlo. Ése fue el trato.

Chet por lo visto no estaba al tanto de que se hubiese hecho trato alguno.

—Pienso, *Mr. Corey* —dijo—, que estamos más allá del punto de no retorno.

Buck intervino:

—John y Kate se han ofrecido como voluntarios para funcionar como cebo, así que pueden sugerir cambios en el plan en lo que se refiere a sus roles.

Se volvió hacia Kate y hacia mí.

—Pero quiero decirles que quizá tenemos frente a nosotros la única oportunidad de capturar a la Pantera antes de que vuelva a desaparecer.

—Eso ya lo sabemos —dijo Kate.

Chet volvió a tomar la palabra.

—Saldremos del aeropuerto de Adén en un Twin Otter DHC-6. Es un avión bimotor capaz de despegar y aterrizar en pistas cortas, con tren de aterrizaje reforzado que permite tomar tierra sobre una carretera. Eso haremos.

¿Había yo oído bien?

—El Otter tiene registro de Kuwait como chárter regional pero será conducido por dos pilotos norteamericanos.

¡Gracias a Dios! Sin duda, el Otter era propiedad de una empresa manejada en secreto por la CIA, y los dos pilotos serían empleados de la CIA, aunque era imposible que nadie probara dichas cosas. La Compañía cuenta con los mejores recursos aéreos en todas partes del mundo, lo que en la jerga del oficio se alude como «Aéreo-Espías». Si fuese posible contar todos los aeroplanos de la CIA, seguramente «Aéreo-Espías» sería más grande que American Airlines.

—El tiempo de vuelo será de algo menos de tres horas.

Eso me hacía pensar en que pudimos haber sido transportados a salvo desde Sana'a hasta Adén por Aéreo-Espías, sin sufrir la emboscada. Pero algún idiota deseaba saber cuánto sabía Al Qaeda sobre nosotros y qué tipo de acción podrían llevar a cabo. Y también averiguar lo que los misiles Hellfire podían hacerle a Al Qaeda. No recordaba haberme ofrecido de voluntario para eso, pero si hubiésemos vaporizado a la Pantera, entonces le daría palmaditas en la espalda a Chet mientras me preparaba para volver a Nueva York, en lugar de volar a Marib.

—¿Contamos con un guía en tierra? —preguntó Brenner.

Se refería a alguien con una linterna, o al menos un encendedor.

—Sí, una persona confiable de la localidad.

—No hay tales personas —lo corrigió Brenner, evocando sin duda algún claro de jungla del sudeste asiático—. Tendría que ser un norteamericano.

—Eso aquí es imposible —le aseguró Chet a Brenner y a los demás—. Es un hombre que ya hemos usado. Se le paga bien. Tiene familiares en Estados Unidos a quienes le gustaría volver a ver.

Lo mismo que yo. Bueno, exceptuando a mis suegros.

—Su nombre en código —continuó Chet— es Tariq, palabra que significa «Visitante Nocturno». Cuenta con una radio de mano sintonizada en una frecuencia que el Twin Otter puede detectar. Para señalar la parte de la carretera que usaremos como pista de aterrizaje, Tariq pondrá transpondedores pequeños, conforme a sus instrucciones, que se activan electrónicamente, para que los pilotos puedan leerlos en sus instrumentos e identificar la pista y sus extremos.

Después de una breve pausa, retomó el hilo:

—Los pilotos ven las señales de esos transpondedores en el tablero de vuelo GPS de la cabina. Es una operación que Tariq y los pilotos han efectuado docenas de veces.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Muchas veces —aclaró Chet—. Todos los transpondedores se encenderán en cuanto Tariq los ponga en el piso, pero justo antes del aterrizaje Tariq considerará las condiciones de viento y otros factores, y entonces apagará los transpondedores en uno de los extremos de la pista, el que no debemos usar como entrada. Lo más importante de este procedimiento reside en que si todos los transpondedores siguen encendidos en los dos extremos de la pista, o si están apagados, sabremos que por algún motivo Tariq ha quedado fuera de acción.

—O que se ha quedado dormido, como los idiotas que iban a grabar en video la explosión del *Cole*.

Chet se forzó por sonreír cortésmente y continuó:

—Ése sería el primer indicio para alzar el vuelo y regresar. Si todos los transpondedores están colocados conforme al plan, el piloto hace una sola pregunta por la radio a Tariq: «¿Hay polvo?». Tariq debe responder «Sí» en el caso de que haya presencias hostiles en la zona o si le han puesto el cañón de una pistola en la cabeza. Si Tariq responde: «No hay polvo esta noche» entonces todo está claro, y para verificar que no se encuentra en problemas, debe añadir: «Aterrizaje seguro», cuando vea que el avión se aproxima a la pista.

Aunque ya no era necesario, Chet añadió:

—En caso de que no diga esas palabras, o si los transpondedores no están dispuestos conforme al plan, entonces volamos directamente de vuelta a Adén.

Eso lo había visto yo en una película sobre la Segunda Guerra Mundial, pero ahí al guía terrestre lo capturaban los nazis y lo obligaban a darles el santo y seña para comunicar aterrizaje seguro. A todos los del avión los capturaban o los mataban. La guerra es el infierno.

Buck nos relató:

—Yo he realizado algunos aterrizajes nocturnos en condiciones muy similares, y

todo ha salido bien.

Era indudable que había salido bien, Buck, dije para mis adentros, de lo contrario no estarías hablando.

—Se considera que los de Al Qaeda —continuó Chet— son demasiado estúpidos para haber detectado a Tariq como agente nuestro. Aun en el supuesto de que lo detectaran, son demasiado estúpidos para seguirlo, y demasiado estúpidos para usarlo para sus propósitos. Se limitarían a matarlo. No son como los alemanes.

¡Vaya! Él también había visto la película. Pero yo dudaba que los de Al Qaeda fueran *tan* estúpidos.

—Habrán drones Predator —nos aseguró Chet— vigilando las condiciones de descenso.

—A mí me parece bien todo eso —dijo Kate—. Pasemos a otra cosa.

—Después de aterrizar —siguió Chet—, seremos recibidos por un jeque local. El jeque Musa. Es imposible llevar a cabo ninguna operación en territorios tribales si no se cuenta con la colaboración y la protección armada de por lo menos uno de los jeques locales. Los miembros de la tribu de Musa nos conducirán en automóvil a una casa de seguridad lejos de ahí, y sus hombres nos darán protección.

¿De cuál masticaba Chet? Basar el operativo en Tariq representaba suficiente riesgo, pero me parecía que involucrar a toda una tribu de beduinos dementes ya era equivalente al suicidio.

Nadie dio una opinión positiva sobre el plan de viaje. Percibí que Chet perdía la confianza del equipo, y que se estaba dando cuenta, y por eso seguía hablando, como si nada.

—El jeque Musa nos ha asistido en el pasado, y la ayuda que presta se le compensa con generosidad.

Silencio.

—Los territorios del jeque Musa —agregó Chet— abarcan las antiguas ruinas de Marib, y ha proporcionado protección y seguridad a grupos de turistas, profesores, arqueólogos y muchos otros que visitan las ruinas. Para él, la situación resulta muy lucrativa. Sobre esa base, y nada más, puede confiarse en que hará lo que se le paga por hacer, que además le conviene a él: mantener la paz.

Pudiera ser, pensé. Poderoso caballero es don dinero. Pero ¿no acabábamos de enterarnos de que nueve turistas belgas habían desaparecido al visitar las ruinas de Marib? ¿Acaso no habían aparecido degollados los cadáveres del guía y el conductor? A menos que hubiese algún otro Marib.

Esperé para ver si Chet mencionaba aquel suceso. En cambio, prosiguió:

—El jeque Musa no ve con buenos ojos a Al Qaeda, porque no son yemenitas ni monárquicos, como él...

—Perdón —interrumpí—. Creo recordar que nueve turistas belgas desaparecieron el verano pasado de las ruinas de Marib.

Chet me miró. Sus ojos helados se entrecerraron en la débil luz. Por fin dijo:

—A eso iba.

—Perdón. Creí que se te había olvidado.

—Nadie sabe quiénes participaron en ese incidente, pero es seguro que no fue el jeque Musa.

—Ya, ya. Pero el jeque Musa, protector de turistas y profesores, falló en sus deberes, ¿o no?

Noté que Chet estaba molesto. Kate se preocupó y Brenner, que tenía que estar enterado del incidente, se quedó callado.

Buck, que había omitido mencionar esa historia a Kate o a mí, ofreció una explicación:

—El jeque Musa ha asumido toda la responsabilidad por haber fallado en la protección de aquellos turistas. Ha dado a las autoridades yemenitas y occidentales algunas pistas. El jeque fue puesto en vergüenza. Se enfureció y ha jurado vengar el insulto a su honor y a su reputación.

Retomando el tono de profesor de la clase que nos había dado en Nueva York, añadió:

—Cuando un yemenita extiende su hospitalidad, y alguien viola esa hospitalidad, el violador se vuelve objeto de una venganza de sangre.

—Es por esa razón —intervino Chet— que podemos confiar en el jeque Musa.

Ya, ya. Por lo visto, sobran razones para confiar en el jeque Musa. A lo mejor el jeque quería abrir una deli en Brooklyn. Pero me quedaban mis dudas. Tenía la impresión, además, de que Buck, quien desde el principio negó tener conocimiento de los detalles del plan de operaciones, sabía cosas que no había querido compartir. Pero eso no era novedad.

—Se sospecha principalmente de Al Qaeda como responsable del incidente, pero pudo ser causado por un intento de secuestro por parte de una tribu que salió mal —explicó Chet, añadiendo—. Es obvio que no fue la tribu de Musa.

Le informé a Chet:

—Las autoridades belgas capturaron en Bruselas a un operador de Al Qaeda, quien confirmó que *sí había sido* Al Qaeda, y que los turistas probablemente habían muerto.

Chet deseaba preguntarme de dónde había sacado yo mis informes, pero se contuvo. Se limitó a decir:

—El caso es que el jeque Musa trabaja para nosotros. No para Al Qaeda, ni para el gobierno yemenita.

—El jeque es leal a la familia real saudí —lo apoyó Buck—, cuyos miembros le brindan apoyo económico. Un príncipe saudí ha escrito una carta al jeque Musa, de la cual tengo una copia, pidiéndole que nos proporcione hospitalidad, conducto seguro y toda clase de asistencia. Esta carta al jeque del príncipe saudita tiene más poder que todo el oro, dinero o armamento que le pudiésemos ofrecer.

—¿No se les ha olvidado avisar a nadie más que vamos a Marib?

Buck no replicó, pero Chet tomó la palabra.

—No tenemos más remedio que recurrir a... estos aliados de situación.

—Nuestros aliados del gobierno yemenita, ¿saben que vamos a Marib? —  
indagué.

—No por mí —repuso Chet.

—¿Podrían adivinarlo?

—Es posible.

Pensé en el coronel Hakim, pero ya no indagué más.

—¿Podemos pasar a otra cosa? —inquirió Chet.

Todos dimos nuestro consentimiento.

—El jeque Musa tiene en la casa de seguridad dos camionetas todoterreno para que las utilicemos. Pasaremos la noche en la casa de seguridad. Como a la una o dos de la tarde iremos al pueblo de Marib, como si viniésemos llegando de Sana'a, y nos registraremos en el hotel Bilqis, donde se han hecho reservaciones a nuestros nombres. De ahí iremos a las ruinas, para ver y ser vistos. Nos haremos pasar por turistas, pero nadie nos va a creer. Se correrá la voz de que hemos ido de cacería contra Al Qaeda, a cazar una pantera. El jeque Musa nos dará protección para efectuar este viaje, aunque la casa de seguridad no dista más de diez kilómetros de las ruinas y del pueblo. En las ruinas puede ser que haya protección de la policía de Seguridad Nacional.

—Espero —dijo Brenner— que no vayamos un día que les toque trabajar para Al Qaeda.

¡Qué gracioso! Sobre todo si uno no estuviera a punto de ir.

Brenner hizo una pregunta:

—¿Podemos llevar las M4 a las ruinas?

—No —repuso Chet—. Como les dije, aparentaremos ser turistas.

¡Vaya! Uno pensaría que los turistas llevaban rifles automáticos en Yemen. No sería mala idea que adoptaran esa práctica. Así se mataría a menos turistas y habría más terroristas muertos.

Sin embargo, Chet concedió:

—Nos pondremos chalecos de kevlar y llevaremos ocultas las armas de mano.

—¿Qué hará Zamo? —preguntó Brenner.

—Él permanecerá junto a los autos, cerca de las ruinas, con su rifle de francotirador. Además, en los vehículos tendremos las M4.

A Brenner esto no parecía agradarle mucho, pero guardó silencio.

Tenía ganas de preguntar si la Dra. Clare vendría con nosotros, pero Kate podría malinterpretar mi curiosidad. Tal vez convendría toser un poco antes de preguntar.

Como si me leyera la mente, Kate inquirió:

—¿Viene con nosotros la Dra. Nolan?

—No —repuso Chet.

¿Por qué no?, pensé.

—Demasiado peligroso —nos dijo Chet.

¡Vaya, Chet! ¡Por eso mismo se necesitaba un doctor!

Nadie hizo comentarios en voz alta, pero la declaración de Chet ponía las cosas en perspectiva, sin dejar lugar a dudas.

—Ojalá Howard venga con nosotros para asesorarnos de no hacer nada ilegal.

—Si esto fuese una operación del FBI, requeriríamos seis abogados.

¡Touché!

—Al volver de las ruinas de Marib hacia el hotel Bilqis, hacia la hora del crepúsculo, seremos detenidos por gentes de tribu, y no ofreceremos resistencia cuando nos secuestren.

¿Habría oído bien?

—De ahí nos conducirán a la casa de seguridad, donde esperaremos los acontecimientos.

¿Qué acontecimientos? ¿Degüellos?

Buck nos tranquilizó:

—Es una farsa, por supuesto. Los secuestradores son hombres del jeque Musa. Tendremos armas, y además estaremos bajo el ojo vigilante de los drones Predator, armados con los misiles Hellfire.

¡Genial! ¿Y quién controlaría los Predator? ¡Chet! ¿Bajo secuestro?

Chet sintió que convenía aclarar ese punto.

—En la casa de seguridad hay una camioneta, que en realidad contiene una estación terrestre de monitoreo de drones Predator. Yo no estaré con el grupo cuando se registren en el hotel Bilqis, vayan a las ruinas de Marib o los secuestren. Estaré en la casa de seguridad, observando las imágenes en vivo de la cámara que transmite el dron asignado a vigilarlos, así como otro dron que se enfoca sobre la casa de seguridad.

Añadió, en tono tranquilizador:

—Si algo me sucede a mí o a la estación terrestre de la casa de seguridad, entonces los Predator quedarán bajo el control de una estación de tierra distante, manejada vía satélite por los pilotos de los drones. Si es preciso, usarán misiles Hellfire. ¿Han comprendido? ¿Hay preguntas?

Había un montón de preguntas, pero Chet quería continuar, así que lo dejamos.

—Una vez que nos encontremos reunidos en la casa de seguridad, fingiendo ser huéspedes secuestrados del jeque Musa, él se encargará de enterar a los operadores regionales de Al Qaeda de que tiene un regalo que ofrecerles: un equipo de agentes de inteligencia norteamericanos, incluyendo a *Mr. John Corey* y a *Ms. Kate Mayfield*, miembros de la Fuerza Operativa Antiterrorista, ambos incluidos en lista de ejecuciones pendientes de Al Qaeda.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—Buckminster Harris también es un nombre que Al Qaeda conoce bien. Les agradecería poder interrogarlo. Siento decir que *Mr. Brenner* no es tan importante para

ellos, aunque también querrían interrogarlo y matarlo. El francotirador, Zamo, será un bonito trofeo, y desearían quedarse con su rifle.

Otra pausa, y una sonrisa. Continuó:

—En lo que mí se refiere, Al Qaeda aún no ha matado a ningún funcionario de la CIA, así que necesitan cortarme la cabeza para estar contentos.

Otros tal vez nos pondríamos contentos también. Pido perdón. No era amable de mi parte pensar así. De hecho, estaba comenzando a sentir respeto por Chet Morgan. Tenía los huevos bien puestos. También estaba loco y mentía. Pero no le faltaba sangre fría ni inteligencia, y al parecer carecía de miedo.

—Como yo no estaré en el grupo con ustedes —prosiguió— cuando se registren en el hotel Bilqis, ni tampoco cuando vayan a las ruinas, ni cuando los secuestren, quedaré oficialmente excluido del grupo de Marib, y no seré ofrecido a Al Qaeda. En Yemen, los de Al Qaeda consideran que la presencia de funcionarios de la CIA equivale a drones Predator con misiles Hellfire, y no queremos que sospechen.

Ya, ya. Por eso se les llama espías. Ahí están, pero nadie se entera. A mí eso no me preocupaba, y Kate y Brenner parecían conformes. Buck, sin duda, sabía del plan de antemano.

Con respecto al plan mismo, quise poner bajo consideración algunos de sus problemas.

—¿Por qué pensaría la Pantera que el jeque Musa iba a secuestrar a unos norteamericanos, si le pagan por proteger a occidentales? ¿Acaso no es cosa sabida su deseo de mantener a Marib como sitio obligado para turistas? —inquirí.

—Buena pregunta —respondió Chet—. El jeque ha prometido a Al Qaeda que sus tierras permanecerán neutrales. Los turistas y los profesores son bienvenidos, pero no así los agentes de inteligencia. Ellos, mejor dicho nosotros, somos piezas cobrables.

—Sea. Suena plausible. Pero ¿por qué acudiría el jeque Musa a los de Al Qaeda con seis norteamericanos secuestrados si no tiene buenas relaciones con ellos?

Chet asintió como si esperara esa pregunta y repuso:

—Dinero. En Al Qaeda piensan que han establecido un acuerdo con el jeque Musa, basado en el dinero. Al Qaeda y el jeque negociaron un precio de alquiler para usar uno de los campamentos beduinos del jeque como campo de adiestramiento. Aunque no confían en el jeque Musa, creen que se le puede comprar.

—Por lo visto, sí se le puede comprar —indiqué.

Chet sacudió la cabeza y me explicó con toda paciencia:

—Eso pensábamos nosotros, *Mr. Corey*. Ahora sabemos ya dónde se ubica el campo de adiestramiento.

Ya, ya. Muy inteligente. En caso de que fuera cierto. Se me ocurrió otra pregunta.

—¿Por qué no destruimos el campamento?

—Es preferible vigilarlo —nos confió Chet—. Por las observaciones de los Predator, que confirman reportes locales, la Pantera nunca va al campamento. Si se

presentara y lográramos saberlo, hace tiempo que le habríamos metido por el culo un misil Hellfire.

—Entiendo.

—Como parte del trato de neutralidad —continuó Chet—, Al Qaeda tiene prohibido realizar operaciones armadas dentro de los territorios de la tribu. Cuando Al Qaeda secuestró y asesinó a los belgas, lo hizo ver como si fuera cosa de las tribus. Musa le dijo a los de Al Qaeda que estaba furioso. Sin embargo, Al Qaeda negó tener ninguna responsabilidad en la desaparición de los belgas y suavizó al jeque con armas y dinero. Pero Musa no les cree, y cuando supo de los planes de atacar las instalaciones petroleras de Hunt Oil nos dio el soplo, por diez mil dólares, y enviamos drones de observación al área. Mediante ellos informamos a las fuerzas de seguridad de Hunt, quienes, como se habrán enterado, estaban listos para repeler el ataque. Los de Al Qaeda nunca están muy seguros sobre quién los ha delatado. El jeque Musa les ha prometido indagar sobre ello.

¡Qué difícil resultaba seguir la trama de mentiras y mentirosos sin marcar tanto por tanto! En el mundo de donde yo venía, una mentira significaba deshacer el trato o una sentencia de cárcel. En este otro mundo, si uno era sorprendido mintiendo sólo necesitaba mentiras mayores y mejores, o por lo menos un bonito regalo para quien lo hubiese descubierto.

Chet me dijo:

—Para responder a tu pregunta, los de Al Qaeda creen que, siempre y cuando convenga a sus intereses, el jeque Musa hará un trato con ellos. Por solicitud nuestra, el jeque no ha cancelado el alquiler del campo de adiestramiento de Al Qaeda, y los terroristas lo interpretan como signo positivo sobre su voluntad de negociar a cambio de dinero. Por cinco norteamericanos secuestrados, los de Al Qaeda le pagarían al jeque... quizás hasta cien mil dólares.

—¿Por cada uno? —inquirí.

—No. Por todos —repuso, sonriendo—. No sobrestimes tu valor.

Ya, ya. Aquí la vida se vendía barata.

Chet nos contó algo más:

—A los de la Policía Nacional de Seguridad les pagaron cerca de cuatrocientos dólares a cambio de desaparecer cuando cuidaban a los belgas.

Muy barata.

En resumen: el jeque Musa era un cabrón que hacía dobles tratos, traicionaba, delataba, recolectaba sobornos, alquileres y depósitos por todas partes. Le iría bien siendo casero en Nueva York. ¿Teníamos que asumir que el ataque contra los turistas belgas lo había tomado completamente por sorpresa? Eso creía Chet, o decía creerlo. Buck igual. El objetivo declarado del jeque Musa consistía en hacer de sus territorios la Suiza de Yemen, la Arabia Felix. Empero, eso mostraba inconsistencias con problemas creados por el mismo jeque. Y es que estábamos en el Medio Oriente, donde nada tenía sentido.

Chet, tal vez adivinando lo que yo y todos los demás pensábamos, dijo:

—A fin de cuentas, el jeque Musa está al tanto de que conserva la vida sólo mientras no soltemos sobre él los misiles Hellfire. De cuando en cuando puede jugar haciendo sus trampitas lucrativas, pero sabe que el resultado del juego está en nuestras manos.

Calló por un momento mientras nos miraba uno por uno.

—Los misiles Hellfire. El *Deus ex machina* de esta guerra. Es Dios que lanza sus rayos desde el cielo. Si quieres joderte a Dios, te mueres.

¡Vaya! Un poco de latín siempre resulta convincente. Pero Chet no sería el primer occidental engañado por el Oriente.

Yo había pasado veinte años de mi vida lidiando con delatores, traidores y otros artistas de la estafa. Siempre puse en claro que si alguno de ellos me traicionaba, podía darse por muerto. O desearía estar muerto. Cuando se tiene que tratar con gente sin centro moral, individuos que no tienen lealtad a nadie sino a sí mismos, no siempre se consiguen los resultados que por lógica cabría esperar ni las verdades por las que uno paga.

Y, ya que estaba pensando en el tema, me preguntaba sobre el centro moral de Chet y hasta dónde llegaría su devoción por la verdad. Yemen era sin duda la tierra de las mentiras, donde se comerciaba con patrañas y donde el engaño era la norma. En ese aspecto, la cultura yemenita y la de la CIA resultaban similares, pese al lema de la CIA de que la verdad te hará libre. Yo percibía que a Chet lo había corrompido la cultura de las mentiras, pero se creía superior a los yemenitas, por considerarlos estúpidos. Yo no sabía si eran estúpidos, pero sí me constaba que no les faltaba astucia. Por algo llevaban tres mil años de supervivencia. Y ahí seguirán mucho después de que nosotros hayamos desaparecido. ¡Lo cual pudiera suceder pronto!

—¿Mr. Corey?

Miré a Chet.

—No lo pienses demasiado —me dijo.

No le repliqué.

Chet volvió a la exposición del plan.

—Musa invitará a tres o cuatro representantes de Al Qaeda para que vengan, por supuesto entre guardias y con los ojos vendados, a la casa de seguridad para ver a los norteamericanos secuestrados y verificar sus identidades. Tendrán que llevar sus pasaportes. Musa insistirá, aduciendo el honor y la confianza, que la Pantera en persona sea quien venga a negociar el precio de los cinco norteamericanos cautivos. Se permitirá la presencia de grupos armados de ambos lados, que por sugerencia del jeque estarán compuestos de diez a doce hombres cada uno. La reunión tendría lugar en una choza de pastores, a unos kilómetros de la casa de seguridad. El jeque afirma que conoce a la Pantera. Para más seguridad, le hemos mostrado fotos de Bulus ibn al-Darwish, con y sin la barba.

Buck, que sabía más de una cosa sobre el plan y su locación, nos informó:

—Este tipo de encuentros entre jefes guerreros de la misma dignidad se considera tradicional en la cultura yemenita, y hay expectativas de un mínimo de buena fe de uno y otro lado. A pesar de eso, los dos bandos van armados para garantizar la buena conducta, pero sobre todo para asegurar que ningún tercero aproveche el encuentro para un ataque. Es un protocolo muy medieval, sólo que en este caso los terceros, los norteamericanos, no nos esconderemos tras las rocas preparando una emboscada. Los estaremos observando desde una altitud de dos mil metros y podremos meterle un misil a la taza de té de la Pantera.

—Si dicho encuentro tiene lugar —intervino Chet—, pediré otros dos drones Predator para la estación. Por supuesto, ustedes no estarán dentro de la choza de pastores. Es demasiada proximidad con lo que va a suceder. Estarán en la casa de seguridad, donde yo, desde la camioneta de control de los Predator, estaré hablando con los cuatro pilotos y observando lo que sucede en la choza y en los alrededores de la casa de seguridad. Afuera de la choza de pastores, cuando el jeque Musa reconozca a la Pantera lo saludará cordialmente, y conforme a la tradición, le dará un abrazo y un beso en la mano.

¡Lo que también se llama el Beso de la Muerte! Para estar del todo seguro de lo que estaba oyendo, verifiqué:

—De modo que no vamos a intentar un arresto del acusado.

—No —repuso Chet—. Vamos a matar a un terrorista con un misil Hellfire.

—¡Entonces no hay que leerle sus derechos!

—No tiene derechos.

¡Eso era lo que yo venía diciendo! Sonaba un poco duro, viniendo de Chet. Por otra parte... se sentía como un soplo de aire fresco.

Sin embargo, estaba decepcionado de que no me iba a tocar a mí romperle el alma a la Pantera. Por lo menos quisiera ver cómo el misil Hellfire lo convertía en protoplasma. Me encanta el olor a explosivos y a carne quemada. Pero así se había vuelto la guerra moderna: impersonal. Podría ver la acción en los monitores de video de la camioneta de los Predator en la casa de seguridad. ¿Serían a color?

—Después del intercambio de saludos —dijo Chet, retomando el relato—, el jeque Musa, como anfitrión, ofrecerá a sus invitados sentarse en una alfombra para tomar el té. Antes de comenzar las negociaciones, el jeque y sus ayudantes se disculparán y entrarán a la choza, con el pretexto de sacar de ahí a los norteamericanos. Al ver esto en el monitor desde la casa de seguridad, daré la orden de disparar los Hellfire: dos sobre al-Darwish y quienes lo rodean, y otros dos sobre los hombres de Al Qaeda y sus vehículos. Los sobrevivientes de Al Qaeda estarán demasiado atontados para reaccionar, y los hombres del jeque Musa los rematarán. Al mismo tiempo que eso suceda, varios bombarderos de la Fuerza Aérea provenientes de una base en Arabia Saudita destruirán por completo el campamento de adiestramiento de Al Qaeda.

Se hizo un silencio en la tienda, mientras todos nos formábamos un cuadro mental

de lo que Chet acababa de contarnos. Sonaba bien... pero había problemas potenciales en el guión. Por ejemplo, la gente no siempre acaba haciendo lo que uno quiere, ni se quedan sentados o parados en los lugares en que es menester. ¿Verdad?

—¿Qué pasa si se pone a llover en la merienda del té? —pregunté.

—Hace doscientos años que no llueve en Marib —me aseguró Chet. Tal vez exagerase Chet, pero eso equivalía a cero por ciento de probabilidad de lluvia.

—El segundo par de drones Predator —continuó Chet con el plan— es para proteger la casa de seguridad. Nos cubrirán mientras nos acercamos a la escena del impacto a recoger algunos fragmentos de *Mr. al-Darwish* y los otros cadáveres, que serán sometidos a pruebas de identificación por ADN y por huellas dactilares. Haremos algunas fotos, aunque no creo que haya caras reconocibles.

Chet estaba gozando con esto. ¡Se lo había ganado! Después de la misión, podría volver a su país a hacerse una afinación en la cabeza.

Brenner tuvo una idea:

—¿No piensan que esta masacre va a crear tensiones entre el jeque Musa y Al Qaeda?

—El jeque Musa —respondió Chet— dirá por supuesto que él nunca sospechó que los norteamericanos lo estuviesen vigilando, y puede argumentar que él mismo ha sufrido bajas entre su gente. No quedarán testigos vivos de Al Qaeda que puedan contradecir su versión del ataque. Además, después de lo que va a ocurrir, Al Qaeda habrá dejado de ser un problema en la provincia de Marib.

—¿Recibirá Musa la recompensa de cinco millones de dólares? —inquirí.

—Creo que se la habrá ganado.

Ya, ya. Mejor que los cien mil de Al Qaeda. Insistí:

—Y a nosotros, ¿qué?

—La satisfacción de un trabajo bien hecho y la gratitud del gobierno.

—Igual que la última vez.

Kate tenía una buena pregunta:

—¿Cómo saldremos de ahí?

—Decía hace un momento —respondió Chet— que nos cubrirán dos Predator cuando vayamos a la escena del impacto. El *Twin Otter* habrá tomado tierra sobre un camino de las cercanías, y lo tomaremos a fin de cruzar la frontera a Arabia Saudita para llegar a una base secreta en el desierto árabe. Ahí entregaremos las bolsas de papilla, las cámaras y nuestras armas. A continuación, el *Otter* nos llevará al aeropuerto de Riyadh, donde tomaremos aviones comerciales para ir cada quien a su casa, dondequiera que sea.

Nadie dijo nada. Nos quedamos sentados dentro de la tienda, cada quien pensando en el plan o en el trayecto a casa volando en primera clase. O quizá dentro de una caja.

Yo pensaba que buena parte del plan se basaba en una historia que en partes era auténtica y en partes inventada. Y que en otras partes no se había evaluado a fondo.

El plan dependía de muchas suposiciones. Como de costumbre, la CIA había formulado un plan de operaciones que parecía muy inteligente, pero que, a mi modo de ver, se pasaba de listo. Anda por el camino simple, estúpido. Pero podría funcionar.

Chet dejó que el silencio se prolongara. Al fin habló:

—¿Hay preguntas?

Kate hizo una:

—¿No crees que la Pantera sospechará que hay una trampa?

—La Pantera —repuso Chet—, como musulmán devoto, no podrá creer que el jeque, otro musulmán devoto, lo entregará a los norteamericanos, que son infieles.

—No es creencia equivocada —comenté—. Me pone a pensar en las razones por las cuales Musa traicionaría a un compañero musulmán para que lo aniquilen los infieles.

—La respuesta breve —me contestó Chet— serían los cinco millones de dólares. Pero además Musa y al-Darwish no tienen mucho en común, fuera de la religión. Musa es monárquico y Al Qaeda está en contra de las monarquías. Musa es beduino, y los árabes que no son beduinos, como al-Darwish, miran con desprecio a las tribus. Hay que añadir que casi todas las tribus de Yemen desean que Al Qaeda salga de sus tierras. Yo creo que el jeque Musa no considera a *Mr.* al-Darwish como un auténtico yemenita, sino más bien como un intruso norteamericano.

Todos los de la habitación éramos intrusos norteamericanos.

Brenner intervino.

—Presentas buenos argumentos por los que Musa sería capaz de traicionar a la Pantera, pero menos convincentes en cuanto a que la Pantera confíe en Musa y acuda al encuentro.

Chet asintió y dijo:

—La Pantera necesita anotarse un triunfo después de su fiasco con Hunt Oil y el fracaso de la emboscada contra el convoy. La oportunidad de pescar a cinco norteamericanos que no son turistas, sino agentes de inteligencia, incluyendo a *Mr.* y a *Mrs.* Corey, ambos en la lista de objetivos de Al Qaeda, será demasiado tentadora, y se persuadirá de que vale la pena correr el riesgo.

Tomó aliento y nos miró antes de continuar.

—La Pantera tal vez no confíe mucho en Musa, pero no puede permitirse mostrarse temeroso y no acudir al encuentro. Tenemos un perfil psicológico de al-Darwish que les mostraré de camino a Marib. En resumidas cuentas, Bulus ibn al-Darwish es megalómano. Delirio de grandeza. Egoísmo y narcisismo exacerbados.

Como los demás dentro del cuarto. Bueno... los hombres del cuarto. Kate era casi normal.

—Propongo que continuemos el análisis durante el viaje —sugirió Chet—. Pero, para contestar la pregunta de *Mr.* Brenner y las preocupaciones de *Ms.* Mayfield, lo peor que puede suceder es que la Pantera se rehúse a acudir al encuentro para

negociar, comprar, pagar y tomar custodia de los cinco norteamericanos.

La verdad era que a mí se me ocurrían varias posibilidades bastante peores que ésa, pero podía apreciar el punto de vista de Chet. Si no se presentaba la Pantera, no quedaba más remedio que volver a Adén e intentar otros medios de ataque.

Brenner le dijo a Chet:

—En teoría, el plan suena bien. Veo que ha sido pensado con cuidado y que se ha cubierto mucho terreno con el jeque Musa. Pero no confío en los yemenitas, y el plan depende del supuesto de que todo el mundo, desde Tariq a Musa, esté de nuestra parte. Estamos poniendo en sus manos el éxito de la misión y nuestras vidas. Las únicas operaciones que en realidad funcionan bien son aquellas en que intervienen exclusivamente norteamericanos o aliados occidentales dignos de confianza. No aliados comprados.

Había hablado el verdadero soldado. Y tenía razón.

—De acuerdo —replicó Chet—, pero eso es imposible en Yemen. Resulta irónico que el plan va a funcionar precisamente porque depende de incluir algunos yemenitas en la operación. Es algo que nunca antes hemos hecho. La Pantera no pensará que podríamos confiar en un yemenita para que nos ayude a matarlo.

Chet tenía respuestas para todo. Eran buenas respuestas, además. Para dar a Chet algún crédito, también él se estaba jugando el trasero, se colocaba en la primera línea. Había que suponer que creía en el plan.

Se oyó hablar a Buck.

—No es un plan a prueba de todo —opinó—, pero es menos peligroso de lo que parece.

—Claro que lo es —le aseguré.

—Las consecuencias que sufriría el jeque Musa si nos traiciona son tan severas, incluyendo los misiles Hellfire y la ira de la familia real saudí, que siento mucha confianza en su lealtad. El jeque podría cambiar de lealtades en un futuro, la semana que viene o el año entrante, pero por ahora el trato está hecho y cumplirá haciendo su parte.

Chet apoyó esa noción.

—Si Musa ha cambiado de opinión, se lo dirá a Tariq, quien entonces nos avisará para no aterrizar, y volveremos a Adén.

—Tal vez Musa sea digno de confianza —observé—, pero para que nos maten a todos sólo hace falta que uno de los miembros de la tribu sea adepto de Al Qaeda.

Ni Chet ni Buck respondieron a eso. Chet se mostraba impaciente, y propuso decidir nuestra participación de una vez. Me miró primero a mí y luego a Kate.

—¿Están a gusto con esto? —nos preguntó.

Eché un vistazo a Kate, quien asintió.

—Si a ti te gusta, Chet, nosotros amamos tu plan —le dije a Chet.

—Yo lo amo —nos aseguró Chet—. De hecho, yo lo concebí.

¡Qué maravilla! Hace falta un gran ego para detectar a otro.

Chet miró a Brenner.

Era probable que los nativos del sudeste asiático y de Yemen hubieran traicionado a Brenner en demasiadas ocasiones. Sin embargo, estaba dispuesto a arriesgarse una vez más.

—Acepto el plan —dijo.

—¡Qué bien! —exclamó Chet—. La Brigada A está lista para matar a la Pantera. Y a una docena de jihadistas.

Como ya dije antes, a la carnada nunca le gusta el plan, pero al menos Kate y yo no éramos los únicos que nos jugábamos el pellejo en la misión. Para aumentar los incentivos, Chet anunció:

—Estoy persuadido, sobre la base de lo que conocemos de la estructura de Al Qaeda en Yemen, de que al matar a la Pantera y a sus mandos inmediatos, y destruir su campo de adiestramiento, se abortará el ataque de Al Qaeda contra el Sheraton.

Buck era de la misma opinión y así lo expresó:

—Si tenemos éxito en la operación de Marib, Al Qaeda en Yemen quedará en un estado caótico, y no se arriesgarán a sufrir otro descalabro atacando el Sheraton. Y lo mismo puede decirse sobre sus proyectos de atacar la embajada.

¡Vaya! Ya entendía todo. El capitán Mac se quedaría un poco decepcionado si no podía matar a los jihadistas atacantes del hotel. Lo mismo podía decirse de los marinos que vigilaban la embajada. Pero para el resto de la gente en la embajada y en el hotel lo más deseable era que los ataques no se produjeran. O por lo menos que se pospusieran.

Chet anunció:

—Nos reuniremos en el vestíbulo a medianoche. Dos vehículos del SDS nos conducirán al aeropuerto, donde el Otter nos espera para llevarnos a Marib.

Había llegado la parte en que el entrenador da al equipo el discurso de motivación. Buck, nuestro líder en el trabajo y la vida, lo pronunció:

—Creo que hemos logrado reunir a un equipo espléndido para la misión, y les agradezco que se hayan ofrecido como voluntarios. Puede ser que no haya ninguna gloria pública inmediata, pero sus nombres serán registrados y conocidos por las generaciones futuras. Van a arriesgar sus vidas por una causa que es más grande que cualquier individuo, con la esperanza de que, al triunfar la misión, Norteamérica será un lugar más seguro, y estaremos más cerca de alcanzar la victoria contra quienes desean hacernos daño.

Sonaba bien. Buck había vivido lo suficiente para ver el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, ninguno de nosotros viviría para ver el fin de esta otra guerra.

Chet Morgan quería pasar a cosas específicas y dijo:

—Bulus ibn al-Darwish, al-Numair, la Pantera, cabeza de Al Qaeda en Yemen, es un traidor a su patria de nacimiento y ha asesinado a diecisiete marineros de Estados Unidos y a muchos civiles inocentes. Es un enemigo jurado de Norteamérica. No hay que tener el menor escrúpulo sobre poner fin a su vida y a las vidas de sus jihadistas

sobre el campo de batalla.

Eso era infinitamente mejor que tener que leerle sus derechos en árabe.

Chet concluyó:

—Siento que alguien allá arriba nos cuida para ayudarnos a triunfar en la misión y llevarnos de vuelta a nuestras casas.

Sin duda, se estaba refiriendo a los drones Predator.

Nos pusimos de pie, nos dimos la mano y salimos de la tienda de la ISIS. Chet se fue al balcón para cargar combustible de lo que fuera que usaba, y los demás salimos a las luces brillantes del pasillo.

Buck, con la obvia intención de no entrar en conversaciones poscoito, dijo, mientras se iba hacia su cuarto:

—Nos vemos luego en el vestíbulo.

Kate, Brenner y yo nos metimos al ascensor y bajamos a nuestras habitaciones del piso tercero.

Mis enseñanzas, que se habían confirmado a lo largo de los años, decían que cuando el objetivo es simple, como liquidar a alguien, los planes necesitan ser simples también. Cuando el plan es complicado se debe a que hay en juego factores ocultos.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

A las 11:30 AM Zamo nos llamó al teléfono del cuarto para avisarnos que pasaría a recoger las maletas y los rifles.

—El tipo de la CIA —explicó— no quiere que los del vestíbulo se enteren de que se van de viaje.

Eso estaba bien. El problema de las operaciones antiterroristas coordinadas desde un hotel en las Tierras de Arena consistía en la posibilidad de agentes de Al Qaeda vigilando cada uno de nuestros pasos. Chet tenía oficio. Además de que sin duda veía demasiadas películas de espías.

Zamo añadió:

—*Mr. Harris* pide que *Ms. Mayfield* lleve su balto.

—¡Qué maravilla! —exclamé, y colgué el teléfono. Le dije a Kate—: Estupendas noticias. Tendrás ocasión de usar tu balto.

Poco después de la medianoche, Kate y yo, con pantalones de camuflaje, botas de desierto, chamarras sin mangas, chalecos kevlar y automáticas Colt .45 ocultas bajamos al vestíbulo del hotel.

El vestíbulo estaba casi desierto. No vi a ninguno de los del equipo.

—Me voy a asomar afuera —le dije a Kate.

—No. Chet nos dijo que nos encontraría en el vestíbulo.

Kate, que suele estar muy serena antes de partir hacia una misión peligrosa, lucía un poco apagada, y hasta incómoda. ¿Cómo culparla por eso? ¡Tan sólo ir al aeropuerto a esa hora ya representaba riesgos!

Tomamos asiento en el vestíbulo y nos pusimos a esperar a los otros miembros del equipo.

Después de la reunión con Chet, Brenner nos había llamado al cuarto preguntando si podía unírse nos un rato para conversar. Me pareció buena idea.

Calculé probabilidades del noventa y nueve por ciento de que la habitación no contendría dispositivos de escucha, pero teniendo en cuenta que Chet era capaz de vigilar nuestras conversaciones, y que afuera estaba la tienda de la OSP, encendí el televisor. Un tipo de barbas y bata no paraba de gritar cosas. Las palabras que pude reconocer eran «Amrika», «jihad» y «mawt», que significa «muerte». Le pregunté a Brenner:

—¿Es un comediante?

—Es un mullah —respondió Brenner.

En realidad, era un cabrón.

Juntamos tres de las sillas para estar muy cerca unos de otros. Brenner fue al grano y nos dijo:

—No estoy seguro del plan.

Kate estuvo de acuerdo con él:

—Si yo fuese la Pantera, me olería una trampa.

Pensando en panteras, leones y otros depredadores, y en lo que nos había comentado Buck en Sana'a, les recordé algo:

—La Pantera siempre se moverá con cautela y estará en guardia. Pero quiere comer.

Me acordé de lo que había dicho Chet y añadí:

—Si se las huele, sencillamente no irá. O bien cae en la trampa, o bien no se presenta. No veo que eso represente un peligro para nosotros.

Desde luego que sí lo veía, pero deseaba averiguar si Kate o Brenner lo percibían también.

—El peligro inmediato —dijo, de hecho, Brenner— no reside en la Pantera. Yo lo veo en la figura del jeque Musa. Él tiene las cartas en la mano. Nosotros no, tampoco la CIA, ni siquiera la Pantera.

Kate estaba de acuerdo con *Mr.* Brenner.

—No tenemos la menor idea —indicó ella— de cómo funciona la política aquí, quién debe qué favores a quién, ni qué traiciones se preparan.

Me sentía del todo de acuerdo con Kate, pero quise seguir haciendo de abogado del diablo.

—Chet y Buck presentan buenos argumentos por los que se puede confiar en el jeque Musa; no encuentro errores en esa lógica. ¿Qué puede ganar Musa si nos traiciona con Al Qaeda? Misiles Hellfire. En cambio, lo que le conviene es cobrar cinco millones de dólares por quitarse de encima a Al Qaeda y a la Pantera. Eso no solamente haría felices a los norteamericanos, sino que se ganaría el aprecio de la familia real saudí y de los idiotas de Sana'a. Para el jeque Musa es una acción que no trae sino ganancias.

Kate y Brenner se quedaron pensando en eso. Asentían, pero no se veían muy convencidos.

Sin duda, había otros factores y piezas del plan, y más allá del plan. Por ejemplo, Brenner tal vez supiera o no que su nueva amiguita Kate había tenido que matar a un funcionario de la CIA. ¿Tendría eso algo que ver con lo que iba a suceder en Marib? Era posible.

Era necesario tomar en cuenta a la Organización de Seguridad Política, la CIA de Yemen. Pájaros del mismo plumaje, había dicho Buck, bajando la guardia un instante. ¿Por qué Chet no había abordado la cuestión de su contraparte yemenita?

Kate estaba pensando en las mismas cosas.

—Chet no mencionó una sola vez —dijo— a la OSP, ni a la Oficina de Seguridad Nacional, ni al ejército yemenita. Eso es como descartar el hecho de que aun un país como éste tiene un aparato de seguridad. El coronel Hakim sabe, por el prisionero, dónde se vio por última vez a la Pantera. No es difícil que se haya figurado adónde vamos.

—Eso es cierto —concurrió Brenner—. Podría conducirnos a una confrontación con el ejército, la OSN o la OSP.

El abogado del diablo volvió a hacer uso de la palabra.

—En la provincia de Marib el poder está en las tribus y en Al Qaeda. Las fuerzas de seguridad son escasas en la zona. Quizás ésa sea la razón por la que Chet no las mencionó. La operación Escoba de Limpieza ha sido autorizada por los más altos niveles del gobierno yemenita, pero ni Chet ni Buck están autorizados para divulgar información política.

De nuevo, Kate y Brenner asintieron de mala gana.

Poseo suficientes luces para no crearme mis propias patrañas; por lo tanto, no otorgaba la menor credibilidad a las patrañas de Chet ni de Buck. Algo no declarado estaba en la jugada, y comenzaba a percibir de qué se trataba. No con la suficiente claridad para ponerlo en palabras y compartirlo con Kate o Brenner, ni para confrontar a Chet o a Buck exponiendo mis sospechas.

Brenner se preocupaba por el jeque Musa, y Kate pensaba que la Pantera podía olerse la trampa. Los dos veían con desazón a las autoridades yemenitas. Pero a mí lo que me preocupaba era la CIA. El plan lo habían diseñado *ellos*. Algo no marchaba con el plan. Con todos los defectos que tienen los de la CIA, la estupidez no se incluye entre ellos. Si el plan nos parecía defectuoso, la verdad era otra. En realidad, tenía que haber otro plan.

Empero, era necesario tranquilizar a la tropa.

—A fin de cuentas —dije—, Chet y Buck se juegan el trasero igual que nosotros.

Miré a Brenner y me dirigí a él:

—En el ejército, no enviarías a tus hombres a ninguna misión en la que tú mismo no participarías, o en la que no creyeras, ¿verdad?

Asintió en silencio.

Seguimos dándole vueltas al asunto durante unos minutos más, mientras el mullah se desgañitaba hablando de Amrika o lo que fuera. En realidad todo el Medio Oriente estaba jodido antes de que nos metiéramos ahí, y seguiría jodido mucho después de que nos fuésemos. Después de la salida de los judíos, no podían echarles ya la culpa de sus problemas. Entonces la culpa era de Amrika. En realidad, me había dicho Al Rasul, se odiaban a sí mismos. A pesar de eso, estábamos a punto de agregar otro motivo para que nos odiaran a *nosotros*: en las tierras sagradas del Islam los infieles iban a llevar a cabo una ejecución violenta.

—Bueno; hay que tomar una decisión —propuso Brenner.

—La decisión —le informé— la hemos tomado ya. A menos que uno de ustedes encuentre un error fatal en la planeación, más allá de los peligros a la vista, vamos a trepar al avión a Marib esta noche. Nos ofrecimos de voluntarios para la misión. Ya sabíamos de qué se iba a tratar.

Brenner me miró.

—He sido voluntario en misiones más peligrosas que ésta, en Vietnam y en otros

lugares. Pero siempre tuve conmigo gente en la que se podía confiar para cuidarme las espaldas. Eso es lo que echo en falta aquí.

—No nos falta ese tipo de apoyo —repliqué—. Tenemos a Buck y a Chet. Y a Zamo. No olvides los Predator.

Kate, que me conoce demasiado bien, me acusó:

—John, tú piensas lo mismo que nosotros respecto de la misión.

—Es posible —admití—. Pero estamos advertidos y armados. Vamos a cuidarnos unos a otros, echando un ojo a lo que hagan o dejen de hacer Chet y Buck, y manteniéndonos al lado de Zamo. Estamos preparados para hacernos cargo de la misión si las cosas de pronto nos huelen mal. ¿Conformes?

Kate y Brenner asintieron. Brenner me preguntó:

—¿Qué es lo que te ha movido a aceptar la misión? Aparte del *Cole*.

—Ése es motivo suficiente. Además, todos estamos en este oficio, y no es un oficio seguro. No lo ha sido nunca, y jamás lo será. Miren a Buck. Lleva treinta años jugándose el pellejo a base de huevos. También consideren a Chet. Hace tres años que se metió a este hoyo de mierda para vengarse del atentado contra el *Cole*. Tú, Paul, vienes arriesgándote durante casi toda la vida. Lo mismo Kate. Esto no es un empleo, es una vocación. No es el cheque del salario, sino la vida misma. Estamos creando un poco más de seguridad para la patria.

No mencioné que, además, tengo un ego bien grande.

Brenner volvió a asentir.

—Yo sigo adelante —afirmó—. Sólo quise ver si ustedes se habían dado cuenta de los problemas que entrañan esta misión y este plan.

—Nos damos cuenta —dijo Kate—. Y es mejor que hayamos podido hablar del asunto. Hay que estar alerta por si se presentan problemas.

Me miró a mí y después a Brenner.

—La verdad es que John prefiere que los planes de los superiores sean defectuosos —le explicó a Paul—. Está deseando tener que cambiar el plan, rescatar a la misión de un desastre inminente y enseñar al mundo lo listo que es él.

¡Vaya! Eso no era cierto en absoluto. Las cosas se dan así ellas solas.

—Lo primero es lo primero —dije—. Y en este caso lo primero es llegar al aeropuerto sin que nos secuestren en el camino.

Nos pusimos de pie.

—Nos vemos abajo —anuncié, y Brenner se marchó.

El tipejo de la televisión seguía en su frenesí, a punto de sufrir un ataque como le pasó a aquel locutor de *Network*. ¿Tendría alto índice de audiencia el noticiero del Mullah Demente?

—¿John?

Apagué la televisión.

—Sí, querida.

—Yo sé que tú sabes lo que estás haciendo.

—Desde luego —presumí, aunque no tenía la menor idea.

—Confío en ti para sacar esto adelante.

—Qué lista eres.

—Creo que las dudas de Paul, que me parecen válidas —me señaló—, no bastan para rechazar el plan.

—Aunque él se arrugara, no lo necesitaríamos —comenté, queriendo ser provocativo y presuntuoso—. Yo sé que no bajará en tu estima si se regresa a toda velocidad a la seguridad de la embajada.

—¡Qué cabrón eres!

—Soy el macho alfa de la Brigada A. Tenemos que matar a la Pantera para luego ir a Washington a que nos den la mano. Después a lo mejor nos iremos de vacaciones a una playa nudista de San Maarten. En las playas nudistas uno no anda preocupándose por musulmanes. ¡Dónde van a esconder sus armas o sus cinturones suicidas!

Ella no repuso nada, pero sí que me dio un beso.

Metimos algunas cosas en las maletas de mano. Fue en ese instante que Zamo nos llamó para decir que vendría a recoger nuestras armas y nuestras maletas, después de lo cual habíamos descendido al vestíbulo, donde nos quedamos esperando a los demás de la Brigada A.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Mi teléfono celular, el que funcionaba cerca de la ISIS, hizo un ruidito, y miré el mensaje de texto: *Estacionamiento*.

Kate y yo salimos del vestíbulo al área del estacionamiento frente al hotel, que se encontraba a oscuras, donde vi a un marino con un perro de los que detectan bombas con el olfato. Al acercarse el marino a las cinco camionetas Land Cruiser dio la orden:

—¡Busca, Cummins!

¡Qué perrito más bueno! Un viaje de mil quinientos kilómetros puede terminar de repente si el automóvil explota al hacer girar la llave de encendido.

Cummins daba su aprobación a los cinco vehículos. Sin embargo, le gruñó a Chet, en quien debe haber presentado a un agente de la CIA. O tal vez Cummins había olido el khat. Además, para información de a quien le concierna, Chet se había puesto ropa oscura y había encontrado sus zapatos. Las cosas iban en serio.

Dos de nuestros conductores de Sana'a, uno de ellos Mike Cassidy, cargaron las maletas en los compartimentos posteriores de los autos y nos entregaron los rifles.

Brenner giró sus instrucciones.

—A toda velocidad, sin detenernos por ninguna razón. Tengan los rifles a mano, listos para disparar.

Ya, ya. Estaríamos preparados en caso de toparnos con cuarenta jihadistas dirigiéndose al hotel.

Brenner, Chuck y Chet se subieron a uno de los vehículos, con el conductor. Kate y yo nos metimos en el asiento trasero del otro, con Mike al volante y Zamo sentado junto a él.

—¡Creí que mi jornada de trabajo había terminado por hoy! —suspiró Mike.

—¡Lo mismo que yo!

El auto de Brenner arrancó y salió de la zona de estacionamiento, y nosotros lo seguimos, pasando por la brigada del ejército yemenita, instalada en los divanes de plástico.

—¿Fuiste a que te examinara la Dra. Clare? —le pregunté a Zamo.

—Ah, sí...

¡Mentiroso! Hay tipos que se andan buscando la herida del millón de dólares, la que tiene la virtud de ponerlos fuera de acción. Otros, como Zamo, reciben la herida, pero sólo les importa seguir en la pelea. Me preguntaba qué motivos tendría Zamo. A lo mejor nada más le gustaba matar jihadistas con su rifle de francotirador. Así de simple.

Tomamos la cuesta acelerando sobre la carretera estrecha que trepaba, llena de curvas, por las colinas y las lomas encima de la playa. No había más vehículos que

los nuestros en el camino, y mantuvimos una velocidad de ciento veinte kilómetros por hora, al centro de la cinta negra. Al llegar a la parte alta, en el descenso al llano, el conductor de Brenner aflojó el ritmo, y Mike hizo lo propio.

Habíamos entrado a la ciudad por el mismo camino, que daba la vuelta a la ciudad antes de continuar por las orillas del Golfo de Adén. En menos de cinco minutos pude ver las luces del aeropuerto, aunque a esa hora no se veía ningún tipo de nave en vuelo.

Seguimos al vehículo líder hacia la entrada del aeropuerto y pasamos volando junto a una garita con vigilantes. Enseguida salimos del camino que iba a la terminal y cruzamos un campo polvoriento que nos acercaba a la pista de aterrizaje.

Al otro lado de la pista distinguí un avión de alas altas con dos motores de hélice, que debía ser el Otter. La pintura era gris monótono, el color oficial de Aéreo-Espía. Las señas de identificación en la cola eran pequeñas e ilegibles, otra indicación de que el propietario de la nave era la Compañía. Además, tanto la cabina como las ventanillas estaban a oscuras. Al aproximarnos me di cuenta de que el avión tenía las cortinas de la cabina corridas y la portezuela de abordaje cerrada.

Al acercarnos a la nave, se encendieron las luces de la cabina, arrancaron ambos motores y comenzaron a girar las hélices.

Los dos vehículos se detuvieron junto a la portezuela posterior, y todos nos agrupamos afuera. Mike se despidió:

—Buena suerte. Nos vemos en Daytona o en Madrid.

—No lo dudes.

Retiramos rápidamente las maletas de la parte de atrás del todoterreno, incluyendo el estuche del rifle de francotirador de Zamo, algunas mochilas y una bolsa de lona pesada, que yo abrigaba la esperanza de que guardase comida chatarra y municiones extra. Al acercarnos a la portezuela, ésta se abrió, y uno de los pilotos hizo descender una escalerilla corta por la que subimos. Desde arriba de la escalera, miré hacia atrás y vi que nuestros otros dos conductores del SDS nos cubrían con sus rifles automáticos.

El copiloto iba avanzando por el pasillo hacia la cabina de pilotos. En la penumbra pude distinguir que la sección de pasajeros constaba de una fila de asientos dobles a mano derecha, y otra de asientos sencillos a la izquierda, y que acomodarían a unos quince pasajeros. Cerca de la cola había dos bancas, una frente a otra, donde supuse que se podía echar la siesta. Chet apuntó a un lugar para depositar las maletas, y ahí dejamos mochilas y armas mientras Chet alzaba la escalerilla, cerraba la puerta de abordaje y nos indicaba que nos sentáramos en la sección de adelante. Chet se acercó a la cabina y habló unos segundos con los pilotos. Enseguida volvió al área de pasajeros y se colocó en un asiento sencillo a la altura de Buck, una fila delante de Kate y yo. Brenner y Zamo se habían acomodado en asientos sencillos. El avión estaba bien balanceado para emprender el vuelo.

Se apagaron las débiles luces de la cabina de pasajeros y se oyó la voz de uno de

los pilotos:

—Bienvenidos a bordo. Prepárense para despegar —anunció oficialmente.

¡Sólo le faltaba decir «Aéreo-Espía agradece su preferencia»! Me llamó la atención que ninguno de los pilotos se hubiera presentado con su nombre. Ni siquiera el nombre de pila. La política de la Compañía.

Se revolucionaron los motores, y nos ajustamos los cinturones mientras el aeroplano iniciaba su carrera por la pista. En menos de diez segundos el Otter se alzó abruptamente y estábamos en el aire. Se notaba el esfuerzo de la máquina mientras ganaba altitud a toda prisa, en un ángulo muy pronunciado.

Me incliné hacia Kate y descorrí la cortinilla para ver las luces de Adén y el puerto donde todo esto tenía su origen. Si tan sólo el comandante Kirk Lippold hubiese soltado un cañonazo de advertencia a la lancha que se le aproximaba, no habría yo tenido que viajar dos años y medio antes, ni estaría allí en ese instante. Pero en tal caso me habrían enviado a algún otro destino. Esto no tenía fin.

Nos alejábamos de la tierra con gran velocidad, ascendiendo a toda máquina en una pendiente muy inclinada. Volví mi atención a mi compañera de asiento.

—¿Qué tal estás?

—¿No podemos regresar a recoger mi estómago?

¡Ya sabía yo que ella no tardaría en encontrarle el lado gracioso a las operaciones antiterroristas en lugares peligrosos y jodidos! Le predije:

—Esto no fue nada. Espérate al aterrizaje.

—No te hagas el chistoso.

—Es sólo para aligerar el ambiente.

—¿Por qué no saltas del avión, entonces?

Unos minutos después de las emocionantes maniobras de despegue, el piloto, que seguía llevando el avión en un ángulo ascendente, giró hacia la derecha de repente, haciendo que el fuselaje se estremeciera y que Kate se aferrara a los brazos de su asiento. Una voz en el intercomunicador explicó:

—Acepten nuestras disculpas. Detectamos tráfico al frente.

No me gusta nada ir en aeroplanos que pueden chocar en el aire.

Se oyó otro aviso del piloto o el copiloto:

—Estamos volando sin luces exteriores. Por favor, si encienden la luz del asiento, tengan corridas todas las cortinillas.

Bajé mi cortina.

Unos minutos después ya habíamos terminado nuestro desafiante ascenso contra la fuerza de gravedad, y se niveló el avión. Encendí la luz del asiento y examiné el pasillo para ver si estaba ahí el carrito de las bebidas.

El piloto se dejó oír de nuevo en el intercomunicador.

—Marib queda al norte de aquí, pero por desgracia se me olvidó informar del plan de vuelo a las autoridades —nos contó, riéndose: era un poco de humor por parte de los pilotos de la CIA—. Para crear confusión en quien trate de seguirnos por radar,

tomaremos una ruta hacia el noreste, hacia Sana'a. Antes de llegar a Sana'a descenderemos a una altitud donde el radar no puede detectarnos, para tomar la dirección al este, hacia Marib. En Marib hay aeropuerto, y si alguien supone que vamos hacia ahí, creerá que aterrizaremos en el aeropuerto.

Ya, ya. Nadie pensaría que uno pueda cometer la estupidez de aterrizar en una carretera.

—Tendremos buen tiempo en ruta. Volamos bajo la luz de la luna. Al aterrizar usaremos gafas especiales para ver en la oscuridad.

Para mis adentros, pregunté: ¿dónde están los paracaídas?

—Estimamos el tiempo de vuelo en dos horas y media.

Habíamos llegado al punto sin retorno en la operación Escoba de Limpieza.

La verdad es que Kate y yo habíamos llegado a ese punto en el instante en que entramos a la oficina de Tom Walsh para hablar de Yemen.

Ahí estaba yo.

Y ahí estábamos todos, seis personas que no tenían mucho en común salvo un objetivo: matar a alguien. Mentiría si dijera que no recelaba de la situación; pero mentiría más si no confesara que tenía muchas ganas de matarlo. Ésa era la razón por la que había venido a Yemen. Bueno, una de las razones.

**PARTE VIII**  
**Marib, Yemen**

## CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

El piloto anunció que habíamos ascendido a nuestra altitud de crucero de cuatro mil metros, y nos invitaba a servirnos de los refrescos contenidos en una hielera situada en la parte posterior.

Nos levantamos y nos pusimos a buscar en la hielera, donde sólo encontramos refrescos de soda y agua embotellada. Chet nos invitó a tomar asiento en las bancas. Zamo no tenía el menor deseo ni necesidad alguna de saber lo que iba a decir Chet, así que volvió a su asiento con una botella de Dr. Pepper. ¿Sería mi imaginación o en verdad mostraba dificultad para mover el brazo izquierdo normalmente? Una herida de bala así, un trauma de los tejidos blandos, se podía hinchar e infectar. ¡Genial! Un francotirador con el brazo jodido.

Nos sentamos Kate, Brenner y yo en una banca, Chet y Buck en la otra, frente a nosotros. Chet encendió una luz en el techo y vi que en la mano tenía un fólder de expediente, lo que en la CIA les gusta llamar *dossier*, sólo para usar terminología en francés y adquirir un estatus más alto que el FBI.

La voz de Chet se dejaba oír por encima del monótono zumbido de los motores.

—Lo que tengo aquí es el perfil psicológico, más un análisis de contexto, de Bulus ibn al-Darwish, realizado por un equipo de psicólogos e investigadores del FBI y de la CIA a lo largo de tres años, desde que identificamos a *Mr.* al-Darwish como el sospechoso principal del atentado contra el *Cole*. Los informes están basados en entrevistas con los padres del acusado, su hermana menor, amigos de la infancia, compañeros de escuela, maestros y consejeros académicos, clérigos musulmanes y otras personas que trabaron conocimiento con este cabrón en Estados Unidos.

—¿Novias? —inquirí.

—Sólo tenemos noticia de una.

—He ahí el problema. Deficiencias en la dieta.

—John, haz el favor.

¿Quién habría dicho eso?

Chet me apoyó:

—Los hombres jóvenes sin relación con mujeres constituyen todo un problema en esta cultura, que con frecuencia favorece la agresividad y otras conductas anormales.

—Ya, ya.

Yo, cuando me pongo caliente, me vuelvo malo.

—Todo esto puede considerarse innecesario, si consideramos que la misión consiste en terminar con el sujeto. Sin embargo, podrían hallar interesante el caso, y tal vez les sirva para misiones posteriores. Es fundamental saber qué contiene la cabeza que nos proponemos romper.

A mí sí me interesaba. Y también lo que contendría la cabeza de Chet.

—Además, si saben por qué caminos al-Darwish se transformó en quien es hoy, y la manera en que ha alcanzado su posición, creo que podrán entender las razones que lo obligarán a acudir a la reunión con el jeque Musa y encontrar su muerte.

Ya he comentado que oír a Chet era un breve soplo de aire fresco después de cuatro años con el FBI, que por formar parte del Departamento de Justicia necesitaba por lo menos dar un *tono* legalista a sus procedimientos. Por eso Howard —y también Kate— eran agentes de esa corporación. Aunque yo estaba trabajando en Kate. Por su parte, en la CIA se hacían pocas declaraciones públicas, y por ende no habían desarrollado un vocabulario políticamente correcto, apto para el consumo general. A lo mejor me convendría pedirle empleo a Chet. De seguro iba a aceptar mis disculpas porque mi mujer había matado a uno de sus colegas.

—El sujeto —dijo Chet—, como se le nombra en estos reportes, nació en Nueva Jersey, hijo de padres nativos de Yemen. Ya he dicho que tiene una hermana menor, Hana. Su padre, Jurji, montó con éxito un negocio de importación y distribución de mercancías del Medio Oriente, que sigue operando. Tiene su oficina en Newark y viaja diariamente a su trabajo. Usa el nombre de George, equivalente al árabe Jurji. La madre, Sabria, es un ama de casa que sale poco de su hogar. Viven en una casa victoriana grande, en una calle frente al malecón de Perth Amboy, en un barrio más adinerado que los del resto de esa ciudad, mayoritariamente poblada por clases obreras.

Ya, ya. La misma casa que había visto en la foto. Chet prosiguió:

—Para su información, el nombre Bulus significa Paul, pero el sujeto nunca quiso usar el apelativo Paul para identificarse ante interlocutores que no eran árabes. No hay que exagerar la importancia de eso, pero resulta interesante que su padre se haga llamar George, y que los nombres de la madre y la hermana sean poco descriptivos; suenan como nombres occidentales.

Ya, ya. Un psiquiatra se metería hasta la cocina con eso. Lo más importante del tema era que, en cuestión de días, Bulus obtendría un nombre nuevo: Mayit, muerto.

Chet volvió al relato.

—En Yemen, la familia al-Darwish y la familia de la esposa vienen de una ciudad, de Ta'iz, donde siguen viviendo. Hemos pedido a la OSP que vigile a esas familias, pero no ha dado ningún resultado. Estamos convencidos de que el acusado no hace visitas familiares a sus parientes de Ta'iz. *Mr.* al-Darwish padre, o sea George, manda dinero a sus familiares y a los de su mujer. Antes les hacía visitas ocasionales en sus viajes de negocios, pero desde el atentado contra el *Cole*, George no ha puesto el pie en Yemen.

Así era. Las guerras separaban familias y dividían lealtades. Para el emigrante, la tierra de origen podía volverse un lugar peligroso. Por lo que respecta a jihadistas como Bulus, que habían vuelto a la patria, se topaban con que no les era posible caer de visita con el tío Abdul a tomar el té. Se encontraban solos, y todos sus nuevos amigos tenían un AK-47.

Chet llevaba adelante su historia.

—La familia de Perth Amboy tiene una casa conforme al halal. En casa se lee el Corán; van a una mezquita del centro de la ciudad. Ni esa mezquita ni la familia al-Darwish han sido motivo de atención por parte de las autoridades. Se sabe que el matrimonio al-Darwish, en reuniones con sus amigos cristianos, se ha tomado una o dos copas.

¡Tendrían que haberles devuelto la cortesía ofreciendo unas masticadas de khat!

Chet pasó a la página siguiente.

—El sujeto terrorista asistió a las escuelas públicas. Tuvo pocos amigos en la infancia y la primera adolescencia, quizá por vivir en una comunidad que no era musulmana. Sin embargo, las personas entrevistadas declaran que el aislamiento social del sujeto era consecuencia de su voluntad, y no de prejuicios en la comunidad. Una posible prueba de esas afirmaciones puede residir en las amistades de los padres y la hermana, que han mantenido amplios contactos sociales dentro y fuera de la comunidad musulmana.

Chet asumió una expresión especulativa.

—Si eso es cierto —propuso—, entonces el sujeto percibe erróneamente animosidad y prejuicio, reacciona conforme a esa percepción y así se refuerza su aislamiento social.

Ya, ya. El pequeño Bulus era un niño enfadado, infeliz y raro, y esto lo convertía en blanco favorito de otros niños. Por eso siempre quiso de mayor ser terrorista.

Chet tenía más material. Prosiguió:

—El sujeto no se dejó afectar por el hecho de que sus padres y su hermana lograban integrarse bien a la comunidad. Los analistas piensan que desde entonces el sujeto exhibe la tendencia a excluir aquellas realidades que no se ajustan a sus creencias preconcebidas.

—Todo eso describe a la mitad de la población mundial —anotó Kate.

Chet asintió con la cabeza. No obstante, afirmó:

—Es un caso extremo. Si queremos ser objetivos, habría que admitir que el sujeto, siendo musulmán, puede haber sufrido efectos del prejuicio.

Indudable. Sin embargo, la manera en que uno respondiera a ellos determinaría si seguiría adelante tras el sueño americano o si se convertiría en una pesadilla.

—A fin de cuentas —sentenció Chet— el sujeto nunca logró sentirse sino como alguien ajeno a la sociedad norteamericana. No hay lealtad en sus actitudes hacia su país de nacimiento. Sus sentimientos de alienación y rabia fueron reforzados por las noticias, la extensa cobertura de las guerras en Irak y Afganistán, las malas relaciones con los países islámicos y cosas por el estilo.

¡Vaya! Podría haber sintonizado la estación de la Radio Pública de Estados Unidos.

—La gente joven —nos recordó Chet— es impresionable y sensible. Hay toda una generación de jóvenes musulmanes nacidos en Norteamérica que crecieron en lo

que ellos consideran un ambiente hostil, sobre todo después del 11 de septiembre. Es irónico que los padres, nacidos allá, se ajusten mejor, pues han tomado por su propia voluntad la decisión de hacerse ciudadanos estadounidenses. La mayor parte de ellos están contentos con su decisión, y los que no se encuentran a gusto pueden volver a sus países nativos. Los hijos de inmigrantes musulmanes no tienen esa opción, y en algunos casos eso puede hacerlos sentirse atrapados. Entonces culpan a sus padres por haberlos llevado a Estados Unidos o por haber nacido ahí. A diferencia de los inmigrantes, estos niños a veces se forman imágenes románticas de sus tierras ancestrales y creen que serían más felices si viviesen en ellas. Se piensa que algo así le ocurrió a Bulus ibn al-Darwish, sobre la base de sus propios dichos, y de cartas y correos electrónicos que ha escrito, y grabaciones en cinta que ha producido y distribuido, con discursos largos y desordenados.

—De modo —dije yo— que todo es culpa de mamá y de papá.

—Para empezar —confirmó Chet—. Al entrar en la universidad se apartó por completo de sus padres, lo cual es muy poco usual en esta cultura tan orientada a la familia.

—Pero al-Darwish —comentó Brenner— ha de haberse enterado de que sus padres están tratando de salvarle el trasero.

—No le importa —replicó Chet—. No les agradece la oportunidad de mejorar su vida en Norteamérica; al contrario, los condena por residir en la cristiandad, entre infieles. Los padres en verdad le jodieron la vida, pero no en la forma que él cree. Como único hijo varón, lo cual en los hogares tradicionales musulmanes es una rareza, consintieron y echaron a perder al pequeño cabroncito, al estilo en que muchos padres de familia en Occidente malcrían a los hijos. Es posible que los padres se sintieran culpables por haber preferido vivir en Estados Unidos, y creyeran compensar su falta al no presionar al niño para que jugara al beisbol o cosas por el estilo.

—En nuestro trabajo nos topamos a menudo con casos semejantes —observó Kate—: jóvenes musulmanes que se encuentran atrapados entre dos mundos. La cultura norteamericana no les queda con la misma naturalidad que a otro tipo de inmigrantes. La respuesta es la alienación, que termina llevándolos a encontrar sitios radicales en internet y luego a hacer contacto con amigos radicales.

¡Cierto! Además, Estados Unidos era la superpotencia y estaba haciendo la guerra al Islam. Los musulmanes norteamericanos pensaban en sí mismos como el rostro del enemigo en el barrio. A veces, era cierto.

El avión zumbaba sordamente mientras Chet seguía pasando las hojas del *dossier* y zumbaba él mismo sobre la infancia y la adolescencia del pequeño Bulus. Concluyó:

—El sujeto recibía trato de príncipe en su casa, en la escuela se le consideraba un extraño y en las calles de Perth Amboy era objeto de hostilidad. Iba por el mal camino, pero no el que suele asociarse con un joven rabioso y alienado. Estos análisis

deben tomarse en su debido valor. Si este sujeto fuera sometido a un juicio de tribunal, estos mismos argumentos se esgrimirían y serían fielmente transcritos por los medios de comunicación. Por lo tanto, nadie tendrá que oír el cuento de cómo una sociedad cruel, prejuiciada y fría le arruinó la mollera al acusado.

Yo estaba de acuerdo en que era mejor liquidar al sujeto, en lugar de arrestarlo y llevarlo a juicio. Sin duda, resultaba mucho más fácil. Pero por hacer las indagaciones obligatorias, pregunté:

—¿No tiene él información que pueda aprovecharse?

—Mucha —replicó Chet—. Pero su situación legal en Estados Unidos como ciudadano lo coloca a él, y a nosotros, en posiciones incómodas. Estaríamos obligados a informarle sobre su derecho a guardar silencio, y lo ejercería. Además, los padres se han rodeado de abogados. Así que...

Ya, ya. *Mr.* al-Darwish, en su calidad de ciudadano norteamericano, tenía el derecho de que no lo llevaran a algún lugar secreto para aplicarle la tortura del agua. Eso presentaba un problema. Por lo tanto, tal como yo había pensado desde el principio, Bulus ibn al-Darwish tenía que ser ejecutado. Fin del problema.

Chet llegó al periodo universitario del sujeto.

—A pesar de sus problemas en la escuela pública, el cabrón tuvo buen desempeño académico, y lo aceptaron en la Universidad de Columbia. Como ustedes saben, es una de las mejores del país.

—Y tú —inquirí—, ¿a qué universidad fuiste?

—Yale.

—Entonces —observé—, tú y el terrorista tienen algo en común: ambos fueron a universidades de la Ivy League.

Chet hizo caso omiso de eso y nos informó:

—De hecho, tiene coeficiente intelectual de genio, en el dos por ciento más elevado de la población. Pudo ingresar a Mensa, pero no quiso. Su vida extraescolar se redujo a un grupo musulmán en el campus y una mezquita.

Me puse a hacer conjeturas sobre si el sujeto sería más inteligente que yo. Nunca había conocido ni matado a nadie que fuera más listo que yo. Esto podría ponerse interesante.

—Ser genio —prosiguió Chet— no equivale a inteligencia, felicidad ni éxito. De hecho, a veces funciona a la inversa. Hay estudios en los que se demuestra que las personas cuyo coeficiente intelectual alcanza nivel de genio a menudo son desdichadas y se apartan de la vida social en torno a ellas. No tienen paciencia con personas menos inteligentes: en general, se enojan por la estupidez e ignorancia del mundo y se vuelven introvertidas y desconfiadas. No confían más que en sí mismas, y raras veces siguen los consejos de otros.

¿Por qué se me quedaban mirando todos?

—Esto tiene que ver —puntualizó Chet— con lo que suceda o deje de suceder en los próximos días. Creemos que Bulus ibn al-Darwish no hará caso de advertencias o

consejos provenientes de sus asesores y ayudantes sobre los riesgos del encuentro con el jeque Musa. Lo mueve primero el odio, y lo que considera una venganza contra Estados Unidos por nuestros ataques al Islam y por la presencia militar norteamericana en el sagrado suelo de su país y en otras naciones del Islam. En las profundidades del subconsciente guarda toda la mierda que le echaron sus compañeros de escuela en Perth Amboy, y para él ha sonado la hora de la venganza.

Después de una pausa, agregó:

—El asunto del *Cole* fue una venganza también, pero impersonal. Ni siquiera estuvo ahí para ver morir a los norteamericanos, ni tampoco pudo verlos en video, como ya saben ustedes. Pero en esta ocasión... Tiene la oportunidad de echar el guante a cinco estadounidenses vivos —sus antiguos compatriotas—, gente que para él evoca todos aquellos años que vivió en soledad miserable. Si llegan, mejor dicho, si llegamos a caer en sus manos, que nadie espere una muerte rápida.

Eso ya lo sabía yo. Podríamos esperar varios meses, aun años, de cautiverio brutal, hasta que la Pantera se aburriera de jugar con sus ratones y nos cortara la cabeza. Miré a Kate, Buck, Brenner y Chet, y pensé en lo que sería pasar varios años encerrado con todos ellos. La Pantera no precisaría torturarme; unas semanas con Chet y Buck serían suficiente suplicio.

—Los años de universidad del sujeto —retomó Chet su reporte— no muestran nada digno de comentario, aunque es el periodo en que parece haberse radicalizado. Como es sabido, en Columbia hay un alto porcentaje de estudiantes judíos. En general, esos estudiantes, y la mayor parte de los alumnos de Columbia, tienen actitudes de gran tolerancia y empatía respecto de los musulmanes inscritos en la universidad.

Se puso a especular.

—Uno creería que ese ambiente pudo ayudar a que al-Darwish abriera los ojos y la mente a la realidad de que el mundo no estaba en su contra ni en contra del Islam. Tuvo la oportunidad de adaptarse muy bien a la vida universitaria, estar más contento y hacerse de amigos no musulmanes. En cambio, no respondió a la atmósfera liberal de la Universidad y prefirió retirarse a un mundo estrecho de amigos musulmanes de su misma mentalidad, dentro y fuera del campus. Resulta interesante que, para cumplir con su padre, se haya graduado en economía, aunque con un título secundario de estudios sobre el Medio Oriente.

Había cierta ironía en que aprendiera sobre su propia cultura en una universidad norteamericana.

—También tomó clases de árabe —seguía Chet su relato— para mejorar su dominio del idioma. Vivía fuera del campus, en un apartamento con otros estudiantes musulmanes, algunos nacidos en Estados Unidos y otros nativos de países extranjeros, que observaban los llamados a la oración, las leyes alimenticias y otros mandamientos de su religión. Se dedicó a estudiar el Corán religiosamente, en sentido literal. En la universidad sacó buenas calificaciones.

El joven Bulus no era exactamente Joe College. Todo norteamericano sabe que uno va a la universidad a emborracharse, acostarse con las alumnas y dar gastritis a los padres. ¡El idiota de Bulus se había dedicado a estudiar! Me pareció raro que el FBI no lo hubiera fichado como subversivo sólo por eso. Pero quizá no sea verdad.

—¿Problemas con la ley? —quise cerciorarme.

—Una sola vez —repuso Chet—. Por causa de la novia. Estaba saliendo con una dama musulmana de origen europeo, de Bosnia, que llevaba una vida secular. A veces tomaba una copa, usaba atuendos occidentales y al parecer mantenía relaciones sexuales fuera del matrimonio. Eso resulta interesante, porque en todo lo demás al-Darwish era muy estricto en su observancia del Islam. Pero se vio involucrado con esta mujer, que no tenía nada que ver con la idea de la hembra musulmana conforme a las normas de *Mr. al-Darwish*.

Me dio algo de felicidad enterarme de que hasta los musulmanes fundamentalistas pensaban con el pito. Un rayo de luz en las tinieblas de la guerra contra el terrorismo.

—Nos entrevistamos con esa mujer en Manhattan —especificó Chet—, donde ella vive, pero no quiso decirnos mucho; sólo que su novio de la universidad, Bulus, no había sido nada divertido. Anduvieron juntos a lo largo de dos semestres, hasta que ella rompió con él y empezó a salir con un no musulmán: un hombre cristiano. *Mr. al-Darwish* se puso violento y la agredió físicamente, en el apartamento de ella. Un vecino llamó a la policía, y lo arrestaron. Pero ella no quiso presentar cargos, y el caso quedó cerrado.

Ya, ya. Antes de hacerme detective de homicidios respondí a docenas de casos de violencia doméstica. Nos volvíamos a encontrar a casi todos los hombres señalados como agresores en esas situaciones, usualmente en nuevos crímenes violentos. *Mr. al-Darwish* también había hecho su reaparición, pero en grande.

Chet habló un poco más sobre los años de universidad del sujeto, y en verdad sus cuatro años en Columbia no arrojaban nada digno de atención especial. Un instructor lo describió como «del tipo melancólico»; otro lo clasificó como «callado». En cambio, un estudiante musulmán usó el calificativo «rabioso» al recordarlo. La mayoría de sus compañeros de aula ni siquiera se acordaban de él. Nada de figura popular en el campus, pero tampoco de buscapleitos. Un dato interesante era que ningún testimonio incluía ocasiones en que hubiera hablado en contra de Estados Unidos ni hecho comentarios antisemitas. La impresión que me quedaba a mí era de un joven que en público se presentaba sereno, pero por dentro no tenía sino basura. Una bomba de tiempo.

Después de un instante, Chet nos contó:

—Su encuentro con la ley, por lo visto, tuvo un efecto muy profundo: la experiencia del arresto, y la filiación, que seguramente incluyó una revisión al desnudo. La noche en la cárcel resultó demoledora. Algunos de sus compañeros de clase cuentan que se volvió aún más retraído y cayó en una depresión.

Ya, ya. Para cualquier muchacho de clase media esa experiencia era un trauma.

Por el lado bueno, muchos de ellos aprovechaban el susto y enderezaban su vida. Pero, como ya he dicho antes, el miedo con el tiempo se vuelve rabia y busca venganza. Si llegara yo a caer en las garras del sujeto, mejor ni mencionar mi pasado como policía de Nueva York. Aunque eso sin duda ya lo sabía.

—Aunque al-Darwish visitaba varios sitios de internet con tendencias radicales —continuó Chet—, no hay señales de que estuviera bajo la influencia de ningún tutor o guía fundamentalista, cosa bastante común entre esos jóvenes radicalizados. Nuestros psicólogos conductistas creen que él se ve a sí mismo como su principal fuente de inspiración. Es posible que ya entonces pensara, como en la actualidad, que lo guían desde las alturas.

Ya, ya. Eso de «oigo voces». Me ha tocado lidiar con un par de ellos. Dan miedo.

—No sabemos de cierto que sea esa clase de loco —advirtió Chet—. Y no lo podremos averiguar.

—Bueno, si cae en la trampa —opiné—, sabremos que nadie le advirtió desde las alturas.

—Buen punto —concurrió Chet, y continuó—. Si uno estudia las vidas de hombres que se han vuelto dictadores poderosos o asesinos de masas, descubrirá que muchos de ellos se parecen a este hijo de puta. Son casos de rabia, de motivaciones obsesivas, de sociópatas. Al mismo tiempo, fueron niños y jóvenes callados, como si sólo estuvieran esperando su momento de romper con los frenos sociales y legales.

Tomó aire antes de seguir:

—En una mirada retrospectiva, era casi inevitable que al-Darwish fuera a Yemen, un país que comparte muchas de sus creencias, una sociedad lo bastante disfuncional para permitirle obtener algo de poder. En otras palabras, en Norteamérica él era un cero a la izquierda, mientras que aquí en Yemen ha florecido llenando un hueco de poder, convirtiéndose en un líder que inspira miedo y respeto. Es irónico, pero por ser estadounidense, o como dicen los árabes, al-Amriki, ha adquirido prestigio y credibilidad. Y respeto.

¡Vaya! El resto de ellos habían nacido en ese hoyo de mierda, y ahí vivían y morían. Bulus ibn al-Darwish llegaba desde Amrika para salvar y servir a su pueblo, y eso les sonaba magnífico. *Era* irónico. Además, ese cabrón conocía de primera mano Norteamérica, el enemigo número uno del Islam. Recordé lo que Al Rasud me había comentado sobre la personalidad multicultural de la Pantera y los conflictos que se daban en su cabeza. Me pregunté en qué idioma soñaba. Quizá cambiara con el tipo de sueño. Para los sueños sexuales, en inglés. Cuando soñara en matar norteamericanos, en árabe.

Chet seguía exponiendo su tesis:

—El número de musulmanes nacidos o criados en Estados Unidos que han vuelto a sus países ancestrales para convertirse en líderes de movimientos jihadistas va en aumento. Para ser justos, también hay muchos musulmanes norteamericanos que regresan a esos países para hacer el bien.

—Eso es lo que al-Darwish cree estar haciendo —observé.

—Puede ser. Pero no es verdad. Se trata de un mal bicho.

—Apesta —acepté.

Después de la interrupción, Chet volvió a tomar la hebra:

—Congruente con el diagnóstico de megalomanía y delirio de grandeza, Bulus ibn al-Darwish no se conforma con ser el líder de Al Qaeda en la Península Arábiga. Según el testimonio de un desertor de Al Qaeda que lo conoció, al-Darwish abriga ambiciones mayores. Él se ve a sí mismo como líder supremo de Yemen. El hijo pródigo vuelve y se hace cargo del país. Su deseo es unir y purificar a Yemen, matando o expulsando a todos los extranjeros. Y de paso, quiere eliminar toda oposición política, incluyendo a los sectores cultos occidentalizados en las ciudades, para enseguida desbaratar toda oposición armada, como los rebeldes de al-Houthi, los jeques tribales y los secesionistas de Yemen del Sur.

No era poco trabajo, pero tal vez eso era lo que le gustaba.

—Al-Darwish pretende restaurar la ley sharia en Yemen y hacer del gobierno una teocracia medieval.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté.

Chet asintió en silencio, expresando comprensión y tal vez acuerdo. Creo que todos los del oficio estábamos un poco cansados de tratar de salvar a estos pueblos de sí mismos. Era un trabajo ingrato que a menudo resultaba contraproducente. Si se les dejara a merced de sus propios recursos, encontrarían un siglo —tal vez el décimo siglo— en el cual pudieran vivir cómodamente.

El problema lo constituían hijos de puta como Bin Laden y al-Darwish que realizaban ataques contra Occidente. Si fueran un poco más listos, dejarían de atacar, y Occidente se olvidaría de ellos, siempre y cuando siguiese fluyendo el petróleo.

Sobre ese tema, Chet nos informó del estado de cosas:

—En la actualidad, el petróleo yemenita no es importante para nosotros, pero los geólogos piensan que hay grandes depósitos de petróleo en la región de Ar Rub al Khali, el Cuarto Vacío, que se extiende a lo largo de una frontera mal definida con Arabia Saudita. Queremos controlar con los saudís ese petróleo.

Eso no era necesario decirlo; por supuesto que lo queríamos. Chet siguió hablando:

—Aparte de esas consideraciones, si al-Darwish lograra instalarse en el poder en Yemen, los analistas políticos están seguros de que el país se convertiría en un gran campo de adiestramiento de Al Qaeda, como sucedió en Afganistán, y que Bulus ibn al-Darwish sin duda exportaría violencia, no petróleo, a Estados Unidos.

Tras un momento, añadió:

—Además de la venganza por el *Cole*, en esta misión eso también está en juego.

Ya, ya. Siempre acabamos en lo mismo: petróleo y proteger a la patria de los terroristas. Lo de los terroristas lo entiendo. Lo del petróleo... bueno, produzcamos más alcohol de maíz, que además puede beberse.

Cambiando de tema, Chet continuó:

—A la Pantera se le conoce también como al-Amriki, el norteamericano. No como un apodo peyorativo. Varios hombres de Al Qaeda y otros grupos islámicos también tienen el mote de al-Amriki. Según tenemos entendido, a *Mr.* al-Darwish no le agrada el apodo, tal vez por ser un recordatorio de que también aquí es extranjero, como en Norteamérica lo fue.

Su vida entera habría sido distinta si tan sólo se hubiese conformado con llamarse Paul, o incluso Al.

Chet no había terminado.

—Nuestras fuentes se han enterado de que con frecuencia se le escapan a al-Darwish las sutilezas de la cultura, la sociedad y aun el idioma yemenitas, lo cual es comprensible para alguien que ha pasado los primeros veinticinco años de su vida en otra cultura. Para compensar esta deficiencia, al-Darwish trata de ser más yemenita que los yemenitas, y más islamista que los mullahs. Pero a fin de cuentas no tiene filiación tribal, no nació en una cabaña de lodo, nunca ha criado cabras, no mastica khat y, lo más importante, no ha sido imbuido por su padre o sus parientes hombres de la ética guerrera que es tan común en el país. Empero, ha hecho muchos avances, sobre todo gracias a que ha triunfado como jihadista, y porque Al Qaeda ha sufrido la pérdida de muchos de sus líderes, tanto en el campo de batalla como mediante ejecuciones: bombas israelitas, cohetes norteamericanos Hellfire y accidentes desafortunados.

Chet sonrió, dándose una invisible palmadita de la CIA en la espalda, antes de agregar:

—Es posible también que en ocasiones al-Darwish piense con la lógica de un norteamericano y haya elegido una profesión adecuada a su carácter. Además de que ha tenido algo de suerte asesinando gente.

—No sólo ha sido la suerte —intervino Brenner—. Creo que en el atentado contra el *Cole* tuvimos fallas de inteligencia.

Chet, miembro del cuerpo de inteligencia, no oyó eso con agrado y se quedó callado. ¡Vaya! Ya sabíamos que la motivación de Chet no era solamente vengar el ataque contra el *Cole*, sino redimir la reputación de su Compañía. Cada uno tiene sus motivos.

Chet volvió a ordenar sus pensamientos, y regresó a su exposición.

—Pensemos en un italo-norteamericano, digamos de Nueva Jersey, que regresara a su Sicilia ancestral para unirse a la mafia. El acento y las costumbres de tal hombre estarán fuera de lugar, pero tendrá la cabeza y el corazón en el lugar correcto. Gente así puede ganarse aceptación y confianza, pero a la hora de la verdad... son diferentes.

Ya, ya. Es posible sacar a un muchacho de Nueva Jersey. Lo que no se puede es sacarle Nueva Jersey a un muchacho.

—A muchos yemenitas puede impresionarle el pasado norteamericano de al-

Darwish, pero no a los beduinos, que nunca confiarán en alguien nacido y criado lejos de los ambientes del Islam. Al jeque Musa no le impresiona ese pasado, y ésta es una razón más para traicionar a al-Darwish, al-Amriki.

Pudiera ser. Pero los de la Brigada A éramos norteamericanos *de verdad*, o sea, cristianos. Pensé que Chet sobreanalizaba el problema. Empero, eso es lo que hace la CIA.

Chet quería darnos otro informe:

—Respecto del tema de la cultura guerrera, al-Darwish hace grandes esfuerzos para convertirse en un jefe guerrero que participa directamente en actos violentos. Tenemos la seguridad de que estaba presente cuando mataron a los turistas belgas, y ha dirigido a sus jihadistas en escaramuzas contra soldados saudís en la frontera. Por alguna razón no dirigió a su gente en el ataque contra Hunt Oil; a lo mejor Dios le avisó que no fuese. Es indudable que eso no ha sido visto con buenos ojos por sus lugartenientes ni sus jihadistas. Además, acaba de sufrir otro descalabro en el fracaso de la emboscada contra nuestro convoy. Por lo tanto, cuando el jeque Musa pida la presencia de la Pantera en la reunión para negociar la venta de los norteamericanos, Bulus ibn al-Darwish, el niño raro de Perth Amboy, no tendrá más remedio que ir a la cita, ser realmente la Pantera y encontrarse con el gran jeque de la tribu de igual a igual, de hombre a hombre, de yemenita a yemenita, de jefe guerrero a jefe guerrero.

Chet había concluido.

—Ése es mi análisis —remachó.

A lo mejor Chet llevaba demasiado tiempo en el país, pero tal vez yo ya sufría de lo mismo, porque en parte su análisis me parecía sensato.

Permanecimos así por un minuto, mientras el Otter volaba hacia Marib, sorbiendo nuestros refrescos y pensando en Bulus ibn al-Darwish. Matar a ese sujeto sería bueno para todos, tal vez incluyendo al mismo *Mr.* al-Darwish, que no daba señales de disfrutar de la vida. Empero, cuando uno mata a estos tipos se convierten en mártires y siguen actuando después de la muerte.

No obstante, a pesar de todo, ése era su sitio: la muerte. Acordémonos del *Cole*.

—¿Preguntas? ¿Comentarios? —preguntó Chet.

No había ni unas ni otros. Nos levantamos y volvimos a los asientos.

—Chet tiene exceso de confianza —me dijo Kate—. No es difícil que este asunto se desvíe hacia otros cauces.

—Eso lo sabemos todos.

¿Había hallado yo respuesta a mi pregunta? A saber: ¿cómo puede alguien nacido en Norteamérica, en una sociedad libre y abierta, alguien que ha crecido rodeado de confort material y educado en una atmósfera de liberalismo, convertirse en un jodido terrorista, un asesino?

Quizá sí. Pero no del todo. La respuesta no residía en los aspectos externos de la vida, sino que estaba enterrada en la cabeza de Bulus ibn al-Darwish. La mente excluye realidades externas o las procesa como cosas diferentes, y puede justificar

casi lo que sea.

Por más que creáramos una sociedad de otra clase, siempre estarían entre nosotros los terroristas, los asesinos, los agresores contra los más débiles y los golpeadores de esposas.

Por lo tanto, la respuesta era no. Yo no sabía cómo Bulus ibn al-Darwish se había vuelto quien era, ni lo que le había pasado en su larga y extraña jornada desde Perth Amboy hasta Marib. Sólo él podía saberlo.

A fin de cuentas, ¿qué importaba! Sólo importaba que se muriera cuanto antes.

El Otter, grandote y lento, mantenía su curso cruzando la noche, hacia nuestra cita con Bulus ibn al-Darwish. Me lo imaginé durmiendo, sin tener la menor idea de que su destino había sido examinado y sellado. Aunque no era imposible que alguien —la voz que le hablaba dentro de su cabeza— lo hubiera puesto sobre aviso. En tal caso, *nuestros* destinos quedaban sellados. No tardaríamos mucho en averiguarlo.

Se oyó la voz del piloto:

—Aterrizaremos más o menos en una hora.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

El interior del avión se sumió en la más completa oscuridad. Ni siquiera podía ver a Kate, sentada a mi lado, pero nos agarramos de la mano. Me pregunté si Chet y Buck estarían tomándose de la mano en lo oscuro.

Pude sentir que perdíamos altura y velocidad. Me incliné sobre Kate y abrí la cortinilla. No se veían luces abajo, pero la luna bañaba de luz plateada un paisaje de colinas rocosas. Calculé que íbamos a unos mil metros de altitud, viajando a menos de 300 kilómetros por hora. Eran las 2:45 AM, así que ya estábamos cerca.

Kate miraba por la ventanilla sin decir palabra. De hecho, casi nadie había hablado después del informe de Chet. La cabina había quedado en silencio y sólo se oía el rumor de los motores de hélice.

Se oyó estática en el intercomunicador, y enseguida la voz del piloto anunció:

—Como en diez minutos.

¡Es en momentos así que me pregunto en qué diablos pensaba yo para acabar en situaciones como ésa! Me acordé de lo que me decía mi padre cuando yo tenía problemas con mis amigos: «Un idiota intentará lo que sea. Por eso sabes que es idiota».

El piloto nos informó:

—Los transpondedores están en posición correcta. El camino designado va de este a oeste, y tomaremos tierra entrando por el este. Viento ligero, buena visibilidad.

El Otter dio un cerrado giro a la izquierda, se estabilizó y mantuvo velocidad y altitud. Nos estábamos alineando con los transpondedores electrónicos que marcaban el camino.

El piloto dejó abierto el intercomunicador para que pudiésemos oírlo.

—Visitante Nocturno Dos —llamó—. Aquí Visitante Nocturno Uno. ¿Me lees?

Hubo unos segundos de silencio, y entonces oímos la respuesta por el intercomunicador, apenas distinguible:

—Visitante Nocturno Uno, aquí Visitante Nocturno Dos. Cambio.

La voz tenía fuerte acento árabe: «Mishidande nodurno». Me acordé de las objeciones de Brenner a un guía árabe. Y me parecieron prudentes.

—¿Hay polvo? —transmitió el piloto.

Otra vez un largo silencio, y luego vino por el intercomunicador una respuesta que no logré entender.

—¿Qué dijo? —preguntó Kate.

Yo esperaba «¡váyanse como alma que lleva el diablo!», pero no. El piloto nos contó:

—Reporta que no hay polvo esta noche.

Chet se levantó de su asiento y abrió la portezuela de la cabina, para que

pudiéramos hacer contacto visual con los pilotos en caso de que las cosas empezaran a ponerse raras.

—Bajen sus cortinas —ordenó Chet—. Hay que encender las luces para sacar las armas.

Bajé mi cortina y todos encendimos las luces. Nos levantamos y fuimos a la parte posterior del avión. Buck le dijo a Kate:

—Por favor, ponte el balto encima de la ropa. El jeque Musa y sus hombres se ofenderán si ven a una mujer vestida en atuendo masculino.

—No toleran a travestís aquí —dije, queriendo ser útil—. Esto no es Nueva York.

Kate soltó una exclamación muy poco femenina, pero sacó el balto de la bolsa y se lo puso encima de su disfraz de hombre.

Nos hicimos de nuestras armas, volvimos a los asientos y nos ajustamos los cinturones.

—El jeque Musa ni te va a notar —le aseguré a Kate.

—Apaguen sus luces —dijo Chet— y abran las cortinas. Den un grito si ven algo que les parezca fuera de lugar.

Kate subió la cortina y nos pusimos a observar la tierra que parecía subir velozmente hacia nosotros. Esta parte era más plana de lo que había visto unos minutos antes sobre las colinas. Me pareció distinguir algunas luces por ahí, pero era un paisaje en la oscuridad bajo la luz de la luna, que permitía ver algunas parcelas cultivadas, apartadas entre sí.

El Otter hizo su aproximación de aterrizaje, y encontró un poco de turbulencia al descender.

El piloto habló por el intercomunicador.

—El Visitante Nocturno nos desea aterrizaje seguro.

Muy bien: la última señal de paso libre. Ahí sí que cruzábamos el punto de no hay retorno.

No podía dejar de visualizar a Tariq con la cabeza encañonada por una pistola, rodeado por jihadistas sonrientes, mientras la Pantera y el jeque Musa afilaban sus dagas entre carcajadas. O Tariq pudiera ser parte de la trampa, y estaría dándose palmaditas con el jeque Musa. ¿Verdad?

La nave desaceleró de repente. El piloto anunció:

—Dos minutos.

—Tan pronto se detenga el avión, saltaremos y tomaremos posiciones de defensa en la zanja de drenado al lado izquierdo del camino.

¿Sería un procedimiento aprobado por las reglas de la Administración Federal de Aviación?

Había buenas noticias. El piloto nos las comunicó:

—Los Predator reportan que no hay indicios negativos.

¡Genial! Pero ¿cómo lo sabían? Buenos y malos han de verse igual, todos con bata blanca y AK-47. ¿Verdad?

Las alas en alto del avión permitían una visión sin obstáculos del suelo, y todos nos pusimos a mirar por las ventanillas.

A la luz de la luna, no distinguí nada ni a nadie en el paisaje que se extendía abajo. Ni gente, ni vehículos, ni edificios. Sólo rocas, llanos secos, algunos arbustos y unos cuantos árboles maltrechos. Sin embargo, en las zanjas de drenado había un poco de vegetación, y eso nos permitiría ocultarnos. Por lo mismo, servían de escondite para cualquiera que nos estuviera esperando.

—Tocaremos tierra —nos avisó Chet— en medio del lugar designado para aterrizar y seguiremos hasta sobrepasar el extremo de los transpondedores.

¡Claro! Una precaución por si los malos nos esperaban al final de la franja de aterrizaje establecida. Pero los malos también se sabían el truco, y estarían más alejados del camino.

—Treinta segundos —dijo el piloto.

Kate me habló con suavidad.

—Bueno, no han abierto fuego contra nosotros.

—Es buena señal.

En realidad, si efectivamente había enemigos afuera, no intentarían derribar el Otter mientras volaba; era mejor dejarnos aterrizar y bajar del avión, para entonces disparar al aparato y tratar de tomarnos prisioneros. Pero eso no iba a suceder.

Chet tenía instrucciones que darnos:

—El orden de salida es: yo, Paul, Buck, John, Kate y al final Zamo.

Cuando estábamos a poco más de quince metros del suelo, los motores del Otter callaron de pronto, y descendimos con rapidez. El tren de aterrizaje reforzado golpeó el suelo, y dimos principio a una serie de rebotes sobre el camino disparejo, levantando una nube de polvo. El avión derrapaba, pero el piloto pudo controlarlo.

El piloto frenaba con fuerza y el Otter desaceleraba.

—Desabrochen los cinturones. Listos para salir —indicó Chet.

Se levantó, se colgó el rifle del hombro y en dos pasos alcanzó la puerta trasera, mientras el Otter seguía rodando. Antes de que se detuviera el aparato, Chet ya abría la portezuela dejando entrar una nube de polvo.

Todos nos pusimos de pie, nos colgamos los rifles y nos formamos en el pasillo. Le hablé a Buck, que estaba parado frente a mí.

—¿Cómo se dice en árabe «no dispare, soy un norteamericano con inmunidad diplomática»?

—Tú te ocupas de disparar, yo de hablar —replicó Buck.

¡No estaba mal Buck, para ser un patrañero del Departamento de Estado educado en la Ivy League!

Chet tomó unas bolsas del compartimento de equipaje en el momento en que la nave se detuvo con brusquedad.

—¡Vamos! —espetó, y enseguida echó las bolsas fuera y las siguió de un salto. Brenner y Buck hicieron lo mismo, y cuando llegué junto a la salida, el copiloto se

me acercó, para poder cerrarla después, y me dijo:

—Buena suerte. Nos veremos en el viaje de regreso.

¿Era viaje redondo? Eché afuera mi bolsa, dije «Gerónimo» y me dejé caer al suelo, a poco más de un metro.

Kate me siguió enseguida, y tras ella Zamo. Todos corrimos a la zanja de drenado con las mochilas.

El Otter cerró las puertas y, un segundo después, los motores rugieron y el aeroplano empezó a moverse sobre el camino.

Si hubiera una emboscada, era el momento preciso para disparar sobre el Otter. Tenía la atención dividida entre mis alrededores y el avión, grande y aparatoso, que desaparecía en la oscuridad. En diez segundos, vi que se alzaba y empezaba a ascender por una pendiente muy inclinada. No había ráfagas ni guías trazadoras, y supe que por el momento todo estaba bien. De hecho, estábamos solos en medio del territorio de Al Qaeda.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Chet nos mandó poner pecho a tierra y no movernos.

Pero Brenner, hombre de infantería, sugirió:

—No hay que permanecer en el mismo lugar donde pueden haber visto que te escondiste. Síganme. Dejen aquí el equipo.

Desobedecimos al hombre de la CIA y seguimos al veterano de combate, quien avanzó por la zanja corriendo agazapado.

Después de recorrer unos cincuenta metros así nos detuvimos. Brenner y Zamo salieron de la zanja y, usando las miras de visión nocturna montadas en sus rifles, escrutaron el camino y el paisaje en la oscuridad. Al volverse hacia el este, Brenner volvió a hablar:

—Veo un vehículo que se nos acerca, sin luces.

Chet había encendido su teléfono satelital.

—Tariq, aquí *Mr. Brown*.

¡Vaya! ¿No nos había dicho que su apellido era Morgan?

Chet escuchó durante un momento, y preguntó:

—¿Eres tú el de la camioneta que se acerca?

Se produjo otra pausa, y enseguida volvió a hablar:

—Está bien, aproxímate.

Ya podíamos oír el motor del vehículo, y todos asomamos las cabezas sobre los arbustos y observamos con los visores nocturnos una pequeña camioneta pick-up que se nos acercaba despacio.

Al poco rato pude distinguir a un hombre tras el volante. El asiento a su lado se veía vacío. Cabía esperar que la cama de la camioneta no estuviera repleta de jihadistas agazapados. El vehículo se detuvo en el mismo lugar en que habíamos saltado a tierra desde el Otter. Chet volvió a su teléfono.

—Avanza un poco más.

La camioneta se volvió a poner en movimiento.

—Quédense en sus sitios y cúbranme —nos pidió Chet, y enseguida se levantó, alzando el brazo frente a la camioneta, que se paró a su lado.

Tariq permaneció en el auto. Se dieron la mano él y Chet, e intercambiaron unas palabras. Chet nos instruyó:

—Suban atrás.

Por lo tanto, nos levantamos y trepamos a la cama de la pequeña camioneta. Chet se sentó junto a Tariq, quien dio una vuelta en U y volvió al lugar donde habíamos dejado nuestras cosas, que recogimos en un santiamén, y nos fuimos por el desigual camino de tierra en que habíamos aterrizado.

Imitando a Brenner, nos pusimos a observar el camino por las miras de los rifles.

La mía no mostraba más que algunas cercas largas de piedra que acorralaban a borregos y cabras. Zamo iba de pie, apoyando su rifle en la cabina del conductor y mirando por su visor nocturno. Tuve la impresión de que le dolía el brazo izquierdo, sin lugar a dudas.

Aparte de eso, íbamos bien. Los seis vaqueros habíamos logrado aterrizar en pleno Territorio Indio. Pero ¿dónde andaba la caballería?

Hablé a todos.

—Pensé que el jeque Musa nos iba a dar escoltas armadas.

—No podemos verlos —replicó Buck—, pero los hombres del jeque están en torno nuestro.

Si tú lo dices, pensé. ¿No agitaba aquella cabra una mano, saludando?

—Musa nos recibirá en persona un poco más adelante en el camino —añadió Buck.

Supuse que no tendría ninguna otra cosa que hacer a las 3:00 AM en la provincia de Marib. Por cinco millones de dólares, yo iría en persona hasta Brooklyn para ver a Musa en su nueva deli.

Kate se veía algo tensa. Le di una palmadita en la mejilla y le aconsejé:

—No se te olvide ponerte el velo en la cara cuando te presentes al jeque.

Después de algo menos de un kilómetro, Tariq se salió del camino para tomar una vereda de ganado. Más adelante seis autos todoterreno aparecieron junto a una cabaña de piedra. Tariq se detuvo, Chet salió de la cabina y nos dijo:

—Todo listo. Vamos a que conozcan al jeque.

Lanzamos las mochilas al suelo, bajamos la portezuela abatible y saltamos.

La camioneta de Tariq giró en redondo y se fue por donde había venido, a recoger los transpondedores para los siguientes idiotas que quisieran aterrizar por la noche en un camino de tierra. Cabía la esperanza de que serían los mismos pilotos del Otter, si acaso regresaban por nosotros.

La casucha de piedra estaba a unos cincuenta metros por la vereda de pastores. Chet dijo que dejáramos ahí nuestras cosas, y él y Buck se pusieron a andar hacia la cabaña por delante de nosotros. Kate no olvidó cubrirse el rostro y el pelo con su hijab, y Buck sugirió que nos colgáramos los rifles del hombro, para expresar respeto y confianza. ¡Vaya! Igual que dejar los rifles tirados y entrar con la cabeza volteada hacia arriba, ofreciendo el pescuezo al degüello. ¿Bastaría eso como muestra de sensibilización cultural?

El punto de no retorno había quedado no sólo atrás sino que muy, muy lejos en esta etapa. Por lo tanto, emprendimos el paseo hacia la cabaña, tarareando: «We're off to see the wizard!».

Pero nadie salió a recibirnos, por lo que entramos a la casucha. Yo hubiera llamado a la puerta, sólo que no había.

El primero en entrar fue Buck.

—¡As-salaam alaikum! —profirió.

Nadie le disparó. Se oyeron varias voces que le devolvían el saludo:

—¡Wa alaikum as-salaam!

¿Nadie oyó que dijeran: «¡Hora de sacar las jambiyas!»?

Buck nos invitó a pasar, y cruzamos el umbral estrecho y bajo para entrar a la choza.

Dos lámparas de petróleo colgadas de las vigas del techo daban luz al interior. Recargados en los muros de piedra y sentados sobre lindas alfombras, estaban seis caballeros barbudos con batas blancas y jambiyas. Todos tenían sus AK-47 apoyados en la pared. Frente a cada uno había una pila de hojas verdes, el desayuno de los campeones.

Uno de los seis resplandecía en su bata blanca como la nieve: su jambiya estaba ornamentada con joyas, y el shival que llevaba en la cabeza mostraba bordados que parecían de oro. Ése debía ser el jeque.

—La costumbre —nos dijo Buck— nos manda a todos a saludar a cada hombre de manera individual, empezando por el de mayor edad, usando nuestro primer nombre. Sigán mi ejemplo. Ellos no se pondrán de pie, pero eso no significa falta de respeto.

Añadió algo más para mi mujer.

—Kate, por favor, quédate de pie junto a la entrada. Dirige los ojos al suelo.

¡Yo querría tomar una foto de eso!

Buck estaba saludando al jeque Musa, el tipo del gorro de oro, y el jeque Musa lo presentó al que estaba sentado a su lado. Buck lo saludó en árabe, mientras Chet saludaba en inglés al jeque, quien le respondía en árabe, y *Mr.* Brenner ya se estaba presentando como Bulus, y así fuimos pasando de un beduino a otro. Los árabes no suelen estrecharse la mano, y nos limitamos a inclinaciones respetuosas con la cabeza. Hola, soy John. ¿Cómo dijiste que te llamas? ¡Otro Abdul! En algún momento del carrusel me confundí tanto que saludé a Zamo.

Superado el paso de la tradición, se invitó a los hombres norteamericanos a que se sentaran en el suelo. Buck recomendó a Kate que se mantuviera de pie cerca de la entrada. Los cinco hombres nos metimos entre los seis beduinos, cuyos desodorantes habían dejado de ser útiles varias semanas antes.

El jeque Musa habló, y Buck tradujo.

—El jeque nos ofrece khat, pero rehusaremos. Está bien decir que no.

—¡Hay que masticar algo de khat, Buck! —protesté.

Buck dijo algo al jeque, quien asintió y ordenó a uno de sus hombres que pasaran agua embotellada que tenían en una caja. Brenner, que estaba al lado de Kate, le pasó una botella. A continuación, alguien pasó un pan del tamaño de una *pizza*, y cada quien rompió un pedazo. Eché de menos mi antibiótico. Kate tomó un trozo de pan de Brenner, aunque no vi cómo podría beber o comer sin alzarse el velo y causar un escándalo. No era mi problema. Yo era un hombre entre hombres. Que se jodiera Manhattan. ¡Que se jodiera Plaza Federal 26! Hola, beduino. ¿Dónde dejé la cámara?

Una vez servidos los cocteles y los entremeses, Buck habló en árabe con el jeque Musa, quien lo escuchó completamente absorto, o tal vez estaba rendido por el khat. El árabe asentía con la cabeza. Algunos otros beduinos hablaban entre sí, aunque también se dirigían a Buck.

Chet hablaba algo de árabe, y lo estaba usando, pero Bulus Brenner no quiso exhibir sus conocimientos del idioma.

Me acordé del capitán Dammaj, que había ocultado su conocimiento del inglés, y le pregunté a Buck:

—¿Qué dicen estos señores tan amables?

—Confirman nuestro acuerdo —replicó Buck.

—Ya, ya. Cinco millones.

—Y ratifican que han recibido una carta del príncipe Imad, de la familia real saudí.

—¡Espléndido! —declaré, sonriendo al jeque Musa—. ¡El príncipe Imad es de lo mejor!

Hice la seña con el pulgar hacia arriba.

—Por favor, no hables —sugirió Buck.

¡Vaya! Me tendría que limitar a los disparos.

Hablando de disparar, miré a Zamo al otro lado del cuarto. Estaba muy quieto en su sitio, con los ojos pasando de un beduino a otro. Sin duda, le recordarían a la gente de las tribus de Afganistán. Me daba la impresión de que se grababa esos rostros en la memoria, en caso de que los volviera a encontrar dentro de su mira telescópica. ¡Buen chico, Zamo!

Después de que Buck y el beduino terminaron de platicar, Buck anunció:

—El jeque confirma que la camioneta con el equipo de monitoreo de los Predator ya está en la casa de seguridad, bajo una guardia de sus hombres.

Genial. Hablando de los Predator, el jeque debía saber que allá andaban dando vueltas arriba de nosotros, así que tenía que portarse bien o estaba frito.

Buck, Musa y los otros beduinos intercambiaron algunas palabras más; entre ellas distinguí varias veces «al-Numair» y «Al Qaeda». También «Sana'a», y «Mukhabarat», la OSP. No hay como obtener informes de quienes ahí viven, siempre y cuando no tengan sus propios planes.

En la luz tenue observé al jeque Musa. Se veía imponente, casi como un rey, y tenía por nariz una ganzúa fantástica, como proa de rompehielos. Sus ojos estaban atentos, a pesar de la hora y del khat. Su piel se parecía al cuero de mi sillón La-Z-Boy, al que por cierto echaba de menos. No me gusta sentarme con las piernas cruzadas.

El jeque dijo algo a lo que los otros cinco reaccionaron asintiendo con ruidos de aprobación.

—El jeque ha dicho que somos hombres valientes —nos dijo Buck.

¡Vaya!, pues Kate también tenía huevos. Y todos éramos unos idiotas.

—Dice que hay un enemigo en común —continuó Buck—, Al Qaeda. Por supuesto, considera que los enemigos de sus enemigos son sus amigos.

Ya, ya. Hasta que eso cambiara. Por no mencionar que el jeque hacía negocios con el enemigo común.

El jeque se puso de pie, y todos imitamos su ejemplo. Hablaba de nuevo, y Buck tradujo:

—Ha dicho que seguramente venimos cansados de un largo viaje. Ordenará que nos lleven a nuestra casa. Nos desea dormir bien, y una buena estancia en Marib.

¡Lo mismo les habría dicho a los turistas belgas! Pero no tenían cinco millones de dólares ni drones Predator, así que esta vez quizá fuera sincero.

Buck agradeció al jeque y sus lugartenientes de confianza por su hospitalidad y su ayuda. El jeque se resolvió a dar la mano a Buck, que se la estrechó. Luego todos los demás tuvimos que estrecharnos las manos. Menos Kate, que seguía admirando la alfombra.

Afuera había una docena de tipos armados, todos vestidos con bata, y nos indicaron tres de los autos todoterreno Toyota Land Cruiser, donde ya estaban puestas nuestras mochilas. Kate y yo nos subimos a una de ellas, con dos beduinos al frente, Buck y Chet a otra, y la tercera fue para Zamo y Brenner. Y nos fuimos en las camionetas, bajando por el sendero de cabras al camino, donde tomamos la dirección al oeste, hacia las montañas escarpadas que se alzaban en la lejanía.

Le anuncié a Kate, que seguía cubriéndose el rostro con su pañoleta:

—He decidido que quiero ser uno de estos jefes guerreros.

No me respondió.

—Pero no quiero andar en Toyota. Quiero un caballo árabe de color blanco.

—El único contacto que tú tienes con la piel de un animal es entre el La-Z-Boy y tu culo.

Las esposas lo bajan a uno al nivel del suelo. Día a día.

En todo caso, el jeque Musa daba la impresión de ser confiable. Si pensara en entregarnos a la Pantera, lo habría hecho ya.

Por otra parte, estábamos en el Medio Oriente. La tierra de los espejismos, del resplandeciente oasis en la arena que fatalmente hacía que un sediento se adentrara en el desierto. Al llegar al agua para salvarse la vida, se encontraba sólo los huesos de aquellos que habían llegado antes que él. Se encontraba con la muerte.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

El convoy de tres vehículos avanzó por el camino que nos había servido de pista de aterrizaje, hacia los cerros que habíamos sobrevolado. Buck y Chet iban en el vehículo de adelante, Kate y yo en el de en medio, y Brenner y Zamo en la retaguardia.

Las camionetas tenían las luces apagadas, pero quedaba suficiente luz de luna para ver el camino recto, que se delineaba mejor gracias a las zanjas laterales. Dudé que los beduinos tuvieran licencias de conducir vigentes, pero por lo visto sabían manejar a oscuras. O sea, los camellos no tienen luces, ¿verdad?

Una pregunta: si en ese territorio mandaba la tribu, ¿por qué manejaban con las luces apagadas? Respuesta: había otras tribus. Una de ellas se llamaba Al Qaeda.

La noche estaba fresca y seca, y el cielo estrellado tenía claridad cristalina. La media luna iba bajando sobre las colinas del oeste, y pronto estaríamos a oscuras, salvo por la luz de las estrellas. Por la noche, el desierto tiene una belleza cabal, un sentimiento de estar en otro mundo que altera el humor y la percepción de la realidad. A lo mejor por eso Yemen era tan atractivo para la Pantera.

Todos los árabes tenían pasado de nómadas, y su origen era Yemen, de modo que quizás el desierto estaba en los genes y la sangre de la Pantera. Era bueno que muriese ahí. Mejor que morir en Nueva Jersey, lo cual siempre será una redundancia.

El conductor y su acompañante parloteaban sin cesar entre ellos al tiempo que hablaban por sus celulares. Podrían estar llamando a sus esposas. Querida, tengo que trabajar hasta tarde otra vez. No me esperes despierta. Por el camino recogeré algún bicho atropellado para la cena.

Ninguno de los dos sabía inglés, y eso limitaba las posibilidades de entender algo de su cultura y sus vidas. Ésa era la buena noticia. La menos buena era que no teníamos idea de lo que hablaban. No quedaba más remedio que esperar que fueran cosas buenas.

Antes de que pasara media hora habíamos llegado al pie de las montañas serradas que, como se veía antes desde el aire, estaban constituidas por una serie de mesetas que la erosión había aplanado.

De repente, el camino se volvió más estrecho y sinuoso al escalar por una de las caras de la meseta. Casi no había luna, pero los conductores no encendían las luces. El camino se había vuelto un sendero de cabras lleno de piedras. Luego, un sendero de ardillas.

Llegamos por fin a la cima de la meseta, que no era llana, sino que estaba cubierta por grandes formaciones de rocas. Si los llanos estaban en medio de la nada, esto era la cumbre de la nada. Buen sitio para una casa de seguridad, sin embargo.

En la meseta quedaba un poco de luz de luna que iluminaba las rocas. Después de

avanzar entre ellas, pude distinguir la silueta de una estructura grande, recortada por la luna.

Los autos se detuvieron a un lado del edificio. Buck y Chet bajaron del suyo, así que habíamos llegado a nuestro destino.

Kate y yo salimos de la camioneta, al tiempo que Brenner y Zamo hacían lo propio. Nos pusimos a mirar lo que sería nuestro nuevo hogar.

Frente a mí se alzaba una torre de planta cuadrada, de forma similar a las de Sana'a. Ésta tenía seis pisos de altura, con ventanas distribuidas de modo irregular, la más baja de ellas a unos siete metros del suelo. El piso más alto estaba formado por arcos abiertos. A un costado de la torre se adivinaba un patio entre murallas, quizás el estacionamiento de camellos. Toda la estructura se había construido usando el único material que había a la mano: piedras. Y más piedras. Me fijé en que la torre se situaba al lado de lo que tenía el aspecto de ser un acantilado erosionado.

Buck hablaba con dos beduinos que salían del patio para recibirnos, y todos nos acercamos a ellos.

—Este tipo de lugar se llama nawba, que se traduce como atalaya o fortaleza. Se llama Husin al-Ghurab: la Atalaya del Cuervo.

Ya, ya. Había que ser cuervo para llegar.

Buck, que ya empezaba a sonar como esos agentes de bienes raíces que quieren colocar algún elefante blanco a sus clientes, anunció:

—Fue propiedad del sultán Ismail Izzuddin ibn al-Athir.

Si yo me llamase así, no querría nunca firmar autógrafos.

—Tras la revolución de 1967 —recitó Buck— el sultán fue depuesto y enviado al exilio con los demás sultanes yemenitas. En la actualidad vive en Arabia Saudita. El jeque Musa es su sobrino, y le cuida al tío la atalaya, mientras aguarda su regreso. Han limpiado un piso de la torre para nosotros, y han dispuesto camas.

No quise ni pensar qué especie de camas tendríamos. En cambio, pregunté:

—¿Agua? ¿Electricidad?

—Ninguna de las dos —estableció Buck—. La azotea de la torre, el mafraj, es buen lugar de vigilancia, adecuado para la comunicación vía teléfono satelital.

Ya, ya. El cuarto con vista. Pásame el khat, voy a llamar a casa. ¡Hola, Tom! ¿A qué no adivinas dónde estoy, cabrón? Persistí en indagar:

—¿Hay conducto de excremento en la torre?

—No lo dudo.

¡Genial! Tal vez se podría convencer a Chet de pararse debajo.

Buck intercambió unas palabras con uno de los beduinos, que nos condujo hacia la pequeña fortaleza. No vi puerta alguna en la torre, pero en el muro del patio había una abertura enrejada a modo de entrada, por la que accedimos a la zona intramuros, donde estaban estacionados los dos autos todoterreno. En el patio también había un camión de caja cerrada de unos nueve metros de largo. Era blanco, y en el costado llevaba una leyenda en árabe y la imagen de un pez rojo. Encima del techo del

camión, un objeto hacía las veces de unidad de refrigeración, pero enseguida supe que se trataba del domo sellado de una antena satelital de plato.

Uno de los beduinos le habló a Buck.

—Las dos camionetas son para nuestro uso personal —nos tradujo—. El camión, como ya se habrán dado cuenta, es nuestro sistema de comunicaciones, que incorpora la estación terrestre de monitoreo de los Predator. El camión llegó al aeropuerto de Sana'a conmigo, en el C-17.

Ahí aparecía otro motivo por el que ni a Kate ni a mí nos habían dado permiso de volar en el C-17. Me pregunté si habría alguien más a bordo.

Buck y Chet fueron hacia las dos puertas traseras del camión y se cercioraron de que tenían candado puesto. Buck, usando una linterna de bolsillo, examinó el candado.

—El mismo candado que estaba en el avión. El sello de lacre sigue intacto.

¡Qué bueno! Pensando en el caballo de Troya, no quisiera que el camión estuviese repleto de jihadistas. O explosivos. Buck añadió más información:

—Yo tengo la llave del candado. Lo abriremos por la mañana.

¡Vaya! ¡Ya *era* de mañana, Buck!

Chet se aseguró de que tenía copia de la llave. Enseguida verificó que la llave de encendido estuviese puesta en el lugar correcto, y tanto él como Buck verificaron que ambos tenían copias de repuesto. Además, uno de los beduinos le entregó a Buck otro juego de llaves.

Fuera de toda duda, mucho de lo que estaba sucediendo había sido planeado con anticipación, incluyendo conseguir que *Mr.* y *Mrs.* Corey hicieran el viaje. Al fin se juntaban todas las piezas ahí, en la provincia de Marib, donde los autores del plan sabían que tenía residencia la Pantera desde antes que se diera el ataque contra Hunt Oil. Se me volvió a ocurrir que no tenía a la vista sino la punta del *iceberg*. Eso no tenía nada de raro. En mi negocio, uno sabe nada más lo que necesita saber. Mi inquietud venía de sentir que ignoraba cosas que *sí* necesitaba saber.

—¿Cómo llegó hasta aquí el camión? —le preguntó Brenner a Buck.

—Se lo entregamos en el aeropuerto a los hombres del jeque Musa, y ellos lo condujeron directamente hasta aquí, sin incidentes, protegidos por una discreta escolta armada de camionetas todoterreno, también provistas por el jeque.

¡En verdad el jeque se estaba ganando sus cinco millones de billetes yanquis! Estaba incentivado. El dinero manda. La lealtad no es más que una palabra.

Kate, quien sin duda se acordaba del emocionante ascenso a la meseta, preguntó a través del velo:

—¿Pero cómo lograron subir ese camión a la meseta?

—Mi conductor, Amid, me dijo que hay una carretera más transitable que entra por el lado norte —nos informó Buck—. Amid dice que el jeque tiene vigilado ese camino.

Muy bien. Estábamos protegidos por hombres y por el medio ambiente. Lo malo

consistía en que esa protección significaba también que no podíamos salir de ahí. Pero para ser una mente positiva como Buck, tuve que reconocer que el jeque Musa estaba cumpliendo cabalmente con su parte del trato. La verdad, no podríamos llevar a cabo nada de eso sin contar con la ayuda y la cooperación de un jeque de la región. En este caso, el jeque Musa.

Los tres vehículos Toyota Land Cruiser en los que viajamos ingresaron al patio, y el beduino se puso a retirar nuestras mochilas.

Otros dos beduinos nos condujeron a través del patio hacia una entrada estrecha situada en la base de la torre. Tan pronto como puse el pie en ese espacio oscuro lo reconocí como el piso del ganado, con piso de tierra y olores acerbos. Busqué en el alto techo la salida del conducto de excremento, pero no se veía mucho en la oscuridad.

Los dos beduinos llevaban linternas eléctricas, y señalaron con las luces una escalera de piedra.

El segundo nivel de la subida de seis pisos era el diwan, el mejor espacio de la torre, y el beduino se detuvo ahí y le dijo algo a Buck, que enseguida nos habló.

—Éste es nuestro lugar.

Los anfitriones encendieron lámparas de petróleo, que iluminaron una amplia habitación que constituía el piso completo de la torre, apoyado en columnas de piedra. Algunas aberturas a modo de ventana dejaban entrar algo de luz de luna, aire y pájaros. El suelo consistía en planchas rudas de madera cubiertas de excrementos de pájaros, mientras que los muros eran de piedra desnuda. El lugar era en lo fundamental un montón de rocas, una especie de castillo medieval indigno de un sultán, no se diga de seis norteamericanos melindrosos. Bueno... tal vez no éramos melindrosos los seis. En todo caso, ahí es donde volveríamos después de la escenificación del secuestro, para esperar a los hombres de Al Qaeda que conducirían los hombres del jeque Musa a que nos vieran. Yo esperaba que no fuese una espera demasiado larga.

Cuando mis ojos se ajustaron a la luz de unas diez linternas pude ver nuestra recámara: seis miserables cobijas extendidas sobre una amplia cama de paja. Noté también un pequeño cobertizo de madera en el rincón más alejado, y conjeturé que albergaba el baño principal, también llamado conducto de excremento. Aparte de una palangana sobre un banco, no había ninguna pieza de mobiliario, lo cual dejaba mucho lugar para un sillón La-Z-Boy. En todo aquel lugar lo único del siglo veintiuno éramos nosotros.

—Todas las comodidades del hogar —dijo Buck.

Ya, ya. Cuando el hogar era el castillo de Drácula.

—Algún día —volvió a decir Buck—, cuando el país recupere la paz y vuelva el turismo, este sitio se convertirá en un tranquilo hostel en el campo: La Atalaya del Cuervo del Sultán. Cincuenta dólares la noche.

—La vista es buena —Acepté, pensando en que el mostrador de recepción no

debía situarse bajo el conducto de excremento.

Fueron llegando algunos de los demás beduinos, con el equipaje, que pusieron al lado de las cobijas y la paja. ¡Qué amables! Les habría dado propina, pero si todo salía bien ya les tocaría algo de los cinco millones de Musa. Los jefes guerreros y los integrantes de las tribus pueden prosperar si colaboran con los norteamericanos y con los príncipes saudís. Habría que ponderar un cambio de carrera.

Buck seguía intercambiando palabras con los botones beduinos, que, según el mismo intérprete, nos deseaban que pasáramos buenas noches. ¿Por qué me parecía verlos sonreírse acariciando sus jambiyas? ¿O era sólo un efecto de la luz?

Cuando todos los beduinos se hubieron ido, Kate se quitó la pañoleta y el balto y los tiró sobre una cobija.

Brenner bromeó:

—¡Descarada!

Eso nos hizo reír a todos, por primera vez en un largo rato. Creo que todos sentíamos cierto alivio de haber llegado hasta ahí.

Habíamos avanzado otro paso hacia el encuentro con la Pantera. Pronto se enteraría de que estábamos en su provincia, si acaso no lo sabía ya. Daba comienzo la cacería.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

Empleamos varios minutos en explorar las condiciones del aposento. Descubrimos una caja llena de botellas de agua y un costal de pan plano.

Chet nos pidió licencia para subir al mafraj a hacer una llamada por el teléfono satelital, quizás a su jefe de estación en Sana'a, o al controlador de la misión en Washington. Y hacer contacto con la estación terrestre de control de los aviones Predator, que podría ubicarse en cualquier lugar del mundo. Y mientras se ocupaba de tales deberes, seguro que aprovecharía para echar una mascadita.

A Zamo le había entrado el ánimo de francotirador, yendo de una a otra ventana para escudriñar con el visor nocturno de su rifle los alrededores. Expuso su opinión.

—Buen lugar para disparar. Pero hay demasiadas peñas allá abajo, que sirven de cubierta o escondite. Entre roca y roca, en cambio, no hay protección que valga.

Zamo contemplaba la vida a través de una mira telescópica. Cualquier otra persona vería un paisaje. Es el puesto lo que determina la perspectiva.

Kate y yo nos asomamos por una ventana para observar el patio interior. Por lo visto, los seis beduinos que habían venido con nosotros se iban a quedar con los dos vigilantes del camión. Se les podía observar en la mortecina luz lunar, sentados en círculo sobre una alfombra extendida. Preparaban té en una estufa de alcohol y charlaban animadamente.

Chet volvió con el informe:

—No hay reportes de ninguna actividad sospechosa o fuera de lo normal en el área por parte de los Predator.

Supuse que Chet les avisaría que los ocho beduinos del patio estaban de parte nuestra. Uno de los problemas de los equipos de reconocimiento residía en que no eran capaces de leer mentes ni corazones, ni de interpretar voluntades. Por lo tanto, era preciso que interviniera humint, como suele nombrarse el recurso humano en inteligencia. Empero, el problema con el recurso humano consiste en que no todo *Homo sapiens* es en realidad *sapiens*.

Brenner, que era nuestro jefe de seguridad, tenía una recomendación:

—Sólo faltan unas horas para que amanezca. Sugiero que nos quedemos despiertos. A la primera luz nombramos a dos para ir haciendo guardias y dormir por turnos.

No me cabía ninguna duda de que todos estábamos sufriendo falta de sueño, pero para evitar el Sueño Eterno uno haría lo que hubiese que hacer.

Cerca del dormitorio había una alfombra tendida en el suelo, que venía a funcionar como la sala de la casa, y ahí sugirió Buck que nos sentáramos.

Kate y Brenner se encargaron de traer agua y el costal de pan.

Nos sentamos con las piernas cruzadas, bebimos agua y compartimos el pan en

forma de tortilla. Buck nos informó que ese pan se llamaba tawwa, una palabra que tal vez signifique «fresco la semana anterior».

Chet no se mostraba cansado ni parecía tener hambre, y por eso pensaba yo que habría masticado sus hojas en el mafraj. Chet nos preguntó si no nos molestaba que él se fumara un cigarro, dándole su particular toque de humor:

—De cualquier manera, mañana podríamos morir todos.

¡Vaya, Chet, si tú lo dices!

Zamo quiso hacer su guardia en la oscuridad. Apagó todas las lámparas menos la que estaba junto a la alfombra, y enseguida se puso a mirar por cada ventana con su visor nocturno, asomándose de cuando en cuando a las escaleras.

Cuando Zamo andaba por el lado más apartado de la habitación, le dije a Brenner:

—Me parece que le duele el brazo.

—Ya está tomando Cipro —repuso Brenner.

¡Es en momentos así que uno se da cuenta de la importancia que reviste tener a mano una doctora guapa!

Charlamos un rato sobre el jeque Musa y los beduinos de la tribu. El arabista experto nos contó:

—Entre los pueblos del Medio Oriente, los beduinos yemenitas tienen la imagen más romántica de todos. Se les teme también, y tienen una cultura mal comprendida.

¡Era un poco tarde para enterarnos! Buck continuó:

—En regiones semidesérticas como la provincia de Marib se ha ido borrando la diferencia entre el tradicional beduino nómada, que pastorea sus cabras y monta en camellos, del otro tipo de beduino, que es sedentario y cultiva la tierra. Las décadas de sequía y los siglos de guerras han obligado a devolver a los beduinos sedentarios a la vida nómada.

Hizo una breve pausa antes de volver a su discurso.

—Marib es la cuna de la civilización yemenita. En la antigüedad remota era una región más verde y bastante poblada. El avance del desierto hace que la población revierta a modos de supervivencia preagrícolas, basados en el nomadeo.

Chet, que en general era muy poco partidario de lo árabe, comentó:

—En todos los estratos de la sociedad, el pueblo abraza su Corán, sus armas y la ley sharia.

Buck concurría en esa opinión:

—En la década de los años setenta, Yemen del Sur se transformó en una sociedad abierta e ilustrada. Los británicos primero y luego los rusos dejaron su marca en los sectores educados de la población yemenita, pero todo eso se acabó.

Junto con la cervecería, agregué en mi mente.

—Hay petróleo aquí —nos informó Buck—, pero los beduinos ni siquiera ven el dinero que genera ese petróleo, lo cual resienten. El turismo podría ser fuente de ingresos, pero varias tribus sienten hostilidad hacia los extranjeros, una situación que en términos de seguridad se ha deteriorado mucho por la presencia de Al Qaeda.

Marib sufre depresión económica, política inestable y descomposición social. El avance del desierto tiene dimensiones de catástrofe ecológica.

—Es buen momento para que compres este fuerte a buen precio.

Buck se sonrió y enseguida admitió:

—Quienes soñamos en la viabilidad de un mejor Yemen, o un mejor Oriente Medio, nos estamos engañando.

—Lo único que mantiene vivo al Oriente Medio —interpuso Chet— es el petróleo. Una vez que se acabe el petróleo estarán de vuelta en la Edad Media. Para siempre.

—Cuidado con lo que deseas —le aconsejó Buck—. Cuando se acabe el petróleo aquí, se acaba en la gasolinera de la esquina. De cualquier modo, ya ven qué situación existe en Marib, y nuestra intención se dirige a... digamos que se dirige a manejar la inestabilidad en provecho de los intereses norteamericanos.

Nos miró un momento en silencio.

—Es por el petróleo, todo esto —confesó—. La presencia de Al Qaeda no conviene a la exploración o extracción de petróleo, ni a la construcción de oleoductos. Las tribus prestarían más ayuda para eliminar a Al Qaeda si el gobierno de Sana'a mantuviera una relación justa con ellas. El idiota de Alí Abdullah Saleh se roba el petróleo de las tierras de las tribus y se queda con el dinero. La promesa de Al Qaeda de compartir la riqueza es la razón por la cual las tribus toleran su presencia. Se necesita, por lo tanto, crear y mantener un equilibrio delicado entre el gobierno, las tribus y los saudís, que se encuentran en conflicto con el gobierno yemenita por el petróleo y por casi todo, en realidad.

—Sin embargo, lo primero es arrasar con Al Qaeda, que ha entrado al juego a causar problemas.

Buck estaba de acuerdo con eso.

—El jeque Musa —prosiguió— es un enemigo especial del presidente Saleh y su gobierno.

—¿Y eso por qué? —indagué.

—Porque Musa mantiene lazos fuertes con la familia real saudí —replicó Buck—. Ha detonado explosivos en varios oleoductos que van a la costa. Exige millones por concepto de ingreso petrolero. Desafía al gobierno central en cada instancia y en todos los niveles. Además, Musa puede unir las lealtades de otros jeques, que buscan un líder con suficiente fuerza para unirse y deponer al gobierno central.

En otras palabras, Musa estaba en la lista de los aborrecidos del presidente Saleh. Uno de los pensamientos hundidos en el fondo de mi mente se aclaró de pronto: tal vez Bulus ibn al-Darwish no sería el único jefe que muriera en el ataque de los Hellfire. De eso nos había hablado Buck en Nueva York.

Todos nos quedamos pensando tal vez en lo mismo, pero nadie ofreció comentarios al respecto.

Chet, que como operador de control de los drones Predator tenía que estar

enterado de eso, rompió el silencio:

—Algunas de las cosas que hacemos pueden parecer incorrectas, pero son por el bien de nuestro país. Existe un panorama más amplio por considerar.

En ese juego, siempre había esos panoramas. Buck quiso explicar:

—Necesitamos la cooperación del gobierno yemenita en la lucha contra Al Qaeda. Es preciso hacerle un favor al presidente Saleh.

Entendido. Dos por uno. Liquidamos a Musa para el gobierno yemenita, y el gobierno yemenita nos deja montar una operación en Marib usando misiles Hellfire para liquidar a la Pantera. La Pantera se tenía merecida cualquier cosa que le hiciésemos, pero el jeque Musa, aunque fuera un tramposo, no necesariamente tenía que morir en un ataque con Hellfire.

—Tal vez esto no sea visto como una manera correcta de corresponder a la ayuda y la hospitalidad del jeque Musa —comenté.

—Un accidente inevitable —dijo Buck, encogiéndose de hombros—. Eso les diremos a los saudís. Si matamos a la Pantera, la familia del jeque y otros miembros de la tribu recibirán los cinco millones.

—El difunto jeque se pondrá muy contento de saber eso.

Kate, que procesaba todo lo que acababa de oír, le habló a Buck:

—Estos informes tenían que habérsenos entregado antes de traernos aquí.

—Fue suficiente con lo que les dije en Nueva York. Debieron llegar ustedes solos a las mismas conclusiones.

Brenner, el exsoldado que probablemente habría matado más tipos malos que ninguno de nosotros —exceptuando a Zamo—, también habló:

—He matado a soldados en emboscadas sólo porque estaban en el lugar, aunque no me amenazaran directamente, pero nunca he matado a nadie que me estuviera ayudando.

Chet reviró:

—No eres *tú* quien va a matar a nadie. Esto no formaba parte de mi plan, pero ahora queda incluido en mis órdenes. No necesito su cooperación ni su aprobación. Sólo su silencio.

Buck habló en un tono más amable:

—Los estamos poniendo al tanto de estas cosas por cortesía. John, Kate y Paul: ustedes son profesionales. Tienen suficiente inteligencia para entender que este juego va para largo. El objetivo es exterminar a Al Qaeda en Yemen y vengar el ataque contra el *Cole*. También es una venganza por el 11 de septiembre y por todos los demás ataques de Al Qaeda contra norteamericanos y contra intereses estadounidenses y occidentales. Y además hay que impedir que Yemen se convierta en un escenario desde donde puedan atacar a nuestro país.

¡No te olvides de mencionar el petróleo!

Buck añadió:

—Puede ser que no nos guste el presidente Saleh, pero es lo único que se

interpone entre nosotros y Al Qaeda en Yemen.

Ya, ya. ¿Qué importa la muerte de un jeque beduino? Ni siquiera conocía yo al tipo. De cualquier modo, el asunto daba asco.

Los datos recientes explicaban por qué a Chet no le preocupaba toparse con el coronel Hakim y su OSP. Habían hecho su trato, y el gobierno nos dejaba las manos libres para lidiar con la Pantera si de paso acabábamos con el jeque Musa.

La cuestión residía en que cada fragmento de nueva información no tenía sentido. Era como ir quitándole capas a una cebolla: uno seguía viendo más cebolla, pero se volvía más pequeña. Y en el centro habría algo que uno quisiera mejor no ver. Pero no me parecía que hubiésemos alcanzado el centro todavía.

Dije a Chet, y también a Buck:

—Estoy suponiendo que no van a vaporizar al jeque al mismo tiempo que a la Pantera. ¿Estoy en lo correcto?

—Así es —repuso Chet—. Pero sucederá en cuanto nos hayamos puesto a salvo.

Ya, ya. No podríamos estar en el camión mirando cómo un Hellfire volaba en pedazos al jeque mientras estaban observándonos sus beduinos, porque sus colegas beduinos situados con Musa en el escenario del ataque los llamarían por sus teléfonos celulares, diciéndoles algo como: «¡Hola, Abdul, un Hellfire norteamericano acaba de aterrizar justo encima del jeque!».

Además, los beduinos en el lugar de ataque tenían encomendada la tarea de liquidar a los sobrevivientes de Al Qaeda. Aún sería preciso ir desde la atalaya hasta la escena de la masacre para recoger trocitos de la Pantera y sus lugartenientes antes de subir al Otter.

—Y ¿cómo explicar tan terrible accidente a los saudís?

Chet me dio una de las respuestas directas de la CIA:

—Tú no necesitas saber eso.

—En lo personal —aclaró Buck— lamento tener que... sacrificar al jeque Musa. Chet y yo queríamos que ustedes comprendieran la razón por la cual no habrá interferencia por parte de las fuerzas yemenitas de seguridad.

—También los hemos puesto al tanto —prolongó Chet las explicaciones— porque es posible que algún día se les pregunte sobre estas cosas. John, tú, Kate y Paul no sabrán nada de lo sucedido después de que se hayan ido de Marib.

No repuse nada a eso. No obstante, pensaba que al indicarnos Chet que no dijésemos nada después de salir de ahí también nos advertía que si no prometíamos cerrar la boca, podríamos no salir de Yemen. ¿O sería de nuevo mi paranoia?

Algo me olía mal en esto, y necesitaba hablar de ello con Kate y Brenner, tal como habíamos acordado en Adén. Por el momento, le dije a Chet:

—Está bien, he comprendido.

Miré a Kate, quien también comprendía y anunció:

—Yo también, acepto.

Brenner se dio cuenta de adónde iba el tema.

—Perdón —dijo—. No estaba poniendo atención.

Chet asintió sin decir nada y se levantó. Se acercó a su mochila y extrajo una botella de *brandy* Hennessy. ¡Qué acierto, Chet!

La botella pasó de mano en mano, y cada quien echó un trago.

Al oriente, el cielo empezaba a clarear. Oí cantar a los pájaros. Un cuervo negro se paró en el marco de una ventana y enseguida voló al interior y se acercó con cautela a nosotros. Chet cortó un trocito de pan y se lo lanzó al ave, que de inmediato lo tomó en el pico. ¡No le dispares al pájaro, Chet!

Arribaron más cuervos, les echamos más pan y la botella de *brandy* siguió haciendo más rondas.

Llegó el amanecer, una de las pocas cosas que se podía confiar que llegaran en Yemen, además de la muerte.

Kate y yo nos propusimos de voluntarios para el primer turno de guardia, supliendo a Zamo, que cayó como tronco y enseguida se quedó dormido con las botas puestas y el rifle atravesado sobre el pecho.

Buck, Chet y Brenner también se acostaron, todos con las botas puestas y los rifles en la mano. Buck nos dijo:

—Mañana como a la 1:00 PM saldremos de aquí hacia el hotel Bilqis. De ahí iremos a las ruinas. La excursión es atractiva.

Sin duda a los belgas les pareció también atractiva, excepto por aquel problema.

Me acerqué a una de las ventanas que daba al levante y miré cómo se iba aclarando el horizonte plano en la distancia.

Allá afuera, en alguna parte estaba Bulus ibn al-Darwish. Me resultaba difícil creer que un fracasado de Perth Amboy hubiese viajado hasta Yemen para metamorfosearse en la Pantera.

Todavía más difícil de creer, sin embargo, era que yo hubiese salvado todas esas distancias para encontrarlo y matarlo.

En uno o dos días podríamos saber cuál de esos dos viajes en la vida llegaba a su final.

## CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

La cama de paja resultó tan incómoda como aparentaba. Las cobijas de lana olían a camello o algo así.

Ha llegado el momento de decir unas palabras sobre el conducto de excremento: básicamente consistía en una letrina dentro de casa, con un par de agujeros. Había que ponerse en cuclillas. Era preciso mirar hacia arriba, en caso de que hubiera otro culo ahí, en cuyo caso... bueno, demasiada información. Lo importante es que el conducto podría ser una vía de escape. Siempre hay que identificar las vías de escape.

Buck tuvo la gentileza de compartir un rollo de papel higiénico que se había acordado de robarse del Sheraton. Un hombre que piensa en el papel higiénico es un hombre que ha pensado en todo.

Se oyeron ruidos en el patio y me asomé a la ventana. Los ocho beduinos se habían puesto de rodillas y se postraban sobre su alfombra, de cara hacia la Meca, que desde ese lugar era más o menos al noroeste.

Buck nos informó:

—Realizan su salat de mediodía, la llamada a la oración.

Miré el reloj. La hora exacta.

Buck nos informó también que estábamos invitados a almorzar con nuestros anfitriones beduinos. Por desgracia, la invitación no se extendía a Ms. Mayfield, quien, aun vestida de hombre, seguía siendo una mujer. Kate tomó bien la exclusión: le importaba muy poco y prefería no tener que llevar puesto el balto. Tomó agua y pan y se subió al mafraj para vigilar los alrededores. Bien pensado.

Fue así como los hombres de la Brigada A bajamos al patio. Los beduinos, que se esmeran en dar hospitalidad a los viajeros, habían preparado té caliente para los invitados y tazones de avena o sémola, o algún otro cereal glutinoso.

Nos dieron asimismo cucharas de plástico, y Buck hizo un comentario.

—Casi siempre comen con los dedos, pero han descubierto que la cuchara va muy bien con ciertos alimentos.

¡Vaya! ¡El progreso triunfaba! Lo siguiente serían las servilletas.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en medio de nuestros ocho nuevos amigos beduinos y nos comimos la papilla, que al menos estaba caliente. El té era de hierbas y no alivió para nada mi jaqueca del *brandy*.

El clima de las tierras altas era más fresco que Adén en esa época del año. Hablando de lo cual me fijé en que el calendario de mi reloj anunciaba que marzo había llegado. Se pierde la cuenta del tiempo cuando uno viaja hacia atrás por varios siglos.

El muro de piedra en torno al patio tendría unos tres metros y medio de altura, y la puerta de madera estaba cerrada, de modo que nadie podía vernos y tampoco

nosotros veíamos a nadie que intentara aproximarse a la atalaya. Sin embargo, junto al muro había algunas plataformas de piedra desde donde se podría observar y disparar. Miré hacia arriba al mafraj, y distinguí a Kate de pie junto a uno de los arcos, con su M4 colgada sobre el pecho, disfrutando el panorama con sus binoculares.

Los beduinos sentían mucha curiosidad por las M4, y Buck, contraviniendo todas las normas y el sentido común, les permitió examinar su arma, que fue pasando de mano en mano con una carga completa. Les resultaba divertido el tamaño compacto y el bajo calibre y la ligereza de la carabina automática, y nos pasaron uno de sus AK-47 para que viésemos cómo era un rifle de verdad. A lo mejor el tuyo era más grande que el mío, Abdul, pero yo podría pintarte de rojo en un santiamén con el fuego rápido de mi juguetito de plástico. Los beduinos sentían curiosidad también por el rifle de francotirador de Zamo, pero éste no quiso que lo tocara nadie, y aceptaron su reserva con respeto. Sin embargo, querían conocer lo que ese rifle podía hacer, y Brenner dijo que no estaría mal mostrarles.

A través de Buck, Zamo explicó que su arma era el sistema M24 de arma para francotirador, y que utilizaba cartuchos de la OTAN de 7.62 mm, capaces de arrancar la cabeza de cualquiera de ellos desde una distancia de mil metros, aunque no creo que Buck haya traducido esa parte.

Zamo contó además que Estados Unidos proporcionaba estos rifles a las Fuerzas de Defensa de Israel. De nuevo, tuve la seguridad de que Buck no traducía esos datos provocadores a los caballeros musulmanes.

Les fascinaba sobre todo la mira telescópica. Zamo explicó que se ajustaba de tres a nueve en su poder de aumento. Eso quería decir que un objeto situado a novecientos metros de distancia se presentaba como si estuviera sólo a cien.

Los beduinos quedaron impresionados, y como me cuesta tanto trabajo mantener la boca cerrada, le sugerí a Buck:

—Diles que Zamo ha matado a cincuenta hombres con su rifle.

Buck titubeó un poco, pero tradujo. Los beduinos miraron a Zamo como si fuera una estrella de *rock*. Eso valía al menos otro tazón de papilla.

En todo caso, no me parecía que fuese buena estrategia. O sea, por una parte era bueno que los hombres de Musa supieran que Zamo era capaz de meter una bala en la cabeza de un hombre a un kilómetro de distancia. Por la otra, ¿de qué sirve anunciar las capacidades que se tienen? Es mejor que la gente se entere de cosas así por experiencia.

A fin de cuentas, estábamos en una reunión de hombres de guerra, y los beduinos querían verificar que no estaban desperdiciando su cortesía al brindarla a un grupo de hombres afeminados. Me refiero a la clase de hombres que arrastraban a una mujer a realizar trabajos de hombre.

A lo que voy es a que esa gente no vivía en el mismo planeta que nosotros, pero estaba naciendo en mí algo de simpatía por ellos. Pensé en que sería bonito llevar a

dos o tres de ellos a Plaza Federal 26, para que los de traje pudiesen apreciar qué aspecto tienen los verdaderos hombres.

Era posible que me estuviera dejando llevar por la emoción del momento.

Sin embargo, Brenner hizo un comentario para el equipo.

—Estos hombres me recuerdan a las tribus de los Montagnard de Vietnam: gente básica, sin fanfarronería, con huevos de bronce y listos para matar sin titubeos.

Zamo, que respondía a la misma descripción y había combatido a hombres así en las montañas de Afganistán, agregó:

—Es gente de meollo duro. Para ellos hacer la guerra es igual que vivir, comer o respirar.

Ya, ya. ¡Eso era el mundo mil años antes! Sin embargo, las tribus poseían armamento moderno, vehículos de combustión interna y teléfonos celulares. Todo eso facilitaba la labor de matanza, al tiempo que la volvía más eficiente. En esa tesitura, me agradaba ver que aún portaban sus jambiyas y se vestían con esos atuendos. Mejor para el turismo.

Respecto del tema del hombre guerrero, yo llevaba mi jambiya puesta para la ocasión, y a los beduinos eso les parecía de lo más gracioso. Lo malo era que la tradición no nos permitía sacar las dagas para exhibirlas —sólo salían de la funda para cortar gargantas—, pero el beduino sentado a mi lado, llamado Yasir, examinó mi jambiya sin sacarla de la funda, y Buck tradujo su comentario:

—Dice que se nota que es de excelente calidad.

¡Qué alivio! Me sentí mejor de haber pagado cien dólares por ella.

Los anfitriones insistieron en que tomáramos más té y nos obsequiaron algo de khat, que Buck aceptó «para después». Chet, sin duda, tenía sus propias reservas, pero dijo: «Shuqran», que significa gracias.

Yo encontraba muy simpáticos a los beduinos. Por desgracia, íbamos a romperle la cabeza a su jeque. Eh, Abdul, no lo tomes como asunto personal. Es cuestión de negocios.

Hasta donde yo sabía, Chet igual les rompería la cabeza también a ellos, mientras nos íbamos de ahí. No estaría mal que Chet nos dijera qué diablos estaba pasando. Él supondría que también precisaba dosificar la información desagradable, como cucharaditas de mierda.

En todo caso, el almuerzo campestre llegaba a su fin. Era hora de examinar el camión.

Buck tuvo palabras de gratitud con los anfitriones por los alimentos y la plática. Brenner ordenó a Zamo que le hiciese compañía a Kate. Le pregunté a Zamo por su brazo, y respondió que estaba bien, pero no era cierto. También le pedí que llevara un poco de té y papilla a Kate, por si se había hartado de comer pan tawwa. Soy el mejor de los maridos.

Chet, Buck, Brenner y yo nos fuimos por el patio para ingresar al siglo veintiuno.

El camión de diez metros contaba con una caja totalmente cerrada sobre un chasis

de camión Mitsubishi. No había comunicación entre el interior de la caja y la cabina del conductor.

—¿Qué quiere decir ese letrero? —le pregunté a Buck.

Buck leyó caligrafía árabe pintada en el camión.

—«Musa», que significa Moisés, «proveedor de pescados finos. Frescos del Mar Rojo al mercado». Alguien en Washington debe haberse divertido con esto —añadió, sonriendo.

Ya, ya. ¡Para desternillarse de risa! Musa, Moisés, el Mar Rojo. ¿Se entiende el chiste?

Chet hacía los honores abriendo el candado, y enseguida la puerta. De un salto se metió a la caja. Los otros tres lo seguimos.

En el interior había espacio para estar de pie. Paredes, suelo y techo, todo forrado de kevlar y, supuse, plomo. Como era de esperar, no había pescado adentro. En cambio, una consola electrónica de buen tamaño en la parte delantera del camión parecía simular el panel de instrumentos del copiloto en cabina de vuelo. Frente a la consola y un par de monitores había dos sillas giratorias.

Chet tomó asiento en la de la izquierda, e invitó a Buck, el más veterano entre nosotros, a ocupar la otra. Brenner, como siempre en guardia, se puso donde podía dividir su atención entre el patio y el interior del camión.

En los largos costados del camión había más instrumental electrónico y por el suelo se veían cajas metálicas marcadas con los nombres de las piezas de repuesto que contenían. Lo más importante de todo fueron tres cajas de cartón con comida enlatada, donde se leían nombres de marcas estadounidenses: coctel de frutas, verduras mixtas y, tal vez como broma, latas de atún. ¿Quién se supone que iba a comer esa mierda? ¿Dónde se quedaron los frijoles con chile y carne? ¿No pudieron pensar en nada mejor esos hijos de puta en Washington?

—Los sistemas electrónicos —nos comunicó Chet— usan poca energía, así que todo funciona con el generador que tenemos a bordo.

Accionó un interruptor en la consola y en unos segundos se sentía ya el zumbido del generador debajo del camión, que hacía vibrar el suelo. Chet nos informó:

—Aquí hay enchufes eléctricos para recargar teléfonos satelitales o celulares, y radios de mano.

Elevó la mirada a un medidor en el panel.

—El voltaje está regulado —anunció, empujando otro interruptor, que tuvo la virtud de encender la consola—. Estamos activos.

Chet movió varios botones y los dos monitores se iluminaron. De inmediato aparecieron en las pantallas imágenes en movimiento: tomas aéreas a todo color de dos paisajes distintos desde cámaras móviles.

Chet leyó información electrónica en su pantalla.

—El monitor de la derecha corresponde a un dron Predator que en este momento funciona de manera autónoma, es decir, sin piloto en tierra que lo gobierne. El avión

ejecuta un vuelo de reconocimiento de esta área aplicando un plan de vuelo programado de antemano por computadora.

La pantalla mostraba el ambiente escarpado, árido y despoblado al oeste de la atalaya, sobre el que habíamos volado la noche anterior. Se entendía por qué las unidades de guerrillas lograban ocultarse con tal eficiencia en esos ambientes. Y uno se imaginaba con facilidad a la Pantera haciendo su hogar en esas montañas. Podría no ser fácil hacerlo salir de allí. Pero con un cebo atrayente —*Mr. y Mrs. Corey, y compañía*— la Pantera podría aventurarse y salir a devorar a sus antiguos compatriotas.

—Las imágenes de estos dos Predator —nos contó Chet— se transmiten por contacto satelital en banda Ku a este camión, y también a una estación de control terrestre, donde uno o dos pilotos y especialistas en imágenes aéreas están frente a una consola muy parecida a ésta, en un camión o en un cuarto.

—¿Dónde está la estación de control terrestre? —quise indagar, pero Chet me dio una respuesta típica de la CIA.

—No tiene importancia. Podría ser Arabia Saudita o una base de la Fuerza Aérea de Estados Unidos; aun podría estar en Langley —replicó y enseguida pasó a dar la respuesta zen—. Con satélites y tecnología avanzada el tiempo real se vuelve más importante que el lugar real. El único lugar real que importa es el objetivo que hay que atacar.

¡Lo que sea! ¡Muchas gracias! De cualquier modo, insistí:

—Y ¿dónde queda la base de los drones Predator?

—No lo sé —repuso Chet—, y la verdad es que prefiero no saber. Es mejor que tú pienses lo mismo.

No es lo que yo prefiero, cabrón, dije, pero sólo para mis adentros.

Chet retomó sus explicaciones.

—Los pilotos tienen una palanca de control de vuelo igual a esta de aquí, pero la mía está desactivada.

¡Vaya! ¡Podría intentar con Viagra! O mascar menos khat.

—No soy piloto —confesó Chet—. Pero puedo hablar directamente con los pilotos para darles instrucciones y guiarlos respecto de lo que quiera o necesite. Yo tengo el control operativo de los drones Predator y los misiles Hellfire en la etapa de ejecutar la misión.

Para asegurarse de que entendíamos lo anterior, añadió:

—Junto con el especialista en imágenes aéreas tengo a mi cargo identificar quién o qué es el objetivo, y dar la orden a los pilotos de lanzar los Hellfire.

Ya, ya. Por eso la llamaba etapa ejecutiva. Como en «ejecutar».

Chet, gozando de su abundancia de poder, añadió:

—Esto es lo que llamamos AAS: Asesinato Aéreo en Sigilo. Es impresionante.

Sin duda que lo era. Pero no tanto como escabechar a la Pantera yo mismo con mi Colt .45.

Y había que considerar a nuestro amigo de ocasión, el jeque Musa, enemigo de tiempo completo de nuestro amigo el presidente Saleh. Algún geniecito de Washington se había figurado cómo hacer que el plan funcionara para todos. Los idiotas de Sana'a tenían más miedo a las tribus que a Al Qaeda, pero los norteamericanos vivían obsesionados con la noción de exterminar a Al Qaeda. Si se juntaban las dos obsesiones, entonces Washington y Sana'a, supuestos aliados, podían resolver dos problemas distintos con una sola solución: un rayo caído del cielo. La idea no era nada mala, en efecto, y el mismo jeque Musa, tan experto en ardides, podría apreciarla, al igual que la Pantera. Tendrían de qué hablar en el Paraíso.

Chet nos indicó la imagen en el monitor frente a él.

—Ahí estamos —dijo.

Y ahí estábamos, una linda imagen aérea de la Atalaya del Cuervo en la pantalla. El Predator volaba con lentitud describiendo un arco sobre la meseta, y podíamos ver un área de unos cientos de metros en todas direcciones, incluyendo el camino por el que habíamos ascendido, y también la carretera que iba a la ciudad de Marib, en el norte.

Chet tecleó una orden, y la cámara del Predator nos ofreció un aumento en la imagen de la atalaya. Se veían los beduinos en el patio, sentados mientras charlaban y mascaban.

—El Predator vuela a una altitud de más de tres mil metros, pero con el lente de mil quinientos milímetros y el *zoom* digital, la imagen se presenta como si la cámara estuviera a veinte metros de altura.

De hecho, uno de los beduinos estaba orinando contra el muro y pude ver que no estaba circuncidado. Bueno, igual era mi imaginación.

Chet se puso los audífonos para hacer contacto por radio satelital con la estación de control terrestre.

—Escoba de Limpieza cero-cero, aquí Escoba de Limpieza seis-seis. Verifico estado de comunicación.

Unos segundos después, sonó una voz con acento sureño en el altavoz:

—Escoba seis-seis, escucho perfectamente.

Seis-seis le dijo a cero-cero:

—Envié un reporte de situación a quinientas horas. Confirмо, todo bien.

—Enterado, seis-seis. ¿Qué les dieron de comer allá en el patio? Parecía salvado de maíz —dijo riéndose cero-cero.

¡Vaya! ¡Se estaba divirtiendo!

Chet, alias seis-seis, y cero-cero, quienquiera que fuese, intercambiaron algo de información técnica, y entonces Chet le comunicó a cerocero:

—Daré la señal cuando la Escoba de Limpieza se ponga en camino: las dos camionetas pequeñas Hilux todoterreno que pueden verse, más los tres todoterreno grandes Land Cruiser, también blancos, para transporte de los escoltas. Destino: el

hotel Bilqis en Marib. Daré los pormenores más adelante.

—Correcto. Los seguirá el Predator Dos. El Predator Uno permanecerá en su estación sobre la atalaya. Los dos aviones van cargados.

Eso último significaba que estaban armados de misiles.

—Voy a alejarme de la estación —añadió Chet— hasta que el equipo se ponga en camino, de modo que si descubren algo que debemos saber en las imágenes, llámenme al teléfono satelital. Si no puedo recibir la llamada, utilicen los otros números de los teléfonos.

—Enterado —notificó cero-cero—. ¿Algo más?

—Negativo.

—Buena suerte —deseó cero-cero.

Chet cerró la comunicación y se volteó hacia nosotros.

—Quería que vieran y oyeran que todo está en orden, y que estamos cubiertos por los Predator.

¡Muy bien, Chet! ¿Acaso los Predator podían averiguar si los amigos árabes nos romperían el alma por oler gato encerrado? ¡O peor aún, que nos entregaran a la Pantera! No. En eso tendríamos que valernos por nosotros mismos.

Chet explicó algunas características del equipo de monitoreo de los Predator.

—Como les dije en Adén, en la etapa de ejecutar la operación contaremos con cuatro Predator. Dos sobre el objetivo y dos sobre este lugar para darle seguridad. Cada uno va armado con dos misiles Hellfire. La pantalla se divide para mostrar las cuatro imágenes al mismo tiempo.

—¿Cómo vamos a sacar de aquí el camión del millón de dólares? —pregunté.

—No lo sacaremos. No podemos.

—¿Así que los Predator se encargan de él?

—Correcto.

¡Por eso pago tantos impuestos!

—Supongo que cuando el Hellfire caiga ya estaremos afuera del camión —bromeé.

—No sería mala idea.

Concluyó la función, por lo cual Chet, Brenner y yo tomamos cada uno una caja de comida enlatada y salimos del camión de pescado de Moisés. Buck lo cerró.

Buck pensaba que debíamos compartir el botín con nuestros anfitriones, para corresponder a su hospitalidad —gracias por la papilla, ten una lata de atún—, y cumplido ese requisito, nos volvimos al segundo piso de la torre.

Chet expresaba buen humor. Me figuré que veía el final del trayecto: todo el trabajo y sus frustraciones, y el cierre de su estancia en Yemen.

No quedaba sino registrarnos en el hotel, ir a ver la bobada de las ruinas y hacernos secuestrar.

De ahí en adelante, era cosa de esperar a la Pantera.



## CAPÍTULO SESENTA

A la 1:15 PM en punto, la Brigada A menos Chet Morgan se apretujó en los dos Toyota Hilux, cortesía del jeque Musa. Dejamos casi todas nuestras pertenencias en la Atalaya del Cuervo, porque volveríamos en carácter de norteamericanos secuestrados, también por cortesía del jeque Musa. Nos llevamos la maletita de noche para registrarnos en el hotel Bilqis con el propósito manifiesto de pasar unos días divertidos, que desafortunadamente serían interrumpidos por el ya mencionado secuestro.

La finalidad consistía, conforme al complicado plan de Chet, en aparentar que éramos turistas venidos de Sana'a. Al mismo tiempo, sería obvio que no éramos turistas; por lo tanto, norteamericanos en cumplimiento de alguna misión. La esperanza era que la visita iba a llamar la atención de la Pantera, quien llegaría a la conclusión de que estábamos ahí para matarlo o capturarlo. A su vez, la Pantera urdiría sus propios proyectos de matarnos o atraparnos. Antes de que pudiera hacer eso, un tercer jugador, el jeque Musa, echaría a perder los planes de la Pantera con la especialidad de los beduinos: secuestrar extranjeros para pedir rescate. Y al primero a quien le ofrecería los cautivos sería a la Pantera. En teoría, la Pantera no sospecharía de una trampa, pues pensaría que el jeque Musa tan sólo se había enterado de la presencia de los estadounidenses y, aprovechando la oportunidad, se había apoderado de ellos como rehenes.

Tal es la manera de pensar de los de la CIA. No es mi manera. Soy más directo y no me meto a los juegos de humo y espejos que tanto los apasionan. Pero era su función, el escenario era Yemen; a lo mejor en esta ocasión lo harían bien. Habría que verlo.

En mi maleta de noche, para quien le interese, había metido una lata de atún, una botella de agua y mis calzoncillos del día anterior. Además, Chet nos había proporcionado los artículos de higiene personal que forman parte de lo que llevaría cualquier viajero en jornadas breves desde Sana'a.

Llevábamos nuestras armas ocultas y los chalecos de kevlar puestos. Las carabinas M4 las pusimos sobre las piernas. Kate traía además su pañoleta negra para cubrirse la cabeza y el rostro cuando fuese lo apropiado. Por ejemplo, cuando la secuestraran unos caballeros musulmanes que se ofenderían si podían verle el rostro.

Los tres Land Cruiser beduinos que nos habían llevado a la Atalaya del Cuervo nos proveían de una escolta discreta para todo el camino hacia Marib, para impedir un secuestro genuino o un asesinato cometido por alguien más. Dos de los Land Cruiser se habían adelantado para comprobar las condiciones del camino. Las camionetas de tercer mundo íbamos en retaguardia. Si alguien ponía atención en el grupo de vehículos, los todoterreno beduinos debían aparentar estarnos acechando, no

protegiendo.

Los dos beduinos que habían vigilado el camión de pescado que controlaba drones Predator en la meseta se quedaron cuidando la fortaleza donde nos habían recibido. También estaban ahí como escolta de Chet. Habría que esperar que no lo degollaran. Necesitábamos a Chet para que hablara con los pilotos de los drones.

En lo que se refiere a estructura de mando, control y comunicaciones, el beduino había dado a Chet, Buck y Brenner teléfonos celulares locales, para que el convoy se mantuviera en contacto en caso de darse una emergencia de seguridad. Contábamos además con las radios de mano para hacer contactos puntuales unos con otros. Los teléfonos satelitales no funcionaban sino a cielo abierto, o sea, no dentro de los autos, a menos que sacáramos la cabeza por la ventana.

El orden de marcha era: Hilux Uno: Buck al volante y Zamo en el asiento de al lado; Hilux Dos: conducido por Brenner, yo junto a él y Kate en la parte de atrás.

Dimos una ventaja de cinco minutos a las dos Land Cruiser de los beduinos. Transcurrido ese lapso, Chet nos deseó buen viaje a Marib, un bonito día en las ruinas y un secuestro placentero. Le pareció sumamente gracioso, eso último. Luego agitó la mano en despedida y se metió al camión, desde donde podría ver cómo nos secuestraban mientras comía una lata de atún.

Buck y Zamo salieron del patio, seguidos por Brenner, Kate y yo.

Buck no se dirigió hacia el camino inclinado por el cual habíamos subido, sino hacia el norte, a través de la meseta, siguiendo las huellas de los Land Cruiser que nos precedían, en dirección de las nubes de polvo que levantaban en la distancia. ¡Siga a ese beduino!

La meseta gris y rocosa se veía como las imágenes en video de la primera caminata en la Luna. El panorama estaba pidiendo otros cuarenta días y cuarenta noches de lluvia.

Brenner quería hablar con Kate y conmigo.

—He estado pensando en esto del jeque Musa.

—¿Te refieres al proyecto de que matemos al jeque Musa?

—Sí —admitió—. Veo la razón. Pero no me gusta.

—Tampoco le va a gustar al jeque —le aseguré.

Sin embargo, el jeque *entendería* la razón.

—Además de los aspectos éticos hay cuestiones prácticas —postuló *Mr.* Brenner.

—Por ejemplo, ¿cómo explicar a los saudís que hemos aniquilado a su aliado beduino?

—Sí, para no mencionar que los beduinos de Marib y otros lugares no volverán jamás a tener tratos con nosotros en Yemen. Tienen memoria larga y son capaces de guardar rencor durante mil años.

—Quizá Washington haya ideado una manera —dije— para que la muerte del jeque Musa parezca accidental o que fue obra de alguien más.

—Suponiendo que utilicemos un misil Hellfire para Musa —repuso Brenner—,

eso reduce a uno el número de posibles responsables: nosotros.

—Ya, ya. Pero no es un asesinato. Es lo que en la jerga de la CIA llaman «terminación con perjuicio extremo». Eso suena mejor.

Kate, que lleva demasiado tiempo conmigo, habló con sabiduría:

—Donde haya una traición, habrá traidores a la traición.

Brenner se declaró de acuerdo con Ms. Mayfield y remató:

—Como dijimos en Adén, abrir bien los ojos en todo esto y seguir hablando entre nosotros.

Paul Brenner era un buen chico que había sido policía. Un hombre hecho y derecho. Mostraba síntomas del Síndrome del Pene Inquieto, pero ¡vaya!, todos tenemos un poco de eso. Pensé en Clare y en qué andaría haciendo. Era probable que chapoteando en la alberca con Howard. ¿Cómo fue que asocié a Paul Brenner con Clare Nolan? ¿Padecería yo del mismo síndrome?

No dejaba de llamarme la atención que ninguno de los tres tuviéramos completa confianza en los dos funcionarios de inteligencia. Cuestión de territorios, quizás, aunque todos perteneciésemos al mismo equipo. Las mentiras que nos contaban y la información que retenían se basaba en el robusto principio de lo que es estrictamente necesario saber. Si era necesario saber, ya lo sabríamos cuando llegara el momento. Si no se necesitaba que lo supiéramos, no lo sabríamos nunca. Aquello que no sabíamos no podríamos confesar si fuéramos capturados o —mucho peor— interrogados por un comité del Congreso. Lo que ignorásemos no nos haría daño. ¿No? A ver, un momento. Tal vez había que pensarlo mejor.

El caso era que Kate, Brenner y yo estábamos leyendo la misma página y teníamos las antenas desplegadas, si se me permite mezclar metáforas.

El teléfono celular beduino de Brenner sonó, y contestó. ¿Estaba permitido en Yemen hablar por teléfono mientras se conducía un auto? Supuse que si permitían disparar con rifles automáticos por las ventanillas, también se podía usar el teléfono. Brenner cortó la comunicación y nos dijo:

—Era Buck, para ver si funcionaban los teléfonos.

—Bien pensado —concurrí.

No era que desconfiara del jeque Musa. El problema era la empresa telefónica yemenita. Sobre todo en esta región, con tantas zonas muertas. Me pregunté cómo pagarían sus cuentas de teléfono los beduinos.

—Buck también me dijo que le había llamado Chet, diciendo que los Predator no reportaban actividades sospechosas en el camino.

¿No habían dicho lo mismo camino a Adén?

El lado derecho de la montaña, tal como había visto ya en el monitor del Predator, era una pendiente gradual, y Buck fue descendiendo hacia los llanos por la surcada carretera.

A la mitad de la pendiente vi un auto todoterreno blanco, estacionado tras una formación grande de rocas, y al acercarnos pude distinguir a cuatro hombres con

rifles AK-47, sentados en las rocas. Resultaba obvio que se trataba de los hombres del jeque Musa, que, como estaba convenido, vigilaban el acceso a la fortaleza. Los dos vehículos al frente de la comitiva habían pasado junto a esos tipos, así que pertenecerían a la misma tribu, ¿verdad? Por otra parte, estábamos en Yemen, donde nada era lo que parecía.

Buck bajó la velocidad, y nosotros hicimos lo propio. En momentos así, uno aprecia los vehículos totalmente blindados. Son mejor protección que el chaleco de kevlar.

Retiré el seguro de la M4 y le dije a Kate que hiciera lo mismo. Brenner sacó su Colt .45.

Buck se detuvo a unos cincuenta metros de los hombres, que hicieron señales de seguir adelante: «¿Qué les pasa? ¿Nunca han visto cuatro sujetos vestidos de bata con rifles de asalto?».

El teléfono celular estaba en silencio, así que Chet y los pilotos de Predator no objetaban la presencia de los beduinos, a menos que estuvieran a punto de mandarles un Hellfire.

El vehículo de retaguardia nos alcanzó, las radios de mano hicieron ruidos de estática y la voz de Buck habló:

—Son de la tribu de Musa.

Buck continuó, y lo seguimos. Le recordé a Kate:

—Tu pañoleta. No hagas contacto visual a menos que les dispares.

Brenner encontró que eso era gracioso.

Al pasar junto al beduino, Buck bajó la ventanilla y pronunció su saludo de paz: «As-salaam alaikum», que le fue devuelto. Al pasar nosotros, yo también bajé el vidrio y grité:

—¡Shalom! ¡Aleichem!

—Eso es hebreo, John —me advirtió Kate.

—Suenan igual.

Avanzamos, y la camioneta de retaguardia volvió a mantener la distancia.

Bajamos al llano y seguimos por la carretera de terracería hacia el norte, por una región poco poblada de pequeños campos con irrigación y tierras de pastura, donde unas cabras famélicas andaban rebuscando por si algo comestible había quedado. La vida ahí era dura. Y corta.

Brenner, Kate y yo íbamos hablando de cosas triviales, porque seguir hablando de la misión nos haría sentir que estábamos nerviosos. Y eso no se veía bien.

Brenner nos relató:

—Una vez volé desde Sana'a y aterrizamos en el aeropuerto de Marib, hace como un año, antes de que las cosas se pusieran feas en la provincia. Varios ilustres del Capitolio deseaban ver las ruinas de por aquí, y yo vine en el equipo de avanzada enviado por la embajada para checar la situación de seguridad.

—¿Y?

—Sugerí en términos enfáticos que no se hiciera la excursión —nos contó—. Estaba bien para turistas, hasta la desaparición de esos belgas el verano pasado. Pero no podíamos garantizar la seguridad de los congresistas y su personal.

Le hablé en tono severo:

—¿Me estás diciendo que desperdiciaste esa gran oportunidad de librarnos de varios congresistas?

Eso los hizo reír. Soy mucho más gracioso que Paul Brenner.

Poco después llegamos a la intersección con un camino pavimentado y seguimos a Buck, que había tomado por la derecha, al este, hacia Marib.

—Éste ha de ser el camino entre Sana'a y Marib —comentó Brenner—. Vimos la señal en Sana'a.

Ya, ya. ¡Yo que pensaba que Sana'a no era un lugar seguro! En ese instante Sana'a era casi como Ginebra.

A fin de cuentas, cuando se viaja por el tercer mundo siempre habrá un lugar más jodido y peligroso que aquel donde uno se encuentre. En nuestro caso, habíamos llegado al pináculo de los Lugares que No se Deben Visitar.

Avanzábamos rumbo al este, a Marib. ¡Qué ganas de beber una cerveza fría y darme una ducha caliente en el hotel antes de que me secuestraran!

## CAPÍTULO SESENTA Y UNO

Al entrar a Marib, Brenner le sugirió a Kate que se pusiera el velo de nuevo. Yo quise ayudar diciendo que la pañoleta negra le daba un aspecto misterioso y la hacía verse más delgada.

Entramos a Marib, un pueblo destartado pero lleno de animación: capital de la provincia, según Brenner, y el único mercado en muchos kilómetros a la redonda.

La calle principal era una colección de comercios abiertos por el frente, puestos callejeros, oficinas de gobierno y varias gasolineras, pero ni una sola cantina. La diversión consistía en que casi todos los hombres llevaban rifles automáticos. No le encontré nada de antiguo al pueblo, pero eso me lo explicó Brenner:

—Aquí es el Nuevo Marib. El Viejo Marib queda a unos kilómetros de distancia, pero está abandonado casi del todo.

—¿Por qué?

—La aviación egipcia lo bombardeó en 1967.

—¿Por qué?

—En las guerras civiles Marib era monárquica, pero los egipcios eran aliados del gobierno republicano de Sana'a.

Esa gente iba a la guerra igual que los niños forman equipos para un juego de fútbol. ¿Por qué nos involucramos en Yemen? No necesitaban nuestra ayuda para matarse unos a otros.

El pueblo olía a diésel quemado y a estiércol, pero también me llegó el aroma de las parrillas que asaban comida frente a las tiendas de alimento, y mi estómago lanzó un gruñido. Tal vez debiera comerme mi lata de atún.

—¿Dónde queda la planta petrolera de Hunt Oil? —le pregunté a Brenner.

—A unos noventa kilómetros al noreste de aquí. En el límite de Ar Rub al Khali: el Cuarto Vacío. En verano las temperaturas llegan a los cuarenta y nueve grados —nos contó.

—¿Por qué será que siempre encuentran petróleo en lugares de mierda?

—No lo sé. Lo que sí sé es que los geólogos piensan que los yacimientos petrolíferos son enormes y se extienden a Arabia Saudita. Creíamos que sería posible controlar ese petróleo porque Yemen es un Estado débil, pero entonces apareció Al Qaeda. Esas instalaciones están bien fortificadas, pero no será posible extender la extracción mientras no se elimine la amenaza de Al Qaeda.

—Ya, ya. ¿Quién diablos querría trabajar ahí?

—No hay más que una docena de norteamericanos. Los demás son extranjeros o yemenitas. Para seguridad han contratado mercenarios.

—¿Cuánto les pagan a los mercenarios?

—Cuentan por ahí que dos mil a la semana.

Me volví a Kate.

—Querida, acabo de encontrar un empleo mejor.

—Mándame una tarjeta postal —dijo *Mrs. Corey* a través de su pañoleta.

La calle estaba abarrotada de vehículos que se movían con mucha lentitud. Le pregunté a Brenner:

—¿Dónde queda el hotel?

—El Bilqis está en las afueras del pueblo.

—¿Te quedaste ahí?

—No, no dormí en Marib. Pero lo revisé para los próceres de Washington. No está mal.

—¿Tienen bar?

—No. Está estrictamente prohibido en la provincia de Marib.

En mi cabeza, mi cerveza fría se evaporaba como un espejismo. Volví a odiar al país.

Buck tomó por una calle a la derecha y lo seguimos.

—Los huéspedes del Bilqis son empleados de organizaciones de ayuda, visitantes a la planta petrolera, algún funcionario norteamericano de inteligencia y otros tipos poco confiables.

Eso último le pareció muy gracioso. Cuando acabó de reírse, agregó:

—Los pasaportes de los huéspedes del hotel se envían por fax a la Oficina de Seguridad Nacional y a la Organización de Seguridad Política. Las fotocopias se venden a Al Qaeda. O tal vez se las den gratuitamente.

—Es lo más probable.

Después de avanzar unos cientos de metros habíamos llegado a las afueras del pueblo. Un poco más allá, a la derecha, apareció un muro largo de color blanco con dos portones abiertos, que Brenner identificó como el hotel Bilqis.

Buck se detuvo antes de llegar a la puerta, y Brenner hizo lo mismo. Teníamos que ocultar los rifles, y para eso nos había dado Chet el talego.

Pude ver que los dos Land Cruiser de los beduinos que iban delante de nosotros habían continuado su camino. La camioneta de retaguardia nos pasó y se siguió de largo.

Buck y Zamo habían salido de su Hilux, y nosotros bajamos del auto, dejando en el interior las M4.

Zamo cargaba el talego, que tenía tamaño suficiente para guardar su rifle y las cuatro carabinas compactas M4.

Zamo arrojó la bolsa al asiento trasero, se metió al Hilux y juntó nuestras armas y cargadores que guardó en la bolsa, envolviéndolas en lo que parecía ser la ropa interior de Chet.

—¿Disfrutaron el paseo? —inquirió Buck.

¿Por qué siempre decía esa clase de cosas?

Nadie replicó, lo cual era una especie de respuesta.

—Nos registraremos, iremos a las habitaciones y nos veremos en el vestíbulo en unos treinta minutos, si les parece bien —propuso Buck—. Da tiempo de darse una ducha rápida.

Buck tenía pasaportes nuevos para nosotros: los mismos nombres y las mismas fotos, pero con números diferentes, y las cubiertas del color azul habitual, o sea que no eran pasaportes diplomáticos. Nos habíamos convertido en turistas.

—¿Dónde se fueron las escoltas? —le pregunté a Buck.

—No lo sé, pero los veremos más tarde.

—¿Ellos nos van a secuestrar?

—Correcto.

—Qué bien.

¡No me gustaba ser secuestrado por desconocidos!

Zamo terminaba de envolver nuestros aparatos en la ropa interior de Chet, y volvimos a meternos en los vehículos. Buck condujo el auto hacia las puertas y entramos por ellas.

Al final del camino de entrada había un hotel que me sorprendió por su gran tamaño; estaba estucado en blanco, con dos alas de tres pisos que flanqueaban una estructura central de una sola planta. Los terrenos del hotel tenían jardines irrigados, y casi dolían los ojos al mirar tanto verde.

Buck detuvo el auto frente a las puertas del vestíbulo, y nosotros nos pusimos detrás.

Salimos de los coches, y apareció un botones que metió nuestras maletas a un carrito, y entonces cargó con el talego, que, por supuesto, pesaba mucho. Buck, fingiendo que apenas hablaba el árabe, le dijo algo al botones.

—Le he dicho que tenga cuidado con el talego —nos compartió—. Que tenemos ahí cámaras y equipos fotográficos muy caros.

Ya, ya. Supongo que las miras telescópicas de los rifles podrían considerarse equipo fotográfico.

Ingresamos al vestíbulo, que era grande y de forma ovalada, y estaba casi del todo vacío.

—El hotel lo construyeron a finales de la década de los setenta —nos informó Buck—, para turistas y arqueólogos. El vestíbulo fue diseñado para replicar la forma ovalada del Templo Mahram Bilqis.

¿A quién le importaba un carajo todo eso?

—Después de las guerras civiles y las revoluciones de los años sesenta y setenta —insistía Buck con sus lecciones— se despertaron muchas esperanzas en torno a Yemen. Pero resultaron fútiles.

El empleado de recepción era todo sonrisas, como si fuésemos los primeros huéspedes que veía en lo que iba del año. Le enseñamos nuestros pasaportes nuevos, que tenían aspecto de estar muy usados, y se los dio a otro empleado para que los fotocopiara y guardase copias para la OSP, la Oficina de Seguridad Nacional y el

hotel. La copia número cuatro sería la de Al Qaeda. Otro empleado verificaba las reservaciones en la computadora. En la tarjeta de registro pusimos la dirección del Sheraton de Sana'a, donde se suponía que estábamos registrados oficialmente. La CIA tiene buenos métodos y suficiente dinero para hacerlos funcionar.

Dado que no habían matado ni secuestrado a nadie en Marib desde el mes de agosto anterior, las habitaciones costaban cincuenta dólares la noche. Me di cuenta de que las reservaciones eran por cuatro noches.

El recepcionista, *Mr. Karim*, nos habló en inglés:

—¿Les agradó el camino de Sana'a a Marib?

¡Vaya! Primero fuimos a Adén, y en el camino libramos una emboscada de Al Qaeda, luego volamos por la noche en un avión espía y aterrizamos en un camino de tierra, y de ahí unos beduinos nos llevaron en sus autos al castillo de Drácula, y finalmente nos hallábamos en Marib. Le contesté:

—Vinimos por la ruta escénica, admirando los paisajes.

Asintió, pero quiso hacer una advertencia:

—Son bonitos, pero conviene permanecer en las carreteras principales.

—¿Cómo? ¿Hay carreteras principales aquí?

Buck, desempeñando el papel de turista, preguntó:

—¿Hay partes de las ruinas cerradas a visitantes?

—Por desgracia —repuso el empleado con expresión de tristeza—, el Mahram Bilqis sigue cerrado.

Se le iluminó el rostro:

—Pero me parece que podríamos organizar para ustedes una visita privada.

Claro que se podía.

Buck hizo algunas otras preguntas de las que hacen los turistas, mientras Brenner y Zamo cuidaban el equipaje. Kate se mantenía en modesta quietud, admirando el suelo.

¿Qué aspecto ofrecíamos a la vista? ¿Turistas norteamericanos o norteamericanos que querían hacerse pasar por turistas? Uno de los empleados tras el mostrador nos observaba con la mayor atención, sobre todo a Zamo. Pese a nuestros rostros inocentes, todos llevábamos chalecos de kevlar y armas junto al cuerpo. Para alguien que pudiera reconocer las señales bajo los chalecos de campaña, resultaba obvio. Me pareció que en dos minutos alguno de los empleados de recepción llamaría por teléfono celular a alguien. ¿La OSP? ¿Al Qaeda? Lo más probable era que a ambas organizaciones. La buena noticia era que la OSP nos dejaba manos libres, o al menos a eso se habría comprometido. Otra buena noticia consistía en que los de Al Qaeda pronto se enterarían de que estábamos en el pueblo. ¿Qué más podía uno pedir?

*Mr. Karim* nos devolvió los pasaportes y nos entregó cuatro tarjetas de llave.

Enseguida preguntó si deseábamos una reservación para la cena, como si conseguir lugar fuese un problema. Buck le pidió al recepcionista que nos reservara una mesa a las 8:00 PM. En voz baja, nos comentó:

—Aquí comieron los belgas antes de ir a las ruinas.

¡Gracias por contarnos eso!

Seguimos al botones por el ala sur, tercer piso, donde nos esperaban nuestras habitaciones, que estaban juntas. Kate y yo entramos a la que nos correspondía, con pocos muebles, aunque no estaba mal. En la pared había un bonito lagarto verde.

Me asomé por el balcón grande del cuarto, seguido por Kate. Daba a la alberca, cuya forma era de dos óvalos unidos. Se veía que el tema arquitectónico era el óvalo. No había ni un alma en la terraza ni en la alberca.

—Este lugar está desierto —comentó Kate.

Tal vez la causa podría aducirse a los secuestros y matanzas de turistas. O sea, aun los europeos que hacen turismo barato podrían considerar que eso era inaceptable.

—Esto no parece real —dijo Kate.

—Es real.

—¿Me odias por haberte metido en esto?

—Pregúntamelo más tarde.

Se quedó callada. Miramos en silencio la alberca vacía. Volvió a hablar:

—¿Tú crees que va a salir bien?

—¿Y por qué no?

Silencio.

Para atender los horarios de Buck nos metimos al cuarto, nos desvestimos y nos bañamos y afeitamos juntos, para ahorrar agua y tiempo.

Una vez vestidos, dejamos las cosas en la habitación y salimos. ¿Qué harían con los equipajes de los turistas secuestrados? Bajamos al vestíbulo por las escaleras. En los países del tercer mundo nunca se debe confiar en los ascensores.

Buck y Brenner leían folletos para turistas. Zamo tenía el talego de equipo fotográfico.

El recepcionista, *Mr. Karim*, se nos acercó.

—No es recomendable que visiten las ruinas sin guardias. Puedo obtener los servicios de tres o cuatro beduinos en quince minutos.

—Ya nos esperan unos beduinos en las ruinas —repuso Buck.

¡Los mismos que iban a secuestrarnos!

El empleado se encogió de hombros. Nos quiso aconsejar:

—Tengan mucho cuidado.

Mejor aún: teníamos armas.

Llegaron los Hilux, y le pedí a *Mr. Karim*:

—Si se nos hace tarde, por favor que nos guarden la mesa.

Salimos del vestíbulo. Buck anunció:

—Iremos primero al Marib Viejo y luego al Templo de Bar'an, el trono de la reina de Saba.

—¿Crees que estará en casa?

Buck sonrió.

—A menos que la hayan secuestrado. Conozco el camino. No se alejen.

No había ni para qué decirlo, Buck.

Subimos a las Hilux y nos fuimos.

Quise hablar de algo con Brenner y Kate:

—Hay que tener muy presente que entre un secuestro fingido y otro real no siempre queda clara la diferencia.

—Es lo que vengo diciendo yo —repuso Brenner.

Y yo lo estaba oyendo.

## CAPÍTULO SESENTA Y DOS

El camino al sur estaba pavimentado, pero en estado de desintegración. A los diez minutos entramos a otra carretera en peor estado. Más adelante se veían las ruinas del Marib Viejo.

Nos detuvimos junto a un muro derruido a la orilla de la ciudad, y todos bajamos de los autos y nos pusimos a mirar en torno. El panorama bajo el cerro estaba despejado, y no se veía ni un alma.

—Paul va a permanecer aquí con Zamo. John, Kate y yo entraremos a la vieja ciudad para dar un paseo de una media hora.

—Yo ya conozco el sur del Bronx. Prefiero quedarme —interpuse.

—Pero yo quiero ver esto, y quiero que tú lo veas conmigo.

Le pregunté a Buck:

—Si no nos van a secuestrar aquí, ¿por qué hemos venido a este lugar?

—Necesitamos que nos vean.

—Pero no hay nadie, Buck.

—Hay gente en los alrededores —me informó Buck— que observa todo en un lugar como éste. Sobre todo a los occidentales. Todos tienen teléfonos celulares y números para marcar.

¡Vaya! Sonaba como el pueblo rural de Kate en Minnesota.

Buck quería dar más explicaciones.

—Es preciso dar a los secuestradores potenciales algo de tiempo para descubrir que hemos venido aquí y reunir suficientes hombres para ejecutar el secuestro. Necesitamos que el secuestro parezca real.

Visualicé una sesión de tormenta de ideas en la CIA: tipos inteligentes pensando estupideces. O quizá todo se reducía a que Buck quería pasear por el Marib Viejo.

Respecto de la apariencia de realidad del secuestro, quise indagar:

—¿No va a verse raro que no hayamos contratado una guardia de beduinos? ¿O a la policía de Seguridad Nacional?

—Antes los visitantes podían venir solos —explicó Buck—. En la actualidad eso ya no es recomendable. Sin embargo, algunos viajeros con espíritu de aventura —o por simple ignorancia— siguen haciendo visitas sin escolta armada.

—Sea —acepté—. ¿Nos están vigilando los Predator?

—Por supuesto.

Me imaginaba a Chet observándonos desde el camión en ese mismo momento y se me ocurrió que tal vez podríamos hacerle señales obscenas.

—Nuestros guardias beduinos andan cerca de aquí. Podemos recurrir a ellos si se nos presenta cualquier situación.

O cuando fuese la hora de secuestrarnos.

Zamo había colocado el talego con el armamento serio sobre el cofre de su Hilux. Cuando nos fuimos, él y Brenner se quedaron para cubrirnos las espaldas.

Buck caminaba por delante, y Kate y yo lo seguimos por la ciudad, sin llevar más que una cámara a la vista y las armas ocultas.

Las calles de Marib Viejo parecían desiertas, pero noté que había huellas de pies en el polvo, además de boñigas frescas de cabra.

Las torres de adobe se elevaban hasta los ocho pisos de altura, excepto las demolidas por las bombas de la Fuerza Aérea Egipcia en la Guerra Civil Número Veintinueve o lo que fuera. Había desaparecido más de media ciudad, aunque sobrevivían los cimientos, llenos de arena y escombros.

—En el pasado —nos contó Buck— aquí vivían varios millares de personas. En estos tiempos quizá permanezcan unas doce familias.

—Al menos no tendrán problemas de estacionamiento.

Un lugar siniestro, sin duda. Los altos edificios de adobe tenían aspecto de torres embrujadas. La calma reinaba, salvo un viento extraño que aullaba por las calles y por los cascarones de los edificios, y remolinos de polvo que danzaban y desaparecían entre los escombros del camino. La palabra «postapocalíptico» me surgió en la mente.

Quiero decir que el lugar *olía* a muerte, a ceniza vieja y a *algo* que se pudría.

Miré a Kate. Se mostraba fascinada, pero también aprensiva.

—A ver, con honestidad —me dijo Buck—. ¿No te parece interesante?

—No.

Buck se rio. Se la estaba pasando muy bien y había encontrado una piedra grande en unos cimientos, que se puso a examinar.

—Viene de un templo sabeo. ¿Ven la escritura sabea labrada en la piedra?

Kate se acercó obediente para examinar lo que fuera aquello. Yo me quedé observando la calle.

Buck también se topó con una columna de piedra cuadrada, que se había incorporado al quicio de una puerta.

—Esta pieza también es sabea. Ha de tener unos tres mil años de antigüedad.

—¿Qué dicen las letras? —quise saber.

—Dice: «Yankee Go Home».

Muy chistoso, pero no era nada mala idea.

—El cerro en realidad es una acumulación de estratos de civilizaciones. Llegará un día en que los arqueólogos excaven hasta llegar al primer asentamiento humano en este sitio.

Encontrarían la primera deli de la historia.

Era el momento de hacer reportes de situación. Llamé a Brenner desde mi teléfono satelital. Cuando me contestó le pregunté:

—¿Alguna novedad por allá?

—Negativo. ¿Me estoy perdiendo de algo bueno? —quiso averiguar.

—No veo sino cosas muertas.

—Saca una foto.

—Entendido.

Seguimos vagando por las ruinas, con Buck metiéndose en todas partes para buscar pedacitos de piedra labrada con ese extraño alfabeto que me parecía marciano. Tomó tantas fotos que yo mismo empezaba a creer que sí éramos turistas.

Buck preguntó:

—¿Desean entrar a una de las casas?

—No.

—Pero si subimos al mafraj tendremos una vista magnífica.

—Buck —lo reconvine—: esas torres están a punto de desplomarse. Ni siquiera quiero estar en la calle junto a una de ellas.

—Bueno, bueno, está bien. Pero si nos encontramos con secuestradores auténticos, o con gente de Al Qaeda, tendremos que refugiarnos en una torre.

—En tal caso, prefiero echar bala en la calle.

Paseamos un poco más, y siempre en su tónica de profesor, Buck nos informó:

—El Islam tiene actitudes ambiguas respecto de la cultura preislámica y sus artefactos. En las antiguas culturas paganas algunos musulmanes ven evidencia visible de que los árabes primitivos eran civilizados en alto grado. Pero los fundamentalistas rechazan todo lo que es preislámico o pagano, y a menudo destruyen estos artefactos, como lo hacían los primeros cristianos, que destruían y mutilaban las estatuas y los templos de la Roma pagana.

—Ya, ya. Les cortaron los pitos a las estatuas.

—Correcto. Los fundamentalistas locales hacen lo propio.

¡Vaya! ¿Ya nos podíamos ir?

Sin embargo, el profesor improvisado prosiguió:

—Los beduinos sienten afinidad con estas ruinas. Los sabeos son sus ancestros directos. Pero hombres como Bulus ibn al-Darwish desean extirpar todas las señales de civilizaciones anteriores al Islam en el Medio Oriente. Por eso los arqueólogos de Occidente han recibido amenazas aquí. Y por eso se han dado tantos ataques contra occidentales en las inmediaciones de sitios arqueológicos como éste, y en los de muchas otras regiones del Medio Oriente.

Yo creía que a los occidentales los atacaban cerca de los sitios arqueológicos porque era donde solían ir. Además, usualmente estaban en lugares apartados. Eso les había sucedido a los belgas, que mejor habrían hecho permaneciendo en Sana'a. La verdad era que deberían haber tomado sus vacaciones en París.

A pesar de todo, lograba entender el punto de vista de Buck. Las visitas de los occidentales a esta especie de sitios guardaban cierta similitud con el caso de gente que viaja a reservas naturales para contemplar a los animales salvajes. Éstos, en cambio, contemplan a los visitantes como almuerzos que entran al comedor.

En todo caso, nos encontrábamos en el lugar correcto. Que era el lugar erróneo.

Buck nos refrescó la memoria:

—Los romanos pusieron sitio a esta ciudad. Marib ha sido sitiada docenas de veces y siempre pudo sobrevivir hasta que los aviones egipcios la demolieron en 1967.

¡Así era! Los aeroplanos de guerra con bombas de mil kilos eran peor que la peste.

Mirando en torno suyo, Buck habló con melancolía:

—La guerra es algo que no tiene sentido.

¡Vaya! El viejo combatiente de la Guerra Fría se nos ablandaba. O sea: eso no era nada comparado con el Armagedón termonuclear.

Salimos a un área abierta que, dedujo Buck, había sido un zoco. Por la plaza había cabras y algunos chiquillos, que al vernos se nos quedaron mirando como si fuésemos fantasmas. No habían visto muchos turistas en ese lugar.

Por fin, armándose de valor, diez de ellos corrieron hacia nosotros gritando:

—¡Baksheesh! ¡ Baksheesh!

Le sugerí a Buck:

—Diles que caminen al lado nuestro y les pagaremos.

Buck asintió, dijo algo en árabe y los niños abandonaron sus cabras y nos rodearon mientras nos volvíamos a los vehículos.

Era de lo más odioso usar a los niños como escudo, pero por lo menos les íbamos a pagar. Media hora después de haber entrado al Marib Viejo volvimos al punto de partida.

—¿Disfrutaron el paseo? —nos preguntó Buck.

—Fascinante. Me parece increíble.

Para mis adentros, dije: «¡Una mierda!».

Cuando salimos de las ruinas, ¡qué alegría me dio ver que Brenner y Zamo no habían sido secuestrados ni asesinados!

Pagamos a los pilluelos. Y quise darles un consejo:

—Cuando se hagan mayores, busquen nueva residencia.

¡Pero que no se acercaran a Perth Amboy!

Brenner quiso ir en el auto con Zamo, así que intercambiamos conductores, y Buck se puso al volante, mientras que Kate y yo ocupamos los mismos lugares, yo adelante y ella atrás. El auto de Buck se puso al frente y bajamos de la colina hacia la siguiente ruina muerta, el trono de la reina de Saba.

Me puse a visualizar los titulares del *New York Post*: *Cinco yanquis secuestrados en Saba* o *¡Beduinos beligerantes birlan a vistantes!*

¡Eh! ¡Si todo era de mentiritas! ¡Parte del astuto plan de la CIA! ¿No sería mejor algo como: *Pantera pulverizada por Predator en una jugada perfectamente planeada?*

Ése era mi titular favorito.

Pero antes, un secuestro amistoso.



## CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Yendo al sur desde el Marib Viejo, cruzamos un puente estrecho sobre un río, el primer cuerpo de agua corriente que veía desde mi llegada a Yemen.

De hecho, Kate comentó:

—¡Qué agradable ver un río!

—En Yemen no hay ríos —le informó Buck—. Esto es un wadi estacional, que suele estar seco en esta época del año, pero deben haber abierto las compuertas de la nueva presa de Marib.

Ya, ya. Hay que regar los cultivos del khat de primavera.

—La presa antigua de Marib —volvió Buck a educarnos— fue construida hará unos dos mil años, y constituyó la base de la civilización sabea. La presa se derrumbó en el año 570 de nuestra era, el año del nacimiento de Mahoma. Los musulmanes lo interpretan como una profecía: el final del paganismo y el comienzo de un mundo nuevo.

¡Lo mismo había sentido yo después del derrumbe de mi primer matrimonio! Pero Buck no se detenía:

—La presa nueva es de los años ochenta. Tuvieron que pasar mil cuatrocientos años después del derrumbe de la antigua.

—¿Líos con el sindicato? —pregunté.

—El puente limita las posibilidades de salirse del camino —observó Buck.

Ya, ya. El lugar que yo elegiría para secuestrar a alguien.

En menos de diez minutos estábamos llegando al sitio arqueológico de Bar'an. En el camino de tierra se encontraba estacionado un minibús, y a su lado un camión militar pintado de azul, que sería de la policía de Seguridad Nacional.

Buck se detuvo detrás del camión, y Brenner y Zamo detrás de nosotros.

Salimos los cinco y miramos los alrededores. Por aquí y por allá había conjuntos de árboles malformados. Casi todo era tierra y polvo, salvo algunas palmeras de dátiles y unos cuantos campos de riego.

Buck, que miraba el paisaje, dijo:

—Cuando el desierto se resuelve a invadir es implacable. La presa y las bombas de irrigación están perdiendo la batalla.

¡Igual que nosotros! Irónicamente, también los jihadistas. En esta guerra no hay triunfadores. Excepto el desierto.

Apenas llevábamos un par de minutos fuera de los vehículos cuando nos vimos asediados por niños pidiendo baksheesh, seguidos por vendedores de recuerdos y por último dos jóvenes que se ofrecieron de guías. De remate, un oficial de la OSN se metió y nos ofreció protección por veinte dólares. Seguramente era de la familia del capitán Dammaj.

¡Lo que hacía falta era un cajero automático!

Pero como Buck era nuestro cajero automático le dio algunos riales al policía de la ONS y algo más a los chiquillos para que desaparecieran. Les dio una propina además a los dos guías por no hacer nada y habló muy amablemente con todos ellos en árabe. Buck era un excelente diplomático norteamericano: daba dinero a todos y a cualquiera.

El policía nos miraba fijamente, como si sus instintos le dijeran que no éramos los turistas despistados que aparentábamos. Me pregunté si se daba cuenta de que llevábamos chalecos de kevlar, y si así era, ¿adivinaría que cargábamos pistolas? ¿O pensaría que éramos tan estúpidos como para no ir armados?

Le dijo algo a Buck, que enseguida tradujo:

—Dice que la policía está a punto de irse, y que no debemos quedarnos por aquí demasiado tiempo.

¡Como si esos payasos sirvieran de algo! De cualquier modo, gracias por la información. Dije, un poco para todos:

—Me pregunto si estos tipos de la OSN son los mismos que abandonaron a los belgas.

Nadie supo qué decir.

De cualquier modo, el payaso policía se fue, pero los vendedores de recuerdos, que eran seis, aún no habían recibido sus dádivas, y ahí estaban agitando sus mercancías: jambiyas baratas, seguramente hechas en China; shiwals de talla única; sandalias, igual. Y tarjetas postales.

Buck les dio unos cientos de riales y escogió algunas postales. Por fin éramos libres para acercarnos a la entrada de las ruinas.

Zamo se quedó como vigilante, según el plan, mientras los otros cuatro nos dirigimos a un arco de piedra con aspecto de nuevo, bajo el cual cuatro beduinos sentados masticaban khat, y les pagamos un precio de entrada equivalente a unos tres dólares por persona. A fin de cuentas, eran los beduinos quienes controlaban todo movimiento y acceso en el lugar.

La ruina quedaba por encima del nivel de los alrededores. Subimos por unos escalones de piedra para mirar hacia unas hectáreas de excavaciones y muros rotos que rodeaban un patio empedrado. Al otro lado del patio, encima de una escalinata, un grupo de turistas observaba varias columnas altas, sobre bases cuadradas, escuchando al guía. ¡Bonitas ruinas! Mejores que las del Marib Viejo, que eran algo siniestras. Hora de irnos.

Sin embargo, Buck, nuestro guía gratuito, tomó la palabra:

—Éste es el Templo de Bar'an, conocido también como Templo de la Luna, y a veces llamado Arsh Bilqis, es decir, el trono de Bilqis, el nombre sabeo de Saba. No muy lejos de aquí se alza el Templo del Sol.

¡Vaya! Tenía sentido.

—Este templo estaba dedicado a un dios sabeo de nombre Almaqah.

¡Por favor, que alguien me secuestrara!

Buck peroró durante un buen rato, tal como le gustaba, y Kate le hacía preguntas, por supuesto. Ella siempre está deseando mejorar su mente. Mientras no se meta con la mía, yo no tengo objeciones.

Mientras tanto, los turistas genuinos se habían reunido al centro del patio en torno al guía. Conté a quince, y busqué entre ellos a Matt Longo, mi amigo de Sana'a, pero el grupo estaba compuesto sobre todo por gente madura, europeos, a juzgar por su palidez invernal y por las atrocidades que constituían su calzado.

El guía condujo a sus clientes hacia la salida, y cuando pasaban cerca de nosotros Buck le dijo algo en árabe. Charlaron durante un minuto, después de lo cual el guía se llevó al grupo hacia el minibús.

—La mitad del grupo son alemanes —nos dijo Buck—, y la otra mitad daneses.

En total, un montón de idiotas con espíritu aventurero. Perdidos en Bilqis.

—Regresan a Sana'a —agregó Buck—. Nadie se queda ya a pasar la noche aquí.

—¡Lo que yo no entiendo es por qué se molestan en venir *aquí*! —espeté.

Buck me respondió en tono impaciente:

—Para aprender, *Mr. Corey*. Para contemplar la historia. Para experimentar otra cultura.

¡Vaya! Supongo que los belgas tuvieron su experiencia de otra cultura.

—Si te quedas en casa —me recordó Buck—, entonces los terroristas han conseguido lo que querían.

¡Lo mismo que decían todos en Nueva York después del 11 de septiembre! Por eso todos salimos a la calle, y los restaurantes y los bares estaban repletos. ¡Qué se joda Al Qaeda! Sírvame una doble, cantinero. ¡Que Dios bendiga a Norteamérica!

Pero esto era diferente. Estábamos dentro de la panza de la bestia. Hasta donde sabíamos, el guía de turistas, el policía de la OSNy todos los demás ya estaban hablando por sus teléfonos celulares, corriendo la voz sobre la presencia de varios pavos norteamericanos.

Buck echó un vistazo al reloj y nos dijo:

—Dentro de media hora el lugar estará desierto. Esperemos hasta entonces para volver al hotel Bilqis.

¡Secuestrados en el oasis! ¡Cautivos en el wadi!

Con tanto tiempo en las manos, Buck se dedicó a llenarlo de educación.

—Los arqueólogos de Occidente no quieren volver aquí, y las autoridades locales ni siquiera quitan las arenas móviles. En diez o quince años todo quedará sepultado bajo las dunas, excepto quizás esas columnas.

—Qué triste —comentó Kate.

Pensé que también podrían instalar un pozo petrolero ahí mismo.

Buck se volvió hacia el oeste.

—Las montañas que se ven en el horizonte —nos contó— las sobrevolamos antes, pues ahí se ubica la Atalaya del Cuervo. Los yemenitas creen que el arca de

Noé encalló en esas colinas tras el Diluvio.

Todavía con la vista fija en el oeste, añadió:

—A unos cuarenta kilómetros al oeste de la Atalaya del Cuervo se ubica el campo de adiestramiento de Al Qaeda. Y se piensa que el escondrijo personal de la Pantera se sitúa en esas montañas.

¡Igual estaría escondido en el arca de Noé! Se me ocurrió sugerir:

—A lo mejor los Predator podrían buscar el arca mientras andan tratando de ubicar a la Pantera.

—La Pantera vendrá a nosotros —me recordó Buck.

—Ya, ya.

Las posibilidades de encontrar a la Pantera no eran mayores que las de descubrir el arca. Sin embargo, la Pantera nos encontraría a nosotros.

Al oeste, el sol empezaba a bajar sobre el horizonte. Hice sombra sobre los ojos para escudriñar las montañas distantes. La Atalaya del Cuervo no quedaba lejos del campamento de Al Qaeda, que no tardaría en ser pulverizado por bombarderos norteamericanos, si todo salía bien. Por esas montañas desoladas andaba Bulus ibn al-Darwish, muy lejos de Nueva Jersey. Y quizás el arca de Noé estaba perdida por ahí también. Pensamientos profundos se agitaban en mi mente, una hebra unificadora que tal vez sería capaz de juntar todo. Enuncié:

—Este lugar es una mierda.

Buck giró con impaciencia y nos llevó hacia el patio hundido. Ahí quedábamos ocultos del camino, y no había un alma en torno. Saqué mi .45 y la metí en el bolsillo de mi chaleco de campaña. Brenner hizo lo mismo.

Buck, dirigiéndose a Kate y a Brenner, pero no a mí, volvió a hablar:

—Éste es el templo de donde, según algunos eruditos mormones, salió el profeta Lehi después de huir de Jerusalén en el sexto siglo antes de Cristo. Dicen que fue aquí donde Lehi enterró al profeta Ismael.

¡Yo esperaba que Ismael hubiera muerto antes de ser enterrado!

En verdad, tenía ganas de que me secuestraran de una vez por todas.

—Los mormones creen que fue aquí —continuó Buck— donde Lehi construyó un barco para él y su familia, con el que se fueron hasta América.

¡Vaya! ¿Acaso tenía ruedas el barco?

—Hay señales —aclaró Buck— de que en esos tiempos por aquí fluía un río que desembocaba en el mar.

Entendido.

Buck nos condujo al otro lado del patio y nos hizo subir catorce —los conté— escalones anchos de piedra. Arriba había cinco columnas de cuatro caras planas, que ascendían a unos veinte metros de altura. Una sexta columna se había roto, y Buck relató una historia sobre los simbolismos de la columna rota que se refería a los cinco pilares indiscutibles del Islam, y el pilar de la fe, bajo disputa. Me pareció que estas cosas las inventaba. De hecho, seguro que inventaba muchas cosas.

Buck terminó con su historia y se quedó en silencio durante unos momentos, contra su costumbre. Por fin, dijo:

—Se presume que los belgas fueron asesinados aquí.

Nadie le dio réplica. Pero esa idea ya se me había ocurrido. Y Buck se había guardado el dato para ese instante.

Mirando el piso empedrado en la base de las columnas, Buck nos informó:

—El personal del ejército yemenita fue el primero en acudir a la escena; reportó que las piedras estaban cubiertas de sangre.

Ahí seguían las manchas, pero sin saber lo sucedido nadie pensaría que eran de sangre.

—Había dos matrimonios de gente mayor de Bruselas, jubilados. También una joven pareja de Brujas, no casados, que estaban recorriendo el Medio Oriente. Además, el grupo incluía otro matrimonio de Bruselas, con su hija de dieciséis años.

De nuevo, nadie dijo nada.

—Eran huéspedes del Sheraton de Sana'a, donde habían llegado como parte de un grupo más grande. Esos nueve decidieron apuntarse para una excursión de un día a Marib.

¡Qué idea más mala se les había ocurrido!

Buck volvió a callar por unos segundos. Las ruinas estaban en completa soledad. El autobús y el camión de la policía se habían ido ya. El silencio era total; no llegaba ningún sonido del camino ni de las ruinas. Estábamos solos.

La voz de Buck se había suavizado.

—Estas personas no vinieron aquí a hacer daño a nadie. Lo único que hicieron mal en Yemen consistió en ser occidentales. Europeos. Cristianos. Por ese crimen, pagaron con sus vidas.

En efecto, así había sido.

—Los cadáveres de los belgas no han sido encontrados. El conductor del autobús y el guía de turistas, dos jóvenes de Sana'a, fueron hallados en una zanja de drenaje a un kilómetro de aquí, con las gargantas cortadas... Por lo tanto, pudieron recibir un funeral musulmán. ¿Su crimen? Asociarse con infieles. ¡Pena de muerte!

—Qué espanto... —musitó Kate—. No tiene sentido.

—Esto no es una guerra —dijo Brenner.

Buck estaba de acuerdo.

—Una carnicería sin piedad, cometida a sangre fría.

Hice una pregunta:

—¿Se cree que la Pantera estaba aquí cuando esto sucedió?

Buck asintió, y enseguida dijo:

—Esa información es la que se obtuvo del prisionero de Al Qaeda en Bruselas.

Muy bien: si alguien abrigaba dudas sobre aniquilar a esos hijos de puta con misiles Hellfire, quedaban disipadas con esto. De hecho, la destrucción con explosivos era una muerte piadosa para Bulus ibn al-Darwish.

El teléfono satelital de Buck sonó, y contestó. Escuchó un momento.

—Muy bien —dijo al teléfono, lo colgó y enseguida se volvió a nosotros—. Era Chet. Es hora de irnos de aquí y volver al hotel Bilqis.

Otra manera de decir «Es hora del secuestro».

## CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

En sí, el secuestro resultó muy poco emocionante, una suerte de anticlímax.

Yo iba con Buck en el vehículo de adelante, sentado en el asiento posterior del pequeño Hilux, y Kate iba adelante, para no tener que sentarse con el secuestrador. Soy siempre caballeroso.

Brenner y Zamo iban detrás de nosotros, a unos veinte metros.

Al salir de las ruinas, habiendo recuperado las M4, nos las colocamos en el regazo, y Zamo tomó su rifle de francotirador. Lo más importante era que Kate se había puesto el velo para el secuestro. El mundo iba bien, si el mundo de uno podía reducirse a Yemen.

Al aproximarnos al puente estrecho para cruzar el wadi, un Toyota Land Cruiser de color blanco entró a la carretera desde el terraplén, y al entrar al puente disminuyó la velocidad. Al mismo tiempo, un segundo todoterreno blanco entró a la carretera, detrás de nosotros y delante de Brenner. El tercer todoterreno ingresó después de Brenner. Así que estábamos atrapados en un sándwich. Tal vez fuese un falso secuestro, pero estos sujetos ya habían hecho de verdad estas cosas antes.

La camioneta que se había puesto frente a nosotros se detuvo en diagonal al final del puente, y Buck frenó a unos diez metros de distancia.

Me di vuelta y vi a la otra camioneta que se detenía junto a la parte posterior de nuestro Hilux. Brenner también se detuvo, y el último todoterreno se paró atrás de Brenner, cerrando los dos extremos del puente. Bonito trabajo, todos.

Kate, para quien seguramente todos los beduinos se parecían entre sí, preguntó:

—¿Cómo sabemos si estos beduinos son... los nuestros?

Para tranquilizarla, le dije:

—Nuestros beduinos son barbudos y visten batas blancas, y los tipos de estos autos llevan barba y van de blanco.

Buck tenía mejores argumentos:

—Esos tres vehículos son los de Musa, y estoy seguro de que los beduinos que ves son los hombres que nos escoltaron ayer y hoy.

—Almorzamos con ellos —añadí.

Y se suponía que Musa seguía trabajando para nosotros, ¿verdad?

Mi Colt automática seguía en el bolsillo de mi chaleco de campaña. Le quité el seguro.

En las orillas del wadi distinguí a varias mujeres que lavaban ropa, cerca de unos niños chapoteando en el agua y de unos cuantos hombres pescando. Algunas de esas personas alzaron la vista para mirar a las cinco camionetas detenidas en el puente: dos Hilux y tres Land Cruiser. Se figurarían que era un secuestro hospitalario, como los que todo el tiempo sucedían, así que desviaron la mirada.

Más adelante en la carretera, un camión de carga grande se detuvo antes de llegar al puente, pero no se puso a dar bocinazos como hacemos en Nueva York. Un poco de paciencia, Abdul, que los beduinos andan secuestrando unos turistas. Cosa de unos minutos.

Se abrió la portezuela trasera del todoterreno delante de nosotros, y saltó a tierra un beduino armado con su AK-47. Miré hacia atrás y vi a otro beduino que se acercaba al auto de Brenner.

Enseguida reconocí al beduino que se nos acercaba: Yasir, el mismo que había acariciado mi jambiya, y nos tenía encañonados con su AK-47 mientras abría la puerta de atrás, junto a mí. Se metió rápidamente, cerró la puerta azotándola y se puso el rifle en el pecho, con el cañón a treinta centímetros de mi cabeza.

No tenía mucho que decirnos. No era necesario decir nada, en realidad.

La camioneta de adelante empezó a moverse y Yasir le dijo a Buck:

—Yalla nimishi.

O sea, vámonos.

Pasamos junto al camión de carga. Miré al conductor, que se cubría el rostro con las manos: ¡él no había visto *nada*!

El convoy del secuestro se dirigía al norte, hacia Marib, pero antes de llegar al hotel Bilqis el vehículo líder giró a la izquierda, para tomar un sendero de tierra encaminado al oeste, hacia las montañas, y los demás seguimos tras él.

El nuevo pasajero se notaba un poco más relajado y le habló a Buck.

—Este caballero, Yasir —nos contó Buck—, dice que le da mucho gusto volver a vernos.

—¿Ya habías hecho esto antes? —le pregunté a Yasir.

El caso era que todo iba bien hasta ese punto, y no pude detectar nada sospechoso, ni detalles fuera de lo planeado. A fin de cuentas, ahí tenía mi Colt automática en el bolsillo, la M4 sobre el regazo, mi kevlar puesto y las antenas al aire captando todas las señales.

Respecto de ese tema, las radios de mano del coche chasquearon, y enseguida se oyó la voz de Zamo:

—Escoba de Limpieza Cinco aquí. ¿Me escuchan?

—Escoba Tres: te recibo claro y fuerte.

—¿Todo bien?

—Por el momento.

—Igual aquí. Esto es un asco —añadió.

Podría ser peor. Por ejemplo, ser de verdad. O volverse de verdad.

Apenas había vehículos a la vista y sólo unas cuantas personas dispersas por los campos, aunque varios pastores de cabras sentados en bardas de piedra, cerca de la vereda, siguieron con mucho interés el paso polvoriento de la comitiva de cinco vehículos.

Buck charlaba con Yasir, que todavía tenía los nervios un poco de punta. Aunque

estábamos en el territorio beduino, pensé, Yasir temía encontrarse con una patrulla del ejército, o con la policía de Seguridad Nacional, aunque la OSN era fácil de sobornar. Desde mi punto de vista, resultaba dudoso que Yasir y sus amigos se preocuparan por la Mukhabarat, alias la OSP, alias la policía secreta, cuya actividad se restringía a las ciudades y los pueblos. La no intervención del gobierno estaba arreglada, aunque eso lo ignoraba Yasir. Tampoco sabía los términos del arreglo: los norteamericanos devolverían el favor al presidente Saleh liquidando a su jeque.

Otro factor del nerviosismo de Yasir tenía que ser Al Qaeda. Eso me preocupaba a mí también. Era posible que se hubiera dado el soplo a los de Al Qaeda sobre el arribo de los estadounidenses al hotel Bilqis o a las ruinas, y que se les ocurriera hacer la intentona de tomarnos presos.

En último término, aunque los de Al Qaeda anduviesen por ahí, estaban obligados a deferir la acción a favor de los beduinos, que llevaban dos mil años en esa provincia. ¿Verdad?

El convoy, por lo visto, iba al sudoeste. Al frente quedaban las montañas, o sea, íbamos de regreso a la Atalaya del Cuervo, conforme al plan. Pero si llegaba el caso de desviar la ruta, hacia el campamento de Al Qaeda por ejemplo, yo me encontraba listo para detener el viaje.

—Nada de desviaciones ni patrañas por parte de Yasir —le dije a Buck.

—Tranquilo, por favor —replicó Buck.

—Estaré tranquilo una vez a bordo del Otter.

—Voy a llamar a Chet —dijo Kate.

—Buena idea.

Abrió la ventana y se asomó para tener señal desde el cielo. Marcó el número de Chet, pero no obtuvo respuesta.

Yasir no se preocupaba de las radios de mano ni de los teléfonos satelitales; tampoco se fijaba en los rifles colocados sobre las piernas. Por lo tanto, no debía estar sintiéndome paranoico. Íbamos de camino a la casa de seguridad, a la Atalaya del Cuervo. Empero, si hallásemos a Chet allí con la garganta cortada no sería buena señal. Aunque ¿acaso no me sentía un poco ambivalente al respecto?

—Estamos vigilados por los Predator —le recordé a Kate.

Pero ella quiso recordarme otro aspecto de la situación:

—Vas sentado junto a un beduino con un AK-47.

—Ya, ya. Estoy atento.

—Todo avanza conforme al plan —intervino Buck.

Eso era verdad. Por lo tanto, me dirigí a Yasir:

—¿En qué universidad estudiaste?

Buck tradujo, Yasir replicó y Buck me contó:

—Él te agradece el cumplido.

—¿Qué cumplido?

—Le dije que admirabas su shiwal. Es posible que te lo regale ahora —añadió

Buck—. Si eso sucede, tendrás que ponértelo.

—¡Gracias, Buck!

—¡Si me sigues obligando a traducir tonterías, acabarás teniendo que ponerte sus calzones!

A Kate eso le hizo mucha gracia. Me alegré de verla más tranquila.

Fue así que abandoné el proyecto de conversar con Yasir y puse más atención en el camino.

En algo menos de diez minutos alcanzamos el camino ancho de tierra donde habíamos aterrizado y dimos vuelta a la derecha, hacia la meseta donde se alzaba la Atalaya del Cuervo.

—Intenta hablar con Chet —me pidió Kate.

Abrí la ventanilla, me asomé y marqué el número de Chet. Contestó y le informé:

—¡Hemos sido secuestrados!

—Eso ya lo vi —replicó.

—En caso de que se te haya olvidado, nosotros somos los de las Hilux pequeñas. Dile a los pilotos de los Predator —le pedí.

—Gracias. ¿Algo más?

—¿Hay polvo?

Hubo una breve pausa antes de oír su voz.

—Nada de polvo esta noche. Llegarán aquí en unos quince minutos.

—Pon a enfriar las cervezas.

—¿Algo más?

—Negativo.

Me arrellané en el asiento. Chet me encontraba chistoso, pero molesto. Quizá pensara que yo era un poco tonto. Era mejor que pensara eso. Hay un montón de criminales en la cárcel que creyeron lo mismo.

En cambio, Brenner, que había sido policía, se daba cuenta de mi actuación. Zamo también percibía que tras mis chistes había algo más. Buck era otro que observaba mi *modus operandi*.

Desde luego que Kate me había visto hacerme el tonto gracioso, con sospechosos y con supervisores. Hacerse el tonto es inteligente. La gente baja la guardia con uno y entonces comete errores.

Buck y Chet eran mis colegas y mis compatriotas, además de compañeros de equipo. Pero no amigos en quienes yo pudiera confiar. De hecho, se traían algo entre manos.

Llegamos al acantilado en la base de la meseta y emprendimos el ascenso. A la luz del día daba más miedo.

Alcanzamos la cumbre y nos dirigimos a la Atalaya del Cuervo.

No tenía idea de cuánto tiempo íbamos a estar ahí esperando a la delegación de Al Qaeda que vendría a inspeccionarnos y a confirmar quiénes éramos. Pero si yo tuviera que pasar más de una semana con Chet y Buck, me rendiría ante el primer

jihadista que pasara por la puerta.

Mientras tanto, era menester no quitarle el ojo de encima a Chet y Buck. En especial, a Chet. Podría esperar a ver si Chet había venido a desquitarse en nombre de la CIA con Kate, o confrontarlo con esos hechos. Si elegía esperar, corría el riesgo de que se hiciera demasiado tarde para poder decirle: «Ya sabía yo que algo andabas tramando». Quizá lo que yo necesitaba era dar un golpe por sorpresa. Antes de que él lo hiciese.

## CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

Después de que el convoy del secuestro compuesto por cinco vehículos ingresó al patio amurallado de la Atalaya del Cuervo cruzando las puertas abiertas, todos bajamos de las camionetas.

Los dos beduinos no habían degollado a Chet, quien vino a saludarnos.

—¡Imagen del monitor de video perfecta, casi de película! Espero que los testigos presenciales hayan corrido la voz hasta los agentes de Al Qaeda.

—¿Qué pasa si los testigos presenciales o los de Al Qaeda saben o sospechan que estamos en la Atalaya del Cuervo? —le pregunté a Chet.

—Es posible que ya lo sepan —replicó Chet—. Los de Al Qaeda no van a interferir con un secuestro de los beduinos. Ni menos intentarían un asalto contra una fortaleza ocupada por el jeque Musa.

Quizá. Pero no querría yo salir de ese lugar hasta que la Pantera y sus jihadistas estuvieran listos para las bolsitas de puré.

Dimos las gracias a nuestros anfitriones beduinos por tan placentera experiencia de secuestro y nos subimos al segundo piso de la torre, para esperar acontecimientos, según las palabras pronunciadas por Chet en Adén.

Chet había amarrado una antena de teléfono satelital, tomada del camión de abajo, a una de las ventanas. Enchufó su teléfono a una de las entradas para cable de la antena.

—Así no necesitaremos estar a cielo abierto para tener contacto directo con la estación terrestre de control de los Predator.

Eso era bueno.

—O con la embajada o con Langley, o con Fed 26, o con Washington, o con quienquiera que nos desee llamar —añadió.

Eso era un asco.

—La recepción de los teléfonos satelitales en ocasiones es defectuosa —nos advirtió Chet—. Además, es posible que sea escuchada por la OSP, o incluso por Al Qaeda, si es que cuentan con los medios. Vamos a mantener este tipo de llamadas reducidas a un mínimo. Sin embargo, la señal de radio desde el camión es muy fuerte y está codificada. Por lo tanto, es segura.

En resumen, se había pensado cuidadosamente en preparar la misión, pero la capacidad de operar en ese contexto geográfico enfrentaba límites muy severos. No obstante, Chet quería hacer funcionar el plan, demostrar que la CIA era capaz de montar golpes quirúrgicos en territorios hostiles, como hicieron en Afganistán al comienzo de la guerra. Los militares de Estados Unidos, y otras partes interesadas, deseaban en cambio poner sus botas en el territorio. Miles de botas. En la disyuntiva, yo era partidario de la CIA.

Una vez vista la antena nueva para el teléfono satelital, ¿con qué pasar el rato? ¿Jugar Serpientes y Escaleras con el conducto de excremento?

Antes de que pudiera proponer yo esa idea, Buck anunció:

—He traído revistas, novelas y crucigramas para distraernos.

—¿No hay más *brandy*? —le pregunté a Chet.

—Una botella, para la celebración.

¡Podríamos ir celebrando desde ya!

Terminamos por sentarnos con las piernas cruzadas sobre la alfombra. Sólo Zamo permaneció de pie, yendo de una a otra ventana con sus binoculares y su rifle.

Dirigiéndose a Buck y a Chet, Kate hizo una pregunta:

—¿Cuánto tiempo creen que se tarde el jeque Musa en hacer contacto con Al Qaeda?

—Uno o dos días —replicó Chet—. Musa necesita dar a entender que se toma su tiempo, tal vez que explora diversas opciones, o aun que espera a ver si los de Al Qaeda acuden a él inquiriendo si tiene noticias de ciertos amriki que han sido secuestrados. Hay que dejar que esto se resuelva sin querer micromanejar a Musa.

Conforme, pensé, pero queremos que Musa ponga en movimiento sus asentaderas.

—Es posible —especuló Chet— que, después del ataque a Hunt Oil, la Pantera haya salido de esta región por sentirse menos seguro que antes. De ser así, cuando Musa le ofrezca a cinco norteamericanos secuestrados, la Pantera habrá de decidir si se arriesga a volver hasta aquí, porque Musa nunca abandonaría sus territorios tribales para ir a ver a la Pantera con sus cinco estadounidenses secuestrados.

Después de una pausa, Chet concluyó:

—Por lo tanto, la espera podría ser un poco larga. Pero confío en que de uno u otro modo Bulus ibn al-Darwish aparecerá en la mira precisa de una cámara de video de un avión Predator.

Pudiera ser. El problema consistía en el lapso de espera. Le pregunté a Chet:

—¿Hasta cuándo esperaremos?

—Todo lo que sea necesario.

¡Santa cachimba! Pero tenía otra pregunta:

—¿Qué haremos cuando se nos acabe el atún?

Venga, Chet: ¿cuál es el máximo de tiempo que estaremos aquí haciendo crucigramas?

Chet pensó un momento antes de contestar.

—Creo que podría extenderse hasta dos semanas. Esperar más tiempo podría presentar problemas de seguridad.

Por no mencionar problemas de salud mental. O sea: ¿dos semanas de calabozo? ¿Y si le daba a alguien una enfermedad? ¡Llamar a Clare!

—La decisión no nos corresponde del todo a nosotros —nos informó Chet—. Necesito consultar a Langley diariamente. Esta pieza hay que tocarla de oído.

—Deberíamos permanecer en contacto con el jeque Musa —sugerí—. Es él quien está en relación con Al Qaeda.

—Nosotros no llamaremos a Musa —repuso Chet—. Él nos llamará.

Buck aportó más información:

—Los árabes en general, pero especialmente los beduinos, tienen un concepto del tiempo diferente del nuestro en Occidente. Son capaces de negociar durante meses los asuntos más simples. No tienen prisa.

Pero Chet dijo algo un poco más tranquilizador:

—Es probable que la Pantera, con su mentalidad medio norteamericana, llegue a una decisión rápida. Es impaciente. Tiene hambre.

—Yo también.

Tendríamos una espera larga. O corta. Por buena que sea una trampa, no hay más remedio que esperar a que la pieza caiga en ella. Y eso depende de la pieza.

Kate hizo una pregunta inteligente:

—¿Se reportará en los medios nuestra desaparición o el secuestro?

Buck fue quien dio respuesta.

—Hay una moratoria de información en la embajada —sonrió—. Eso es una redundancia, porque la embajada no envía muchos boletines de prensa desde Yemen. En cuanto a reporteros investigadores occidentales, no hay ninguna oficina de las agencias de prensa norteamericanas en Yemen. La BBC tiene una oficina en Sana'a, pero el reportero ha pedido licencia indefinida y ha vuelto a Inglaterra. En cuanto a los periodistas yemenitas, o las oficinas de gobierno, o bien no saben nada, o se les ha dicho que nada deben saber.

Ya, ya. En verdad, la Tierra que el Tiempo Olvidó. El hoyo negro del Medio Oriente. Uno podría perderse ahí y tendrían que pasar meses para que se notara su ausencia fuera de Yemen.

—¿Qué pasa si la familia o los amigos necesitan llamarnos? —preguntó Kate.

«Si hablas de tus padres, considera que esto es una vacación», pensé. Pero no dije nada.

—Cada uno de nosotros escribirá una nota que será enviada por las oficinas respectivas en Estados Unidos a todas las personas que se indique. Conviene hablar de generalidades, sin mencionar que han sido secuestrados —dijo sonriente Buck—. Toda pregunta a las oficinas que provenga de amigos o familiares será atendida por la embajada en Sana'a. No deberíamos experimentar ningún problema por estar incomunicados durante una o dos semanas.

—Yo paso semanas sin hacer contacto con los amigos y la familia —nos comunicó Chet—. Es cosa del oficio.

Además, a nadie le importaría un carajo no volver a saber de él. De hecho, muchos se alegrarían. ¡Qué mal pensado soy! ¡Alguien, en algún sitio, amaba a Chet!

A propósito de eso, no sabíamos nada de la vida personal de Chet, y él nunca abordaba el tema. Kate aprovechó para preguntarle:

—¿Eres casado?

Chet titubeó un poco antes de contestar.

—Mi esposa y yo nos hemos separado.

Quizá la causa fuesen las rarezas de Chet.

—Qué lástima. Cómo lo siento —dijo Kate, como suelen decir las mujeres.

La esposa seguramente no opinaba lo mismo.

—Esta misión, que ha implicado estar separados, ha puesto demasiada presión sobre mi matrimonio —confesó Chet.

Indudable. En realidad, sí me daba un poco de lástima. Por el lado bueno, en Yemen podría tener cuatro esposas. O quizá nada más tres, porque ya tenía una, ¿verdad?

Buck, cuyo matrimonio, según contaba, se mantenía a pesar de décadas de misiones en el extranjero —o quizá gracias a ellas—, dijo:

—Nuestra línea de trabajo complica la vida familiar. Es mucho lo que sacrificamos por el país. A veces pienso que el país no lo aprecia debidamente.

¿Cuándo lo había apreciado? ¡Nunca! ¿Qué importa eso? Hacemos nuestro trabajo por otras razones. Obtener aprecio nunca fue una de ellas.

Sobre el tema de esperar mucho o poco tiempo, Buck quiso decir algo más:

—Hay que ser optimistas y suponer que estaremos en el avión de regreso antes de que nadie haya notado nuestra ausencia.

¡Bueno! Seríamos optimistas.

Abrí uno de los libros de crucigramas y dije:

—A ver: un árabe al que se le han acabado las municiones. Ocho letras.

—Moderado —dijo Brenner, que ya se sabía el chiste.

## CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

Era la hora de cenar, y nos dimos un festín de latas de atún y verduras mixtas, con pan tawwa. De beber, agua tibia embotellada. Chet de postre se fumó un cigarro.

La luz era ya muy poca, y encendimos varias lámparas de petróleo. Allá abajo, en el patio, era de nuevo la hora de la oración. Los beduinos rezaban a todo pulmón y me hacían echar de menos a Brooklyn.

Después del llamado a la oración, Chet anunció que necesitaba hacer un reporte de situación usando el sistema seguro de radio en el camión. Le dije que si le podía hacer compañía, así que ambos bajamos al patio. Abrió el camión y entramos.

Chet revisó sus correos de voz y otros mensajes, hizo su reporte de situación — todo en orden— y, haciendo girar su silla, se encaró conmigo.

—¿Hay algo de lo que quieres hablarme?

—Hay algo, en efecto —dije, sin sentarme—. Sobre Ted Nash.

Asintió en silencio.

—Tú lo conocías.

Asintió otra vez, pero añadió:

—No muy bien.

—Como sea. Mira, Chet, las cosas como son. Mi esposa, antes de casarse conmigo, tuvo que ver con Nash.

Miré su rostro apenas iluminado por el reflejo de la consola. Añadí:

—¿Sabías eso?

—Me contaron.

—Es posible que lo sucedido, por lo tanto, haya tenido que ver con asuntos personales más que de trabajo —declaré.

Se quedó en silencio. Reanudé:

—Por otra parte, unos segundos antes de morir, Nash nos estaba apuntando con una pistola, a mí y a Kate, y eso sí era cuestión de trabajo. ¿Lo sabías también?

—No con detalle.

—Te estoy dando los detalles. Aquí va otro. Nash estaba involucrado en una operación delictuosa que pretendía causar un ataque termonuclear de Estados Unidos contra el Islam. ¿Eso lo supiste?

—Si lo supiera, no lo admitiría —me dijo, pero añadió—. No lo sabía.

—Pues ya lo sabes. A lo mejor a ti te parece buena idea. Algo dije yo sobre el tema, y tú estabas de acuerdo. Pero la verdad es que aniquilar a decenas de millones de personas inocentes y hacer del Medio Oriente un desierto radioactivo no es buena idea.

—Ésa es tu opinión —dijo él, y sonrió.

—Sí. Y fue mi opinión la que se impuso —le informé a Chet—. Kate y yo éramos

prisioneros de un loco que pretendía matarnos. Y Nash lo sabía. De hecho, cuando Kate y yo reventamos al loco, apareció Nash con la pretensión de llevar a cabo el proyecto del loco. ¿Me sigues?

—Creo que sí.

—En consecuencia, es un caso de defensa propia, con un pequeño ingrediente de historia personal entre las partes.

—Está bien. Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? ¿O con la misión?

—Dímelo tú.

—Bueno: nada que ver.

—Intenta responder de nuevo.

Chet guardó silencio unos segundos.

—Me parece —dijo— que entiendo cómo funciona tu mente paranoica. A decir verdad, comprendo que puedas llegar a conclusiones disparatadas. Pero...

—Nada de peros, Chet. ¿Crees que soy tan estúpido como para creer que se nos pidió venir a Kate y a mí por ser perfectos para la misión?

—Es que sí eres perfecto para la misión. Y también lo es Kate.

—Ya, ya. Perfectos en más de un sentido.

A continuación Chet me hizo una pregunta que yo ya me había planteado:

—Si de veras crees eso que has dicho, ¿por qué demonios aceptaste venir?

—Porque esto, Chet, es el vientre de la bestia. Y la bestia eres tú. Yo he venido para hablar con la bestia y, si no hay de otra, matar a la bestia.

A eso no repuso nada.

—Cuando salga yo de aquí —le aconsejé—, hablarás o mandarás un mensaje a Langley para informarles que he hablado contigo, y que es mejor que se acabe este problema.

De nuevo guardó silencio antes de responder:

—Les informaré de nuestra conversación. Pero —agregó—, hasta donde sé, la idea de que tú y Kate participaran en esta misión no tuvo nada que ver con lo que le sucedió a Ted Nash. La razón era que tú y Kate eran un buen cebo para la Pantera, porque fuiste tú quien mató al León. Nada más y nada menos. No me gusta que me amenacen.

—No te estoy amenazando. Sólo te digo que si huelo una rata, o si algo le pasa a Kate, eres hombre muerto.

Se había enfadado.

—Si algo le pasara a Kate —espetó— puedes estar seguro de que lo mismo te pasaría a ti.

—No si antes te vuelo la tapa de los jodidos sesos.

Retrocedió un poco, y dijo, controlándose:

—Mira, comprendo que hayas podido pensar todo eso... ¿Sabes algo? A lo mejor hasta tienes razón, aunque de verdad no lo creo. No he venido aquí a desquitarme con tu mujer. He venido a matar a Bulus ibn al-Darwish. No asesino a ciudadanos

norteamericanos... Bueno, exceptuando a al-Darwish.

—Me gusta oír eso, Chet. Si sales vivo de ésta, es porque no te he matado, así que eso iguala el marcador. Cuéntales eso a los chicos de Langley.

Asintió y me dijo:

—Necesito enviar unos mensajes. ¿Hemos terminado?

Giré sobre los talones y me salí del camión.

Un asunto pendiente por fin había sido atendido. Chet ya sabía que yo sabía. Él reflexionaría sobre el tema y presentaría el reporte correspondiente al alto funcionario que había tenido la brillante idea de enviarnos a Kate y a mí a este país con la finalidad de que nos convirtiéramos en víctimas de guerra.

Es decir, siempre pensé que la CIA había puesto precio a nuestras cabezas desde que Kate había dado el pasaporte a Ted, y esta misión se presentaba como el lugar y el momento convenientes para que eso se llevara a término. Nada de lo dicho por Chet me demostraba lo contrario. Una respuesta adicional a la pregunta de Chet sobre el motivo por el cual había aceptado participar en la misión sería: «No puedes huir todo el tiempo de la bestia». Era preciso enfrentar a la bestia. Entrar en su territorio y matarla. O, siendo civilizados, como la bestia tiene amigos, llegar a un acuerdo.

Deseaba que Chet hubiese entendido los términos del acuerdo. De lo contrario, habría menos pasajeros en el Otter para el viaje de vuelta.

## CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Sin electricidad, descontando la del camión, no había mucho que hacer después de la puesta del sol. Puedo afirmar que, a partir de ahí, nunca he vuelto a dar por sentada la existencia absoluta de cosas como agua caliente en el baño, una silla para sentarse o una cerveza fría.

No es que sea un tipo blando ni delicado; me definiría más bien como combatiente urbano. Lo urbano es lo mío. Esa palabra viene del latín y significa ciudad. Como en la palabra *electricidad*. ¿Verdad?

Tal vez la experiencia rústica me sentara bien. Podría entrar en contacto con mi beduino interior. Lo que ya no me convencía para nada era el personaje del jefe guerrero.

Podría ser peor: ¿qué tal si el secuestro fuese de verdad? ¿Esperar a que le corten a uno la cabeza?

Todos habíamos dormido poco y mal, así que nos acostamos temprano. Colocamos una guardia de dos personas con rotación cada tres horas: primero Brenner y Zamo, después Kate y yo, y Buck y Chet los últimos. Eso nos llevaría hasta el amanecer. Debo señalar que se cumplía el sueño de Paul Brenner de dormir con Kate, pero no de la manera en que se lo imaginara.

Ni Chet ni yo habíamos mencionado la conversación que sostuvimos en el camión en toda la noche. Sin embargo, en un raro momento de privacidad, al lado del conducto de excremento, Chet me comunicó:

—He enviado un cable respecto de tus preocupaciones. No me han dado respuesta.

¡Patrañas!

Durante la guardia que nos correspondía, junto a una ventana por la que se veía la negra noche, le dije a Kate:

—He hablado con Chet sobre Ted Nash.

Se quedó callada unos momentos. Me recordó:

—Yo iba a encargarme de eso.

—Yo lo puse en términos un poco diferentes de lo que tú habrías dicho.

—¿O sea?

—O sea que le compartí mis suspicacias de que se nos pidió a ti y a mí venir a Yemen para darle a la CIA una oportunidad de desquitarse. Me refiero a que tú les mataste a Ted Nash.

Hizo una pausa más prolongada. Al fin habló.

—No estoy necesariamente de acuerdo con tus sospechas —dijo, añadiendo—: No sé... me parece una locura.

—¿Tú crees? Mira, no es sólo que pusieras fin a Ted y que te hayan absuelto de

todo. Tú y yo estropeamos el plan de la CIA de exterminio termonuclear del Islam. Ése fue un asunto mayor. Y tú y yo sabemos de eso.

—Pero no hemos dicho nada. Estamos cumpliendo con lo convenido.

—Ya, ya. Pero eso no basta para los especialistas en preocupación de Langley. Es mejor el silencio de los muertos.

No dijo nada a eso.

—Y por eso hemos venido aquí —añadí.

De nuevo no me dio réplica. En cambio, inquirió:

—¿Qué más le dijiste a Chet?

—Bueno, le dije que si algo te pasaba a ti, o que en cuanto yo percibiera que algo tramaban, le iba a volar la tapa de los sesos.

—Eso no debiste decirlo.

—Bueno, si quieres le diré que nos mate, adelante.

—A lo que voy, John, es que podrías estar cometiendo un *error*.

—Si es un error, es mi error y no causa ningún daño.

—No puedes amenazar de muerte a alguien sin causar daño. Sobre todo si ese alguien no ha hecho nada malo, o si ni siquiera sabe de qué se trata.

—Es cierto, pero Chet lo tomó bastante bien. Incluso fue amable conmigo cuando regresó del camión. ¿No te diste cuenta?

—Creo que tú estás igual de loco que él.

—¿Yo? Te aseguro que mucho más loco que él —le aseguré—. Tú eres la que dijo que había que buscar al que traiciona a los traidores.

No me contestó. Insistí:

—¿Qué implica un nombre? ¿Por qué se llama Operación Escoba de Limpieza? ¿Por qué estamos tú y yo aquí?

—Bueno. Entiendo. Pero... ¿qué te dijo él?

—No confirmó ni denegó mis sospechas. De hecho, aceptó que entendía cómo podría yo haber llegado a semejante conclusión errada y paranoica, y aun comentó que tal vez estuviese yo en lo cierto, pero que él no tenía nada que ver con cualquiera de las cosas que yo le estaba sugiriendo. ¿Me sigues?

—No.

—Había que estar ahí para entenderlo. En todo caso, ya hice aparecer el peine, y Chet se ha comunicado por cable con sus colegas de Langley. O quizás habló con ellos. Lo que creo es que las probabilidades de que nos convirtamos en víctimas de fuego amigo, o del jeque Musa, o de Al Qaeda, ahora son de menos del cincuenta por ciento.

Kate asintió:

—En nuestro oficio, el pasado regresa para perseguirnos.

A mí eso no me importa. El problema lo veo en que a veces el pasado regresa para *matarlo a uno*. Como le pasó al León. O a Ted Nash. El oficio incorpora un ciclo de *vendettas*, un círculo cada vez más amplio que no tiene fin. Un día, cuando ya sea

viejo y esté sentado en una mecedora, tal vez alguien salido del pasado me alcance. Pero no en ese momento. Ni a la semana siguiente.

Para que Kate se sintiera mejor, le dije:

—Fue defensa propia. Nos salvaste la vida a los dos. No vuelvas a vivirlo.

Asintió.

Nuestras tres horas de guardia llegaban a su fin, y fui a despertar a Buck y a Chet, aunque éste ya se encontraba despierto. Tal vez habría tenido una pesadilla en que alguien le cortaba la garganta mientras dormía.

Los cinco caballeros de la Brigada A desayunamos con los ocho caballeros del desierto en el patio. Kate aprovechó la oportunidad de estar a solas para darse un baño con agua embotellada.

El desayuno fue la misma papilla, pero los beduinos le habían añadido atún.

Después de desayunar, Chet, Buck, Brenner y yo nos metimos al camión para ver la tele. En las dos pantallas se repetían los mismos programas del día anterior: las bellezas naturales de Yemen vistas desde la altura. Me sentí volar.

Chet hizo una verificación de comunicaciones y reporte de situación. La estación terrestre no reportaba señales de actividad en el área que estuviesen fuera de lo común. Un día como los demás en los territorios tribales, todo en calma en los dominios de Al Qaeda. Pero eso podía cambiar de un momento a otro.

Para hacer algo de ejercicio nos pusimos a andar dando vueltas en el patio, como hacen los prisioneros en las cárceles. Conté catorce lagartijas.

Más tarde le sugerí algo a Buck:

—Pide a nuestros anfitriones beduinos que nos presten un balón de fútbol. Y también que traigan algo de comida de verdad de Marib. Yo invito.

—Me han dicho —me informó Buck— que no tienen permiso de salir de aquí. Y tampoco hay autorización para que nadie venga, a menos que se nos acabe la comida o el agua. Estamos en clausura hasta nueva orden.

—¿Cuándo matamos a los camellos y nos los comemos?

—No hay camellos. Pero afuera hay cabras, y los anfitriones parecen estar matando una al día.

—¿Cuántas quedan?

—Bastantes para soportar un largo sitio.

A propósito de eso, Kate, Brenner y yo nos pusimos a fastidiar a Chet y a Buck para que consiguieran noticias de cómo le estaba yendo al jeque Musa en sus pláticas con Al Qaeda.

Sin embargo, Buck y Chet eran de la opinión de que era prematuro mandar un mensaje al jeque.

—Sería descortés preguntarle ahora —explicó Buck—. Hay que dejar pasar unos días.

Chet estaba de acuerdo.

—Hay que dejar correr el juego —aconsejó—. Conviene que nos mostremos

confiados, sin preocupación, tranquilos.

¿Quién inventó semejantes estupideces?

Tomamos el almuerzo en el nivel diwan en que vivíamos. De nuevo atún. Buck explicó la pobreza en las provisiones enviadas por Washington, diciendo:

—No queremos acentuar las diferencias entre nosotros y nuestros aliados beduinos.

—Qué idiotez, Buck. Deberíamos celebrar *nuestras* diferencias. Con unas costillas de cerdo.

—Es importante, además —prosiguió Buck—, que no tengamos aspecto de comodidad cuando los de Al Qaeda vengan a investigarnos. Se supone que subsistimos comiendo avena y cabras. No podemos engordar en cautiverio.

Visualicé otro comité de la CIA discutiendo sobre el asunto. De verdad les gusta actuar entre humo y espejos. Y recién estaba yo descubriendo que también creían en el método Stanislavski para actores: la Brigada A necesitaba pasar un poco de hambre para dar credibilidad a su papel de víctimas de un secuestro. Por no mencionar que todos necesitábamos una ducha y una rasurada.

En todo caso, ya no teníamos de qué hablar sin decir estupideces, así que nos recogimos en el mundo interior, leyendo y resolviendo crucigramas. Kate hacía mucho ejercicio, y *Mr.* Brenner la acompañaba a veces, haciendo torsiones y flexiones. ¡Me hubiese gustado llamar a los beduinos para que vieran semejante espectáculo!

Contábamos con un maletín de primeros auxilios. Brenner ayudó a Zamo a cambiar sus vendajes y nos dijo que su herida estaba bien. Tal vez así fuese, pero podía necesitar que lo sacáramos de ese lugar.

También escribimos las cartas requeridas a amigos, familia y quien fuera, para tranquilizar a todo el mundo. Esos mensajes serían copiados por correo electrónico.

Buck nos sugirió cómo frasear el último párrafo de esas cartas, que rezaba así: *Estaré en un área remota, fuera de comunicación, durante una o dos semanas. Si necesitan ponerse en contacto conmigo, envíen sus mensajes a esta dirección, que la embajada de Estados Unidos reserva con esta finalidad. No podré responder antes de que pase una semana o un poco más, pero el mensaje me llegará y me pondré en contacto a la brevedad posible.*

Le pedí a Kate:

—Di a tus padres que los extraño muchísimo.

Chet y Buck recogieron las notas manuscritas por Kate, yo, Brenner y Zamo, y se las llevaron al camión para transcribirlas en código y enviarlas a la embajada o a Washington, pues no nos aclararon adónde las mandarían.

Dije a Kate, Brenner y Zamo:

—Esto es como esas estúpidas cartitas que hay que enviar a la familia cuando los niños se van de campamento.

Sólo que en nuestras cartas había un elemento siniestro.

De esa manera pasamos el día: los beduinos respondieron a la llamada a la oración y a sus teléfonos celulares. Anduvimos por el patio para hacer ejercicio y exploramos cada uno de los seis pisos de la torre, todos iguales entre sí, menos el mafraj con sus arcos abiertos. La vista era bonita. Para romper la monotonía, eché una meada por el conducto de excremento situado en el mafraj: seis pisos hasta la planta baja, donde el excremento ya formaba una montaña. La meada más larga de mi vida, aunque tal vez estoy entrando en demasiados detalles. El otro momento emocionante del día para mí consistió en cargar mi equipo de comunicaciones en el camión: ¡qué fascinante era observar cómo aumentaban los niveles de la batería!

Por cierto, quienes nunca daban señales de aburrimiento eran los beduinos. Mostraban una capacidad infinita para pasar el tiempo sentados contando quién sabe qué historias. Cuando no hablaban entre sí, estaban en sus teléfonos celulares. Todo el día se lo pasaban haciendo té, rezando y durmiendo cuando les daba la gana. La llamada a la oración se asociaba con un ritual de abluciones, pero eso tenía aspecto más simbólico que de una verdadera limpieza.

De cuando en cuando uno de ellos se subía a una de las plataformas de piedra para asomarse por encima del muro, pero no se tomaban el rol de guardianes demasiado a pecho, quizá porque no le conferían mucha seriedad al ejército yemenita. Era probable que todavía no se enteraran de quiénes eran los nuevos vecinos: Al Qaeda.

Por lo visto, los beduinos tampoco entendían mucho el tema de los drones Predator que nos observaban. No sabían que en los monitores del camión de pescado veíamos lo que las cámaras de los aviones registraban desde una altura de dos o tres mil metros.

Le comenté eso a Chet.

—Si les enseñara los monitores —me explicó él—, enseguida entenderían la capacidad, sin comprender en absoluto la tecnología, como sucede con sus teléfonos celulares. Saben que no es magia, pero mientras menos sepan, mejor para nosotros.

Ya, ya. Pero sin duda el jeque Musa sabía un poco más sobre los drones Predator y sus misiles Hellfire. Sabía, por ejemplo, que no convenía aparecer en un monitor de video con una X entre los ojos.

Supongo que uno puede abrigar sentimientos poéticos sobre los beduinos, formar una imagen romántica, como a menudo hacen los viajeros de Occidente. En esencia, no se trataba más que de seres sencillos, sin complicaciones, con muy pocos incentivos, que se conformaban con pequeños placeres, como preparar una taza de té. Para sentirse contentos, a los ocho hombres del patio les bastaba con pasar el día sentados en el patio, en lugar de estar arreando camellos o cabras, o labrando las tierras muertas para malvivir.

Como había indicado Chet, tenían la lectura del Corán —para los que sabían leer—, sus armas y su fe. Además, un poco de khat para ayudar a pasar el rato y ponerse de buen humor.

Hablando de esos temas, Chet hacía unos tres viajes al día al mafraj, de donde siempre bajaba con la cara sonriente. Me brotó una imagen en la mente en la que Chet tropezaba y caía por el conducto de excremento: seis pisos hasta la pila de mierda. Eso podría pasar.

Para cambiar de tema radicalmente: nunca he tenido problemas para poder acostarme con una mujer. En cambio, no poder hacer el amor sí que es un problema *muy* grande para mí. ¿Entendido? No se hable más del asunto.

Llegó el anochecer, y cenamos al fresco, con los beduinos, por variar. Avena, cabra, tawwa, té y atún. De postre, fruta de lata. A los beduinos les gustaba mucho el almíbar de las frutas de lata y se acabaron casi todas las existencias.

Kate tenía permiso de estar con nosotros si se ponía balto y hijab, y se sentaba ella sola, a un lado. A mí me parecía bastante razonable, pero Kate se enfadaba. Buck, sin embargo, insistió en que viniera a cenar con nosotros a distancia.

—Esto constituye una ruptura significativa con la tradición —arguyó—, y habría que aprovechar la oportunidad de cruzar esa brecha cultural.

—Doce metros bastarán —indiqué, queriendo ayudar.

Kate aceptó de mala gana. Fue agradable cenar con ella.

Nos acostamos temprano, hicimos las guardias de tres horas, dormimos mal y llegó el amanecer. Entendí por qué los pueblos antiguos adoraban al sol. El sol era la vida. La noche era la muerte.

Al tercer o cuarto día, mientras releía las etiquetas de las verduras de lata, Kate me preguntó:

—¿Qué tal la llevas?

—Bastante bien. Ya les puse nombre a todos los cuervos. Y tú, ¿cómo vas? —quise saber.

—Ahí voy. En lo físico lo llevo bien. Pero comienzo a sufrir del síndrome de Estocolmo —añadió, sonriendo—. Me estoy identificando con los beduinos.

—Son tipos estupendos —acepté—. Aun sin haberte visto la cara, pensaron que eras una invitada atractiva para la cena.

Ella volvió a sonreír y me confió algo:

—No sabes cuánto me reconforta percibir que sigues siendo el mismo cabrón de mierda de siempre.

—Muchas gracias —repuse, porque ya sabía desde antes que, en esta nación de hombres, yo ganaría en el aprecio de Kate.

Noté otra cosa, y era que no me hacían falta las noticias, ni los resultados de encuentros deportivos. Al cortar los lazos con la civilización, se sufren unos pocos días de abstinencia, pero llega el día en que uno se da cuenta de que todo eso es una gran patraña. ¿Qué diablos importa lo que esté sucediendo en Washington, Londres, Moscú, Nueva York o El Cairo? ¡Como si a los de aquellas ciudades les valiera un comino lo que yo hago! Empero, sí echaba de menos saber qué tal iban los entrenamientos de primavera de los Yanquis. Si algún día regresaba, no faltaría quien

me lo contara. Y si no volvía, me daría lo mismo.

En lo que a volver con vida de la misión se refiere, ni Chet ni yo mencionábamos el intercambio de palabras que tuvimos en el camión. No había nada más que decir: él no iba a relatarme lo que sus jefes de Langley le habían comunicado.

Aceptaba que bien podría yo estar cometiendo un error mayúsculo en relación con todo aquello. En tal caso, no quedaba nada que hacer ni que decir. Pero en caso de estar en lo cierto, Chet y sus superiores andarían tratando de averiguar si valdría la pena incluir a John y a Kate entre los objetivos de la operación Escoba de Limpieza.

Pudiera haberseles ocurrido, también, que si John Corey sospechaba de segundas intenciones desde que estaba en Nueva York, bien podría haber dejado uno de esos sobres de «Ábrase sólo en caso de mi muerte» en alguna parte.

A lo mejor eso era algo que debí haber hecho. Lo omití, tal vez por no tener la menor intención de que la CIA nos liquidara. Además, en el caso de que Kate y yo fuéramos asesinados por Al Qaeda o la Pantera, no se debería culpar a los elementos de la CIA por un crimen que no habrían cometido. Uno podría pensar lo que fuera de los funcionarios de la Agencia, pero a fin de cuentas ellos constituían la primera línea de la defensa del país, y yo siempre he creído ser un profesional responsable y dedicado.

El día siguiente, a primera hora de la tarde, después del salat en que nos habíamos comido la última lata de atún, sonó el teléfono satelital de Chet. Fue a la ventana junto a la cual estaba enchufado y contestó.

—Muy bien, gracias —dijo, y enseguida nos informó—. El Predator reporta que se aproximan tres autos Land Cruiser blancos desde el norte, en dirección a la meseta.

—¿Quiénes son, según tú? —preguntó Kate.

—Puede tratarse de un convoy de provisiones... o de los hombres que estamos esperando.

—¿Por qué no nos avisó Musa? —inquirió Brenner.

—En todo caso —le respondió Buck— avisaría a sus hombres, no a nosotros.

En efecto, en el patio había conmoción. Desde las ventanas vimos a nuestros ocho beduinos de pie, con las AK-47 en la mano. Uno de ellos hablaba con alguien por su teléfono celular. Cuatro beduinos armados corrieron hacia la torre y enseguida se oyeron sus pasos subiendo la escalera de piedra.

Cada quien agarró su carabina M4 y nos situamos estratégicamente en torno al cubo de la escalera. Buck se colocó de frente a los escalones, con la M4 colgada del hombro.

Se oía gritar a los beduinos mientras corrían por la escalera.

—Al Qaeda ha venido para ver a los norteamericanos secuestrados —nos dijo Buck.

¡Genial! ¡Uno sabe en qué nivel de aburrimiento se encuentra cuando se alegra por una visita de Al Qaeda!



## CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

Chet, con cara de felicidad, exclamó:

—¡La Pantera ha mordido el cebo!

Ya, ya. No era a él a quien mordía la Pantera. Chet, como era espía, ni siquiera iba a estar en escena.

—Debo permanecer en contacto con los Predator —dijo, en efecto, Chet, a modo de excusa, y se fue bajando por las escaleras hacia el camión.

Los demás nos dimos a la tarea de aparentar ser rehenes de los beduinos, quienes, por fortuna, tenían fama de tratar a sus prisioneros conforme a las reglas de hospitalidad.

Kate se cubrió el pelo y el rostro con su pañoleta negra, mientras los cuatro beduinos se apresuraban recogiendo casi todas nuestras cosas, incluyendo la antena satelital de la ventana. Una llamada por teléfono inoportuna sería muy difícil de explicar a los enviados de Al Qaeda, y por ese motivo apagamos las radios de mano, así como los teléfonos satelitales y celulares.

Los cuatro beduinos se llevaron nuestros equipajes al piso de arriba, junto con las cajas de comida enlatada y el material de lectura. Solamente dejaron el pan y el agua en el suelo. Mi amigo Yasir y otro beduino enrollaron la alfombra y también la transportaron arriba.

Los beduinos querían llevarse además las carabinas M4 y el rifle de Zamo, pero Brenner se negó con firmeza, así que escondimos todo bajo los colchones de paja. Nos quedamos también con las Colt .45 enfundadas y ocultas en la rabadilla, aunque tuvimos que prescindir de los chalecos de kevlar, en caso de que los emisarios de Al Qaeda fuesen perceptivos y los detectaran. Con la modestia debida, Kate fue a la letrina interior para quitarse el suyo.

Dimos a los beduinos los relojes y los pasaportes no diplomáticos usados para registrarnos en el hotel Bilqis. Los pasaportes diplomáticos los conservamos, en caso de que fuera necesaria una huida repentina a la frontera saudí.

Todo eso lo habíamos repasado muchas veces durante los últimos días, y creíamos haberlo cubierto todo. Sin embargo, fue Kate quien se dio cuenta de algo:

—¡La cobija de Chet!

¡Claro!

Buck tomó la cobija y la arrojó por la ventana. Yo la habría echado por el conducto de la mierda.

¿Nos veíamos como rehenes que llevábamos varios días prisioneros en esa habitación? Lo cierto era que a eso *olíamos*.

Lo último. Ensuciamos un poco el piso donde habían colocado la alfombra. Buck nos impresionó con su gran oficio:

—Convendría tal vez echar por aquí algunas cagarrutas de pájaro.

—Eso es trabajo tuyo, Buck —objeté, pero él ya no insistió.

Oímos algo en el patio, y todos nos asomamos por la ventana. Por las puertas abiertas entró al patio una camioneta Land Cruiser de color blanco. Tras ella, entró otra, y otra después.

Había llegado Al Qaeda.

Observamos a los cuatro beduinos del patio abrir las portezuelas traseras de las camionetas y ayudar a bajar a los ocupantes, que llevaban capucha negra. Cinco hombres, vestidos con fouteh blanco y sandalias. De sus hombros colgaban rifles AK-47 ¡Qué país! ¡Aun con la cabeza tapada los negociadores seguían llevando sus armas!

—Tienen que haberse dado cuenta de que los han traído a la Atalaya del Cuervo —opinó Brenner.

—No creo —objetó Buck—. En estas montañas hay otros sitios como éste.

Buena noticia, ésa. Yo abrigaba la esperanza de que los beduinos fuesen astutos y condujeran en círculos unas horas antes de llegar aquí para desorientar a esos cabrones.

Vimos cómo los cinco encapuchados de Al Qaeda eran conducidos por el patio hacia la torre. ¡No tropiecen con el camión de los Predator!

Llegaba el momento de desempeñar el papel de cinco amriki cuyas cabezas valían cien mil dólares.

Nos sentamos en el piso de madera. De izquierda a derecha nos formamos en el siguiente orden: Brenner, Zamo, Buck, yo, y Kate, un poco apartada a la derecha. Los cuatro beduinos nos dieron grilletes para el tobillo sujetos a sus respectivas cadenas, con las llaves. Declinamos su ofrecimiento de ponernos ellos las cadenas, y nos las pusimos solos. Brenner y Zamo compartían un juego de grilletes, igual que Buck y yo. Kate, por ser mujer, tenía sus propios grilletes. Nos guardamos las llaves. Por último, nos quitamos los zapatos y los calcetines, que los beduinos escondieron en la paja.

—Ensucien las plantas de los pies en el suelo —nos aconsejó Buck.

Correcto. No hay que subestimar la inteligencia ni el poder perceptivo del enemigo. Nunca son tan bobos como parecen. En realidad, lo más seguro era que estos individuos supiesen por experiencia qué aspecto debía ofrecer un prisionero.

Todo lo que pasaba también podría ser una añagaza, y, en tal caso, en cinco minutos nos volveríamos auténticos rehenes, si es que no nos mataban antes. A pesar de eso, Musa y sus beduinos habían tenido mejores oportunidades de traicionarnos. En todo caso, teníamos las manos libres y las pistolas listas.

Alguien gritó en árabe desde la escalera, y nuestro amigo Yasir respondió.

—¿Estás bien? —le pregunté a Kate.

—Todo en orden —repuso.

Buck le recordó:

—Baja la mirada y la cabeza.

Pocos segundos después, los cinco encapuchados de Al Qaeda, guiados por tres beduinos, subieron a la torre por la escalera de piedra y fueron conducidos hasta el cuarto donde nos encontrábamos.

Los beduinos colocaron a los cinco tipos de Al Qaeda en una fila, hombro con hombro, a metro y medio de donde estábamos. A continuación, uno por uno, les quitaron las capuchas. Estábamos cara a cara con el enemigo.

## CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

La delegación de Al Qaeda tenía aspecto de pelotón de fusilamiento, los cinco emisarios alineados con rifles colgando de los hombros.

Cinco hombres resultaban demasiados para la sencilla tarea de identificar a los rehenes norteamericanos; por lo tanto, se trataba de un juego de poder o de una demostración de fuerza, algo que los beduinos no debían tolerar. Pero lo aceptaban, lo cual probaba cierto grado de influencia de los de Al Qaeda sobre ellos.

En el diwan quedaban cuatro beduinos, incluyendo a Yasir, que por lo visto asumía el papel de anfitrión.

Se suponía que los amriki tenían que mostrarse atemorizados, nerviosos, cansados y deprimidos, o sea, mirando hacia abajo y con las bocas cerradas, a menos que se les interpelara. Por otra parte, los emisarios de Al Qaeda sabían que no éramos turistas, lo cual nos permitía una actitud desafiante de vez en cuando.

Miré a los cinco combatientes de Al Qaeda que estaban de pie frente a nosotros. Eran más bien jóvenes, de poco más de veinte años, aunque sus rostros se veían maltratados por el clima, avejentados. No tenían barba, pero tampoco estaban rasurados. Sus expresiones eran muy graves, aunque lo que veían debía alegrarlos.

Sin embargo, el último sujeto a la derecha sonreía mientras me miraba, lo que me pareció extraño. En un momento lo reconocí.

—Hola. ¿Acuerda de mí? —me dijo Nabeel al-Samad.

Todos mis compañeros de equipo se volvieron a mirarme. Los cuatro beduinos, ninguno de los cuales hablaba inglés, se confundieron al ver que el enviado de Al Qaeda sonreía y hablaba al cautivo norteamericano. ¡Vaya! Incluso habíamos comido unos bagels juntos.

Se suponía que debía limitarme a asentir, pero necesitaba que mis compañeros de equipo entendieran quién era ese sujeto.

—Nabeel y yo —expliqué— tuvimos una reunión en Nueva York, desayunamos juntos. Dijo que tenía información importante que deseaba compartir conmigo.

A Nabeel eso le parecía gracioso, y tradujo a sus compañeros, que también se rieron.

Tuvo menos gracia lo que Nabeel declaró a continuación:

—Para mí, deli judía no es chistoso. Tú no es chistoso. Nunca volver a tu país.

Nabeel necesitaba ayuda para usar correctamente los verbos. Bien enunciado el parlamento diría: «Nos volvemos a ver, detective Corey, sólo que la situación es la opuesta, ¿no cree usted, detective Corey?». Sin embargo, el libreto me mandaba apreciar el momento y el mensaje. Ji, ji, ji. Que te jodan. Pero hice mi papel y bajé la mirada.

En todo caso, quedaba en evidencia que muy pronto después de que el

Departamento de Estado solicitara mi visado y el de Kate, la información había viajado a Yemen con la mayor rapidez. Eso sucedía todo el tiempo, y no representaba ningún problema para turistas, gente de negocios o diplomáticos que iban a Sana'a, a menos que sus nombres aparecieran en la lista de órdenes de ejecución de Al Qaeda.

Se acabó la diversión. Había llegado la hora de trabajar. Nabeel le dijo algo a Yasir, que le alargó los cinco pasaportes no diplomáticos.

Nabeel tenía varias hojas de papel en la mano, que sin duda serían fotocopias de los pasaportes hechas en el hotel Bilqis. Pasó a sus compañeros los pasaportes y las copias, y todos los estudiaron mientras nos miraban.

Nabeel, que en Nueva York me había parecido un tipo bastante apacible, mostraba otra personalidad.

—¡Miran! ¡Miran a mí! —gritó a los cinco amriki.

Todos alzamos la vista encarando a Nabeel, mientras los otros cabrones de Al Qaeda nos observaban examinando las fotos de los pasaportes.

Por supuesto, Nabeel había hecho una identificación positiva del detective John Corey, y los otros genios de Al Qaeda parecían aceptar que Buck, Brenner y Zamo eran los amriki de las fotos de los pasaportes. El problema era Kate, envuelta en la pañoleta. Nabeel le dijo:

—Quitas hijab.

Kate se descubrió el rostro, y los cinco cabrones de Al Qaeda se le quedaron mirando un buen rato. ¿Cuántos rostros de mujer habrían visto en sus vidas?

Todos acordaron que la foto del rostro de Kate era de su cara. Yasir recogió los pasaportes.

Nabeel le ordenó a Kate:

—¡Poner hijab!

Nabeel a continuación sacó dos hojas más de papel, que le enseñó a Yasir. Éste asintió y le dijo algo a Buck en árabe. Buck replicó, y enseguida nos dijo:

—También tienen copias de los pasaportes diplomáticos de John y Kate, probablemente gracias al consulado de Yemen en Nueva York. Quieren saber dónde...

—¡Callado! —gritó Nabeel.

A continuación se dirigió a todos nosotros.

—¿Dónde los pasaportes diplomáticos?

Buck replicó en inglés:

—En la embajada.

—Mentira.

Pero Yasir interrumpió y se puso a hablar con Nabeel, tal vez asegurándole que los beduinos nos habían registrado sin encontrar ningún pasaporte diplomático entre nuestras pertenencias.

A partir de eso, Yasir, Nabeel y los otros cuatro cabrones de Al Qaeda emprendieron una discusión, de la que Buck fue traduciendo en voz baja algunos

fragmentos:

—Quieren registrarnos ellos... y registrar las camas... todo el diwan.

Ya, ya. Ese tipo de cosas nunca salían como se esperaba. Le pregunté a Buck:

—¿Aquí quién manda?

—Yasir parece estar perdiendo control.

¡Genial!

Nabeel interrumpió su discusión para decirnos a Buck y a mí que nos calláramos.

Pero Buck, que entendía a ese tipo de gente, le dijo algo a Yassir en árabe con voz firme. Le oí mencionar la palabra «Musa».

Yasir al parecer volvió a encontrar sus huevos y sus lealtades, y les gritó a Nabeel y a los otros sujetos de mierda de Al Qaeda, quienes se callaron la boca.

Eso: ¡que Yasir mostrara jerarquía! Miré a mis compatriotas y noté que estaban un poco inquietos. Mientras Nabeel y Yasir seguían hablando, dije en voz muy baja para que me oyesen Kate, Brenner y Zamo:

—Cuando me oigan gritar la cuenta de tres, ya saben qué hacer.

Asintieron.

Como Kate suele señalar, a veces cambio de plan. Pero sólo cuando el plan no está saliendo bien. A fin de cuentas, el ansiado premio de la Pantera estaba frente a sus jihadistas. No me parecían incapaces de atacar a los beduinos y secuestrarnos ellos. O sencillamente matarnos.

Si fuera necesario, sacaríamos las armas y mandaríamos al infierno a los cinco hijos de puta antes de que pudiesen agarrar sus AK-47. Ahí terminarían las negociaciones y la Operación Escoba de Limpieza. Con ellas se escaparía la oportunidad de vaporizar a la Pantera con un Hellfire. Pero a veces uno debía pensar ante todo en el propio pellejo y conformarse con lo que se pudiera, como con cinco jihadistas que se ponían demasiado agresivos.

Nabeel y Yasir se iban calmando, pero seguían discutiendo.

Al mismo tiempo, los otros cuatro sujetos de Al Qaeda nos examinaban, queriendo determinar si éramos rehenes genuinos y no simples huéspedes.

Los de la delegación de Al Qaeda también recorrían con la mirada la habitación de la torre, tratando de averiguar dónde estaban. ¿Sería en la Atalaya del Cuervo? ¿O en alguna otra torre de las montañas?

El dato clave quedaba a sus espaldas: la ventana que daba al patio, desde la que se veía el camión. Eh, Abdul, ¿qué hace ahí ese camión?

Los otros tres beduinos se habían situado detrás de los sujetos de Al Qaeda, para mantenerlos en línea sin permitir que miraran sino al frente. Uno de los cabrones de Al Qaeda quiso echar un vistazo por encima del hombro, y vi con agrado que un beduino le pegaba en la cabeza con el cañón de la AK-47. «Ya dije que no estaba permitido husmear, imbécil. Si vuelves a hacer eso te desparramo los sesos». ¡Muy bien, chicos! La Atalaya era de ellos, y estaban a cargo de la función.

Noté un hecho que me pareció importante. Había muy poco afecto entre ambos

grupos. Los beduinos, amos y señores, llevaban dos mil años de dominio. Toleraban a Al Qaeda mientras quedara claro de quién era el territorio. Nabeel, sin embargo, había pasado algún tiempo en Amrika y sus modales estaban un poco laxos. Resultaba interesante que hubiera sido Buck quien recordara a Yasir que Al Qaeda no era la máxima autoridad allí. Todavía no.

Mis reflexiones fueron interrumpidas por asuntos más apremiantes:

—¿Por qué tú aquí? ¿Qué hacer tú aquí? —me gritó Nabeel.

Pero fue Buck quien respondió. Buck era quien hablaba, yo quien disparaba.

—Somos personal de la embajada. Vinimos a visitar las ruinas.

Nabeel, por supuesto, exclamó:

—¡Mentira! ¿Por qué van a Adén?

—Asuntos de la embajada.

—¡Mentira! ¿Cómo venir a Marib?

—En auto.

—En el hotel dicen venir de Sana'a.

—Ya sabes que venimos de Adén.

Nabeel se iba dando cuenta de que sus límites de lenguaje no le permitían llegar a la verdad esencial, así que decidió aprovechar que Buck entendía el árabe para continuar sus preguntas en ese idioma. Pude oír palabras como al-Numair, Al Qaeda, Amrika, Sana'a, Adén y Marib. Por ahí también noté la palabra Ghumdan.

Se veía claramente que Nabeel sospechaba que habíamos ido tras las huellas de al-Numair. La respuesta era: ¿qué otra cosa podríamos estar haciendo aquí, estúpido? Pero Buck no iba a ceder un ápice. No podía entender lo que él decía, por supuesto, pero tuve la impresión de que el viejo combatiente de la Guerra Fría se estaba apegando a su historia, por más improbable que sonara.

Tenía la seguridad también de que Nabeel y sus compatriotas, al igual que su jefe al-Numair, estaban rabiosos por el ataque de los Hellfire que había liquidado a sus compañeros. Por no mencionar la patada en el culo que se habían llevado al atentar contra las instalaciones de Hunt Oil. Era obvio que los tipejos de Al Qaeda no estaban de buen humor. Lo que querían era matarnos, sólo que antes necesitaban comprarnos.

No dudé de que Nabeel tendría instrucciones de la Pantera para averiguar si los amriki sabíamos o sospechábamos que la Pantera estaba en Marib. No era imposible que también intentara determinar si no se trataba de una trampa tendida por los amriki con la asistencia del jeque Musa. En eso residía el meollo del asunto. Nabeel, empero, no podía obtener esa información por parte de los amriki a menos que Al Qaeda nos tomara presos, cosa que no había sucedido... aún.

No es fácil interrogar a prisioneros de otros, como ya había yo descubierto en mi viaje anterior y en tiempos más recientes en la prisión de Ghumdan. Nabeel mostraba signos de frustración con las respuestas de Buck, así que dio por concluido el interrogatorio, y le dijo algo a Yasir.

—Ahora Nabeel quiere ver qué armas nos incautaron cuando nos secuestraron.

Eso ya me daba pie para gritar «¡uno, dos, tres, vamos!» y enseñarles las armas que querían ver. Pero preferí esperar a que lo manejara Yasir.

La discusión entre Yasir y Nabeel se acaloraba de nuevo, y Buck aprovechó la gritería para decirnos:

—Yasir se rehúsa a enseñar nada a estos señores como no sea los rehenes. Es posible que el dizque informante de John en Nueva York haya olido gato encerrado.

Ya, ya. Los de Al Qaeda no eran estúpidos. Chet debiera estar presente y enterarse. Así aprendería algo. Por ejemplo, que la gente es impredecible.

También Yasir debía pensar que Nabeel sospechaba, porque tuvo la feliz ocurrencia de volverse hacia Buck gritándole probablemente que se callara. Y enseguida se le ocurrió algo aún mejor, y le dio una patada en el pecho a Buck, que se cayó de espaldas. Estaban actuando, me pareció. A Buck no le dolió demasiado el golpe blando de Yasir, y se incorporó enseguida. Yo, en las sandalias de Yasir, le habría pateado los huevos, para ser más convincente.

Nabeel, queriendo seguir el ejemplo de Yasir, dio un paso hacia Buck como si fuese a pegarle o a darle otra patada, pero Yasir entró en fase balística y empujó a Nabeel, vociferando.

Los otros cuatro de Al Qaeda se veían listos para entrar en acción, pero los tres beduinos tras ellos dieron un paso hacia atrás y los encañonaron con sus rifles. Uno de ellos soltó un ladrido, que diría algo como «alégrenme el día, imbéciles».

El caso es que Yasir se había hartado de los visitantes y dio la orden:

—¡Imshee!

O sea, lárguense.

Los beduinos pusieron de nuevo las capuchas negras a los cabrones de Al Qaeda. Nabeel, antes de que le cubrieran el rostro, me miró.

—Tú te morir en Yemen —dijo, y se volvió a mis compañeros—. Morir también. Pero quizá no morir. Mejor querer morir.

¡Vaya, Nabeel! ¡Puedes despedirte de tu visa de trabajo para Estados Unidos!

No me sentía muy seguro de que fuéramos a atraer a la Pantera a un encuentro con el jeque Musa. ¿Por qué no gritar «¡vamos!» y liquidar a esos hijos de puta?

Miré a Brenner, que me miraba a mí, y me di cuenta de que sus pensamientos eran como los míos. Zamo se había llevado la mano a la espalda, listo para entrar en acción.

Pero Buck, la voz de la razón, sintiendo que la Brigada A estaba a punto de armar la gorda, dijo con suavidad:

—Suelten.

¿No habría querido decir «vamos»?

Los enviados de Al Qaeda estaban ya todos encapuchados, y lo más fácil del mundo hubiera sido escabecharlos ahí mismo, lo cual sin embargo no representaba ninguna diversión ni era deportivo. Tampoco sería buena idea. O sea que a los

beduinos no les iba a gustar eso. Además, tal vez hubiese aún alguna posibilidad de que la Pantera aceptara acudir a una reunión con el jeque Musa, en caso de que fuera válida la idea de Chet sobre la afición de Bulus ibn al-Darwish por correr riesgos. Pero hasta ese punto era Kate la que había acertado al predecir que Al Qaeda sospecharía gato encerrado. En lo que respecta a la desconfianza que Brenner había manifestado sobre los beduinos, los acontecimientos no le daban la razón. Pero aún faltaba mucho para que terminara la historia.

Los cuatro beduinos se llevaron a los cinco encapuchados de Al Qaeda por las escaleras, y nos quedamos solos.

Kate fue la primera en abrir sus grilletes, que lanzó al otro lado del cuarto, diciendo:

—¡Maldita sea!

Enseguida surgió su lado femenino, y se volvió a Buck:

—¿Estás bien?

Buck nos aseguró que no sufría ningún daño:

—Yasir fingió la patada.

¡Ese Yasir tenía más autocontrol que yo!

Nos quitamos las cadenas y nos pusimos de pie.

Todo era una farsa, en efecto, pero los cinco combatientes de Al Qaeda parados ante nosotros habían sido auténticos, al igual que sus AK-47. Me dio la sensación de que todos estábamos un poco tensos. ¡Debía haber mejores maneras de ganarse la vida!

Los cinco nos fuimos a asomar a la ventana.

Los delegados de Al Qaeda estaban siendo conducidos por el patio, y antes de que pasara un minuto los habían metido a las camionetas Land Cruiser, que a continuación se dirigieron a la puerta del patio. ¡*Arrivederci*, pedorros!

—Pudo haber salido mejor —comentó Buck.

¿Eso te parecía, Buck?

—Carajo —dijo Zamo—, deberíamos haberlos matado.

Quizá, pensé, eso hubiera sido lo mejor.

Pero Kate, que había crecido cazando venados con los locos de sus padres, declaró:

—A veces dejas ir a las hembras para esperar al macho.

Se volvió a mí, y agregó:

—Supongo que ese sujeto es el informante que andabas buscando en Nueva York.

—Así es. ¡Cómo siento haberle convidado a un bagel!

—La organización de Al Qaeda en Estados Unidos a veces es más extensa de lo que uno pensaría —dijo Buck.

Ya, ya. Pero habiendo varios millones de musulmanes en Norteamérica, eso no debía causar mayor sorpresa. A pesar de todo, me resultaba siniestro que Nabeel me hubiese citado para poder verme en Nueva York. La próxima vez que lo viera, lo

mataría.

Chet no salía del camión. Estaría mirando los monitores de video.

Brenner le hizo a Buck la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares:

—¿Crees que se hayan olido una trampa?

—No lo sé —repuso el hombre sabio—. Pero no tardaremos en salir de dudas.

—Si han sospechado que hay gato encerrado —sugirió Brenner—, y si a pesar de todo la Pantera acepta reunirse con el jeque Musa, entonces existe la posibilidad de que la Pantera mate al jeque Musa y nos liquide a nosotros.

No era una idea feliz, pero sí una consecuencia posible de los sucesos más recientes. También cabía que la Pantera y el jeque Musa llegaran a otro tipo de acuerdo entre ellos. En Yemen, todos los acuerdos eran posibles.

Ya que Chet Morgan no venía a nosotros, nosotros tendríamos que ir a Chet Morgan.

—Vamos a tomar un poco de aire —propuse.

Nos pusimos los zapatos y los chalecos de kevlar, y agarramos las M4 que siempre llevábamos con nosotros cuando bajábamos al patio; en esa ocasión tomamos cargadores extra. La situación había cambiado, pero no lográbamos entender claramente cómo, ni tampoco qué estarían pensando los beduinos después de lo sucedido. Zamo permaneció en la torre para cubrir el patio con su rifle.

Buck hablaría con Yasir, y todos conversaríamos con Chet, la mente maestra detrás de la Operación Escoba de Limpieza. Era preciso decidir la siguiente jugada. Pero ya sabía yo lo que iba a decir Chet: esperar. La jugada siguiente le correspondía a la Pantera.

## CAPÍTULO SETENTA

Buck, Kate, Brenner y yo nos metimos al camión.

Chet estaba sentado de cara a la consola, mirando las tres Land Cruiser en su monitor. Nos miró sobre el hombro al tiempo que preguntaba:

—¿Qué tal salió todo?

—No muy bien —replicó Buck.

Chet se apartó de las pantallas, hizo girar la silla y quedó frente a nosotros.

—¿Y por qué no?

—Me parece que sospechan —le explicó Buck.

—Claro que sospechan —repuso Chet—. No son estúpidos.

—Pero tú dijiste que eran estúpidos —le recordé.

—Sí. Pero también que eran astutos y paranoicos —nos tranquilizó Chet—. Si la Pantera no se interesara por apoderarse de ustedes, ni siquiera habría enviado a sus emisarios. Nadie va a ver algo que no le interesa comprar.

Cierto. Pero uno sí iría a ver algo que a lo mejor quisiera robar.

Buck pasó a darle a Chet un resumen rápido de lo sucedido. Después de escuchar con atención, Chet quiso disipar de nuevo las dudas:

—Al Qaeda está llevando esta operación de modo diligente. Necesitan proteger a la Pantera. En todo lo que hacen siempre consideran la posibilidad de la traición. Esto es el Medio Oriente.

Ya, ya. No era el Medio Oeste. Seguro que no estábamos en Kansas.

—¿Así que tú ya conocías a ese sujeto, Nabeel? —me preguntó Chet.

—Él supo de mí antes que yo de él —le conté, agregando lo del consulado yemenita en Nueva York y su red de espionaje—. El Departamento de Estado debiera declarar persona *non grata* a todos los empleados de esa oficina.

Buck, *Mr.* Espía del Departamento de Estado, propuso otra versión.

—Puede que esa red se ubique en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Sana'a —nos explicó—. El personal del consulado yemenita en Nueva York nos gusta. Nos venden información.

¡Vaya! Era un juego. Traiciones y Dólares.

Pero había cosas de mayor importancia que mi rabia por haberle invitado un bagel a Nabeel, o porque me hubiera tomado el pelo. Así que hablé:

—Pienso que estos enviados de Al Qaeda saben adónde los llevaron.

De nuevo, a Chet no le preocupaba la cuestión.

—¿Y qué van a hacer al respecto?

La pregunta no era retórica, así que respondí:

—Mandar a cien jihadistas a la Atalaya del Cuervo una de estas noches y matar a todos los que se encuentren ahí.

—Eso equivale a declarar la guerra al jeque Musa, y no quieren combatir contra él.

Buck apoyó a Chet:

—Lo que nos protege no son las armas que tenemos ni tampoco las paredes de piedra. Es la furia de las tribus beduinas, ésa es nuestra protección.

—Y los Predator —añadió Chet.

—Bueno —acepté, pero tenía más sugerencias—. Nos convendría tener unos diez o veinte beduinos más aquí.

Chet se dirigió a mí y a todos:

—Es lo último que necesitamos, rodearnos de beduinos armados. Si las cosas salen mal, y se vuelven contra nosotros, podemos lidiar con estos ocho sujetos, pero no con más.

—Alguien me dijo que el jeque Musa era un aliado confiable —le recordé.

—Lo es —aceptó Chet—. Pero las alianzas se mudan. Todo lo que les conté en Adén sobre el jeque Musa es cierto. Por desgracia, los beduinos cambian de opinión con facilidad.

¿Acaso lo había mencionado durante el informe de Adén?

Buck, convertido en *Mr. Árabe*, dijo:

—En la vida de los beduinos nómadas nada es constante. Hasta en el desierto por el que viajan las dunas se desplazan cambiando todo el tiempo. Lo único constante es la tribu, y siempre harán lo que sea mejor para la supervivencia de la tribu. Para fortuna nuestra, lo que le conviene a la tribu del jeque Musa por el momento es aliarse con los norteamericanos. Es importante que sigan creyendo eso.

¡Hasta que llegara la hora de meterle un Hellfire en el shiwal bordado de oro!

—El momento crítico ha llegado —anunció Chet—. El consejo tribal de Musa hablará con el consejo de la Pantera para determinar si la Pantera desea comprar a los norteamericanos, y si desea conducir las negociaciones en persona. Esas pláticas pueden llegar a diversos resultados, algunos de ellos desfavorables para nosotros.

—Eso es novedad. ¿Será que no me llegó algún memorándum?

Chet nos miró sucesivamente a mí, a Kate y a Brenner.

—Soy honesto con ustedes.

—La honestidad que se manifiesta demasiado tarde —repuso Kate— no es honesta ni útil.

—No pierdan de vista a los beduinos de aquí. Son gente sencilla, y si notan el menor cambio en sus actitudes o en sus comportamientos, repórtenlo a Buck o a mí.

La verdad es que lo que a mí más me interesaba era percibir el menor cambio en el comportamiento de Chet.

Chet quiso cambiar de conversación y se volvió a los monitores, hablando:

—Ahí se ven las tres camionetas Land Cruiser, rumbo al norte, hacia Marib. ¿Las ven? Lo siguiente es que los conductores beduinos dejarán a los cinco tipos de Al Qaeda en Marib, donde los recogieron. Allí los perderemos, entre los edificios y las

multitudes. Llegado el momento, se irán de Marib viajando en camión o en autobús, o en autos todoterreno conducidos por operadores de Al Qaeda, o por cualquiera a quien paguen un puñado de riales. En un punto de la carretera, no muy lejos de aquí, se bajarán del vehículo para seguir a pie hacia el campamento de Al Qaeda, que es en realidad uno de los campamentos beduinos de Musa, a unos cuarenta kilómetros de aquí.

Tras una pausa, retomó la palabra.

—Es un método efectivo —explicó— para evadir la vigilancia de los Predator, porque las cámaras los habrán perdido en Marib. Cinco hombres que viajan juntos o separados no serán detectados como objetos de interés por la cámara del Predator, ya que todos los hombres en Yemen llevan un arma. Para mala fortuna de Al Qaeda, sabemos dónde tienen el campo de adiestramiento, así que pierden mucho tiempo y energía tratando de eludir la vigilancia aérea.

Nos miró, sonriendo.

Pensé que Chet estaba enamorado de los drones Predator. ¡Eso había destruido su matrimonio!

Chet se volvió a la consola para apretar un botón.

—Dirijo al Predator Uno para que se posicione arriba del campamento de Al Qaeda —nos informó.

Observamos la pantalla, donde el paisaje se deslizaba hacia la meseta rocosa y árida al oeste de la torre. Entonces el Predator inició un giro en el sentido opuesto a las manecillas de reloj, y en el monitor aparecieron tiendas, cabañas y vehículos, extendidos sobre una llanura de la meseta, que estaba rodeada por grandes formaciones de rocas.

—El campamento de Al Qaeda —anunció Chet.

Nos acercamos todos al monitor, donde se distinguían movimientos de gente en el suelo. En la pantalla se mostraba también la red de coordenadas, de las cuales tomé nota mentalmente. ¿Por qué? Porque nunca se sabe qué información será necesaria.

Chet hizo girar uno de los botones, y la imagen se acercó.

—Eso fue, y sigue pareciendo, un campamento beduino. Pero hay indicaciones de lo contrario —nos explicó—. En primer lugar, la mayor parte de los hombres del campamento no llevan los atuendos tradicionales de los beduinos. En segundo lugar, sólo hay hombres. En todo campamento beduino habrá mujeres y niños, y nada de eso se ve aquí. En tercer lugar, los hombres no se sientan a mascar khat ni se organizan para atender los rebaños de cabras, como hacen los beduinos. En cambio, hacen prácticas con sus rifles. Hemos visto además lanzadores de morteros y cohetes, que no entran en el repertorio característico del armamento de los beduinos.

Volvió a sonreír y concluyó:

—La pista importante en este caso consistió en que el jeque Musa nos dijo dónde estaba el campamento que le había alquilado a Al Qaeda.

Ya, ya. Es impresionante lo que se logra por medio de los reconocimientos aéreos,

pero nada sustituye a que alguien en tierra le diga a uno qué es en realidad lo que está observando desde el aire.

—¿Por qué piensan los de Al Qaeda que no estaríamos al tanto de ellos? —preguntó Brenner.

Chet se encogió de hombros.

—Creo que no entienden del todo la capacidad de ver desde los aviones, ni el hecho de que podemos analizar con exactitud las observaciones. Tampoco saben que el número de drones Predator en Yemen se ha incrementado de manera considerable.

Miré la pantalla, donde andaban unos cuantos hombres con los fouteh puestos. Ahí era donde Rahim ibn Hayyam había vivido durante varios meses antes de ser enviado a atacar las instalaciones de Hunt Oil. Desde el aire el lugar parecía una mierda. Rahim estaba mejor en la cárcel.

—El campamento llegó a contener unos ciento cincuenta hombres —nos informó Chet—, pero en la actualidad se detectan unos cincuenta. Aproximadamente cien jehadistas han abandonado el campamento: la mitad camino a la embajada, y la otra mitad rumbo al Sheraton de Adén.

Ya, ya. Y tal vez los cincuenta restantes se encaminaran a la Atalaya del Cuervo. Pero Chet o los pilotos de los Predator que observaban veinticuatro horas al día advertirían movimientos de más hombres saliendo del campamento.

—No es un campamento grande —continuó Chet— y será mucho más pequeño cuando los bombarderos hayan hecho su labor. En Yemen hay unos cinco campamentos parecidos a éste. Es preciso eliminarlos cuanto antes. De lo contrario, habrá cien, o ciento cincuenta, y eso sería un problema muy grave.

Ya, ya. Había que matar a la bestia en la cuna.

—Aún no hemos localizado el escondite personal de la Pantera —nos recordó Chet—. Como pasó con Bin Laden en Afganistán, o tal vez en Pakistán, resulta casi imposible ubicar a individuos aislados que se ocultan en cuevas. Por eso necesitamos que la Pantera salga de la cueva para matarlo a cielo abierto. Por una u otra razón, todos acaban por salir.

Hizo una pausa y nos miró.

—Ustedes, que se han mirado a los ojos con los combatientes de Al Qaeda, son una espléndida razón para que Bulus ibn al-Darwish salga de la cueva.

Nadie ofreció ningún comentario a eso. Yo quise mencionar una cosa.

—Estuvimos a punto de matar a esos cabrones.

—Eso no hubiese sido un acierto —calificó Chet.

—Pájaro en mano —objetó Brenner.

—Tentador, tal vez. Pero vamos tras una pieza mayor.

—¿Qué plan, ahora? —le pregunté a Chet.

—Esperar.

—Se acabó el atún.

Chet ni siquiera sonrió.

—Estoy casi seguro de que Bulus ibn al-Darwish responderá al jeque Musa en menos de dos o tres días.

Buck quería hablar con Yasir, de árabe a árabe, y salió del camión. Kate y Brenner se ofrecieron de voluntarios para volver a armar nuestro acogedor hogar, y también salieron. Yo les dije que enseguida los alcanzaría.

Una vez solos dentro del camión, Chet y yo nos miramos uno al otro durante unos segundos. Por fin rompió el silencio, aludiendo a nuestra última discusión.

—No hay ningún problema. Nunca lo hubo.

Qué noticias más maravillosas. Qué mal me sentía por mi paranoia y mis amenazas de matar a Chet y todo lo demás. Sin embargo, le dije:

—Problema hubo. Y si *todavía* hay un problema, entonces yo soy *tu* problema.

No me respondió.

Dejé a Chet para que mirara sus monitores y pensara tranquilamente en su problema.

## CAPÍTULO SETENTA Y UNO

Los integrantes de la Brigada A para la Operación Escoba de Limpieza, incluyendo a Chet, nos reunimos en el mafraj, cuyos arcos altos y abiertos nos proporcionaban un panorama libre de los alrededores por muchos kilómetros a la redonda. Esas torres fueron el equivalente a los drones Predator del milenio pasado. ¡Mira, Abdul! Un tipo malo, tírale una piedra.

Teníamos a la mano las M4 y nos habíamos puesto los chalecos de kevlar. Zamo marchaba en torno al perímetro del mafraj. Los demás estábamos de pie sobre la alfombra de cagarrutas de pájaro.

Buck comenzó su reporte.

—Yasir no tenía opinión sobre las posibles sospechas de la delegación de Al Qaeda respecto del secuestro. Lo que sí dijo Yasir fue que no le gustaron nada esos hombres, y el que menos le gustó fue Nabeel, al-Amriki.

¡Vaya! Si Nabeel era norteamericano, entonces yo era beduino. Pero desde el punto de vista de los beduinos, Nabeel podría haber llegado de Marte.

—Yasir cree que el único yemenita era Nabeel —nos siguió contando Buck—. Los demás, según él, vienen de otros lugares. Los beduinos desconfían de esa gente.

Y eso era mutuo. Pensando en las preocupaciones recién manifestadas por Chet en torno al jeque Musa, inquirí:

—¿Crees, entonces, que se pueda seguir confiando en Musa y sus hombres?

—Los beduinos practican una democracia primitiva —repuso Buck—. Eso significa que aun si al jeque le da por cambiar de bando y hacer causa común con Al Qaeda, la gente de la tribu no necesariamente lo seguirá.

¡Podríamos usar un poco de democracia primitiva en la Fuerza Operativa Antiterrorista!

Se me ocurrió la noción de que los beduinos de la tribu no supieran que la Pantera y su comitiva iban a quedar vaporizados por misiles Hellfire, así que les pregunté a Buck y a Chet al respecto.

—Musa y los hombres que lo acompañen —respondió Buck— desde luego saben lo que va a suceder en la reunión. Si un beduino sabe algo, entonces todos los de la tribu lo saben también. Los beduinos están al tanto de que este secuestro es falso. Comprenden que, en realidad, los norteamericanos no han sido ofrecidos a Al Qaeda.

Brenner, como había opinado ya en Adén, recalcó:

—Ésa es una falla gigantesca de seguridad. Basta con que un solo beduino le dé el soplo a Al Qaeda.

—Confiamos —dijo Chet— en que lo que los beduinos saben se queda entre los beduinos. Tienen mucho espíritu de clan.

Tal era nuestra esperanza. De lo contrario, ¡menudo problema!

—Por lo que oigo en mis conversaciones con ellos —nos siguió contando Buck—, los beduinos creen que uno de los propósitos enunciados de la reunión consiste en discutir asuntos importantes que deben resolverse entre las tribus y Al Qaeda. El jeque Musa ha mostrado inteligencia en abordar las cosas así, pues le da a la Pantera una razón importante para acudir en persona. Los dos jefes guerreros necesitan parlamentar. Aun cuando no lleguen a un acuerdo sobre los norteamericanos, hay otros temas urgentes que deben ser discutidos, de hombre a hombre y de jefe a jefe.

Ya, ya. Como precio del alquiler del campamento de Al Qaeda. Musa era listo. Cinco millones de dólares hacen funcionar la mente.

Buck mudó de conversación.

—Como ya saben, ni la embajada de Sana'a ni el Sheraton de Adén han sido atacados. Tanto mis colegas de la embajada como los compañeros de Chet concuerdan conmigo en que la Pantera ha resuelto posponer esos atentados hasta tomar una decisión respecto de nosotros.

Qué buenas noticias para todos los de Adén y Sana'a, menos para aquellos que, como el capitán Mac, tantas ganas tenían de pelear.

—Esos ataques —intervino Chet— podrían culminar en un desastre para Al Qaeda, y son signos de la desesperación y la temeridad de la Pantera. Ahora la Pantera ha encontrado una manera más fácil de anotarse una victoria.

—Y la Pantera sabe —retomó Buck su exposición— que podrá ordenar tales ataques después de hacer su trato con Musa. Por supuesto, si acude a las negociaciones es hombre muerto. Creemos que lo más probable es que el sucesor de la Pantera no ordene los ataques.

¡Bueno!, no de inmediato. Pero algún día.

Pensé que con eso concluía la reunión del mafraj, pero Buck, que siempre se guarda lo mejor para el final, como había hecho en las ruinas de Bilqis, declaró:

—Yasir me dio este sobre sellado que le entregó Nabeel.

Extrajo un sobre grande de color blanco, que ostentaba el logotipo del hotel Bilqis. ¿Sería la cuenta?

—Nabeel le comunicó —prosiguió Buck— que se lo entregara al detective Corey, pero me he tomado la libertad de abrirlo... en caso de que contuviera ántrax o un explosivo.

¿Debía darle las gracias por abrir mi correo con riesgo de su vida?

Buck sacó un montón de fotos del sobre y se las pasó a Chet, notificándonos:

—Les advierto que algunas de estas imágenes no son fáciles de ver.

Chet miró la primera foto, y enseguida me la pasó. Era una foto de grupo, tomada frente a las columnas de las ruinas de Bilqis. En ella aprecié lo que supuse serían los turistas belgas —dos parejas de gente mayor, dos parejas más jóvenes y una bonita joven, de unos dieciséis o diecisiete años—, todos sonriendo a la cámara. Al centro del grupo estaba un beduino alto y barbudo, vestido con bata y shiwal, con una jambiya en la cintura. Él también sonreía. ¿Por qué sonreía semejante asesino?

Le pasé la foto a Kate mientras Chet me alcanzaba una segunda foto, en que la jovencita estaba de pie al lado del beduino —que no era otro que Bulus ibn al-Darwish, la Pantera—, y ambos sonreían, aunque no se estaban tocando. Le pasé la foto a Kate, que me dijo:

—¡Qué hijo de puta!

Varias fotos más eran por el estilo, con las parejas y el hombre al que creían beduino.

Yo sabía lo que vendría más adelante, pero con todo y eso la foto que me pasó Chet me resultó difícil de procesar al primer momento. Sin embargo entonces reconocí el rostro de una de las mujeres mayores en un acercamiento, con la garganta cortada de oreja a oreja. Tenía la cabeza sobre las piedras del suelo, y en torno a ella se extendía un charco rojo de sangre.

Me quedé mirando. Los ojos de la mujer estaban abiertos. El rostro expresaba terror. Quizás aún vivía en el momento de sacarle la foto.

Kate, que me estaba mirando, me preguntó:

—¿Qué es?

Le pasé la foto, la miró y entonces dijo, en voz muy baja:

—Oh, Dios mío... oh...

Brenner tomó la foto de sus manos y, después de mirar, comentó:

—Es un enfermo.

—¿Quieren ver las otras? —preguntó Buck.

Chet tomó el resto de las fotos, las miró rápidamente y me las pasó.

Yo también las miré sin detenerme en ninguna de ellas. En varias tomas abiertas se veía a los belgas con las manos atadas en la espalda; alrededor de las víctimas posaban varios hombres con vestimenta de beduino, que en realidad eran jihadistas de Al Qaeda.

En una fotografía pude ver a un hombre debajo de las escaleras, que había intentado huir, o tal vez nada más lo habían empujado. Una fotografía en acercamiento era de un joven de rasgos árabes —el guía, pensé—, el mismo que habría tomado la foto del grupo en torno al beduino que resultó no ser beduino.

La última foto era un acercamiento a la jovencita. Tenía muy abiertos los ojos. Y sus labios oscuros contrastaban con la piel blanca, sin sangre.

Le pasé las fotos a Kate, y ella a su vez se las dio a Brenner, sin mirarlas.

Zamo se había acercado para ver en qué nos ocupábamos, y Brenner le dio el montón de fotos.

Zamo se colgó el rifle del hombro, echó un vistazo a cada foto y se las devolvió a Brenner, sin comentarios. A continuación se fue a una de las ventanas y se quedó mirando al espacio.

—Es obvio que podemos identificar al hombre que posó para las fotos vestido de beduino —observó Buck—. No había ninguna nota en el sobre, pero esto sí.

Me dio una tarjeta, la misma tarjeta mía que le había dado a Nabeel en la Deli

Kosher de Ben, un millón de años antes. En la parte de atrás seguía lo que yo había escrito: *Nabeel al-Samad para ver al Det. Corey*. Alguien había dibujado una carita sonriente, sin duda el mismo Nabeel. Hijo de puta.

Le di la tarjeta a Kate, que la miró y enseguida preguntó, sin dirigirse en particular a nadie:

—¿Para qué nos han dado estas fotos?

Buck fue quien respondió, y nada menos que en latín:

—*Res ipsa loquitur*. La cosa habla por sí sola.

La cosa era elocuente, y yo entendía el mensaje.

—Me parece que con esto se aclara la pregunta sobre lo que hará la Pantera. No pretende enseñarnos de qué es capaz, ni lo que ha hecho. Nos quiere enseñar lo que *hará*. Con nosotros. Ha tomado su decisión. Acudirá a la reunión con el jeque Musa.

Todos estaban de acuerdo. Sin embargo, a mí me seguía inquietando la posibilidad de que la Pantera evitara la reunión y pretendiera tomar por asalto la Atalaya.

De una u otra manera, Bulus ibn al-Darwish había cometido muchos asesinatos. No pagaría por ellos en un tribunal de justicia de Estados Unidos. Iba a pagar ahí mismo, en Yemen, en un acto de violencia muy apropiado. Quizá no había nacido en ese país, pero ahí era donde iba a morir.

## CAPÍTULO SETENTA Y DOS

Los ocho beduinos nos invitaron a cenar con ellos, buena señal de que conservábamos el estatus de invitados de honor, pues la hospitalidad de los beduinos manda no matar a los huéspedes. O sea, desde su punto de vista, éramos una presencia muy incómoda. No sólo debían compartir su cabra de cada día, sino que además se habían tenido que soplar a los cinco cabrones de Al Qaeda que, desde una perspectiva existencial, eran una amenaza para su modo de vida.

Nos vestimos para la cena: chaleco kevlar y armas para los señores; balto, hijab, kevlar y armas para la dama.

Buck nos dijo que volvería en un momento, pues quería hacer una llamada por el teléfono satelital, y se alejó. Yo mencioné que debía pasar antes al conducto de excremento. Kate, Brenner y Chet bajaron al patio. Zamo nos solicitó una orden de cabra y se subió al mafraj.

Antes de que Buck hiciera la llamada y yo fuera al conducto, le hice una pregunta:

—¿Cuántos beduinos de la tribu viven en los alrededores?

—No han vuelto a hacer un censo desde los tiempos de la reina de Saba —repuso Buck—, pero yo supongo que en toda la provincia de Marib debe haber unos treinta mil beduinos, que componen noventa por ciento de su población. La tribu de Musa, contando hombres, mujeres y niños, ha de sumar unas diez mil almas.

Hice cuentas.

—Cinco millones significa quinientos dólares para cada hombre, mujer o niño. Equivale a un año de ingresos.

Buck me corrigió:

—Musa tomará para él la parte del león, y por cortesía tradicional, compartirá algo con los otros jeques.

En realidad, Musa ya no se contaría entre los vivos.

—¿Sobornos a funcionarios del gobierno?

—Algunos —dijo Buck—. ¿Por qué te interesa esto, John?

—Porque cinco millones es mucho dinero, un gran incentivo. Pero las grandes recompensas atraen a otras personas también.

—¿A quiénes te refieres?

—Bueno, se me ocurre el coronel Hakim.

—Dudo mucho —comentó Buck— que el gobierno de Estados Unidos le pagara al coronel Hakim por matar a la Pantera.

—Si le pagan a Musa por la cabeza de la Pantera, le pagarán a quien sea.

Menos a nosotros. No nos dan más que el cheque del sueldo. Agregué otra pregunta para Buck:

—¿Ha ofrecido el gobierno yemenita alguna recompensa por la muerte o captura de la Pantera?

—Sí, pero el dinero que ofrecen es norteamericano —me recordó—. Al Qaeda es *nuestro* problema.

—¿No ha ofrecido el gobierno yemenita recompensa por la muerte o captura del jeque Musa?

—Desde luego que no.

—¿Por qué no?

—Porque si el gobierno yemenita le pusiera precio a la cabeza de cualquiera de los jeques, habría una insurrección de todas las tribus del país.

—Por eso Estados Unidos se va a escabechar al jeque Musa, para hacerle un favor al gobierno yemenita. Musa es el problema del presidente Saleh, pero nosotros tenemos que solucionárselo.

—Correcto —repuso, mirándome con algo de desconcierto—. ¿Qué es lo que no entiendes de esto?

—No entiendo cómo podemos ayudar al gobierno de un dictador corrupto, brutal y traicionero matando a un jeque tribal que no nos ha hecho nada malo, sino al contrario, nos está auxiliando en un asunto de enorme importancia.

—Ya hemos hablado de esto, John. Yo tuve que hacer cosas peores durante la Guerra Fría... El fin justifica los medios.

No hice comentarios, pero hablando de escabechar gente, hice una pregunta más:

—¿Tú sabías que Kate mató a un oficial de la CIA?

Asintió. Yo amplíé mi pregunta:

—¿No crees que ésa es una de las razones por las que Kate y yo estamos aquí?

—No te entiendo.

—Claro que sí me entiendes.

No respondió directamente, pero dijo:

—Creo que tú y Chet ya han hablado de eso.

—Correcto. Me ha asegurado que no hay ningún problema.

—En ese caso, no hay ningún problema.

—Qué alivio.

—Muy bien. ¿Hay algo más?

—Sí... —confesé—. Quiero ser un jefe guerrero.

Forzó una sonrisa y me informó:

—La Pantera es una especie de jefe guerrero, pero nunca podría ser jeque. Tú tampoco.

—Me conformo con lo de jefe guerrero.

—Muy bien, te puedo incluso dar una clase sobre el tema.

Sonreí. Era fácil simpatizar con Buck. Menos fácil resultaba confiar en él.

El olor de la cena entraba por la ventana. Comenté:

—Huele a salchichas italianas en la fiesta de san Genaro en la Pequeña Italia.

—Cabra.

—¿De nuevo?

La verdad era que yo no necesitaba responder a un llamado de la naturaleza, pero como Buck en realidad necesitaba hacer su llamada en privado, bajé al patio, donde una cabra fresca, entera, se asaba en un espetón sobre el fuego. Qué bien. No me gustan las sobras de cabra.

Buck nos alcanzó un poco después. Kate dijo que ella cenaría en el camión, mirando las pantallas. Creo que se sentía rara en una cena de machos. Además, el motor estaba en marcha, y el generador alimentaba de electricidad a una pequeña unidad de aire acondicionado.

—Hace calor dentro del balto, caballeros. Que disfruten del aire fresco.

Ya, ya. Doce tipos y una cabra en el fuego. ¿Qué más se puede pedir a la vida?

Al terminar la sencilla cena, que estuvo sencillamente horrible, nos unimos a Kate en el camión para ver un poco la tele. En el Canal Uno pasaban una repetición de la vista nocturna de la Atalaya del Cuervo con cámara infrarroja, y en el Canal Dos, un programa más interesante para nosotros, que cubría las mesetas y llanuras circundantes. Nada parecía moverse en el paisaje, a no ser por un rebaño de cabras algo mermado.

Chet anunció que dormiría dentro del camión —que podía cerrarse por dentro— para permanecer cerca de las pantallas y atender cualquier llamado de los pilotos de los Predator, que vigilarían a lo largo de la noche. La idea sonaba bien. Felices sueños, Chet.

Los demás subimos al diwan y planeamos las guardias. Kate y yo haríamos la primera, luego Brenner y Buck, y finalmente Zamo él solo.

Durante nuestros deberes de guardia, Kate me hizo una confesión:

—Debo ser honesta contigo, John. Esos hombres de Al Qaeda y esas fotos me han dado una buena sacudida.

—Eso es lo que pretenden. También puedes enojarte.

—Estoy enojada. Pero... ya quiero que esto se acabe.

—Tú puedes irte, si quieres —le informé—. Si lo piensas, ya no se nos necesita aquí. Los de Al Qaeda ya vieron el cebo, y no volverán a vernos. Sólo verán al jeque Musa, y después de él, los misiles Hellfire.

Se quedó pensativa un momento, antes de hablar.

—No iré a ninguna parte sin ti, y sé que tú te quedarás, así que yo también —afirmó, mirándome—. Es preciso llevar este asunto hasta el final.

No era preciso. Era cuestión de voluntad. Le aconsejé:

—Si cambias de parecer, estoy seguro de que te podemos llevar a la pista de Marib, y de ahí puedes viajar al aeropuerto de Sana'a, o de vuelta a la embajada.

—El tema queda cerrado.

—No se hable más.

Nos separamos y miramos por ventanas apartadas: Kate al sur y el este; yo al

norte y al oeste.

En efecto. Podíamos irnos ya. También Buck, Brenner y Zamo, bien mirado. El único que necesitaba quedarse era Chet, para dirigir los drones Predator y los misiles Hellfire. Si todo salía bien, podía ir él solo a recoger las muestras de basura. Ni siquiera eso resultaba indispensable para el éxito de la misión.

Pero ninguno de nosotros quería dejar a Chet solo. O sea, diferencias y egos aparte, ya estábamos unidos a él por pertenecer todos al equipo. Además, yo sentía mucha curiosidad por saber qué tenía Chet en mente.

Para ser honesto, creo que todos queríamos ver los cuerpos reventados de la Pantera y sus jihadistas —oler la carne y el hueso quemados—, sí, ver lo que habíamos hecho a control remoto, pero nos hubiese gustado hacer de cerca, en persona. Y, siguiendo las tradiciones guerreras desde tiempo inmemorial, nos proponíamos obtener evidencia mortal de la victoria obtenida y llevarla como trofeo al campamento, que en este caso sería un laboratorio forense. La guerra se ha transformado, pero el corazón del guerrero permanece igual: sigue siendo primitivo.

## CAPÍTULO SETENTA Y TRES

Un día después seguíamos sin tener noticia del jeque Musa respecto de Al Qaeda. Yo estaba pensando que no valíamos los cien mil dólares, un duro golpe para mi ego.

El verdadero problema, por supuesto, consistía en la exigencia de que las negociaciones fuesen conducidas por los señores principales. Nada de subalternos.

Reflexioné que, desde tiempos inmemoriales, muchos jefes se habían visto en la misma disyuntiva. O sea, ¿ir y arriesgarse a que el otro haya preparado una sorpresa? ¿Ponerse los huevos de bronce y enfrentar la reunión?

Supuse que la decisión dependería de lo valiente que fuera uno. O lo estúpido. O, a fin de cuentas, lo hambriento que estuviera por lo que se le ofrecía.

Al segundo día, la Brigada A había puesto en tela de juicio mi predicción —y su esperanza— de que la Pantera iba a acudir a la reunión. Sin embargo, el mensaje de las fotografías no podía ser más claro: odiamos a Occidente y haremos lo que sea necesario para degollarlos a todos ustedes.

Al dar las tres y media de la tarde, llegó la respuesta.

Chet recibió un mensaje de radio de un piloto de Predator que reportaba la presencia de una solitaria camioneta Land Cruiser subiendo por la pendiente norte de la meseta, de camino a la Atalaya del Cuervo, que en código se nombraba Punto A, en caso de que hubiera intercepciones.

La Brigada A subió al mafraj, desde donde se veía aproximarse al vehículo Land Cruiser desde el montón de rocas donde se apostaban los vigilantes de Musa para guardar el acceso norte a la meseta y la torre.

Los beduinos del patio, a quienes habrían llamado los otros beduinos que vigilaban la carretera afuera, abrieron el portón del patio, y la camioneta Land Cruiser blanca entró.

Desde el mafraj vimos bajar del auto todoterreno a cinco beduinos armados, quienes se pusieron a hablar con los ocho hombres del patio.

—No es una entrega de víveres —dijo Chet— ni de agua, así que deben de haber venido a traer un mensaje.

Buena deducción de la CIA. A mí me habría venido bien que se hubieran traído unos pollos.

Chet y Buck se ofrecieron como voluntarios para bajar al patio y averiguar de qué se trataba.

—Yo necesito ver lo que pasa en el camión. Cúbrannos.

Bueno, yo cubriría a Buck. Chet se las tendría que arreglar él solo.

Buck y Chet, armados y protegidos contra balas, bajaron a toda prisa por las escaleras.

Brenner le dijo a Zamo:

—Cubre, pero sin apuntar a nadie.

A nosotros nos advirtió:

—Lo mismo. Estén listos, pero no me malinterpreten. Sólo yo doy la orden de disparar.

Pensé que Brenner reaccionaba excesivamente a una situación que no se presentaba como una amenaza. Sin embargo, algo pasaba, un momento de transición en las rutinas y los ritmos de la vida en la Atalaya del Cuervo.

Buck y Chet aparecieron en el patio, y Buck avanzó directamente hacia el grupo de los beduinos, que ya sumaban trece. Eran muchos rifles AK-47. Chet usó la llave para abrir el camión y desapareció en el interior. Nadie se lo impidió, lo cual era buena señal.

Buck hablaba con uno de los recién llegados, que parecía ser el jefe. Yasir participaba en la conversación, mientras los otros beduinos se limitaban a escuchar de pie alrededor de ellos. Con los beduinos, cuando los jefes hablan, los de infantería se callan y escuchan. Igual que en Fed 26... no exactamente.

Según se veía, Buck y los beduinos tenían una conversación normal, aunque con ciertas señas de excitación.

Por último, Buck hizo sus ademanes de «ir en paz» y se metió al camión para reportarse con Chet. Los beduinos siguieron hablando.

Brenner le ordenó a Zamo que permaneciera en el mafraj y descendimos al diwan, desde donde estábamos más cerca de la situación, fuese ésta cual fuere.

Después de un rato, Buck salió del camión y se movió hacia la torre con rapidez.

Trepó por las escaleras y llegó jadeando hasta nosotros.

—Dicen los beduinos —dijo, sonriendo— que la Pantera ha enviado un mensaje verbal directamente al jeque Musa. Se reunirán dentro de dos horas, a las 6:00 PM, para hablar de varios asuntos de interés mutuo, así como del ofrecimiento de los cinco norteamericanos que ha hecho el jeque.

Amplió su sonrisa y agregó:

—La Pantera se refirió a esto último como un asunto de escasa importancia; una técnica de negociación por excelencia entre los árabes.

No era mala técnica. Por ejemplo: «Eh, Abdul, tenemos que hablar de los derechos de pastos de los camellos. A propósito, ¿cuánto quieres por tu esposa?».

Eran buenas noticias, y todos chocamos los cinco, hasta Buck, que no sabía lo que era chocar los cinco.

—La reunión tendrá lugar —informó Buck— en la misma cabaña de pastores donde conocimos al jeque Musa.

Eso debía ser el Camp David del jeque. Además, estaba cerca del camino donde aterrizaba el Otter que nos llevaría de regreso, una vez que hubiésemos llenado las bolsitas de plástico.

Miré por la ventana y vi que los cinco beduinos que habían llegado seguían en el mismo lugar.

—¿Se quedan? —inquirí.

—Sí —dijo Buck—, para aumentar la seguridad, y serán nuestras escoltas para acudir a la escena del ataque.

—Pensé que no queríamos más beduinos en el patio —le recordé a Buck.

—Es de su propiedad —repuso—. Están de nuestro lado.

—Ya, ya —acepté—, pero podrían estar de nuestro lado en algún otro sitio.

Buck nos tranquilizó:

—Los beduinos no estarán aquí mucho tiempo, y nosotros tampoco. La verdad es que no faltan más de dos horas para completar la misión, y tal vez en una hora más nos recogerá el Otter.

Ya, ya, y deberíamos llevar al jeque Musa a bordo. Iba a ser recompensado con muchísimos dólares, y yo conozco en Brooklyn una deli que podría comprar. Al gobierno yemenita le daría lo mismo que se fuera o que lo mataran. Pero en la vida real los finales felices no siempre son limpios y ordenados.

Se me ocurrió que los móviles de la Pantera —odio, venganza y demasiadas derrotas— eran iguales a los de Chet. Esa clase de motivaciones nublan el juicio.

Pero se necesitaba una actitud más positiva, como la de Buck y Chet, y ver las cosas con menos cinismo. Tal vez lo único que veía yo era lo que íbamos a obtener: una pantera muerta, que había hecho a un lado sus instintos de precaución para comer el cebo.

A Buck no le gustaba verme pensar, y me preguntó:

—¿Qué hay en tu mente, John?

—No mucho —repliqué—. ¿Qué tanto hace Chet en el camión?

—Coordinando todos los aspectos de un ataque de asesinato en sigilo —repuso, y añadió más información—. Vendrán dos Predator más para ocupar la estación sobre la cabaña de pastores. Estarán listos cuando empiece la reunión. Los otros dos permanecerán en sus estaciones actuales, vigilando la Atalaya del Cuervo. Serán nuestra cubierta cuando vayamos con los hombres de Musa a la escena del ataque, y vigilarán también el aterrizaje y despegue del Otter.

—Muy bien. ¿Quién tiene las bolsas y los guantes de látex?

—Chet.

—Si queda entera la cabeza de la Pantera, ¿puedo llevármela a casa?

Al principio Buck no me contestó, pero enseguida habló:

—Lo que nos interesa sobre todo son los dedos, por las huellas y el ADN.

—Estupendo —acepté, pero a veces me gusta decir locuras—. Espero que el mierda de Nabeel esté ahí también. Quiero poner sus huevos en una bolsa de ziploc.

Por fin, Kate me reprendió:

—John, ya es bastante.

—Perdón. Es que me emociono.

Brenner, que tenía experiencia de guerra de primera mano, y que quizás habría cortado él mismo alguna oreja o cabeza, permaneció en silencio. La guerra es el

infierno, damas y caballeros, y los eufemismos no alteran su naturaleza. Hay que matar antes de que lo maten a uno, y celebrar cuanto antes.

Brenner le dijo a Buck:

—Que Zamo se quede vigilando desde el mafraj, y vamos con Chet al camión.

Sin embargo, Buck nos detuvo.

—Chet necesita estar una hora a solas. Lo que sucede en este momento es secreto absoluto. Está hablando por radio con gente de Washington, consiguiendo permisos y órdenes.

Kate planteó la pregunta más obvia:

—¿Qué es lo que dice que no podemos oír?

—Casi todo —respondió Buck—. Todo es verbal, sin registros por escrito, y no puede haber testigos de lo que dice Chet ni de lo que le digan los de allá. Chet habla por la unidad segura de telefonía, usando los nombres del personal de Washington, y no necesitamos oír esos nombres, ni ninguna otra cosa.

Me imaginé lo que diría Chet: «Hola, Dick, hola Ralph. Habla Chet. Estamos a punto de vaporizar a varios cabrones jihadistas y hacer mierda al traidor de la Pantera con unos cuantos misiles Hellfire, que son un arma secreta. ¿Siguen con el mismo parecer? ¿No hay problemas de aquel lado? Nada más hagan una señal, o sea, digan sí o no».

Eso sonaba razonable. Pero ¿quién sabía por qué Chet deseaba estar a solas? ¿Qué oía, qué decía, en realidad? No teníamos ni idea.

Teníamos algo de tiempo que matar antes de que nos dieran permiso de entrar al camión y ver cómo se desenvolvía el drama: la llegada del jeque Musa y sus alegres beduinos a la cabaña de pastores, el arribo de la Pantera y su comitiva, el beso de la muerte, la fiesta del té en la alfombra y, por último, el jeque que se metería con cualquier pretexto a la cabaña. ¿Dónde, me preguntaba yo, estarían los hombres del jeque? Era de esperarse que no demasiado cerca de la Pantera y sus hombres, que iban a recibir el impacto de cuatro misiles Hellfire guiados por rayo láser, cada uno de ellos cargado de diez kilos de explosivos de alto poder. Quizá todos los beduinos se apartarían para echar una meada juntos en el momento decisivo.

Entre detectives hay un proverbio: nunca dejes de tomar en cuenta lo obvio.

Lo que para mí resultaba obvio era que el jeque Musa y sus hombres, junto con la Pantera, iban todos a compartir el mismo destino en esa reunión. Por lo tanto, la Brigada A no podría acudir a la escena de la masacre, donde algunos hombres —tanto beduinos como de Al Qaeda— podrían seguir con vida y estarían furiosos.

Si lo obvio resultaba cierto, entonces ¿cómo íbamos a poder salir los estadounidenses de la Atalaya del Cuervo, con trece beduinos alrededor de nosotros, quienes no tardarían en saber, gracias a los sobrevivientes, lo que le había pasado al jeque y a sus amigos, verdad?

Bueno, ya veríamos cómo se daban las cosas. Podría equivocarme. O tal vez acertar sólo a medias.

Buck quería bajar a hablar un poco más con los beduinos y darse una idea más clara de lo que sabían sobre el encuentro entre el jeque y la Pantera, y las instrucciones que les había dado su líder.

Era bueno tener en el equipo a alguien que hablaba árabe. La misión no hubiera sido posible sin Buck. Para la próxima ocasión en que se me ofreciera entrar al territorio de Al Qaeda, quisiera tener a Buck conmigo. O tal vez a otro conocedor del árabe que fuera menos mentiroso. ¡O lo mejor sería sencillamente declinar esa nueva oportunidad!

Cuando se fue Buck expuse mis preocupaciones sobre el daño colateral que causarían los misiles Hellfire a nuestros amigos, o sea, el jeque Musa y sus hombres, lo cual iba a crear una situación peligrosa para los que estábamos en la Atalaya del Cuervo.

Brenner, que había presenciado muchos misiles explosivos haciendo trizas a la gente, dijo:

—Estaba pensando en eso mismo. Por precisos que sean esos misiles, arrojan mucha metralla. Nadie sale ileso si está cerca del objetivo.

—¿Por qué no mencionaste tú ni nadie más esto en la reunión de Adén? —lo interpeló Kate.

—Pensé que Chet sabía de qué estaba hablando —respondió Brenner.

¡Vaya! Sí sabía, pero a veces se le olvidaban los pormenores.

—Creo que cuando el jeque Musa se meta en la cabaña de piedra, Chet lo tomará como señal para dar a los Predator la orden de fuego de los cuatro misiles Hellfire. Pero ésa sería también una indicación para que los beduinos se alejen y se pongan a salvo. No tendrán más de cuatro o cinco segundos para hacer eso antes de que cuarenta kilos de explosivos potentes y la metralla hagan una carnicería del lugar.

Uno, dos, tres, cuatro... Yo podría haber llegado ya a otra provincia si supiera que venía de camino un Hellfire.

—La Pantera y sus hombres tardarán unos segundos en darse cuenta de lo que está pasando, pero antes de que puedan reaccionar ya estarán en el Paraíso.

Era probable. De cualquier modo, observé:

—Todavía puede haber víctimas entre nuestros amigos.

Kate y Brenner se quedaron pensando en eso, y ella exclamó:

—Dios mío, espero que no. De lo contrario, ¿cómo saldremos de aquí?

—Rápido.

En esa tesitura, subimos por las escaleras hacia el mafraj para hablar con Zamo y darle algunas instrucciones sobre el tema. Brenner dijo que tenía algo arriba que quería enseñarnos. ¿Sería una nueva clase de cagarruta de pájaro? Eso no olería tan mal como las patrañas que nos contaban Buck y Chet.

## CAPÍTULO SETENTA Y CUATRO

Le dimos a Zamo las buenas noticias sobre la junta entre la Pantera y el jeque, y Brenner le prometió:

—Hoy nos vamos a casa.

Zamo, hombre de pocas palabras, se limitó a asentir en silencio.

A continuación, Brenner dirigió la atención al conducto de excremento e indicó un agujero cuadrado en el techo situado directamente sobre el conducto, cuyas paredes de madera se alzaban a unos dos metros y medio, sólo hasta la mitad de distancia del alto techo del mafraj.

—Eso es un agujero de ventilación —dijo Brenner.

Ya, ya. La mierda baja, pero el olor sube.

—Ayúdame a subir —me pidió Brenner.

Nos acercamos a la partición del conducto, y lo empujé hacia arriba, de manera que se puso de pie, haciendo equilibrios sobre la parte superior del muro trunco, apenas tocando con los dedos el borde del hueco de ventilación para sostenerse.

El hoyo en cada piso tenía suficiente anchura para que cupiera apretadamente el cuerpo de una persona y pasara al piso de abajo. Pero no era posible bajar en caída libre hasta la pila de excremento; en cada piso sería necesario forzar el cuerpo a través del hoyo. De cualquier manera, quise advertirle a *Mr.* Brenner:

—Ten cuidado, es una caída de unos veinte metros, aunque la pila de mierda amortigüe el impacto.

—Gracias —repuso y poniéndose en la punta de los pies se agarró del hoyo de ventilación con las dos manos, y a continuación, usando la fuerza de sus brazos, hizo subir su cuerpo a través de la abertura.

¡Vaya! Había exhibido buena condición de torso. Y ¿de qué se trataba?

Se arrodilló junto al hueco y nos dijo:

—Esto es lo que podemos hacer.

Vi que sus piernas y su cuerpo bajaban por el agujero, y se quedó colgando de las manos agarradas de las tablas del techo. Columpiándose se dejó caer al otro lado del hoyo para el excremento.

—El tejado tiene un parapeto de un metro veinte, buena protección si tenemos que cruzar disparos —anunció.

Brenner había pasado su guerra anterior en Vietnam, donde sobre todo se usaron helicópteros. Agregó más información:

—El techo puede sostener el peso de un helicóptero.

Ésas eran buenas noticias en caso de que nos viésemos atrapados en el techo y estuviésemos bajo fuego, pero había que tener algo en cuenta:

—No tenemos helicópteros en Yemen —dije.

—Cierto. Pero estamos a poco menos de trescientos kilómetros del aeropuerto de Najran, al otro lado de la frontera saudí: un vuelo de una hora. De ahí vienen los Predator, y es muy probable que en este momento el Otter esté ahí.

—Sea. ¿Y luego?

—Luego, si es necesario, podemos conseguir que un helicóptero del Ejército o la Fuerza Aérea de Estados Unidos nos saque de aquí por el techo.

—¿Por qué tendríamos que hacer algo así? —preguntó Kate.

—Porque —replicó Brenner— si la delegación de Al Qaeda ha deducido que esto es una trampa, no sería raro que quieran ahorrarse cien mil dólares, al tiempo que le enseñan al jeque Musa quién manda. Por no mencionar que no tendrían que ir al encuentro.

—Ya te oigo —le comenté.

—Tampoco estoy muy seguro respecto de nuestros aliados beduinos —prosiguió Brenner—. Necesitamos tener un plan de escape.

¡Y yo que creía ser el paranoico! Pero no se trataba de paranoia. Se trataba del Plan B desde el Punto A.

—Creo —reflexionó Kate— que la mejor manera de salir de aquí para llegar a Arabia Saudita sería usar un helicóptero desde Najran y no el Otter, que tiene que aterrizar en la carretera.

—Mucho mejor —aceptó Brenner—, pero el Otter lo maneja la Compañía, y esta operación es también de la Compañía. Además, el helicóptero, con o sin señas de identidad del Ejército o de la Fuerza Aérea, se asocia de inmediato con Estados Unidos, y eso no entra en el plan. Pero en una situación de emergencia, ya sea aquí o en la escena del ataque, lo que necesitaremos es un helicóptero.

—Conforme —asentí—, pero me parece que una hora es un lapso muy largo para esperar la llegada de la caballería.

—Cierto —volvió a aceptar Brenner—. Peor es nada.

Kate hizo la pregunta obligada:

—¿Podemos entrar en contacto con la autoridad específica para pedir el helicóptero?

—He llamado a Ed Peters por el teléfono satelital —contestó Brenner—, y está localizando un número de contacto para la instalación norteamericana del aeropuerto en campo aéreo saudí. Oficialmente, Estados Unidos está ahí para proveer adiestramiento a grupos de la Real Fuerza Aérea Saudí, pero es cosa sabida que tenemos recursos de la CIA y de la Administración de Seguridad Nacional en Najran, a fin de vigilar la situación en Yemen. De ahí vendrán los aviones F-1 para pulverizar el campamento de Al Qaeda.

¡Qué interesante! Inquirí:

—¿Vas a compartir esta información con Chet y Buck?

—Apostaría lo que sea —replicó Brenner— a que Chet y Buck ya tienen un número directo por teléfono satelital y la frecuencia de radio directa para el jefe de

operaciones estadounidense en el aeropuerto de Najran. Y si no lo tuvieran, siempre pueden llamar por radio a la CIA en Najran. A nosotros no nos han dicho ni una palabra sobre los helicópteros ni el aeropuerto en territorio saudí.

Ya, ya. Algo olía mal en eso, pero tal vez no tanto como imaginaba mi mentalidad paranoide. Todo lo que no encajaba podría ser explicado de manera lógica y racional aduciendo razones de seguridad. Pero si grazna como pato mientras insiste en que es águila norteamericana, uno se pone a sospechar un poco.

Le pregunté a Zamo:

—¿Tú puedes alzarte para trepar al techo?

—¿Por qué no?

—Porque tienes un brazo jodido.

—Yo subiré primero —intervino Brenner—, tú después, y entre los dos nos será fácil ayudar a Kate y a Zamo.

¿No se nos olvidaba el viejo Buck? ¿Y qué haríamos con Chet?

—Estoy segura de poder subir yo sola —afirmó Kate.

Miré el muro del conducto de excremento, que como ya he dicho medía alrededor de uno veinte de altura, y comenté:

—El último en subir no tendrá a nadie que lo empuje.

—La base de la palangana para el agua del diwan puede soportar el peso de Zamo, y él es quien más pesa de nosotros.

Supuse que ya habrían hecho la prueba. Siempre se puede contar con la gente militar como poseedores de espíritu de iniciativa y capacidad para resolver problemas en el campo de acción.

—No se diga más. Buen trabajo —elogié a Brenner y a Zamo—. Pero esperemos que no sea necesario subir a ese techo.

Quise llevar la conversación a un tema relacionado:

—No sé si se han dado cuenta de que el hoyo para cagar en cada piso tiene suficiente anchura para caber por ahí. Incluso Zamo.

Brenner, todo un experto en las torres de viviendas, nos explicó:

—Los hacen grandes para poder tirar desperdicios de la cocina y orinales por ahí, y todo va a dar al nivel del excremento. En las torres de viviendas el conducto de excremento funciona como un escape de incendios primitivo.

¡Uno aprende algo nuevo cada día! Quise dejarlo establecido:

—El caso es que, si se vuelve necesario bajar por el conducto en lugar de subir, podemos hacerlo.

Todos estábamos de acuerdo en que el conducto de excremento era multiusos, pero antes de cerrar la reunión quise plantear un tema de interés discutible, y repetí para Brenner y Zamo lo mismo que le había dicho a Kate:

—Después de que los sujetos de Al Qaeda vinieron a ver el cebo, todos nosotros, excepto Chet, podíamos habernos ido de aquí.

Brenner asintió.

—Pensé en eso cuando tuvimos la reunión en Adén.

¡Vaya, Paul! Ése era el mejor momento para haberlo mencionado.

—Pero —prosiguió Brenner, mirándome a mí, y enseguida a Kate y a Zamo—... en realidad no creo que ninguno de nosotros tuvo jamás la intención de abandonar el juego.

—No, no se trata de querer abandonar —acepté—, pero que quede claro, entre nosotros y para más adelante, que estamos permaneciendo aquí más tiempo del necesario. Nos quedamos para ver cómo acaba esto.

Nadie podía ya agregar nada a eso, como no fueran las palabras: «Valientes pero tontos».

Fue así que dimos fin a lo que debería ser la última reunión en el mafraj. Kate, Brenner y yo bajamos al diwan y dejamos a Zamo meditando en la idea abstracta de que los conductos de excremento suben y bajan, y pueden usarse para escapar de la mierda.

Todo se encaminaba al desenlace, y había mucho en qué pensar. La misión consistía en matar a la Pantera. De salir vivos de ese trance ya nos ocuparíamos después de lograr el objetivo.

## CAPÍTULO SETENTA Y CINCO

Llegó la hora de unirse a Buck y Chet en el camión de Moisés y sus pescados del Mar Rojo. Kate, Brenner y yo bajamos al patio.

El sol se hundía en el horizonte. Los trece beduinos bebían su té de hierbas y charlaban, sentados a la sombra que se alargaba al pie del muro del oeste. Junto a ellos, en el suelo se veían montoncitos de hojas verdes. Era la hora feliz.

Kate, Brenner y yo nos metimos al camión y vimos a Chet sentado en la silla de la izquierda, absorto en la imagen del monitor de video. Buck, en la silla de la derecha, hacía lo propio.

La pantalla de Chet mostraba una vista aérea de la cabaña de pastor del jeque, a una resolución muy cercana, de tal vez unos cien metros de altura.

La pantalla de Buck mostraba un encuadre más alto y amplio del área en torno a la cabaña, con un radio de unos dos o tres kilómetros. Vi cinco camionetas blancas Land Cruiser que se dirigían a la cabaña desde el este. ¿Beduinos? ¿Al Qaeda? Lo más probable es que condujeran al jeque y a sus hombres, los anfitriones, que debían llegar antes para preparar el té.

Sabíamos que cada uno de los dos drones Predator que volaban sobre la cabaña, además de las cámaras de video, tenían dos misiles Hellfire guiados por rayo láser, cargados con bombas de alta potencia, listos para ser lanzados para buscar y destruir lo que estuviera en la mira exacta indicada por la retícula de los monitores. Fantástico.

Chet logró salir de su trance electrónico y nos habló.

—Miren. El jeque está llegando a la cita.

Nos acercamos a su pantalla para ver a los cinco Land Cruiser que se detenían a unos treinta metros de la cabaña, más lejos de lo que habían hecho cuando llegamos del Otter para conocer al jeque. Los vehículos guardaban suficiente distancia del punto de impacto para no acabar hechos chatarra.

Vimos a los beduinos salir de las cinco camionetas. Conté en total a quince, cada uno con su rifle AK-47, menos uno: el jeque.

Se le reconocía por sus túnicas blancas y limpias, y el shiwal aristocrático. No se le veía la cara, pero en la imagen con resolución de unos cien metros sí que se notaba su increíble probóscide. Esa cosa arrojaba una sombra de medio metro y debía tener su propio código postal.

Los beduinos descargaban las camionetas: tres alfombras y lo que debían ser cajas de agua embotellada, además de arpilleras que contendrían té y pan. Otros objetos que llevaban permitían adivinar estufas de acampar y ollas para hervir el agua, aunque nada de khat para los invitados de Al Qaeda. Fuera de eso, tenían todos los ingredientes para un pic-nic yemenita, incluso hormigas, por si alguien sufría de

malaria. Y, por supuesto, los AK-47, pues más adelante, incurriendo en una grave falta a la tradición de hospitalidad de los beduinos, asesinarían a todos los invitados que no hubieran sido destruidos por los Hellfires norteamericanos.

El jeque Musa se metió a la cabaña con algunos de sus hombres, mientras el resto de los beduinos se afanaba en sus preparativos.

—La Pantera y sus hombres —nos informó Chet— llegarán en una hora o más. Es correcto llegar tarde, pero jamás temprano.

Si incluyeran a una mujer en el grupo, no tendrían que preocuparse de llegar temprano. ¡Perdón! Se me escapó.

Chet apretó un botón de la consola.

—Estamos grabando el video. Podremos ver los últimos segundos de la vida de *Mr. al-Darwish* las veces que quieran.

Quedaba la cuestión de bajas por fuego amigo, y Brenner se la planteó a Chet, quien por lo visto tenía la respuesta preparada:

—Los dos bandos no se mezclan. Los de Al Qaeda estarán en su propia alfombra, o dentro de sus vehículos, y los beduinos lo mismo. Sólo se sientan juntos en su propia alfombra el jeque y la Pantera para hablar en privado. Cuando el jeque se levante con algunos de sus hombres, supuestamente para sacar a rastras a los norteamericanos de la cabaña, será la señal para que los beduinos se pongan a cubierta. En ese momento daré la orden de disparar, y en cuatro segundos todo habrá terminado para *Mr. al-Darwish* y seguramente la mitad de sus hombres. Los beduinos liquidarán a los sobrevivientes. De esto ya hablamos en Adén.

En efecto, pero era posible que Chet no nos dijera la verdad y que todos los que ahí estaban acabaran muertos. O al menos perderían partes del cuerpo. Y entonces tendríamos que salir de ahí lo más rápido que pudiésemos.

Chet hizo que la pantalla se dividiera, y en la mitad de la izquierda apareció una vista amplia de la Atalaya del Cuervo, proveniente de uno del segundo par de drones Predator que sobrevolaban la meseta.

—No hay nadie —dijo Chet.

Era cierto. No se veía a ningún ejército de Al Qaeda dispuesto a atacar la Atalaya del Cuervo. Por los indicios, las cosas iban dándose conforme al plan, y la Pantera, en efecto, acudiría a su cita en la cabaña de pastores.

Como si estuviera hablando de algo sin importancia, Chet anunció:

—Hay un cambio de planes.

En mi cabeza sonó un pequeño timbre de alarma.

Hizo girar la silla para mirarnos a mí, a Kate y a Brenner:

—Pero un buen cambio.

El volumen de la alarma creció. También pude ver que Buck no había dicho una palabra desde que entramos al camión, algo muy atípico en su conducta. ¿Estaría pensando en algo? ¿Preocupado?

Chet prosiguió:

—Se ha decidido, al más alto nivel, que ustedes tres se irán de aquí. Ahora mismo.

Ninguno de los tres preguntamos por qué. Ya vendría eso más adelante.

—El papel de ustedes en la misión ha concluido —aseveró Chet—. En realidad, terminó en cuanto la delegación de Al Qaeda los examinó.

Eso ya lo sabíamos, pero Chet lo mencionaba por primera vez.

—El plan de Washington —continuó Chet, respondiendo a preguntas que no le habíamos hecho— era que se quedaran unos cuantos días después de que los hubiesen visto los tipos de Al Qaeda, en caso de que sospecharan una trampa, o por si Al Qaeda vigilaba la Atalaya del Cuervo, a fin de atacar o simplemente vigilar que nadie se fuera. Pero como todo está ya en su sitio y el final está a la vista, los planificadores de la misión prefieren dividir el equipo para asegurarse de que no todos los huevos estén en una sola canasta.

Los tres huevos que iban a irse a la otra canasta seguían sin decir nada. Era preferible dejar que Chet hablara.

Eso hizo:

—Buck y yo nos quedaremos aquí hasta que los misiles Hellfire cumplan su cometido. Zamo se quedará con nosotros para proveer seguridad. También contaremos con un Predator, para vigilancia y protección. El otro dron los seguirá a ustedes. La idea es que viajen en una de estas camionetas Land Cruiser por la pendiente norte de la meseta y tomen la carretera de Sana'a a Marib. En el aeropuerto de Marib los espera un avión fletado, de hecho, un avión de la Compañía, que los llevará a cierto lugar de Arabia Saudita, de donde viajarán al Aeropuerto Internacional de Riyadh y de ahí a casita. Si se dan prisa, podrán llegar al aeropuerto en menos de una hora.

¡Treinta minutos, si yo me ponía al volante! ¡Vaya! Esto sonaba demasiado bien para ser cierto.

—¿Preguntas? ¿Problemas? —inquirió Chet.

Quien habló fue Kate.

—Nuestra intención es quedarnos aquí hasta el final. Iremos a la escena del ataque con ustedes y saldremos de aquí todos juntos en el Otter.

—Eso no pasará, Kate —le informó Chet—. Órdenes de arriba. Pero aprecio tu dedicación.

Brenner quiso aclarar algo:

—¿Qué se consigue con que nos vayamos ahora? No entiendo por qué nos dividimos.

—Algo podría salir mal en el camino a la escena del ataque, o allí mismo. También podría fallar el contacto con el Otter —explicó Chet, en tono de voz paternalista—. No hay ninguna razón para que ustedes corran también esos riesgos. En cambio, es preciso... digamos... asegurar que algunos de nosotros logren salir de aquí.

Ya, ya. Pero ¿quiénes?

—No queremos sufrir una situación —añadió Chet— en que la misión sea un éxito pero se pierda a todo el equipo.

Entendido. Era como aquel chiste en que la operación es todo un éxito pero se muere el paciente.

—¿Y tú piensas que es sensato que un solo vehículo vaya desde aquí al aeropuerto de Marib? —inquirió Kate.

—Las carreteras son bastante seguras durante el día —le aseguró Chet a ella, y también a nosotros—. No tienen que preocuparse de que los secuestren los beduinos en el territorio del jeque Musa, ni tampoco de Al Qaeda, cuyos elementos raras veces salen de las tierras altas a la luz del día. Si se dan prisa, llegarán al aeropuerto antes de que nadie sepa que van en camino, ni de quiénes se trata. Esta clase de camionetas se asocian con los beduinos. Ya saben que las ventanas son oscuras, pero Kate deberá ponerse el balto y sentarse en la parte de atrás. Habrá un Predator para su protección, por si acaso, y estaremos en contacto satelital con ustedes. El trayecto al aeropuerto será de lo más sencillo. ¿Alguna preocupación?

Al igual que Buck, yo había permanecido en silencio, pero quise saber algo:

—¿Hay algún motivo por el cual no tendremos escolta de beduinos?

—No la van a necesitar —replicó Chet—. Francamente, si algo sale mal en la escena del ataque, lo último que quieren es llevar detrás de ustedes un coche lleno de beduinos hablando con otros beduinos por sus teléfonos celulares.

Por lo visto, a Chet le preocupaba mucho nuestra seguridad y supervivencia. Él y Buck desempeñarían la peligrosa tarea de conducir hasta el lugar de la carnicería para recoger y guardar los restos mortales de la Pantera y sus hombres, y tal vez tomar algunas fotos de los muertos, como había hecho la Pantera en las ruinas. En lo que al jeque Musa se refería, yo no abrigaba la menor duda de que él y sus beduinos se habrían marchado ya del lugar, bien fuera en sus Land Cruiser o camino al Paraíso. Por lo tanto, ni Chet ni Buck tendrían que lidiar con ellos. La pelota estaba rodando, señor jeque.

¿Necesitábamos estar ahí Kate, Brenner o yo? En verdad, no. Pero yo me iba a perder la sangre y las tripas, así como el espectáculo de los huesos y la carne echando humo. ¡No era justo!

—¿Qué otra cosa les preocupa? —preguntó Chet.

«Preocupar» era un término usado con toda deliberación para hacernos sentir como soldados nerviosos que necesitaban tranquilizarse y obedecer sus órdenes. Chet, como casi todos los locos, pensaba que era el más listo de todos los que estábamos ahí en el camión de pescado. Pero se engañaba: el más listo era yo.

Miré a Kate y luego a Brenner, e intercambiamos miradas que, supongo, significaban que aceptábamos la situación.

—Bueno. No estamos preocupados —le dije a Chet.

—No estoy de acuerdo, pero entiendo —declaró Kate.

—Yo entiendo también las razones —dijo Brenner—. Pero Zamo decidirá por sí mismo sobre venir con nosotros o permanecer aquí.

—La orden para él es quedarse aquí a cargo de la seguridad —afirmó Chet.

—No me importa lo que digan tus órdenes —insistió Brenner—. Zamo no depende de ti. Él forma parte del SDS y recibe sus órdenes de mí.

Chet guardó silencio, y Buck no quiso explicarle nada sobre protocolos y procedimientos de la embajada.

Por fin, Chet concedió:

—Está bien. Que él tome su decisión.

Sin embargo, nosotros —Kate, Brenner y yo— no tomaríamos decisión alguna. Nos habían ordenado salir de allí. No eran órdenes de Chet, sino de un superior suyo. Para hablar con honestidad, mis sentimientos al respecto eran ambiguos. Era bueno salir con ventaja de regreso a casa; el camino a Marib presentaba menos peligro que quedarse ahí para los fuegos artificiales. De cualquier modo, la desilusión era considerable, y me sentí seguro de que Kate y Brenner pensaban lo mismo que yo. Pero Chet y los que planeaban la misión estaban en lo correcto: si nos dividíamos se mejoraban las probabilidades de que alguien volviese vivo y pudiera presentar un reporte completo. Washington necesitaba algunos sobrevivientes para tener a quiénes felicitar.

—Tomen sólo lo indispensable —nos instruyó Chet—: tienen que estar en la carretera en diez minutos. Al aterrizar en Arabia Saudita, entreguen sus armas, los chalecos kevlar, las municiones y los equipos de comunicación. Quince minutos después estarán en vuelo hacia el aeropuerto de Riyadh. Quemen aquí los pasaportes que Buck les entregó, y para el vuelo internacional a Estados Unidos usen los pasaportes diplomáticos.

Chet no paraba de mencionar el viaje a casa, como si pensara que si lo oíamos lo bastante acabaríamos por creer que en realidad iba a suceder. Tal vez sí. Tal vez no.

Tenía un encargo adicional:

—Asómense al camión antes de partir.

—No nos iremos sin decir adiós, Chet —le prometí.

Él se sonrió.

Me volví a Buck:

—Nos vemos después.

Buck asintió, hizo una mueca que quería ser sonrisa y nos dijo:

—Nos vemos después.

Los desempleados de la Brigada A salimos del camión de pescado. Misión cumplida.

## CAPÍTULO SETENTA Y SEIS

Fue así que volvimos a la torre, desde donde Brenner llamó a Zamo y le pidió que bajara del mafraj. Le contó la nueva situación.

—Debes decidir —le dijo Brenner— si quieres quedarte aquí y cubrir a Buck y a Chet, o si vienes con nosotros a Marib.

Zamo no tuvo que pensar mucho en su decisión.

—Tú eres mi jefe. A mí no me pagan por tomar decisiones —le recordó a Brenner.

A Brenner, en cambio, le pagaban para que las tomara, y anunció a Zamo:

—Vendrás con nosotros.

—Hay que movernos —sugerí.

Juntamos lo que necesitábamos en nuestras mochilas y dejamos lo demás para los beduinos, incluyendo mis calcetines y mi ropa interior.

Kate se puso el balto sobre la ropa. Enseguida bajamos hasta el nivel del ganado y el excremento, donde preparamos una pequeña fogata de pasaportes y páginas de revistas, que Zamo prendió con un cerillo que sacó de su estuche de supervivencia. Una vez que todo quedó reducido a cenizas, salimos al patio bajo la última luz del día.

Los beduinos estaban sentados a lo largo del muro, pensando tal vez en que llegaba la hora de sus oraciones vespertinas y en una nueva receta para preparar cabra.

Kate se cubrió el rostro con el hijab, mientras Brenner, usando el poco árabe que sabía, agradecía a nuestros anfitriones por su hospitalidad, al parecer. Los beduinos permanecieron sentados, diciendo:

—As-salaam alaikum.

—Wa alaikum as-salaam —respondió Brenner.

¡Y *arrivederci!*

Brenner le dijo algo a Yasir, que se puso de pie haciendo un ademán con el brazo hacia los vehículos estacionados en el patio.

—Dice que tomemos cualquiera de las camionetas.

—¿Cuál tiene la bolsa de khat?

Brenner no preguntó, pero Yasir nos dio tres shiwal, uno que se quitó de su propia cabeza y dos de sus compañeros.

—Se los regalan para que tengan un recuerdo de ellos.

¡Yo les había dejado mi ropa interior como recuerdo mío!

Brenner les dijo que podían disponer de todo lo que dejábamos atrás, sobre todo equipaje con ropa y una lata de verduras mixtas. No, no podían quedarse con el rifle de francotirador de Zamo.

Quise despedirme de Yasir.

—Te veré en Nueva York, en la Deli de Ben. Shuqran —agregué, que significa «gracias».

Echamos las mochilas a la parte de atrás de una Land Cruiser y, llevando las armas, nos aproximamos al camión de pescado.

Chet y Buck seguían mirando las pantallas, y Chet hablaba por radio con alguien. Al entrar nosotros, enseguida dijo al micrófono:

—Te llamo después. Fuera.

Él y Buck se pusieron de pie.

—Veo que se llevan a Zamo —observó Chet.

—Así es —replicó Brenner, sin dar más explicaciones.

Fue Buck quien habló:

—Los beduinos del patio son toda la seguridad que necesitamos. Varios de ellos nos acompañarán a la escena.

Dijimos nuestros adioses sin derramar demasiadas lágrimas. Todos estábamos de acuerdo en que la Brigada A se había desempeñado de manera admirable.

—Agradezco su profesionalismo. No siempre ha sido fácil trabajar juntos —admitió Chet—, pero logramos dejar de lado las diferencias para servir a nuestro país.

Se volvió a mí y sonrió:

—Fuiste todo un reto, *Mr. Corey*, pero prefiero trabajar con un hombre como tú que con aquellos que nunca cuestionan a la autoridad.

—Gracias.

O, al menos, eso debía pensarse. ¿Por qué siempre me han de señalar a mí? ¡Esto empezó desde la escuela primaria!

—Pueden sentirse orgullosos del trabajo que han realizado aquí —nos felicitó Buck—. Gracias por ofrecerse como voluntarios y por poner sus vidas en peligro. La patria será un lugar un poco más seguro una vez que haya muerto Bulus ibn al-Darwish.

Le recordé a Buck:

—Tenemos una cita bajo el reloj en la Grand Central Station.

—Allí estaré —prometió Buck—. Seguiremos en contacto.

—Trataré de estar ahí yo también —dijo Chet, como si alguien lo hubiera invitado; pero cualquiera de nosotros que siguiera con vida al terminar el día estaba invitado.

Buck abrazó a Kate, y Chet lo hizo también. Nos dimos la mano todos y nos deseamos mutuamente felices retornos y buena suerte.

—As-salaam alaikum —se despidió Buck.

Para revivir el primer encuentro un millón de años antes, repuse:

—Para ti es muy fácil decirlo.

Sonrió.

Salimos del camión y nos amontonamos en el Land Cruiser.

Brenner se puso al volante, Zamo a su lado y Kate y yo atrás. Los señores teníamos nuestros tocados shiwal, pero no nos consideramos obligados a ponérselos en ese instante.

Yasir se levantó y corrió por el patio para abrir las puertas. Se veía feliz de vernos partir, y nos despedimos de él agitando las manos. Nosotros sin duda nos sentíamos aún más contentos.

Brenner rodeó los muros de la Atalaya del Cuervo, que había sido nuestro hogar lejos de casa. Cruzamos la meseta rocosa hacia el montón de rocas donde los beduinos vigilaban el acceso norte a la torre.

Brenner seguía las huellas en la tierra de los otros vehículos que habían viajado a la Atalaya del Cuervo.

—¿Sabes por dónde tenemos que ir? —le pregunté.

Titubeó un poco antes de responder.

—Bajar por la pendiente norte y tomar el camino hacia Marib. He estado antes en esa pista de aterrizaje. Podré encontrarla.

—Eso es bueno.

Nos acercábamos al extremo norte de la meseta.

—No lo puedo creer —dijo Kate—. Vamos de regreso.

—Más vale que lo creas —le aseguró Brenner—. En menos de una hora estaremos a bordo de un avión de la Compañía, despegando rumbo a Arabia Saudita. Es probable que al aeropuerto de Najran.

—¿No se siente ninguno de ustedes —inquirió Kate—... decepcionado de no haberse quedado hasta el final?

Brenner y yo, hombres que mantenemos contacto con nuestras emociones, admitimos que hubiésemos querido estar ahí para el gran final.

—Tiene sentido táctico —dijo Zamo, que no pensaba en sus emociones—. Pero es un asco.

Podía verse ya la formación grande de rocas, con el auto todoterreno al borde, donde los hombres de Musa estaban sentados a la sombra de las rocas.

—Más despacio —le dije a Brenner.

Redujo la velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Esto es lo que pasa, Paul —repliqué—. Hace no mucho tiempo, Kate mató, en defensa propia, a un funcionario de la CIA. ¿Lo sabías?

Titubeó antes de responder.

—Algo he oído.

—Muy bien.

¡A pesar de eso aún quería con ella! Era un hombre valiente. Yo mismo duermo con un ojo abierto. Es broma, es broma. Proseguí:

—Creo que la Compañía busca hacerse justicia a la manera ruda.

—John —interrumpió Kate—, se supone que no debemos hablar de esto.

—Esto es de verdad importante, Kate. Por favor, no interrumpas.

Volví al relato principal.

—Por si no fuera suficiente con haber matado a aquel sujeto, Kate y yo estropeamos, sin darnos cuenta, un plan de la CIA destinado a convertir al Medio Oriente en un yermo termonuclear.

Hice una pausa. Nadie decía nada dentro de la camioneta Land Cruiser.

—Así que Kate y yo —continué— sabemos este gran secreto, y nos han hecho jurar silencio para siempre. A su vez, la Compañía le dio a Kate salvoconducto por el incidente con el arma de fuego. Pero no es ésa la manera en que la CIA acostumbra trabajar.

Brenner, por suerte, manifestó enseguida su acuerdo.

—Desde luego que no es la manera —dijo.

—¡Claro! Los de la CIA tal vez tolerasen el incidente de la pistola, pero no están tranquilos cuando hay dos testigos que andan por ahí con el conocimiento del Armagedón nuclear que planearon desatar sobre las Tierras de Arena.

Brenner había bajado la velocidad aún más, y al parecer pensaba en lo que acababa de oír. Por fin, viendo que yo había terminado mi discurso, habló.

—Así... entonces ¿qué quieres decir?

—Lo que digo es que ni Kate ni yo, ni quienquiera que esté con nosotros, vamos a salir vivos de Yemen.

Para eso nadie tenía respuesta.

—Por eso nos trajeron aquí a Kate y a mí —expliqué—. Es la zona perfecta para matar. Nadie responde por nada en este país. Es un hoyo negro. Y el nombre de esta operación es Escoba de Limpieza.

Brenner frenó y la camioneta se detuvo. Por el retrovisor miró a Kate y le preguntó:

—Kate, ¿tú crees esto?

Mi compañera del alma repuso:

—No, no lo creo.

Zamo, que no solía tener opiniones, se manifestó:

—Yo sí lo creo.

Era suficiente. Todo quedaba claro. Brenner hizo la pregunta obvia:

—¿Y cómo crees que pueda suceder?

—En un momento abordaremos ese tema, pero puedo afirmar que sucederá entre este lugar y la pista de aterrizaje de Marib.

Nadie dio su parecer sobre eso.

—¿Por qué creen que estamos en este todoterreno, lejos de la Atalaya del Cuervo, a mucha distancia de Chet y Buck?

—Lo que dijo Chet tiene mucho sentido táctico y operacional —repuso Brenner.

—En efecto, y por esa razón mi paranoia debía estar desactivada. ¿Saben qué? Sólo tengo una certeza de, digamos, un setenta y tres por ciento de que Chet quiera

matarnos a Kate y a mí.

—Si nos quedamos aquí todo el día —intervino Kate— *podrían* matarnos. Necesitamos ir a la pista de aterrizaje.

Había otra pregunta en la secuencia lógica, y Brenner me la propuso de inmediato.

—Si todo eso es cierto, ¿qué tenemos que ver en ello Zamo y yo?

—Están en el lugar erróneo en el momento equivocado —repliqué—. Es lógico que se te haya ordenado llevarnos a Kate y a mí; de lo contrario, despertarían sospechas. En lo que a Zamo se refiere, sabían que no iba a quedarse en la torre. Todo lo que dijeron era sólo por dar apariencia táctica al plan. Buck sabía exactamente lo que tú dirías sobre Zamo. De una u otra manera, Zamo no se iba a quedar con Chet y Buck. Y si se hubiera quedado, Chet lo mataría con un AK-47, le quitaría su rifle de francotirador y reportaría que fue asesinado por los beduinos.

Los dos hombres se quedaron callados unos segundos. Al fin, Brenner habló:

—No logro creer que Zamo y yo vamos a ser asesinados por nuestros compatriotas sólo porque estamos junto a ustedes.

—Deberas creerlo, pero te voy a dar otra razón por la cual no estás en un lugar correcto. Hasta donde Chet sabe, es posible que Kate o yo te hayamos confiado estas sospechas. De ser así, tú serías otra persona que sabe demasiado.

Hice una breve pausa antes de recordarle a él y a los demás:

—En este oficio, cuando sabes cosas que no deberías saber, te conviertes en una fuente de preocupaciones para la Compañía. Eligieron bien al nombrar a Chet Morgan para este trabajo. Está loco.

Brenner, Kate y Zamo pensaron en lo que había dicho. Me imaginé que concluirían que el pobre John no necesitaba tanto su chaleco de kevlar como una camisa de fuerza.

Pero Brenner, para evitar el tema de mi paranoia, o para probarme al respecto, inquirió:

—¿Y crees que Buck sea cómplice en esto?

Era una pregunta difícil. La respuesta era que Buckminster Harris llevaba tanto tiempo en el oficio del engaño que ya no podía distinguir entre la realidad y lo que él mismo inventaba. La cuestión del bien y el mal también se le había desdibujado. Además, el juego le gustaba. No dudaba yo que sintiera afecto por mí, por Kate y por los demás, pero si Chet lo planteaba como un problema de seguridad nacional y le presentaba una solución, aceptaría ambas cosas y ayudaría a Chet. No era cuestión personal.

Al fin de una pausa, respondí:

—Buck tiene que estar enterado.

A esas alturas, Brenner ya debía estar esperando que yo le anunciara que había sido raptado por los marcianos. Pero era demasiado listo para despreocuparse, y su alma de expolicía requería tener toda la información. Me dijo:

—Aun si tienes razón... es decir, le das mucho crédito a Chet; queda como una especie de genio...

—Está loco de remate —les aseguré a todos—. Pero es listo. Sólo que yo soy todavía más listo que él. ¿Verdad, cariño?

Eso último iba dirigido a Kate, pero no replicó. Sin duda, estaba molesta, claramente preocupada al verme rebasar los límites de la cordura.

De hecho, Brenner empezó a enunciar un juicio:

—Mira, creo que todos acabamos de pasar por tiempos de mucho estrés...

—Está bien —interrumpí—, toma la carretera. Veremos qué pasa.

Pero Brenner no se movió. Me preguntó, en cambio:

—¿Tú qué crees que va a pasar?

—Creo que un dron Predator, bajo las órdenes de la Agencia Central de Inteligencia y bajo el control operacional de Chet Morgan desde su camión de pescado, va a lanzar un misil Hellfire a esta camioneta, matando a todos los que estamos dentro. El piloto del Predator, donde quiera que esté, no tendrá idea de lo que se trata, y aunque tenga dudas obedecerá a lo que le mande el operador de control, o sea Chet, que está cerca de la acción.

Zamo fue el primero en hablar.

—Claro que eso puede pasar.

¡Claro que podía pasar! Propuse otro argumento:

—La Compañía ha escogido este método de accidente de fuego amigo para mandar un mensaje muy claro de que ni fue amigo ni se trató de un accidente.

Brenner se quedó un rato en silencio. Entonces se volvió a mí.

—Está bien... ¿qué se supone que hacemos?

—Lo que no haremos será bajar por esa pendiente y cruzar a campo traviesa hacia la carretera a Marib, porque si vamos por ahí no llegaremos nunca a esa carretera.

—Pero entonces —exclamó Brenner—, ¿qué hacemos dentro de esta camioneta? ¿Por qué no dijiste nada de esto allá en la Atalaya del Cuervo?

—En ese caso, ¿qué hubiésemos hecho?

—Confrontar a Chet y a Buck con lo que acabas de decirnos.

—Al menos —repliqué— ellos sí me habrían creído. Pero el tema no es ése. La misión es lo primero. Chet tiene todo dispuesto para matar a la Pantera. Hay que dejarle hacer eso. Pero no lo dejaremos montar un accidente amistoso en el camino a Marib.

Brenner asintió sin mucha convicción. Le dije:

—Avanza.

Nos movimos hacia el cúmulo de rocas grandes, donde estaban los guardias beduinos. Dije:

—Chet no ha dirigido un Predator para que nos vigile, porque el piloto y otros controladores terrestres verían quiénes somos los que nos metimos a la camioneta Land Cruiser, y no dispararán contra nosotros. Chet pondrá a un Predator en estación

cuando piense que vamos a campo traviesa hacia la carretera a Marib. Dirá al piloto que nos tenga en la mira, informándole que ese vehículo todoterreno es un objetivo confirmado. Chet ejecutará la etapa de asesinato del vuelo, ordenando al piloto que elimine el objetivo.

Una breve pausa, y añadí:

—El balto de Kate y nuestros shiwals se mencionarán en el reporte como una de las razones de la confusión de identidades al tomar por objetivo este vehículo. Los recuerdos de viaje pueden ser peligrosos.

Como no hubo comentarios, pregunté:

—¿Alguien objetaría que pidamos a uno de esos beduinos que conduzca el vehículo por la pendiente y hacia el camino a Marib?

—Yo no —replicó Zamo en un santiamén.

Brenner titubeaba.

—Eso sí me presenta un problema... pero...

Kate no decía nada, así que yo le hablé.

—Si no pasa nada, entonces tú tienes razón y yo estoy loco.

No sabía qué responder, pero al fin dijo:

—No quiero... que maten a alguien inocente...

—Pero si has dicho que no tengo razón.

—No quiero tomar esa decisión.

—Bueno. Yo sí la tomo.

Los beduinos de las rocas nos observaban, y Brenner detuvo la camioneta cerca de ellos.

—Necesito que traduzcas al árabe —le dije.

Brenner y yo bajamos del Land Cruiser y todo el mundo hizo su saludo de paz.

Había cinco beduinos con sus AK-47, y tenían su todoterreno blanco Land Cruiser estacionado al lado. Le pedí a Brenner:

—Diles que les daremos muchos riales si uno de ellos lleva nuestra camioneta a la pista de aterrizaje de Marib para recoger a un amriki que está ahí esperándonos.

Brenner me miró, dudó un momento y empezó a hablar en árabe con bastantes titubeos.

Los cinco beduinos asintieron. Brenner se volvió hacia mí:

—Este caballero —me señaló a un hombre barbudo entre los treinta y cuarenta años de edad— está dispuesto.

Asentí y le sonreí al beduino.

—Dice que él prefiere usar su propio vehículo.

—No.

Tomé a Brenner del brazo y nos subimos a una roca plana. Le dije:

—¿Ves eso?

Brenner miró el techo de nuestra camioneta. El techo polvoriento estaba embarrado de algo parecido a la sangre, tal vez de cabra. Se quedó observando esa

mancha un momento.

—¡Santo Jesús! —exclamó, y enseguida se volvió a mí.

Me bajé de la roca y le pregunté:

—¿Qué piensas ahora, Paul?

Parecía no hallar palabras, pero me recordó:

—Yasir nos dijo que escogiéramos cualquier camioneta.

—Ya, ya. Tome una carta, la que quiera. Todas están marcadas —expliqué, arriesgándome a ser obvio.

Asintió.

—Podemos limpiar la mancha que señala el objetivo. O, como todos los autos aquí son comunales, intercambiar vehículos con estos señores y viajar a la pista de aterrizaje de Marib, esperando que no nos vaporicen en el camino. Pero no creo que haya nadie ni nada esperándonos en esa pista. Sugiero que volvamos a la Atalaya del Cuervo y lidiemos con esto. Llegaremos ahí cuando Chet tenga en su mira a la Pantera.

Brenner había visto mucha muerte pero no tanta traición. Se veía bastante confuso. ¿Hola, Paul?

Kate y Zamo habían bajado de la camioneta. Kate echó una mirada a Brenner y enseguida me encaró:

—¿Qué pasa?

—Cuéntale *tú* —le dije a Brenner.

Ella nunca me creía.

Los beduinos nos observaban con curiosidad. Sin duda se preguntarían de qué hablaban los locos de los amriki, y por eso no quisimos volver a subir a la roca para examinar el techo del vehículo y sembrar sospechas en sus cabezas. Pero Brenner les dijo a Kate y a Zamo:

—Hay una marca roja que parece sangre en el techo de nuestra camioneta.

Zamo, que había pintado de rojo a mucha gente con su rayo láser antes de enviarlos al Paraíso, lo entendió al instante y dijo:

—¡Menuda mierda!

Me pareció bien dicho.

La mente de Kate es rápida, pero testaruda, y nos recordó:

—Pero Yasir nos dijo...

—Todos los vehículos están marcados —le informé—. Fue después de que recogimos nuestras cosas en el diwan, porque yo me asomé y verifiqué que no tenían marcas. Fue mientras quemábamos los pasaportes civiles en el piso de abajo. Los beduinos, a solicitud de Chet, marcaron todos los techos con sangre de cabra, tal vez creyendo que se trataba de alguna protección sagrada sobre las camionetas. Ya saben, como el tema de la Pascua con la sangre del cordero. El Éxodo.

Puede que fuese de otra manera, pero no tan diferente. Igual Yasir y sus camaradas no tenían idea de por qué Chet les había dado unos cuantos riales por

haber hecho algo raro, y ellos sabían cerrar la boca. Informé a mis compañeros de equipo:

—Chet pidió a Yasir también que nos dieran los shiwals, para poderlo mencionar en el reporte del incidente.

Kate se me quedó mirando, y creí que diría: «Perdón por haber dudado de ti», pero no. En cambio, preguntó, dirigiéndose no sólo a mí sino a todos:

—¿Qué hacemos ahora?

Explicué a Kate y a Zamo que el viaje por tierra a Marib no sería productivo, y sugerí:

—Podemos dejar que este amable caballero se lleve el vehículo marcado para la muerte, y así confirmar con la mayor certeza si Chet ha planeado escabecharnos. ¿Hay alguien que necesite comprobar eso?

Por lo visto, nadie lo consideró necesario.

—Volvamos a la Atalaya del Cuervo y hablemos con Chet y Buck —sugerí.

Brenner se manifestó a favor de esa idea. Sin embargo, observó:

—Van a negar todo.

Lo mismo pensaban Kate y Zamo, y no había ninguna prueba de que no fuera una locura mía. Si desobedecíamos nuestras órdenes y regresábamos a la Atalaya del Cuervo para que yo acusara a Chet y a Buck de planear asesinarnos, eso podía ponerse muy raro, y me enfrentaría a acusaciones graves de vuelta en Estados Unidos. Por no mencionar que la Compañía se encargaría definitivamente de que Kate y yo sufriésemos algún accidente fatal. Tres cosas eran imposibles: volver a la Atalaya del Cuervo sin tener pruebas, ir por carretera a Marib y permanecer donde estábamos.

—Que se lleve el auto —propuso Zamo.

Nadie dijo nada.

El sujeto en cuestión, llamado Emad, le dijo algo a Brenner, pero éste no le respondió.

Bueno, alguien ha de asumir las decisiones de vida y muerte. Como Brenner, a mí me pagaban por eso. A pesar de todo...

—Que Emad se lleve el auto a la pista de Marib —decidí, al fin.

Ni Kate ni Brenner se manifestaron a favor o contra. Zamo, en cambio, habló:

—De lo contrario, nunca lo sabremos con seguridad.

Brenner titubeó, y entonces le dijo algo a Emad, quien sonrió y se subió a nuestra camioneta Land Cruiser. Emad no pidió dinero por adelantado, pero Brenner le entregó un puñado de riales y le dijo algo en árabe.

La verdad es que nos íbamos volviendo duros, semejantes a los malos, pero al menos nos quedaba algo de conciencia.

Emad echó a andar el auto y, agitando la mano, comenzó a descender por la pendiente.

En parte, esperaba haberme equivocado, aunque la sangre del techo indicaba que

tenía razón. Todo, de hecho, indicaba que no estaba en un error.

Uno de los beduinos le dijo algo a Brenner, que tradujo para mí.

—Quiere saber si necesitamos que nos lleven de vuelta a la Atalaya del Cuervo.

Miré el reloj y sugerí:

—Dile que si pueden prestarnos su vehículo.

Así lo hizo Brenner, y accedieron. Les di mis últimos riales.

En esta ocasión, tomé yo el volante. Zamo se situó al lado mío. Brenner y Kate se sentaron atrás sin decir nada.

Después de unos minutos pudimos ver la torre. A mi izquierda pude ver un montón de rocas, y detuve la camioneta a un lado.

—Podemos observar desde aquí —dije.

Bajamos del auto y trepamos a las rocas, desde donde teníamos una vista no obstruida de los llanos al pie de la meseta.

Zamo tomó su rifle de francotirador y, ajustando la mira a la potencia máxima, se lo acomodó en el hombro.

—Lo tengo —anunció.

Brenner, Kate y yo hicimos lo mismo con los visores de las M4, que no tenían tanta potencia.

Distinguí a la camioneta Land Cruiser que conducía Emad alzando una polvareda a menos de dos kilómetros de distancia, encaminada al norte, hacia la carretera de Marib.

No había tráfico vehicular en los caminos de tierra que cruzaban los campos secos. Era fácil seguir el curso de la camioneta Land Cruiser, cada vez más pequeña, pues su locación quedaba señalada por el polvo que alzaba.

Pasaba el tiempo, y como el auto todoterreno no explotaba en una bola de fuego, me vino la idea a la mente de que a lo mejor estábamos perdiendo el vuelo que nos sacaría de allí.

Nadie decía nada, pero me imaginé lo que estarían pensando Kate y Brenner. ¡Pobre John! Se ha vuelto gagá. Zamo, en cambio, miraba por su visor telescópico como si encuadrara a un general de los talibanes. Permanecía inmóvil como estatua y controlaba su respiración a tal grado que pensé que habría entrado en trance.

En parte, abrigaba la esperanza de no haber enviado a morir a un hombre inocente, pero a medida que corría el tiempo, también esperaba que un piloto de Predator tuviese ya a la Land Cruiser centrada en su retícula, esperando a que Chet diera la orden de «fuego sobre el objetivo».

Después de tres o cuatro minutos, perdí de vista el todoterreno en la mira, al igual que Kate y Brenner, y bajaron las escopetas. Pero Zamo lo veía aún, y siguió enfocándolo con su telescopio.

—Tal vez suceda más adelante —dije.

Nadie comentó nada.

—Lo he perdido —dijo Zamo, bajando su rifle.

—¿Qué quieres hacer ahora? —me preguntó Brenner.

—Sentarnos aquí y esperar la estela de humo blanco.

De nuevo, nadie hizo un comentario, pero Zamo miraba al horizonte en la distancia sin el visor, y todos lo imitamos. Después de un intervalo, Kate habló.

—Hay que pedir a uno de esos beduinos que nos lleve a la pista de aterrizaje de Marib.

—Podemos volver a la Atalaya del Cuervo —sugirió Brenner— y decir que se nos descompuso el auto y necesitamos otro.

¿No había una leve nota de sarcasmo en su voz?

—La estela de humo —dije— puede distinguirse a treinta kilómetros desde aquí.  
¿NO DEBÍA SER YA DE NOCHE O CASI DE NOCHE?

—No pienso esperar media hora para ver si es o no es —me informó Brenner y enseguida se dirigió a Kate:

—Por favor, habla con tu marido. Es menester tomar una decisión.

—John.

—Cállate.

Nos quedamos sentados en las rocas mirando el cielo azul. El loco de atar no quería ceder el control. Tendrían que soportarme hasta que recuperase el juicio, o hasta que pudieran caer sobre mí para atarme.

La espera se alargaba, pero solamente Zamo y yo concentrábamos la atención en el cielo. Pude darme cuenta de que Kate y Brenner intercambiaban miradas.

Por favor, Dios, recé para mis adentros, haz que tenga yo razón en que la CIA quiera matarnos a mi esposa y a mí. No es demasiado pedir.

Menos de dos minutos después de haber perdido de vista a la nube de polvo, una fina estela de humo blanco cruzó el cielo azul. Un instante después vimos un relámpago color naranja en el horizonte. No se oyó ningún sonido.

—Objetivo aniquilado —anunció Zamo—. ¡Increíble!

Brenner se puso de pie, pero no dijo nada.

Kate se levantó también. Una nube de humo negro se alzaba sobre el horizonte.

—¡Oh Dios... ! —exclamó.

Tal vez me estaba hablando a mí. De cualquier modo, me miró y me dijo:

—No lo puedo creer...

Brenner seguía con la mirada fija en la nube de humo.

—¡Qué hijos de puta! —espetó.

—Por lo visto, John tenía razón —apuntó Zamo.

Al parecer, así era.

—Ese pobre hombre... ha muerto —musitó Kate.

Nadie añadió nada a eso.

—Bueno —propuso Brenner—. Es hora de ir a hablar con Buck y Chet.

—Pensarán que ven fantasmas —observé.

Subimos a la camioneta y la condujimos de vuelta a la Atalaya del Cuervo.



## CAPÍTULO SETENTA Y SIETE

Conduje con rapidez, pero no excesiva, para no alertar al piloto del Predator cuyo trabajo era vigilar las inmediaciones de la Atalaya del Cuervo. Aunque nos viera aproximarnos a la fortaleza, no vería sino a la camioneta Land Cruiser de los beduinos del montón de rocas, lo cual no daba motivo para avisar a Chet.

Por lo que se refiere a Chet y a Buck, tendrían los monitores sintonizados con los dos drones que volaban sobre la cabaña de pastores. Una de las pantallas estaría partida en dos, para dirigir al otro Predator que seguía a la Land Cruiser —o sea, a nosotros— como objetivo sospechoso, y Chet había dado la orden de aniquilarlo. ¿Habría sentido un nudo en la garganta cuando creyó ver a sus compañeros de equipo volar en pedazos?

Nos acercamos a unos cuantos centenares de metros de la torre. Ya había observado yo que los beduinos raras veces vigilaban sobre los muros del patio. Su vigilancia se limitaba a los amriki dentro del edificio, y por eso no vimos a nadie.

A cincuenta metros de la fortaleza, alteré el camino, a fin de llegar desde el lado este a la puerta.

—¿Tienes un plan? —inquirió Brenner.

—En esta situación no hay plan que valga —repuse—. No queda más remedio que disparar desde la cadera.

Mi respuesta podía aplicarse en sentido literal.

—Merecen morir por lo que han hecho —sugirió Zamo.

¡Ése era buen plan!

Brenner metió en cintura a Zamo y a todos los demás.

—La orden de disparar la daré yo. Tú harás fuego sólo si te ves atacado.

O sólo si me daba la gana vaciar dos cargadores sobre ese par de hijos de puta. Pero lo primero era asegurar que Chet hubiese completado su misión, o sea, matar a la Pantera.

Acerqué la camioneta a la puerta, que seguía cerrada, y le di vuelta al vehículo, para que quedara apuntando hacia el borde de la meseta por donde habíamos entrado la noche de nuestra llegada a ese hoyo de mierda. Dejé el motor encendido, y todos bajamos con la mayor rapidez, dejando las portezuelas abiertas.

Kate se quitó el balto, para tener mayor movilidad y acceso fácil a sus cargadores extra.

—Rocanrol —dijo Brenner, lo cual significaba poner el selector de las armas en función completamente automática.

Insistí en ser el primero en entrar solo. Alcé la tranca y me metí al patio.

Los beduinos seguían en el mismo lugar donde los habíamos dejado, sentados a la sombra del muro oeste, mascando khat y platicando. Los vehículos seguían todos ahí,

y eso significaba que aún no se habían ido Buck y Chet a la escena del ataque, y eso a su vez pudiera implicar que no se había producido todavía. Miré el reloj, que marcaba 6:15 PM, de modo que al parecer la Pantera llegaba tarde, o simplemente no llegaba.

Los beduinos notaron mi presencia, pero ninguno mostró sorpresa, aunque un par de ellos algo comentaba al respecto.

Las puertas del camión con los monitores de los Predator estaban cerradas, y el motor no se había echado a andar. Sólo se oía el zumbido del generador.

Indiqué a Kate, Brenner y Zamo que entraran, y les dije:

—Actúen con normalidad.

Eso significaba andar por el patio hacia el camión de modo despreocupado. Los beduinos nos observaban, tal vez acongojados de que Kate estuviese vestida de hombre.

Nos paramos junto a las puertas del camión de Moisés de pescado del Mar Rojo. Vi que el candado no estaba puesto, o sea que había alguien adentro, tal como esperaba. Lo deseable era que los dos estuvieran ahí.

No queríamos interrumpir a Chet mientras ejercía su papel de asesino sigiloso, pero tampoco era buena idea quedarnos ahí sonriéndoles a los beduinos.

Brenner indicó las puertas del camión con la cabeza.

—Vamos —dijo.

Ya, ya. A Chet y a Buck les desagradaría vernos entrar, pero tenían un trabajo que cumplir y lo cumplirían, después de lo cual pasaríamos a hablar de otros temas.

Brenner y Zamo abrieron ambas puertas y entré de un salto al interior de la caja del camión, con la carabina lista.

Por desgracia, no había nadie.

Brenner y Kate entraron al camión, y Zamo se quedó afuera para no perder de vista a los beduinos.

—¿Dónde están? —inquirió Kate.

Desde luego, ahí no. Pero las consolas y los monitores se encontraban encendidos, como si hubieran salido un momento nada más.

Nos acercamos para ver las pantallas. La de la izquierda, la de Chet, mostraba un encuadre cercano de la cabaña de pastores. La de la derecha estaba partida en dos mitades, una de ellas con una imagen de ángulo amplio del área en torno a la misma cabaña, y la otra con un plano distante de una camioneta blanca que avanzaba por un camino de tierra.

Mientras mirábamos, una retícula electrónica apareció sobre el vehículo todoterreno, y unos segundos después la camioneta había desaparecido en un destello anaranjado, que se desvaneció enseguida dejando humo negro y fragmentos de objetos. Un mensaje de la pantalla anunció: «Objetivo alcanzado».

Había otro mensaje más pequeño en la esquina izquierda de la pantalla que decía: «Repetición». Enseguida reapareció la imagen de nuestra camioneta blanca conducida por Emad, con la marca de sangre en el techo, y volvió a volar en pedazos,

vaporizada por un misil Hellfire. Ay.

—Que hijos de puta —volvió a decir Brenner.

—¡Miren! —exclamó Kate.

Pasamos a la pantalla de Chet, que también estaba en repetición, y miramos en silencio cómo el jeque Musa, rodeado por la mitad de su grupo de quince hombres, se movía de izquierda a derecha hacia otro grupo de hombres, que se movían de derecha a izquierda.

Ambos grupos se detuvieron al centro de la alfombra, y después de un titubeo, el jeque Musa tomó la mano de la Pantera y se la besó. Enseguida, la Pantera hizo el mismo gesto con el jeque.

No supimos nunca si se habían abrazado o no, porque la retícula de la pantalla se iluminó y apareció el mensaje electrónico: «Fuego». De nuevo un resplandor anaranjado inundó la pantalla, seguido del humo negro y fragmentos en el aire. Las palabras: «Objetivo alcanzado» aparecieron en la pantalla.

Todos, incluyendo al jeque Musa y los hombres en torno a él, habían muerto sin duda, o estaban mortalmente heridos. Lo mismo *Mr. Bulus ibn al-Darwish*: la Pantera había muerto.

—Misión cumplida —anuncié.

—Chet mató también al jeque —dijo Brenner.

Kate señaló con el dedo el reloj electrónico de la pantalla y dijo:

—Hace dieciséis... siete minutos.

Ya, ya. Y las imágenes se habían transmitido a Washington, a los planificadores de la misión en Langley y tal vez a la Casa Blanca también, donde todos estarían celebrando el éxito. Habíamos matado a la Pantera. ¡Felicidades, Chet y Buck! Y enseguida Chet y Buck habían salido del camión. Pero ¿adónde iban? Tal vez a recoger cosas del diwan, después de lo cual se meterían en una camioneta y saldrían de allí.

Miré la pantalla de Buck, donde vi de nuevo la repetición, pero con un encuadre más abierto que incluía a todos los vehículos que habían llegado a la cabaña, tanto de los beduinos como de Al Qaeda, estacionados lejos de la cabaña. Otros dos misiles Hellfire las impactaron casi simultáneamente, haciendo trizas a los dos grupos de vehículos y hombres. Un tercer misil cayó sobre el techo de la cabaña de pastores, en caso de que hubiese alguien dentro, y se derrumbaron sus muros de piedra.

—¿Dónde están Chet y Buck? —volvió a preguntar Kate.

No lo sabía, pero desde luego habían salido de ahí con toda rapidez, en caso de que quedaran sobrevivientes beduinos en la escena del ataque y llamaran a sus compañeros de la torre para decirles que los norteamericanos habían matado a su jeque. Pero ¿adónde se habían ido nuestros compañeros de equipo?

—Todos los vehículos están aquí —observé.

—Deben de haberse ido a la torre —concluyó Kate.

—Es posible... pero tenemos que salir de aquí, en caso de que los beduinos

reciban aviso de lo sucedido...

En ese momento recordé que Chet también iba a destruir el camión del millón de dólares.

—El Predator que está sobre la Atalaya del Cuervo está a punto de vaporizar el camión.

Salimos enseguida del interior del objetivo, pero sin precipitación, para no inquietar a los beduinos. Brenner se movió hacia la puerta del patio, pero le tomé el brazo.

—Necesitamos saber si Chet y Buck están en la torre.

Titubeé medio segundo, y asintió. Echamos a andar con rapidez hacia el edificio. En verdad, el odio y las ansias de venganza nublaban el juicio. Lo que nos convenía a todos era salir de ahí en la camioneta Land Cruiser, bajando a toda velocidad por la barranca. Pero antes era necesario repasar las cuentas con los otros dos compañeros del equipo.

## CAPÍTULO SETENTA Y OCHO

Cuando llegamos a unos diez metros de la torre, noté que dos de los beduinos estaban usando sus teléfonos celulares, y enseguida supe de qué hablaban. Era obvio que algunos beduinos habían sobrevivido al impacto del Hellfire y llamaban a sus camaradas de la Atalaya del Cuervo para contarles que los amriki habían freído a su jeque y a todos los que estaban con él.

Varios de los beduinos nos miraban, y todos empezaron a levantarse. Ya no había razón alguna para fingir conductas normales, así que nos echamos a correr hacia la torre.

Dejamos que primero entrara Kate por la puerta estrecha, seguida por Zamo y Brenner. Miré rápidamente por encima del hombro y pude ver a los beduinos que corrían hacia nosotros, algunos gritando y apuntándome con sus AK-47.

En el momento en que me metía por la puerta, una explosión ensordecedora sacudió el aire, seguida por la explosión del tanque de combustible del camión de pescado. La onda de choque me derribó al suelo, y mientras me ponía de pie pude sentir que la tierra temblaba bajo mis pies. Sin decir nada, todos corrimos hacia la escalera.

No recuerdo haber pisado los escalones, pero en unos cuantos segundos pasamos por el nivel de bodega sin ventanas y nos encontramos en el diwan, con las armas listas.

Zamo corrió hacia la letrina interior y de una patada abrió la puerta, pero no había nadie. Lo que tampoco estaba en el diwan era el soporte de la palangana, y así lo indiqué a mis compañeros, que sacaron la misma conclusión que yo: los miembros ausentes se habían subido al techo.

Kate, Brenner y yo nos asomamos para mirar el patio. El camión no era sino un montón ardiente de fierros retorcidos emitiendo nubes de humo negro. El patio estaba cubierto de fragmentos que se quemaban, y tres de los beduinos yacían en el suelo, bien fuese muertos o heridos. Los otros diez parecían atontados; varios andaban por el patio y los demás estaban quietos, de pie. Todos guardaban silencio.

Uno de ellos nos vio en la ventana y pegó un grito, señalándonos con el dedo.

Alguien dejó ir una carga completa de proyectiles que impactaron en las piedras sobre la ventana. Sin esperar a que Brenner diese la orden, Kate y yo respondimos disparando nuestras M4 en modo automático. A continuación, Brenner hizo a un lado a Kate de un empujón y disparó todo su cargador sobre los beduinos de abajo.

No nos quedamos a esperar una cuenta completa de cadáveres, pero me pareció que habíamos liquidado a unos cinco de los diez que quedaban, incluyendo a Yasir, a quien vi caer. «Perdóname», dije para mis adentros.

Por desgracia, los otros beduinos habían logrado ingresar a la torre, y estaban

justo debajo de nosotros. Era hora de irse, y sólo había una dirección posible.

Subimos corriendo por los escalones de piedra, oyendo los gritos de los beduinos que nos perseguían.

Brenner llegó el primero al siguiente piso.

—¡Paso libre! —nos gritó.

Kate y Zamo, conmigo en la retaguardia, se lanzaron hacia los escalones, mientras una ráfaga de AK-47 subía por el hueco de la escalera. Otra ráfaga atravesó las tablas del piso, cerca de donde estábamos parados.

Solté hacia abajo una ráfaga a través de las tablas, mientras Kate abría fuego por el pozo de la escalera. Eso detuvo a los beduinos, y corrimos para subir al piso siguiente, y al otro, hasta llegar al último nivel bajo el mafraj.

No habíamos visto signos de Chet ni de Buck, pero tenían que estar en el mafraj o en el techo. O quizá nos habían puesto alguna trampa, por lo cual descargué una ráfaga a la letrina de madera, abrí la puerta de una patada y me asomé al conducto por los hoyos, pero no pude ver a nadie.

Enseguida miré hacia arriba, y me pareció ver una sombra que se movía cruzando la abertura de ventilación del mafraj. Solté una breve ráfaga hacia arriba, pero nadie devolvió el fuego.

—Creo que están en el techo —dije, saliendo de la letrina.

Mis palabras fueron ahogadas por el estrépito de una gigantesca explosión en la distancia, y todos nos volvimos hacia la ventana que daba al oeste. Enseguida se oyó otra, y luego otra más. En la distancia vimos ascender nubes de humo negro.

—Están bombardeando el campo de adiestramiento de Al Qaeda —nos dijo Brenner—. Es probable que sean bombarderos F-15 venidos de Najran, con bombas de mil kilos cada una.

¡Qué maravilla! ¿No podrían soltar una más pequeñita sobre Chet y Buck?

El sonido de las explosiones seguía entrando por la ventana. Conté doce de ellas antes de que volviera el silencio.

Ese campamento de Al Qaeda había sido destruido. Pero había más, y seguirían apareciendo otros nuevos. La Pantera, sin embargo, había muerto, y ese tipo de malvados de mierda no eran tan fáciles de reemplazar como un campamento de reclutas jihadistas.

—Necesitamos llegar al mafraj —dije a todos.

Antes de que pudiésemos hacer el menor movimiento hacia las escaleras, Kate gritó, señalando la ventana que daba al norte:

—¡Miren!

En el cielo, a lo lejos, vimos un helicóptero que se aproximaba a la Atalaya del Cuervo.

Brenner cubría el pozo de la escalera, disparando ráfagas solitarias, pero sin que los beduinos respondieran con fuego desde abajo. Era probable que miraran al helicóptero, que cada vez se veía más cerca.

Zamo observó con su mira de francotirador el aparato que se aproximaba.

—Es un Black Hawk —anunció, en voz baja—... sin marcas de identificación, pero tiene que ser norteamericano... Veo a dos artilleros en las escotillas...

¡Vaya! La caballería había arribado. Lo malo era que no venía a salvarnos a nosotros, no: llegaba puntualmente, o quizás unos minutos tarde, desde Najran, para salvar a los cabrones traidores de Chet y Buck. Esta parte del plan no la habían mencionado ni uno ni el otro, aunque a Brenner se le había ocurrido lo mismo... sólo que un poco demasiado tarde.

Bueno, cuando llegara el Black Hawk al techo, sólo se encontrarían con dos cadáveres.

—¡Vamos! —grité, y todos corrimos hacia la escalera, al tiempo que varias ráfagas de AK-47 atravesaban las tablas del suelo en nuestro derredor, seguidas de otras provenientes del hueco de la escalera.

Conduje al equipo al mafraj, y una vez allí nos desplegamos como abanico, con las espaldas sobre las columnas de piedra que sostenían los grandes arcos. Vi el soporte de la palangana colocado junto al muro de madera del conducto de excremento, confirmando así lo que ya sabíamos.

Apunté la M4 al techo, y todos hicieron lo mismo. Nadie parecía tener escrúpulos en cuanto a hacer pagar con la misma moneda a nuestros compañeros de equipo. Además, había cinco beduinos tratando de matarnos, y era posible que no regresáramos vivos para encargarnos de hacer justicia. Teníamos que actuar cuanto antes.

Cuando estábamos a punto de disparar al techo, sonaron gritos en árabe, y me tomó unos segundos darme cuenta de que la voz salía por el hueco de ventilación.

Yo no sabía lo que Buck había dicho, pero Brenner sí, porque gritó, respondiendo:

—¡No se trata de los beduinos, Buck! ¡Somos nosotros! ¡Vivos! ¿Acaso te sorprende?

Silencio.

¡Vaya! Tal vez fuera bueno que Buck y Chet se enterasen de que seguíamos vivos, pero no precisamente contentos con ellos. El siguiente paso sería matarlos.

Grité a través del hoyo de ventilación:

—¡Bajen de ahí! Necesitamos hablar.

—Suban ustedes —era la voz de Chet que contestaba, y añadió, como si no lo supiésemos—: Viene un helicóptero para sacarnos de aquí.

¿A todos *nosotros*? ¡Patrañas hasta el final!

Entre tanto, nuevas ráfagas de rifle automático pasaron por el suelo, partiendo en astillas las viejas tablas y alojándose en el techo encima de nosotros. Pero nos habíamos colocado en el perímetro del mafraj, donde el suelo era de vigas gruesas y mortero, de modo que era un lugar seguro, por el momento.

Brenner gritó hacia arriba:

—¡Tiren sus armas hacia abajo, las pistolas y los rifles! ¡Enseguida pónganse de

rodillas junto al hueco con las manos en la cabeza!

El expolicía Brenner intentaba hacer un arresto. El expolicía Corey quería fabricar dos cadáveres.

Buck gritó en respuesta:

—¡Paul, no sé qué estás pensando o qué...!

—¡Cállate, Buck! —sugirió Brenner—. ¡Cierra esa boca de mierda y baja de inmediato! ¡Y tú también, Chet!

—Hay beduinos allá abajo —replicó Buck—. ¿Se han vuelto todos locos? Suban aquí. Les ayudaremos.

Buck quería ganar tiempo mientras se acercaba el Black Hawk, y Brenner lo que quería era arrestar a ambos y enseguida subir al helicóptero con sus prisioneros.

Yo estaba harto del tema, y grité a Buck y a Chet:

—Tienen tres segundos para tirar las armas, o ventilaremos el techo. ¡Subirán muertos a su helicóptero!

No hubo respuesta.

—¡Uno, dos...!

Todos apuntamos las armas al techo y Brenner dijo:

—Disparen cuando dé la orden.

Pero antes de que dijera «¡Fuego!» alguien más disparó. Las balas provenían del helicóptero Black Hawk, que podíamos ver por el arco que daba al norte. Se había acercado mucho más, y los dos hombres en la escotilla disparaban ráfagas largas contra la torre. Todos nos echamos al piso mientras las trazas de láser rojo se paseaban por los arcos. Las balas daban contra las columnas y rebotaban por todo el mafraj. Una bala rebotada me dio en el brazo, y otra no tan rebotada pegó en el lado de mi chaleco kevlar y me sacó el aire.

Era evidente que Chet estaba en contacto con el Black Hawk, y les había pedido protección contra varios malvados que los atacaban desde el piso de abajo. Los psicópatas pueden ser listos.

Miré por el arco y pude ver al Black Hawk que se nos acercaba a toda máquina y estaba a sólo treinta metros. Soltaron más ráfagas de ametralladora sobre el mafraj, y todos nos pusimos en posición fetal mientras las balas volaban por encima de nosotros o rebotaban en las paredes de piedra.

Rodé sobre la espalda y vacié un cargador sobre las tablas del techo, esperando ver sangre caer por los hoyos. Pero Buck y Chet seguramente se habían colocado junto al parapeto. Si eran listos, se habrían parado sobre sus chalecos de kevlar. A pesar de eso, metí un cargador nuevo a la M4 y volví a disparar, y lo mismo hicieron Brenner y Kate. Empero, otro diluvio de balas del Black Hawk nos obligó a apretarnos contra el suelo y las paredes. Mientras tanto, Zamo estaba tendido en el suelo frente al cubo de la escalera con su rifle de francotirador, disparando hacia abajo para que los beduinos se diesen cuenta de que no habíamos perdido interés en ellos.

Ya no podía ver al Black Hawk, que se había puesto directamente sobre la torre, a punto de posarse en el techo. Lo bueno de eso era que les era imposible seguir disparando por los arcos desde ese ángulo, y no podían hacerlo contra el piso mientras Chet y Buck estuviesen ahí. Lo malo era que no podíamos disparar contra Buck y Chet a través del techo, pues nos arriesgábamos a darle al helicóptero. O sea, los cuatro tripulantes del Black Hawk no tenían ni idea de lo que pasaba, salvo lo que Chet les había dicho, y él mentía.

Pude oír las aspas del rotor mientras el Black Hawk flotaba sobre el techo. En un minuto más Chet y Buck estarían en el aire camino a la base de Najran, dejándonos para enfrentar a los beduinos rabiosos a cuyo jeque habían asesinado Chet y Buck. ¡Mierda!

El ruido de las aspas del helicóptero subió de volumen. Un momento después oí las ruedas del aparato golpear el techo.

Chet y Buck tendrían que dar muchas explicaciones en Najran y en cada escala del camino a Washington, pero habían matado a la Pantera, y eso haría feliz a la gente. La gente feliz no hace demasiadas preguntas.

Por desgracia para Buck y Chet, el resto de la Brigada A seguía con vida, y nosotros teníamos otra historia que contar. Todo lo que se requería era mantenernos vivos para poder relatarla.

Brenner nos avisó a todos.

—Cuando despegue el helicóptero volverá a abrir fuego para cubrirse.

Era cierto. Teníamos que quitarnos inmediatamente de allí. La escalera no era una opción, así que sin que nadie necesitara decir lo que era obvio, corrimos agazapados hacia el conducto de excremento.

En cuanto llegamos al conducto, oímos que el motor del Black Hawk se aceleraba, y el timbre del ruido de las aspas cambió al alzarse en el aire el enorme helicóptero. Casi de inmediato, un enjambre de trazadores rojos seguido de otro de balas penetró el techo, perforando el centro del suelo.

Podíamos oír que devolvían el fuego desde abajo: eran los beduinos que tiraban contra el helicóptero desde las ventanas. Entonces, varias ráfagas desde el Black Hawk respondieron a los beduinos del piso inferior, lo cual disminuía la presión sobre nosotros, por el momento.

Todos nos apretamos dentro de la letrina, y Brenner dijo que bajaría primero y establecería una cabeza de playa en el piso de abajo, donde cabía esperar que ningún beduino estuviera usando el retrete. Se metió apretadamente por el hoyo, se quedó un momento suspendido de los dedos aferrados al borde y se dejó caer tan silenciosamente como pudo. A continuación, hincó una rodilla en el suelo y cubrió la puerta con su M4.

Podíamos oír más ráfagas de los AK-47 de los beduinos dirigidas al helicóptero, que ya debía estar casi fuera de su alcance. Por el momento, no había buenas noticias, como no fuera que sin duda los beduinos pensarán que todos los norteamericanos

estaban dentro del helicóptero. Pero la verdad era que no gozábamos de tal fortuna.

Nos tomó unos cuantos minutos poder bajar nivel tras nivel, hoyo por hoyo, hasta el último nivel bajo el diwan, justo encima del piso del excremento y sus punzantes olores.

Todos estábamos apretados dentro de la letrina interior. Brenner puso la oreja contra la puerta.

—No oigo nada —susurró.

Los beduinos que seguían con vida estaban en uno de los niveles superiores o habían bajado al patio, lo cual no sería nada bueno.

La disyuntiva era así: o bien salíamos de la letrina y bajábamos por la escalera, o nos dejábamos caer por el último hoyo para caer en la pila de la mierda, lo cual a esas alturas ya no se veía como tan mala opción. Ambos procedimientos nos llevaban a la planta baja, pero quedaba sin resolver la manera de llegar a la camioneta Land Cruiser que nos sacaría de ahí. Para llegar a ella podría ser necesario matar a los demás beduinos, y para ser honesto yo ya no quería liquidar a ninguno más. Pero tampoco quería que ellos nos mataran. En realidad, como habíamos matado ya a tantos de ellos, y dado que nuestros Hellfire habían acabado con su jeque, tendríamos suerte si se limitaban a quitarnos la vida.

Kate dijo en voz baja:

—No podemos quedarnos aquí. Los beduinos de las rocas de afuera pueden venir ya en camino.

¡Era cierto! No queríamos enfrentarnos a más beduinos furiosos.

Mientras reflexionábamos sobre qué hacer, se oyeron pasos arriba, en el diwan, y voces hablando en árabe. Adiviné que los beduinos, creyéndonos idos, estarían revolviendo las cosas que habíamos dejado ahí.

Antes de que ellos ocuparan la escalera, teníamos una oportunidad de salir de ese lugar, y todos nos dimos cuenta.

La escalera era una vía más rápida y pulcra que la del excremento, así que abrí la puerta y nos movimos velozmente por la oscuridad del cuarto sin ventanas, que se utilizaba para almacenar heno, paja y cosas diversas. Zamo se detuvo un momento para dar fuego a un montón de heno.

Fui el primero en pisar los escalones, que bajé de tres en tres, y al llegar al suelo rodé sobre el hombro, hiqué una rodilla y cubrí el estrecho hueco de entrada con la M4.

Kate fue la siguiente en bajar, seguida de Brenner y Zamo.

Me levanté y me moví rápidamente hacia la puerta, desde donde me asomé al patio devastado, cubierto de despojos humanos. Los escombros aún humeaban. Las únicas personas que había en el patio eran cadáveres.

Hice una señal de adelante, apunté en dirección a la puerta y salí corriendo por el patio, con Kate, Brenner y Zamo detrás de mí.

Al llegar a la puerta me paré en seco y giré sobre los talones para cubrir el patio y

la torre. Podía ver humo que salía de los entresijos de las paredes de piedra.

Justo cuando Kate llegaba a la puerta abierta, apareció una figura en la ventana del diwan e hizo fuego. Kate cayó al suelo y se quedó tendida, mientras yo me situaba entre ella y la torre disparando varias ráfagas rápidas a la ventana. Me volví para mirar a Kate, que se estaba levantando del suelo. No había sangre, de modo que los impactos le habían dado en el chaleco de kevlar.

—¡Muévete, rápido! —le grité.

Kate y Zamo pasaron la puerta, pero Brenner giró y vació el cargador sobre la ventana. El humo salía en grandes cantidades de la torre, y por las ventanas del diwan se podían ver las llamas.

Metí otro cargador a la M4 y lo descargué sobre los vehículos que estaban en el patio, destrozando llantas y ventanillas. Brenner hizo lo mismo, y una de las camionetas Hilux estalló en llamas. Hora de partir.

Salimos corriendo por la puerta del patio, y vi que Zamo estaba ya tras el volante, con Kate en el asiento de atrás, cubriéndonos desde su ventanilla. Me metí de un salto al lado de ella, y Brenner se puso al lado de Zamo. Antes de que pudiese cerrar la portezuela, Zamo apretaba ya el acelerador contra el suelo, y salimos a toda velocidad por la llanura de la meseta hacia la barranca.

Brenner y yo hicimos bajar las ventanas y nos asomamos para ver la puerta.

Dos beduinos salieron corriendo del patio. Los tres abrimos fuego, y cayó uno de ellos, obligando al otro a protegerse detrás del muro de piedra.

Unos minutos después, habíamos llegado a la orilla de la meseta, y Zamo bajó la velocidad, buscando el camino de la barranca. Descubrió huellas de llantas y giró el volante de pronto a la derecha, metiendo el freno cuando las ruedas frontales de la Land Cruiser se deslizaron por el borde de la meseta y entraron por la pendiente.

Zamo fue navegando por el camino descendente, lleno de curvas, a velocidad mayor de lo que era prudente. Pero tampoco era prudente permitir que nos alcanzara lo que dejábamos atrás.

El sol descendía sobre el horizonte a nuestras espaldas. La barranca, al lado este de la meseta, estaba cubierta de sombras, y era difícil ver qué había más adelante.

Después de unos minutos de avanzar con tácticas de evasión, Brenner le habló a Zamo:

—Inutilizamos los vehículos, así que si nos persiguen tienen que ir a pie.

—A buena hora me lo dices —comentó Zamo, bajando la velocidad.

No nos relajamos, pero al menos recuperábamos el aliento.

Miré a Kate, que parecía estar bastante bien, considerando todo lo que había sucedido. Ella conserva la calma bajo fuego; sólo la pierdo conmigo.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Me sacó el aire... estoy bien... —repuso, mirándome—. Ya puedes decírmelo ahora.

Un hombre de mayor magnitud que yo hubiera dicho: «Te amo». Pero yo no soy

de esos calibres, así que exclamé:

—¡Carajo, te lo dije!

Y era sincero.

—Te amo —me dijo Kate.

Brenner, que pensaba en las cosas importantes, hizo una pregunta:

—¿Se le ocurre a alguien una idea?

—¿Podemos llegar a la pista de aterrizaje de Marib?

—Tal vez sí, tal vez no —replicó—. En la pista no hay más que algunos aviones chárter que llegan o salen, no suele haber nadie ahí.

—¿No es seguro el hotel Bilqis? —preguntó Kate.

—Sólo que queramos encontrarnos a alguien como el coronel Hakim, o a él mismo en persona, si decide ir a Marib.

Eso, desde luego, no era deseable. Kate inquirió:

—¿Cuánto tardaríamos en llegar a Sana'a?

—Unas cuatro horas —repuso Brenner—, pero es peor que ir a Marte. Hay retenes a lo largo del camino, y no lograremos llegar sin encontrarnos con gente que preferiríamos evitar.

¡Vaya! A la mierda con el Plan C. ¿O estábamos ya en el Plan D?

Zamo siguió bajando por la barranca, sobre un camino que se hacía más ancho y menos inclinado.

No había que decir que estábamos en medio de la nada. El lugar seguro más cercano pudiera ser la frontera saudí. Midiendo por la ubicación de la base aérea de Najran, quedaría a unos ciento diez kilómetros volando en línea recta, y nosotros no viajábamos en esa línea. Los que volaban eran Chet y Buck.

Le pregunté a Brenner sobre alcanzar esa frontera.

—Bien pensado —replicó—, pero no podremos pasar con los soldados yemenitas que la patrullan.

—Tenemos pasaportes diplomáticos —le recordé.

No prestó atención a mi comentario humorístico, presentado para aligerar las tensiones del momento. En cambio, propuso:

—Lo mejor ahora mismo es encontrar un lugar para escondernos y pensar cómo salir de aquí al amanecer.

Kate tenía una idea mejor.

—Hay que hacer contacto con la embajada usando los teléfonos celulares.

Eureka.

Saqué mi teléfono celular y bajé la ventana para sacar la cabeza, pero Brenner me informó:

—Siento decirles que Buck y Chet ya habrán notificado a la Administración de Seguridad Nacional que nuestros teléfonos satelitales han caído en manos enemigas, y la ASN habrá girado instrucciones para que el proveedor los descontinúe de inmediato.

¡Santa cachimba! Encendí mi teléfono, pero no daba señal, aunque sí se le prendían las luces.

Para estar seguros, todos probamos conseguir servicio, pero los teléfonos estaban muertos.

El Plan D, o el Plan E, había tronado. Sugerí:

—¿Y las instalaciones de Hunt Oil?

Brenner pensó en silencio durante unos segundos.

—Ésa podría ser la única opción —admitió—. Queda a sólo dos horas al norte de la ciudad de Marib. Es el único lugar de la provincia donde encontraremos a otros norteamericanos, que además estarán armados. Pero viajar por aquí de noche es peligroso. Los guardias de Hunt abrirán fuego si intentamos aproximarnos en la oscuridad. Hay que esperar al amanecer.

Eso sonaba prometedor, pero los ánimos dentro de la camioneta Land Cruiser no se alegraron. Era bueno estar vivos, apenas escapados del infierno, quemándonos la cola. Pero apenas habíamos salido del centro para salir al siguiente círculo infernal. Una situación pésima, en verdad. Habíamos llegado adonde nos encontrábamos a fuerza de huevos e ingenio, sin la menor ayuda de nadie. Merecíamos un cambio de suerte. Que nos pasara algo bueno.

Pero no estábamos en la tierra de lo bueno; más bien estábamos en la tierra de lo no bueno. Al salir de la barranca, frente a nosotros, sobre el camino de tierra en que habíamos aterrizado —el camino a la cabaña de pastores— nos topamos con un convoy de camiones militares.

—¡Mierda! —exclamó Zamo.

El comienzo del camino parecía el fin del camino.

## CAPÍTULO SETENTA Y NUEVE

Cuando un convoy militar viene hacia uno sobre un camino que es el único de los alrededores, no hay manera de evitar el encuentro, como no sea salirse de la carretera, pero dicha manera puede terminar en una granizada de balas.

Frente al convoy venían tres tanquetas Humvee de manufactura norteamericana, que iban seguidas por cuatro camiones transportadores de tropas, con una capacidad de unos cien soldados, entre todos.

Sin duda, respondían al ataque de los Hellfire y se dirigían a la Atalaya del Cuervo. Pero ¿por qué? ¿Y de quiénes se trataba exactamente?

Brenner, Kate, Zamo y yo decidimos que había que encararlos en directo, para luego improvisar conforme a la situación. Quise recordar a todos:

—Se supone que hay un acuerdo con el gobierno yemenita, y se supone que aquí en Marib tenemos manos libres.

—Esa información la obtuvimos de Chet y Buck —objetó Brenner.

—¡Es cierto!

Tal vez el acuerdo había expirado cuando Chet y Buck se subieron a su helicóptero.

Zamo se desplazó a la derecha, y el convoy siguió avanzando hacia nosotros, ocupando la mitad del camino. Cuando estábamos a unos cien metros de la primera de las Humvee, Brenner le dijo a Zamo que se detuviera.

—Espero que haya alguien que sepa hablar inglés —expresó Brenner—, pero de no ser así haré lo que se pueda.

También el convoy se detuvo. Pudimos ver que los vehículos no iban pintados con los tonos de marrón del ejército yemenita, sino del azul de camuflaje de la Oficina de Seguridad Nacional, también conocida como los pillos azules.

Benner se dirigió a mí:

—Tú y yo saldremos para hablar con ellos. Kate y Zamo se quedarán en el vehículo para cubrirnos.

—Préndanse los teléfonos satelitales a los chalecos —nos indicó Kate.

Era buena idea. Los teléfonos no funcionaban, pero eso sólo nosotros lo sabíamos.

Como no estaba Buck para la diplomacia, decidimos llevar las M4, que dejamos colgadas frente al pecho, listas para el rocanrol. Por lo menos nos llevaríamos a unos cuantos de ellos con nosotros.

Brenner y yo salimos de la Land Cruiser y avanzamos a pie hacia la primera tanqueta Humvee, pagada en dólares con mis impuestos.

En la distancia pude notar una columna de humo negro que se alzaba al cielo. Debía ser la escena del ataque con misiles Hellfire: cuerpos y vehículos ardiendo. Por

supuesto, el convoy de ahí venía, y habían visto la matanza. Dije a Brenner, que miraba también el humo:

—Habría que decir a estos cabrones en árabe que hay una docena de drones Predator con misiles Hellfire vigilándonos, y que los pilotos tienen el dedo fácil.

Asintió.

Alguien salió de la segunda de las Humvee y echó a andar hacia nosotros. Aún a esa distancia, pude ver que era el coronel Hakim, de la odiada policía secreta. Llevaba uniforme de camuflaje y tenía un AK-47 listo para entrar en acción. Me gustan las confrontaciones armadas. No suelen durar mucho.

Llegamos a un par de metros del coronel Hakim y ahí nos paramos. Brenner lo saludó al estilo militar, y el coronel Hakim le devolvió el saludo, pero ambos ademanes expresaban muy poco entusiasmo. El funcionario yemenita clavó los ojos en los teléfonos satelitales, probablemente pensando en la embajada de Estados Unidos o, aún mejor, en los drones Predator y sus pilotos que miraban los monitores con comezón en los dedos.

Brenner y Hakim intercambiaron sus deseos de paz en árabe, con poca convicción. Yo, por no ser menos y para usar mi único otro idioma, dije:

—*Buenos días*<sup>[2]</sup>.

Hakim no me hizo caso y le preguntó a Brenner:

—¿Qué hacen aquí?

—Usted sabe qué estamos haciendo, coronel —repuso Brenner.

—¿Sí? ¿Por qué iba a saberlo?

Le aconsejé a Brenner:

—Ve al grano.

¡Vaya! Esos dos podrían hablar hasta que el grano se muriera de aburrimiento.

—Ustedes, ¿qué hacen aquí? —reviró Brenner.

El coronel Hakim se ofendió con la pregunta y ladró:

—Éste es mi país, *Mr.* Brenner. No el suyo. Aquí soy yo quien hace las preguntas.

Brenner, atendiendo mi sugerencia, fue al grano y respondió:

—Hemos venido en una misión con el permiso del gobierno yemenita para encontrar y aprehender al líder de Al Qaeda, Bulus ibn al-Darwish, conocido como la Pantera. ¿No está usted enterado?

—Eso es asunto mío —replicó, por supuesto, Hakim.

Un imbécil de mierda. Pero había salido al encuentro él solo, y no estaba disparando, sino hablando. Es decir, no sentía demasiada seguridad. También era posible que quisiera algo de los norteamericanos. ¿Por qué no? Todos siempre quieren algo. Y no se trata de consejos ni de amor, sino de dinero.

Yo decidí abordar el tema.

—Supongo que han visto la escena del ataque, y si usted nos ayuda escoltándonos hasta allá y ayudándonos a identificar los cadáveres de Al Qaeda, veremos que una parte de la recompensa de cinco millones de dólares por la muerte de la Pantera sea

compartida por usted.

Eso era lo que quería oír, y su conducta asquerosa se suavizó un poco, pero apenas.

—¿Están ustedes en posición de hacer esa oferta? —inquirió.

Claro que no estábamos en tal posición, pero con cien armas en contra yo mentiría todo el día.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para ver que se le compense por su ayuda.

¿Qué especie de mentira era ésa? ¡Vaya, Paul! Tendría que decirle que el cheque ya estaba en el correo; no era el momento de la verdad, la justicia y el estilo norteamericano.

El coronel Hakim desplazaba sus simpatías hacia mí, abandonando a Brenner. Me preguntó:

—¿Cuánto?

¿No le gustaría que le metieran un mango por el culo? ¿No? Entonces...:

—Dos millones y medio.

Para conseguir esa cantidad de dinero tendría que trabajar hasta cumplir dos mil años de edad más o menos, pero era un ambicioso y reviró:

—Tres millones.

—No —repuse—. Tenemos que pagar a los beduinos. La mitad para ellos, la otra mitad para usted.

—¿Y ustedes? —me preguntó.

—Ni un centavo —le expliqué—. Cada dos semanas nos pagan la quincena.

No parecía creerme, aunque era la triste verdad.

El Coronel Hakim pensó en mi oferta, y entonces dijo:

—Los llevaré adonde quieren ir.

Yo quería ir a Nueva York, y tal vez Hakim iba a ayudarme a llegar. Le informé:

—Estamos protegidos por drones Predator. ¿*Capisce?*

Asintió.

—Vamos ahora mismo —declaró.

El coronel Hakim sugirió que siguiésemos su Humvee. Brenner y yo nos metimos en la camioneta Land Cruiser.

—¿Qué pasó? —preguntó Kate.

—El coronel Hakim nos va a llevar a la escena del ataque.

Le expliqué a Kate y a Zamo sobre el magnífico acuerdo que habíamos alcanzado. Kate me recordó:

—No tienes autorización para prometer dinero, amnistía ni inmunidad judicial...

—Es que hoy no tengo ganas de me arresten y me maten.

Brenner intervino:

—Hakim es nuestro pasaje de salida de aquí, pero puede convertirse en nuestra peor pesadilla. De una u otra forma, hay que mantenerlo feliz e interesado en nuestro

bienestar.

—Pero no nos dejará ir hasta que tenga su dinero —indicó Kate.

—¿Traes contigo un cheque en blanco? ¿O una idea mejor que ésta?

A Zamo eso le pareció muy gracioso. ¡Igual que en los viejos tiempos!

—Lograremos llegar a algo con ayuda de la embajada —le aseguró Brenner a Kate.

Le informé a Kate:

—Hakim cree que estamos en la televisión de los Predator.

—Qué bueno —dijo Ms. Mayfield—. Eso podría ser cierto.

Podría ser. Pero con la esperanza de que Chet ya no estuviera a cargo del programa.

En todo caso, la Humvee de Hakim dio la vuelta, seguida por otra tanqueta, y pasamos en medio de los transportes de tropas hacia el este, sobre un camino recto de tierra, en dirección a las columnas de humo en la distancia.

El tercero de los Humvee y los cuatro camiones de tropa reanudaron su marcha hacia el oeste, a la meseta. Le hice una pregunta a Brenner:

—¿Por qué crees que van hacia la Atalaya del Cuervo?

—Deben de haber recibido algo de información.

—¿Qué clase de información?

—Le preguntaremos al coronel Hakim.

Ya, ya. Hakim era igual de honesto y sincero que Chet y Buck. En ese país todos vivían en un mundo de puras patrañas.

A fin de cuentas, ése no era el plan que Chet nos había propuesto en Adén, pero como dije entonces, y habíamos descubierto después, en el plan de Chet había cosas que no había querido compartir con nosotros. Chet también acababa de descubrir que yo tenía mis propios planes. Y como todos hemos descubierto alguna vez en la vida: los planes del hombre son la risa de Dios.

A pesar de todo, una parte del plan de Chet había salido bien. La Pantera había muerto, y Chet y Buck eran héroes. Lo mejor era ir a ver lo que había quedado de Bulus ibn al-Darwish. Yo había hecho un largo viaje para contemplar esas ruinas.

## CAPÍTULO OCHENTA

De camino a la cabaña de pastores le dije a Brenner:

—En la escena del ataque podemos recuperar algo de evidencia.

¡Y también podríamos, de camino, parar en un 7-Eleven y comprar bolsitas de plástico ziploc para guardarla!

—Dejaremos que los de la OSP y la OSN se encarguen de eso, y también de que tomen fotos. Eso hará que el coronel Hakim piense que está ganándose sus dos millones y medio.

—Ya, ya.

El jeque Musa también pensó que se ganaba sus cinco millones. O sea: ya no se podía confiar en los norteamericanos.

En menos de veinte minutos habíamos llegado a la escena del ataque. Antes, sin embargo, pude verla y olerla.

Las dos tanquetas Humvee de Hakim se metieron a la senda que llevaba a la cabaña y se pararon ahí mismo.

Todos salimos de los vehículos y nos acercamos a pie a los restos de la cabaña de piedra. El olor a gasolina y llantas quemadas se hizo más intenso, así como el tufo de los cuerpos achicharrados. Kate se envolvió la cara en su hijab.

Pese a mis entusiasmos por presenciar eso, resultaba un poco excesivo. Casi todos los cuerpos estaban intactos, aunque la metralla los había desgarrado: los cadáveres de los beduinos en sus batas empapadas de sangre, y los de Al Qaeda en sus fouteh. Por el suelo se desparramaban sandalias, rifles AK-47 y hasta teléfonos celulares.

En el sitio donde los misiles Hellfire habían impactado, el mismo suelo había sido removido por la explosión, y los restos humanos estaban dispersos en todas las direcciones. Recordé lo que un veterano de la guerra de Vietnam me había dicho respecto de la exacta cuenta de cadáveres después de un bombardeo: «Hay que contar los brazos y las piernas y dividir entre cuatro».

Brenner, que había visto cosas así, no estaba impresionado; Zamo tampoco. En cambio, a Kate el espectáculo la estaba abrumando, y los sujetos de la OSN la miraban. Zamo la tomó del brazo y la llevó de regreso a la camioneta.

El primero en hablar fue el coronel Hakim:

—Ya ven lo que ha pasado aquí. He asegurado el área, y estoy dispuesto a cooperar con las autoridades norteamericanas en todo lo que dispongan.

—Deseamos fotografías de todo —instruyó Brenner a Hakim—, y necesitaremos que sus hombres recojan muestras de los tejidos de todos los muertos de Al Qaeda que puedan reconocerse por sus ropas.

Hakim no entendía esto último.

—¿Por qué necesitan eso?

—Tenemos el ADN de Bulus ibn al-Darwish en un laboratorio —le informó Brenner a Hakim—. Sus familiares viven en Estados Unidos.

El coronel Hakim no comentó nada más, y Brenner añadió:

—Podemos identificar a al-Darwish con esas muestras, y también mediante las huellas dactilares, si hacen el favor de incluir en su recolección tantos dedos como sea posible.

Hakim seguía sin decir nada, así que intervine:

—Necesitamos una identificación científica, positiva. Será la prueba de que al-Darwish murió en el ataque.

El coronel Hakim asintió y por fin habló:

—Todos murieron. Nadie escapó.

Bueno, eso no era cierto. Por lo menos uno de los beduinos había logrado sobrevivir para llamar a sus camaradas en la Atalaya del Cuervo. Por lo tanto, era posible que otros beduinos y tal vez algunos combatientes de Al Qaeda hubiesen quedado con vida. Pero resultaba improbable que la Pantera, al centro de la retícula del objetivo del misil Hellfire, fuera uno de ellos.

—La Pantera ha muerto —afirmó Hakim.

Brenner y yo intercambiamos miradas. Algo no andaba bien.

—¿Lograron identificar a al-Darwish?

El coronel Hakim describió un amplio arco con el brazo para indicar los trozos y fragmentos de cuerpos, como si dijera: «¿Habla en broma?». Lo que sí dijo, en cambio, fue:

—Encontré el shiwal del jeque Musa. No necesito más pruebas de su muerte.

Para mí la nariz de Musa sería una evidencia más satisfactoria. Pero acepté que el jeque había muerto: un golpe a favor del presidente Saleh. Pero el malvado era *la Pantera*, coronel.

Me moví por el área de la explosión lentamente, donde había muchas cabezas intactas, con o sin los cuerpos respectivos. Aproximadamente la mitad de ellas tenían barbas. Los rostros estaban desfigurados por quemaduras e impactos de metralla. Ni su misma madre podría reconocer a la Pantera. Además, yo buscaba a Nabeel, que tenía una barba rala en la ocasión anterior. La gente cambia de aspecto cuando muere.

En un jirón de alfombra había una cabeza boca abajo, y le di vuelta con el pie. Le faltaba la mayor parte del rostro.

Brenner se aproximó adonde yo estaba, lejos de Hakim, y me dijo en voz baja:

—O bien este hombre no entiende lo que le digo, o bien tenemos un problema de identificación positiva.

Asentí, recordando la repetición del video: el jeque Musa había titubeado un poco antes de tomar la mano de la Pantera para besarla. ¿Se sentía inseguro Musa respecto de la identidad de su invitado? Es decir, para mí casi todos los hombres con barba completa se parecían entre sí, y si eran árabes resultaba mucho más difícil reconocerlos. Igual que si llevaran velos. Y Musa también había tenido un momento

de duda.

El coronel Hakim se nos acercó.

—Pueden congratularse del éxito del ataque —nos dijo.

Muy bien. Nos felicitaríamos.

—Sugiero que recojamos lo que necesitamos y nos vayamos al aeropuerto de Sana'a a toda velocidad. Allí nos esperan.

—Habrá que conseguir hielo —agregué—, quizás en el hotel Bilqis.

De cualquier modo, en el hotel no necesitaban el hielo para el bar.

El coronel Hakim expuso sus objeciones:

—Lo que ustedes piden constituye un sacrilegio. Los restos mortales deben ser enterrados lo antes posible, conforme a nuestra religión.

Ya me figuraba que eso iba a plantear tal sujeto, con el cual no me apetecía hablar de religión.

—Mire usted, coronel —propuse—, hagamos esto en orden, sin dificultades para nadie. Hay que recoger un fragmento de cada una de las cabezas o las barbas, ponerle un número y entregarlo a la embajada. Haremos la confirmación del ADN y usted recibirá su dinero. ¿Qué le parece?

El coronel Hakim no podía presentar ninguna objeción a eso. Buscó otro argumento:

—Me parece que quieren cambiar lo que acordamos.

—Para nada —le aseguré—. Pagamos el más alto precio por dirigentes muertos de Al Qaeda. Pero no podrá usted decirme cuál de estas cabezas perteneció a al-Darwish, ¿verdad?

—Ustedes saben que él estuvo aquí. Y saben que todos los que estaban aquí han muerto.

¡Ergo y lo demás! Le indiqué:

—No sabemos con seguridad que él estuvo aquí. Tampoco usted puede afirmarlo.

Yo empezaba a pensar que no había estado ahí. ¡Santa cachimba!

Nos quedamos de pie en el lugar, pensando cómo resolver el problema. La pestilencia de las cavidades abiertas de los cadáveres y la carne quemada era abrumadora, y se mezclaba con el olor acre de los vehículos y el combustible. Sentí náuseas. Si alguien piensa que la guerra es algo emocionante debería presenciar algo como esa escena.

—Necesitamos solamente algo de pelo. No queremos faltar al respeto a los muertos, ¿entiende?

—Eso no será posible.

¡Joder, Hakim!

—Tenemos un problema —le dije a Brenner.

Brenner asintió, y enseguida le hizo al coronel Hakim la pregunta que nos habíamos planteado dentro de la camioneta Land Cruiser:

—¿Adónde se dirigía el convoy?

—Eso es asunto mío, *Mr. Brenner*.

—Pero este asunto nos concierne a nosotros también —le recordó a Hakim.

El coronel no respondió, y probablemente pensaba que se le escapaban sus dos millones y medio de dólares. Podría estar considerando, además, que como iba a perder el dinero lo mejor sería liquidarnos. O tal vez secuestrarnos por rescate, aparentando un secuestro tribal. En Yemen cualquier cosa era posible.

Por fin, el coronel Hakim habló:

—Iba en camino a la Atalaya del Cuervo.

Brenner asintió y le preguntó:

—¿A qué?

—Hubo un sobreviviente del ataque, un hombre de Al Qaeda. Me dijo que uno de los beduinos de la Atalaya del Cuervo, un hombre llamado Yasir, al que ustedes tal vez conocieron cuando estuvieron ahí, informó a Al Qaeda vía teléfono celular que los norteamericanos no eran rehenes de un secuestro. La verdad, dijo, eran invitados del jeque Musa a la atalaya.

Brenner y yo nos miramos.

—Como dije antes, sólo se necesita una rata, y siempre hay una —me comentó Brenner.

¡Era cierto! Y casi siempre resultaba ser aquél del que menos sospecharía uno. ¿Qué ganaba Yasir con traicionarnos? Era probable que los cien mil dólares que la Pantera pagaría al jeque Musa como precio de los norteamericanos. Ahí Yasir tendría más dinero que la porción que el jeque le asignaría de sus cinco millones. ¡Vaya! Yasir el ambicioso había muerto. Se me quitó la pena de haberlo matado.

—El ingenioso plan de Chet es un asco —le comenté a Brenner—. No tomó en cuenta el factor humano.

¿Cómo podría haber pensado en eso? Él no era un ser humano.

Brenner estuvo de acuerdo y agregó:

—Ni siquiera funcionó su plan para matarnos.

Eso era casi chistoso.

A fin de cuentas, si la Pantera sabía que en realidad estábamos como huéspedes del jeque Musa, también sabía que los norteamericanos no estarían en la cabaña de pastores cuando Musa acudiera a la reunión con él. La Pantera tendría claro que el encuentro era una trampa.

—La Pantera ni está aquí ni ha muerto —le comenté a Brenner.

Brenner asintió y miró al coronel Hakim, nuestro nuevo socio:

—Sigo sin entender a qué iban a la Atalaya del Cuervo.

El coronel Hakim, sin duda tratando de obtener una recompensa más modesta, replicó:

—El sobreviviente de Al Qaeda me dijo también que los jihadistas del campamento de Al Qaeda en las montañas preparaban un ataque contra la Atalaya del Cuervo con el fin de capturar a los norteamericanos.

Le dije a Brenner:

—Creo que eso siempre lo supimos.

Brenner asintió.

—¿Qué iban a hacer en la Atalaya del Cuervo? —inquirió Brenner a Hakim.

—Mi intención era acudir a rescatarlos —replicó el aludido.

¡Qué amabilidad de hombre! Siempre en el cumplimiento de sus deberes. De hecho, si el coronel Hakim estaba envuelto en el asunto para ganar dinero, no era mala manera de conseguirlo. Pero yo dudaba de que quisiera enfrentar a Al Qaeda. Era más probable que intentara llegar a la torre antes que Al Qaeda, para arrestar o atacar a sus enemigos tradicionales, los beduinos, y decir que había rescatado a los norteamericanos secuestrados por ellos. Y eso le significaría algunos dólares estadounidenses.

Eso no le había salido bien, pero el coronel Hakim seguía intentando encontrar la manera de sacar dinero de la situación. El tema de la muerte de la Pantera tampoco había funcionado, y como el rescate de los norteamericanos era un fracaso, ¿qué otro recurso le quedaba?

—Agradecemos su intención —le comunicó Brenner—, pero como puede ver usted no es necesario que nos rescate.

—El sobreviviente de Al Qaeda —elaboró el coronel Hakim— afirma que el beduino Yasir le dijo que había seis norteamericanos en la Atalaya del Cuervo.

—Dos se han marchado ya —le informó Brenner.

Hakim tardó un momento en asimilar esa información.

—He visto humo, al parecer, sobre la meseta —apuntó.

Una larga historia, ésa, pero para simplificar las cosas le conté:

—Tuvimos un problema con los beduinos.

Asintió:

—Son traicioneros.

Eran simples aficionados si se les comparaba con el coronel.

Hakim decidió ampliar sus informes.

—Conforme a este sobreviviente de Al Qaeda, el ataque de jihadistas a la Atalaya del Cuervo debía dar comienzo tras el encuentro con el jeque Musa, pero sólo si los norteamericanos no acudían a la reunión.

—Ya, ya. Qué lástima que no fuimos.

Mayor lástima era que la Pantera tampoco se hubiese presentado. En resumen, la Pantera había dispuesto sacrificar a varios de sus hombres para determinar si el encuentro era un ardid —tal como lo fue, en efecto—, mientras él estaba en otro lugar.

—¿Se supone que la Pantera iba a conducir el ataque sobre la Atalaya del Cuervo? —le pregunté a Hakim.

—Es la misma pregunta que le hice al sujeto de Al Qaeda —replicó—, pero no lo sabía.

Ya, ya. La Pantera no acostumbraba comunicar sus cosas. Por eso seguía vivo.

Hakim me miró a mí y a Brenner, y expuso:

—No he recibido en mi radio ninguna noticia de que mi gente haya encontrado ningún combatiente de Al Qaeda en el camino a la Atalaya del Cuervo.

Eso se debía a que las fuerzas de Al Qaeda en el campamento se habían convertido en hamburguesas gracias a la Fuerza Aérea de Estados Unidos, pero eso no le concernía a Hakim.

Pensando en que los beduinos del patio de la torre habían sentido repentina antipatía por nosotros, le dije a Hakim:

—Sabemos también que hubo al menos un sobreviviente beduino en el ataque, que llamó a sus amigos en la Atalaya del Cuervo para reportar los sucesos. ¿Dónde está ese hombre?

—Por desgracia, murió como consecuencia de sus heridas —nos informó Hakim.

—¿Heridas de misil o de un balazo en la cabeza? —pregunté.

A fin de aclararme bien las cosas, el coronel Hakim declaró:

—Da lo mismo.

Este tipo era un hijo de puta frío y duro de pelar.

—Hemos acordado estas cosas —prosiguió— entre mi gobierno y los norteamericanos, y tenemos éxito: es un buen acuerdo.

—Tienen a su jeque muerto —repliqué—, pero no creo que la Pantera haya muerto.

—A mi parecer, sí ha muerto —repuso Hakim—. De no ser así, eso no ha sido culpa mía ni de mi gobierno.

Ya, ya. La culpa era de Chet. De hecho, los del gobierno yemenita habían estafado y manipulado a Chet. Iban a obtener un jeque muerto, pero no les importaba nada que los norteamericanos mataran o no a la Pantera. Por el momento, los beduinos se habían vuelto en contra nuestra y la Pantera aún andaba por ahí.

—¿Sigue con vida el sobreviviente de Al Qaeda o ha muerto de un tiro en la cabeza? —le pregunté a Hakim.

—Creo que sigue vivo —repuso.

Hakim seguía con intenciones de que el trato funcionara, pero ya no tenía mucho que ofrecer. A pesar de eso, le dije:

—Si ese hombre de Al Qaeda está vivo y si podemos hablar con él, entonces el acuerdo sigue vigente.

Eso era cierto; nunca le habiésemos dado nada.

El coronel Hakim asintió y nos condujo a uno de los camiones azules.

Subimos al camión de cama abierta, en la que había un hombre mayor, con barbas blancas, que no parecía disfrutar de buena fortuna. No tenía aspecto de jihadista, sino de beduino, pero como estaba desnudo era imposible definirlo por la ropa.

Alguien se había encargado de ponerle unos vendajes. Sus heridas no parecían ser demasiado graves, ni tenía marcas de quemaduras, por lo cual no podía haber estado

demasiado cerca de la explosión. Temblaba, y pensé que le vendría bien que lo cubrieran con una cobija, aunque ni la OSN ni la OSP tenían reputación de cuidar a sus prisioneros, como me había tocado ver en Ghumdan.

El camión tenía bancas para sentarse, y el coronel Hakim nos invitó a utilizarlas, cosa que hicimos. Él tomó asiento frente a nosotros.

El herido estaba medio inconsciente, pero Hakim consiguió su atención dándole una patada.

El hombre abrió los ojos, y después de que Hakim le dijera algo en árabe, habló.

Por lo visto, el hombre quería agua, y Hakim dio una orden a uno de los elementos de la OSN, que se acercó con una cantimplora, vertió algo de agua en el rostro del viejo, y le dio el recipiente a Hakim.

—Este hombre —nos informó Hakim— dice llamarse Altair, que en árabe significa «águila en vuelo».

El pobre hombre parecía más bien un pato moribundo, pero en fin.

—Ése es su nombre en Al Qaeda —prosiguió Hakim—, y no dará su nombre verdadero a menos que piense que está a punto de morir. En ese caso, pediría que su familia se enterara de su fin.

Altair nos miraba a Brenner y a mí, y tuve la impresión de que no sentía ningún aprecio por nosotros. Tal vez el motivo eran los misiles Hellfire.

—No tiene trazas de jihadista —le comenté a Hakim.

—Este Altair —explicó Hakim—, cuyo nombre ya conocía yo, es uno de los asesores veteranos de al-Darwish. Un amigo de su familia. Tal vez no sea un verdadero adepto de Al Qaeda.

¡Qué interesante!, pensé. ¿Qué consejo le habría dado a la Pantera sobre la reunión?

Brenner debía pensar algo parecido, pues le pidió a Hakim:

—Pregúntele por qué vino a la reunión si pensaba que los norteamericanos no estarían aquí, y que podía tratarse de una trampa.

—Eso ya se lo pregunté —repuso Hakim—. Me dijo que no creyó en los informes del beduino llamado Yasir.

Tal vez era cierto; de lo contrario, no estaría ahí todo jodido.

—¿Fue Altair quien recibió directamente la llamada de Yasir?

—Le he preguntado eso también —respondió Hakim—, pero me dijo que no, que fue uno de los jihadistas quien habló con Yasir.

Ya, ya. ¿Cómo era que Yasir tenía el número de un jihadista de Al Qaeda? Me puse a pensar. Tal vez lo habría obtenido del mismo sujeto que le diera aquellas fotos.

—¿Yasir llamó a un hombre llamado Nabeel al-Samad?

—De hecho, fue a ese hombre. ¿Cómo lo supo?

—Soy detective —repliqué—. ¿Le comunicaron a al-Darwish el mensaje, la advertencia que le hicieron?

—Claro —replicó Hakim—. Altair ha dicho que se lo comunicó en persona.

—¿Se les advirtió a los jihadistas de esa noticia?

Hakim miró a Altair, y luego se encaró conmigo.

—Me ha dicho que se dio aviso a los jihadistas, pero no estoy seguro de que estuviera diciendo la verdad.

Ya, ya. La Pantera se guardó la información y fue el único que tomó en cuenta el aviso. En realidad, había enviado a un doble, y sus hombres le sirvieron para averiguar lo que sucedería en la reunión. Si no era una trampa y los norteamericanos, en efecto, estaban ahí, entonces todo iba bien. En caso de que sí fuese un ardid, entonces no perdía más que a una docena de sus hombres. No era asunto de gravedad para la Pantera, acostumbrado a desperdiciar las vidas de sus combatientes para su causa, consistente en la mayor gloria de la Pantera.

Sin embargo, la Pantera, ¿enviaría por lo menos a uno de sus asesores de más edad, Altair, un amigo de la familia? ¿Por qué haría semejante cosa? Quizá por conservar las apariencias en la reunión, apoyadas por un hombre viejo. Por lo visto, Altair aceptaba ponerse en peligro con tal de ayudar a su jefe. Si los fines de la reunión eran auténticos, entonces Altair le diría al doble de la Pantera cómo tenía que actuar frente al jeque Musa.

Brenner había llegado a una conclusión similar.

—Altair aceptó correr riesgos muy graves —dijo— por su jefe, y ese jefe dispuso enviarlo junto con sus hombres a lo que podría ser una trampa.

Ya, ya. La Pantera quería capturar a los norteamericanos, y nada importaban los peligros que pudieran correr sus adeptos, siempre y cuando él no se expusiera a ellos.

Recordando lo que Rahim ibn Hayyam nos había dicho en la Fortaleza Ghumdan sobre el estilo de mando de su jefe, le hablé a Hakim:

—Dígale a este tipo que su jefe es un cobarde. Que envía a sus hombres a la muerte, pero se esconde en una cueva, como en el ataque de los jihadistas a las instalaciones de Hunt Oil. Dígale que no tiene por qué serle leal.

Hakim asintió, y tradujo mis palabras. Altair me respondió escupiéndome. Enseguida tuvo el descaro de pedir más agua. El coronel Hakim, con su alma compasiva, le vació la cantimplora sobre la cara. Buena práctica para la tortura del agua.

—Supongo que le habré preguntado a este sujeto dónde está la Pantera ahora —le dije a Hakim.

—Por supuesto. Dice que no lo sabe.

—¿Usted le cree?

Hakim se encogió de hombros.

—Muy pocas personas saben dónde se esconde la Pantera.

Indudable. Pero un tipo como Altair podría ser uno de ellos. Cambiando de tema, inquirí:

—Pregúntele si estuvo aquí Nabeel al-Samad.

Altair entendió el nombre y, por lo tanto, también la pregunta, y le habló a Hakim,

quien nos dijo:

—Nabeel al-Samad no estuvo aquí.

¡Qué mal! Yo quería guardar los huevos de Nabeel en una bolsa ziploc. Pero pensé que ya me lo encontraría, tarde o temprano. Quizás en Nueva York.

Brenner, como veterano de combate que era, quiso saber:

—¿Dónde se encontraba Altair en el momento del ataque?

Hakim preguntó y Altair le respondió. Hakim se sonrió y tradujo:

—El viejo tuvo necesidad de orinar y se fue tras la cerca de piedra para hacerlo. Dice que Dios lo salvó.

Dios o una próstata deficiente. O una idea de último minuto de que la alfombra, al lado del doble de la Pantera, no constituía el lugar más seguro. Hora de mear.

—¿Qué van a hacer con este hombre? —le preguntó Brenner a Hakim.

Hakim respondió con la mayor calma:

—Es probable que le pegue un tiro.

—Podría llevarlo a Ghumdan, curarlo y continuar el interrogatorio —le sugerí.

—No tiene nada más que decir —aseveró Hakim.

Brenner se volvió hacia mí.

—Al gobierno yemenita no le gusta tener prisioneros de Al Qaeda, —me explicó—. Esas gentes encuentran maneras de fugarse, poniendo en entredicho al gobierno, además de que tienen el efecto de radicalizar a los demás presos. A casi todos los matan después de capturarlos, o mueren durante los interrogatorios.

Sonaba un poco duro, pero yo tenía una idea mejor y le hablé a Hakim:

—Si, como usted dice, Altair es un asesor importante de la Pantera, estoy seguro de que sabe dónde está escondido su jefe.

—Puede que sea así —replicó Hakim—, pero no nos lo dirá, ni siquiera bajo tortura. O aunque usted le diga cosas feas sobre su jefe.

—Busque otra manera —sugerí—. Ofrézcale su libertad y, digamos, cien mil dólares. Dígale que los norteamericanos le garantizan libertad y dinero.

Hakim lo pensó. Quizá veía una manera de quedarse con ese dinero y de cualquier modo matar a Altair. Le hizo el ofrecimiento a Altair, quien no respondió, pero tampoco escupió.

—Recuérdale que al-Darwish lo envió a él y a los demás al matadero como si fueran borregos.

Hakim se encogió de hombros y le habló a Altair, quien siguió sin responder. Cuando no responden en un interrogatorio, significa que se avanza.

Insistí en proponer sugerencias:

—Quizá la Pantera piense que Altair es un viejo sacrificable. No le tiene ningún aprecio. Dígale eso.

Hakim así lo hizo, y el viejo se limitó a cerrar los ojos, indicando que no hablaría más.

¿Qué hacer a continuación? Supuse que si uno se asociaba con un coronel de la

OSP se abrían nuevas opciones. Y se me ocurrió una idea.

—Necesito orinar —anuncié, y salí de un salto del camión.

Brenner me siguió, y le pregunté:

—¿Qué quieres hacer?

—Necesitamos hacer contacto con la embajada lo antes posible, para informarles de nuestra situación y reportar lo que ha sucedido aquí.

—Es el procedimiento correcto —opiné.

—Y tenemos que regresar a la embajada a primera hora de la mañana.

—De acuerdo. Pero pienso que Chet y Buck estarán hablando mal de nosotros, dondequiera que estén, y eso podría traernos problemas con la embajada.

Uno de los problemas podría significar quedar encerrados en el refugio antibombas del sótano, esperando a que se presentara el jefe de estación de la CIA.

—No creo que eso suceda, digo, respecto de tener problemas. En todo caso, Zamo y yo necesitamos reportarnos personalmente con la embajada —repuso y se quedó pensando un momento antes de continuar—. Sin embargo, tú y Kate podrían ir directamente al aeropuerto de Sana'a y tomar el primer vuelo a cualquier parte que no sean las Tierras de Arena.

—Bien pensado. Pero aquí va otra idea. ¿Listo?

Asintió, con expresión incierta.

—Ponemos a Altair en la Land Cruiser y nos lo llevamos a las montañas. Nos enseña dónde queda el campamento de Al Qaeda, y nosotros le mostramos lo que han hecho las bombas de mil kilos. Diremos que si la Pantera estaba en el campamento, seguramente habrá muerto, pero de lo contrario debería morir, por cabrón, por cobarde y por incompetente. A continuación le pedimos con buenos modos que nos diga dónde se oculta la Pantera y que, si accede, lo salvaremos del coronel Hakim, le daremos una bonita recompensa y lo enviaremos a las Bahamas. ¿Qué te parece?

—Creo que estás loco.

—Qué bueno. Mira, Paul, Altair es el único vínculo con la Pantera que tenemos. Estoy seguro de que ese viejo hijo de puta sabe dónde se esconde. Necesitamos intentarlo.

Brenner lo pensó unos segundos antes de dar su respuesta.

—La idea no es demasiado mala, pero no tenemos autorización para definir la misión.

—¿Y por qué no? Alguien autorizó a Chet para que nos liquidara, así que podemos hacer lo que nos venga en gana.

Brenner tomó una bocanada de aire.

—No tenemos respaldo ni apoyo logístico, ni equipo de comunicación. Nuestras reservas de municiones están casi agotadas.

—En cambio —apunté—, tenemos un nuevo socio. Él sí tiene lo que necesitamos, y lo llevaremos con nosotros. Hakim tiene autorización para hacer lo que le venga en gana.

—En realidad, Hakim debería hacer eso por su cuenta.

—Sólo que Hakim —le señalé— es incompetente, mentiroso, flojo y le vale un pepino actuar contra Al Qaeda o Bulus ibn al-Darwish.

—Le importa la recompensa.

—Eso es. Por eso vendría con nosotros. En todo caso lo necesitamos como intérprete.

Brenner activó su cerebro y entró en modalidad de pensar, sopesando los pros y los contras de salir de la mierda o caer más profundamente en ella.

—Puede ser que Altair no esté en condiciones de viajar —indicó.

—Se le ve bien. Es un viejo chivo resistente. O un águila vieja. Si se muere, eso es preferible a que lo mate Hakim de un balazo en la cabeza.

—Creo que llevas demasiado tiempo en este lugar —opinó Brenner.

—No lo creas, hace años que estoy loco. Cuando regreses a casa te darás cuenta de cuán loco estuviste *tú* aquí.

Se forzó a sonreír, pero siguió rumiando sus pensamientos. Al fin tomo una determinación.

—Bueno... Si Hakim acepta esto y viene con nosotros, vamos.

—Excelente. Lograremos completar la misión.

—¿Y Kate? —inquirió *Mr.* Brenner.

—Ella no se perdería esto por nada del mundo.

Brenner estaba a punto de responderme, pero en ese momento el coronel Hakim saltó del camión y se nos acercó.

—¿Qué quieren hacer ahora? —nos interrogó.

—Buena pregunta.

Le expliqué mi plan mientras él escuchaba asintiendo. Le expliqué:

—Si logramos matar o capturar a la Pantera, me encargaré de que se le entreguen a usted los tres millones que pidió. Los beduinos nos ayudaron, pero uno de ellos nos traicionó, y por eso la Pantera no ha muerto.

Que se fueran a la mierda, por lo tanto.

El coronel Hakim volvió a asentir, pero nos advirtió:

—El viejo podría morir en el trayecto. Anda bastante mal.

—Que su personal médico le dé algo para revivirlo.

¡No le fueran a dar Viagra! Ya nos habían jodido lo suficiente por un día.

Hakim volvió a asentir, pero presentó una nueva objeción:

—Es probable que no coopere tanto como usted cree. Protegerá a su jefe.

—En realidad no sabemos qué hará hasta que lo llevemos a ese lugar.

—¿Saben ustedes dónde se ubica ese campamento de Al Qaeda? —inquirió el coronel Hakim.

—Altair sabe.

—No nos lo dirá.

—Estoy seguro de que usted sabrá cómo hacerlo hablar.

—Quizás —aceptó—. Tengo una idea aproximada de su ubicación.

—Qué bien. Por mi parte, conozco las coordenadas del mapa —le informé a Hakim—. ¿Tiene usted un mapa del área?

—Por supuesto.

—Entonces, entre usted, yo y Altair, llegaremos al campamento.

El coronel Hakim se alejó para hacer sus preparativos, mientras Brenner y yo volvíamos a la camioneta Land Cruiser.

—¿Qué pensará Zamo? —le pregunté a Brenner.

—A él le gusta buscar a jihadistas en las montañas.

—Ya, ya, igual que a cualquiera.

La Operación Escoba de Limpieza seguía adelante, sin Chet ni Buck, ni Washington. Nada de planes complicados, alta tecnología, ni tampoco trampas con John y Kate como cebo: sólo un puñado de gente en las montañas tratando de matarse unos a otros, a la usanza de antaño.

## CAPÍTULO OCHENTA Y UNO

Entre Brenner y yo explicamos el plan a Zamo y Kate, que lo aceptaron sin hacer un montón de preguntas. O sea, mientras más se piensa en ideas temerarias, aparecen más problemas. Y si uno persevera en preguntar, al final se topa con la verdad: el jodido peligro. ¿Para qué pensarlo? Mejor hacerlo, sencillamente.

Fue preciso hablar con notable agilidad con el coronel Hakim para que no acarreará consigo más de una Humvee y no a cien hombres. Le explicamos que se trataba de una misión de sigilo, no de invadir el campamento.

Hakim se metió en su Humvee con su conductor, dos matones de la OSP y Altair, que se negó a viajar. Uno de los cabrones de laOSP le pegó con un inmovilizador táser y lo echó al compartimento de atrás. Por el lado positivo, Altair llevaba ropa y le habían dado agua y comida, por no mencionar que seguía con vida.

Hakim nos proporcionó radios de mano, y salimos de la escena del ataque de misiles Hellfire para dirigirnos hacia el sol poniente, de vuelta a las tierras altas.

Hakim iba al frente, y lo seguimos nosotros en nuestra Land Cruiser. Zamo se puso al volante, yo a su lado, y Kate y Brenner atrás.

El plan básico consistía en encontrar primero el campamento de Al Qaeda, porque la cueva de la Pantera no podía estar demasiado lejos de allí, así que era buen punto de partida. El mejor, además, para que Altair se animara a indicarnos el camino del escondrijo de su patrón.

El coronel Hakim nos había provisto de un mapa militar del territorio. Brenner, que sabía cómo leer mapas de contorno, lo estaba mirando con Kate. Yo les di las coordenadas de la base de Al Qaeda que había tomado del monitor del Predator, y las marcamos en el mapa.

—Son áreas muy inaccesibles. Sin caminos, pero debe haber sendas en las montañas que no aparecen en el mapa.

—Vimos varios vehículos en el monitor de video del dron Predator, así que existen accesos vehiculares.

—Sí —acepto Brenner—. Pero el bombardeo pudo haber causado deslaves de rocas.

—Iremos a pie. No nos queda mucha luz de día. Llama a nuestro socio y dile que le meta prisa.

Brenner llamó a Hakim por la radio y le sugirió:

—Hay que ir más rápido, coronel.

—Vamos a buen paso —replicó Hakim.

—Un poco más de prisa —insistió Brenner, y apagó la radio, volviéndose hacia mí—. Así es el ejército yemenita, al igual que la policía y el gobierno: demasiado lentos, demasiado cautelosos y llegan siempre demasiado tarde.

—Me parece que Hakim no siente mucho entusiasmo por esto —opiné.

—No sé por qué no habría de sentirlo.

—Trabaja para su gobierno.

—Igual que nosotros —me recordó Brenner—. Quiere el dinero. No quiere perder la vida ganandoselo.

—Igual que yo.

Avanzábamos por el camino recto y largo hacia la meseta donde se ubicaba la Atalaya del Cuervo, el comienzo de las tierras altas. Una columna de humo seguía marcando el lugar de la torre incendiada.

—¿Por qué le prendiste fuego al heno? —le pregunté a Zamo.

—Porque el heno arde.

—Ya, ya.

Pensé que se había arruinado el proyecto del Hotel del Sultán de la Atalaya del Cuervo que le gustaba tanto a Buck. Las relaciones entre beduinos y norteamericanos habían quedado muy maltrechas.

Mis pensamientos se dirigían hacia lo que estaría sucediendo en nuestra ausencia. Era indudable que Chet inventaría una buena historia sobre el accidente de fuego amigo sufrido por la camioneta Land Cruiser, aunque no le sería fácil venderla. Las únicas personas a quienes podría contar lo sucedido eran los mismos funcionarios de la Compañía que lo habían enviado a dirigir la operación Escoba de Limpieza. Y le protegerían el trasero, porque, en Langley, Chet era un héroe, tal como Buck lo era en el barrio de Foggy Bottom, Washington. El boletín de prensa sobre el caso ya estaba redactado, y el público estadounidense se alegraría al saber que Bulus ibn al-Darwish, el traidor norteamericano que había dirigido el atentado contra el *Cole*, había perecido, víctima de un misil Hellfire. Por desgracia, en un incidente aparte, aunque relacionado con esa misión, habían desaparecido en Yemen cuatro norteamericanos cuyos nombres estaban en reserva.

Pero si esos norteamericanos regresaban con vida, la historia sería diferente. El final que a mí me gustaba incluía una escena en que yo arrojaba la cabeza de la Pantera sobre la mesa.

Nos aproximábamos a la base de la meseta. Después de una breve consulta con Hakim, decidimos no subir por el camino de la Atalaya del Cuervo, sino rodear la meseta por el lado norte, para ascender en un punto a cuarenta kilómetros al oeste de ese lugar, más cerca de donde el campamento de Al Qaeda se escondía en una zona escabrosa.

Salimos del camino, sobre un suelo irregular y difícil. La tanqueta Humvee de Hakim bajó la velocidad.

—Toca la bocina —le pedí a Zamo.

Brenner prefirió usar la radio, urgiendo a Hakim y a su conductor mayor velocidad.

La comitiva de dos vehículos cruzaba extensiones áridas de pastura. Cada vez que

encontrábamos una cerca de piedra, Hakim, que iba adelante, aplastaba la reja de acceso y ponía en libertad a centenares de cabras.

Tardamos una hora en recorrer los cuarenta kilómetros por la base de las montañas. Más adelante las mesetas cerraban el paso al norte.

—La altitud de las mesetas aumenta a partir de aquí —nos informó Brenner, que consultaba el mapa—. La única vía para cruzar es la carretera de Marib a Sana'a, que nos aleja de esta región. Hay que subir en algún lugar de estos alrededores... pero no hay accesos en el mapa...

—Rahim ibn Hayyam nos dijo que los trajeron al campamento en un vehículo —le recordé.

—Conociendo los accesos es posible —repuso—. Sin embargo, veo unas barrancas que un auto con doble tracción podría trepar.

—Genial —dije, visualizando un comercial de los autos Jeep—. Vamos por ahí.

Brenner habló a Hakim por radio. Nos paramos y salimos de los autos para realizar una consulta de mapas.

También Zamo sabía leer mapas, y aun Kate había tomado un curso sobre el tema. En lo que a mí se refiere, puedo leer el mapa del Metro, y puedo ubicar con las dos manos mi propio trasero, pero no tenía la menor idea de cómo sacar información de un mapa. Mi aportación se limitaba a indicar a la Brigada A que habíamos visto vehículos en el campamento, y que no se fabricaban allá adentro.

Mientras el comité de los mapas buscaba la ruta, me acerqué a la Humvee con la intención de comprobar el estado de Altair, que estaba recostado en el compartimento de atrás, cubierto por una cobija y con una botella de agua en la mano. No es que tuviera buen aspecto, pero el color de su tez no era el de quien estaba a punto de estirar la pata. Respiraba con normalidad.

—Aguenta, viejo. Dios te salvó para que nos ayudes a encontrar a Bulus ibn al-Darwish.

Al oír el nombre, Altair negó con la cabeza.

Volvimos a entrar en los vehículos, y nuestra camioneta se puso al frente. Brenner se sentó adelante, junto a Zamo, que seguía al volante, y fuimos hacia una depresión poco profunda en el suelo.

—El mapa indica un wadi en esta zona, y es ése —nos explicó Brenner—: un arroyo que baja de los altos en la estación de lluvias, aplanado por la erosión del agua que corre desde las montañas.

Kate, nacida y criada en las grandes extensiones naturales, dijo:

—En el lecho de esos arroyos hay una capa de piedras pequeñas, que dan buena tracción.

—Como la carretera sobre el wadi que cruza por la mitad de Sana'a —propuse.

—Correcto —aprobó *Mr.* Brenner.

Pensé que yo llevaba ya demasiado tiempo en ese lugar.

Entramos al wadi, y Zamo inició el ascenso a las montañas. Era fácil avanzar por

el lecho del río, y antes de un cuarto de hora nos encontramos en una especie de cañón en medio de dos mesetas muy altas. El cauce del arroyo se volvió una pendiente muy pronunciada.

En varias ocasiones volví la cabeza para ver si la Humvee del coronel Hakim seguía tras la camioneta. Aquel hijo de puta me parecía capaz de poner la palanca en reversa y largarse a Sana'a. Pero seguía ahí, justo detrás, impulsado por el deber, el honor, el patriotismo y el dinero.

Se ponía el sol, oscureciendo el cielo del oriente, aunque quedaba algo de luz al oeste. Después de una hora, conducíamos casi a ciegas, pero apareció una media luna y arrojó algo de resplandor sobre los cerros secos y muertos.

No había mucho que decir, aunque de cuando en cuando Brenner y Hakim intercambiaban palabras por radio. Se me ocurrió varias veces en el trayecto que, si hubiera jihadistas en esos cerros, ofrecíamos un objetivo muy fácil de destruir dentro del wadi, rodeado de sitios más altos por todas partes.

—¿Cómo vas? —le pregunté a Kate.

—Sigo bien.

Le debían de doler mucho las costillas por el impacto de la ráfaga de AK-47 en su chaleco de kevlar. A veces se rompe una costilla, y siempre queda un moretón grande y feo. Todo eso es preferible a morir.

El tema favorito de Zamo no era el estado de salud de su brazo, por lo cual no le pregunté nada, pero por la manera de mover el volante se notaba que lo tenía un poco tieso. Cabía la esperanza de no tener que volarle la cabeza a al-Darwish desde una distancia de un kilómetro, o eliminar a algún cabrón que disparara sobre nosotros.

El wadi se volvió más estrecho e inclinado.

—Es por aquí que se acaba el wadi que forma la lluvia —anunció Brenner.

¿Y luego?

—No puede predecirse cómo será más adelante. Igual hay un muro infranqueable que nos cierra el paso.

—Podremos seguir a pie —indicó Kate.

—Sin duda —dije, recordando lo que decía mi madre: «Dios hizo las piernas antes de que se hicieran los coches».

No existen evidencias de eso, pero si fuera cierto, explicaría por qué el acelerador es un pedal. Cambiando de tema, ¿en qué diablos pensaba yo?

Afortunadamente no nos topamos con un muro de rocas y pudimos continuar trepando.

De pronto, estábamos ahí.

Salimos todos de los autos, en el borde de la pendiente. Frente a nosotros, en la distancia, había una hondonada llana, del tamaño de cuatro o cinco canchas de fútbol, como en un nido entre las montañas, igual que en el monitor del Predator.

Pero el aspecto era diferente. En toda su extensión era un rescoldo, como si la tierra se estuviera cocinando. Conté doce enormes cráteres de bombas, cada uno de

diez a doce metros de diámetro, tan profundos que no se les veía el fondo.

—Qué buena pauta de impacto —elogió Brenner.

¡Estaba a punto de decir lo mismo yo! ¿Qué?

—Observen qué bien espaciados están los cráteres —insistió Brenner—. ¿Ven? No hay impactos encimados. La tripulación destruyó el objetivo en su totalidad con doce bombas de mil kilos. ¡Qué belleza! Hace tiempo que no veía algo así.

—Luce estupendo —acepté—. ¿Queda alguien con vida ahí?

—No. Las explosiones extraen el oxígeno del aire, y la onda de choque hace explotar los pulmones. A veces deja el cerebro como gelatina.

¡Vaya!

—En ocasiones quedan algunos vivos, pero son zombis. Sangran por las narices, las bocas, los oídos.

—Sí... estupendo... Muy buena pauta de impacto.

Zamo agregó:

—No conviene bajar ahí. Eso está plagado de municiones no detonadas, como cargas de mortero o granadas sensibles al movimiento. Si uno las pisa queda frito, porque explotan.

—Qué bien que nos lo dices.

El coronel Hakim y sus tres matones de la OSP estaban aparte, mirando la obra de los norteamericanos. Quién sabe qué pensamientos les pasaban por la mente, pero sin duda el espectáculo los impresionaba. Y los atemorizaba, como si fuera una visión del porvenir.

De aquella destrucción emanaban olores acres a metal fundido y combustible quemado. Después de unos segundos reconocí el olor: las torres.

Kate, que había estado callada hasta ese instante, habló:

—Venganza cobrada.

Ahí nos quedamos, mirando el campamento convertido en brasas ardientes con los enormes hoyos negros abiertos sobre el suelo, bajo la luz de la luna: un poquito de cielo y una abundancia de infierno.

A continuación era preciso encontrar el cubil de la Pantera, para matarlo ahí mismo, si estaba dentro de su escondrijo.

## CAPÍTULO OCHENTA Y DOS

Los esbirros de la OSP sacaron a rastras a Altair de la tanqueta y lo hicieron sentarse de cara a la hondonada que había albergado su campamento de Al Qaeda.

Nadie habló; lo dejamos que contemplara la escena. No dio signos externos de emoción mientras miraba en silencio el paisaje devastado a la luz de la luna, lleno de cráteres y chatarra humeante. Finalmente bajó la cabeza.

Brenner le habló a Hakim.

—Dígale que esto es lo que los norteamericanos harán con todos los campamentos de Al Qaeda en Yemen.

Hakim, que tal vez alguna complicidad tenía en la existencia de esos campamentos, titubeó, pero acabó por traducir.

Altair no dio réplica.

—Todos los que estaban ahí han muerto. Los que fueron con Altair y el jeque Musa han muerto también. Muchos jihadistas que atacaron las instalaciones de Hunt Oil han muerto.

De nuevo tradujo Hakim, y Altair siguió guardando silencio, con los ojos en el suelo.

—Pero la Pantera, el responsable de todas estas muertes, sigue vivo.

Hakim tradujo, pero esta vez Altair sí dijo algo.

—Dice que la Pantera estaba en este campamento, y que por lo tanto ha muerto también —nos dijo Hakim.

—Eso es mierda —exclamé—. Dígale a este hijo de puta que si vuelve a mentirnos lo inmovilizamos.

Hakim asintió y le dio las buenas noticias.

Altair guardó silencio.

Si la Pantera ha muerto, entonces Altair no tendrá inconveniente en decir dónde está el lugar en que se escondía.

Hakim asintió, y tradujo, pero Altair se mantuvo en silencio pertinaz.

Si el inmovilizador era el palo, había que mostrarle una zanahoria.

—Dígale lo siguiente: si nos muestra el escondite de al-Darwish, los norteamericanos le pagarán cien mil dólares y lo enviarán a cualquier lugar del mundo que quiera.

Hakim hizo la traducción. Incluso los tres matones de la OSP mostraron interés. O sea, si cualquiera de ellos supiera dónde se escondía la Pantera, lo entregarían en un santiamén a cambio de cien mil dólares y un billete de avión al extranjero.

A Altair, en cambio, no le interesaba el ofrecimiento, y Hakim nos contó:

—Dice que al-Darwish ha muerto en este campamento, que no quiere su dinero norteamericano y que él morirá en Yemen.

—Eso último es fácil de arreglar —farfullé; no más zanahoria: ¡palo!

Hakim debe de haber pensado lo mismo, pues a una señal suya uno de sus matones le dio un golpe de corriente al viejo en la nuca.

Altair gritó, cayo de bruces al suelo, convulsionándose, y se quedó quieto.

Kate se apartó y fue hacia la camioneta Land Cruiser.

Brenner le dijo a Hakim:

—Hay que insistir con la misma pregunta. Si responde igual que ahora, repita el proceso. Acabará por decir dónde está el escondite de al-Darwish. Tenga cuidado de no matarlo.

Hakim no necesitaba consejos ni estímulo en el tema de la tortura. Repitió la pregunta, y cuando Altair se negó a responder, el matarife de Hamil le aplicó una descarga en los testículos.

Hakim ejecutó la rutina dos veces más, hasta dejar desmayado a Altair.

—Es posible —nos dijo— que no tenga conocimiento de dónde se ubica el escondite.

Era posible, pero aún no llegábamos a ese punto.

Brenner observó a Altair, que estaba tirado en el suelo, inconsciente, y se inclinó sobre él para tomarle el pulso.

—Más o menos bien.

Yo lo veía más o menos gris.

En todo caso, si Altair no se moría ahí mismo, Hakim lo mataría. Queríamos salvarle la vida al viejo, pero él lo volvía muy difícil.

Me alejé de Hakim y sus matones, y Brenner me siguió.

Zamo, que nos había dicho por lo menos seis veces en el auto todoterreno que no confiaba en Hakim ni en sus hombres, estaba de pie cerca de los vehículos, con el rifle listo. Yo tampoco confiaba en Hakim, pero ahí estábamos para trabajar juntos.

—Altair sí sabe dónde está la guarida de al-Darwish. Si de verdad creyese que ha muerto nos lo revelaría —le dije a Brenner.

—Indudable.

—No responde bien al tratamiento de la zanahoria y el palo —reflexioné—. Tal vez hay que intentar otra manera.

—Quizás una zanahoria y un palo más grandes —propuso Brenner.

—No. Nosotros pensamos de una manera que no es la de él. Altair tiene otro tipo de ideas.

Kate notó que la sesión con el paralizador taser había llegado a su fin y se nos acercó.

—¿Adelantaron algo?

—No. Se resiste.

—No le apliquen más descargas.

En eso estaba yo de acuerdo.

—El viejo no quiere delatar a su jefe —deduje—, pues cree que si lo hace irá al

infierno, ¿verdad? Lo que quiere es tomar el ascensor exprés al Paraíso.

Brenner asintió:

—Para él la decisión no es entre vivir o morir, sino en qué clase de muerte va a sufrir.

—¡Eso es! Hay que ayudarlo a convertirse en mártir.

—¿Cómo? —inquirió Kate.

—No tengo idea. Pero Hakim ha de saberlo.

El caballero aludido se nos aproximó y quiso saber:

—¿Qué proponen hacer?

Le propuse a Hakim mi idea:

—Soy de la opinión, coronel, que Altair no quisiera morir como traidor o cobarde, ¿verdad?

Era probable que Hakim fuera ambas cosas, y pensó antes de responder, asintiendo:

—Puede ser.

—¿Entonces? ¿Qué trato podemos hacer con Altair para que él nos pueda decir lo que queremos y al mismo tiempo ir al Paraíso?

De nuevo fue tema de reflexión para Hakim. Al fin dijo:

—Eso es difícil. Ustedes son la causa de su resistencia. Son... infieles —explicó innecesariamente—. Si entregara a su jefe, se iría al infierno.

—Ya, ya. Entendemos.

Altair podría haber mencionado ese detalle antes de recibir las descargas en el cuello y los huevos, ahorrando sufrimiento para él y tiempo para nosotros e incomodidades para todos. Menos para los tipos de la OSP, a quienes no les importaba la tortura, pues la ejercían por diversión. Sin embargo, quizás el dolor formara parte del camino a la salvación.

Hakim interrumpió mis pensamientos y nos dijo:

—También está la cuestión del dinero. Altair lo rechaza, pero quisiera hacerlo llegar a su familia. Eso es algo que preocupa a los mártires del Islam: sus familias. Altair me dará el nombre de su familia, y yo le prometeré que su familia recibirá ese dinero. Esto, claro, a cambio de la información que ustedes desean.

Hakim siempre pensaba mucho en el dinero, pero podía haber dado con algo útil.

—Bien —acepté—. ¿Cómo hacemos que esto funcione?

—Lo primero será ofrecerle dos clases de muerte —propuso Hakim—. Una consiste en meterle una bala en la cabeza, aquí mismo, y dejarlo morir como hombre derrotado, un prisionero, no un mártir que muere en la jihad y asciende directamente al Paraíso. Además, no hay dinero para su familia.

Entendido.

—La otra muerte, en jihad, como mártir de la fe, es más difícil de lograr.

¡Tal vez pudiera retar yo a Altair a una lucha con cuchillos, pero el viejo podría tener suerte y ser yo quien enfilara al Paraíso!

Zamo seguía de pie cerca de los vehículos. Habló demostrando que tenía experiencia del Islam:

—Que el viejo vaya al campamento.

¿Había oído bien?

Hakim pensó que esa idea podría ser buena:

—Si hace eso estará con los mártires muertos, los jihadistas. Encontrará la paz orando en medio de ellos.

¡Genial! Pero antes debía darnos el «ábrete sésamo de la cueva».

Hakim prosiguió:

—Cuando hablé con él antes, expresé dos cosas: una, que Dios lo había salvado por alguna razón, pero también que no había alcanzado el martirio, como los otros jihadistas.

Ya, ya. El complejo de culpa del sobreviviente. Nosotros podríamos ponerle remedio.

—Hable con él —le indicó Brenner—. Pero no olvide lo que necesitamos que nos diga.

Hakim aseveró que entendía y reviró:

—No olviden ustedes lo que yo necesito.

¿Cómo se nos podría olvidar?

Brenner, Kate y yo nos unimos a Zamo en torno a la camioneta Land Cruiser, para que no nos viese Altair.

Los genizaros de Hakim hicieron incorporarse al viejo, le dieron un poco de agua y Hakim empezó a hablar con él.

Unos diez minutos después, Hakim se nos aproximó.

—Altair me ha dicho que él cree que Bulus ibn al-Darwish estaba en el campamento, y que debe de haber muerto en el bombardeo.

Eso no era lo que yo quería oír.

—Pero también dice —añadió— que como su jefe ha muerto puede revelar el lugar donde vivía antes.

Eso ya iba por mejor camino. Creo que Altair se contaba mentiras a sí mismo, pero a veces eso es necesario para salvar el alma, como cuando yo me como una hamburguesa en Viernes Santo y me digo que es una hamburguesa vegetariana. Uno no puede engañar a Dios, pero sí que puede engañarse a uno mismo.

Volvimos a la orilla de la hondonada y vimos a Altair, tambaleándose mientras bajaba por la pendiente hacia el campamento de Al Qaeda. Volvía a su hogar.

El coronel Hakim nos dijo:

—Morirá aquí. Eso es bueno.

¡Vaya! Mejor que bueno. Añadió:

—Aunque quizá Dios lo rescate de nuevo, y entonces algún día volveremos a saber de él.

—Espero que no —comenté, pensando que el trato estaba hecho—. ¿Dónde está

la guarida de la Pantera?

Hakim miró hacia las colinas que se alzaban en la distancia más allá de la hondonada, y señaló:

—Allá.

—¿No puede ser algo más específico?

Se puso específico:

—¿Ven ustedes ese pico? ¿El que parece una vela de barco?

¡Vaya! ¿Nos estaba dirigiendo al arca de Noé?

No era fácil distinguir formas bajo la luz de la luna, pero creí ver el lugar que Hakim señalaba. No obstante, Zamo recorría el panorama con su visor nocturno, y anunció:

—Lo veo. Queda a unos tres kilómetros, cruzando zonas escarpadas.

Kate y Brenner también escudriñaban el panorama con sus visores de menor potencia. Dijeron que ellos también podían ver el sitio a la luz de la luna. ¡Genial!

El coronel Hakim tenía más informes:

—Altair dice que hay un sendero que empieza en el otro lado del campamento. Si pueden encontrar el sendero, los llevará al otro lado de la montaña, desde donde asciende directamente a la cueva donde vivía Bulus ibn al-Darwish.

Fácil. O un montón de patrañas.

—¿Está seguro de que Altair ha dicho la verdad? —le pregunté a Hakim.

—No se puede saber con seguridad. Sin embargo, me lo ha jurado, y creo que decía la verdad —declaró Hakim, asintiendo—. Altair entendió que tenía que pagar lo que yo le daba.

Las costumbres del lugar empezaban a tener sentido.

—Supongo que usted no vendrá con nosotros —observó Brenner.

—No veo razón para ir —replicó el coronel—. Tengo deberes que atender en otros lugares.

Ya, ya. Por ejemplo, nadar en la alberca del hotel Bilqis. Pero yo prefería que Hakim y sus esbirros no estuvieran con nosotros, y seguro que mis compañeros de equipo sentían lo mismo. Esto podíamos atenderlo sin su ayuda, a menos que la Pantera tuviera consigo a un pelotón de jihadistas.

—¿Cree usted que al-Darwish estará solo?

—Conforme a lo dicho por Altair, al-Darwish ha muerto. Pero, de lo contrario, estará en esa cueva, él solo, o si acaso con uno o dos jihadistas de su confianza. Ninguno más —agregó, haciendo un ademán hacia el campamento para indicar que no quedaban muchos jihadistas vivos para acompañar a la Pantera a su agujero.

El único asunto aún por discutir era el dinero.

—Si logramos dar con la cueva de la Pantera —le comuniqué a Hakim—, usted recibirá su recompensa, conforme a lo acordado, aunque no lo encontremos a él.

—Tres millones de dólares.

¡Vaya! ¿Qué tal si mejor le metíamos un mango pequeño por el culo?

—¡Correcto!

—Nos reuniremos en Sana'a —confirmó Brenner—, en la embajada de Estados Unidos o en la oficina de usted. Mi gobierno enviará a las personas apropiadas para hacerle entrega de la recompensa.

Tuve que alzar un pie, puesto que tanta estafa era como andar hasta el tobillo en la mierda.

Sin embargo, quizá Brenner lograra conseguir *algo* para Hakim, y eso no estaría del todo mal, supuse. Al igual que con Altair, se negociaba con engaños y con un poco de helado de chocolate. El caso era que seguíamos en el mismo lugar, y Hakim oscilaba entre el problema y la solución.

Hakim le dijo a Brenner:

—En caso de que capturen a al-Darwish, o si lo encuentran muerto, y se quedan sin medio de transporte a Sana'a, pueden localizarme en el hotel Bilqis.

¡Por supuesto! Y el hotel no le cobraba por la habitación ni un rial a un coronel de la OSP. En un estado policiaco la vida es buena para los policías. Se me ocurrió que yo tenía el mejor empleo de todos; sólo me había equivocado de país.

—Gracias, coronel —repuso Brenner—. Yo le avisaré.

La verdad era que si lográbamos dar con la Pantera, no necesitábamos transportar más que su dedo meñique: el resto de su persona podía pudrirse en la montaña.

Como no me gustan las despedidas largas, dije:

—Adiós.

Pero Kate, que es una dama compasiva, le preguntó al coronel Hakim:

—¿Le dijo a Altair que se le daría el dinero a su familia?

—Ah, sí, se lo comuniqué. Será necesario hablar de eso también.

Yo no creía que el Tío Sam pagaría cien mil dólares a la familia de un terrorista. Sin embargo, algo le darían a Hakim, y éste podría encargarse de socorrer a los parientes de Altair. ¡Adiós!

Pero Hakim quería decir algo más:

—El nombre de la familia de Altair... es al-Darwish.

No supe qué responder, así que me limité a enunciar:

—Hasta luego.

El coronel Hakim y *Mr.* Brenner intercambiaron saludos militares, y los oficiales de la OSP se metieron a la Humvee que yo les había comprado.

¡Vaya! ¡Al fin solos! El lugar era todo nuestro.

Dicen que el destino está en el trayecto, pero no es cierto. El trayecto es la manera de llegar al destino, que es su término. Estábamos cerca del final del trayecto, al igual que Bulus ibn al-Darwish.

## CAPÍTULO OCHENTA Y TRES

Tomamos lo que requeríamos de la camioneta Land Cruiser y dimos comienzo a la caminata.

El camino directo a la cabeza del sendero, si acaso existía tal cosa, era cruzando el campamento de Al Qaeda, o sea, un infierno de cráteres de bombas, tierra ardiente y cadáveres, por no mencionar las municiones sin detonar. Por tanto, tomamos otro camino, rodeando la hondonada por el borde, con las montañas a la derecha y el campo humeante a la izquierda.

Más o menos a cada cien metros Zamo examinaba los alrededores con su mira nocturna. Al dirigirla al campamento, nos notificó:

—Veo al viejo. Anda deambulando.

Al tiempo que hablaba, se oyó una fuerte explosión, y todos nos echamos al suelo.

—Ha de haber detonado algo —postuló Zamo.

¡Vaya! Ojalá anduviera camino a un mundo mejor que éste.

Continuamos avanzando por un terreno difícil, con laderas de pizarra suelta que se desmoronaban bajo los pies.

Nos tomó media hora rodear el campamento de Al Qaeda. Nos acercábamos al extremo más distante del campamento, donde, según Altair, habría un sendero, aunque ya no se podía volver a interrogar al viejo, de no ser cierto.

Nos detuvimos para descansar un instante. Zamo nos pasó su rifle y nos dijo que mirásemos por el visor nocturno, una actividad que denominó «orientación y apreciación del entorno».

La imagen que vi en el telescopio era la oscuridad iluminada por un extraño resplandor verde, como cuando se usan gafas contra el sol. Yo había sido adiestrado en el uso de un visor similar a aquél, así que pude ajustar ojo y cerebro a la visión monocromática y logré apreciar plenamente que el lugar era tierra baldía, un yermo más muerto que la luna. Ni una cabra. Tampoco había indicios del arca de Noé.

Miré atrás, al lugar de donde habíamos partido, y vi que ahí seguía la camioneta Land Cruiser blanca, una buena señal de que nuestro pacto con el diablo estaba siendo respetado.

Le pasé el rifle a Kate, que se enfocó sobre el pico con forma de vela.

—Quizás unos dos kilómetros más —dijo ella.

Seguimos andando, en busca del sendero que se suponía íbamos a encontrar en el recorrido en torno de la hondonada, pero la cantidad de rocas sobre el suelo dificultaba distinguir algo como una vereda estrecha. No pude evitar la suspicacia de que a lo mejor Altair había engañado a Hakim, o éste a nosotros, con tal de salir de ese lugar y colocarse en ambientes más agradables y seguros. ¿Le prometí dinero a

cambio de servicios recibidos? ¿O conforme a resultados?

La Brigada A se dividió con el objeto de rebuscar la dichosa vereda, pero cada uno sin perder de vista a los demás, mientras examinábamos con la mayor atención el suelo rocoso bajo la luz de la luna.

Me daba cuenta de que esa vereda, si acaso existía, no tendría señales de tránsito frecuente. Dudaba que la Pantera invitara a cien jihadistas a la cueva para jugar a las cartas y fumarse un puro. Tampoco creía yo que la Pantera bajase a menudo al campamento. Así que no buscábamos precisamente una vereda, sino más bien un punto desde donde ascender a las montañas.

Fue Kate, con su obsesiva atención a los pisos sucios, quien notó algo.

—Miren esto —dijo, en voz baja, la que se usa en territorio enemigo.

Fuimos al lugar donde ella estaba y apuntó el cañón de su M4 a algo en el suelo. Era algo que no llamaría la atención en muchos sitios, pero allí, en la superficie de la luna, era señal inequívoca de una presencia humana: una tapa de botella de plástico.

Kate la recogió y nos la pasó, como si fuera un diamante. Estuvimos de acuerdo en que era más o menos nueva: el malcriado que arrojaba basura al suelo, quienquiera que fuese, nos había dejado señal de la vereda.

Dando la espalda al campamento de Al Qaeda, hallamos el punto de partida para la ruta que debíamos seguir. Nos pusimos en marcha hacia las montañas, alejándonos de la hondonada.

Kate, que se había quedado con la tapa de la botella como recuerdo, buscaba más pistas, como Hansel y Gretel siguiendo el camino de piedrecitas brillantes a la luz de la luna.

Buscábamos, además, la botella de agua que correspondía a la tapa, pero no vimos más basura.

No teníamos un segundo punto para establecer el eje de marcha respecto de la tapa de botella. A poco de avanzar, sin embargo, el camino se perfiló con claridad, pues pasaba entre dos acantilados, como la parte estrecha de un embudo.

La pendiente aumentaba, y las rocas sueltas hacían ruido al resbalar bajo los pies. Como era preferible avanzar en silencio, aminoramos el ritmo de los pasos.

Al dar una vuelta por la vereda ascendente, nos topamos de pronto con un enorme montón de rocas que nos cerraba el paso.

Al acercarnos vimos que esas rocas provenían de un deslave reciente, tal vez una señal de Dios para que desistiéramos de nuestro empeño y regresáramos. O más bien la causa se encontraba en doce mil kilogramos de explosivos de alta potencia, que hacían temblar la tierra como un volcán en erupción.

Zamo ofreció sus aptitudes como escalador de rocas. Brenner le sostuvo el rifle mientras el otro subía por los fragmentos de roca, con la automática Colt .45 en una mano.

No cabía duda de que la Pantera, si se encontraba en su cueva mientras las bombas caían, había sentido y oído los impactos. Se figuraría que había perdido su

campamento de base, con todas las fuerzas acampadas ahí. Llamando al campamento en su teléfono satelital, se cercioraría de que nadie contestaba.

¿Qué pensaría aquel psicópata cuando sintió temblar su cueva? Imposible de saber, pero tuvo que percibir que el mundo se le hacía mucho más pequeño. Eso, más la falta de noticias desde la cabaña de pastores, le permitía saber que estaba solo y que tenía un problema. Tal vez, desde su presente perspectiva, Perth Amboy ya no le pareciera tan malo como antes.

La voz de Zamo sonó, en un susurro:

—¡Adelante, no hay problema!

Brenner se colgó el rifle de Zamo del hombro y los tres trepamos por las rocas. Al otro lado, la vereda continuaba. El pico en forma de vela se alzaba a la derecha.

Zamo tomó el rifle y escudriñó el entorno.

—No hay movimiento... no detecto otro visor nocturno sobre nosotros... hay una cañada profunda que corta la vereda, como a seiscientos metros... veo una cabaña de pastor —relató, mientras ajustaba y enfocaba su visor—. En torno a la cabaña no hay ningún movimiento.

Brenner tomó el rifle y observó por la mira.

—Podrían usarla como caseta de guardia —aventuró—, entre el campamento y la cueva.

—Es posible.

—Podemos darle la vuelta —opinó Brenner.

—Veamos si hay alguien en casa —sugerí.

Bajamos con la mayor rapidez posible del montón de rocas y continuamos por la ruta.

En la zona muerta no había más movimiento que el de nuestros cuerpos. El silencio era total, salvo por las rocas quebradizas que crujían bajo los pies. La tierra alta me sugería imágenes de gente que nos miraba desde arriba, y esperaba que en cualquier momento el silencio se rompiera con ráfagas de subametralladora. ¿A quién se le habría ocurrido la idea de hacer esto?, pensé.

Al andar nos abrimos en abanico, pero antes de seguir quise acercarme a Kate y darle una palmadita de aliento en la espalda.

Zamo iba en punta y alzó el brazo para marcarnos el alto. Paramos y pusimos una rodilla en tierra, con los rifles listos.

Brenner se acercó a Zamo y miraron por turnos por el telescopio nocturno. Enseguida indicó a Kate y a mí que nos aproximáramos, lo cual hicimos agazapados.

A cincuenta metros de nosotros estaba la cañada, con la cabaña al centro.

Brenner dijo en voz muy tenue:

—Voy a revisarla.

Bueno, reaccioné, si insistes, adelante. Pero recordé enseguida de quién vino la idea, y agarré a Brenner del brazo para aclararle que iría yo. Kate quería acompañarme, pero eso no iba a suceder. Le dije:

—Cúbreme.

Con el cuerpo inclinado me moví rápidamente hacia adelante y llegué al borde de la cañada, sin quitar la vista de la choza de piedra. Me puse pecho a tierra y examiné con el visor de mi escopeta el lugar a la derecha, en que la cañada descendía entre dos montañas. La luna había subido desde el cielo del oriente e iluminaba plenamente la ladera al sur. Nada se movía en el cerro. A mi izquierda, al fondo de la cañada, estaba la casucha.

Enfoqué la mira en la choza de piedra. Como las otras, no tenía ventanas; sólo una entrada sin puerta. Había una tosca escalera para subir al techo de la cabaña. Desde mi punto de vista alcanzaba a ver que no había nadie en el techo. Si ese lugar era puesto de vigilancia, entonces el guardia estaba adentro, lo cual era absurdo.

Bajé sentado por la cañada, dividiendo mi atención entre la cabaña y los alrededores.

Al fondo, me agazapé entre dos rocas y miré la cabaña. Hay dos métodos para aproximarse a un lugar así: el que la mayoría prefiere, que es cauteloso, y el mío, que consiste en hacerlo con la mayor velocidad posible.

Me levanté de un salto y salí corriendo como una flecha en dirección a la entrada de la cabaña. No esperaba en realidad encontrar a nadie adentro, y cuando tropecé con un cuerpo acostado sobre el suelo de tierra me sorprendí tanto como él.

El interior estaba en la más total oscuridad, salvo por la tenue luz que entraba por la puerta, que me permitió ver al sujeto levantarse al mismo tiempo que yo. Lo había despertado violentamente, así que no estaba en la mejor forma, pero como respuesta instintiva lanzó una patada que me dio en el vientre. Lo agarré por el pie descalzo, lo torcí y logré derribarlo. Quiso llegar a la salida, agarrando de paso lo que parecía un rifle.

Me arrojé encima de él y lo tiré al suelo, pero aún intentaba reptar hacia la puerta. Mi puño describió un arco y se impactó sobre su rostro. Repetí la dosis, que le rompió la nariz, y quedó fuera de combate.

Me puse de pie, le quité el rifle AK-47 y le di un culatazo en la cabeza, para ver si se daba cuenta.

Oí algo afuera de la choza, y apoyé la espalda contra el muro a la izquierda de la entrada, agarrando la M4 por su empuñadura de pistola.

Todo estaba en calma afuera, y esperé, a sabiendas de que me cubría mi equipo desde arriba de la cañada.

—¿John?

—Aquí estoy. El del suelo es Abdul.

Mis compañeros entraron a la cabaña, pasando sobre el cuerpo tirado.

No había mucho que decir, salvo que el sujeto pertenecía a Al Qaeda, un vigilante que se había quedado dormido. Con toda probabilidad no se trataba de un civil inocente.

Lo quitamos de la puerta y lo hicimos sentarse en un rincón. Zamo lo registró,

mientras Brenner sostenía una linterna con filtro rojo sobre él. Entre sus efectos aparecieron una Browning de 9 mm y un teléfono satelital. Tenía la nariz quebrada por mi puñetazo y el labio partido, con la cara cubierta de sangre. Antes de que Brenner apagara la luz, Kate la tomó e iluminó más de cerca el rostro ensangrentado. Ella tiene una memoria privilegiada para las caras, aunque les hayan intervenido la nariz y el labio.

—Es Nabeel —afirmó.

En efecto, era él. Eso merecía un trago, y Zamo abrió una botella de agua y le salpicó la cara al recién nombrado. Enseguida, le vertió más agua en la boca, mientras le aplicaba varias bofetadas.

Nabeel se puso a toser, y entreabrió los ojos.

No había tiempo que perder en rodeos, así que saqué mi jambiya y le puse la punta en la garganta, donde noté que del lado izquierdo tenía un vendaje, como si se hubiera cortado al rasurarse. Otra posibilidad era que hubiesen querido llamarle la atención a filo de cuchillo.

—Me debes por el bagel que te invité —le dije.

Enfocó la mirada sobre mi rostro, y en sus ojos brilló un terror genuino, al grado de que me sentí como si el terrorista fuese yo.

—Estas son tus opciones, Nabeel —le dije—. Vivir o morir. Morir significa que te abriré la garganta como si fuera un melón maduro. ¿Me entiendes?

Asintió sin mover el cuello.

—¿Dónde está al-Darwish?

Sabía lo que se le venía encima y suplicó:

—No mate, por favor. ¿Yo pregunto dónde está?

—No, idiota. Yo te pregunto y tú respondes. ¿Dónde está?

—Él... él en... magara.

—Cueva —dijo Brenner.

—¿Dónde está la cueva?

—Aquí. Cerca.

—¡Más específico!

—Yo digo... no lejos. Es ir donde el sol baja.

—¿Al oeste?

—Sí, oeste. Se ve dónde. Arriba.

Brenner habló en árabe con él y nos contó:

—Dice que hay dos personas con al-Darwish. Un centinela sentado en una roca y una persona dentro de la cueva con él.

Sería afortunado que el centinela no dispusiera de visor nocturno en su arma, aunque lo más probable era que sí. Tal vez se hubiera dormido mientras trabajaba. De lo contrario, nosotros tendríamos que ponerlo a dormir.

Le dije a Brenner:

—¿Crees que es verdad lo de sólo dos sujetos?

—No tardaremos en saberlo.

Brenner hizo algunas preguntas más en árabe y en inglés, y Nabeel declaró que él nunca había estado en la cueva, pero confirmó que la entrada se situaba en la ladera del peñasco con la forma distintiva de una vela. Eso coincidía con lo dicho por Altair y le daba más confiabilidad.

No dejaba de sorprenderme la facilidad con que Altair y Nabeel entregaban a su jefe. Por lo visto, quienes conocían a Bulus ibn al-Darwish no lo amaban. Igual que en Estados Unidos.

—¿Se supone que este sujeto tiene que reportar su situación a la cueva?

Brenner le preguntó en árabe, y tradujo la respuesta:

—Dice que sí, y que hará la llamada ahora mismo a al-Numair.

Todos acordamos que era mejor que Nabeel no se reportara sin novedad, porque no era imposible que usara alguna clave para dar a entender «me apuntan a la cabeza con una pistola». Si el centinela no se reporta, a veces sólo significa que está dormido.

Nabeel, que deseaba asegurar su contrato de vida o muerte, nos ofreció ayudarnos a encontrar el camino a la guarida de su jefe, pero nunca es buena idea hacerse acompañar del enemigo en una misión en que el sigilo es importante.

Si hubiéramos tenido tiempo, podríamos haber atormentado a Nabeel con las noticias sobre la vaporización de sus camaradas en la reunión con el jeque Musa. Por no mencionar la transformación de su campamento en un tiradero de chatarra tóxica. Me hubiese gustado además agarrar las fotos de los belgas asesinados, que aún tenía en mi poder, para metérselas por la garganta una por una. Pero, en resumen, la situación de Nabeel se reducía a que su utilidad había concluido.

El momento que todos hubiéramos querido evitar había llegado. Era hora de decir adiós a Nabeel.

—Puedo atarlo y amordazarlo —ofreció Zamo.

Todos asentimos y salimos de la choza. Un segundo después se oyó la tos del silenciador del cañón de un arma. Zamo salió de la choza, metiendo otra carga en la cámara.

Nadie dijo nada. Zamo se colgó de un hombro el rifle AK-47 de Nabeel y nos echamos a andar.

Kate nos indicó el suelo lleno de botellas vacías de plástico y otras señales de presencia humana. Concluimos que se trataba de un punto de reunión, una suerte de anfiteatro, quizás el lugar donde la Pantera reunía a sus subalternos. En tal caso, la cueva no debía estar lejos.

Subimos por la cañada. Yo iba en punta, pero Zamo estaba justo detrás, escudriñando el territorio alrededor de nosotros: adelante, a los lados, atrás.

Cuando llegamos a unos cien metros de la base de la peña donde se suponía que debíamos encontrar la cueva, sentí que la mano de Zamo se apoyaba en mi hombro. Hiné una rodilla en tierra, echando un vistazo hacia atrás. Zamo enfocaba sobre

algo que estaba en la pendiente de la colina.

Me pasó el rifle de francotirador y me señaló la dirección, como perro de caza. Siguiendo su brazo extendido, escudriñé las piedras. A media altura, sentado sobre una roca, había un hombre con traje oscuro de camuflaje y lo que parecía ser un rifle sobre las rodillas. Mientras lo enfocaba, el hombre alzó el rifle y se puso a mirar el suelo por el visor. Alcancé a ver un breve reflejo de su lente cuando pasó sobre nosotros. Zamo y yo nos tiramos al suelo y rodamos tras una roca plana.

Le devolví el rifle a Zamo al tiempo que Kate y Benner se acercaban.

—Francotirador —les dije.

Los dos asintieron y se quedaron del todo inmóviles.

Zamo había vuelto a enfocar sobre el tirador. Brenner se le aproximó.

—No podemos movernos sin que ese tipo nos detecte.

O sea, sin que le diéramos permiso para disparar.

Todos nos dimos cuenta de que si Zamo se escabechaba a ese otro sujeto, entonces habría un segundo centinela muerto que no se reportaría. Por otra parte, no se perfilaba ninguna otra posibilidad de acción.

Brenner meditó un instante antes de decir a Zamo:

—Échatelo.

A Zamo pareció gustarle la orden.

Zamo sabía, al igual que los demás, que literalmente no tenía más oportunidad que su primer disparo. La explosión quedaría amortiguada por su silenciador, pero si la bala no daba en el blanco, pegaría en las rocas, y hasta el tirador más tonto se daría cuenta de que le habían disparado. En el tiempo de volver a cargar y apuntar, el tirador enemigo se habría puesto bajo cubierta, dando la alarma. Y disparando contra nosotros.

A mi juicio, el francotirador estaba a unos seiscientos metros de distancia sobre la cara de la montaña, dentro del alcance efectivo de novecientos metros de la mira y el rifle de Zamo. No era un objetivo fácil, por ser de noche y porque la pendiente del terreno distorsionaba la percepción de la distancia.

Todos nos quedamos quietos como rocas mientras Zamo, con una rodilla en tierra, trataba de nivelar su puntería. No había una roca a la altura conveniente para apoyar el rifle, así que apuntaba a manos libres, y se veía que tenía problemas con la herida en el brazo izquierdo, que no soportaba mucho tiempo la posición. De hecho, Zamo bajó el rifle, enseguida volvió a tomar puntería y lo bajó de nuevo.

«¡Venga, Zamo!», dije para mis adentros. «Tú puedes. Date prisa antes de que ese hijo de puta vuelva a hacer su ronda visual».

Zamo respiró hondo. A continuación se puso de pie, volvió a inhalar, aguantó el aire y disparó.

Hincó nuevamente la rodilla en tierra y metió otra carga al rifle.

Fue Brenner quien preguntó:

—¿Le diste?

Zamo lo miró, como si no entendiera la pregunta. Al fin contestó:

—Sí. Le di.

O sea, ¿para qué molestarse en tirar si se va a fallar?

Zamo estaba contento consigo mismo, y yo sentía que la suerte estaba de nuestro lado, no del de la Pantera.

—Hay que movernos antes de que la Pantera oiga todo el silencio.

Asintieron, y nos dispersamos calladamente, con gran precaución, tomándonos con calma el ascenso por la vereda que se curvaba en la base del peñasco con la vela en la punta. Buscábamos con la mirada alguna manera de subir por la ladera, hasta que después de unos cien metros Zamo señaló un pequeño montón de rocas en el camino.

Hincamos la rodilla en tierra, apretándonos contra la roca, mientras Zamo miraba hacia arriba y nos confirmaba:

—Es por aquí... No veo una entrada de cueva, pero sí rocas planas que sobresalen.

Miré por mi telescopio y vi estratos de roca volados horizontalmente, que arrojaban sombras sobre la cara de la montaña bajo la luz de la luna. La entrada a la cueva debía de estar bajo uno de esos aleros.

¿Qué plan seguir? Si Chet y Buck estuvieran con nosotros tendríamos que acampar durante una semana con gráficas y diagramas, para luego llamar a Howard y pedirle que llamara a Washington para tramitar la orden de acción. A mí me gustaba otro plan: subir la montaña, encontrar la cueva, matar a la Pantera y bajar la montaña.

Brenner, empero, tenía adiciones a mi plan: Zamo se quedaría allí para cubrirnos las espaldas, mientras él, yo y Kate subíamos a buscar la entrada a la cueva, donde sólo entraría uno. ¿Quién sería? Pues aquel a quien se le ocurrió la idea.

Brenner musitó:

—Cuidado con cables, bengalas y explosivos.

¡Gracias!

Yo iba primero, Brenner detrás y Kate la última al iniciar el ascenso. El camino de subida estaba constituido por aleros de roca, como una escalera inclinada, sin piedras sueltas. De cuando en cuando caía un guijarro, armando lo que en mis oídos sonaba como un estruendo, aunque sabía que no era tan fuerte.

Yo me encontraba a gusto con mi pequeña M4, que, como nos la habían descrito, era ligera y compacta. Sin duda, perfecta para usar dentro de una cueva. La luz de la luna era suficiente para distinguir el camino, pero no para notar algún cable de trampa, así que subí palpando cuidadosamente la tierra al frente, cepillando con los dedos los bordes de cada roca para sentir si había algún alambre.

Íbamos con lentitud, pero la idea era sorprender a la Pantera, no ser sorprendidos por haber pisado un cable y volar en pedazos. O accionar una bengala que nos iluminaría igual que a venados bajo los faros de un automóvil, y que preluiría largas descargas de AK-47.

No teníamos manera de cerciorarnos de que hubiera tales dispositivos en el camino a la cueva, pero si yo viviera en una, no dudaría en rodearme de cosas que me avisaran de la presencia de cualquier visitante.

Ahí estaba: lo sentí con la mano, un alambre de metal tensado, a unos quince centímetros por encima del escalón de piedra que estaba a punto de subir a gatas.

Me di vuelta e hice un movimiento hacia Brenner, unos tres metros debajo de mí, haciéndole la señal de un alambre detonador. Por si le interesa a alguien, la señal consiste en simular que se estira una banda de goma.

Brenner asintió. Yo volví a subir, pasando cautelosamente sobre el alambre como un cangrejo. No se debe cortar, porque al soltar la tensión puede accionarse el detonador. Así que ni tocarlo; até mi pañuelo blanco al alambre para marcarlo claramente, y seguí adelante.

Brenner pasó sobre el alambre, seguido por Kate, y seguimos el ascenso.

Estábamos a media altura de la montaña, que tendría unos quinientos metros en total. La pendiente ya no era tan inclinada, y se volvió más difícil distinguir lo que estaba detrás de cada estrato de rocas. Entonces algo pescó mi atención al lado derecho, y me quedé helado. Era un hombre, a unos quince metros de mí, sentado al otro lado del mismo alero de roca que yo acababa de trepar. Después de unos cuantos segundos me di cuenta de que había llegado al puesto del francotirador, y que el hombre sentado contra la roca no se movía porque estaba muerto.

Le hice una señal a Brenner, que se la transmitió a Kate. Ambos ascendieron al alero de piedra, desde donde vieron el cadáver.

Me desplacé a la derecha y llegué al lado del hombre sentado, que tenía la cabeza echada hacia atrás, como si contemplara la luna. Noté que Zamo había acertado el tiro en el centro del pecho, un poco a la derecha del corazón, pero haciendo un impacto fatal de cualquier manera.

El rifle del hombre, sobre el suelo a su derecha, tenía la forma distintiva de un rifle de precisión Dragunov, de fabricación soviética. Seguramente eso era. Lo más importante del rifle era su visor nocturno, con el lente todavía encendido. Extendí la mano para retirarlo.

De repente el silencio fue roto por un ruido fuerte y penetrante, como una alarma, que me hizo saltar. Los teléfonos que suenan de pronto siempre me han hecho saltar. El timbre sonó otra vez, y siguió sonando. ¡Vaya! No era mi teléfono satelital, que estaba muerto. De haber sabido árabe, lo habría contestado para reportar que todo estaba en calma.

Por fin el teléfono dejó de sonar, y miré a Brenner y a Kate, debajo de mí. Estaba claro que el tirador no se había reportado, ni tampoco Nabeel. Alguien, quizá la Pantera en persona, parecía preocuparse. No le faltaban razones. Sin embargo, eso nos presentaba un problema. Pero nada podíamos hacer ya para resolverlo, como no fuese seguir en lo que estábamos y aniquilar el problema de marras.

Brenner hacía señales insistentes para tomar el lugar de avanzada, y Kate asentía,

haciendo movimientos para indicarme que me acercara a ella. Pero sentí que había ido demasiado lejos para retroceder estando tan cerca de la línea final, y continué subiendo con mi nuevo rifle de francotirador. Llegué al escalón siguiente y con el visor nocturno examiné qué había arriba de la montaña.

A menos de diez metros de mí vi un enorme alero de roca, una losa que formaba el techo de un refugio hondo y oscuro: la cueva. Al enfocar el visor distinguí que algo se movía en la oscuridad.

Una figura emergió de pronto bajo la roca, con un AK-47 en las manos, y yo apunté con el rifle. Al tirar del gatillo, me di cuenta de que la figura iba vestida con un balto. El disparo le dio exactamente donde había apuntado, el corazón, y los brazos de la mujer se alzaron lanzando el rifle al aire mientras se desplomaba sobre sus espaldas y cayendo hacia atrás.

El hijo de puta que seguía dentro de la cueva había fijado mi posición, y antes de encontrar con qué cubrirme oí el sonido hueco de los disparos de ráfagas automáticas de AK-47. Una bala con trazador me rozó la cadera, y otra se impactó en el chaleco kevlar y me tumbó de la roca en que estaba a la roca de abajo, lo cual me hizo perder el rifle del francotirador. Me tomó unos cuantos segundos recuperar el aliento. Cuando alcé la vista vi las luces verdes de las trayectorias de las balas trazadoras como una corriente que bajaba por la ladera por encima de donde yo me encontraba.

Kate y Brenner devolvían el fuego, pero probablemente andaban escasos de municiones por el encuentro de la Atalaya del Cuervo, y no estaban disparando con toda la potencia. Cesaron los disparos desde la cueva, y Kate y Brenner dejaron de disparar. De pronto, todo estaba en silencio.

Estaba con la espalda sobre las rocas, y no podía ver desde ahí a Brenner ni a Kate, pero podría detectar a cualquiera que se asomara por la roca encima de mí. Tenía la M4 con el selector en modo totalmente automático sobre el pecho, lista para disparar a lo primero que se moviera.

Sólo había oído los disparos de una AK-47, que supuse accionada por la Pantera. La otra persona mencionada por Nabeel debía ser la mujer. No sé quién sería —amiga o esposa—, pero como todas las mujeres de ese país, era sacrificable, y al-Darwish la había usado para atraer mis disparos. ¡Qué hombrecito! La Pantera estaría preguntándose si yo habría muerto. El nombre del juego es paciencia, engaño, sorpresa. Yo era hábil en dos de esas tres cosas.

Pasaron varios minutos. Me empezó a preocupar que ese hijo de puta flanqueara para atacar por un costado o —aún peor— intentara subir la montaña para escapar lejos de ahí. Si Zamo se había colocado bien, podría detectar esos movimientos y encargarse del asunto. La Pantera tenía la ventaja inmediata de estar en la parte más alta.

Cuando se recibe un impacto de bala, no siempre se siente de inmediato. Me dolía el lugar en que la bala me había rozado la cadera, y tenía punzadas en el pecho, donde el chaleco kevlar había absorbido el segundo impacto. En todo caso, la cadera se iba a

empezar a poner rígida cuando se pasara la primera impresión y el cuerpo comenzara a avisar: «Te dieron, estúpido».

Pasó otro minuto, y empecé a pensar que quizá Brenner o Kate estarían heridos, pero no permití que esa línea de ideas continuara. Tampoco podía pasar ahí toda la noche, esperando a que la Pantera hiciera un movimiento de avance o retirada. Así que inhalé profundamente, me incorporé y, desde donde estaba sentado, dejé ir una serie larga de ráfagas hacia la cueva. Las balas rebotaban en las rocas. Me eché de nuevo al suelo, metí otro cargador en la M4, bajé rodando por la pendiente, me levanté y repetí la acción de fuego.

Nadie respondía el fuego y todo volvió a quedar en silencio. Metí la mano al chaleco para buscar otro cargador, pero ya no me quedaba ninguno. ¡Mierda!

Saqué mi automática Colt .45 y me quedé muy quieto. No podía imaginarme qué tramaba aquel cabrón, pero había pasado de una respuesta de pánico a un silencio muy sospechoso. A menos que estuviera ya en otra provincia.

Grité:

—¡Bulus! ¡Pedazo de mierda! ¡Cabrón!

No respondía aunque lo llamara por su nombre. Me arrastré hasta donde pude llegar a lo largo del alero, siempre sobre la espalda, la única manera de ver lo que estaba arriba de mí sin alzar la cabeza. Volví a gritar:

—¡Cabrón! ¡A ti te hablo, Bulus! ¿Hablas inglés?

Silencio.

No había más remedio: hora de actuar.

—¡Cúbranme! —grité, y me lancé cuesta arriba, sobre la derecha, mientras Kate y Brenner disparaban sus M4.

Subí corriendo en zigzag sobre las rocas planas hacia la boca de la cueva grande que se abría frente a mí, disparando con la Colt. Brenner y Kate hacían fuego en series largas hacia la cueva y sus alrededores, y las balas rebotaban en las rocas. Así y todo, no había respuesta desde el interior. Eso significaba que se había largado, escondido o muerto.

Subí al alero grande y, saltando sobre el cuerpo de la mujer muerta, entré a la cueva rodando sobre mi hombro. Me quedé en el suelo sobre mi costado, mirando la oscuridad. Podía ver que la alfombra del suelo estaba repleta de lo que parecía ser equipo de acampar. Ese hoyo asqueroso era la guarida de la Pantera, la mente maestra del atentado contra el *Cole*, el líder de Al Qaeda en Yemen, buscado por la mayor potencia militar del mundo. Esperaba algo parecido, pero estando allí resultaba difícil creer que en este hoyo de mierda Bulus ibn al-Darwish, al-Numair, la Pantera, vivía, tramaba y daba sus órdenes.

*Mr.* al-Darwish puso el cañón de su AK-47 sobre la parte posterior de mi cabeza, y me dijo en perfecto inglés:

—¡Tira el arma al suelo! ¡Ahora!

Tiré la Colt .45 a unos pasos de distancia.

Se había echado hacia atrás, para que no pudiera yo agarrar el cañón del rifle, y dijo:

—Manos en la cabeza.

Puse las manos en la cabeza. ¿Dónde estaban Kate y Brenner?

—¿Quién eres tú? —me preguntó.

—Soy tu peor pesadilla.

—No. Yo soy tu peor pesadilla.

—He venido para llevarte a casa, Bulus. Te espera tu mamá.

Me dio una patada en la cabeza, por detrás.

—¿Cuántos vienen contigo? —inquirió.

—Más de los que están contigo. Todos tus conocidos han muerto.

No tuvo nada más que decir sobre eso. Se hizo una pausa larga.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó al fin.

—Me lo contó un águila voladora. Altair.

No respondió. Entré en mi modalidad de policía y le dije:

—Estás atrapado, Bulus, y si no te rindes vas a morir.

—No uses mi nombre.

¡Vaya! Un imbécil de mierda.

—Estás bajo arresto —le dije, para hacerlo oficial.

Eso le pareció gracioso.

—¿Y cómo se llama el oficial que me arresta? Soy ciudadano norteamericano y tengo el derecho de saber cómo te llamas.

¡Qué cabrón!

—John Corey, Fuerza Operativa Antiterrorista.

—Así que por fin me encontraste. ¿O soy yo quien te encontré a ti? ¿Dónde está tu mujer, *Mr. Corey*?

—¿Dónde está la tuya? ¿Muerta?

Pensé que eso lo alteraría al grado que intentaría otra patada, con resultados menos favorables para él que la anterior, pero no reaccionó. Quizá tenía más esposas.

—¿Qué creíste? —me interpelo—. ¿Que esta cueva tenía una sola entrada? ¿Piensas que soy tan estúpido?

Sí, sí, yo pensaba que era un estúpido, y sí, creí que la cueva tenía una sola entrada. Mierda.

—En diez minutos estaré del otro lado de la montaña, tú serás un cadáver y cualquiera que intente seguirme por la cueva pisará una mina de presión y volará en pedazos.

¡Santa cachimba!

—Así que me despido de *Mr. Corey*, y de *Mrs. Corey in absentia*.

Yo estaba seguro de que no iba a hacer fuego, pues sabía que había más gente afuera y que entrarían disparando. Iba a echar mano de su jambiya para hacerlo en silencio.

Giré sobre mis nalgas, y en ese instante vi que la Pantera ya tenía su cuchillo en la mano derecha, con el rifle colgado del hombro, y extendía la mano izquierda para agarrarme por el pelo. Mis piernas lo golpearon bajo las rodillas, haciéndolo perder el equilibrio y caer al suelo sobre un costado.

Saqué mi jambiya, que él no alcanzó a ver mientras trataba de alejarse y agarrar el rifle.

Antes de que pudiera apuntar, estaba ya encima de él con todo mi peso. Quiso quitarme de ahí y poner el rifle en posición de fuego, pero no se lo permití. Había tirado su jambiya, pero trató de alcanzarla con la mano derecha y pudo aferrar el mango. Hundió el cuchillo en mi espalda, pero enseguida se dio cuenta de que no penetraba, y lo alzó de nuevo para clavármelo en la cabeza o en el cuello.

Le propiné el viejo tratamiento de un rodillazo en los huevos, lo cual reorientó su atención, y puse la hoja curva de mi jambiya debajo de su barba espesa, sobre la garganta.

—Recuerda el *Cole*, cabrón de mierda.

Nuestros ojos se encontraron por un segundo, y entonces hundi con fuerza la daga y llevé la hoja hasta el otro lado, cortando la yugular y las dos arterias carótidas. Las manos se me llenaron de sangre caliente que manaba a chorros. Le hablé:

—Tienes derecho a permanecer en silencio.

No me detuve, sino que seguí aserrando la carne, la laringe, los músculos, los tendones hasta que llegué a las vértebras, que separé con la hoja de acero. Proseguí hasta que el cuchillo tocó tierra.

Sólo entonces me senté, respiré hondo y alcé la cabeza agarrándola por los pelos.

—Venganza cobrada, jodido hijo de puta —le dije a la Pantera—. Por los hombres del *Cole*, por los hombres, mujeres y niños que has asesinado, pedazo de mierda. Por...

—John... John —era la voz de Kate—... ya está bien, está bien. No más.

Brenner agarró por el pelo la cabeza cortada, me la quitó de la mano y la tiró al piso de la cueva. Dijo:

—Es hora de irnos.

Kate me tomó del brazo y me levanté.

Había llegado la hora de volver a casa. Conforme al plan.

**PARTE IX**  
**Nueva York**

## CAPÍTULO OCHENTA Y CUATRO

El reloj grande, de cuatro caras, erecto sobre su columna marcaba las 6:50. Casi todos los viajeros cotidianos ya habían partido para los suburbios, pero los trenes que llegaban traían sangre nueva: público de teatro, gente de fiesta y otros que cada noche venían de lejos o de cerca, el río nocturno de gente que desaguaba en Manhattan a través de la Grand Central Station.

Yo pensaba que era un poco cursi citarse bajo el reloj, una escenografía tan gastada ya en tantas películas como punto de reunión de los enamorados. Pero el reloj había servido también como lugar de encuentro para decenas de miles de soldados, marineros y aviadores que regresaban a sus hogares y con sus familias, así que resultaba apropiado.

Buck no acudiría a nuestra reunión. Como era un caballero de la vieja escuela, había enviado sus excusas, exhibiendo no sólo buenos modales, sino una tremenda cara dura.

Según otras noticias llegadas del frente, a Kate y a mí nos habían notificado oficialmente que *Mr. Chet Morgan*, funcionario de la Agencia Central de Inteligencia, había sido víctima de un disparo proveniente de un tirador beduino mientras se esforzaba por rescatarnos desde el helicóptero *Black Hawk*. Eso no correspondía con lo que yo tenía en la memoria; en todo caso, *Mr. Morgan* había fallecido a causa de su herida antes de que el helicóptero pudiera llegar a la base aérea de Najran.

Era el segundo funcionario de la CIA cuyo deceso me había sido notificado, siendo el otro el ya mencionado *Ted Nash*, alguien que según reportes oficiales había muerto en dos ocasiones antes de que Kate lo liquidara de verdad. No sería extraño que en el futuro *Chet Morgan* también resucitara, y que me llegara noticia de él. De no ser así, yo me encargaría de que él supiera de mí.

Zamo tampoco se nos uniría, por estar recuperándose de su brazo herido en Las Vegas, con una licencia por tiempo indefinido. Todos esperábamos que su suerte nunca lo abandonara.

Otros invitados incluían a *Howard Fensterman* y a *Clare Nolan*, quienes se habían hecho amigos íntimos en las tres semanas transcurridas desde la última ocasión en que nos habíamos visto. Les habría dado mucho gusto estar con nosotros en Nueva York, pero sus nuevas obligaciones en Sana'a les impedían gozar de esa licencia. No obstante, nos prometieron venir a Nueva York en las vacaciones por las fiestas. Howard sin duda las celebra todas.

En teoría, las reuniones de ese tipo suenan bonitas, como las de condiscípulos de la secundaria, pero en realidad no siempre desea uno ver gente de quien se ha estado muy cerca en determinados periodos y lugares del trayecto de la vida. Los recuerdos

son buenos, y deben ser conservados y reconocidos con tarjetas de felicitación por Navidad o mensajes breves del correo electrónico. ¿Para qué echarlos a perder forzándose uno a reunirse de nuevo con esas personas? Sin embargo, con Clare yo haría un excepción.

Me apetecía, también, ver a Paul Brenner. *Mr.* Brenner estaba gozando de licencia, visitando su casa, en Virginia. Como yo predije, él proyectaba regresar a Yemen. Hay personas que jamás se cansan de la diversión. O sea, era el hombre que había solicitado un segundo servicio en Vietnam. Llegaría el día en que una misión en algún país de mierda le costaría la vida, pero mientras llegaba ese momento él se sentía vivo y era feliz desafiando a la muerte. Supongo que lo mismo podría decirse de mí, y también de Kate, pero... ¡No había peros! Nos hallábamos una vez más en Federal Plaza 26, yo con un contrato por tres años y Kate con una garantía de pasar tres años más en la ciudad que ha aprendido a amar, viviendo con un hombre a quien quiere y sabe tolerar: yo.

Si llegáramos a aburrirnos, fatigarnos o incomodarnos con el circo de Tom Walsh, siempre habría una docena de infiernos donde actúa la Fuerza Operativa Antiterrorista para ofrecernos como voluntarios. Cabe esperar que eso no nos obligue a tomar otro curso del Departamento de Estado sobre sensibilización cultural, considerando los resultados del último que nos impartieron.

Kate y yo observamos a Paul Brenner y a la dama que lo acompañaba, mientras caminaban por el suelo de mármol de la plaza principal. Localizaron el reloj alto y no tardaron en vernos. Brenner y su mujer se aproximaron entre la multitud.

—¡Qué atractiva es! —comentó Kate.

No podía esperarse menos de un hombre que había demostrado tener muy buen gusto en lo que a mujeres se refiere.

Agitamos los brazos, ellos hicieron lo propio, nos juntamos, nos dimos las manos y nos abrazamos. Brenner nos presentó a su dama, quien nos dijo a Kate y a mí:

—¡He oído tantas cosas de ustedes!

Yo no podía decirle lo mismo a esta mujer, que parecía ser agradable, y subimos a la Casa del Bistec de Michael Jordan del entresuelo. Una vez ahí me puse tonto y le pedí al mesero que me trajeran una Pantera Rosa en las rocas.

Cuando las mujeres fueron a polvearse la nariz, Brenner pronunció una palabra:

—Buck.

No repliqué.

—¿Se supone que lo vamos a dejar ir así nada más? —inquirió Brenner.

—Se supone que hemos de creer que Buck fue un cómplice inocente.

—Nada inocente.

Ya, ya. Pero Buckminster Harris había servido en forma honorable a su país desde los tiempos en que yo todavía bebía leche.

—No quiero verlo deshonorado en público —confesé.

Brenner asintió.

—¿Qué te parecería —propuso— muerto en privado?

—Voy con lo que tú decidas.

—No me creo lo de que Chet haya muerto —observó Brenner.

—Cabe sospechar de esa noticia —admití—. Cuando veamos a Buck llegaremos a la verdad.

Brenner se inclinó hacia mí y musitó:

—A los dos los quiero muertos.

Asentí.

Las mujeres estaban de vuelta, y pedimos otra ronda. A Kate le había caído bien la dama de Brenner, que se llamaba Cynthia. Nos enteramos de que Paul y Cynthia se habían conocido en el trabajo, igual que Kate y yo. Cynthia Sunhill trabajaba en la División de Investigaciones Criminales del Ejército de Estados Unidos, y había solicitado un puesto en Yemen. ¡Buena suerte!

Cuando llegó el mesero a tomar las órdenes, por supuesto inquirí si tenían platillos de cabra entre los especiales del día. Kate hizo rodar los ojos. Brenner se rio.

Pasamos una velada muy agradable. Nos despedimos, prometiendo mantener el contacto, lo cual sería inevitable debido a la reunión de fin de misión programada por la CIA en Washington. Ése prometía ser un evento interesante.

En lo que al acto de gratitud de la nación se refería, aún no lo habían programado. ¡Vaya! Después de todo, teníamos la suerte de estar empleados. ¿Verdad?

## RECONOCIMIENTOS

En primer lugar, vaya mi sincero agradecimiento a Jamie Raab, vicepresidente ejecutiva de la empresa Grand Central Publishing, por haberse echado auestas un trabajo adicional como editora de la presente novela. Jamie ha sido incansable, paciente y precisa a lo largo de todo el proceso, y gracias a su agudo juicio editorial y sabios consejos he escrito un mejor libro. No siempre hemos estado de acuerdo en lo que escribo, pero estamos ambos convencidos de que el producto final es una buena combinación del yin de Jamie y mi yang.

Gracias también a Harvey-Jane Kowal, alias HJ, que abandonó su retiro de Hachette Book Group para trabajar en otro proyecto novelístico de DeMille. HJ es una gran maestra de gramática, puntuación, ortografía y comprobación de datos; ella me salva de parecer persona poco educada. La tradición establecida a lo largo de once libros publicados consiste en celebrar la edición de la última página con unos cuantos Bloody Marys. ¡A tu salud, HJ!

Un libro requiere muchos ojos y mentes editoriales, y expreso mi gratitud a Roland Ottewell, que ha trabajado con cuidado y precisión revisando varios de mis manuscritos recientes. Además, como los manuscritos siempre van tarde —«para ayer»— a la imprenta, Roland trabaja horas largas para que el manuscrito quede listo para imprimir. Gracias, Roland, por otro trabajo bien hecho.

En la esfera corporativa, manifiesto mi gratitud hacia David Young, presidente y director ejecutivo del consejo de Hachette Book Group. David encuentra tiempo entre sus múltiples ocupaciones para leer mis manuscritos, aunque eso no está incluido en la descripción de su puesto. A David, o bien le gustan mis escritos, o desea saber qué es lo que está comprando. Le agradezco a David también su amistad y su buen gusto para el escocés.

Al igual que mis otras novelas, en ésta he recurrido a amigos y conocidos para buscar ayuda en lo que se refiere a detalles técnicos, términos profesionales y todos los otros detalles y trozos de información que necesita un novelista y no pueden encontrarse en bibliotecas ni en internet.

El primer nombre en esta categoría es el del detective Kenny Hieb (Departamento de Policía de Nueva York, retirado), que perteneció a la Fuerza Unida Operativa de Terrorismo y en la actualidad hace algo similar, aunque no puedo ser más específico. Kenny en la vida real ha estado en Yemen con la fuot. Sus experiencias y sus recuerdos de Yemen, acompañados de notas y fotos, han sido de máximo valor al componer el mundo que este libro retrata. Gracias, Kenny, por tu ayuda, pero sobre todo gracias por tu trabajo, que contribuye a que Estados Unidos sea un país más seguro.

Debo aclarar que cualquier error sobre hechos o procedimientos sobre el trabajo

de la policía, las operaciones antiterroristas y asuntos relacionados con ese ambiente ha de ser atribuido a mi escasa comprensión de los informes que he recibido, como no sea en las ocasiones en que me he tomado libertades dramáticas aprovechando la licencia literaria.

Otro testigo ocular en Yemen ha sido Matt Longo, que visitó el país por motivos más pacíficos que los de John Corey. Matt, compañero de cuarto de mi hijo Alex en la universidad, ha viajado mucho por los países árabes, y me ha dado valiosa asistencia sobre la cultura árabe y la religión del Islam. He incluido a Matt como personaje de la novela pensando que él pertenece a una nueva generación, que podrá ayudar a definir nuestras futuras relaciones con el mundo del Islam y salvar la brecha cultural que existe entre ambos universos. Gracias, Matt, por tu ayuda y tus consejos.

Muchas de mis novelas se han beneficiado por la asistencia de mi amigo de la infancia, Thomas Block, capitán de U. S. Airways (retirado), columnista y editor-colaborador de revistas de aviación. Además es coautor, conmigo, de la novela *Mayday*, y ha escrito por cuenta propia otras siete novelas. Aunque Tom se ha retirado como capitán de vuelos internacionales, sigue activo como escritor, donde no se requieren reflejos rápidos ni visión perfecta. Tom acaba de publicar su séptimo título, *Captain*, que puede obtenerse de su sitio web: [www.thomasblocknovels.com](http://www.thomasblocknovels.com).

Gracias también a la adorable mujer de Tom, Sharon Block, que fuera sobrecargo para Braniff International y U. S. Airways, por su lectura oportuna y cuidadosa del manuscrito y sus excelentes sugerencias, así como su agudeza para detectar erratas y defectos de puntuación. La capacidad de Sharon como lectora ha sido valiosísima para mí y para Tom, ya que en las clases de inglés de la secundaria nuestras mentes solían divagar. En qué divagaban esas mentes es asunto para otra historia, pero ambos sabíamos que algún día habría una dama en nuestras vidas que supiera corregir textos.

Agradezco a John Kennedy, comisionado adjunto de policía del condado de Nassau (estado de Nueva York), retirado del Departamento de Policía local, árbitro laboral y miembro de la Barra Legal del Estado de Nueva York, por haber leído todas mis novelas de John Corey. John me ha asistido con sus conocimientos y aptitudes como oficial de policía y abogado: él verifica mi realidad. Si dice que algo no es correcto desde el punto de vista legal o de procedimientos, entonces me veo obligado a reescribir. O a invocar el derecho del novelista a la invención.

Este libro no existiría de no ser por la dedicación y el trabajo de mis dos asistentes, Dianne Francis y Patricia Chichester. Escribo a mano mis novelas. Durante muchos años nadie podía descifrar mi letra, y creí que necesitaría aprender mecanografía o resignarme a no ser publicado nunca. Fue entonces que aparecieron Dianne y Patricia, que podían leer mi ilegible caligrafía. Como lectoras página por página, Dianne y Patricia no dejan de sorprenderme con sus comentarios, verificaciones y correcciones. Gracias por todo eso, y por mantener organizada mi vida con sus horarios.

Para el postre he guardado lo mejor: mi esposa, Sandy Dillingham DeMille, que comparte conmigo todas las agonías y los éxtasis de escribir libros. El apoyo y el aliento de Sandy han sido esenciales para pasar algunos periodos difíciles del oficio de escritor. Sus sugerencias editoriales y sus notas al margen son la última palabra antes de enviar el texto a la editorial.

Sandy y yo celebramos diez años de estar juntos dentro de una novela romántica bien tramada y escrita con belleza.

Las siguientes personas han hecho contribuciones generosas a fondos de caridad a cambio de permitirme usar su nombre como personajes de la novela: Howard Fensterman contribuyó a Crohn's & Colitis Foundation of America; John «Zamo» Zamoiski apoyó la Irvington Education Foundation.

Espero que se hayan divertido con sus *alter ego* ficticios, y que sigan favoreciendo las causas valiosas.

# Notas

[1] Se refiere al método de tortura «waterboarding» utilizado por Estados Unidos de manera extraoficial en prisioneros de Al Qaeda. (N. del T.). <<

[2] En español en el original. (N. de la T.) <<